

Simbad

N.º 348

EL FANTASMITA



\$ 20.-

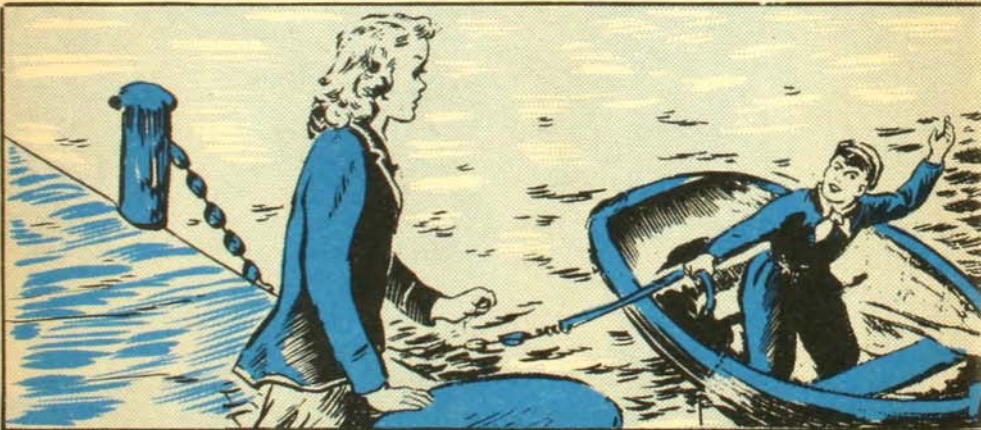


El misterio del molino



CAPITULO VII.—EL FALSO MENSAJE DE PAUL

1. Paul Kamp dijo a Nelly: “—Tal vez me consideres un tipo sospechoso. Pero te juro que no soy un contrabandista, ni un escapado de presidio. Estoy luchando por alguien a quien quiero mucho. Regresemos a Zeihofen. Antes permíteme que te vende los ojos”. Ella aceptó, sin protestar. No desconfiaba de Paul.



2. Su corazón le decía que Paul era sincero. Al despedirse, él añadió: “—No quiero que te arriesgues en una aventura peligrosa. El misterio del molino será revelado en su tiempo. Tú serás la primera en conocer el secreto. Sólo te ruego que me dejes actuar solo y tranquilo, sin el temor de verte amenazada”.

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO XIX.

Gracia Matheus encuentra a Joven Búfalo.

El primer trabajo confiado al forastero Joven Búfalo fue marcar terneros nuevos.

—Tienes que separarle primero de su madre → le explicaba el cow-boy Shorty—, atarle una sogá al cuello. ligarle las patas y en seguida marcarle con un hierro caliente. Es preciso obrar con rapidez, compañero Toro, antes que la vaca eche de menos a su cría. Son todas bravas y de filudos cachos.

Joven Búfalo observó cómo ejecutaba su trabajo el cow-boy Shorty y en seguida se dirigió al potrero a lacear un terneroito.

Como varias veces fracasó en su intento, el hijo del Gran Espíritu saltó de su caballo y cogió un ternero en sus robustos brazos. El animal mugía y se defendía, pero Joven Búfalo le acercó a la



Joven Búfalo cogió un ternero en sus robustos brazos.

Año VII - 2-V-1956 - N.º 348

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 1.70. Dos años: US\$ 3.15.

Recargo por vía certificada: Un año: US\$ 0.20. Dos años: US\$ 0.40.

fogata y mientras con una mano le sujetaba, con la otra le marcó el lomo.

Shorty y los demás vaqueros le miraban asombrados. Entretanto, la vaca, al oír los mugidos del ternero, corría en dirección al rancho, con sus ojos relampagantes y el hocico lleno de furiosa espuma.

En vez de huir, Joven Búfalo la aguardó con los brazos cruzados, y, una vez que estuvo a dos pasos de distancia, la cogió por las astas y la obligó a bajar la cabeza. Después de un momento, y sin el menor esfuerzo, el joven la hizo retroceder hasta el corral.

—Nunca había presenciado hazaña igual —exclamó Shorty—. Eres un Toro invencible...

Desde ese día Joven Búfalo fue llamado "Toro" en el rancho de Smithers.

Shorty enseñó a cargar armas de fuego a su amigo.

—Hay que defenderse de los indios —decíale Shorty—. Tú eres muy vigoroso y puedes vencer en una lucha cuerpo a cuerpo; pero los pieles rojas son traidores.

—Tú no quieres a los indios —replicó Joven Búfalo a su amigo.

—Por cierto que no —expresó Shorty—; preferiría encontrar junto a mí a una serpiente. Créeme, Toro, los indios son ponzoñosos

de la cabeza a los pies. ¿Tú has conocido a algunos?

—Dos o tres —respondió Joven Búfalo—. pero no me parecieron tan malos.

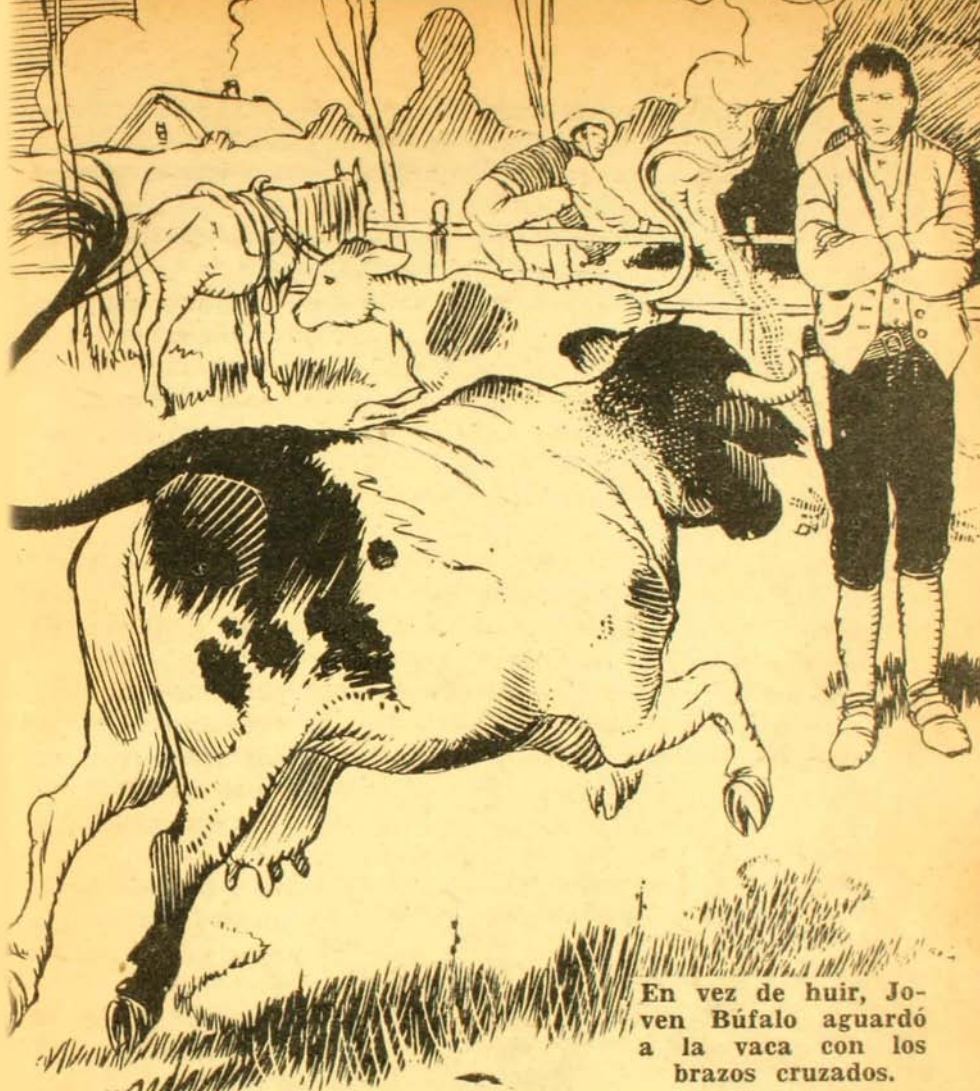
—Deberías verles en sus campamentos —observó Shorty—, y saber cómo viven. Se comen los unos a los otros cuando escasean los víveres.

—Creo que exageras —murmuró Joven Búfalo, sonriendo.

Pero en su interior experimentaba honda tristeza. No era extraño

Los rancheros quedaron asombrados al ver que el forastero marcaba al ternero sin atarle las patas.





En vez de huir, Joven Búfalo aguardó a la vaca con los brazos cruzados.

que la gente blanca odiara a los pieles rojas si les contaban esas historias.

La guerra de razas continuaba cada vez más sangrienta. Después de la derrota del coronel Custer, "Toro Potente", jefe de los sioux, y sus hordas salvajes seguían avanzando hasta las cercanías de la ciudad de San Antonio.

El gobierno americano enviaba nuevos soldados, pero la lucha era atroz. Un día Shorty y Joven Búfalo regresaban al rancho después de un duro trabajo.

—Parece que Smithers tiene visitas —dijo Shorty señalando un grupo de corceles atados frente a la casa.

Mientras desensillaban sus caballos y guardaban riendas y monturas, una joven salió del rancho.

—No se moleste, señor Smithers —decía la voz femenina—, los muchachos estarán fatigados. Yo puedo ir por agua a la noria.

Joven Búfalo casi dejó caer su montura al escuchar esa voz. Shorty corrió hacia la joven y le quitó la jarra de las manos.

—Permítame, señorita —dijo el cow-boy—, ni Toro ni yo estamos tan fatigados para no ser capaces de servir a una dama. Toro, ven acá... Atiende a esta señorita.

La joven volvió la cabeza sonriendo. Su sorpresa fue tan intensa como la de Joven Búfalo. Mientras Shorty llenaba la jarra, Gracia Matheus se acercó al antiguo jefe de los Pies-Ligeros.

—Mi nombre es Toro —balbuceó apresuradamente el hijo del Gran Espíritu—. Aquí yo no soy piel roja.

—¿Eres entonces un espía? ¿Por eso has venido a vivir con los rancheros? —preguntó indignada Gracia—. Las tribus indias están a poca distancia... Sí, sí, tú eres un espía de los pieles rojas.

—No soy espía —respondió tristemente Joven Búfalo—. Mis hermanos me condenaron por traidor. Habría muerto si Flor de Saúco no me hubiera salvado. Me condenaron a la CANOA DE LA MUERTE, porque yo les avisé a ustedes el peligro que corrían. Aquí nadie sabe que soy piel roja.

—Tú me salvaste una vez la vida —murmuró Gracia Matheus—, pero ahora debes alejarte de aquí. Si no lo haces me veré obligada a denunciarte.

—Siempre le he obedecido, Luna del Desierto —respondió Joven Búfalo—; me iré lejos. Veo que usted no confía en mí... Me cree un espía. Le suplico que no revele mi origen a estos hombres. Ellos son mis amigos y no quiero que ahora me odien. Las palabras de Joven Búfalo conmovieron a Gracia y despertaron viejos recuerdos.

—Espera —dijo la niña tendiendo la mano a Joven Búfalo—. creo en ti, amigo. Pero debes alejarte. El sheriff Tex Cruper está en el rancho. Te reconocerá inmediatamente y te denunciará por espía. Aléjate por algunos días. Yo no quiero que vuelvan a tomarte preso. No... No...

—¿Usted me tiene cariño todavía? —preguntó suavemente Joven Búfalo—. ¿Le gusto más como hombre blanco?

—Sí... no sé..., —balbuceó turbada Gracia Matheus—. Váyase pronto... Ahí viene Tex Cruper.

Joven Búfalo se alejó con pena del rancho de Smithers. Los cowboys habían dado su amistad al forastero que creían de origen canadiense. Todos admiraban su fuerza y su valor.

Con su fusil al hombro el prófugo montó a caballo y se alejó en dirección a la montaña.

—Veo que usted no confía en mí y me cree un espía —dijo Joven Búfalo a Gracia Matheus.



Era ya de noche cuando encontró un refugio en una cueva horadada en el monte. Aunque pequeña, aquella oquedad le permitió entrar allí con su caballo.

Después de atar la bestia a una roca, el joven se dirigió a la selva a fin de proporcionarse agua y víveres para él y su cabalgadura. Joven Búfalo estaba bebiendo en la vertiente cuando alzó su cabeza y vio a un indio que le miraba con asombro y alzaba su puñal para arrojárselo a la cara.

(CONTINUARA)



EL

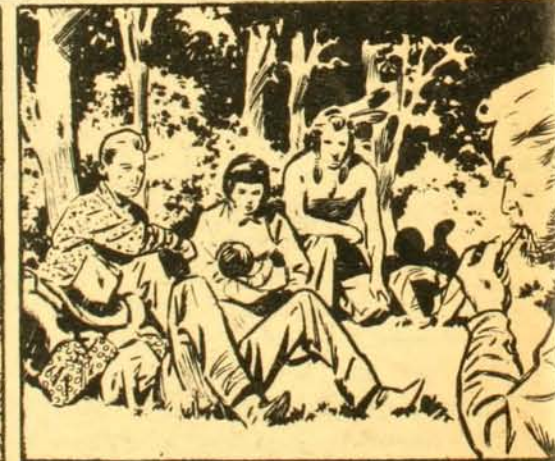
CAPITULO XIII.—EL



1. Samuel Bill contestó fríamente a Lobo Rebelde: "—Prometo no atentar contra tu perseguidor. Su propia conciencia juzgará sus actos". Pálido de ira, el sargento Harris cogió a Sam con brusca mano y repuso: "—Deje mi conciencia tranquila. No es un barbilindo como usted quien dictará mi conducta".



2. Lobo Rebelde se interpuso al ver que los puños de Sam Bill se crispaban: "—¡Quietos! Viviremos juntos varios días y es preferible que estemos en paz. El único responsable de esta situación es el destino. Actuemos sin odios ni violencias". Restablecida la paz, Bepo se acostó a dormir.



REBELDE

MENSAJE FATAL



3. Sus sonoros ronquidos eran el único ruido que interrumpía el silencio. Harris meditaba. Por primera vez su corazón y su conciencia luchaban contra el deber. Pero debía acallar esta lucha de sentimientos, porque si no cumplía su misión, se consideraría deshonorado. Escribió su informe.



4. En él decía que Lobo Rebelde se entregó sin resistencia y demostraba tener honor. Era un error considerarlo un salvaje peligroso y si luchó contra los blancos fue para defender a su raza y a su tierra amenazadas. Harris escribió además un telegrama anunciando la captura de Lobo Rebelde.

EL



5. "—Así no continuarán la búsqueda —indicó a Samuel Bill—. Evitaremos encontrarnos con patrullas que impedirían traspasar la frontera a Flor Elegida, sus hijos y ustedes dos." Extendiendo un mapa, añadió: "—Dirijase a este pueblo que tiene telégrafo y envíe el mensaje a todos los puestos".



6. Sam Bill asintió. Pero una súbita sospecha lo dominó. ¿Qué significaba la prisa de Harris porque cesara la búsqueda de Lobo Rebelde? "—Lleve provisiones", añadió el sargento, sin advertir la desconfianza del joven vaquero. Este se preparó en silencio y luego, con un gesto de despedida, se alejó.

REBELDE



7. Harris secó el sudor que cubría su frente. La captura de Lobo Rebelde ya estaba anunciada. El cerco se cerraba implacablemente sobre el joven indio que, como el propio Harris, tenía una esposa y dos hijos por quienes velar. La libreta donde el sargento anotaba sus informes se deslizó de sus manos.



8. Sam Bill cabalgaba por la ribera del Green. No tardó en avistar el pueblo donde hallaría una oficina de correos y telégrafos. "Lobo Rebelde capturado. Lo llevaré ante la justicia del distrito. Sargento Harris." Ese era el mensaje que privaba de su libertad a un noble guerrero cheyene.

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE

CAPITULO XI.—*Sin agua.*

Julia Blair y Lani miraban con asombro a Rosita Crusoe, que lucía sobre su rubia cabeza una rutilante corona de oro y piedras preciosas.

—¿Dónde la encontraste, Rosita?

—exclamaron atónitas.

Abriendo la puerta del armario, la niña respondió:

—Ahí.

Julia vio que la estatua de barro de Ma-Zara yacía en el suelo, quebrada. Los vaivenes del barco, sacudido por la furia del huracán, estrellaron el frágil ídolo contra las paredes del armario.

Julia se inclinó para examinar los fragmentos.

—¡Qué extraño! —murmuró—. La corona estaba oculta dentro de la cabeza de Ma-Zara. Se ven claramente sus marcas en la arcilla.

Recordó entonces la página escrita en el diario de navegación por el capitán de la goleta: "Capitán Jed, eres rico para toda la vida". Se refería sin duda a la valiosa corona. Después de robar aquel tesoro al pueblo de la Reina Blanca, ¿qué siniestro destino se abatió sobre el capitán y los tripulantes del barco? Habían desaparecido y la nave se internó en el mar, llevando a bordo a Ma-Zara y su corona secreta.

Julia Blair no reflexionó mucho tiempo en aquel misterio. Sentíase cansada y advirtió señales de fatiga en el moreno semblante de Lani. Preparó desayuno para todos, y en seguida, mientras Rosita jugaba en el puente con el leopardo Katzi, ella y Lani se acostaron en las hamacas para dormir.

Rosita colocó la corona a Katzi y luego de observarlo con mirada crítica, declaró:

—No te ves bien. A mí me sienta mejor.

Se la puso de nuevo y subió sobre el lomo de Katzi, para pasear por el puente. El papagayo Polly gritó:



—Polly, el rey de los papagayos, quiere también una corona.

El leopardo gruñó, enfurecido, mientras Rosita reía,

El mar estaba en calma y el sol cada vez más alto lanzaba rayos abrasadores. Cuando Julia subió a la cubierta, vio a Rosita, Katzi y Polly descansando agotados en el puente.

—Julia, tenemos sed — gimió la niña.

—Les daré agua inmediatamente.

Se dirigieron a la cocina, y allí, con los ojos dilatados de horror, Julia vio que el barril del agua se había volcado con la tempestad. Un gemido de angustia se escapó de sus labios.

Rosita dijo:

—Tú y Lani encontrarán agua. No te aflijas.

La joven dominó su ansiedad para no alarmar a Rosita, que confiaba en ella. Sólo quedaban algunos sorbos de agua. Dio un poco a Rosita y en seguida corrió a despertar a Lani para comunicarle la grave noticia.

La niña se paseaba por el puente, montada en el leopardo.

—Katzi, la corona te queda chica —dijo Rosita.



—Tenemos sed —
anunció Rosita, con
voz débil.



Julia quedó aterrada
al descubrir que no
había agua a bordo.



—¡Qué terrible! —exclamó la nativa—. Y no sabemos cuándo arribaremos a una isla.

Rosita, luego de beber su sorbo de agua, mostraba a Katzi la taza vacía, diciendo:

—No queda ni una gota. Pero Julia y Lani encontrarán pronto un barril lleno.

Las lágrimas cegaron a Lani. ¿Cómo responderían a la confianza de Rosita? Hasta donde se extendía la mirada, sólo veíase un mar de agua salada. Con ella no podían apagar la sed, ni subsistir.

—No podemos beber el agua del mar —susurró con desaliento. Un repentino fulgor apareció en los azules ojos de Julia.

—Trae un cubo de agua mientras yo enciendo la cocina —dijo desapareciendo por la escotilla.

Aquella orden asombró a Lani. Obedeció, sin embargo. Rosita, que la vio bajar el balde, preguntó intrigada:

—¿Para qué quieres agua de mar? ¿Darás un baño a Katzi? Lani, demasiado preocupada, no respondió.

Julia hizo hervir una tetera y colocó ante el escape de vapor una bandeja de metal, que descansaba sobre una fuente. Esperaba que el vapor, al contacto con el frío metal, se licuara, proporcionando agua destilada. Pero la pequeña cantidad de agua se evaporaba con el intenso calor que reinaba en la cabina.

Observaba desesperada su fallido experimento, cuando Katzi pe-
Ya empezó el canje de cupones de nuestro gran sorteo del 26 de mayo. Envía tus cupones a revista "Simbad", casilla 84-D, Santiago, o ven personalmente a nuestras oficinas, en Avda. Santa María 076, Santiago.

Rosita no parecía preocupada por el problema del agua.



netró en la cocina. El agua se escurría por su cabeza. Parecía inquieto.

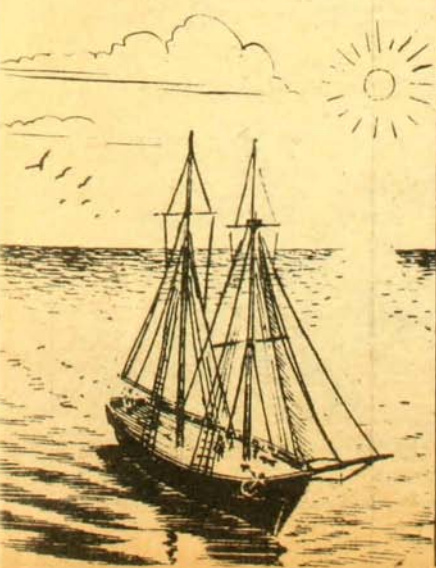
—¿Qué ha sucedido? —exclamó Julia, alarmada—. Katzy se cayó tal vez al mar. ¿Y Rosita?

Su corazón cesó de latir ante la idea de tal peligro. Pero antes que Julia y Lani corrieran escaleras arriba, apareció Rosita, que sostenía una taza llena en su mano.

—Rosita ha encontrado un agua deliciosa, —anunció.

—Ha bebido agua del mar, con sal y yodo —gimió Lani—. ¡Oh, Rosita se enfermará!

(CONTINUARA)



Lani, intrigada, recogió un cubo de agua salada.



El fantasmita

TARTAGNAN DEFIENDE A BONITA Y LANZA "BONITAMENTE" POR LA VENTANA A LOS MALVADOS QUE QUISIERON RAPTARLA.

APÚRATE EN CAER QUE DESPUÉS ME TOCA A MÍ



¡Y NO SE ATREVAN A VOLVER!



ESTE FULANO PARECE QUE TIENE HIDROFOBIA

¡OH, GRACIAS, MI HÉROE!



EL TONTO SE PUSO COLORADO ¿Y A MÍ NO ME TOCA NADA?

ESTOY A VUESTRAS ÓRDENES. CONFIAD EN MÍ. ¿POR QUÉ OS ATACARON ESOS MALANDRINES?

¡EJEM!



¡OH! TENEMOS QUE DEFENDER A SU MAJESTAD, LA REINA

¡OH! SE TRATA DE UNA INTRIGA DE POBRELIEU. QUIERE ACUSAR DE TRAICIÓN A LA REINA. EL DUQUE BUCKY VIENE A VISITAR LA Y EL MINISTRO DIRÁ QUE ÉL ES UN ESPÍA



ESTA NIÑA SIEMPRE DICE ¡OH!

¡OH! POBRELIEU QUIERE VENGARSE DEL REY PORQUE SE BURLO DE ÉL CUANDO SUS GUARDIAS REGRESARON VENCIDOS



ESOS GUARDIAS FUERON DERROTADOS POR TRES MOSQUETEROS Y UN JOVEN GASCON

...Y UN FANTASMITA, SI ME HACE EL FAVOR.



(CONTINUARA)



LA PEQUEÑA

HEROÏNA



CAPITULO I.—LOS DEFENSORES DE THIONVILLE

La señorita Angélica.



¡Oh hijita! Qué terrible noticia.



1. El intendente militar Dechaux, su esposa y sus hijas Adelaida y Justina. formaban una familia feliz. La camarera anunció la visita de Angélica Monestier, quien fue acogida con alegría. La niña dijo, vacilante: “—Con la aprobación de Su Majestad el rey Luis XVI, la asamblea ha declarado la guerra al Austria”.

Oid los cantos de los jóvenes soldados.



2. “—Lamento darles tan triste noticia —continuó Angélica—. No todos comprenden que una guerra es cruel. He visto en la plaza a los jóvenes que se alistan e improvisan desfiles para marchar cantando.” Madame Dechaux, pálida y angustiada, murmuró: “—Presiento que también se enrolará mi pequeño Jean”.

Malas noticias. Un ejército prusiano invadió Lorena.



¡Jamás nos rendiremos!



3. Cuando el ejército abandonó Thionville, el pueblo lo despidió con gritos y cantos triunfales. Algunos meses más tarde, aquella fe en la victoria se había apagado. Varias ciudades francesas capitularon ante el avance del enemigo. “—No nos rendiremos”, decían los habitantes de Thionville.

Ahí viene mi teniente.



Es el hombre más valiente que he conocido.



4. La pequeña guarnición de la ciudad y los voluntarios velaban día y noche sobre los muros para prevenir un ataque prusiano. Uno de los defensores de la plaza era el joven teniente Lázaro Hoche. Sus soldados lo adoraban y si él les hubiera ordenado marchar hacia la muerte, le habrían obedecido sin replicar.



LA PEQUEÑA

Todos alertas. El enemigo se acerca.



No creo que vengan a ofrecernos la paz.

5. El gallardo militar, refrenando a su briosa cabalgadura, ordenó: "—Redoblen la vigilancia. El ejército de Brunswick se acerca". En efecto, al amanecer las tropas austroprusianas sitiaron Thionville. Les sorprendió su heroica defensa. Días más tarde, enviaron un oficial austriaco a parlamentar.

¿Se niegan a capitular?



Ya pedirán clemencia.



6. Propuso la rendición de Thionville que, por cierto, fue rechazada. Al saberlo, el príncipe Hohenlohe-Kirchberg dijo con sorna: "—¿Pretenden resistir a nuestras fuerzas reunidas? En un par de días me suplicarán que suspenda el sitio. Entonces mis condiciones no serán tan benévolas".

HEROINA



Parece que el peligro se agrava.



¿A dónde va tu hermano?



7. Los sitiadores iniciaron un violento bombardeo. Pero ningún ciudadano thionvilés se atemorizó. Ni siquiera los niños y adolescentes. Jean Dechaux se había presentado como voluntario. "—Tu hermano es muy joven para participar en esta guerra", dijo Angélica a su amiga Adelaida.

Los obligaremos a retroceder.



¡Mon Dieu! No podrán regresar.



8. Pero comprendió que todos debían sacrificarse en aquella hora terrible para Francia. Vio que el batallón de voluntarios hacía una salida. "—Son demasiado audaces —exclamó, aterrada—. El enemigo los rodeará, impidiéndoles el regreso. *Mon Dieu!* Es preciso ir en su auxilio."

(CONTINUARA)

El Rajá de Narimbay



CAPITULO II.—Odilia llega a Narimbay.

Llegó el día de la partida y hubo dos corazones destrozados. Odilia y Silvia sufrían con la separación que duraría cinco años, según el contrato firmado por su protector, el doctor Juan de Lupe, médico del rajá de Narimbay.

La tía Clarisa, ya en poder del primer sueldo de Odilia, había cambiado un tanto de carácter y hasta gastaba cierta condescendencia con la pequeña Silvia.

—Cincuenta mil pesos es una buena renta mensual —dijo la avara Clarisa, guardando el dinero que le entregaba Odilia—. ¿No necesitarás algo para el viaje, Odilia?

—No, tía Clarisa —respondió la triste viajera—. El rajá de Narimbay, además de mi primer sueldo, me envió dinero para gastos menores. El avión también está pagado por el magnate hindú. Los adioses fueron desgarradores. Silvia, abrazada de su hermana no quería separarse de ella, ni recibir consuelos.

RESUMEN: Odilia y Silvia Davranche han quedado huérfanas. Una regañona mujer, la tía Clarisa, las trata mal. Odilia decide ir al Asia, donde el rajá de Narimbay le ofrece un buen sueldo.

Ya despegaba el avión y aun Silvia formaba con sus bracitos una cadena al cuello de Odilia.

—No me olvides —sollozaba Silvia—. ¿Me escribirás seguido? ¿Pensarás en mí?

—Sólo pensaré en ti; te escribiré —murmuró la viajera—. Tía Clarisa, llévase a Silvia; sea buena con ella...

Y cosa extraña, en ese corazón de solterona, reseco tal vez por falta de cariño, vibró una emoción maternal. Con trémulos labios respondió:

—Silvia no será desgraciada, Odilia. Te lo prometo.

—Dios mío, haz que esa promesa se cumpla —suspiró Odilia.

La viajera subió a la pasarela del avión y antes de entrar a la cabina. agitó su pañuelo blanco, el cual le sirvió también para enjugar sus lágrimas.

Cinco años duraría su destierro en Asia y, cuando regresara, Silvia sería una adolescente.

Clarisa y Silvia miraban alejarse el avión como un pájaro de rapiña que se llevaba a la linda jovencita, quien todo lo sacrificaba por su hermana menor.

Las escalas del viaje se sucedieron con ritmo normal, sin distraer a Odilia de sus tristes pensamientos.

Al término de la jornada aérea, Odilia pensó en su porvenir inmediato. El doctor Juan de Lupe debía esperarla en el aeródromo de Jaipur. Esta perspectiva reanimó un tanto a la viajera. El médico del rajá de Narimbay fue amigo de su padre y sería para ella un protector incondicional.

Una veintena de pasajeros, todos de raza blanca, estaban instalados en los sillones del avión. Industriales, comerciantes, una

La tía Clarisa y Silvia despidieron el avión en que viajaba Odilia.



artista de cine, un músico, que tenía sobre sus rodillas su violín. Todos iban en viaje de negocios o de placer. Sólo Odilia viajaba por necesidad y era, por decirlo así, una víctima de aciago destino.

—Calma, calma —se dijo la niña cuando el aparato se deslizó en la pista aérea.

Algunas personas se lanzaron al encuentro de los viajeros, pero ninguno acudió a recibir a Odilia Davranche. La joven permaneció inmóvil, apretando su maletín con nerviosidad y miedo. Ya se preguntaba si se habría equivocado de aeródromo cuando un individuo alto, bronceado y de turbante se acercó a ella. Colo-



Al término del viaje,
Odilia se encontró
sola en un país des-
conocido.

cando uná mano sobre su corazón, se inclinó en una actitud de profundo respeto:

—¿Es usted la señorita Odilia Davranche? —preguntó el hindú.

—Sí.

—Vengo enviado por el príncipe de Narimbay para reemplazar al doctor Juan de Lupe —dijo el desconocido.

—¿Le ocurre algo al doctor? —preguntó Odilia palideciendo, pues comprendía que sólo un impedimento grave podía justificar su ausencia.

—Lo ignoro —dijo el hindú—. Hace una semana que el doctor De Lupe desapareció misteriosamente.

—¿Desapareció? —interrogó Odilia, pálida de espanto.

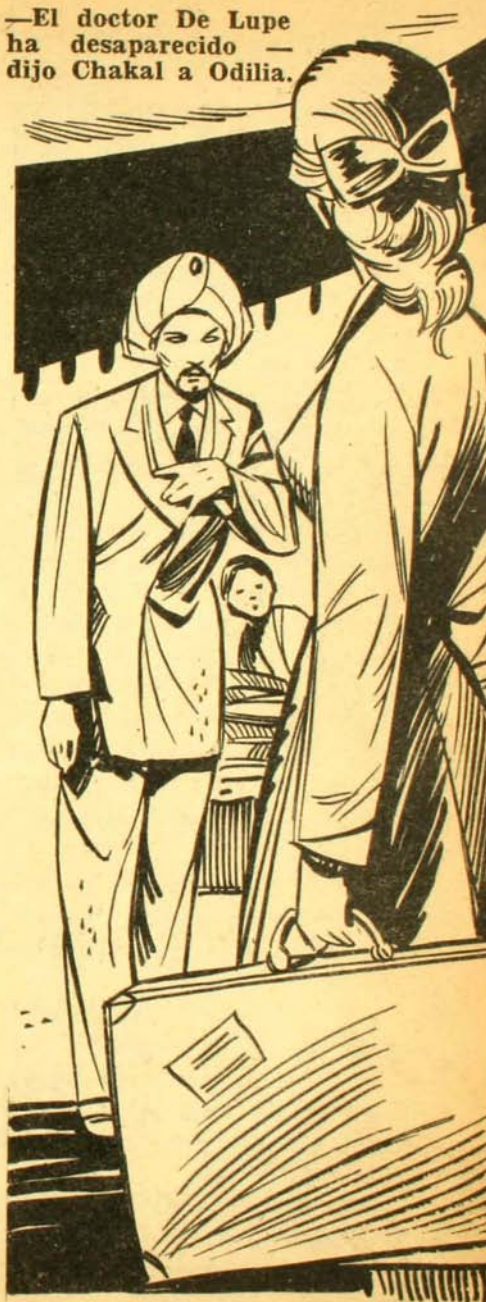
—La policía le ha buscado en vano —dijo el oriental—. Como el médico del príncipe no tenía enemigos, hay que descartar la idea de una venganza, a menos de una celada imprevista... Mi nombre es Chakal, señorita. Le ruego que me siga hasta el avión particular de mi amo.

Chakal señaló un pequeño avión que descansaba cerca de la aduana.

—Le ruego que me entregue sus documentos y boletos de equipaje —añadió Chakal—. Yo efectuaré las diligencias necesarias.

Odilia obedeció maquinalmen-

—El doctor De Lupe ha desaparecido —dijo Chakal a Odilia.



te. Multitud de conjeturas se agolpaban en su mente. ¿Qué le habría ocurrido al médico? ¿Estaría aun vivo? ¿Le vería alguna vez?

Penosamente impresionada, Odilia subió al avión del rajá de Narimbay. Era un aparato de lujo, primorosamente alhajado con tapices y cojines.

—Llegaremos en una hora —dijo Chakal, piloteando el avión. Odilia volaba sobre una región montañosa y llena de bosques; un gran río cortaba los valles de tropical vegetación. Ni una aldea, ni un camino carretero, ni el techo de una vivienda. Como le había escrito Juan de Lupe, la jungla iba a encerrarla como en una prisión.

Sin embargo, ni esa soledad, ni los sombríos bosques la asustaban tanto como la desaparición del doctor De Lupe.

De súbito, algo brilló entre aquel océano verde y Chakal exclamó con orgullo:

—El Palacio de Narimbay. Hemos llegado, señorita.

Un pequeño aeródromo facilitó el descenso del avión, sin sobresaltos, ni vuelcos violentos.

Chakal ayudó a Odilia a descender del aparato.

Un personaje vestido de blanco, cuya morena piel contrastaba con ese color, se inclinó respetuosamente ante la joven. Llevaba tantos brazaletes, collares y argollas, que al hacer el menor gesto todas tintineaban como campanillas.

Odilia comprendió, por el gesto, que aquel personaje le indicaba seguirle y, temerosa, se introdujo al palacio, cuyas puertas se cerraron tras ella.

¿Volverían a abrirse esas puertas? ¿Esos cinco años de cautiverio serían eternos?

Sin embargo, el semblante de Odilia no demostraba los temores que abrigaba.

Con lento andar y la frente muy alta, fue atravesando los salones principescos. Su esplendor y lujo le produjo gran admiración.

Era evidente que el rajá de Narimbay poseía una considerable fortuna. Odilia ya sabía que el príncipe se había educado en Inglaterra, que era muy culto y aficionado a coleccionar maravillas en objetos de arte.

Su acompañante alzó un gran cortinaje con franjas de oro, y la joven entró a un aposento pequeño, de muros y muebles blancos. Sobre cojines se veía a una niñita y a un perro.

Un hombre grande, esbelto, de barba negra, muy cuidada, y turbante con joyas magníficas, se puso de pie y colocando su mano izquierda sobre el corazón, se inclinó ante la viajera, hablando en un francés muy puro:

—Señorita Davranche, me siento feliz al recibirla en mi palacio, y formulo votos por que su estada aquí le sea favorable. Deploro la ausencia del doctor Juan de Lupe, pero pienso que las pesquisas de la policía darán buenos resultados. He aquí a vuestra alumna, Jazmín.

La chiquitina de siete años avanzó haciendo una reverencia complicada. Su morena fisonomía tenía expresión severa y reservada. Pero Odilia no prestó mucha atención a su alumna. Sus miradas se fijaban en el príncipe de Narimbay, digno descendiente de ilustre linaje y también de tiranías seculares. El príncipe tenía un semblante noble, algo demacrado, con finas facciones. Sus ojos, muy grandes y extraordinariamente brillantes, daban la impresión de que algo ardía en su interior. —¿Cómo desapareció el doctor De Lupe? —preguntó Odilia.

—Al llegar a la ciudad —dijo el rajá—. Chakal le buscó en vano antes de subir al avión.

(CONTINUARA)



El rajá de Narimbay
y su sobrina, la prin-
cesa Jazmin.

SIMBADINOS, ACUDID AL SORTEO MONUMENTAL DEL 26 DE MAYO EN AVDA. SANTA MARIA N.º 0120.

Sortearemos \$ 500.000 en bicicletas, radios, patines, juguetes, chombas de lana, lapiceras, fuente, lápices automáticos, subscripciones a "SIMBAD", portadocumentos, cuadernos, pelotas de fútbol, premios de \$ 1.000, de \$ 500, de \$ 200, etc.

Habrà premios de consuelo para los asistentes y muchos obsequios más. Por una subscripción anual de "SIMBAD" daremos 40 boletos del sorteo, por una semestral 20 boletos.



Correspondencia

MARIA TERESA Y EDITH MATA-MALA, de La Serena.—Advertimos que en esa linda ciudad todos son adoradores de la pequeña gran revista "SIMBAD" y gozan con las seriales "El Hijo del Gran Espíritu", "Rosita Crusoe" y "El Misterio del Molino". Ya se entusiasmarán aún más con "El Rajá de Narimbay", que tiene un terrible misterio.

DOMINGA GONZALEZ, de Curicó.—Agradezco su linda fotografía y me complace que nuestra revista sea su favorita. Le deseamos buena suerte en los sorteos venideros. No olvide que el 26 de mayo sorteamos \$ 500.000 en premios.

SERGIO DANIEL RIOS.—Gracias por sus felicitaciones.

ROMPECABEZAS.—El Conejo Zanahoria va tan entretenido leyendo "SIMBAD", que no se da cuenta de que es observado por el lobo. ¿Puedes tú, lector, ubicarlo?



EUGENIA PEREZ.—Si no encuentra "SIMBAD" en los quioscos de venta de revistas, venga a la Empresa Zig-Zag y allí le venderán los ejemplares que necesite.

MARIA IRIBARRA.—Espero que ya le habrá llegado su premio de una subscripción trimestral. Gracias por sus elogios para nuestra revista. Concurra al sorteo del 26 de mayo, a las tres de la tarde, en Avda. Santa María 0120.

ROXANE.

Solución a la Charada
Ilustrada N.º 347

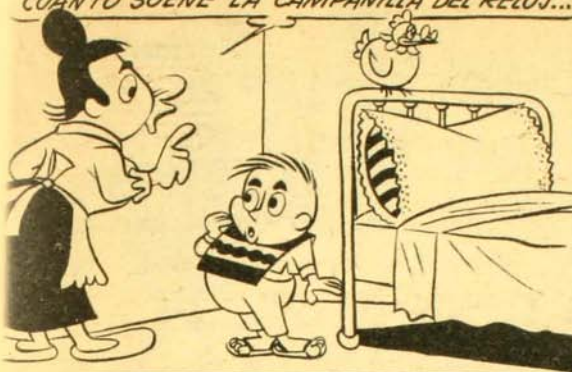
MURCIELAGO

Ponchito



Por nato

MAÑANA TIENES QUE LEVANTARTE EN CUANTO SUENE LA CAMPANILLA DEL RELOJ...



...PARA QUE TE VAYAS A LA ESCUELA! ¡NO LO OLVIDES!



¡YA SON LAS SIETE Y MEDIA!



¡NO HAY DERECHO!
¡AHORA SON LAS OCHO!



QUE BARBARIDAD!
AS OCHO Y MEDIA!



¡SI NO SUENA LUEGO LA CAMPANILLA, VOY A LLEGAR TARDE A LA ESCUELA!



CAPÍTULO VIII.— Gauvain se resiste a la fuga.

El príncipe Valiente, oculto en un desván, ideaba un plan para liberar a Gauvain.

Al anochecer, llevando consigo una larga sogá y una vara muy resistente, marchó por el tejado del establo hasta el muro del patio.

Ató la cuerda al centro de la vara y luego lanzó ésta sobre el parapeto. Después de muchas tentativas fallidas, la estaca se

ubicó firmemente entre dos almenas, y el ágil príncipe trepó hasta la parte superior de la muralla. Silencioso como una sombra, se introdujo en el castillo. Una rápida estocada le ganó el uniforme de uno de los guardias. Luego, impulsado por el hambre, pues no había probado alimento en todo el día, siguió el aroma de las viandas hasta el comedor. Se detuvo el tiempo necesario para capturar con la punta de su espada un sabroso pollo asado que le

El Príncipe Valiente



Val "relevó" al guardia en la puerta del comedor.



fortificara durante las horas de lucha que le esperaban.

Terminada su cena, Val se ascendió asimismo al puesto de guardia a la puerta del salón, con la ayuda de un garrote que empleó con singular habilidad y notable maestría. Pero no informó sobre este relevo al barón Baldon, que apareció por allí un momento después.

—Lleva una buena cena al prisionero —ordenó Baldon a un sirviente.

Luego prosiguió su marcha hacia el comedor, para sentarse a la mesa. Cuando el criado salió con una bandeja para Gauvain, el príncipe lo siguió abiertamente, como si tuviera órdenes de hacerlo. Descendieron al sótano, donde el carcelero les cedió el paso. Avanzaron después los tres por los sombríos corredores hasta detenerse ante la celda de Gauvain. El guardia corrió el cerrojo de la puerta de hierro y franqueó la entrada al sirviente y al centinela que le acompañaba.

—Está bien que Baldon envíe a un soldado cuando se abren las puertas —comentó el carcelero en voz baja—. Si escapa el prisionero, perderíamos tal vez la vida.

—Tienes razón —asintió Val.

Una vez en el interior de la celda y próximo al prisionero, el príncipe se desprendió el cinturón y lo dejó deslizarse al suelo con la espada.

—Volvéré con la comida mañana por la noche —dijo significativamente.

Gauvain dio un respingo al oír aquella voz tan conocida, pero tuvo la prudencia de guardar silencio. Un momento más tarde volvía a cerrarse la puerta.

Val regresó a su sitio junto a la puerta del comedor y estudió la disposición de las salidas y muebles a fin de recordarla cuando llegara el momento de huir.

Al alumbrar de nuevo el día, nuestro héroe consideró nuevamente



Bajaron al sótano.



—Está bien que Baldón envíe a un soldado cuando se abren las puertas —comentó el carcelero.

que le convenía mantenerse oculto, a fin de no ser descubierto antes que pudiera rescatar a su amigo. Detrás de las altas y gruesas cortinas se aprestaba a dormir, cuando oyó las voces de Baldón, Osmond y Lady Morina.

—¡Un guardia fue asesinado!

—¡Otro ha desaparecido!

—La mala suerte nos persigue.

Desde su escondite, Val

se limitó a mover afirmativamente la cabeza.

En la noche, descendió el príncipe de las colgaduras y se puso su disfraz. En la hora oportuna, siguió al criado como la vez anterior. Todo marchó perfectamente hasta que el carcelero abrió



Val se desprendió disimuladamente el cinturón.

En efecto, el sirvien-
te y el carcelero so-
braban allí.



la puerta de la celda. Entonces dijo Val:

—Sir Gauvain, ¿no os parece que tanto el carcelero como el criado estorban?

—Por cierto que sí —replicó el caballero—. Precisamente en eso estaba pensando.

Con estas palabras, Gauvain y su escudero desenvainaron las espadas y remediaron de inmediato la situación.

Gauvain abrazó a Valiente.

—No hay en toda Britania un caballero que tenga un escudero mejor —manifestó con una sonrisa, y al observar el rostro de su amigo, añadió—: Ni vive en todo el mundo un príncipe de corazón más valeroso ni de mostachos más falsos.

Después de salir de la mazmorra, cerraron la pesada puerta y Val forzó la llave en la cerradura para demorar la investigación. El príncipe hubiera querido que escaparan lo antes posible del castillo, pero Gauvain protestó:

—¿Irnos como simples villanos que soportan sin queja una mala noche? No, yo necesito lavarme, cenar bien y dormir en una cama blanda. Luego estaré dispuesto para la fuga.

(CONTINUARA)

¿Cuál es la respuesta?



CONTESTA A ESTA PREGUNTA: ¿CUANTO DURA EL PERIODO DE LOS PRESIDENTES DE CHILE? ¿5, 4 ó 6 años?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 346.— El Combate Naval de Iquique fue el 21 de Mayo de 1879.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUENTA PESOS: Hilda Barrios, Linares; Mafalda Vega, Millantú; Sara Correa, Santiago; Francisco Aldea, Nipas; Silvia Bahamondes, Curicó; Guacolda Coquedán, Parral; José López, Linares; Alberto Salazar, Angol; Marlene Laurel, Osorno; Eliana Claro, Santiago. SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Teresa Rojas, Los Angeles; Sergio Fuentes, Parral; María Reyes, Chillán Viejo; María Angélica Rubio, Santiago; Carlos Bohringer, Santiago; Irma Medina, Sewell. UN AL-

BUM PARA COLOREAR: Leopoldo Caro, Santiago; Pedro Mira Olea, Santiago; Donotila Vergara, Talcahuano; Lucrecia Vera, Cúntulmo; Jorge Correa, Santiago; Sonia Berrios, Los Andes; Eliana Molina, La Unión; Jaime Aguilera, Lo Espejo; Julia Rivera, Victoria; Carmen Urrutia, Los Angeles.



MAGNO sorteo de MAYO

"SIMBAD" OFRECE A SUS NUMEROSOS LECTORES

☆☆☆☆☆☆ \$ 500.000.- ☆☆☆☆☆☆

EL SABADO 26 DE MAYO, A LAS 15 HORAS, se verificará este grandioso sorteo en Empresa Editora Zig-Zag, Avenida Santa María 0120.

Obsequiaremos BICICLETAS, RADIOS, SWEATERS DE LANA, LAPICERAS FUENTE, LIBROS, LAPICES AUTOMATICOS, CUADERNOS, ESTUCHES DE GEOMETRIA, PORTADOCUMENTOS, LAPICES DE COLORES, CAJAS DE MUSICA, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS DE \$ 1.000, \$ 500 y \$ 200, y muchos regalos más.

Por cada serie de cinco cupones, numerados de 1 a 5, obtendrán un BOLETO para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 26 de MAYO.

CUPON N.º 5 — SERIE N.º 4
SORTEO DEL 26 DE MAYO
CUPON N.º 5 — SERIE N.º 4
2 de mayo de 1956

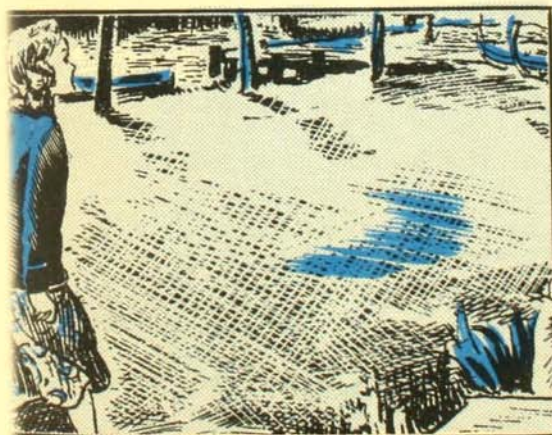


Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1956.

El misterio del molino



3. Nelly se dirigía a la posada de Jan, cuando un niño la alcanzó. “—Un mensaje para usted, señorita”, dijo, entregándole un papel. La niña lo leyó con asombro: “Nelly, si no es demasiado tarde para ti, espérame en la casa de botes del puente Amdorpen. Estaré allí dentro de algunos minutos. *Paul*”.



4. “—Paul ha cambiado de idea —sonrió—. Ya no quiere que me mantenga aparte, sino que lo ayude a descifrar el misterio del molino, sin miedo a las amenazas, ni a los enemigos invisibles.” Se encaminó al lugar de la cita. Al detenerse ante la casa, la puerta se entreabrió y una mano la cogió con rudeza.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

N.º 349

EL MISTERIO
DEL MOLINO



\$ 20.-

El misterio del molino



CAPITULO VIII.—UN ENEMIGO EN LAS SOMBRAS

1. Nelly Ray, que acudía a una supuesta cita de Paul Kamp, se encontró ante un hombre de rudas facciones y fría mirada. “—Quieta, *Fraulein* (señorita) —dijo secamente—. Es usted un lindo cebo para atraer a Paul. Vendrá aquí y entonces...” Su boca se crispó con crueldad. “—Pediré auxilio”, exclamó Nelly.



2. El desconocido la ató y amordazó, diciendo luego: “—Lamento ser tan descortés, pero usted se mezcló en este asunto al encontrar la miniatura del molino. Al examinarlo, Paul supo en qué sitio debía bucear. A veces es malo descubrir un secreto. Esperaré a su amiguito afuera, oculto en las sombras”.

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO XX.—*El espía Ojo de Serpiente.*

Joven Búfalo, cogido de sorpresa por la presencia de un indio a la orilla del riacho, no intentó usar su fusil. Tranquilamente aguardó el ataque del misterioso extranjero, y cuando éste alzó el puñal, su vigorosa mano cogió el brazo del asaltante y le obligó a soltar el arma.

—Joven Búfalo —murmuró el piel roja, temblando de miedo y cubriéndose el rostro con las manos—. Pero Joven Búfalo ha muerto... Mis ojos le vieron en la CANOA DE LA MUERTE... La misma faz, sus vigorosos brazos, su misma fuerza... Estás muerto... Déjame huir.

—No tiembles, Ojo de Serpiente —replicó Joven Búfalo—; no soy un espíritu. He sobrevivido al suplicio de la CANOA DE LA MUERTE. Pero dime, ¿qué haces aquí?

—¿Realmente estás vivo? —murmuró el piel roja—. Qué locos fuimos al condenarte, Joven Búfalo... Tú eres el escogido de los dioses.



Ojo de Serpiente divisó al hijo del Gran Espíritu.

Año VII - 9-V-1956 - N.º 349

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 1.70. Dos años: US\$ 3.15.

Recargo por vía certificada: Un año: US\$ 0.20. Dos años: US\$ 0.40.

Joven Búfalo no quiso recordar a Ojo de Serpiente que él había sido uno de los que con más encono le condenaron cuando era jefe de los Pies-Ligeros.

—No has respondido a mi pregunta, Ojo de Serpiente —dijo el joven—. ¿Qué haces aquí a esta hora nocturna?

—El gran "Toro Potente" me envió a espiar en estas tierras. No en vano me llaman Ojo de Serpiente. He hallado un paso secreto a través de las montañas, un paso secreto por el cual podrán atravesar nuestros guerreros. Caerán sobre los rostros pálidos y quemarán sus casas. Esta noche volveré al campamento de "Toro Potente" y pronto estos cerros se colorearán con la sangre de los invasores y llevarán al valle el eco de sus lamentos.

Joven Búfalo cogió al piel roja de un hombro.

—Eres mi prisionero, Ojo de Serpiente —murmuró el joven—; tú no cometerás ese crimen, ni serás la causa de que el cerro y la montaña se llenen de sangre.

—¿Todavía eres amigo de los hombres blancos? —vociferó Ojo de Serpiente—. ¿Todavía traicionas a tus hermanos?

—Mis hermanos me condenaron —replicó Joven Búfalo—. Tú pedías a voces mi muerte. Los hombres blancos son mis amigos y...

El joven se detuvo. Había sentido ruido de pasos en la selva... Alguien se acercaba.

Joven Búfalo cargó sobre sus hombros a Ojo de Serpiente y corrió en dirección a la cueva. Pero en ese momento una bala hirió su rodilla y cayó al suelo.

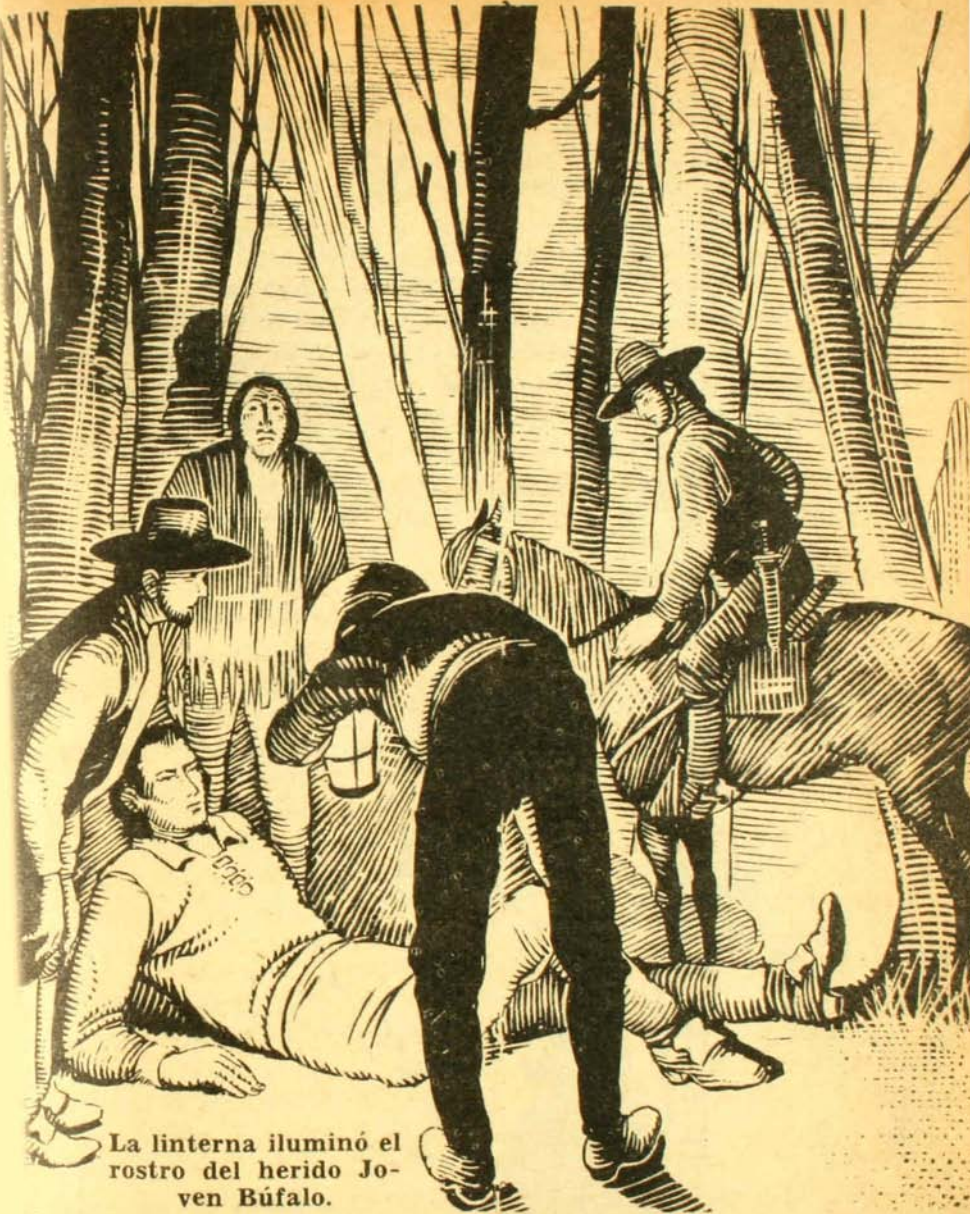
Ojo de Serpiente intentó huir, pero ya era tarde.

De entre las breñas surgieron varias siluetas que rodearon a Joven Búfalo y al piel roja. Una docena de fusiles les mantuvieron inmóviles.

—Víboras —murmuró una voz en la obscuridad—. Buck, enciende la linterna. Uno de los prisioneros es un piel roja y el otro parece un cowboy.

La linterna iluminó el rostro de Joven Búfalo y de Ojo de Serpiente.

—El piel roja pertenece a la tribu de los Pies-Ligeros —dijo la misma voz—; le reconozco por las plumas. Este debe ser el espión que divisamos escurriéndose por las selvas al atardecer. ¿Y quién eres tú? —agregó dirigiéndose a Joven Búfalo—. ¿Eres acaso un amigo del indio?



La linterna iluminó el rostro del herido Joven Búfalo.

Joven Búfalo, con su rodilla herida, permanecía en el suelo.

—Soy Toro —respondió el joven—, trabajo como cowboy en el rancho del señor Smithers.

—¿Y qué haces aquí a altas horas de la noche? En estas montañas no se encuentra el ganado de tu patrón —díjole el patrullero.

Joven Búfalo no respondió, ni podía confesar que había huido del rancho para que no lo reconociera el sheriff Tex Cruper. De pronto Ojo de Serpiente se incorporó y comenzó a balbucear en mal inglés.

—Ese no es cowboy. Es indio. Una vez fue jefe de los Pies-Ligeros. Es Joven Búfalo. Una vez desertó de la tribu y vino aquí. El me dice todo lo que hacen ustedes. Es un espía.

A pesar de su rodilla herida, Joven Búfalo se puso de pie, cogió por el cuello a Ojo de Serpiente y le habría estrangulado a no mediar los patrulleros.

—Hay algo obscuro en este asunto —observó Buck—; no cabe duda de que este piel roja es el espía que vimos cruzar el estero; en cuanto al otro, ya nos dirá el ranchero Smithers si es verdad que es su empleado. Steve, lleva al herido en tu caballo y yo arrastraré al indio.

—He dejado mi caballo atado a esa cueva —dijo Joven Búfalo—; le ruego que no lo deje allí porque morirá de hambre.

—Este es un piel roja —dijo Ojo de Serpiente—. Es el jefe de los Pies-Ligeros.

—Ya lo saqué de la caverna —explicó otro patrullero—. El caballo lleva la marca del rancho Smithers.

Cuando llegaron al rancho de Smithers, él y algunos de sus muchachos salieron a recibirles.

—¿Conoce usted a este individuo? —preguntó Buck al ranchero.

—Es uno de mis vaqueros, un canadiense llamado TORO —dijo Smithers—. ¿Por qué lo traen prisionero?

—Le encontramos en los cerros conversando con este indio —dijo Buck—. ¿Ustedes le habían enviado a la montaña?





Joven Búfalo fue cargado en un caballo, y Buck arrastraba al indio Ojo de Serpiente.

En ese momento avanzó el cowboy Shorty, que como recordaremos fue quien introdujo a Joven Búfalo en el rancho de Smithers. —Toro es mi compañero —declaró Shorty—; en todo el territorio de Arizona no hay un hombre más leal y valiente. ¿Que hablaba con un indio? ¿Que es un espía? No sean idiotas... Toro es tan blanco como cualquiera de ustedes.

—¡Calla tu hocico! —gritó Buck—. Primero tenemos que averiguar por qué ese hombre andaba por los cerros y qué le llevaba allí.

En ese instante un individuo alto y vestido con el traje de sheriff avanzó hasta colocarse junto a Joven Búfalo.

—¿Conoce usted a este hombre? —preguntó Buck a Tex Cruper.

—¿Que si le conozco? —exclamó asombrado el sheriff—. Es Joven Búfalo, el jefe de la tribu de los Pies-Ligeros. Sus guerreros fueron los primeros en sublevarse y unirse a "Toro Potente"... Ha venido a espiar... Una vez se libró de la horca..., pero ahora no... Es un enemigo formidable... Ahórquenle al instante junto con su compañero.

(CONTINUARA)



EL

CAPITULO XIV.—DES

REBELDE

PARECE EL SARGENTO



1. Samuel Bill llegó al pueblo indicado por el sargento Harris y entregó al telegrafista el mensaje que anunciaba la captura de Lobo Rebelde. "—Transmítalo a todos los puestos policiales, hasta la frontera", indicó. El telegrafista comentó: "—No hay prófugo que pueda escapar del sargento Harris".



2. En esos instantes, el policía observaba al pequeño hijo de Lobo Rebelde. La mordedura de la serpiente venenosa ya no le causaría la muerte. El niño sólo necesitaba ahora reposo. Cuando Samuel Bill le anunció que había entregado el telegrama, Harris dijo: "—Entonces podemos acampar sin inquietud".



3. "—La búsqueda de Lobo Rebelde ha terminado —añadió—. Se nos presenta otro problema: los víveres son escasos, por lo tanto, recurriremos a la caza. Cada cual partirá en una dirección distinta. Nos reuniremos aquí, a la caída de la noche." Todos asintieron en silencio. No era necesario formular promesas.



4. Ni Lobo Gris intentaría evadirse, ni Samuel Bill y Bepo atacarían con sus armas al sargento. Flor Elegida quedó a cargo del campamento. "—Que el Gran Espíritu les proteja", dijo a los cazadores. Harris le entregó un rifle para que se defendiera en caso de peligro. Ella, inmóvil, vio alejarse a los cuatro hombres.



EL

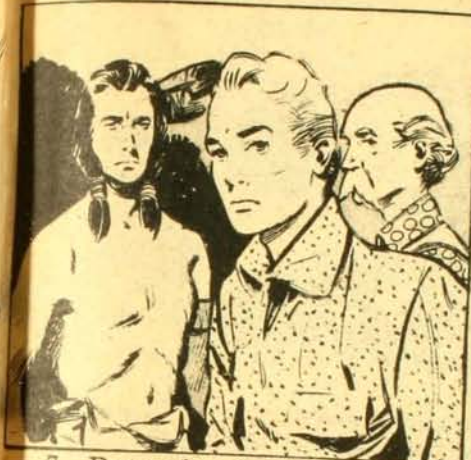
REBELDE



5. Sam y Bepo no encontraron caza. Por lo tanto, recogieron frutos silvestres. "—Esta es una deshonra —mascullaba Bepo—. Nos hemos convertido en cazadores de manzanas agrias. Y todo porque a los señores jabalíes y a los señores ciervos se les ocurre esconderse en sus madrigueras." Lobo Rebelde fue más afortunado.



6. Cazó un cerdo salvaje, que, asado al palo, despedía más tarde un apetitoso olor. Era ya noche cerrada, pero nadie mostró deseos de cenar. Un cazador no había regresado: el sargento Harris. "—No puede haberse extraviado —indicó Sam—. Conoce demasiado bien la región. Tal vez regrese al amanecer."



7. Pero alumbró el nuevo día y el sargento no apareció. "—Le ha sucedido algo —exclamó Sam—. Busquémosle, cada uno por su lado. El que encuentre alguna huella, avisará a los otros haciendo un disparo al aire." Siguieron el camino elegido la víspera por Harris y cuando el rastro no fue ya visible, se separaron.



8. Bepo exploró las rocas. Sam Bill se internó en la selva y sus llamados se perdían sin respuesta entre el espeso follaje. Lobo Rebelde rastreó el suelo con su mirada aguda y alerta. ¿Cuál de los tres hallaría al desaparecido sargento? Por cierto que ninguno pensó abandonarle y huir.

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE

CAPITULO XII

Más misterios.



Julia Blair y Lani miraban espantadas a Rosita Crusoe. La niña sostenía una taza y había anunciado:

—Rosita encontró agua rica.

Ambas jóvenes pensaron que la pequeña había bebido agua salada. El siniestro fantasma de la sed amenazaba a la tripulación de la goleta. Con la tempestad de la noche anterior, el barril que contenía el agua, se volcó.

—¿Dónde..., dónde la encontraste? —murmuró Julia con voz desfallecida.

—Cae del cielo.

Sólo entonces Julia y Lani comprendieron. Al prestar oído al rumor que provenía de la cubierta, reconocieron el ruido de la lluvia, que resonaba en las lonas y maderos.

—¡Rápido, Lunes! —gritó Julia—. Tenemos que recoger esa agua, antes de que cese la lluvia.

En el trópico, las lluvias terminan con la misma rapidez con que se producen.

Julia y Lani extendieron una vela, atándola en ambas bordas. Allí se formó un pequeño lago de agua cristalina, que las niñas vaciaron al barril.

Julia usó un cubo, Lani una jarra y Rosita su taza, que llevaba triunfalmente, sin derramar una sola gota. El leopardo Katzy y el papagayo Polly observaban complacidos aquella faena.

—¡Ración de agua para los marineros! —chilló Polly—. El que beba demás, será lanzado a los tiburones.

Pronto se disiparon las nubes y un brillante sol reemplazó a la lluvia. El arco iris atravesó el cielo.

Mientras Rosita dormía la siesta en la hamaca, Julia y Lani dis-

cutieron la situación. La sed ya no las amenazaba, pero la travesía en aquel barco abandonado presentaba otros problemas.

—Quizás pase mucho tiempo antes que avistemos una costa —observó la joven rubia—. Tenemos que ver cuántos víveres hay a bordo.

—Si faltan, podemos recurrir a la pesca —sugirió Lani.

—Hagamos un inventario de las provisiones que hay en la cocina. Rosita despertó en ese momento y se ofreció para ayudar. Lani dictaba:

—Dos saquitos de harina, tres bacalaos secos, un tarro de sal, otro de azúcar, galletas que deben estar duras como piedras, un paquete de leche en polvo, un poco de arroz...

Julia anotaba en una hoja. Rosita invitó a su leopardo:

—Vamos, Katzi. Nosotros también buscaremos alimentos.

Julia terminó su lista. No era muy larga y la contempló con desaliento.

—Quizás pase mucho tiempo antes de que avistemos una costa —observó Julia.

Rosita ayudaba a transportar el agua.





Julia anotaba los vi-
veres que habia a
bordo.

—No te aflijas, amita —dijo Lani—. Quizás lleguemos a una isla... o regresemos a la nuestra.

Un temblor de nostalgia conmovió su voz. En la isla del Paraíso habian sido felices, hasta que apareció aquel barco extraño, sin tripulantes y que llevaba a bordo un ídolo de arcilla: el dios Ma-Zara, que fue destrozado por la fuerza del huracán.

Julia también meditaba en esos acontecimientos. Cuando conoció a Lani y Rosita, después de naufragar, imaginó que las tres vi-

—Encontré un retra-
to bonito —anunció
la niña.



rían una historia seme-
jante a la de Róbinson
Crusoe. A la nativa la lla-
mó "Lunés", así como Ró-
binson bautizó con el
nombre de Viernes a su
criado aborígen. Ahora esa
novela se transformaba en
otra más complicada y lle-
na de misterio. Róbinson
Crusoe no visitó un barco
desierto, ni fue sorprende-
do por una tormenta que
lo llevó mar adentro. Ni
se enfrentó al enigma de

Ma-Zara y al de la tripulación desaparecida.

Mientras Julia y Lani se sumían en aquellas reflexiones, apareció Rosita.

—No encontré comida, pero hallé un retrato bonito —anunció.

—Un retrato —repitió Julia, pensando que tal vez conocería al capitán Jed o a alguno de los marineros de la goleta. Podría convencerse de que el barco no estuvo tripulado sólo por fantasmas.

Cuando miró la cartulina, el asombro dilató sus azules pupilas. A bordo de aquella nave había recibido muchas sorpresas, pero aquella aventajaba a todas. ¡Esa era la imagen de Rosita Crusoe! Lani, que la vio también, dijo:

—Es magia . . . , gran magia.

Rosita preguntaba con inocencia:

—¿Quién es?

El estupor impedía hablar a Julia. Pero aun cuando pudiera pronunciar alguna palabra, ¿qué decir ante aquel indescifrable misterio? ¿Por qué se hallaba a bordo aquella fotografía de Rosita? ¿Era, quizás, hija del capitán?

—L u n e s —murmuró—.

¿Tú sabes . . . ?

La nativa negó en silencio.

—¿Cómo y cuándo llegó Rosita a la isla? —insistió Julia.

Lani repitió su gesto negativo.

Julia y Lani quedaron asombradas.

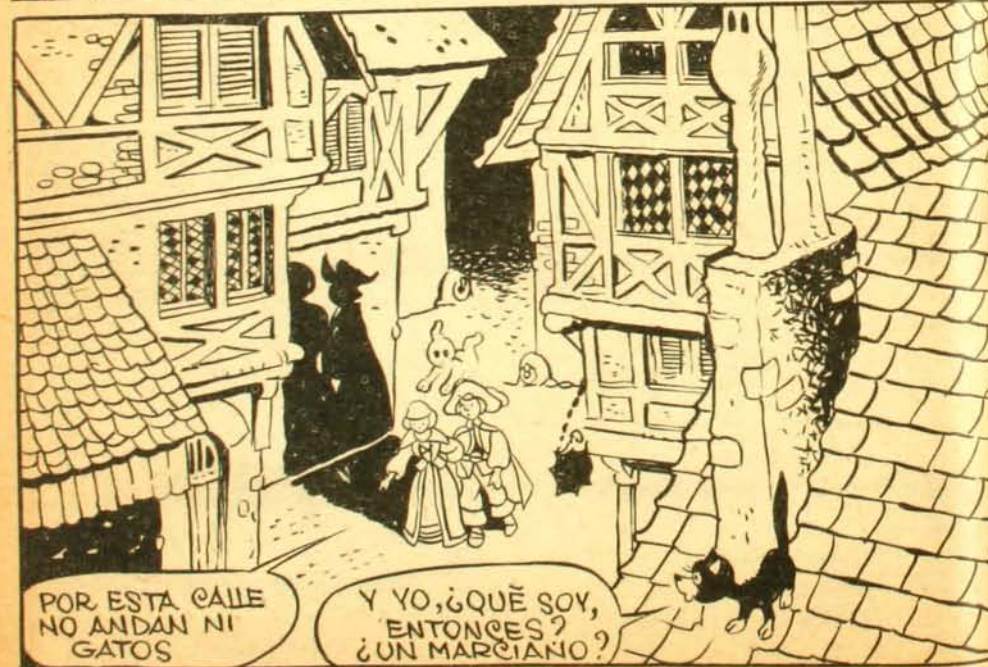
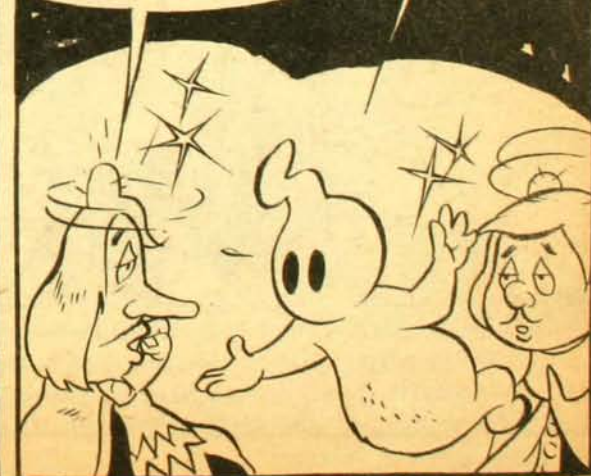
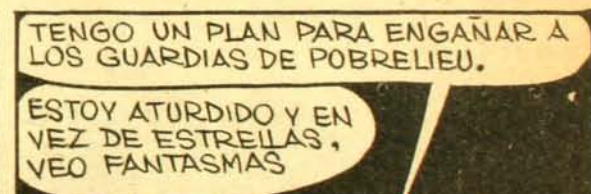
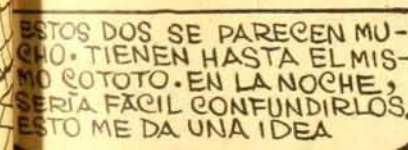


¡Aquél era un retrato de Rosita!



(CONTINUARA)

EL fantasmita



(CONTINUARÁ)



LA PEQUEÑA HEROÏNA

CAPITULO II.—EN LAS LINEAS ENEMIGAS



1. Los voluntarios que salieron de la ciudad de Thionville para rechazar al ejército prusiano, estaban en peligro de quedar aislados. Angélica Monestier lo comprendió aterrada. Lázaro Hoche, que ya había ascendido a capitán, decidió socorrer a los audaces voluntarios, antes de que el enemigo los aniquilara.

3. Ante aquellos refuerzos, los prusianos emprendieron la retirada. Para celebrar la victoria, Thionville recibió en triunfo a los voluntarios y a sus salvadores. Las hermanas de Jean Dechaux y Angélica Monestier expresaron su gratitud al valeroso capitán Hoche.



2. Jean Dechaux y sus compañeros estaban decididos a resistir hasta el último aliento de sus jóvenes vidas. Cuando la caballería enemiga penetró en las filas francesas, se produjo un gran desorden. Irrumpió entonces como un huracán la tropa comandada por Lázaro Hoche.

4. La alegría, sin embargo, fue breve. El sitio se prolongaba. —Sólo hay víveres para quince días —anunció el general Winpffen—. Es preciso enviar un mensajero al general Dumouriez para que su ejército venga a desbloquear Thionville. Considero que una niña atravesará con más facilidad las líneas enemigas.



LA PEQUEÑA



5. Angélica Monestier fue elegida para cumplir la difícil misión. Ella despertaría menos sospechas que un soldado o un civil. Esa noche, el capitán Lázaró la acompañó hasta las primeras avanzadas enemigas. El murmuró: "—Cuando el centinela se aleje, deslizaos sin ruido, oculta detrás de los arbustos. Buena suerte."



6. Angélica avanzó con cautela. De pronto una piedra rodó bajo sus pies. El centinela gritó: "—Wer da?" Escondiéndose entre la maleza, sin atreverse a respirar, la niña permaneció inmóvil. "—Nadie. Tal vez pasó una liebre", gruñó el soldado. Angélica reanudó su marcha, alejándose del campamento orusiano.

HEROÏNA



7. Cuando hubo franqueado las líneas enemigas, reflexionó: "—Ahora debo continuar mi camino sin apresurarme. Ya no estoy a mucha distancia de Valmy. Quizás...". Sus pensamientos fueron interrumpidos por un rumor de cabalgata. Se acercaba una patrulla de húsares.



8. La intensa claridad de la luna le impedía huir sin ser vista. "—¿Qué haces por aquí a medianoche?", le preguntó el brigadier. Angélica balbuceó: "—Vivo en Florence. Mi madre está enferma y voy a Hayange en busca de un médico". El húsar dijo entonces: "—Iremos contigo. Sospecho que mientes".

(CONCLUIRA)

El Rajá de Narimbay



CAPITULO III.—Odilia recibe una misteriosa misiva.

La princesita Jazmín estaba dotada de un carácter afable y de clara inteligencia. Sin embargo, nunca manifestaba alegría y se advertía en ella un secreto dolor.

—¿Tú conocías al doctor Juan de Lupe? —preguntó Odilia Davranche a su alumna cierto día que paseaban por los jardines del magnífico palacio de Narimbay.

—Lo conocía mucho —dijo la chica—, pero dicen que desapareció. Aquí todos desaparecen y nunca más se sabe de ellos. Dicen que los cocodrilos del río se los comen...

Iba a seguir hablando la princesita cuando divisó la silueta de Chakal, el sirviente de confianza del rajá de Narimbay, y al momento cambió de tema y corrió a jugar con sus palomas favoritas. Fue en vano que Odilia tratara de averiguar algo más. Jazmín

RESUMEN: Odilia y Silvia Davranche han quedado huérfanas. Una regañona mujer, la tía Clarisa, las trata mal. Odilia decide ir al Asia, donde el rajá de Narimbay le ofrece un buen sueldo. Al término de su largo viaje, Odilia descubre que su protector Juan de Lupe, ha desaparecido. Es recibida por el príncipe Narimbay en su real palacio.

cerraba sus labios, y sólo en sus pupilas se advertían un dolor y una amargura superiores a sus años.

El príncipe de Narimbay, por un refinamiento de cortesía, había ordenado arreglar las cinco habitaciones de la institutriz de su sobrina Jazmín, al estilo europeo, no faltando allí ninguno de los adelantos modernos.

Rápidamente Odilia organizó su vida en el palacio hindú.

El rajá de Narimbay se ausentaba con frecuencia piloteando él mismo su avión particular.

Durante el primer tiempo Odilia había esperado que la policía lograra encontrar al doctor Juan de Lupe. pero a medida que transcurrían los días la joven comprendió que el médico había desaparecido para siempre.

Una mañana Odilia resolvió visitar una parte del palacio que todavía no conocía, pero Chakal surgió de improviso y le impidió el paso diciéndole:

—No, señorita, está prohibido ir para allá.

—¿Por qué? —preguntó Odilia, sorprendida por el tono autoritario del sirviente del rajá.

—Esa parte del castillo está ruinoso y aún no se han efectuado los arreglos necesarios. Puede ocurrirle un accidente. Además no hay nada interesante que ver allí. Usted no debe aventurarse.

—Bien —respondió Odilia, volviendo hacia atrás.

Sin embargo, Odilia advirtió algo raro en la intervención perentoria de Chakal. ¿Ese tenebroso individuo la espiaba? ¿Seguía sus pasos? Ahora recordaba

Odilia jugueteaba con las aves favoritas de la princesa Jazmín.



que siempre estaba al acecho cuando ella jugaba con las avecillas domesticadas por la princesita Jazmín o cuando iban a la orilla del río.

“Si existe un misterio he de descubrirlo —se dijo Odilia—. A mí me agrada la aventura. Esta noche me escurriré silenciosamente y visitaré la parte prohibida. A lo mejor el rajá de Narimbay es un Barba Azul que oculta a sus siete mujeres en esa torre.”

A medianoche todo estaba silencioso en el palacio oriental. Odilia, descalza y en puntillas, llegó hasta el sitio donde Chakal la había detenido y avanzó lentamente. A lo lejos escuchaba el rugir de las fieras en la selva.

Odilia, alumbrada por la claridad lunar, siguió por un corredor con arcadas de mármol hasta un segundo patio que convergía a una terraza desde la cual podía verse el extenso panorama de la selva y de la montaña.

Era tan hermoso el panorama, que Odilia olvidó la hora y el peligro para quedarse contemplándolo.

De súbito el chillido de una ave de rapiña que volaba muy junto a ella, la sobresaltó y decidió volver. De nuevo atravesó los corredores, las salas, y al llegar al patio interior, algo liviano cayó a sus pies.

Odilia se inclinó a recoger el objeto. Era una pelota de papel. Odilia la metió en su bolsillo, y casi corriendo regresó a su aposento.

Después de cerrar con llave su puerta, encendió luz y leyó la misiva siguiente, escrita con visible apuro:

Si aprecias tu vida, abandona este palacio. Un peligro te amenaza. Guarda silencio y no vuelvas a pasar por mis ventanas.

“Ahora se explica la conducta de Chakal —se dijo Odilia—. ¿Por qué me ordena ese desconocido abandonar el palacio de Narimbay? ¿A qué peligro hace alusión?”

El misterio, en vez de aclararse, se tornaba más obscuro.

Primeramente debía saber quién era el cautivo. Odilia examinó la letra, mal escrita en razón de la rapidez con que fue redactada esa misiva.

La institutriz de Jazmín abrió una de sus maletas, cogió la carta del doctor Juan de Lupe y comparó ambos documentos. La misma mano había redactado la carta y la misiva.

Era evidente que el rajá de Narimbay había encerrado a su mé-



Una noche se aventuró por la parte prohibida del palacio oriental.

lico, pero ¿cuál era el motivo de ese extraño cautiverio? Durante un minuto Odilia se preguntó si los enervantes perfumes espirados en la terraza habían perturbado su razón. No podía concebir que el rajá de Narimbay hubiera encerrado a su amigo Juan de Lupe en su propio palacio.

—Estoy equivocada —murmuró Odilia Davranche—. Hace apenas un mes que el doctor De Lupe me escribió ponderándome las ventajas de este viaje, las bondades del rajá y la conveniencia de aceptar un contrato por cinco años como institutriz de la princesa heredera de Narimbay. No puede ser, no puede ser... En estas cavilaciones pasó el resto de la noche la angustiada niña.

Sin embargo, era evidente y cierto que en el lujoso palacio de Narimbay había un cautivo de raza blanca y que si ese prisionero no era el doctor Juan de Lupe, de todas maneras ella debía libertarlo.

Avisar a la policía parecía lo más lógico, pero Odilia pensó que esa medida provocaría la muerte del cautivo. El rajá de Narim-



Una pelota de papel
cayó misteriosamente
a los pies de Odilia.

bay, ante la inminencia de un allanamiento del palacio, haría desaparecer al prisionero.

Odilia debía obrar por sí misma y las dificultades de tal empresa aparecieron más y más difíciles a la luz del día. Vigilada por el siniestro Chakal, sin conocer el lenguaje del país, la institutriz de Jazmín comprendía que su tarea era poco menos que imposible.

Prudentemente, Odilia destrozó la misiva, la quemó en la llama de la lámpara y se tendió en su cama con los ojos muy abiertos a cavilar sobre tan denso misterio.

—No me queda otro recurso que interrogar a Jazmín —se dijo por fin—. Trataré de conquistarme su confianza; la chica confiará en mí y poco a poco conseguiré levantar el velo de este misterioso asunto.

En seguida le pareció ridículo pensar que una chica de ocho años pudiera revelar un secreto que acaso ni ella misma conocía. Atribulada y confusa, Odilia Davranche decidió proseguir sus pesquisas.

Recordó también que la nodriza de Jazmín, la vieja Rani, podría informarla indirectamente, pero esa mujer era de una timidez extraordinaria. Muchas veces la vió temblar en presencia de Chakal, y cuando divisaba al rajá de Narimbay huía como una gacela perseguida por fieras salvajes.

“Rani debe estar al corriente de muchos actos delictuosos del rajá —se dijo Odilia—. Como ella entiende el inglés, cierta vez que yo le di conversación apareció súbitamente Chakal y algo

terrible le dijo, porque la india tuvo que afirmarse en el muro para no caer desmayada."

Estaba muy avanzada la mañana cuando un criado hindú llamó a la puerta del aposento de Odilia para invitarla a servirse el desayuno con su pupila.

Jazmín esperaba a su institutriz en la sala. Poniéndose de pie, la princesa le dijo en francés:

—Buenos días, señorita; ¿ha dormido bien?

Era una de las frases que la institutriz le había enseñado el día antes.

—No muy bien —respondió Odilia—. He pensado mucho en el doctor Juan de Lupe, cuya desaparición es inexplicable. ¿Puedes decirme tú si otras personas han desaparecido así en este palacio? Jazmín pareció reflexionar y luego dijo:

—De tiempo en tiempo desaparece un criado o una sirvienta que se aventura en la selva y es devorada por las fieras.

(CONTINUARA)

—De tiempo en tiempo, hay personas que desaparecen de este palacio —dijo Jazmín a Odilia.





¿QUE TE PASO, PONCHITO? ¿POR QUE ANDAS TODO VENDADO?



¡POR UN GRANITO DE ARENA QUE ME ENTRO EN UN OJO!



¡NO PUEDE SER!
¡NO ES POSIBLE!



¡POR UN GRANO DE ARENA NO HABRÍAS QUEDADO EN ESE ESTADO!



SI, PATOCO, ME CAYO ARENA EN UN OJO...



... Y NO VI AL TORO QUE SE ME VIÑO ENCIMA!





El Príncipe Valiente

CAPITULO IX —

La fuga.

Gauvain, caballero del rey Arturo, se negó a huir precipitadamente del castillo donde estuvo prisionero. Antes deseaba descansar de las malas noches en la celda y saborear una buena cena.

En vano el príncipe Valiente le señaló el peligro de caer en manos de los guardias.

Gauvain, atusándose los finos bigotes, dijo:

—No huiré como un villano cansado y hambriento. Exploremos el castillo.

Con un suspiro de resignación, Val lo acompañó.

—Escucha, Val, ¿qué oyes?

—Ruido de juerga y muchas risotadas —contestó el doncel en voz muy queda.

—Baldón y sus amigos acaban de sentarse a la mesa. Todos los ocupantes de la fortaleza están despiertos. Démosles tiempo para que se embriaguen y los domine el sueño.

Ambos aventureros encaminaron sus pasos hacia los aposentos del barón. El ayuda de cámara, al sentir en su garganta la espada de Val, se mostró dispuesto a obedecer a sus nuevos amos.

Los dos amigos se dieron un baño en la bañera del barón. Después ordenaron una cena que les fue servida a la perfección. Finalmente caballero y escudero descansaron sobre el lujoso lecho. Al aproximarse el alba, se apagaron las risas y voces que resonaban en el salón de banquetes. Dejando al lacayo atado y amor-

dazado, los fugitivos subieron al techo del castillo, desde el cual pendía la soga de Val. Una vez allí, expuso el joven a su amigo el método que había ideado para escapar. Se trataba de un plan realmente audaz.

Dejando a Gauvain en el techo, Val se deslizó por el muro del patio, procurando hacer bastante ruido. Los guardias le oyeron y, al verle, prorrumpieron en gritos feroces.

—¡Es el que creíamos haber matado!

Val dejó escapar una burlona risa. Convencidos de que no estaban en presencia de un fantasma, sino de un odioso enemigo, los soldados subieron los escalones a todo correr con la intención de capturarlo.

Los guardias estaban muy ocupados persiguiendo a Val. Por lo tanto, Gauvain se deslizó hasta el patio sin que le vieran y luego corrió hacia los oscuros establos. Ensiló en seguida dos caballos.

Los soldados se aprestaban a atrapar al joven escudero cuando éste cruzó de un salto el parapeto y, ante las miradas asombradas de todos, se lanzó al foso que había al pie de las murallas.

Aún así, no pensaron que pudiera escapar ni vivo ni muerto. Después de bajar el puente, salieron para capturarlo o recobrar su cadáver. Pero no acababa de bajar el puente levadizo cuando Gauvain aprovechó la oportunidad para salir al galope llevando otro caballo ensillado. Una tropa de ji-



Val cortó con su daga una de las cañas del foso.

Los soldados subieron los escalones a todo correr con la intención de capturarlo.

Manteniéndose oculto debajo del agua, respiró por medio de la caña hueca.



netes salió en seguida para perseguirlo. Mientras tanto los soldados del barón corrían de un lado a otro por las orillas del foso, buscando en vano a Val. El príncipe había desaparecido como por arte de magia.

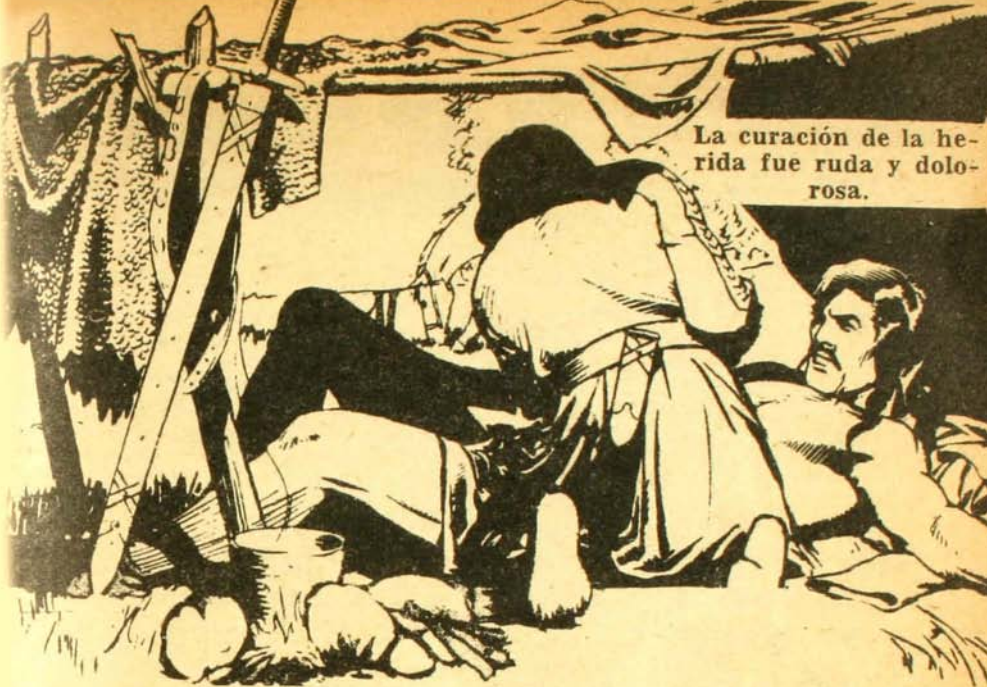
Aunque aturdido en parte por la violenta zambullida, Val siguió realizando su plan. Al caer en el foso y antes de que los soldados tuvieran tiempo de bajar el puente, nadó por debajo del agua hasta un grupo de cañas que crecían en la base del muro. Al mis-

Sólo al fin del día, se
atrevió a salir.



mo tiempo removió el cieno del fondo para que se enturbiaran las aguas, ocultando así sus movimientos.

Acostado inmóvil sobre el barro y respirando por medio de una caña hueca, esperó que sus perseguidores renunciaran a la búsqueda. Más tarde preparó con gran cautela una cortina de plantas acuáticas y levantó lentamente la cabeza. Ahora podía respirar mejor y vigilar a los soldados. Pero sólo al terminar el día se atrevió a salir del agua e ir en busca de Gauvain.



La curación de la herida fue ruda y dolorosa.

No había avanzado mucho cuando tropezó con una señal inconfundible dejada por Gauvain. Era un soldado que yacía inerte y cuya mano extendida señalaba hacia la derecha. Apartándose del sendero para marchar en la dirección indicada, Val llegó a un claro del bosque.

Allí encontró al caballero, aunque no como esperaba verle. Gauvain estaba herido.

—Apenas un rasguño, muchacho —jadeó, esforzándose vanamente por sonreír.

La curación que le efectuó Val fue ruda y dolorosa.

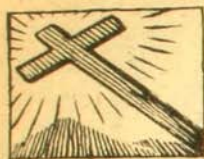
Lentamente cabalgaron hacia el sur, deteniéndose con frecuencia para que el herido pudiera reponer fuerzas. Val se mantenía siempre alerta, evitando un encuentro con los soldados que les buscaban por doquier. Por fin avistaron Camelot. En el prado Winchester, Val descubrió una gran multitud de caballeros y damas.

—Hay banderas y pabellones —dijo a Gauvain.

Se realizaba en la ciudad real un gran torneo, que se vería interrumpido por la dramática llegada del herido Gauvain y de su valiente escudero.

(CONTINUARA)

¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿QUE FIESTA RELIGIOSA SE CELEBRA EL 10 DE MAYO?

¿Corpus Christi, la Ascensión del Señor o el Día de Todos los Santos?

Entre estas tres soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 347: Los caballos tienen dos rodillas. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** Gerardo Acuña, Pitruquén; Oscar Hodges, Santiago; Eugenia Ruiz, Temuco; Eduardo Gutiérrez, Viña del Mar; Dani San Martín, Santiago; Gladys Aldea, Ñipas; Jorge Lavín, Sewell; Marco Leyra, Palquibudis; Patricio Aranda, Casablanca; Margarita Soto, Hospital. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Reinaldo Muñoz, Talcahuano; Juan Mihovilovic, Santiago; Enrique Castillo, San Fernando; Elcira Bugos, Lota; Oriana Cerini, Los Angeles; Mireya León, Santa Cruz.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
"SIMBAD" N.º 349

UN ALBUM PARA COLOREAR: Edgardo Nilo, Rengo; Inés Varas, Nacimiento; Juan Morán, San Antonio; Camilo Ceña, Casablanca; Francisco Reyes, Chillán Viejo; Luzmira Muñoz, Valparaíso; Juan Ascencio, Concepción; Alfonso Carrasco, Temuco.

GRANDÍOSO SORTEO de NAVIDAD

★★★★★★ \$ 500.000.- ★★★★★★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.

Empieza a juntar los cupones que desde hoy publicamos. Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar alguno de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 1 — SERIE N.º 1
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 1 — SERIE N.º 1
9 de mayo de 1956



El misterio del molino



3. El cerebro de Nelly era un torbellino de ideas. Empezaba a vislumbrar la verdad. Aquel hombre era el enemigo de Paul. El molino de bronce tenía una marca especial. Aquella señal interesaba a Paul tanto como a su adversario. Nelly se estremeció al oír rumor de remos.



4. Paul había llegado, atraído tal vez a la casa de botes con otro mensaje falso. “—¿Cómo podré advertirle el peligro?”, gimió Nelly. Las ataduras eran firmes y ningún sonido podría percibirse a través de la mordaza que oprimía su boca. El hombre que acababa en la obscuridad sonrió agriamente al avistar a Paul.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 350

\$ 20.-

LA PEQUEÑA HEROINA

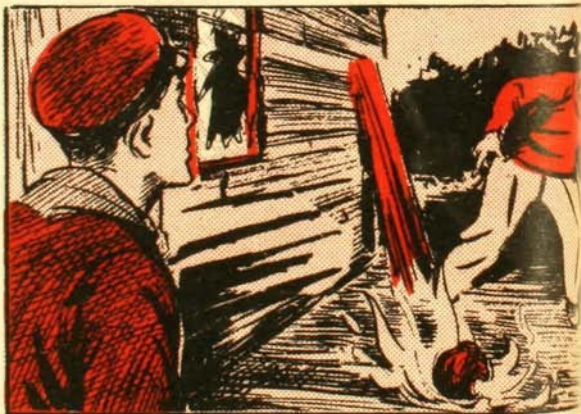


El misterio del molino



CAPITULO IX.—INCENDIO EN LA CASA DE BOTES

1. Nelly Ray luchaba por librarse de las amarras que la inmovilizaban. Una mordaza oprimía sus labios, impidiéndole gritar. ¿Cómo advertiría a Paul Kamp que lo acechaba su mortal enemigo? Observó que una lámpara ardía en la ventana y rápidamente decidió un plan.



2. Paso a paso arrastró la silla hasta la ventana y con el hombro golpeó la lámpara. Esta, quebrando el vidrio, cayó al exterior, inflamándose. A la viva luz, Paul Kamp, que se acercaba confiado, vio la figura del hombre traidor que lo aguardaba en las sombras para atacarlo a traición.

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO XXI.—Interviene Gracia Matheus.

—Es Joven Búfalo —repitió el sheriff Tex Cruper—. Un formidable enemigo. Ahórquenlo al instante.

La declaración de Tex Cruper condenaba irremisiblemente al hijo del Gran Espíritu. En esos tiempos de ardorosa lucha, ningún blanco perdonaba la vida a un indio.

El cowboy Shorty quiso defender a Joven Búfalo.



—A muerte el indio, a muerte el espía —gritaban los vaqueros.

Shorty se había alejado un momento en busca de armas y, cuando los patrulleros quisieron coger a Joven Búfalo para atarle a un árbol, el valiente cowboy alzó sus dos revólveres, gritando:

—Arriba las manos. Yo no permitiré que asesinen a mi compañero. Gran asombro causaron estas palabras entre los soldados. El hecho de que un blanco tomara el partido de los pieles rojas era, en esos tiempos, algo inaudito, y a nadie se le ocurrió pen-

Año VII - 16-V-1956 - N.º 350

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

sar en la admiración y afecto que había conquistado Joven Búfalo por su rectitud y fuerza física.

—Pero si es un indio —protestó Steve—; es un espía.

—Es mi compañero y tan blanco como ustedes —declaró Shorty—, pero aun cuando fuera piel roja, lo cual no creo, no es un espía. Toro, huye en mi caballo, mientras yo detengo a estos energúmenos.

Joven Búfalo no se movió. En cambio, Ojo de Serpiente, que se creía también protegido por Shorty, intentó huir... Con la ligereza de un relámpago, Joven Búfalo sujetó al indio traidor.

—No trataré de huir, amigo Shorty —dijo Joven Búfalo—. Es verdad que soy piel roja, pero no espía. No quiero huir, porque el sheriff me ha calumniado. Olvida que has sido mi compañero.

—No lo puedo olvidar —replicó Shorty.

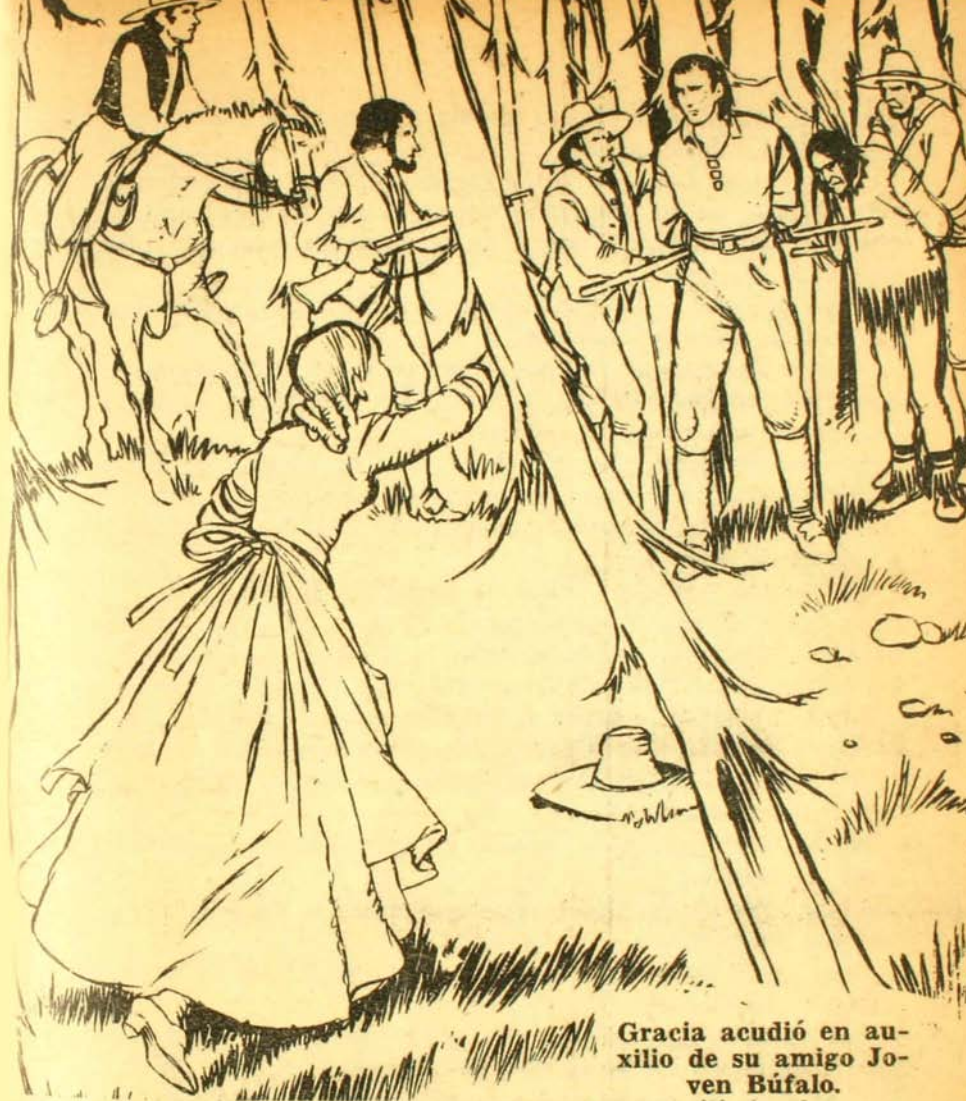
En ese momento, otro de los patrulleros cogió al generoso cowboy por la espalda y le desarmó.

Los dos prisioneros, Ojo de Serpiente y Joven Búfalo, fueron conducidos a un grupo de árboles que rodeaban el rancho.

—Traigan cordeles —ordenó el ranchero Smithers.

Joven Búfalo y Ojo de Serpiente fueron conducidos a un bosque.





Gracia acudió en auxilio de su amigo Joven Búfalo.

Joven Búfalo estaba resignado a morir. Rechazado por los de su raza y odiado por los hombres blancos, su vida sería un martirio.

Sólo tenía un amigo en su vida: Shorty, quien le había defendido en la hora del peligro.

Gracia Matheus había desconfiado de él. Tal vez lo lamentaría cuando supiera que le habían ahorcado.

La soga fue colocada alrededor de su cuello, sin que intentara defenderse.

Por una casualidad, Gracia volvía al rancho a tiempo que Shorty entraba allí desesperado.

Todavía no se borraba de la mente de Gracia el recuerdo de Joven Búfalo; de lo que hiciera por ella y su hermano Marcos, a costa de tantos sacrificios y de la sumisión con que obedeció su orden de alejarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gracia a Shorty—. ¿Qué hacen en el bosquecillo esos patrulleros?

—Van a ahorcar al cowboy Toro y a un indio espía... Dicen que Toro también es piel roja... Lo ahorcarán —gimió Shorty. Yo hice lo que pude por salvarle.

Gracia no escuchó más y corrió hacia el bosque de pinos.

—Deténganse, detengan el suplicio —gritó la hija de Zeke Matheus—. Van a cometer un crimen. Ustedes no están llamados a ejercer la ley...

—Ejercemos justicia —dijo el ranchero Smithers a la joven—; estos hombres son espías. Uno de ellos es un reptil que ha vivido bajo mi techo tal vez esperando la hora de asesinarnos mientras dormíamos. Retírese, Gracia; este espectáculo no es para usted.

—No le matarán —gritó apasionadamente Gracia.

El viejo Smithers se aproximó a detenerla. Gracia cogió su revólver, pero no apuntó al ranchero, sino que, volviendo el arma contra sí misma, exclamó:

—No le matarán. Si lo hacen, yo también me mataré aquí, delante de ustedes.

Los cowboys y patrulleros que rodeaban a los prisioneros se detuvieron indecisos.

Gracia Matheus se acercó a ellos, siempre con el revólver afirmado en su pecho.

—Ese hombre que ustedes ven y conocen con el nombre de cowboy Toro, no es un espía —dijo la heroica niña—. Yo lo aseguro con mi vida. Es cierto que es piel roja y que fue jefe de la tribu de los Pies-Ligeros. Pero su tribu le condenó al suplicio de la **CANOA DE LA MUERTE**, justamente porque quiso defender a los colonos de la montaña; porque nos advirtió del peligro y nunca quiso tomar parte en la guerra contra los blancos. Yo misma enseñé el inglés a Joven Búfalo; él protegió a mi familia...

—El sheriff Tex Cruper dice —interrumpió Steve.

—¿El sheriff les ha contado que Joven Búfalo fue a rescatar a mi hermano Marcos hasta la tribu enemiga de los Navajos? —

gritó desafortadamente Gracia—. ¿El sheriff Cruper les refirió que este individuo me había salvado la vida dos veces? ¿Y les dijo que Joven Búfalo nos dio aviso de que los indios proyectaban incendiar nuestros ranchos? No... Nada dijo, y sin embargo, él también le debe la vida a este hombre a quien quieren ahorcar. Steve avanzó un paso hacia la intrépida joven. Gracia creyó que el patrullero pretendía arrebatarle el revólver, y, retrocediendo, exclamó:

—Si intenta poner un dedo sobre mí, apretaré el gatillo.

—Está bien, señorita Matheus —replicó Steve—.

Sólo quiero preguntarle algo. Este indio —y Steve señaló a Ojo de Serpiente— es un espía... Le cogimos cuando intentaba atravesar la montaña. Ahora bien, si Joven Búfalo no es un espía, ¿por qué fue a reunirse con Ojo de Serpiente en los cerros?

—Porque yo dije a Joven Búfalo que huyera —expresó Gracia—. ¿No es así, Joven Búfalo?

El ajusticiado inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pero, ¿qué estaba tramando con Ojo de Serpiente en la montaña? —insistió Steve.

El hijo del Gran Espíritu no respondió. Ni un en el patíbulo traicionaría a los pieles rojas.

(CONTINUARA)



—Me mataré yo si intentan ahorcar a Joven Búfalo —dijo Gracia.



EL

CAPÍTULO XV.

REBELDE

VUELO DE BUITRES.



1. Lobo Rebelde, Samuel Bill y Bepo buscaban al sargento Harris, que había desaparecido en el bosque. El joven cheyene volvió una y otra vez al lugar donde se perdían las huellas del policía. Halló por fin rastros de gamos. Con una sonrisa los siguió... tal como los siguiera Harris el día anterior.



2. Recorrió un terreno cubierto de matorrales. La tierra se tornaba cada vez más húmeda y era fácil distinguir, mezcladas al rastro de los animales, huellas de pisadas humanas. Avistó una colina en la cual verdeaba una densa vegetación. Más tarde vio en el suelo un cartucho vacío.



3. Lo recogió, observándolo, pensativo. Encañonó en seguida con su rifle la colina, deduciendo: "El sargento disparó desde aquí. Los ciervos se hallaban sin duda sobre el cerro, ofreciendo un blanco perfecto. Se dirigió luego a cobrar las piezas... Quizás en ese trayecto ocurrió algo imprevisto..."



4. Lobo Rebelde siguió la pista. En la cima descubrió huellas de sangre. Uno de los gamos había caído. Intentó alcanzar a la manada, que huyó despavorida. "—No pudo alejarse mucho —surró el indio—. No creo que haya sido difícil para Harris capturarlo... Sin embargo, no regresó con el gamo al campamento."



EL REBELDE



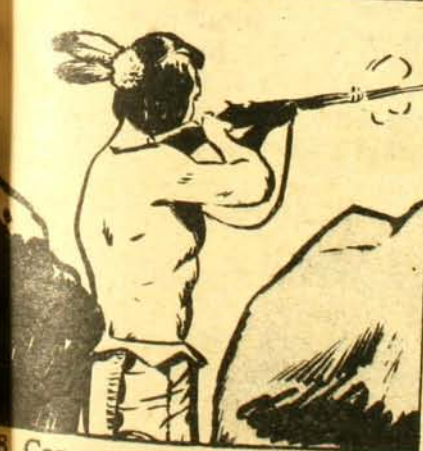
5. Se abrió paso a través del follaje, deteniéndose al llegar a un espacio abierto. La mirada del cheyene se oscureció al observar el vuelo circular de varios buitres que planeaban sobre el bosque. De súbito se dejaban caer a plomo sobre la espesura. Aquello sólo tenía un significado: muerte.



6. Lobo Rebelde se estremeció. Apresuró el paso y no tardó en hallarse al borde de un precipicio. Terciando el rifle a su espalda, el joven descendió con cautela, sosteniéndose de las salientes. Saltó sobre la arena reseca y, para orientarse, ubicó el lugar sobre el cual volaban los buitres.



7. Contempló más tarde, con mirada sombría, el inmóvil cuerpo de un gamo, que las aves de rapiña se disputaban graznando con furia. Lobo Rebelde reconstituyó la escena. Aquel ciervo, en un desesperado esfuerzo por huir del cazador, intentó cruzar de un salto el abismo, pero sus fuerzas debilitadas lo traicionaron.



8. Con un gesto lento y premeditado, levantó su arma y disparó. Los buitres alzaron pesadamente el vuelo, huyendo de aquel peligro. Uno de ellos desapareció en el abismo. El guerrero cheyene continuó entonces la búsqueda del sargento Harris, con el cielo libre de las siniestras aves carniceras.

(CONTINUARA)



ROSITA CRUSOE

CAPITULO XIII. *La pequeña diosa.*

Desde que Julia Blair naufragó, arribando a una isla de los mares del sur, había experimentado muchas emociones. Ocurrieron también sucesos que la asombraron. Pero jamás se había sentido tan atónita como cuando contempló una fotografía de Rosita, hallada a bordo de la goleta.

Pensó en el primer instante que era hija del capitán Jed o de algún tripulante. Pero esta idea no la convenció totalmente.

—Rosita —balbu-

ció la supersticiosa Lani—. Cuando apareció en la isla, pensé que era hija de los dioses... Ahora comprendo que no estaba equivocada. Rosita es del país de Ma-Zara... Es una pequeña diosa. Julia la detuvo y su voz firme indicó:

—Rosita es nuestra hermana. Por favor, Lunes, que ella no te oiga decir tales absurdos.

Lani murmuró:

—Perdóname, amita Julia.

—Aquí hay un misterio que tiene quizás una explicación sencilla. No está relacionado con los dioses nativos, ni con los ídolos de las islas. Compréndelo bien, Lani.

—Sí, amita.

Julia recordó el libro de bitácora, que había hallado en la cabina del capitán. Quizás en alguna página se mencionaba a Rosita.

Minutos después hojeaba nerviosamente el diario. Por fin halló la anotación que buscaba: "La dama de Adelaida me dio bas-

tante dinero para que buscara a la chiquilla de la fotografía. Por supuesto que la suma era tentadora y la acepté..., pero no pienso desviarme de mi ruta para dedicarme a una búsqueda que considero idiota... y peligrosa. Además, no me extrañaría que ella misma viniera a explorar las islas. Estaba ansiosa y la desesperación no le permitiría ser prudente. Y si ella realiza la tarea, ¿para qué arriesgar mi pellejo?

—La madre de Rosita está viva y la busca —exclamó Julia—. El capitán Jed es un aventurero sin conciencia. No cumplió su palabra. Regresó pensativa al puente.

Rosita, saltando de alegría, observaba a Lani, que tendía de una borda a otra la lona que les sirvió para recoger el agua de lluvia. Lani recogió agua de mar, llenando la lona para formar un lago en el cual Rosita se bañó encantada.

Mientras la pequeña jugaba en el agua, salpicando al leopardo Katzi, Julia comunicó a Lani su descubrimiento.

—No se lo diremos a Rosita —indicó—. Sería cruel recordarle

Rosita saltaba de alegría ante la improvisada laguna.



Julia leía con asombro aquella página.



a su mamá y darle esperanzas de que la volverá a ver. Esperemos que el destino las reúna... o en caso contrario, nosotras seguiremos siendo su única familia.

—¿Rosita no es una pequeña diosa? —suspiró Lani, con alivio.

Se sentía libre de temor.

—La humilde Lani no podía llamar hermana a una diosa —explicó después—.

Julia comunicó a Lani su descubrimiento.



Lani es feliz, porque no ha perdido a su hermanita pequeña. El barco seguía surcando el mar, sin avistar tierra, ni cruzarse con otro navío.

—Hay cohetes de señales a bordo —sugirió Julia—. ¿Por qué no pensé antes en ellos? Esta noche lanzaré uno. Quizás algún barco lo vea.

A la cuarta noche de aquel extraño viaje subió Julia al palo mayor. Sólo pudo ver la inmensa extensión del mar. Nadie respondió a las señales de luces. ¿Cuándo y cómo terminaría aquella travesía?



—Esta noche lanzaremos un cohete de luz.



Al amanecer reposaba junto a la dormida Rosita cuando oyó la voz de Lani, que la llamaba con premura. La nativa había insistido en instalarse en la cofa del vigía.

Julia subió a cubierta, mientras su corazón latía con violencia. Lani le anunció, excitada:

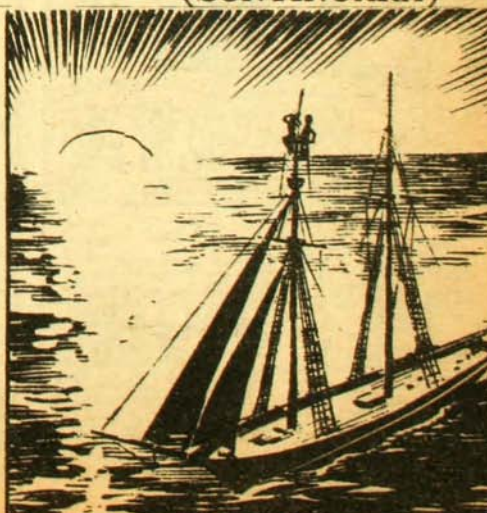
—¡Tierra, amita Julia!...

Agilmente, la niña rubia escaló el mástil y, junto a Lani, contempló el horizonte. A los primeros reflejos del sol se veía la ansiada costa.

—¡Qué maravilloso! —murmuró, reprimiendo su emoción, para no prorruir en lágrimas de alegría.

(CONTINUARA)

Ambas contemplaban fascinadas la costa.



El fantasmita

PARA PROTEGER AL DUQUE BUCKY, EL FANTASMITA SUGIERE QUE TARTAGNAN SE VISTA CON LAS ROPAS DEL NOBLE PERSONAJE



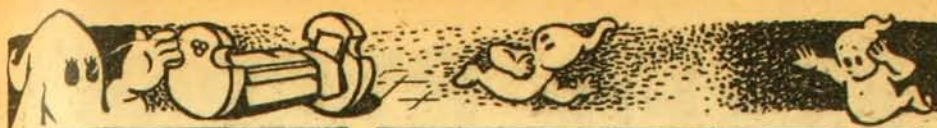
LOS CÓMPlices DE POBREHEU NO SE DARÁN CUENTA DEL CAMBALACHE

SIN DUDA ESTAMOS RODEADOS DE ESPÍAS



EN EFECTO, NO SÓLO HAY ESPÍAS, SINO TAMBIÉN EL MALVADO SEÑOR DE MIAU LADY PAMALA.

ESE ES EL DUQUE. LO RECONOZCO.

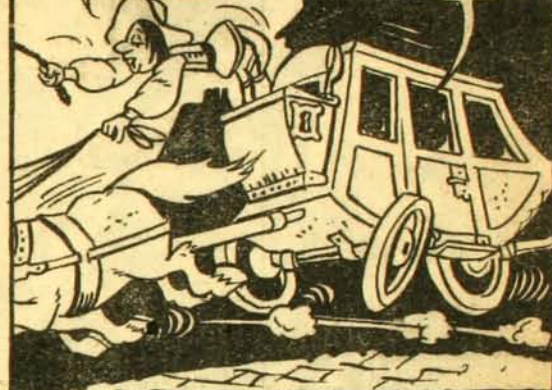


VIVA LA MEDIA NARANJA,
VIVA LA NARANJA ENTERA...



¡CORRAN, CABAILEJOS!

¡A MI CASTILLO!



DESPUÉS DE RECONOCER A LA VÍCTIMA, LADY PAMALA SE RETIRA

LOS ENGAÑAMOS. AHORA EL DUQUE PUEDE PASAR. LA ENTRADA DEL PALACIO ESTÁ LIBRE.



¡QUÉ EXTRAÑO! EL DUQUE DE BUCKY SE ALEJA DEL PALACIO REAL. SIGAMOSLE SIN SER VISTOS NI SORPRENDIDOS POR EL... ¡CAMONI!



(CONTINUARÁ)



LA PEQUEÑA

CAPITULO III v FINAL.



1. Angélica Monestier llevaba un mensaje secreto al general Dumouriez cuando fue detenida por una patrulla de húsares. "—Voy en busca de un médico para mi madre enferma", declaró. El desconfiado brigadier la acompañó a casa del doctor Arens, a quien dijo: "—Esta niña afirma que lo conoce. ¿Es verdad?"



2. Arens, ferviente patriota, comprendió que debía proteger a la jovencita, y declaró: "—Por cierto. ¿Quién está enfermo en tu casa, Bibí? ¿Tu mamá?" Angélica respondió: "—Sí, doctor." Los soldados se retiraron y, cuando Angélica explicó a Arens su misión, él la acompañó al campamento de Dumouriez.



HEROÏNA

VICTORIA DE ANGELICA.



3. El plan había resultado bien. El sagaz médico nombró a Angélica con un diminutivo que podía aplicarse a cualquier nombre, simulando que la conocía desde pequeña. Los refuerzos llegaron a Thoinville a tiempo para salvar a la ciudad de caer en poder del enemigo. Angélica fue aclamada como una heroína.



4. La noticia de las victorias que obtenía Lázaro Hoche eran recibidas con gran alegría por la familia Dechaux. La rubia Adelaide exclamaba: "—Ya es general y sólo tiene veinticinco años". Cuando el joven regresó a Thoinville, Angélica lo presentó a su amiga, que ansiaba conocerlo.



LA PEQUEÑA HEROÏNA



5. Lázaro y Angélica eran amigos desde que la niña cruzó las líneas prusianas para ir en busca de auxilio. Ahora ella le presentaba a su amiga de la infancia, y el general Hoche quedó tan fascinado por la radiante belleza de Adelaida, que solicitó al ciudadano Dechaux la mano de su hija.



7. Pero el clima en el país era muy agitado. Los realistas y los patriotas formaban dos bandos opuestos. Adelaida cayó prisionera de los chuanes y, al saberlo, el capitán Pedro Hirrien acudió a libertarla. Angélica impidió una sangrienta batalla deteniendo al joven.



6. La boda se efectuó rápidamente, porque días más tarde, el joven militar, nombrado general en jefe del ejército francés, partió a Italia. Angélica y Adelaida esperaban noticias del ausente sin olvidarlo un instante. Finalmente, llegó el día en que regresaría de su campaña y las jóvenes prepararon un baile.



8. Los chuanes, al saber que Adelaida era la esposa del célebre general Hoche, la habían dejado ya en libertad. Angélica dijo al impetuoso capitán Hirrien: "—¿Estáis resentido porque no hubo batalla?" El sonrió: "—Cededme el primer baile de esta noche. Ya que no me lucí como héroe, probaré que soy buen bailarín".

F I N

El Rajá de Narimbay



CAPITULO IV.—Jazmín cuenta su triste historia.

Odilia decidió continuar interrogando a su discípula, la princesita Jazmín.

Era la única esperanza que tenía de resolver el misterio de la desaparición del doctor Juan de Lupe.

—Pero esa gente que desaparece devorada por las fieras —insinuó Odilia a Jazmín—, por fuerza tiene que dejar rastros...

—Sí —respondió la displicente princesita—; encuentran parte de sus huesos o de sus vestidos. Eso es todo lo que yo le he oído decir a mi nodriza Rani.

—Dime otra cosa, querida princesita —preguntó la insinuante institutriz—, ¿tú puedes pasearte libremente por todo el palacio?

—Por cierto —respondió extrañada Jazmín—. ¿Por qué me lo pregunta, señorita?

RESUMEN: Odilia y Silvia Davranche han quedado huérfanas. Una regañona mujer, la tía Clarisa, las trata mal. Odilia decide ir al Asia, donde el rajá de Narimbay le ofrece un buen sueldo. Al término de su largo viaje, Odilia descubre que su protector Juan de Lupe ha desaparecido. Es recibida por el príncipe Narimbay en su real palacio. Odilia recorre una noche la parte prohibida del palacio, y a sus pies cae una carta en la cual le ordenan huir porque pelagra su vida. Odilia cree reconocer la letra del doctor Juan de Lupe.

—Porque ayer Chakal me prohibió pasar al corredor del ala oriente del palacio, asegurándome que esa parte de la casa está en ruinas y que era peligroso aventurarse en los corredores. ¿Es verdad esto?

—Si Chakal lo dice, debe ser cierto —dijo Jazmín—. A mí me bastan mi departamento y mis jardines.

Odilia creyó comprender que la discreta chica le estaba dando una lección. Era evidente que Jazmín nada diría o nada sabía. A mediodía, Odilia tuvo la grata sorpresa de recibir una carta de su hermanita Silvia.

“Esta carta ha sido abierta —se dijo Odilia al examinar el sobre—. Narimbay o Chakal han cometido esta indiscreción. ¿Con qué fin?” Presurosa leyó la carta de su hermana:

“Mi querida Odilia: tía Clarisa y yo estamos felices al saber que has llegado bien a ese lejano país y que tanto el príncipe de Narimbay como la gentil princesa Jazmín son amables contigo. Yo he comenzado a contar los días que me separan de tu regreso. Son muchos, muchísimos: 365×5 igual a 1.825 días. Creo que no me he equivocado en el cálculo.

“Tía Clarisa ha cambiado mucho y ahora parece que me quiere más; me permite sacar flores dos veces a la semana para colocar junto al retrato de mamá. Los domingos compra pasteles y, otra cosa más estupenda todavía... encontré en la calle un gatito que maullaba lastimosamente. No sabía qué hacer con el pobrecito, ni me atrevía a pedirle, a tía Clarisa que me dejara guardarlo.



Odilia salió otra vez a excursionar en la parte prohibida del palacio.

Tú sabes cómo se preocupa del aseo y del brillo de los parquet. Pero ella misma me dijo: “—Si quieres puedes quedarte con el gato; le llamaremos “Mistisgris” y servirá para cazar ratas en el subterráneo”. Yo salté de gusto y la besé. Ahora ella adora a “Mistisgris”; le da leche todas las mañanas y se está poniendo muy bonito. Cuando tú vuelvas “Mistisgris” tendrá cinco años y ya estará viejo. Tía Clarisa dice que lo va a fotografiar teniéndolo yo en la falda. Te mandaremos esa foto lo más pronto posible. Tengõ buenas notas en francés y en ortografía. Ya ves tú que todo va bien. Te abraza tanto, tanto como te quiere, tu hermanita Silvia”.

Odilia había interrumpido varias veces la lectura de esta carta para secar las lágrimas que hacía brotar su emoción.

“Tía Clarisa cumplió su palabra —suspiró Odilia—. Silvia será su regalona y así nuestra separación no resultará tan cruel.”

Además de la carta de Silvia, venía dentro del sobre un papel en el cual la solterona Clarisa confirmaba las palabras de Silvia y prometía ser una madre para la huerfanita.

Era mucho más de lo que Odilia podía esperar. Tranquila sobre la suerte de Silvia, la institutriz de la princesa Jazmín volvió a pensar en los sucesos de la noche anterior y a cavilar sobre la misiva anónima en que le advertían que un peligro amenazaba su vida.

“Volveré a visitar esta noche la parte prohibida del palacio”—se dijo Odilia— y buscaré la celda del prisionero.”

Tal como lo había proyectado, esa noche Odilia salió de su departamento después de cerciorarse de que todos dormían en la mansión de Narimbay. Estaba resuelta a entrar en comunicación con el cautivo, pero no logró descubrir el calabozo o aposento del prisionero.

Una mano, salida de algún lugar sombrío, dejó caer otra pelota de papel cuando atravesaba la terraza.

Al entrar en su dormitorio, asegurando bien la puerta, Odilia leyó lo siguiente:

“Nada puedes hacer por mí. Huye de este palacio, donde ronda un peligro. Juan de Lupe”.

“Qué felicidad —exclamó Odilia—, el amigo de mi padre vive. Tengo que salvarle. No partiré de aquí sino en su compañía.”

Como la noche precedente, Odilia rompió y quemó la misiva. ¿Cuál sería el peligro que la acechaba?

Esta pregunta quedaba sin respuesta.

Odilia Davranche despertó justo a tiempo para dar a la princesa Jazmín su lección de francés.

Después del cambio de algunas frases rituales, la pequeña princesa dijo a su institutriz:

—Usted parece muy contenta hoy día, señorita...

—Ayer recibí una carta de mi hermana Silvia —expresó Odilia.

—¿Qué edad tiene?

—Diez años.



—Los que desaparecían —decía Jazmín— eran comidos por cocodrilos en el río, o devorados por fieras.

—¿Se parece a mí? —preguntó Jazmín.

—No —dijo Odilia—. Silvia tiene los ojos azules y el pelo rubio.

Hubo un silencio, y luego Jazmín preguntó:

—¿Quiere usted mucho a su hermanita?

—Sí, mucho, muchísimo...

—¿Y a mí me quiere un poco? —interrogó la triste princesita.



Bengalia, la linda princesa, madre de Jazmín, también había desaparecido.

—Sí, sí, *darling*.

—Estoy feliz si usted me quiere —murmuró Jazmín—, porque en este palacio me encuentro tan sola.

—¿Sola? —preguntó Odilia—. Eres la princesa heredera de Narimbay. Todos te quieren; tienes tus juguetes, tus palomas mimadas, tu nodriza Rani...

—Sí —afirmó Jazmín—, pero mi tío está siempre ausente y ahora ni se acerca a mí. Le veo unos minutos y se va. Nunca me besa. Usted me preguntó

ayer si alguien había desaparecido y yo le dije que no. Después me acordé de las circunstancias de la muerte de mi madre..., la princesa Bengalia. Mi madre se ahogó en el río que pasa por los jardines del palacio. Nunca encontraron su cuerpo.


Odilia cogió la mano morena de su alumna, y suavemente le dijo: —Esa no es una desaparición, Jazmín... Alguien tuvo que ver ese drama. Alguien debió verla cuando se ahogaba.

—Sí —explicó Jazmín—, un criado estaba presente, pero otro servidor aseguró que ese criado mentía, porque a la hora del accidente ese testigo estaba en las cocinas y no a orillas del río.

¡YA EMPEZO EL CANJE DE CUPONES!

Envía tus cupones a Rev. "Simbad", casilla 84-D, Santiago, o ven a nuestras oficinas en Avda. Santa María 076, 2.º piso.

El canje quedará cerrado IMPOSTERGABLEMENTE el 25 de mayo.



La princesa Jazmín fue a jugar con sus palomas favoritas.

Después de algunos días, los dos servidores fueron encontrados muertos en la jungla. Los devoró un león.

Un pájaro trino en ese momento. Era más bien un grito triste y lúgubre.

La princesita cogió las manos de Odilia y con temblorosa voz murmuró:

—El pájaro agorero... Trae mala suerte... Tengo miedo.

—¿Por qué le llamas pájaro de mala suerte? —interrogó Odilia—. Yo encuentro su trino hermoso.

—Canta bien —asintió Jazmín—, pero la gente de aquí dice que cuando ese pájaro canta vienen desgracias. Parece que ese pájaro conoce el porvenir y predice una desgracia.

Odilia se estremeció... Las palabras de Jazmín, la misiva del doctor De Lupe, todo concordaba extrañamente para anunciar un suceso trágico.

—Esas son supersticiones tontas, princesita —murmuró Odilia—. Estoy segura de que el príncipe de Narimbay te prohibiría creer en ellas.

—Mi tío no cree en esas cosas —aseguró Jazmín.

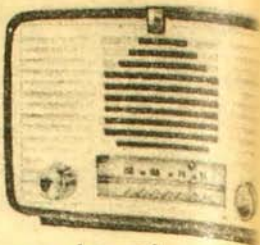
—Mira, princesita —exclamó Odilia, para distraer a la triste niña—. Tus palomitas te llaman. Suspendamos la clase.

(CONTINUARA)

SIMBADINOS, ACUDID AL SORTEO MONUMENTAL DEL 26 DE MAYO EN AVDA. SANTA MARIA N.º 0120.

Sortearemos \$ 500.000 en bicicletas, radios, patines, juguetes, chombas de lana, lapiceras fuentes, lápices automáticos, subscripciones a "SIMBAD", portadocumentos, cuadernos, pelotas de fútbol, premios de \$ 1.000, de \$ 500, de \$ 200, etc.

Habrà premios de consuelo para los asistentes y muchos obsequios más. Por una subscripción anual de "SIMBAD" daremos 40 boletos del sorteo; por una semestral, 20 boletos.



Correspondencia

WALTER HERNANDEZ, de Chiriquiente.—Agradece el lindo libro con que fue premiado, y si desea que la revista "SIMBAD" se agrande más, debe darla a leer a sus amigos, y cuando lleguemos a un tiraje grande, aumentaremos sus páginas y tamaño.

MI PRIMERA "es el jefe de la Iglesia". **MI SEGUNDA** "canta al amanecer". **MI TODO** es un ave del Brasil.

Charada enviada por Jorge Correa Besa.



SARA Y JORGE CORREA BESA.—Celebramos que ustedes hayan obtenido premios. En verdad, el tamaño de "SIMBAD" es pequeño, pero como la lectura es muy nutrida y no se pierden páginas en tonterías, resulta casi como si fuera más grande. Bonita su charada ilustrada. Va publicada en este número.

ANA MARIA ARRATIA, de San Bernardo.—Entusiasta lectora de esta pequeña gran revista "Simbad", se enamora de Ponchito, Pelusita y el Hijo del Gran Espíritu. Le deseamos que pronto su alcancía le dé bastante dinero para subscribirse a SIMBAD.

EMELINA DONEZ.—Su premio de una subscripción trimestral le fue enviado oportunamente a la dirección que usted indicó en Puente Alto. **GRACIAS** por sus elogios para esta revista que usted considera tan maravillosa.

NANCY MATAMALA.—Asegura usted que en LA SERENA "Simbad" es la revista preferida y espera que lo sea en todo Chile. Sea usted una buena propagandista de su querido "Simbad". Daremos sus felicitaciones a Nato y a Elena Poirier.

ROXANE

Ponchito

Por nato

¡LAS CABRAS ESTAN EN LA CIMA DE AQUEL CERRO, ANDA A BUSCARLAS!



¡BUENO PATRÓN!
¡VOY VOLANDO!



¡QUE EMPINADO ES
EL CERRO! ME COSTARÁ
MUCHO A LA CUMBRE!



UNA HORA DESPUÉS

¡POR FIN LLEGUE Y AQUI
ESTAN LAS CABRAS!



¡PALLAS! OLVIDÉ EL
CERRO POR DONDE SUBÍ!



¡NO SE COMO VOY A
BAJAR AHORA!





El Príncipe Valiente

CAPITULO X. — Otra historia de ogros.

Gauvain y su escudero avistaron el palacio real de Camelot. Se advertía gran agitación y las

banderas ondeaban al viento. —Es el Torneo de los Diamantes de la reina —murmuró Gauvain, con una pálida sonrisa—. Llegamos a tiempo para participar en él. Aunque se sostenía apenas sobre la montura, la expresión de sus ojos era burlona y alegre.

Gauvain estaba próximo a desvanecerse de dolor cuando Val cabalgó hasta el pabellón del rey.

De inmediato se suspendió el torneo, mientras el monarca escuchaba el relato de Val acerca de la perfidia del

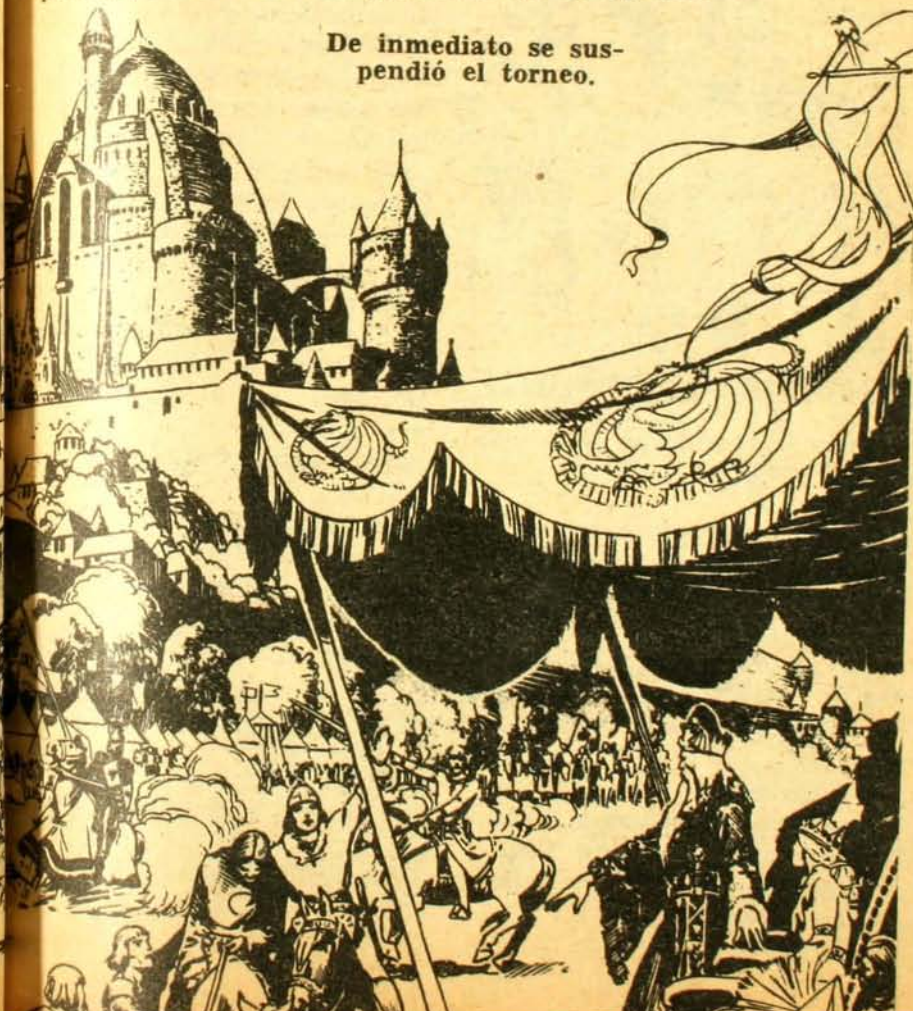
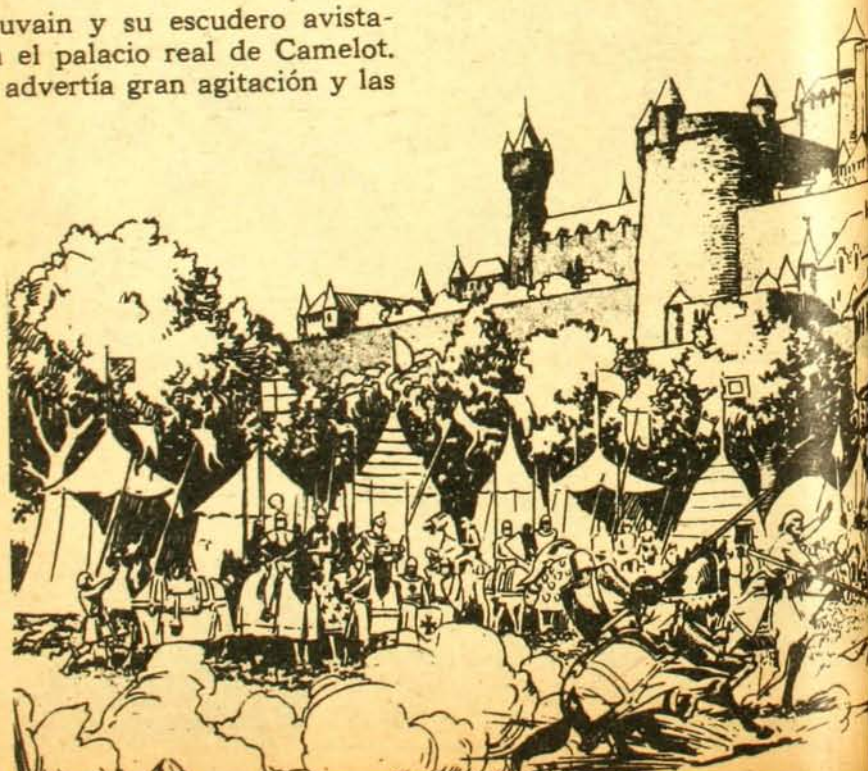
barón Baldon y de Sir Osmond. Al fin, pálido de ira, anunció el soberano:

—Se aplaza el torneo a fin de realizar una tarea más importante. En seguida condujo a sus caballeros hacia el norte para capturar y castigar a los traidores, cuyos nombres quedarían deshonrados para siempre.

Con reposo y cuidados, la herida de Gauvain curó. Pero pasaron muchos días antes que Morgan Tod, el médico del rey, le diera permiso para levantarse de su lecho.

En ese tiempo, Val continuó su entrenamiento con los soldados que permanecieron en Camelot. Además de ellos, Gauvain y el príncipe, no había más guerreros en el castillo.

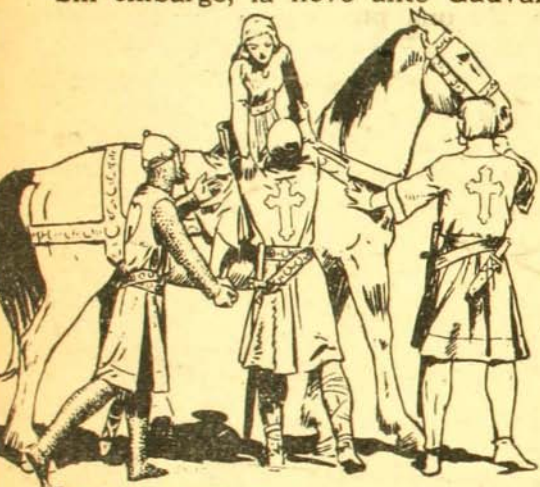
De inmediato se suspendió el torneo.



Una mañana, los guardias de la puerta Merlín divisaron a una esbelta doncella que galopaba sobre un gran corcel de guerra en dirección a Camelot. El caballo estaba casi agotado cuando se detuvo en el puente. Los guardias ayudaron a la desconocida a desmontar y la guiaron a presencia del senescal mayor. La joven declaró que era víctima de una injusticia y demandó que un caballero la defendiera.

—En todo Camelot no hay más que un caballero —explicó el senescal—. Es Sir Gauvain y está herido.

Sin embargo, la llevó ante Gauvain, que observaba el adiestramiento de su escudero.



Los guardias ayudaron a la doncella a desmontar.

Ni siquiera cruzó por sus mentes la idea de una celada y no dudaron un instante de que Ilene decía la verdad. Una gran cólera creció en sus corazones contra el ogro pérfido y cobarde.

Ilene, con su voz suave y suplicante, seguía hablando cuando Gauvain se alejó. Al reaparecer, vestía armadura completa. Val protestó:

—Pero, sir, no podéis emprender esta aventura... ¡Vuestra herida!

Sonrió Gauvain.

—Si me veo en apuros a causa de mi herida, estarás a mi lado para sostenerme, príncipe Val.

En seguida ordenó a los palafreneros que prepararan a los caballos para el viaje.

La doncella repitió su relato al caballero. Manifestó que se llamaba Ilene.

—Un ogro se ha apoderado de nuestro castillo. El y su banda de forajidos tienen prisioneros a mis padres.

Ilene era bellísima y su voz clara vibraba como el canto del agua y del bosque. Ni Val ni Gauvain recordaron que ya antes una doncella les imploró protección contra un ogro y que esa historia era sólo una burda mentira para conducirles a una em-

Los soldados se miraban con desconcierto. ¿No era a causa de un falso ogro que Gauvain y su escudero sufrieron persecución y peligro de muerte? Ahora marchaban a desafiar a otro gigante. ¿Era real o se trataba de un ser imaginario inventado por la doncella de cabellos de oro y ojos azules como un cielo de primavera?

Al saber aquella noticia, Morgan Tod se enfureció.

—No podéis partir —dijo, ceñudo—. Hicisteis una promesa; obedecerme y esperar que vuestra herida cicatrice antes de desenvainar siquiera vuestra espada.

—Creo que recuerdo haber hecho una promesa así —admitió Gauvain, sonriendo al viejo médico—. Pero la pronuncié cuando estaba delirante a causa de mis heridas. Ahora he recobrado el sentido común. Vamos.

Y partieron en busca de la aventura. Fascinado por la belleza de Ilene, Val no se cansaba de mirarla. Estaba tan deslumbrado, que olvidando su posición, no cabalgaba a la zaga, como corresponde a un escudero, sino que ajustó el paso de su caballo al de la doncella y conversaba con Ilene, que le oía sonriente, mientras Gauvain, detrás de ellos, cabalgaba con una expresión entre resignada y burlona.

(CONTINUARA)

Val no se cansaba de
mirar a la bella Ilene.



¿Cuál es la respuesta?



CONTESTA A ESTA PREGUNTA: ¿CON QUE NOMBRE DESIGNABAN LOS ARAUCANOS A SU DIOS SUPREMO?

¿CON EL DE PILLAN, EL DE INCA O EL DE QUETZAL?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a

revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 348: EL PERIODO DE LOS PRESIDENTES DE CHILE DURA SEIS AÑOS.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUENTA PESOS: María Angélica Gutiérrez, Talagante; Rubén Martínez, Santiago; Aníbal Contreras, Valparaíso; Laura Concha, Santiago; Leoncio Valdebenito, Angol; Mónica Mery Ricci, Santiago; Lucy Guiz, Santiago; Patricio Gómez, Santiago; Carmen Hasbún, Tomé; José Sáez, Los Angeles. SUBSCRIPCION TRIMESTRAL. Alberto Maturana, La Cruz; José López, Linares; Fernando Ortiz, Santiago; Margarita Saldías, Santiago; Cecilia Gálvez, Santiago; María Chamorro, Concepción. UN LIBRO: Dinko Arneric, Viña del Mar; Sergio Fuentes, Parral; Luis Pavez, Stgo.; Rosa Guerrero, Stgo.; Saturnino Muñoz, Curicó; Víctor Correa, Puente Alto; Gilberto Armijo, Stgo.; Eugenia Urriola, Victoria; Mirta Díaz, Rengo; Juan Norambuena, Chillán Viejo.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**
"SIMBAD" N.º 350

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★★★★★★ \$ 500.000.- ★★★★★★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.

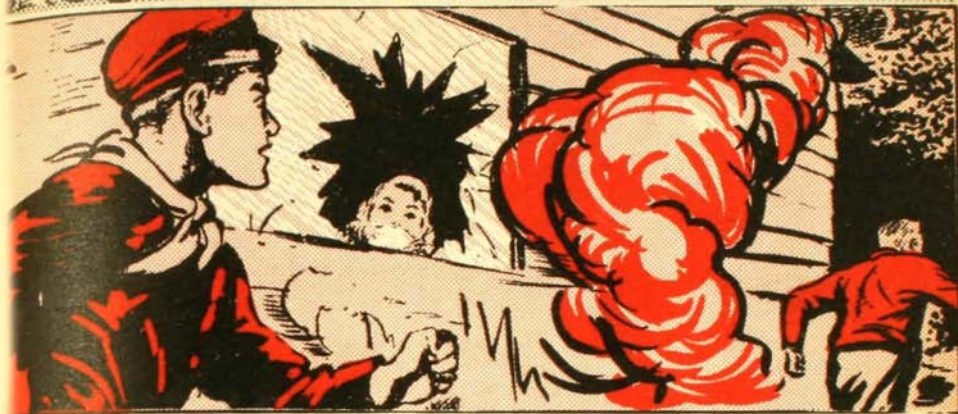
Empieza a juntar los cupones que desde hoy publicamos. Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidad tendrás de ganar alguno de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".



CUPON N.º 2 — SERIE N.º 1
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 2 — SERIE N.º 1
16 de mayo de 1956

El misterio del molino



3. "—¡Morley! —gritó el joven holandés, al reconocerlo—. ¡No huyas, cobarde! Si algo le ha sucedido a Nelly, te castigaré como a un perro." En ese instante divisó la rubia cabeza de Nelly. Olvidando a su enemigo, penetró en la casa de botes para auxiliar a la prisionera.



Mientras libraba a la niña de las ataduras, murmuró: "—Nelly, me salvaste de caer a una trampa". Después, entre ambos, recogiendo agua del río, apagaron el fuego que empezaba a propagarse. "—No me explico tantos misterios —dijo Nelly cuando apagaron el incendio—. El mensaje que me enviaste, ¿era falso?"

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 351

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

\$ 20.-

ELIEN
FORNER



El misterio del molino



CAPITULO X.—LA CAZA EN EL RIO

1. Paul Kamp decidió confesar a Nelly Ray parte del misterio que intrigaba a la niña: “—Busco algo muy importante que está oculto en las profundidades del río. Morley también quiere apoderarse de ello. Por ese motivo se ha sumergido varias veces y quiere eliminarme”.



2. “—Mañana exploraré el fondo del río. Si quieres, ven conmigo y cuidarás el bote mientras yo me sumerjo.” Ambos jóvenes quedaron de acuerdo y a la mañana siguiente se reunieron muy temprano. Pero de súbito apareció Morley, acompañado de varios policías. “—¡Esos son los incendiarios!”, acusó con odio.

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO XXII.—Búfalo Bill protege a joven Búfalo.

Gracia Matheus continuaba con su revólver al pecho, lista para matarse si los patrulleros ahorcaban a Joven Búfalo. Continuando interrogatorio, Gracia preguntó a su amigo:

—¿Fuiste tú a encontrarte en la montaña con Ojo de Serpiente

para complotar contra los blancos?

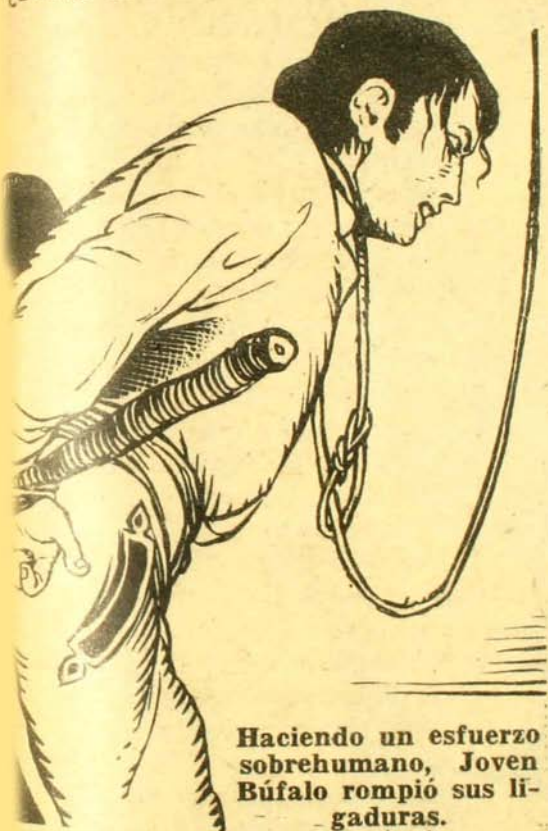
—No —replicó Joven Búfalo.

—¿De qué hablaban allí? —volvió a interrogar Gracia Matheus.

Joven Búfalo no respondió. Aún a costa de su vida jamás pronunciaría una palabra que pudiera condenar al vil hombre que una vez le había considerado su jefe.

Tanta nobleza habría emocionado a cualquier ser humano; pero "Ojo de Serpiente" era vil, malvado e hipócrita. Quería vengarse de Joven Búfalo y lo haría.

—Joven Búfalo miente —dijo "Ojo de Serpiente". El es un espía. El



**Haciendo un esfuerzo
sobrehumano, Joven
Búfalo rompió sus li-
gaduras.**

Año VII - 23-V-1956 - N.º 351


Dirección: Eivira Santa Cruz (Roxane)

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.



Joven Búfalo huyó a los bosques con su adorada amiga.

me señaló el sendero secreto me dijo que hiciera pasar por al al jefe **TORO POTENTE**. Se juntó conmigo varias veces... Sí, es un espía.

Los patrulleros y cowboys, de común acuerdo, volvieron a coger los cordeles de la horca.

—¡Deténganse o me mato! —gritó Gracia Matheus, llevando el revólver a su corazón.

Steve retrocedió, y súbitamente cogió la mano que sostenía el revólver.

—¡Ahórquenlos! —gritó Steve— esta niña histérica no puede de tener la mano de la justicia.

Hasta ese momento, Joven Búfalo se había retenido; pero al ver que Steve sujetaba rudamente la mano de Gracia, la sangre hirvió en sus venas. Sus brazos estaban atados a la espalda con gruesos cordeles. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, rompió sus ligaduras, sacó de su cuello la soga que le oprimía y su mano cayó pesadamente sobre la cabeza de Steve. En seguida repartió bofetadas entre los demás cowboys y patrulleros y cogió en sus brazos a la desmayada joven.

Entretanto "Ojo de Serpiente" intentaba también la fuga atado de manos y llevando en su cuello la soga de la horca.

Joven Búfalo disparó los seis tiros del revólver de Gracia Matheus y en seguida huyó con la joven en sus potentes brazos.

os fugitivos fueron
sorprendidos por una
tropa de soldados.



había corrido más de cien metros cuando de entre la espesura
bosque surgió un grupo de soldados y una docena de bayone-
brilló a la luz de la luna.

Alto o disparamos! —gritó una voz—. ¡Arriba las manos!
en Búfalo no obedeció a esa orden y continuó huyendo con
adorada amiga.

El camino se le cerró por todos lados.

—¿Qué ocurre aquí? —exclamó un individuo alto, fornido y de barba canosa, dirigiéndose a los cowboys del rancho de Smithers—. ¿Por qué disparan? ¿Quién se ha encargado de hacer justicia aquí? Hemos encontrado a un indio con la soga al cuello. Hablen... Explíquense. ¿Quién manda aquí?

El ranchero Smithers dio un paso adelante.

—Soy el dueño de este rancho —dijo Smithers—. Hoy hemos descubierto una pareja de espías. Les íbamos a colgar cuando llegó la señorita Matheus. Por suerte logró usted aprisionar al indio fugitivo...

—Guíanos a tu rancho y por el momento debes considerarte prisionero —dijo el militar a Smithers—. ¿Ignoras que este territorio está bajo un régimen militar? Bastantes molestias nos da la guerra contra los pieles rojas para que ustedes también entorpezcan nuestros planes. Adelante todos. Vamos al rancho.

El comandante de la tropa ordenó a sus soldados que acamparan a corta distancia del rancho y que montaran guardia en la puerta. En seguida el oficial convocó a su presencia a todos los cowboys. Smithers quiso protestar de la invasión militar en su casa.

—Escuche —exclamó el ranchero—; tal vez necesita usted acampar su tropa en este sitio, pero en cuanto a dar órdenes en mi casa, como si fuera...

—Soy el coronel Cody —replicó el oficial— y comando las fuerzas confederadas de este territorio. Usted tiene que obedecer toda orden impartida por mí y basta de...

El viejo Smithers quedó estupefacto.

Ningún colono se atrevía a contrariar las órdenes de *Búfalo Bill Cody*.

Búfalo Bill, sentado en la cocina del rancho, pidió que le refirieran los sucesos de esa trágica noche.

—Estaba de guardia en el monte —expuso el patrullero Steve— tras un espía que desde hace varios días recorría las quebradas en busca de un paso secreto. Súbitamente oímos voces y encontramos a estos dos individuos en lucha cuerpo a cuerpo.

Y Steve señalaba a Joven Búfalo y a "Ojo de Serpiente", ambos presentes.

—Los trajimos al rancho —prosiguió Steve—. El sheriff Crupper reconoció a Joven Búfalo como jefe de la tribu de los Pies-Largos. Entonces nosotros decidimos ahorcarlos.

—Sin respetar la ley y sin consultarse con el comando militar, que es el encargado de hacer justicia.

—Ya íbamos a ahorcar a estos indios —dijo Steve—, cuando intervino la señorita Gracia Matheus, amenazando con matarse si ejecutábamos la sentencia.

El coronel Búfalo Bill Cody volvió la vista hacia Gracia Matheus y en seguida fijó su mirada en Joven Búfalo.

—El falso cowboy Toro —continuó Steve— soltó sus ligaduras y saltó sobre nosotros, con la furia de un animal salvaje. Le perseguíamos cuando llegó usted con su tropa.

—¿Y qué pruebas tenían ustedes de que este mozo era espía? —preguntó Búfalo Bill.

—Absolutamente ninguna —interrumpió Gracia Matheus con vehemencia—. Yo sé que Joven Búfalo no es espía. Conozco sus simpatías por los colonos, a pesar de que es un piel roja. Déjeme referirle, coronel Cody, lo que ha hecho por mi familia.

—No hay necesidad —replicó Búfalo Bill—. Nos hemos encontrado otra vez, Joven Búfalo —dijo el coronel, dirigiéndose al hijo del Gran Espíritu.

—Sí, gran jefe —respondió Joven Búfalo—. Yo huía de mi tribu que me había condenado al suplicio de la *Canoa de la Muerte*. Usted me envió al campamento del coronel Custer, quien me dio la libertad.

Búfalo Bill se encargó de hacer justicia a los prisioneros.



(CONTINUARA)



EL

CAPITULO XVI.—EL RES



1. Luego de espantar a tiros a los voraces buitres, Lobo Rebelde continuó la búsqueda del sargento Harris. Cautelosamente avanzó por el borde del abismo. “—¡Sargento Harris!”, gritaba cada cierto tiempo. Por fin le respondió una voz debilitada por la distancia: “—Aquí estoy, Lobo Rebelde”.



2. Orientándose por esa voz, Lobo Rebelde se acercó al lugar donde yacía Harris. “—Ten cuidado, la tierra está suelta y puedes caer, tal como yo.” El joven cheyene se sorprendió ante aquella advertencia. El terreno era firme y sólo en un sitio se veía desmoronado. “—¿Estás herido?”, preguntó.



REBELDE

CATE DEL SARGENTO



3. “—Si tuviera mis huesos sanos, ya hubiera trepado como un cabro por esa pendiente”, contestó el policía. “—Necesitamos sogas para izarte. Llamaré a los otros”, añadió Lobo Rebelde. Por dos veces, disparó al aire, mientras observaba a Harris. No denotaba dolor, ni ansiedad. Era sin duda un valiente.



4. Durante una hora, Harris y Lobo Rebelde aguardaron en silencio. El sargento se había replegado contra la pared rocosa, buscando un rayo de sol que diera calor a sus piernas inmóviles. El cheyene disparó de nuevo, para confirmar su posición. Instantes más tarde aparecían Samuel Bill y Bepo.



5. Ambos vaqueros unieron sus lazos, atándolos en seguida a un sólido pino. Lobo Rebelde amarró a su cintura el otro extremo. En seguida bajó al abismo, con la agilidad y ligereza de un felino. "—¿Puedes levantarte?", preguntó a Harris. El repuso con un gesto burlón: "—Sólo sobre una "pata". Debes ayudarme".



6. Después, con expresión turbada, explicó su caída. Lobo Rebelde lo escuchó sin hacer comentarios y sin mirarlo directamente. "—Te llevaré sobre mis hombros", indicó después. "—¿Estás soñando? —protestó el sargento—. Peso mis buenos quintales y, con tal carga, no podrás adelantar ni un solo paso."



7. Lobo Rebelde lo colocó sobre su espalda como un fardo y luego dio un tirón a la cuerda para indicar a Bepo y a Sam que iniciaría la ascensión. Subió entonces, mientras Harris admiraba su fuerza y la seguridad con que apoyaba sus pies y manos en las salientes de la roca. Ni una sola vez resbaló.



8. La poderosa y joven musculatura se distendía y contraía en el movimiento calculado y seguro. La respiración se mantenía profunda, rítmica, sin apresurarse ni jadear. Por fin los mocasines se afirmaron en la saliente más cercana al borde del abismo. Sam y Bepo extendieron las manos para asir al sargento.

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE

CAPITULO XIV.—

Arrecifes de coral.

El barco en el cual navegaban Julia Blair, Rosita Crusoe y Lani se acercaba a una costa desconocida. Luego de una angustiosa travesía, las viajeras avisaban tierra. Ya no temían a los huracanes, a la sed y al hambre.

Esa mañana saborearon un abundante desayuno, vaciando la despensa y usando el agua sin medida ni temor. En la costa, perteneciera a un continente o a una isla, hallarían frutas, pesca y legumbres.

El porvenir se presentaba color de rosa. Pero de pronto algo vino a nublar aquel cielo. Rosita fue la primera en escuchar apagado eco de tambores.

Julia y Lani también oyeron el bronco son que se extendía sobre el mar.

—Tambores —balbuceó Julia, palideciendo.

Lani temblaba de terror.

Desde el mástil observaron la playa. Arrecifes de coral cerraban el paso hacia la isla.

—Es un atolón —señaló Julia—. Hay entrada sólo para pequeñas embarcaciones.

—¿Desembarcaremos? —preguntó Lani, con voz desfallecida.

Ya estaban más cerca y Julia comprobó que el sonoro eco no era causado por tambores, sino por la rompiente de las olas contra los arrecifes.

El peligro de que la isla estuviera habitada por caníbales había desaparecido. Pero les amenazaba otro riesgo: estrellarse contra los bancos de coral. La violenta marea conducía el barco hacia su perdición.

No había canoas a bordo. Julia, Rosita y Lani eran expertas na-



dadoras. El leopardo Katzi también podía surcar a nado la distancia que los separaba de la isla. El papagayo Polly se atenía a sus alas. Y era Polly el único de los náufragos con esperanzas de salvarse. Los demás sabían nadar, pero... A ras del agua aparecieron unas aletas negras y triangulares —¡Tiburones! —balbuceó Lani, aterrada.

—Tenemos que discurrir una manera de llegar a la isla —reflexionó Julia—. ¡Rápido, Lunes! No disponemos de mucho tiempo. Ah, y Rosita no debe sospechar que estamos en peligro.

El estruendo de la marejada crecía.

—Ya sé. Ayúdame, Lunes. Aquí hay un barril. Busca dos más y algunas tablas firmes.

Su idea era unir los tres toneles para formar una especie de balsa. La rubia niña trabajó frenéticamente. El resonar del martillo atrajo a Rosita, quien inquirió:

—¿Qué haces, Julia?

—Una balsa, Rosita. En ella navegaremos hasta la isla.

Lani añadió:

—El oleaje nos sacudirá bastante y quizás si hasta chocaremos contra el acantilado. Pero no tengas miedo, Rosita. Será emocionante.

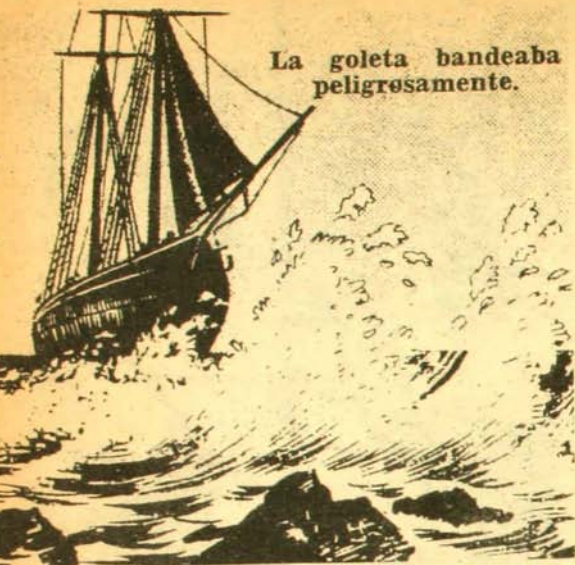
—Rosita nunca tiene miedo —afirmó la pequeña

Desde el mástil observaron la playa.



—¡Tiburones! —balbució Lani, aterrada.





La goleta bandeaba peligrosamente.

con un gesto de infantil orgullo—. Katzi también es valiente.

Por fin Julia hundió en la madera el último clavo. Los golpes de la resaca eran cada vez más violentos y la goleta bandeaba peligrosamente.

Julia alzó en brazos a Rosita, para colocarla en uno de los barriles.

—¡Marineros a bordo! — chilló Polly.

Rosita llevaba en su mano la corona de oro del ídolo

Ma-Zara. Por ningún motivo la dejaría a bordo. Se apartó un poco para dejar sitio al leopardo, y, en ese instante, una ola enorme barrió la cubierta. La balsa se deslizó velozmente hacia el mar, mientras Julia y Lani perdían el equilibrio. Arrebatada por aquel aluvión, Julia se sumergió. Al reaparecer en la superficie, gritó desesperada:

—¡Rosita! ¡Lunes! ¿Dónde están?

El agua la cegaba. Una nueva ola la alzó en el espacio. Al caer creyó que se precipitaría en el abismo espumante, pero un oleaje

Julia alzó en brazos a Rosita para colocarla en uno de los barriles.



plácido la sostuvo. Abrió los ojos, y entonces, como si presenciara un milagro, vio a Rosita y a Katzi en la balsa. Estaban en el lago de la isla.

—Tiempo de bonanza — anunció Polly—. Pasó ya la tormenta, marineros bobalicones. ¡Abran un barril de ron!

Julia no pudo contener la risa. Lani, que nadaba también hacia la balsa, lanzó también alegres carcajadas.

La fuerza de la marejada las había hecho trasponer por el aire la barrera de arrecifes.

—Ahora ocupen sus toneles —invitó Rosita—. Es estupendo navegar en ellos.

Julia y Lani obedecieron. Usando una tabla como remo, surcaron el lago para llegar hasta la playa.

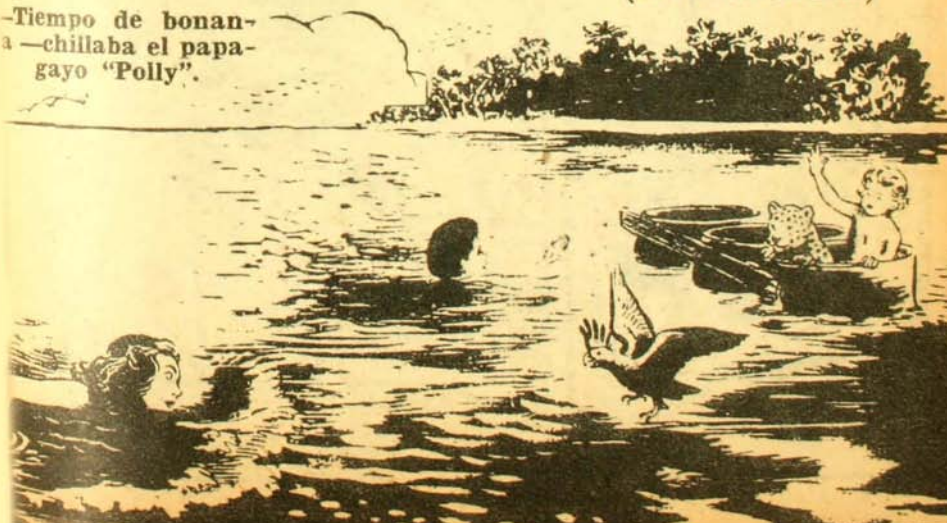
En el mar abierto, la goleta se hundía. La estatua de Ma-Zara, destrozada por una tempestad, sepultaba para siempre su secreto en el insondable océano.

—¡Rosita! ¡Lunes! —
gritó Julia, con desesperación.



(CONTINUARA)

—Tiempo de bonanza — chillaba el papagayo "Polly".



El fantasmita



(CONTINUARÁ)



LOS PIRATAS DEL CARIBE

CAPITULO I.—EL GOBERNADOR SE INQUIETA

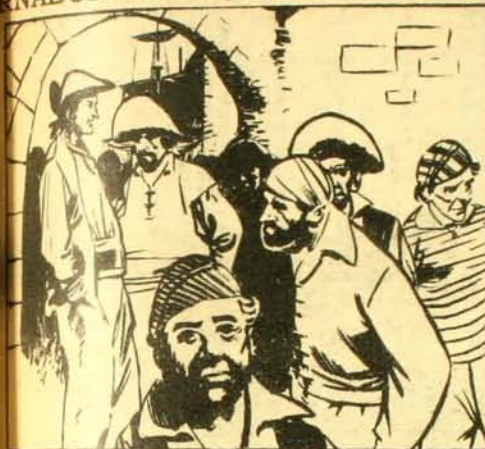
AÑO 1670
PUERTO RICO
MAR CARIBE



1. "Un barco en la rada". La noticia se esparció como un reguero de pólvora. Pointis, gobernador de la isla de Santo Domingo, despertó alarmado cuando uno de sus servidores le remeció respetuosamente un hombro. Levantándose de un salto, pidió su catalejo para observar el navio.



2. En esos tiempos turbulentos, podía esperarse asaltos y saqueos en cualquier instante. "—No parece peligroso —dijo Pointis, entregando el catalejo al capitán de la guardia—. Pero de todas maneras, preparad a vuestros hombres y a la guarnición del fuerte. No debemos estar desprevenidos."



3. El puerto cobró gran animación. Multitudes se reunieron junto a los muros fortificados, emergiendo de las callejas mal alumbradas. Entre ellos había numerosos bucaneros. De pésimo humor, Su Excelencia el Gobernador vistió su uniforme y requirió después la peluca y el tricorno.



4. Dignamente vestido, se instaló frente a su lujoso escritorio de caoba y abrió uno de los cajones, con ademán impaciente y nervioso. Le desagradaba levantarse temprano. Pero el suceso que se aproximaba era importante. Hacía algún tiempo, un bucanero se presentó en palacio.



LOS PIRATAS

DEL CARIBE

ANO 1663
AGOSTO
PUERTO RICO
MAR CARIBE



5. Dirigiéndose con insolencia al guardia, le dijo: “—Al señor Pointis le encantará leer este pergamino”. Luego desapareció. El gobernador releía ahora esa extraña carta, que desde entonces guardara en su escritorio. Estaba fechada el 26 de mayo de 1708 y en ella un hombre anunciaba su visita.



6. Decía: “Vendré del mar... Señor gobernador, tenemos que hablar de viejas cosas...” Con gesto pensativo, Pointis murmuró: “—Quizás viene en ese barco”. Mientras tanto, crecía la multitud que se había congregado en el molo de Santo Domingo, simples curiosos o bucaneros, ávidos de enrolarse.



7. Una compañía de la guardia del gobernador los rechazó con rudeza. Un murmullo de descontento se alzó entre la turba. Pero los guardianes no le concedieron importancia. El camino debía estar libre para Su Excelencia. El navío fue sacudido por un violento bandazo al atracar contra la escollera.



8. Un hombre de alta estatura sostenía la barra del timón. Varios tripulantes yacían heridos y exánimes junto a la borda. El barco parecía haber cruzado un mar infernal, un verdadero huracán de fuego y violencia. El gobernador, seguido de su guardia, se acercó indeciso a la pasarela.

(CONTINUARA)

El RAJÁ de NARIMBAY



CAPITULO V.—Cae un avión inglés en Narimbay.

Al día siguiente de la dolorosa conversación de Jazmín con su institutriz, ocurrió en el palacio de Narimbay otro trágico suceso. Rani, la nodriza de la princesita Jazmín, había desaparecido. Después de muchas horas de infructuosa búsqueda, el rajá de Narimbay declaró que la desdichada nodriza se había ahogado en el río, tal como ocurrió a la princesa Bengalia, madre de Jazmín. La pequeña princesa, con una actitud muy oriental, dominó su dolor y tragó sus lágrimas.

Para distraer a Jazmín, Odilia la llevó a pasear por los maravillosos jardines del palacio; pero ni las palomas favoritas, ni la alegre charla de Odilia pudieron devolver su sonrisa a la carita de esa pobre criatura.

RESUMEN: Odilia Davranche aceptó el cargo de institutriz de la princesa Jazmín, sobrina del rajá de Narimbay. Debía recibirla en ese lejano país el doctor Juan de Lupe, pero el rajá informa a Odilia que el médico ha desaparecido. Una noche, la joven recibe una misiva de Juan de Lupe, quien le dice que huya del palacio oriental, porque su vida peligra. Odilia interroga a la princesa Jazmín sobre su vida y sabe que también han desaparecido su madre, la princesa Bengalia, y otras personas.

Entonces Odilia le propuso que subiera a sus habitaciones privadas.

—Jazmín —díjole la institutriz—, he traído de mi país un libro que pensaba obsequiarte, ahora que ya comienzas a comprender el francés. Es la historia de tu patria. ¿Quieres que lo leamos juntas?

—Sí, sí, señorita —dijo Jazmín, cogiéndose de la mano de Odilia. Odilia había arreglado su departamento con recuerdos de su lejano hogar. Jazmín se acercó a una fotografía de Silvia Davranche colocada sobre una mesa.

—¿Esta es su hermanita? —preguntó la triste princesita—. Qué linda es...

—¿Quieres que leamos esta historia? —insinuó Odilia. La pequeña princesa se acurrucó junto a Odilia; le enlazó el cuello con sus brazos y comenzó a llorar:

—Mi madrecita desapareció... Ahora mi mamita Rani... Todos desaparecen y yo me quedo sola. ¿Para qué estudio? Otro día será yo la que se pierda en el río. Señorita, tengo miedo, mucho

miedo. Protéjame. Mi madre era tan linda y tan buena. Tenía unos collares de perlas, otros de rubíes. Ella me vestía con trajes preciosos y yo parecía una muñeca...

De pronto Jazmín se incorporó y dijo asustada:

—¿Oye usted, señorita?

Era el ruido característico de un motor de avión, ruido que crecía de minuto en minuto.

—No es el avión de mi tío Narimbay —explicó Jazmín—. Yo lo vi hace un momento en tierra. Chakal desmontaba una pieza.

—Asomémonos a la ventana —indicó Odilia.

Ambas divisaron un avión planeando muy bajo sobre el palacio. El motor parecía descom-

Odilia y Jazmín escucharon el rumor de un motor de avión.



puesto y su caída era inevitable.

—¡Infeliz piloto! —exclamó Odilia, juntando las manos. Era evidente que el aviador buscaba un aterrizaje en el pequeño aeródromo del palacio, único sitio donde no había árboles, ni matas torrales.

La maniobra resultaba difícil. El avión comenzó a dar volteretas en círculo, rozando las altas torres del palacio de Narimbay, y por fin, aterrizó en el diminuto aeródromo, con tal fuerza, que Odilia lanzó un grito de espanto.

Algunos servidores del rajá corrían presurosos al sitio de la catástrofe para impedir que el aparato estallara en llamas.

Instintivamente Odilia sintió el deseo de acudir también en auxilio del malogrado piloto, si aún era tiempo.

—Espérame aquí, Jazmín —ordenó Odilia a la princesa—. Temía que haya ocurrido una desgracia.

Y sin esperar la respuesta de su pupila, Odilia llegó hasta el lugar del accidente junto con el rajá de Narimbay y dos de sus criados.

—¿El piloto es un europeo? —preguntó el rajá de Narimbay.

—¿Vive todavía? —interrogó Odilia.

Una doble respuesta afirmativa fue dada a estas preguntas.

Con mucha precaución, Chakal sacó al piloto de la cabina y lo depositó en una litera.

Odilia pudo contemplar un rostro pálido, cabellos rubios y frente ensangrentada. El herido estaba sin conocimiento.

—Entréguenme sus documentos —ordenó Narimbay a sus servidores.

Narimbay examinó los papeles y carnet de identidad y dijo Odilia:

—Es un inglés, se llama Eduardo Worck... Es preciso comunicarlo a la base... Llénenle al palacio y prevengan al médico indígena que, en ausencia del doctor De Lupe, examinará al herido. Señal

¡FALTAN TRES DIAS!

El canje de cupones del MAGNO SORTEO de MAYO quedará cerrado IMPOSTERGABLEMENTE el 25 de mayo, a las 6 de la tarde. Apresúrate a venir a nuestras oficinas en Avda. Santa María 076 2.º piso o envíalos por correo a Casilla 84-D, Santiago.



Chakal, Odilia, Jazmín y otros corrieron hacia el avión accidentado.

rita Odilia, ese joven ha dado pruebas de una destreza admirable. ¿No lo piensa usted así?

—Sí, admiro su maestría y valor —respondió Odilia—; estaba observando desde una ventana con la princesa Jazmín y por momentos temí que el aparato se estrellara contra la techumbre del palacio.

—También lo temí yo —expresó el rajá—. Espero que ese joven no esté grave. Ya nos lo dirá el médico Neruyosán.

En la tarde Odilia se impuso de que el aviador no tenía heridas graves; algunas magulladuras en las piernas y leves heridas en la cabeza.

Una profunda alegría invadió el corazón de Odilia Davranche al cerciorarse del estado del piloto inglés. Milagrosamente le llegaba un defensor cuando ella se sentía tan sola y perdida en ese palacio lleno de misterios.

Pero ¿le sería permitido hablar con ese aviador? ¿Olvidaba ella que el doctor Juan de Lupe le anunciaba en su última misiva que su vida corría peligro?

Después de profundas cavilaciones, Odilia decidió abstenerse durante algunos días de sus visitas a la parte prohibida del palacio.



Apenas salvado el piloto, el avión estalló en llamas.

Prefería aguardar la mejoría del piloto inglés y tratar con él todo lo relativo a la desaparición del doctor De Lupe.

Otro punto de zozobra era la tenaz persecución del criado Chakal, quien seguía sus pasos a toda hora y espiaba todos sus actos. Seguramente Chakal había recibido estrictas órdenes del rajá de Narimbay.

Odilia encontraba a Chakal veinte veces al día. El hindú, siempre sonriente y respetuoso, tenía en sus ojos oblicuos una expresión felina que hacía sentirse a la joven institutriz de la princesa Jazmín como un ratón seguido por un gato.

Por suerte las cartas de tía Clara y de Silvia daban gran consuelo a la desterrada niña.

Un día que Odilia entregaba a Chakal una carta para Silvia, se atrevió a preguntarle si el rajá le permitiría visitar al aviador herido.

—Transmitiré su petición a su excelencia el rajá —dijo ceremoniosamente Chakal—. El señor aviador ha entrado en franca convalecencia.

Con su cortesía habitual, el príncipe de Narimbay fue en persona a decir a la institutriz que le concedía permiso para visitar al piloto inglés.

—Yo creo que un poco de lec-

tura le sería agradable a ese joven —dijo Narimbay—. Ya anuncié a su base el accidente sufrido por el señor Eduardo Worck, comunicándoles que apenas se restablezca les enviaré al piloto.

Una vez más Odilia tuvo la impresión de que el rajá mentía. ¿Qué juego es ése? —se dijo Odilia—. Si hubiera anunciado el accidente a la base aérea, inmediatamente habrían enviado un médico o un oficial a visitar al accidentado. Resultaría anormal abandonar a un herido a los cuidados de un médico indígena. Es una nueva farsa y ya nada puedo creerle a ese magnate hindú que hace desaparecer al doctor De Lupe, a la princesa Bengalia y a la nodriza de Jaznín. Una sucesión de accidentes, en continua, tiene por fuerza que envolver un trágico misterio."

Odilia entró en el dormitorio del piloto Worck a tiempo que sacaba de allí un viejo hindú envuelto en mantas multicolores, con fisonomía siniestra y ojos como carbunclos.

Para el médico hechicero que curaba al joven aviador.

—Ya sano, ya bueno —dijo el repelente individuo a Odilia Lavranche.

Odilia advertía que Chakal seguía sus pasos y la espiaba.



(CONTINUARA)

SIMBADINOS, ACUDID AL SORTEO MONUMENTAL DEL 26 DE MAYO EN AVDA. SANTA MARIA N.º 0120.

Sortearemos \$ 500.000 en bicicletas, radios, patines, juguetes, chombas de lana, lapiceras fuente, lápices automáticos, suscripciones a "SIMBAD", portadocumentos, cuadernos, pelotas de fútbol, premios de \$ 1.000, de \$ 500, de \$ 200, etcétera.

Habrà premios de consuelo para los asistentes y muchos obsequios más. Por una suscripción anual de "SIMBAD" daremos 40 boletos del sorteo; por una semestral, 20 boletos.



Correspondencia

MARLEN Y SILVIA LAUREL, DE OSORNO.—Lamentamos el fallecimiento de su querida mamá, y nos complace saber que lo único que distrae su pesar es la revista "SIMBAD". Las aceptamos como activas propagandistas de su querido "SIMBAD".

MARIA E. NAVARRO, DE PALQUIBUDIS.—Ignoro dónde está ese pueblo. ¿Podría informarme? Advertimos que nuestra pequeña gran revista llega a todas partes con éxito.

OSCAR HODGES, MARIA CRISTINA OLIVARES, LUIS VASQUEZ.—Lectores santiaguinos que nos felicitan con entusiasmo. A María Cristina se le enviará el cupón que reclama. **CONCURRAN AL SORTEO** del 26 de mayo y que la suerte les favorezca.

ROSE MARIE LETELIER, DE TEMUCO.—No lamente que haya terminado "Princesa Marina", porque "El Rajá de Narimbay" es igualmente interesante.

NANCY MATAMALA, DE LA SERENA.—Agradecemos sus felicitaciones por las seriales "El Hijo del Gran Espíritu", "Príncipe Valiente" y Rosita Crusoe. Usted es una fiel lectora de esta pequeña gran revista, que cada día tiene más lectores y buenos propagandistas.

IRMA GOMEZ, DE TALCAHUANO.—Dice usted que es una verdadera admiradora de "SIMBAD". Sea generosa y préstelos a sus amigas el "SIMBAD" que ellas no han podido obtener.

ROXANE

CHARADA ILUSTRADA

MI PRIMERA: "Nos alumbra durante el día". **MI SEGUNDA:** "Es un juego". **MI TODO:** "Soy un defensor de la patria".



Ponchito

Por nato

VEN AL POTRERO Y ME TRAES
EL CABALLO PALOMO!



¡ALLÍ ESTÁ ESE
DIABLITO!



¡CUIDADO PALOMITO, ESTE
ARRENO ES PANTANOSO!



RATO
DESPUES

¡PERO HOMBRE, TE DIJE
EL PALOMO Y ME TRAES
EL NEGRO!



¡O, PATRÓN, SI ESTE
ES EL PALOMO...



...PERO SUCEDIO QUE AL PASAR POR EL
PANTANO TROPEZO Y NOS CAIMOS AL BARRO!



NATO



El Príncipe Valiente

CAPITULO XI.—El caballero de rojo.

Gauvain, caballero del rey Arturo, y su escudero el príncipe Valiente escoltaban a la doncella Ilene. Iban a desafiar a un ogro. De súbito, una voz áspera ordenó:

—¡Entregadme el caballo y la doncella o combatid!

Frente a ellos surgió un caballero que lucía vestiduras de color rojo. Estaba bien armado y parecía muy capaz de abatir a más de un adversario. Repitió su desafío mientras, a través de la celada, sus ojos admiraban vorazmente a Ilene.

—Así sea —exclamó Gauvain—. Lucharemos.

Gauvain y el caballero rojo se aprestaban a lidiar cuando Val poleó su caballo y se interpuso entre ambos. Deteniéndose ante el desconocido, le dirigió la palabra con acento respetuoso:

—Noble señor, mi caballero se está recobrando de heridas recibidas hace muy poco tiempo. Necesita de todas sus fuerzas para reparar una gran injusticia, pues en este mismo momento nos dirigíamos al castillo de esta doncella para liberar a sus padres que un ogro tiene prisioneros.

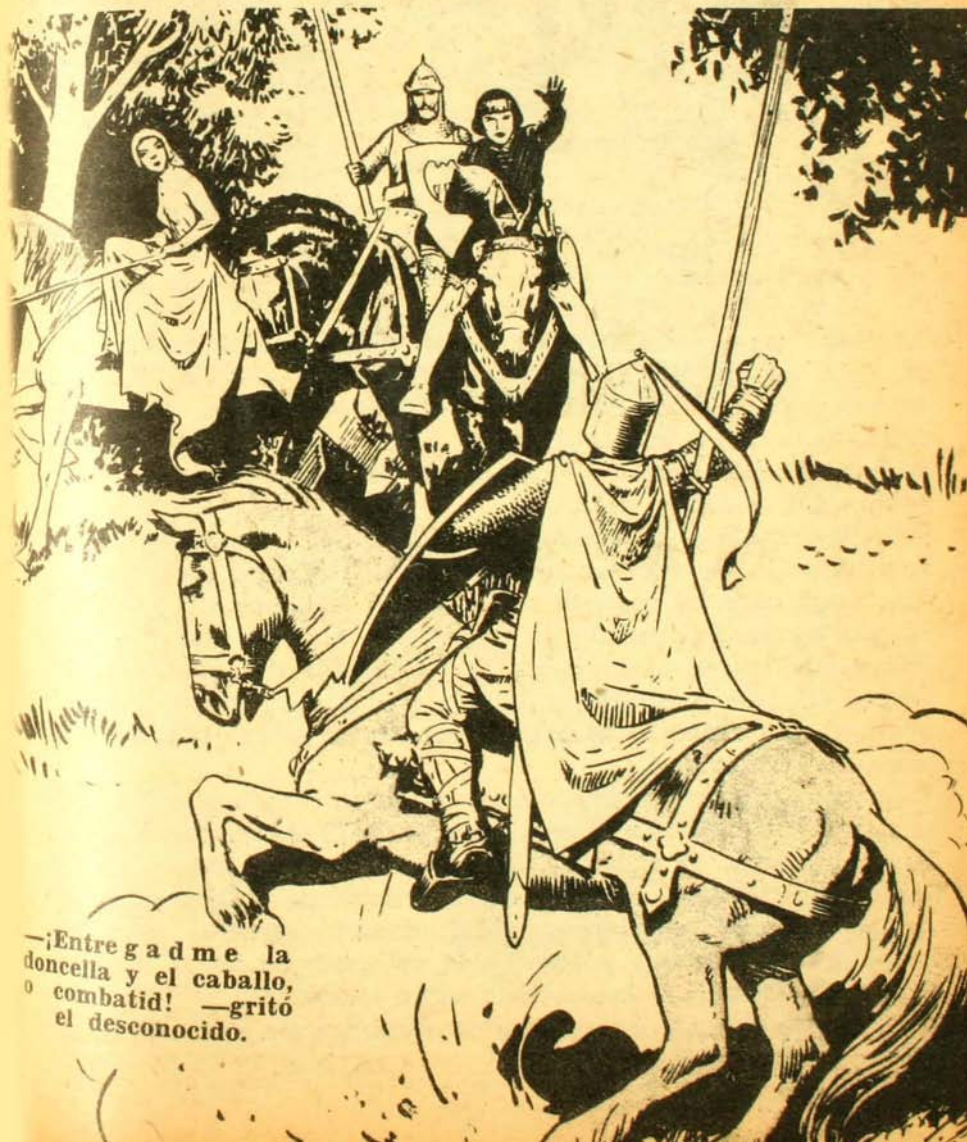
El jinete rojo replicó:

—Si tu caballero está demasiado débil para batirse, no necesitará

caballo ni armadura, ni podrá proteger a la dama como podría hacerlo yo.

Y antes que el príncipe Valiente pudiera impedirlo, embistió a Gauvain.

Débil, con su herida aún no cicatrizada, Gauvain no era adversario peligroso para el desconocido. Se lancearon en plena carrera. Gauvain cayó pesadamente a tierra y su herida volvió a abrirse. El vencedor extendió entonces la mano para atraer a Ilene, pero



—¡Entre g a d m e la
doncella y el caballo,
o combatid! —gritó
el desconocido.



Se lancearon en plena carrera.

advirtió que el escudero se abalanzaba sobre él. Hizo girar a su caballo, clavó espuelas y, con un grito estentóreo, galopó a fin de hacer frente al ataque.

Con tanta ferocidad se encontraron, que tanto caballos como jinetes rodaron por tierra. Val y su enemigo se levantaron de un salto para continuar la lucha a pie. Dominado por una fría cólera, el joven príncipe

enfrentó al avezado guerrero. En esa lid, sólo uno de los dos libraría con vida.

Inmovilizada por el terror, Ilene presenciaba aquel duelo a muerte. Sentíase desfallecer e inclinó abatida su cabeza. El cabello dorado veló por un instante su pálido semblante, deslizándose después hacia los hombros. Y los azules ojos de Ilene, dilatados de espanto, observaron la ágil figura de Val y el furioso y ciego ataque del caballero rojo.

Valiente rehuía a su adversario, obligándole a lanzar estocadas y tajos al vacío. Se esforzaba por fatigar al poderoso enemigo, mientras examinaba su manera de combatir. Advirtiendo la posición en que sostenía el escudo, lo golpeó con el suyo una y otra vez, haciéndolo entrar en contacto con la barbilla del caballero. Estos golpes terribles comenzaron a surtir efecto. El guerrero perdía seguridad en su ataque. Mientras más crecía su ira, más ineficaces eran sus embestidas.

Gauvain yacía sin fuerzas ni ánimo y de su herida manaba la sangre. Era imposible que interviniera en la violenta batalla.

Val comprendió que estaba cambiando la marea de su fortuna. A fin de afianzarse bien contra los continuos golpes, el fatigado caballero separó las piernas, plantándose firmemente sobre el terreno, e intentó partir la cabeza de su oponente de un mandoble. Para esto levantó la espada por sobre su cabeza.

Esta era la posición en que quería sorprenderle Val. Con la velo-

Con su escudo, Val
golpeaba el de su ad-
versario.



ciudad del rayo adelantó un pie y enganchó la pierna de su enemigo. El caballero rojo se desplomó al suelo con gran estrépito. Antes de que pudiera incorporarse, Val le cortaba las correas del casco. Un momento más tarde, su daga sedienta ganaba la libertad de la doncella Ilene.

(CONTINUARA)

Aquella era la posi-
ción en que Val que-
ría sorprender al
agresivo caballero ro-
jo.



¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿CUANTOS COLORES TIENE EL ARCO IRIS? ¿6, 4 ó 7?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es, y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 349: La fiesta que se celebra el 10 de mayo es la Ascensión del Señor.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** Mireya Villagra, Santiago; Alicia Barahona, Curicó; Carmen Luz Morales, Santiago; Matilde Ortega, Temuco; Silvia Villegas, San Fernando; Irma Aguilera, Santiago; Myriam Quinteros, Talca; Hernán Cid, Concepción; Gina Solari, Peña Blanca; Marta Riveros, Santiago. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Sonia Marín, Santa Inés; Sonia Espinoza, Quillota; María Inés Devia, La Cruz; Heriberto Urbina, Talcahuano; Sonia Villagrán, Santiago; Susana Martínez, Santiago.



UN ALBUM PARA COLOREAR: Daniel Navos, Santiago; Heddy Muñoz, Santiago; Alfonso San Martín, Pailahueque; Juan Cabezas, Santiago; Carlos Fredes, Rancagua; Bernardo Basáez, Quillota, Jaime Aguilera, Lo Espejo; Luz Riquelme, Los Andes; Jimena Mass, Quillota; Luis Cáceres, Constitución.

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★★★★★★ \$ 500.000.- ★★★★★★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTE, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.

Empieza a juntar los cupones que desde hoy publicamos. Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar alguno de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 3 — SERIE N.º 1
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 3 — SERIE N.º 1
23 de mayo de 1956.



El misterio del molino



—“Anoche prendieron fuego a la casa de botes. Deténganlos.” Paul murmuró: —“Corre, Nelly. No podemos perder tiempo en explicaciones”. Ella obedeció y minutos después saltaban a bordo de la lancha de Paul. Morley rugió: —“Aquí tengo mi barca. Los perseguiremos por el río. Vengan, señores policías”.



—“Nos alcanzarán”, gimió Nelly, advirtiendo que la distancia entre ambas embarcaciones era cada vez menor. Paul sonrió, diciendo: —“No te preocupes, Nelly. Deja esto de mi cuenta”. Envió el bote directamente hacia la isla. —“¡Cuidado! —gritó Nelly—. Nos estrellaremos contra el molino.”

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 352

PIRATAS DEL CARIBE

\$ 20.-

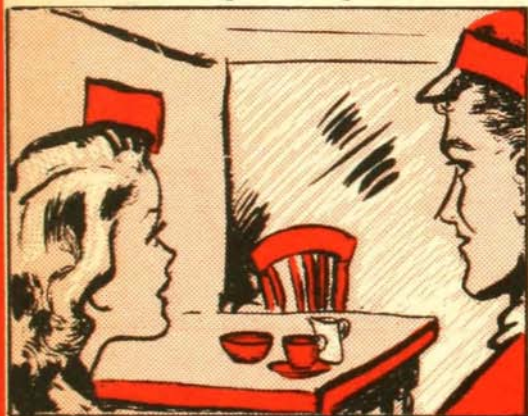


El misterio del molino



CAPITULO XI.—REFUGIO SECRETO

1. Paul Kamp y Nelly Ray surcaron velozmente el río. El joven guió la embarcación hacia la isla del molino y avanzó como un bólido entre los cañaverales. Nelly cerró los ojos, pero no se estrellaron como temía. Paul susurró: “—Baja la cabeza, Nelly. Entraremos por ese portón secreto”.



2. En la base del molino había una entrada. La lancha avanzó por un túnel y se detuvo al pie de una pequeña escala. Paul ofreció su mano a Nelly para ayudarla a subir. Penetraron en una habitación, que la niña reconoció: “—Yo estuve aquí una vez, ¡oh Paul! Oigo pasos”.

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO XXIII.—Joven Bú- falo visita a Chor- Na-Gock.

Búfalo Bill Cody conti-
nuaba interrogando al
prisionero Joven Bú-
falo.

—Y después que te dio
libertad el coronel Cus-
ter, ¿qué hiciste? —
preguntó el coronel
Cody.

—Me contraté en este
rancho de Smithers, pe-
ro no dije que era piel
roja —respondió Joven
Búfalo.

—El coronel Custer
me habló de tu buena
conducta —prosiguió
Búfalo Bill— y me su-
girió una idea que luego
te comunicaré. Mien-
tras tanto quedarás pri-
sonero hasta que te

juzgue el tribunal militar. “Ojo de Serpiente” también quedará
prisionero. Ahora les daré noticias de la guerra. “Toro Potente”
ha sufrido una gran derrota, y se rumorea que ha huido hacia el

—Ella me decía que
yo sería algún día el
jefe de la tribu —re-
fería Joven Búfalo.



Año VII - 30-V-1956 - N.º 352

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.

norte. Creo que la guerra se terminará antes de un mes. Retírense todos. Deseo hablar a solas con Joven Búfalo.

Gracia dio una mirada de gratitud a Búfalo Bill, y salió de la cocina en compañía del ranchero Smithers y de los cow-boys. "Ojo de Serpiente" fue encerrado en un calabozo con centinela de vista.

—Joven Búfalo —dijo entonces Búfalo Bill—, cuando te encontré por primera vez te propuse que nos ayudaras en la guerra contra los pieles rojas y tú te negaste a ello. Te dejamos en libertad, seguimos tus pasos, pero comprendimos que no eras espía. El coronel Custer cree que tú eres de raza blanca...

—Eso es imposible, gran jefe —expresó Joven Búfalo—; siempre he vivido en la tribu de los Pies Ligeros, y fui su jefe hasta que comenzó la guerra.

—Pero ignoras de dónde venías. Custer me dijo que habías pasado tus primeros años en una cueva de la Montaña Sagrada. ¿Qué recuerdos tienes de esa época?

—Recuerdo a una linda doncella india, a la cual llamaba madre



Una doncella india estaba inclinada sobre el anciano hechicero.

—refirió Joven Búfalo—. Ella me decía que yo sería algún día el jefe de la tribu. El médico hechicero Chor-Na-Gock me visitaba cada luna. A los dieciocho años me presentó a la tribu, diciendo a mis hermanos que yo era el hijo del Gran Espíritu.

—Fuiste un gran jefe —insinuó Búfalo Bill— pero cuando llegaron los hombres blancos no quisiste luchar contra ellos. ¿No te parece esto muy extraño?

—Así lo pensé —declaró Joven Búfalo—, y siempre anhelé pertenecer a la raza blanca.

El reducto de los pies
ligeros estaba total-
mente destruido.



Este deseo se acrecentó cuando conocí a la doncella rubia que
esta noche me salvó la vida.
—Siempre has obrado con mejores instintos que los pieles rojas
—murmuró Cody—. En la última batalla mis tropas lucharon
contra la tribu de los Pies Ligeros. Terminada la pelea, divisé

a una doncella india inclinada sobre un anciano herido de muerte. El intérprete me dijo que esa doncella era Flor de Saúco. —Flor de Saúco fue siempre muy buena amiga mía —balbuceó emocionado Joven Búfalo.

—Ella nos pidió que cuidáramos a Chor-Na-Gock, porque el anciano tenía un secreto que revelar —dijo Búfalo Bill—. ¿Adivinas qué secreto era ése?

—No —murmuró anhelante Joven Búfalo.

—Flor de Saúco dijo que el anciano había encontrado años atrás a un niño blanco, que le había educado para ser el jefe de los Pies Ligeros y que ese niño blanco eras tú, Joven Búfalo. Agregó que sólo Chor-Na-Gock podía probarlo.

—¿Un hombre blanco yo? No puede ser —exclamó Joven Búfalo.

—Pronto lo sabrás —dijo Búfalo Bill—. Flor de Saúco y Chor-Na-Gock viven en el reducto señalado a los pieles rojas por nuestro ejército. Puedes ir a visitarles. Quedas en libertad. Ve en busca de Chor-Na-Gock, hijo mío.

El coronel Cody le dio un pasaporte para transitar libremente.

Al salir del rancho, su amigo Shorty le acogió con cariño y, al saber la gran noticia, exclamó radiante de júbilo:

—Yo lo decía que tú eras de raza blanca. Amigos cow-boys, Toro es de nuestra sangre, es hermano nuestro. Vamos, compañero, yo te acompañaré al reducto indígena.

—Iré solo —dijo Joven Búfalo—; mis hermanos de ayer pueden mirarte con malos ojos.

Antes de partir, Joven Búfalo buscó a Gracia Matheus.

—Flor de la Pradera —dijo el joven a su amada—, jamás olvidaré que tú me salvaste la vida. ¿Estás contenta con que yo sea un hombre de tu raza?

—Muy contenta —declaró Gracia con dulce sonrisa.

—Cuando regrese serás mi prisionera para toda la vida, Flor de la Pradera —murmuró Joven Búfalo, cogiendo la mano de la niña—. Nunca te dejaré ir. Viviremos juntos, amor mío.

Gracia vio alejarse al arrogante muchacho que ella amó desde la primera vez que le vio rodeado de su tribu.

Al atardecer, y corriendo seis horas seguidas, Joven Búfalo llegó al reducto indígena. Uno de sus antiguos guerreros lo reconoció y, lleno de pavor, trató de huir.

—No temas, "Gato Montés" —exclamó Joven Búfalo—, no soy un fantasma. ¿Dónde está Chor-Na-Gock?

—El gran médico hechicero está moribundo — dijo el indio.

Frente a la ruca señalada por "Gato Montés", Joven Búfalo encontró a Flor de Saúco.

—¿Es posible, ha vuelto nuestro jefe? —dijo la doncella india.

—Flor de Saúco, mi buena amiga, vengo a visitar a Chor-Na-Gock —dijo el joven con emoción.

—Respira solamente — indicó Flor de Saúco.

Sobre un lecho de pieles yacía el hechicero "Buitre Negro".

Joven Búfalo se inclinó sobre el moribundo diciéndole:

—Chor-Na-Gock, soy yo, Joven Búfalo, el Hijo del Gran Espíritu. Si tienes algo que decirme, habla. Dame las

pruebas de que soy un hombre blanco. Habla, Chor-Na-Gock antes que sea tarde.

Flor de Saúco escuchaba las súplicas de Joven Búfalo. Cuando oyó que el joven le pedía las pruebas de su nacimiento, la doncella ocultó en su pecho un paquete pequeño forrado en piel de siervo.

Gras las pruebas que pedía Joven Búfalo. Si no se las entregaba, el jefe amado se quedaría en el reducto indígena y volvería a ser el gran jefe de la tribu. Sin esas pruebas nunca podría probar que pertenecía a la raza blanca, y acaso algún día amaría a la que tantas veces le había salvado la vida.

—Háblame, Chor-Na-Gock —suplicaba Joven Búfalo—. Dame las pruebas...



(CONTINUARA)



EL

CAPITULO XVII

REBELDE

LA DESPEDIDA



1. Lobo Rebelde llegó al borde del precipicio, llevando sobre sus hombros al inválido sargento Harris. Samuel Bill y Bepo alzaron al policía. Mientras ellos iniciaban el regreso al campamento, sosteniendo al sargento, el cheyene respiró con fuerza, extendiendo su cuerpo tenso y fatigado.



2. "—Conviene que le veamos la pierna antes de regresar", indicó en seguida. Era imposible quitar la bota, por lo tanto Lobo Rebelde la rasgó con su cuchillo. El tobillo se veía negro e hinchado. El joven indio lo palpó un instante, y luego, con un movimiento rápido, repuso el hueso dislocado.



3. A pesar de su valentía, Harris exhaló un grito, mientras el sudor se deslizaba por sus sienes. "—Tu pie ya está como debe estar —dijo Lobo Rebelde—. Ahora sólo necesitas permanecer inmóvil y descansar." En una camilla improvisada lo llevaron al campamento, y allí cenaron.

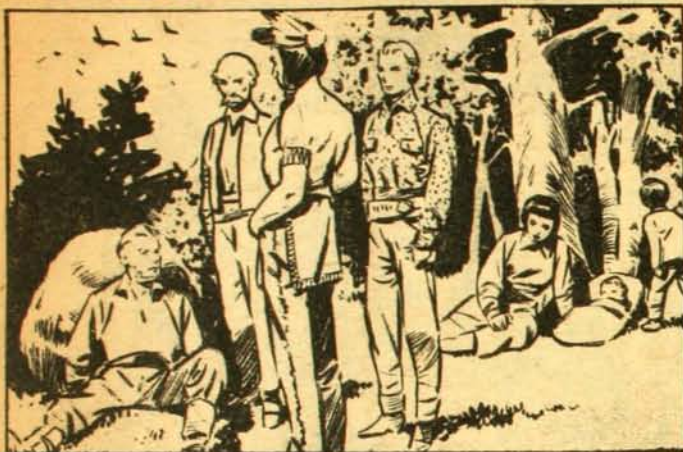


4. Bastante habían tardado en saborear el jabalí cazado por Lobo Rebelde, pero ahora dieron buena cuenta de él. Después, Harris y el hijo mayor del cheyene probaron su habilidad para lanzar el cuchillo en distintos juegos. La felicidad y la calma parecían reinar en el campamento; pero...



EL

REBELDE



5. El sargento interrumpió aquel silencio diciendo: "—Desde el fondo del precipicio pude hacer un disparo a fin de atraerlos. Pero nunca un guardián ha pedido auxilio a sus prisioneros. Y menos un fugitivo acude a salvar a su perseguidor. Pero tú lo has hecho, Lobo Rebelde".



6. "—Después de este estúpido accidente, no estoy en condiciones de llevarte al puesto de guardia. Estoy imposibilitado para hacerlo. ¿Comprendes?" El cheyene repuso: "—Lobo Rebelde te dio su palabra de no huir". Harris insistió: "—Yo te libro de esa promesa. Ve, Lobo Rebelde. Cruza la frontera".



7. Intensamente conmovido, el guerrero indio murmuró: "—No podemos dejarte abandonado". Harris sonrió: "—He pensado en eso también". Escribió un mensaje que decía: Sargento Harris accidentado. Se encuentra en una gruta del monte de las Vertientes, a dos millas noroeste del camino.



8. Harris entregó a Sam aquel mensaje, diciendo: "—Envíelo cuando la familia de Lobo Rebelde haya cruzado la frontera. El auxilio tardará una semana en llegar. Déjenme víveres para ese tiempo". En silencio se preparó la marcha de los fugitivos, mientras Harris acariciaba a su indiecito amigo.

(CONCLUIRA)



ROSITA CRUSOE

CAPITULO XV.—*La isla de la Reina Blanca.*

Julia Blair, Rosita
Crusoe y Lani,
acompañadas del
leopardo Katzi y

del papagayo Polly, arribaron a una isla cercada por arrecifes de coral. La fuerza de la marea las lanzó a la laguna o "lagón". En la distancia, el barco, encallado en los roquedos, se sumergía entre un torbellino de espuma.

—Nos hemos salvado —suspiró Julia.

—¡A la balsa! —chilló Polly.

Aquel era un consejo muy sabio, pues el hundimiento del barco podía formar una peligrosa corriente.

Subiendo a los toneles que formaban la original balsa improvisada por Julia, ella y Lani remaron hacia la playa.

Cuando tocaron tierra firme, Julia desembarcó a Rosita.

—¡El barco! —exclamó Lani, señalando hacia el mar—. Se hunde.

—Es una lamentable pérdida —observó Julia.

Dirigió una temerosa mirada a la jungla que se adentraba en la isla. Allí, sin duda, encontrarían alimentos naturales. Pero también les acechaban peligros desconocidos. En el barco disponían, siquiera, de elementos de defensa y de utensilios.

—En la isla hay frutas y raíces comestibles, el árbol del pan y los peces del lagón —dijo Lani, consoladora.

—Tenemos que elegir con cuidado los peces —advirtió Julia—. Algunos son venenosos a causa de las secreciones del coral.

En ese instante una vocecilla aguda las llamó:

—¡Julia! ¡Lani! ¡Vengan pronto!

Ambas jóvenes reconocieron la voz de Rosita. Atemorizadas, acu-

Julia desembarcó a Rosita.



dieron a aquel llamado. Rosita no enfrentaba una amenaza, como ellas temieron, sino que sostenía su corona de oro cerca de un arbusto.

—¡Miren! —exclamó—. Son las mismas flores de mi guirnalda. Asombradas, Lani y Julia comprobaron que era verdad. Las flores de aquel arbusto eran idénticas a las que estaban grabadas en la corona de Ma-Zara.

—Encontraremos tal vez otra corona para Katzi y una chiquita para Polly —dijo la niña, con inocente alegría.

La supersticiosa Lani no sonrió. Ese hallazgo significaba que estaban en la tierra de Ma-Zara, el extraño ídolo de barro que

—Es muy lamentable la pérdida del barco.

viajaba en un barco sin capitán ni tripulantes, un barco fantasma que ancló en la isla del Paraíso y que las había transportado en un viaje extraño y plagado de riesgos. Ma-Zara no era un dios bondadoso, sino vengativo. La tempestad destruyó su estatua, pero el espíritu maligno seguía acompañándolas. La invisible mano de Ma-Zara las condujo a la isla de coral. Los restos





Oyeron la voz de Rosita, que les llamaba desde la selva.

de Ma-Zara yacían en la nave sumergida, porque él quiso reposar cerca de su tierra.

Julia, sin advertir el terror de Lani, exclamó:

—¡Estamos, entonces, en el país de la Reina Blanca! El capitán Jed la mencionaba en su diario.

—El pueblo de la Reina Blanca se vengará de nosotros —dijo Lani, con sombría expresión.

Aquella observación inquietó por un instante a Julia. Después la rubia joven señaló:

—No lo creo, Lunes. Ellos descubrieron que el capitán Jed y sus hombres robaron el ídolo. Sabían quiénes eran los culpables.

—Pero si encuentran la corona de Ma-Zara en nuestro poder...

—Sí, tal vez no podamos explicarles cómo llegó a nuestras manos.

Ambas se miraban desorientadas. Rosita seguía admirando las flores, sin oír las deliberaciones de sus amigas.

—Katzi, tendrás una corona como la mía —prometió al leopardo.

Polly gritó con su voz chillona:

Las flores eran idénticas a las de la corona de oro.



—¡Polly vuelve al mar!
Comprendiendo que el ave
trepadora estaba ofendida.
Rosita agregó:

—También te coronare-
mos a ti, Polly. Los tres
seremos los reyes de la is-
la. ¿Cómo se llamará esta
isla? Tendremos que bus-
carle un nombre.

Julia indicó:

—Antes de acampar nece-
sitamos saber si no tene-
mos vecinos indeseables. —¡Estamos, entonces, en el país de
Tus reflexiones sobre el la Reina Blanca!
pueblo de la Reina me inducen a ser más cautelosa. Si hay pe-
ligro no nos hallará desprevenidas.

—Observaré los alrededores desde este cocotero —dijo Lani.
Usando una liana como soga, escaló el esbelto y flexible tronco.
La palma era muy alta y serviría como una espléndida atalaya.
Cuando llegó cerca de las verdes ramas, Lani exploró la isla.

—Selva... selva en todas partes... Ah, Lani divisa humo...
¿De qué provenía aquella humareda? ¿Un volcán, una hoguera,
un lago hirviente?

—¿Qué ves, Lunes? —gritó Julia.

—Humo, amita Julia. Y no puedo descubrir de dónde surge.

Aunque trataba de domi-
nar su temor, Julia no pu-
do alejar el siniestro pen-
samiento que la a saltó.
Humo... de alguna tribu
temible que ofrecía sacri-
ficios a sus dioses. Tal vez
ese humo se elevaba en el
altar de Ma-Zara.

—No debo alarmar a Lu-
nes y a Rosita —murmuró—. Tal vez el clan que
habita esta isla es pacífico.

(CONTINUARA.)



Lani exploró la isla.



El fantasma



CUANDO LA REINA ENTREGÓ COMO RECUERDO AL DUQUE DE BUCKY SUS ZAPATILLAS DE BAILE FUE VISTA POR LA ESPÍA MIRADITA



¡AJÁ! SE LO DIRÉ AL PRIMER MINISTRO POBRELIU

MIENTRAS TANTO, POBRELIU RABIABA AL SABER QUE SUS GUARDIAS FUERON VENCIDOS POR LOS MOSQUETEROS



SÍ, SEÑOR. ELLOS PROTEGIERON LA ENTRADA DEL DUQUE AL PALACIO

PERO EN ESE INSTANTE, LLEGÓ MIRADITA CON SU "COPUCHA"

LA REINA... BLÁ, BLÁ, BLÁ...

¡EXCELENTE NOTICIA!



ESO ME DA UNA IDEA. ¡AH, QUÉ INTELIGENTE SOY!

¡HUM...!



39½ MINUTOS DESPUÉS...



¿QUÉ OS PARECE, REY LUCHO, ORGANIZAR UN BAILE REAL? LA REINA LUCIRÁ SUS ZAPATILLAS EN UN ANIMADO CHA-CHA-CHÁ.



¡HUM! NO ES MALA IDEA. ES TOY UN POCO LATEADO.

DESPUÉS DE VENCER A LOS GUARDIAS, TARTAGNAN REGRESA A SU POSADA.

EN ESTA POSADA HAY MUCHAS POZAS...



¿DE DÓNDE VENDRÁ ESTE RÍO?

¿SOIS VOS, MADAME BONITA? ¿POR QUÉ LLORÁIS?



¡OH, HA SUCEDIDO UNA DESGRACIA HORRIBLE! LA REINA ESTÁ EN UN GRÁVE PELIGRO

(CONTINUARÁ)



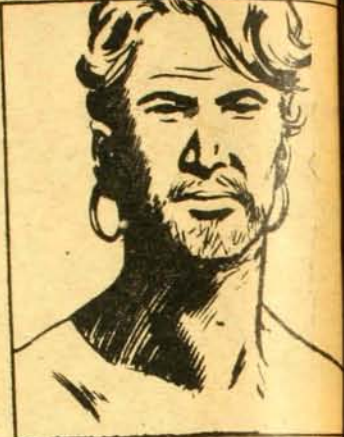
LOS PIRATAS

CAPITULO II.—EL ME

DEL CARIBE



DE LA TORTUGA.



1. Pointis enfrentó al hombre alto y rubio que parecía ser capitán de la dismantelada nave. “—Me envían los hombres de la Tortuga, para hablar con vos de igual a igual”, pronunció el corsario. Aquella insolencia causó estupor a la muchedumbre reunida en el muelle, a la guardia y al propio gobernador.



2. “—Para hablar conmigo de igual a igual, tendrías que capitanear un navío menos calamitoso que éste”, repuso Pointis. Una fría sonrisa plegó los labios del corsario, que replicó: “—Vuestros barcos reales también terminan llenos de averías cuando encuentran en su ruta a una flota española”.



3. “—Pero no perdamos tiempo —continuó el aventurero—. Traigo heridos. Haced que los atiendan.” Hasta ese instante el gobernador toleró la arrogancia del desconocido, pero aquella orden lo enfureció: “—¡Guardias! —gritó—. Conducid a este hombre al palacio y vigiladlo muy bien, porque es peligroso”.



4. “—¿Puedo saber vuestro nombre?”, añadió luego. El corsario contestó: “—Me llaman el Cormoran. Es un nombre que vuela sobre los mares y que se conoce en todas las costas”. Pointis repitió: “—El Cormoran..., es decir, el cuervo de mar. Sí, os conozco. Arrestadlo, guardias, y que no se escape”.



LOS PIRATAS DEL CARIBE



5. Los filibusteros, heridos y exánimes, se incorporaron levemente, con un poderoso esfuerzo de su voluntad. Uno de ellos, acercándose a su capitán, susurró: "—Os llevan arrestado, Cormoran. No lo permitiremos". El corsario dijo: "No temas, Buho. Voy a palacio a hablar amistosamente con el señor Pointis".



6. La ira del gobernador se había evaporado. Sonrió ante la respuesta de su prisionero y en seguida se encaminó a palacio. Una expresión de astucia se reflejaba en su semblante. Quizás le convenía oír al enviado de los filibusteros, que tenían en la isla de la Tortuga su fortaleza invencible.



7. En las tabernas y en las calles se murmuraba: ¿Qué responderá el gobernador al Cormoran? Era lo bastante sagaz como para oír la proposición de los hombres de la Tortuga... y traicionarlos después. Pointis deseaba arrasar la isla, y los corsarios decidieron advertirle que era peligroso intentarlo.



8. La hermandad de la costa eligió para llevar aquel mensaje al joven capitán de una rápida fragata. Al Cormoran, que sería después el amo del mar Caribe. Venía de las Indias, pero declaró: "—Vuestras quejas son las mías. Hablaré con el gobernador para que desista de perseguirnos".

(CONTINUARA)

El Rajá de Narimbay



CAPITULO VI.—Relato de Odilia al aviador inglés.

El joven piloto inglés Eduardo Worck acogió a su visitante con visible alegría.

—Es para mí una sorpresa y un placer inmenso encontrar en este país de selvas, cocodrilos y misterios a tan gentil jovencita —dijo Eduardo, tendiendo su mano a Odilia Davranche.

La sonrisa cordial y franca del piloto conquistó inmediatamente la simpatía de la joven desterrada.

Eduardo Worck permanecía aún en cama a causa de sus heridas

RESUMEN: Odilia, Davranche aceptó el cargo de institutriz de la princesa Jazmín, sobrina del rajá de Narimbay. Debía recibirla en ese lejano país el doctor Juan de Lupe, pero el rajá informa a Odilia que el médico ha desaparecido. Una noche, la joven recibe una misiva de Juan de Lupe, quien le dice que huya del palacio oriental porque su vida peligra. Odilia interroga a la princesa Jazmín sobre su vida y sabe que también han desaparecido su madre, la princesa Bengalia, y otras personas. Aquel día desapareció también Rani, la nodriza de Jazmín. De súbito cae destrozado un avión, cuyo piloto, Eduardo Worck, es rescatado de las llamas. Odilia solicita visitar al herido piloto...

en las piernas. Una cicatriz en la frente no afeaba su rostro juvenil. Sin ser hermoso, en el sentido preciso de este término, el aviador tenía buenas facciones y ojos azules que concordaban muy bien con sus blondos cabellos.

—Para mí también es una inmensa alegría ver de nuevo a un ser de raza blanca —respondió Odilia Davranche—. Como usted, sin duda lo sabe, soy la institutriz de Jazmín, la sobrina del rajá de Narimbay, y pensé que sería agradable para usted... El inglés la interrumpió con vehemencia:

—¡Agradable! —exclamó—. Es una delicia inesperada. Aquí me siento como un burro a morir, los días me parecen interminables. No estoy hecho para la inacción y la inmovilidad.

—Me lo imagino...

—Admiro su valentía —prosiguió el aviador—. Para una mujer es casi temerario vivir aquí. Odilia vaciló. ¿Convendría hablarle de la desaparición del doctor Juan de Lupe? La prudente niña consideró prematura la comunicación y, para disfrutar su inquietud, insinuó sonriente:

El príncipe de Narimbay es encantable y Jazmín, mi pupila, depende por mí gran cariño.

¿Desde cuándo está usted en esta jungla salvaje? preguntó Eduardo.

Odilia se asomó a la puerta, a fin de ver si alguien espiaba su conversación con el aviador Worck.



—Hace dos meses —dijo Odilia—, y mi contrato es por cinco años.

—Cinco años —murmuró el aviador— es bastante tiempo.

Eduardo adivinó que una necesidad imperiosa había impuesto a Odilia ese voluntario exilio. El valor de esa frágil niña le pareció mucho más heroico que las hazañas de sus compañeros de aviación.

—¿Quiere que le lea algún libro? —interrogó Odilia—. ¿Cuáles son sus autores preferidos?

—Me gustan Dickens, Wilde, Bernard Shaw, Molière, Proust —respondió Eduardo—, pero en este momento ninguno podrá igualar el interés que tengo por saber de este palacio, de esta región hindú que ignoro completamente. Caí aquí como un pájaro herido por una piedra.

—Yo estaba en una ventana cuando ocurrió el accidente y admiré su sangre fría y destreza —indicó la institutriz.

—Me defendí como pude —declaró el aviador—. Ignoro cómo se produjo esa pana. Ahora hábleme del rajá de Narimbay, cuya figura principesca impone. Se expresa en inglés como un compatriota mío.

—Y también en francés —replicó Odilia—. El príncipe estudió en Inglaterra y en Francia. Se ausenta con frecuencia del palacio en su avión personal. Creo que siente tedio encerrado aquí.

—¿Tiene usted familia en Francia, señorita? —preguntó Eduardo.

—Sí, una tía y una hermana menor. ¿Y usted?

—Tengo a mi madre —dijo el aviador.

—¿Le ha escrito usted? —preguntó Odilia.

—Sí, le entregué una carta a ese hombre antipático que llaman Chakal, pero no sé si mi carta saldrá del palacio.

—Saldrá —aseguró Odilia—. Yo recibo frecuentemente cartas de mi tía y de mi hermanita.

—En suma —suspiró Eduardo tras breve silencio—, a pesar del aislamiento la vida para usted en este palacio es agradable. Diviso preciosos jardines, surtidores de agua, pájaros maravillosos y, a juzgar por el lujo de esta habitación, todo es digno de la mansión de un príncipe.

—Sin embargo, ocurren aquí sucesos extraños —murmuró Odilia bajando la voz.

—¿Qué quiere decir?

—En este palacio
ocurren cosas terri-
bles —refería Odilia
al joven herido.



—Permítame ir a abrir la puerta para cerciorarme de que nadie nos escucha —balbuceó Odilia.

La joven caminó en puntillas hasta la puerta y la abrió de un golpe.

—Nadie —declaró, volviendo a sentarse junto al lecho del aviador.

Había llegado el momento de revelar al aviador la cautividad de Juan de Lupe.

—Yo vine aquí con una valiosa recomendación —comenzó a narrar Odilia Davranche—. Después de la muerte de mis padres busqué un empleo y me dirigí a todos los amigos de papá. Uno de éstos, el doctor Juan de Lupe, me comunicó que el príncipe de Narimbay necesitaba una institutriz para su sobrina, la princesa heredera Jazmín. Cuando llegué, me comunicaron que el doctor De Lupe había desaparecido. Comprenderá cuán extremo fue mi dolor. Un tiempo después quise visitar la parte sur de

este palacio, y Chakal me lo prohibió. Intrigada por esta prohibición, una noche salí clandestinamente de mi dormitorio y recorrí la parte prohibida. De pronto se abrió una ventana de la torre sur y cayó a mis pies una pelota de papel con un mensaje que me ordenaba salir de este palacio porque estaba expuesta a un grave peligro.

—Un verdadero romance —exclamó muy interesado el aviador. —Espere lo que sucedió después —sonrió Odilia—, que es aún más romancesco. A la noche siguiente me coloqué bajo las ventanas del cautivo y recibí otra misiva, esta vez firmada por el doctor Juan de Lupe. Tengo, pues, la prueba de que el amigo de mi padre está prisionero del rajá de Narimbay. Me preguntaba cómo podría libertar al doctor De Lupe, cuando usted aterrizó en este palacio. Usted puede ser mi aliado...

—Le agradezco su confianza —dijo Eduardo Worck—. ¿Tiene usted una idea del motivo que indujo al rajá a cautivar al médico francés?

—Ninguna —explicó Odilia—; pero debo agregar que Rami, la nodriza de Jazmín, ha desaparecido en estos últimos días; que la princesa Bengalia, madre de Jazmín, también desapareció hace algunos años...

—¿El doctor Juan de Lupe vivía en este palacio cuando murió la princesa Bengalia? —preguntó Eduardo.

—No —declaró Odilia—. Además, la princesa Bengalia no murió por enfermedad, sino trágicamente. Dicen que se ahogó en el río. No me explico qué ha ocurrido, pues no hace tres meses el doctor De Lupe me invitaba a venir a este palacio y ahora me ordena que huya porque mi vida peligra...

—Un peligro —murmuró Eduardo con viveza—. Si mis piernas estuvieran buenas, yo le arreglaría las cuentas a ese misterioso rajá de Narimbay.

—Cálmese —insinuó Odilia—. En algunos días más sus piernas estarán capaces de actuar como antes.

—Estarían buenas si no se hubiera metido a curar mis llagas ese asqueroso médico indígena —protestó Eduardo—. Me cura con emplastos fétidos como su persona y con encantamientos y pases esotéricos. Odilia, no sé qué aconsejarle, pero tengo la evidencia de que el doctor Juan de Lupe tiene una razón poderosa para urgir su partida de Narimbay. Seguramente el médico francés ha descubierto un siniestro secreto y por eso está prisionero.



El doctor Juan de Lupe estaba encerrado en un calabozo de la torre sur del palacio.

—Yo creo igual cosa —insinuó Odilia—. Por eso esta misma noche voy a rondar por las ventanas del prisionero, y espero que me envíe otro mensaje o me hable personalmente.

—No se exponga, Odilia —suplicó el aviador—. Sea prudente. Aguarde mi mejoría. Se lo ruego.

—Seré prudente —accedió Odilia—. Dos veces he recorrido esas terrazas prohibidas y nadie me ha descubierto.

—¿Quién sabe? —objetó Eduardo Worck—. Usted abrió la puerta antes de hacer su relato; por lo tanto, usted temía que la estuvieran espionando.

—Ese criado Chakal me espía —asintió Odilia—. No puedo dar un paso sin encontrarme con ese repugnante indio.

—Ya lo ve usted —expresó Eduardo—. La están vigilando porque algo sospechan. Usted no podrá deambular por el palacio sin correr un grave riesgo.

—Tengo que hacer todo lo que pueda por salvar al amigo de mi padre —declaró Odilia, despidiéndose del joven aviador.

Eduardo Worck comprendió que nada ni nadie haría desistir a Odilia Davranche de su heroico propósito.

(CONTINUARA)



Correspondencia

MARIO NIÑO DE CEPEDA.—Desea comprar el segundo tomo del "Tesoro de la Juventud". Si alguien lo tiene, dirijase a Santiago, calle Santo Domingo 1546, departamento 104 A.

LILIANA SANCHEZ, de San Fernando.—Daremos sus felicitaciones a Nato y a Elena Poirier por sus lindos dibujos. Si no obtiene el "SIMBAD" el día miércoles, reclame al agente o a la librería donde lo compra, subscribise, obteniendo así un premio de un libro y muchos cupones de nuestro Sorteo de Navidad.

CLARA GONZALEZ y RAMIRO RIQUELME, de Collipulli.—Hemos ordenado enviar más ejemplares de "SIMBAD" a esa localidad.

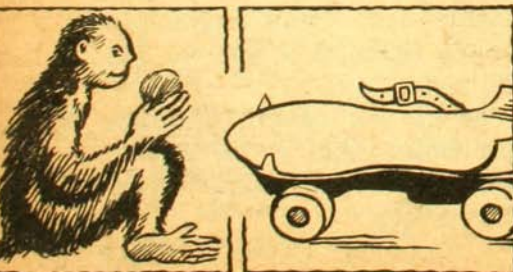
OSMAN VALENZUELA, de Talca.—Admirador de "SIMBAD", declara que ésta es la revista preferida de los talquinos. No nos sorprende, porque ustedes tienen muy buen gusto y cultura.

CHARADA ILUSTRADA

MI PRIMERA: "Soy el más parecido al hombre".

MI SEGUNDA: "Me regalan en los Sorteos de "Simbad".

MI TODO: "Soy un juguete muy apreciado por los niños".



FRANCISCO SALAS, de San Javier.—Trasmitiremos sus felicitaciones a Nato y Elena Poirier por sus lindos dibujos.

NELLY PEREZ HONORATO, de Lo Miranda.—Ya dimos el cuento de Cenicienta, pero tal vez alguna lo repetiremos para complacerla.

JUVENAL VERA, de Río Negro.—Efectivamente, el seudónimo Roxane pertenece a la directora de esta revista, cuyo nombre es Elvira Santa Cruz, antigua directora de "El Peneca".

PATRICIO HENRIQUEZ.—Lamentamos que se haya visto obligado a ausentarse de la revista, por imposibilidad de obtenerla en Gran Avenida, Santiago. Procure subscribirse o reclame "SIMBAD" en los puestos de venta.

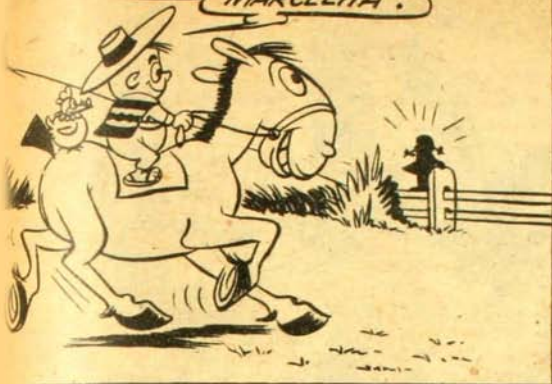
EDUARDO SILVA, de Tucapel.—Ya que ama tanto esta pequeña gran revista "SIMBAD", sirva de propagandista de ella y préstese a sus compañeros que no han podido conseguirla.

MAXIMILIANO SOTO MAYOR y FERNANDO SANTIBANEZ, de Osorno.—Esta progresista ciudad del sur tiene muchos lectores y buenos propagandistas de la pequeña gran revista "SIMBAD". Nosotros también anhelamos agrandar su formato, y es posible que lo consigamos.

VICTOR MANUEL VIAL, MAURICIO CERECEDA.—Fieles lectores de la pequeña gran revista "SIMBAD", cuyo creciente éxito en el mundo infantil es notorio. Procuren que no les falte ningún número, para canjear los cupones oportunamente.

ROXANE.

¡OH, ALLÍ ESTÁ LA MARCELITA!



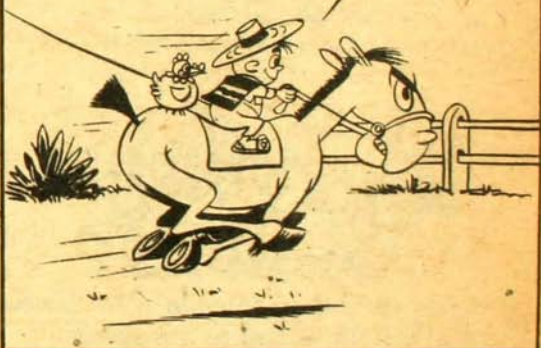
¡TENGO QUE LUCIRME ANTE ELLA!



¡LE DEMOSTRARE QUE SOY UN BUEN JINETE!



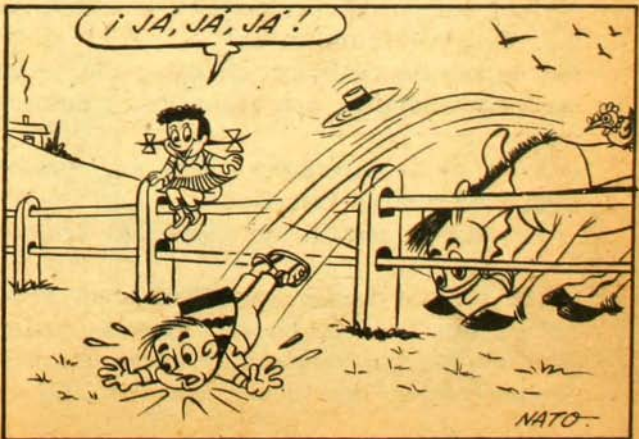
¡SALTARE LA TRANQUERA!

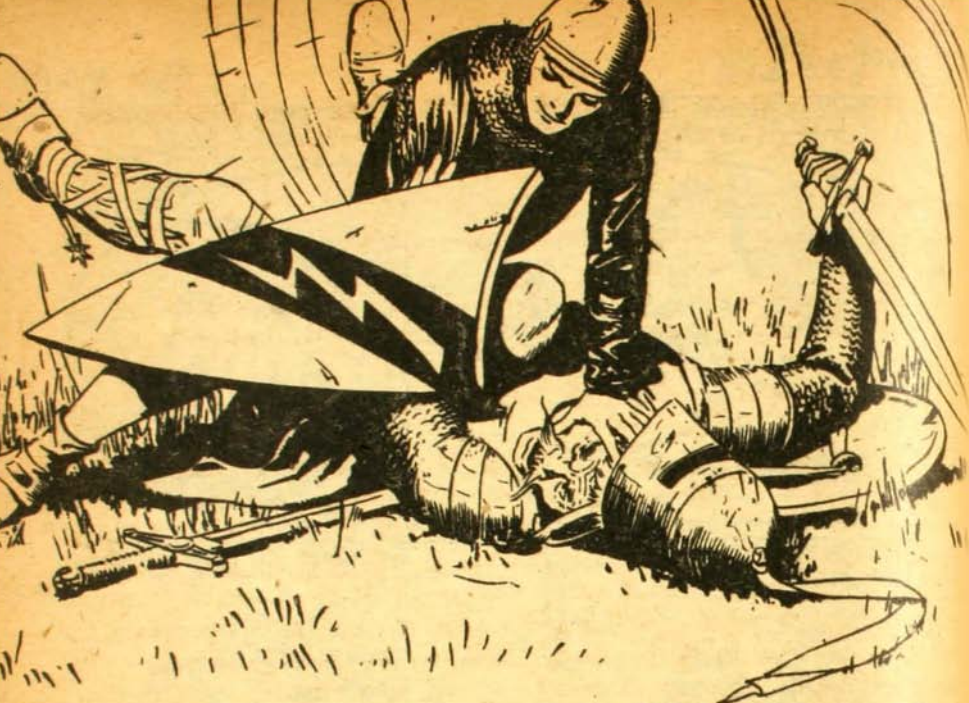


VAMOS, PALOMITO!
¡ARRIBA!



¡JA, JA, JA!





El Príncipe Valiente

CAPITULO XII.— Monstruo contra monstruo.

Luego de ultimar a su peligroso adversario, el príncipe Va-

liente dirigió su mirada a la doncella Ilene. Ella se inclinaba junto al pálido e inerte Gauvain.

—Para nuestro buen caballero, esta aventura ha terminado —dijo, con voz temblorosa.

Por la herida reabierta se escapaba lentamente la vida de Gauvain. No obstante, y a pesar de su dolor, sonrió mientras murmuraba:

—Es muy desagradable morir en primavera. ¿Por qué no intentamos regresar a Camelot?

—No podéis resistir un viaje tan largo.

Ilene sugirió:

—No muy lejos de aquí habita un ermitaño que es muy hábil para curar heridas. En su vivienda podemos hallar refugio.

Después de improvisar una litera con las lanzas y asegurarla con los arneses de dos de los caballos, Val e Ilene condujeron al he-

rido hasta la choza del ermitaño, avanzando con gran lentitud por el camino del bosque.

—He oído hablar de las hazañas de Sir Gauvain. Lo atenderé con especial cuidado —prometió el anciano.
Allí descansaron varias horas. En la mañana, Gauvain dijo a Ilene:

—Prometí que os protegería y, ya que no puedo hacerlo, encomiando esa tarea al agudo ingenio del Príncipe Valiente. Quizá triunfe el escudero donde fracasó el caballero.

En señal de fe y amistad, la doncella ató su velo alrededor del brazo de su nuevo defensor.

En seguida le dio las indicaciones necesarias para que pudiera encontrar el castillo. Val partió a todo galope. Al fin, desde lo alto de una colina avistó el castillo rodeado de un espeso bosque. Sobre la puerta veíase un escudo, en el cual estaba escrita la siguiente advertencia: *Que entre quien desee la muerte*. Junto a este mensaje amenazador había un enorme cuerno suspendido de una cadena. Val lo cogió, para hacerlo resonar con fuerza.

Lentamente se levantó la puerta y una voz rugió:

—¿Quién es el loco que busca la malsana amistad del Ogro del Bosque Sinstar?

De pie en el umbral, se hallaba el ogro, con un enano deforme a su lado.

—¡He venido a libertar a los verdaderos dueños de este castillo que habéis robado! —gritó Val.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando el ogro se apartó para dar paso a sus jinetes, ordenándoles que capturarán al arriesgado joven.

Pero el príncipe, ataviado con vestiduras más livianas, hizo volver grupas a su caballo y se alejó velozmente. Creyendo que había huido en forma definitiva, los soldados regresaron.

Una vez solo en el bosque,

Ilene ató su velo al
brazo de Val.





**El príncipe se alejó
velozmente.**

el héroe reflexionó en el horroroso aspecto del ogro. Pensaba que era demasiado teatral para ser verdadero. Así, meditando, discurrió un plan.

—De modo que este presunto ogro domina por medio del temor. Pues bien, no sólo él puede hacer ese juego.

Decidió penetrar en el castillo durante las horas de la obscuridad y emplear el terror para vencer al enemigo. Al anochecer, se desprendió de la cota de malla y de todas las armas, excepto su daga. Luego, confeccionó varas con ramas sólidas y se adelantó cuidadosamente hasta llegar al foso.

Al mirar por sobre el agua, se dibujó una sonrisa en sus labios, pues acababa de ver lo que buscaba: una bandada de gansos. Procurando no alarmar a aves tan vocingleras, Val nadó entre dos aguas hasta encontrarse directamente debajo de uno de los gansos. Con un movimiento rapidísimo lo capturó y lo mató instantáneamente. Después cruzó el foso hasta un lugar de la muralla donde se elevaban dos contrafuertes a muy poca distancia uno del otro. Cortó sus varas a la longitud adecuada y las incrustó contra la pared para formar los peldaños de una ingeniosa escalera. De esta manera, y quitando el peldaño más bajo para colocarlo más arriba a medida que ascendía, sintió al fin que sus de-



los alcanzaban el borde superior del muro. Todo marchaba muy bien hasta ese instante.

A lo largo de la parte más alta de la muralla se sucedían una serie de aspilleras, o sea, aberturas en forma de ventanas, desde las cuales los defensores del castillo podían disparar sus flechas durante las batallas y asedios. Eran muy angostas y difícilmente podría haberse introducido por ellas un hombre corpulento. Pero eran lo bastante espaciaosas para el esbelto Val. El doncel pasó la mitad del cuerpo y se detuvo a escuchar. No tardó en oír los pasos mesurados del centinela que patrullaba el caminito de piedra. Val contuvo la respiración hasta que el guardia se alejó.

Cuando el eco de los pasos se perdió en la distancia, Val traspuso el muro, ascendió por el camino y desapareció en las tinieblas reinantes. Cuando se halló seguro en un lugar apartado del techo, fabricó una máscara que le convertiría en el monstruo más horroroso escapado del averno. Con gran destreza despellejó el ganso. La piel amarillenta que sería la máscara era horrible de por sí. El príncipe la hizo aún más espantosa. Las patas del ganso las pasó por dos aberturas para que sirvieran de orejas, dos de los dedos se convirtieron en satánicos cuernos y los canutos de las plumas le sirvieron para hacer tremendos colmillos que sobresalían por entre los labios.

(CONTINUARA)



Con un movimiento rapidísimo, capturó al ganso.

Val se fabricó una horrible máscara.



¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿QUE SE CELEBRA EL 31 DE MAYO?

¿El descubrimiento de América, Corpus Christi o el Combate Naval de Iquique?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", casilla 84-D. Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 350. El Dios Supremo de los araucanos se llamaba Pillán.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes. **CON CINCUENTA PESOS:** Raúl de Mendoza, Nipas; Saturnino Muñoz, Curicó; María Angélica Astroza, Temuco; Juan Carlos García, Santiago; Mauricio Palacios, Santiago; Ana Sandoval, Santiago; Walkiria Fuentealba, Santiago; Aurora Oñate, Temuco; Nora Ibacache, Temuco; Vicente Valenzuela, Conchalí. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Manuel Chequellaf, Lautaro; Ana Loyola, Talcahuano; Cecilia Sthondor, Valparaíso; Enrique Pérez, Santiago; Carlos Muñoz, Los Angeles; Edmundo Vicuña, Santiago. **UN LIBRO:** Claudio Roa Riosco, Angol; Julio Barrenechea, Pitrufquén; Hugo Fuentes, Concepción; Alfonso San Martín, Pailahueque; Alicia Cortés, Santiago; Marcela Rodríguez, Santiago; Jaime Masciotti, Concepción; Claudio Fuentes, Parral; Marlis Díaz, Angol; Francisco Ramírez, Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**
"SIMBAD" N.º 352

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★★★★★★ \$ 500.000.- ★★★★★★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTE, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.

Empieza a juntar los cupones que desde hoy publicamos. Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletós obtengas, más probabilidades tendrás de ganar alguno de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 4 — SERIE N.º 1
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 4 — SERIE N.º 1
30 de mayo de 1956



El misterio del molino



En efecto, Morley y los policías habían desembarcado en la a y registraban el molino. En la habitación baja, Nelly reflexionaba. Estuvo allí tiempo antes, cuando Morley la atropelló, volcando su barca. Paul la rescató de las aguas, llevándola a su culto refugio.



Luego de registrar en vano el molino, la policía se retiró. Paul indicó: "—Te confiaré mi secreto, Nelly. En tiempos de guerra, cuando mi patria fue invadida por el enemigo, los patriotas de la resistencia ocultaron los tesoros nacionales. Mi padre era el jefe de las guerrillas y cayó prisionero".

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO

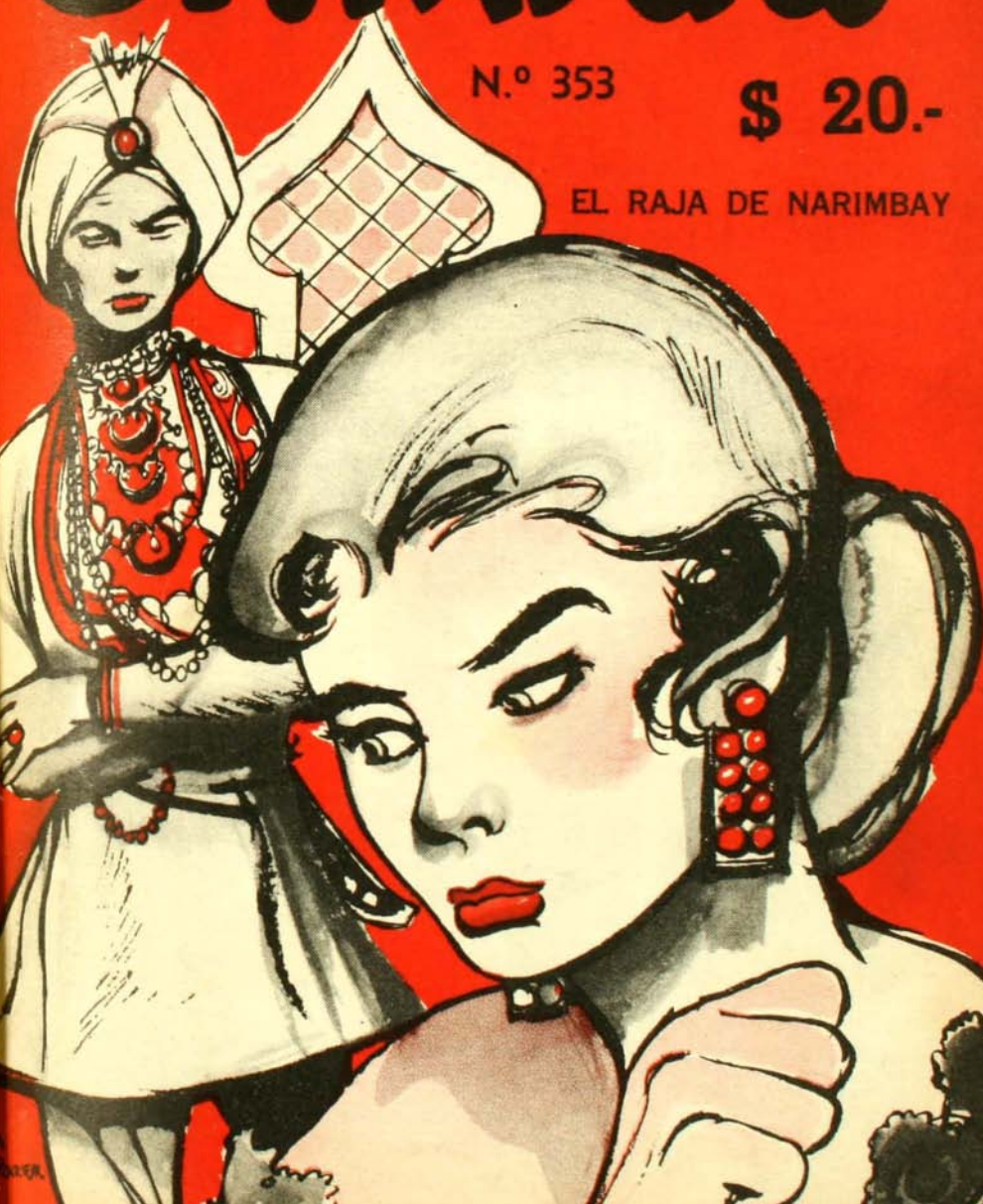


Simbad

N.º 353

\$ 20.-

EL RAJA DE NARIMBAY



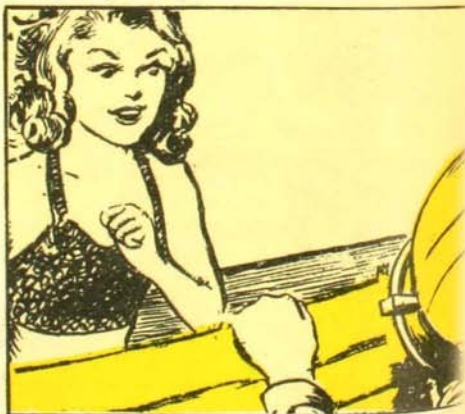
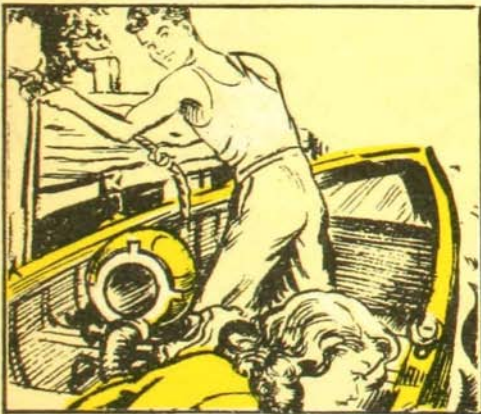


El misterio del molino



CAPITULO XII.—EL TESORO DEBAJO DEL AGUA

1. Paul y Nelly buscaban los tesoros de arte holandeses que los patriotas ocultaron cuando el país estaba dominado por el enemigo. “—Mi padre, ya en libertad, regresó a casa enfermo y con la memoria perdida. No recordaba dónde ocultó el tesoro y algunos lo acusaron de haberlo robado”, dijo Paul.



2. “—No sólo debo devolver esos bienes al gobierno, sino rehabilitar el nombre de mi padre —continuó diciendo—. Tengo todo preparado para sumergirme. ¿Vamos, Nelly?” Ella asintió. Minutos después el muchacho vestía el equipo de hombre rana. Cuando reapareció, dijo: “—¡Lo encontré, Nelly!”

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO

XXIV.—Joven Búfalo visita a Chor-Na-Gock.

Chor-Na-Gock lanzó un suspiro muy leve, sonrió dulcemente y expiró. Joven Búfalo se apartó del lecho con el semblante tan pálido y desfigurado como el que acababa de morir.

—Flor de Saúco —murmuró Joven Búfalo—, Chor-Na-Gock ha muerto. No me reconoció, ni pudo hablarme. Tú, que eras como hija suya, dime, ¿nunca te habló de mí?

—No pasaba día sin que me hablara —respondió la india—, y vituperaba duramente a Toro Potente.

—¿Pero no te comunicó el gran secreto de mi vida? ¿No te dijo que yo era de raza blanca? ¿No te dio las pruebas?

—No —respondió Flor de Saúco—. Nunca mencionó ese secreto, ni me dio pruebas de que fueras tú otra cosa que un jefe piel roja.



Chor-Na-Gock lanzó un suspiro y expiró dulcemente.

Año VII - 6-VI-1956 - N.º 353

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

Joven Búfalo inclinó la cabeza y salió del campamento. ¿Hacia dónde dirigiría sus pasos? ¿Se quedaría con los hombres de su tribu para civilizarlos y hacer la paz entre las dos razas? Los guerreros de la tribu de los Pies Ligeros le consideraban un traidor y le reprocharían siempre sus simpatías por los invasores. Sentado bajo la sombra de los árboles, Joven Búfalo se absorbía en dolorosas cavilaciones. De pronto escuchó un murmullo de voces. Tras una roca tres hombres conversaban.

—El hombre pálido nos ha encerrado en este reducto —decía uno de los indios—; el hombre pálido nos ha despojado de la tierra de nuestros padres. Hemos luchado y hemos perdido... Pero no estamos completamente derrotados... Traigo grandes noticias de Toro Potente.

—Toro Potente huyó —dijo con disgusto otro de los indios—, y nos abandonó en medio de la batalla. No es más fiel que el traidor Joven Búfalo. Por lo menos, Joven Búfalo no era cobarde y actuaba por otras razones.

—Paz, hermano —indicó el indio que había hablado antes—. Toro Potente no es un cobarde. Huyó hacia el norte, hacia esa región que llamamos Canadá. Pero apenas sane de sus heridas volverá al campamento. Los hombres pálidos nos creen sometidos... Dejémosles que crean eso. Pronto nos levantaremos y arrojuremos a los invasores más allá de los mares. Cada día llegan más guerreros a este reducto. Vienen de todos los rincones del territorio... Escuchen, voy a darles noticias de **TORO POTENTE**.

Joven Búfalo se acercó más a la roca.

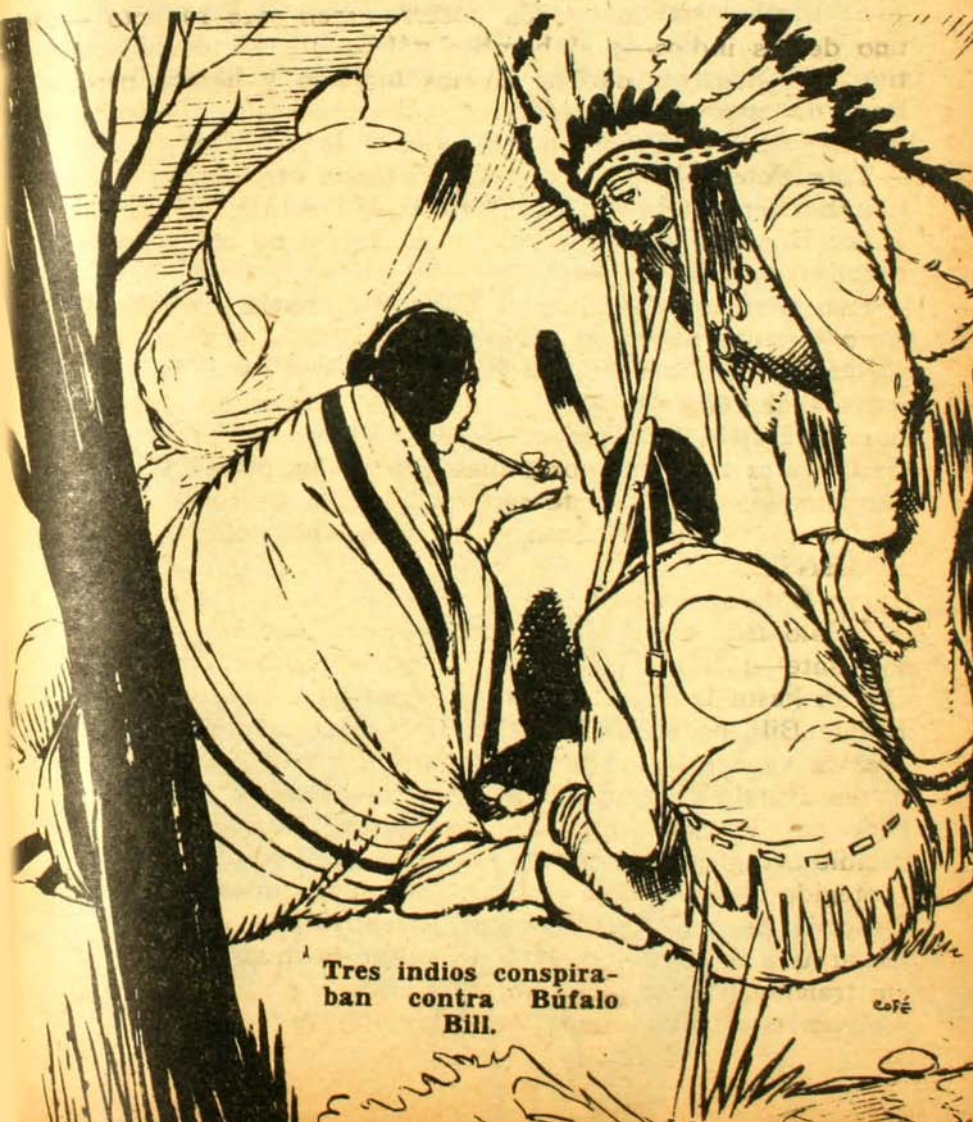
—Búfalo Bill es el causante de nuestra derrota —agregó el informante—; él es el ídolo de los guerreros blancos y con él lucharán hasta la muerte. Toro Potente hace planes para matar a Búfalo Bill, no en una batalla, sino astutamente. Muerto él, podremos vencer fácilmente a los hombres pálidos.

Joven Búfalo continuó escuchando los detalles del plan organizado por Toro Potente para asesinar a Búfalo Bill. En el acto decidió evitar que ese crimen se realizara. El coronel Cody le había protegido siempre. Pero ¿cómo obrar sin ser un espía y un delator? Después de mucho reflexionar, Joven Búfalo pensó que podría hallar una manera indirecta de evitar la muerte de Búfalo Bill sin traicionar a los pieles rojas.

Volviendo al sitio donde había dejado su caballo, el Hijo del

Gran Espíritu se alejó hacia los montes y buscó un sitio donde ocultarse, cubriendo sus huellas con la astucia propia de un piel roja.

Transcurrieron varios días y Joven Búfalo observaba cómo aumentaba el número de guerreros en el reducto indígena. Había un fermento revolucionario en ese campamento con apariencia sumisa. Por fin Joven Búfalo supo que Toro Potente había llegado.



Tres indios conspiraban contra Búfalo Bill.

Transcurrieron algunos días más, y una mañana Joven Búfalo divisó galopando por la pradera al cuerpo de guardia que siempre rodeaba a Búfalo Bill.

El joven redobló su vigilancia y tuvo conocimiento de que los indios habían enviado un mensaje al coronel Cody, pidiéndole que les visitara con el objeto de que les explicase ciertas leyes de los hombres blancos.

El plan de los pieles rojas era éste: mientras Búfalo Bill conferenciaba con los indios, Toro Potente y tres de los guerreros más expertos en el tiro de fusil dispararían contra el coronel. En seguida los demás indios caerían sobre el cuerpo de guardia y asesinarían a todos los soldados.

Los sucesos comenzaron a desarrollarse tal como lo proyectaban los conspiradores.

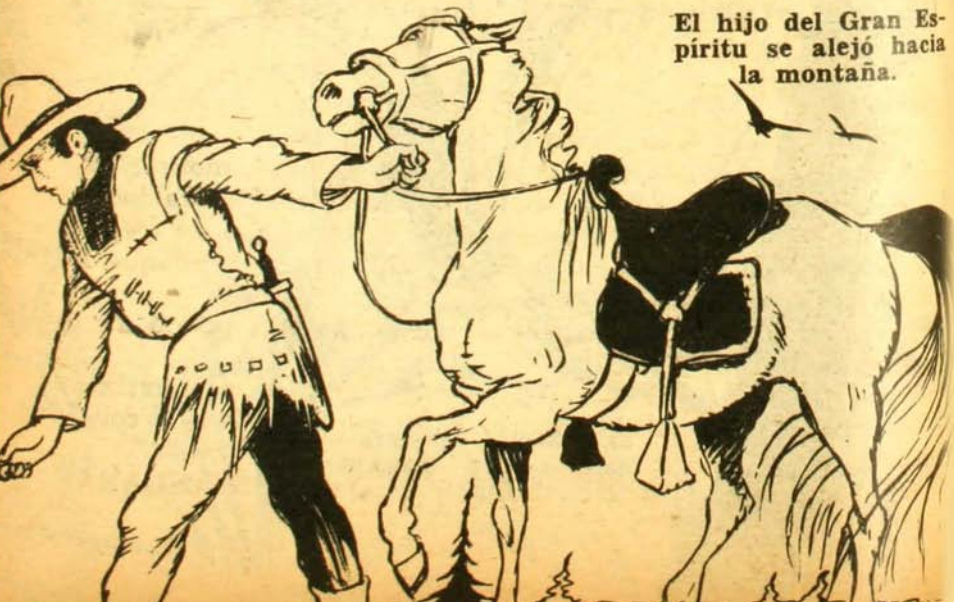
Búfalo Bill llegó al reducto indígena confiado en la buena fe de los indios.

Joven Búfalo, arrastrándose por entre los árboles, se aproximó al sitio donde se ocultaban Toro Potente y los tres indios que complotaban con el jefe de los Sioux.

En ese instante Búfalo Bill se hallaba frente a una ruca, al alcance de un tiro de fusil.

Toro Potente alzó la mano y dio una orden, que por cierto Joven Búfalo no alcanzó a oír; pero comprendió que era la señal de muerte para el coronel Cody.

El hijo del Gran Espíritu se alejó hacia la montaña.



Los tres guerreros que secundaban a Toro Potente levantaron sus armas. Un minuto más y las mortíferas balas caerían sobre Búfalo Bill.

Silenciosamente el heroico muchacho salió de su escondite y saltó sobre los tres asesinos.

Sonaron los tres balazos, pero el sorpresivo ataque de Joven Búfalo había desviado la puntería. Atemorizados, los indios traidores abandonaron sus fusiles y huyeron precipitadamente.

Toro Potente, loco de rabia, se abalanzó contra Joven Búfalo blandiendo su hacha.



El hijo del Gran Espíritu evitó que los indios asesinaran a Búfalo Bill.

—Maldito renegado —rugía el jefe de los Sioux—, morirás. Por los sagrados espíritus de mi raza, juro que morirás. Traidor... Joven Búfalo, desarmado y agotado por su lucha con los tres indios que pretendían asesinar a Búfalo Bill, esperó el ataque de Toro Potente con toda valentía.

El hacha de Toro Potente quedó en el aire, sujeta por la mano vigorosa de Joven Búfalo.

—No soy traidor, ni de los indios ni de los blancos —exclamó Joven Búfalo—; en cambio, tú combates por la espalda y cobardemente...

(CONTINUARA)



EL

CAPITULO XVIII Y FINAL.



1. El sargento Harris envió un mensaje a la policía para que acudiera a recogerlo. Mientras llegaba ese auxilio, Lobo Rebelde y sus acompañantes cruzarían la frontera. Trasladaron al sargento a una gruta, y, luego de dejarle provisiones, leña y armas, se despidieron de él. "—Adiós, padre blanco", murmuró Cervatillo Agil.



2. El pequeño hijo de Lobo Rebelde había aprendido a amar y respetar a Harris. Todos montaron en sus caballos, menos Samuel Bill. "—Cabalguen a paso moderado hacia el norte —indicó el joven vaquero—. Los alcanzaré dentro de unos minutos." Cuando los jinetes desaparecieron, Sam se acercó al sargento.



REBELDE

EL CUENTO DE SAM.



3. "—Antes de irme, Harris —dijo Sam—, quiero hacerte un relato, parecido a los cuentos que las abuelitas dicen a sus nietos. Había una vez un sargento de caballería que, además de su uniforme y de su consigna, tenía un corazón. Este sargento debía cumplir una misión que desagradaba a su conciencia."



4. "—Pensó y pensó, buscando una manera de cumplir su deber y evitar al mismo tiempo que sufrieran los fugitivos a quienes perseguía. Envío entonces un mensaje, para que las patrullas no continuaran la búsqueda de los perseguidos. Luego salió a cazar. Siguió el rastro de una manada de gamos..."



EL

REBELDE



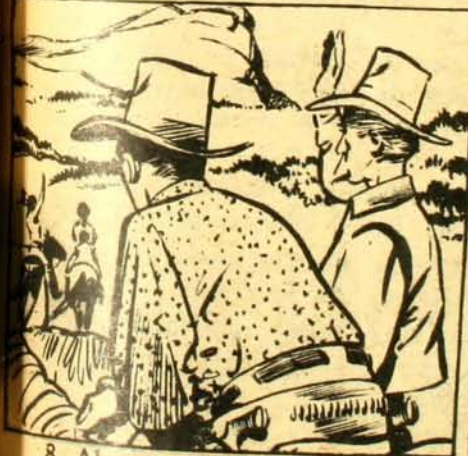
5. "—Cazaba en un territorio que conocía como su propio bolsillo. Y a pesar de que conocía cada árbol y cada piedra, halló la manera de resbalar en un abismo y se torció un tobillo. Accidentado, no podía retener y menos perseguir a su prisionero." Harris gruñó: "—¿Le contarás a otros ese cuento?"



6. "—A nadie más —rió Sam Bill—. Hasta pronto, sargento Harris. Llevaré su mensaje, para que vengan a buscarlo. Recibirá felicitaciones por la captura de Lobo Rebelde... aunque después haya huido. Tendrá una temporada de descanso junto a su esposa y los niños, a quienes hablará de Cervatillo Agil."



7. Cuando Sam Bill se reunió con sus amigos, preguntó a Lobo Rebelde: "—¿Qué piensas del accidente de Harris?" El cheyene repuso: "—Fue intencional, para dejarnos ir. Simulé creerle, para no verlo turbado, pero sé que se dejó caer al abismo, pensando en mi libertad y en mi familia. El Gran Manitu le bendiga."



8. Algunos días más tarde atravesaban la frontera del Canadá Samuel Bill y Bepo sofrenaron sus cabalgaduras, mientras Lobo Rebelde y Flor Elegida continuaban su camino. Antes de traspasar la línea fronteriza, alzaron su mano en un gesto de despedida. "—Adiós, amigos blancos."



ROSITA CRUSOE

CAPITULO XVI.—*Ma-Zara duerme.*

Después del naufragio de su nave, Julia Blair, Lani y Rosita desembarcaron en una isla de los mares del sur. Estaba rodeada de arrecifes de coral y su selva parecía impenetrable. En el lagón azul se reflejaba el cielo.

Las viajeras se internaron en la jungla para buscar un lugar donde instalar su vivienda. De pronto Julia se detuvo.

—No es prudente avanzar más por esta selva. Cerca de la playa quizás encontremos un buen refugio.

Tornaron sobre sus pasos. Minutos después bordeaban un acantilado. Súbitamente el leopardo Katzi cayó en el vacío.

—¡Katz! —gritó Rosita, desesperada.

Julia alcanzó a cogerla antes que se precipitara en busca del felino. Este había caído a una especie de foso. Lani se adelantó con gran cautela. Inclínándose, observó:

—Katz! está en una caverna.

En efecto, se trataba de una gruta submarina. Valiéndose de lianas, bajaron las tres niñas, mientras Polly descendía volando. Aquel sitio poseía una fantástica belleza. Formaciones de coral destellaban en las paredes con los colores del arco iris.

—¿De dónde proviene la luz? —exclamó Julia, admirada.

—Hay ventanas —rió Lani, señalando una abertura circular a través de la cual se divisaba el mar.

Había también una laguna. En ella se bañaría Rosita. Salientes de coral en los muros formaban verdaderos lechos, musgosos y suaves.

Julia y Lani formaron planes en su nuevo hogar.

—Haremos un enrejado de madera para cubrir la entrada y una

escala de lianas. Nos faltan algunos muebles sencillos. Si pudiéramos recuperar las herramientas y los clavos que había a bordo.

—Lani tiene una idea —declaró la nativa—. Amita Julia, vamos.

El leopardo era el mejor defensor de Rosita, por lo tanto las jóvenes salieron confiadamente. Antes de alejarse, cubrieron con ramas la entrada.

—Así nadie sospechará que Rosita está abajo —murmuró Lani.

Alzó la mirada y vio en los ojos azules de Julia el mismo pensamiento que la inquietaba: aquella columna de humo, que habían avistado en la distancia. Indicaba tal vez la existencia de una tribu indígena.

Al llegar a la playa, Lani dijo:

—Tenemos aún la balsa. En ella podemos dirigirnos hasta el lugar donde se hundió el barco. Allí Lani nadará bajo el agua, para traer provisiones y útiles.

Julia vaciló.

—¿Y los tiburones?

—Ellos no entran en el lago —repuso Lani—. De todos modos, estaré alerta.

Julia esperará que Lani regrese.

En la baja marea era fácil aproar hacia los arrecifes.

Las dos jóvenes desembarcaron. Lani, después de escrutar las aguas, exclamó:

—¡Ahí está el barco!

En efecto, a través del agua tranquila, se vislumbraba la goleta. La flora marina y los peces flota-



Por aquella ventana natural, se divisaba el mar.

—Los tiburones no entran al lago —dijo Lani.





—Ahí está el barco.

escualos, con sus aletas triangulares, el lomo azul negro y las mandíbulas de agudos dientes.

—No hay tiburones —repitió Lani.

—Sin embargo, estás preocupada, Lunes.

—Sí, pero no por ello, sino por Ma-Zara.

Julia guardó silencio. Lani creía que Ma-Zara era un dios maléfico, y no había palabras que logran destruir esa superstición. Al comprender que por su causa Julia estaba afligida, la joven nativa procuró sonreír.

—Lo primero que rescataré será la caja de herramientas —de-

A través de el agua
tranquila, se vislum-
braba la goleta.



ban junto a ella. Ese barco misterioso, que por un extraño destino enruimbó hacia la isla de la Reina Blanca, veíase aún más enigmático: Seguía guardando en su interior al dios Ma-Zara. Lani titubeó. No temía a los tiburones, pero la presencia de Ma-Zara la atemorizaba.

—Es una suerte que el barco encallara en este lado —observó Julia—. ¿Estás segura de que no hay peligro?

Temía ver aparecer a los

(Lani se preparó para la zambullida.)



claró, extendiendo ambos brazos, a fin de prepararse para la zambullida.

—Bucearemos las dos —decidió Julia Blair.

—No, amita. Lani resiste más tiempo debajo del agua. Lani ya no tiene miedo. Ma-Zara duerme en el fondo del mar.

—Ten cuidado, Lunes, por favor.

Llevando una liana atada a su cintura, la niña morena se sumergió. El esbelto cuerpo surcó el agua con la agilidad de un pez. La nadadora advirtió que una enorme brecha se abría en un costado del barco. Por allí penetraría en la cabina del capitán, en busca de la caja que tanto necesitaban. Después, en una segunda excursión, llevaría los víveres no dañados por el agua.

Luchó para no pensar en la estatua que yacía destrozada. Tal vez el mar la había disuelto. Entonces aquellas aguas estaban impregnadas con el espíritu del dios; poseían un conjuro maligno que podía destruirla.

“No...; Ma-Zara duerme”, se dijo Lani.

(CONTINUARA)

Surcó el agua con la agilidad de un pez.



El fantasmita



BUCKY ESTÁ EN EL PAÍS VECINO. IRÉ A RECUPERAR LAS ZAPATILLAS. NO LLORES MÁS O TENDRÉ QUE SALIR NADANDO.



Y COMO DONDE VA TARTAGNAN, VAN LOS TRES MOSQUETEROS PUES AQUÍ LOS VEN CABALGANDO.



DE PRONTO, LA CENA ES INTERRUMPIDA POR LOS GUARDIAS DEL CARDENAL



SEGÚN EL FANTASMITA, EN LA GUERRA TODO ESTÁ PERMITIDO, SOBRE TODO SI SE TRATA DE QUE LE APORTILLEN LA SÁBANA NUEVA.





LOS PIRATAS DEL CARIBE

CAPITULO III. CARTAGENA



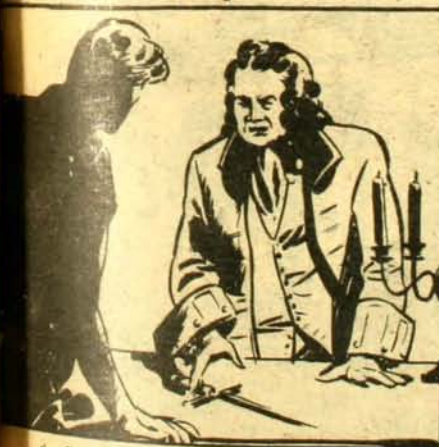
1. Los corsarios de la isla Tortuga estaban enfurecidos con la persecución del gobernador Pointis. Este había jurado suspender de la horca a todos los filibusteros, fueran éstos corsarios autorizados por sus países para cazar naves enemigas o vulgares piratas que sólo buscan oro y sangre.



3. Cuando estuvieron solos frente a frente el corsario y el gobernador, éste dijo: "—Son los hombres de la Tortuga quienes me enviaron este mensaje, ¿verdad? Anunciaban vuestra visita. Bien, ¿qué quieren esos ladrones?" Cormorán, sin inmutarse, replicó: "—Deciros simplemente: ¡Acuérdate de Cartagena!"



2. El enviado de la Hermandad de la Costa era el capitán Cormorán, que arribó a Santo Domingo con su navío desmantelado. El encuentro con una flota española había dejado en el barco y en los hombres huellas de ruina y violencia. Pointis ordenó conducir a su palacio a Cormorán.

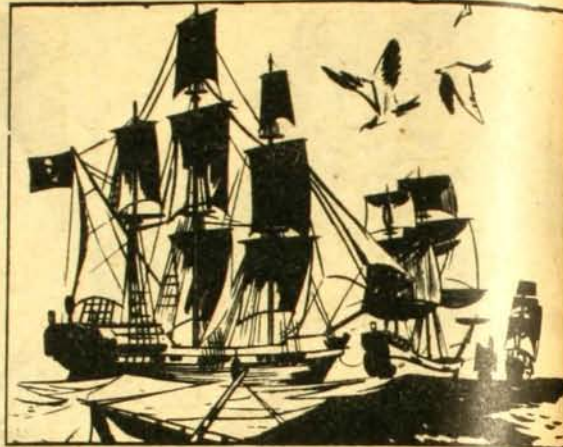


4. La cólera de Pointis estalló con violencia. Un tinte púrpura cubrió su semblante, mientras su mano se adelantaba para coger una daga. Cormorán preguntó con voz tranquila: "—¿Cuál es vuestra respuesta?" Pointis rugió: "—Te ahorcaré en una verga muy alta, miserable". Cormorán sonrió.

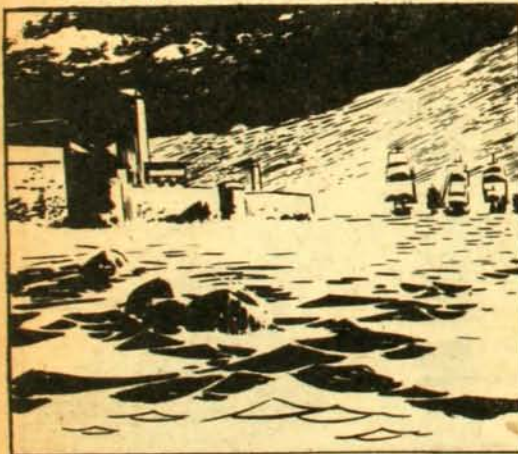


LOS PIRATAS

DEL CARIBE



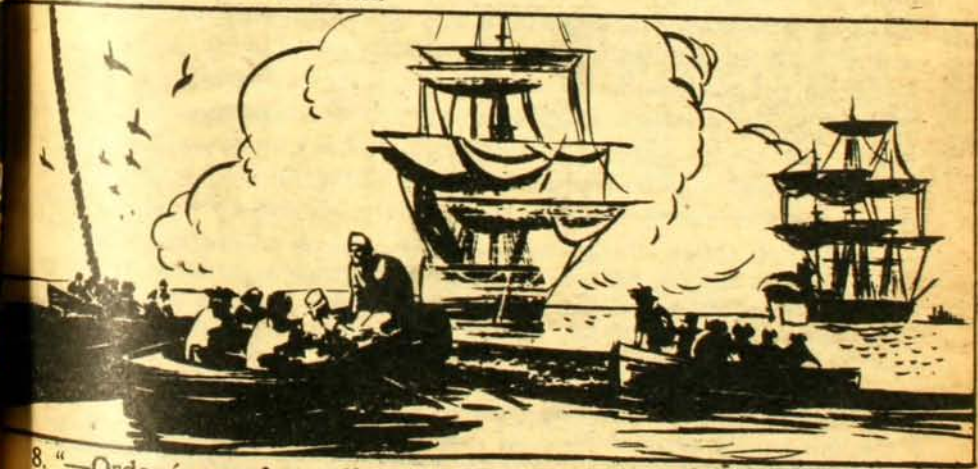
5. "—Un momento, marqués de Pointis. Hagamos historia... Erase una gran flota aparejada en Santo Domingo, bajo el comando de un cierto señor marqués. La formaban célebres corsarios. Había más de veinte navíos, tripulados por los hombres más temerarios de la Tortuga... Hombres llamados a aquella aventura."



6. "—No bastaban los marinos reales —prosiguió Cormorán—. El marqués llamó entonces a todos los Hermanos de la Costa. De la Jamaica a la Tortuga, de Gonaives a Trinidad, cientos de filibusteros acudieron con sus capitanes. Y esa flota poderosa y esos hombres sin miedo vencieron a Cartagena."



7. "—Penetraron en la invencible fortaleza española, en la ciudad que poseía inmensos tesoros. ¿Quiere el señor marqués relatar el final de la historia?" Pointis no replicó a la irónica sugerencia. "—Prosigo yo, Excelencia —añadió Cormorán—. El marqués reunió un cuantioso botín."



8. "—Ordenó que fuera llevado a sus barcos, y luego, con el pretexto de que se acercaba una armada enemiga, se separó de la flota corsaria. Y así termina la aventura de Cartagena. Con una baja traición, con un robo infamante. Ahora son "ladrones" los que fueron aliados. Injusto, ¿verdad, Excelencia?"

(CONTINUARA)

El Rajá de Narimbay



CAPITULO VII.—Odilia, prisionera del rajá.

A pesar de los consejos que le dio el aviador Eduardo Worck, Odilia persistió en su visita nocturna a la parte prohibida del palacio de Narimbay.

Pasó el resto del día acompañando a la triste princesita Jazmín, que lloraba la desaparición de su nodriza Rani.

—Le he preguntado a mi tío el rajá —decía Jazmín—, y me ha dicho que mi mamita Rani se aventuró demasiado a la orilla del río y que se la comió un cocodrilo. Dice que un criado la oyó cuando gritaba, pero no pudieron salvarla.

RESUMEN: Odilia Davranche aceptó el cargo de institutriz de la princesa Jazmín, sobrina del rajá de Narimbay. Debía recibirla en ese lejano país el doctor Juan de Lupe, pero el rajá informa a Odilia que el médico ha desaparecido. Una noche, la joven recibe una misiva de Juan de Lupe, quien le dice que huya del palacio oriental porque su vida peligra. Odilia interroga a la princesa Jazmín sobre su vida y sabe que también han desaparecido su madre, la princesa Bengalia y otras personas. Aquel día desapareció también Rani, la nodriza de Jazmín. De súbito cae destrozado un avión, cuyo piloto, Eduardo Worck, es rescatado de las llamas. Odilia solicita visitar al herido piloto. La joven Davranche relata a Eduardo Worck todos los sucesos ocurridos y expresa su deseo de salvar al prisionero de la torre...

—Qué muerte tan atroz —murmuró Odilia—. ¿Tú has visto codrilos, Jazmín?

—Nunca —aseguró Jazmín—; me dicen que son unos monstruos horribles, pero yo no creo que sean tan malos como para devorar a una pobre viejecita que no les había hecho daño. Todas las personas que yo quiero desaparecen... Mi madre, la princesa Bengalia, ese doctor tan bueno que me trataba con cariño, mi mamita Rani y tantos criados. Señorita Odilia, si usted desapareciera, yo me moriría de pena.

—No tengas temor, *darling* —expresó Odilia, abrazando a la princesita.

Pero aquella noche, cuando salió de su habitación en medio de las tinieblas, recordó las palabras de Jazmín y pensó que acaso ella también desaparecería algún día.

“¿Qué sería de mi hermana Silvia?”, se preguntaba Odilia con angustia.

El momento había llegado. Odilia abrió la puerta de su aposento, inspeccionó el corredor y, resueltamente, siguió hacia el sendero prohibido.

Esta vez la valiente joven decidió atraer la atención del médico prisionero arrojando contra la ventana de la torre un puñado de conchilla. Odilia no se imaginaba que una sombra la seguía en la obscuridad. Esa sombra era Chakal. Disimulándose entre las columnas de mármol, no se perdía paso. Un párrafo dejó oír su voz. Odilia se estremeció al reconocer el trino del ave que Jazmín llamaba el mal agüero.

Odilia emprendió sigilosamente el camino prohibido.



Ya subía a las terrazas y un sentimiento de victoria infló el corazón de Odilia Davranche. En ese instante un rumor furtivo atrajo su atención. Volvióse rápidamente y divisó a Chakal, erguido y terrible.

No era el servidor respetuoso y cortés, sino un enemigo implacable, una fiera lista para saltar.

La joven carecía de armas y era inútil pedir auxilio. A su llamado habrían acudido los criados del rajá.

Odilia comprendió que estaba perdida.

—¿A dónde vas? —preguntóle brutalmente Chakal, cogiendo por los hombros a la joven.

Con un movimiento instintivo, Odilia se desprendió de los brazos de Chakal y se dispuso a la defensa. Sus puños golpearon el rostro de su atacante y todo su cuerpo se puso en tensión.

Chakal intentó de nuevo coger a Odilia, pero como ella volviera a defenderse, furioso, le dio un golpe brutal en la cabeza.

La joven cayó al suelo desmayada.

“¿La habré muerto? —pensó Chakal, arrodillándose en el suelo—. El príncipe no me dio orden de matarla.”

Por suerte sólo era un desmayo. Chakal cogió en sus brazos a la inerte Odilia y subió con ella hasta un cuarto de la torre norte, donde la dejó tendida en un diván.

Una hora después Odilia recobró los sentidos y miró con estupor la estrecha habitación donde yacía. Un fuerte dolor en la nuca le hizo recordar los recientes sucesos. La prisionera se aproximó a la ventana con gruesos barrotes de fierro. La puerta estaba cerrada con llave.

Estaba cautiva del rajá de Narimbay.

Por primera vez desde que había partido de su país, Odilia dejó correr sus lágrimas. Todo estaba terminado... Nunca volvería a su patria, ni vería a Silvia. ¿Cuánto tiempo duraría su cautiverio? ¿Por qué Chakal la dejó con vida? Seguramente el rajá anunciaría a su tía Clarisa su fallecimiento, y la tía no lo pondría en duda.

Vino el alba y los primeros rayos del sol penetraron en su prisión. ¿Vería otras auroras? Todo era misterioso en ese palacio oriental. Lentamente Odilia dominó su dolor. De pronto escuchó un ligero paso; la puerta se abrió y Chakal apareció en el umbral trayendo el desayuno habitual a la institutriz de la princesa Jazmín.



Chakal cogió en sus brazos el inerte cuerpo de Odilia.

Señorita —dijo el criado de Narimbay—, le ruego que excuse la violencia de anoche; pero fue usted quien inició el combate. Sufre mucho, señorita?

No —respondió Odilia con altanería—; pero querría saber por qué estoy prisionera? ¿Qué hice yo?

Fue usted demasiado curiosa —indicó Chakal—. Si me hubiera obedecido, nada le habría ocurrido.

¿Permaneceré mucho tiempo cautiva? —preguntó Odilia.

Lo ignoro —expresó Chakal—. El príncipe vendrá a visitarla, señorita. Nada más puedo decirle. Yo soy el brazo y no la cabeza; no soy yo quien manda.

Gracias, puede retirarse —indicó Odilia.

Este era el diálogo de una cautiva con su carcelero, sino el de una tiva mujer y su servidor.

Chakal dobló la espalda y salió de la habitación, cerrando con llave la puerta. Odilia entró en la sala de baño, se lavó y peinó como de costumbre y aguardó la visita del rajá.

“Si Narimbay desea verme, es preciso que me encuentre tan altiva y valiente como antes”, se dijo Odilia.

Al mediodía volvió Chakal con el almuerzo para la prisionera.
—El príncipe pide excusa a la señorita por no haber acudido ya a visitarla —expresó el lacayo—. Vendrá al atardecer.

Odilia pasó el día afirmada a la ventana enrejada, observando los jardines del palacio. Divisó a la princesita Jazmín, que circulaba tristemente sin hacer caso de sus palomas favoritas.

“Ya le habrán dicho a la pobre chica que yo también desaparecí”, se dijo Odilia.

Por fin apareció el príncipe de Narimbay, tan ceremonioso como el día en que recibió a la institutriz en su palacio.

—Lamento tanto lo sucedido —dijo el hindú—; pero usted tiene la culpa, señorita Davranche.

—Príncipe —respondió altivamente Odilia—, no me corresponde juzgar sus actos, porque desconozco los motivos que le impulsan a tenerme prisionera, y deseo que me devuelva la libertad.

El rajá admiraba la serenidad y valentía de la hermosa niña, que él creyó encontrar abatida y llorosa.

—Parece que usted, señorita, logró comunicarse con el doctor Juan de Lupe —insinuó el príncipe—. ¿Es exacto?

—Sí —afirmó Odilia.

—Agradezco su franqueza —dijo Narimbay, inclinándose—. ¿Qué explicaciones obtuvo usted de su compatriota?

—El doctor De Lupe me envió un corto mensaje en el cual me comunicó que un peligro me amenazaba aquí y que tratara de salir de este palacio.

—¿Por qué no siguió ese consejo? —indagó Narimbay.

—Porque quería libertar al amigo de mi padre.

—¿Cómo pensaba usted libertarle? —preguntó Narimbay con ironía.

—No tenía ningún plan —declaró Odilia.

La mirada excesivamente brillante del príncipe traspasaba a su cautiva. Diríase que quería juzgarla y descubrir su secreto.

—¿De manera que el doctor De Lupe —interrogó Narimbay con visible emoción— no le comunicó el motivo de su cautiverio?

—No.

El tono categórico de la respuesta pareció agradar al príncipe. Su semblante se iluminó con una expresión casi tierna.



El príncipe de Narimbay interrogaba a la cautiva Odilia.

Odilia, intrigada, le vio avanzar hacia ella con la mano tendida. No tuvo miedo, porque la actitud de Narimbay no era amenazante. Los dedos del príncipe iban a estrechar la mano de Odilia, cuando súbitamente retrocedió.

—Sí, sí; comprendo —balbuceó Narimbay—. Usted nada sabe...

(CONTINUARA)



Parte del numeroso público que asistió al "GRANDIOSO SORTEO DEL 2º DE MAYO", en que "SIMBAD" repartió más de \$ 500.000.— en valiosos regalos entre sus miles de lectores.

LISTA DE PREMIOS DEL MAGNO SORTEO DE MAYO

4045	1	sweater niño	1018	1	pull-over niñita
4088	1	pato Donald	1036	1	acuarela
4091	1	premio \$ 200	1084	1	caja lápices de color
4101	1	cartón herramientas	1095	1	pelota de goma
4136	1	sweater niño	1276	1	pull-over niñita
4146	1	pelota goma	1298	1	juego dominó
4156	1	billettera	1393	1	PORTADOCUMENTO
4159	1	pull-over niñita	1394	1	sweater niño
4166	1	PORTADOCUMENTO	1485	1	bolsa de bolitas
4184	1	PORTADOCUMENTO	1492	1	blue-jean
4186	1	sweater niño	1572	1	blue-jean
4191	1	CORTE GENERO	1614	1	par de calcetines
4219	1	blue-jean	1624	1	juego dominó
4226	1	muñeca chica	1647	1	LAPIZ FUENTE
4248	1	premio \$ 200	1648	1	LAPIZ FUENTE
4264	1	acuarela	1680	1	pelota de goma
4267	1	caja música	1695	2	pañuelos niña
4269	1	sweater niño	1736	1	LAPICERO FUENTE
4273	1	blue-jean	1888	1	sweater niño
4280	1	par de calcetines	1889	1	LAPICERO FUENTE
4282	1	acuarela	1925	1	LAPICERO FUENTE
4293	1	juego lotería	1956	1	bolsa de bolitas
4299	1	acuarela	1960	1	LAPICERO FUENTE
4354	1	caja de soldados	1992	1	LAPICERO FUENTE
		(CONTINUARA)	4019	1	billettera

Ponchito

Por nato

¡TU ABUELITA ESTÁ UN POCO MAL, PONCHITO!



¡LE RECOMIENDO ABSOLUTA TRANQUILIDAD!



¡POR SI PASA MALA NOCHE...



... ¡ESTAS SON PILDORAS PARA DORMIR!



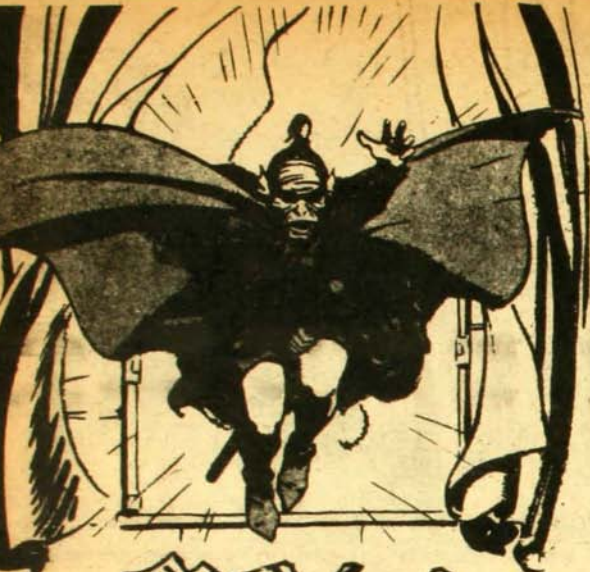
¿QUE HORA SE LAS DEBO DAR, DOCTOR?



¡NO SON PARA ELLA, SINO PARA TI!



NATO



El Príncipe Valiente

estaba solo en su cámara. Además, la ventana se encontraba abierta. Val subió de nuevo al techo, y se ajustó la máscara, cubriendo con ella toda su cabeza. Era espantosa, sin duda alguna, pero el doncel ignoraba todavía el efecto que produciría a la víctima elegida.

Llevando consigo un garrote, descendió. Asido de la soga, tomó impulso y voló por el aire. Al mismo tiempo lanzó un alarido penetrante... Hacia el interior de la cámara voló un demonio parecido a un murciélago montado sobre un palo.

—¡Tu alma está condenada! —aulló el demonio.

CAPITULO XIII.— *El demonio volador.*

Para combatir al ogro que se había posesionado del castillo de Ilene, Val se fabricó una horrible máscara. Antes de colocársela, debía cumplir otra tarea. Asegurando una soga a una piedra que sobresalía del techo, descendió por ella a fin de espiar todas las ventanas iluminadas. Se mecía silenciosamente frente a cada una de ellas, hasta que logró ubicar los aposentos del ogro.

Con gran satisfacción comprobó que el monstruo





En los lugares más imprevistos, aparecía aquel espantable visitante.

El ogro se quedó inmovilizado de terror. El demonio aullaba: —¡Te has ganado un lugar en el infierno! Cuando vuelva, será para llevar tu alma a mi amo.

Y saltando de nuevo hacia la ventana, Val se alejó volando hacia el exterior.

Debido a la obscuridad, el ogro no pudo ver la cuerda. Si hubiera habido luz, su terror no le habría permitido tampoco que la viera. En su opinión, el visitante era un emisario de Satanás. Y pronto volvería para llevarse su alma.

Mientras tanto Val se había vuelto en el aire y regresaba hacia el aposento.

—¡Confieso! ¡Confieso! —jadeó el ogro—. Piedad.

—Demasiado tarde. Mi amo me ordena que te lleve.

Riendo de manera que helaba la sangre en las venas, el demonio avanzó lentamente hacia su víctima.

Con un gemido ahogado, el ogro cayó sin vida. Su corazón había cesado de latir a causa del espanto.

—Gobernabas por el temor y por el temor has muerto —pronunció Val.



Val se preparaba para una segunda aparición.

Abandonaron precipitadamente el castillo.



Por cierto que su misión aún no estaba cumplida. Los secuaces del ogro ignoraban todavía la muerte de su amo. Además tenían el castillo en su poder. Por otra parte, Val no tenía la menor idea del sitio en que pudieran estar los padres de Ilene.

El doncel salió, balanceándose siempre en la soga. Luego se dispuso a ofrecer el mismo tratamiento de horror a los forajidos. Voló por las sombras en alas de una cuerda invisible. Saltó de los rincones. Apareció sobre los parapetos. Y dondequiera que se mostrase, su aparición súbita y su aspecto espantoso hacían cundir el terror entre los supersticiosos guerreros.

Una estocada certera hubiese terminado para siempre con el demonio. Pero nadie tuvo el ánimo suficiente, y huían espantados.

Minutos antes del amanecer Val se refugió en el techo, y ahí pasó el largo día, sufriendo hambre y sed.

Llegada la noche, los usurpadores, luego de convencerse de que el demonio no se hallaba oculto por ahí, sentáronse a comer. Val los dejó en paz por el momento. A medida que progresaba el festín, los guerreros adquirían confianza y hubo algunos que se jactaron de no temer a ningún visitante del averno.

De pronto resonó un aullido tremebundo y el demonio apareció volando por sobre sus cabezas para perderse después en las sombras.

Enloquecidos de terror, salieron corriendo, sin fingir ya el menor coraje y demostrando claramente su cobardía con los gritos que lanzaban implorando que se les perdonara la vida.

No habían terminado de salir del comedor cuando se presentó un criado para anunciar que su amo el ogro estaba muerto en su aposento.

Los temblorosos guerreros hallaron al ogro tendido en el piso de piedra. Estaba muerto, mas no se veía en su cuerpo ninguna herida.



El demonio reía en la torre más alta.

Dos rufianes menos cobardes que los otros se habían quedado para llevarse los tesoros robados por el ogro. Al comprender que el supuesto demonio era sólo un doncel audaz, avanzaron con las espadas desenvainadas; furiosos por el engaño.

Como estaba desarmado, Val emprendió la fuga, corriendo por el castillo desierto. Los dos guerreros conocían la fortaleza mucho mejor que él, y al fin lograron acorralarle en una de las cámaras.

Val recordó entonces la cuerda que pendía en el exterior. Saltó por la ventana y empezó a trepar. Uno de los malvados se dirigió al techo, mientras el otro montaba guardia en la ventana.

Con pérfida lentitud, el primer guerrero comenzó a cortar la cuerda de la cual estaba suspendido el príncipe Valiente.

(CONTINUARA)

Aterrados por aquel descubrimiento, abandonaron el castillo, huyendo en desbandada. Al mirar hacia atrás pudieron ver recortada contra el cielo la espantosa figura negra, que reía siniestramente al observar su fuga.

"Terminó la farsa", dijo Val, mientras descendía de la torre. Muerto el ogro y alejados sus secuaces, el príncipe se desprendió la máscara.

En ese momento se produjo un ruido a sus espaldas. Al volverse, vio algo que lo estremeció.

La farsa había terminado.



¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿CUAL ES EL RIO MAS IMPORTANTE DE SUDAMERICA?

¿El río de La Plata, el Amazonas o el Orinoco?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 351: Los colores del arco iris son siete. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** Adriana Guajardo, Valparaíso; Sonia Villagrán, Santiago; Teresa de Jesús Alegría, Santiago; Julia León, Rancagua; Hans Ott, Concepción; Ruby Navarro, San Fernando; Luz Riquelme, Los Andes; María Morales, Victoria; Ignacio Miranda, Santiago; Leonardo Rojas, Santiago. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Marta Riveros, Santiago; Víctor González, San Fernando; Sonia Berrios, Los Andes; Alicia Cortés, Santiago; Alberto Moena Concepción; Jaime Urtubia, San

Vicente. **UN ALBUM PARA COLOREAR:** Verónica Sepúlveda, Valparaíso; Dinko Arneric, Viña del Mar; Ignacio Rodríguez, Santiago; Ney Díaz, Santiago; Guillermo Mancilla, Chiguayante; Arturo Fredes, Sewell; Fernando Lobos, Loncomilla; Isaura Sandoval, Valparaíso; Irma Aguilera, Santiago; Menchito Soto, Angol.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

"SIMBAD" N.º 353

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★★★★★★ \$ 500.000.- ★★★★★★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTE, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.

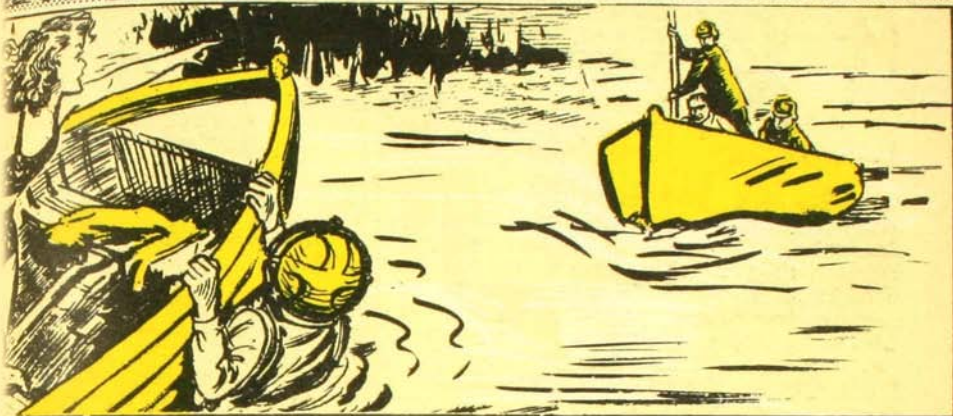
Empieza a juntar los cupones que desde hoy publicamos. Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar alguno de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 5 — SERIE N.º 1
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 5 — SERIE N.º 1
6 de junio de 1956.



El misterio del molino



3. La niña lanzó una exclamación de alegría. Pero al instante siguiente, palideció. La embarcación tripulada por la policía y el traidor Morley se acercaba con rapidez. Un gemido de desaliento brotó de los labios de Paul. Quizás Morley, agente del enemigo, vil espía, lo vencería.



4. Con un impulsivo gesto, Nelly se lanzó al río. “—¡Nelly!”, gritó Paul, asombrado. “—¡Deténgala! —gritó el sargento de policía—. Está acusada de incendiaria y...” La niña nadaba ya en aguas profundas y luego de explorar por algún tiempo, divisó lo que buscaba: el tesoro de arte holandés.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO

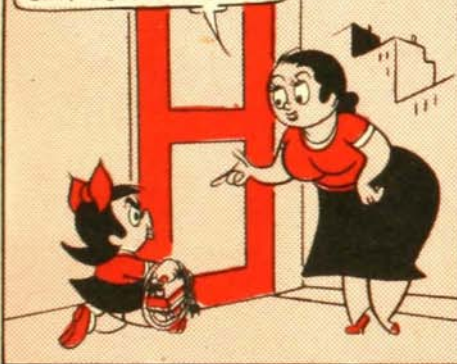
PELUSITA, ¿PODRÍAS PRESTARME LA PLANCHA?



¡ESTA VECINA SIEMPRE VIENE A PEDIR ALGO!



¡TENGO QUE DARTÉ UNA BUENA NOTICIA...



...PRONTO TENDRÁS UNA NUEVA AMIGUITA CON QUIEN JUGAR!



¡LA ENCARGUE DE PARÍS!



¿Y POR QUÉ NO ENCARGA UNA PLANCHA MEJOR?



Simbad

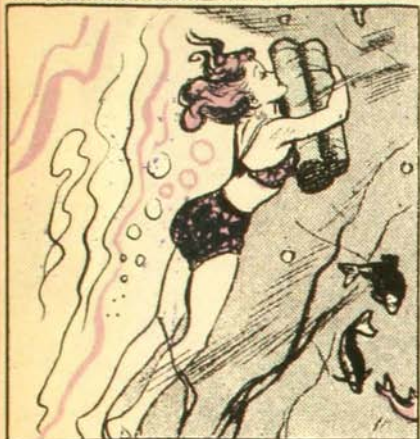


N.º 354

\$ 20.-

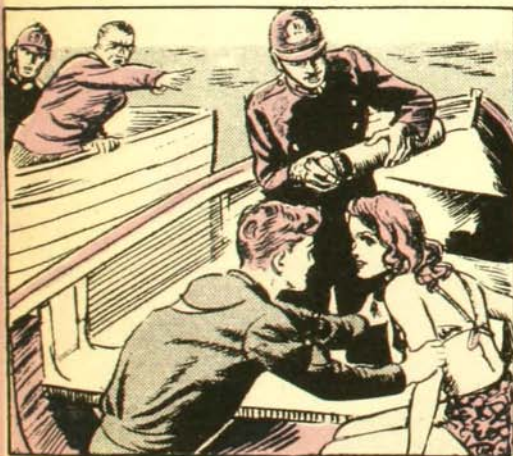
EL MISTERIO DEL MOLINO

El misterio del molino



CAPITULO XIII Y FINAL.—EL ESPIA MORLEY

1. Nelly Ray, en un desesperado esfuerzo por salvar a Paul Kamp de las falsas acusaciones de Morley, se sumergió en el río para buscar el tesoro holandés, oculto por los patriotas en tiempos de invasión. Estaba en cilindros de metal, que Nelly remolcó a la superficie. Morley palideció de furia.



2. “—No le permitan abrir esos tubos”, rugió, extendiendo el brazo. Paul dijo al oficial de policía: “—Abralos, señor. Contienen cuadros y tesoros artísticos del país, que mi padre escondió antes de caer prisionero. Sufrió tanto en el campo de concentración, que perdió la memoria. Muchos creyeron que fingía.”

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO XXV.

La traición de Toro Potente.

—Traidor, infame — repetía Toro Potente —, te juro que algún día me vengaré de ti.

—Te juro que yo a nadie he traicionado — dijo Joven Búfalo —. He intervenido para salvar a un hombre que es mi amigo, a fin de evitar que continúe la sangrienta guerra que ya ha exterminado a la mitad de los pieles rojas. Mira, ... Ya llegan los soldados blancos... Huye, Toro Potente. Podría delatarte, pero no deseo tu muerte. Hu-



—Traidor, morirás — decía Toro Potente, en el colmo del furor.

ye y yo explicaré el motivo de esos disparos.

—Huiré —gritó Toro Potente—, pero juro que algún día te mataré y, si yo no puedo hacerlo, mi hijo y todos mis descendientes te perseguirán hasta la muerte.

Joven Búfalo vio alejarse a su enemigo y, considerando que su situación era igualmente peligrosa, decidió ocultarse entre la selva. Pero no contaba con la traición de Toro Potente. El jefe

Año VII - 13-VI-1956 - N.º 354

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

de los sioux, aún a riesgo de ser capturado por los blancos, siguió al hijo del Gran Espíritu y sorpresivamente le dio un golpe en la cabeza con la cachea de su fusil.

Joven Búfalo cayó sin sentido. Su enemigo colocó a su lado el fusil y huyó.

—Los malditos blancos le encontrarán aquí —murmuró el piei roja—; y ahora reuniré a mis jefes y les diré que se presenten al gran jefe de los rostros pálidos y que juren que este muchacho, que no es indio ni blanco, había complotado la muerte de Búfalo Bill. Jurarán que le vieron disparar y que tres de mis guerreros se lo impidieron en el último momento. Esta vez Joven Búfalo no escapará a la venganza de los blancos...

Entretanto los soldados de Búfalo Bill se aproximaban al sitio donde yacía Joven Búfalo.

—¡Aquí está el traidor que disparó contra nuestro jefe! —gritó uno de los soldados—. ¡Víbora!... Le colgaremos en el árbol más cercano.

Los soldados cogieron el cuerpo inanimado de Joven Búfalo y lo llevaron al campamento donde se encontraba el coronel Cody rodeado de su cuerpo de guardia.

Cuando Joven Búfalo recobró los sentidos estaba ya a poca distancia de Búfalo Bill. Dos de los pieles rojas, que actuaron en el complot de Toro Potente, hablaban con el intérprete del coronel Cody.

—Yo y mi compañero —decía uno de los secuaces de Toro Potente— le vimos apuntando con su fusil en dirección al coronel... Nosotros le detuvimos...

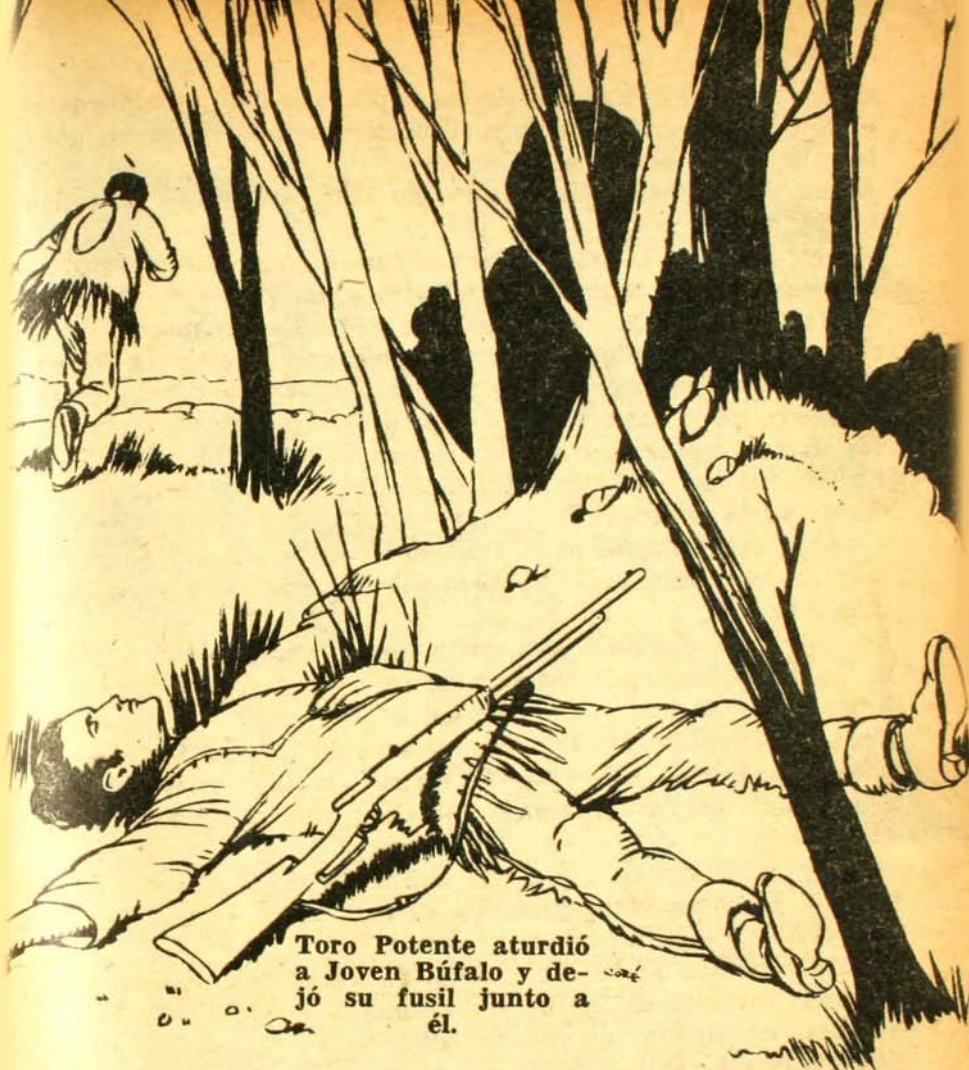
Búfalo Bill escuchó la declaración de los pieles rojas en silencio; pero sus miradas se fijaron intensamente en Joven Búfalo.

—Hubo un tiempo en que yo creí en ti, Joven Búfalo —dijo por fin Búfalo Bill—. Hubo un tiempo en que te salvé la vida y te di una noticia que te trajo a este campamento. Nunca pensé que tú complotarías contra mi vida...

—El gran jefe rara vez se equivoca en sus juicios —respondió el hijo del Gran Espíritu—, pero esta vez ha errado... Yo no he complotado... Yo no he disparado...

—Entonces ¿quién fue? —preguntó Búfalo Bill—. ¿Y cómo te encontraron mis soldados con el fusil a tu lado?

—No soy espía —declaró altivamente Joven Búfalo—, y no me corresponde a mí descubrir al asesino. Sólo puedo decirle que yo no disparé.



Toro Potente aturdió
a Joven Búfalo y de-
jó su fusil junto a
él.

—Pero dos guerreros te vieron —indicó Búfalo Bill, señalando a los dos testigos indios.

—Los guerreros indios tienen ojos muy penetrantes —dijo Joven Búfalo—; a veces ven cosas que no existen. También mis ojos suelen engañarme. Me parece que cuando yacía sin conocimiento vi a Toro Potente entre los árboles. Pero eso no puede ser, ¡oh gran jefe!, porque Toro Potente está muy lejos de aquí. Si mis ojos ven cosas que no pueden ser ciertas, ¿por qué no sería posible que estos guerreros también se hubieran equivocado? Búfalo Bill quedó pensativo ante la enigmática respuesta de Joven Búfalo.



¿Sería posible que el jefe de los sioux hubiera regresado del norte y estuviese tramando una emboscada?

El coronel Cody ordenó a su guardia que se alejara a algunos metros de distancia, a fin de hablar a solas con el prisionero.

—Escucha, joven —dijo el coronel al hijo del Gran Espíritu—, no te llamaré más Joven Búfalo, porque creo que eres de mi raza. ¿Qué resultado dio tu investigación ante el hechicero Chor-Na-Gock?

—Chor-Na-Gock murió sin revelar el secreto de mi nacimiento —respondió Joven Búfalo.

—¿Y por qué motivo te quedaste en el reducto indígena, entonces? —preguntó el coronel Cody.

Joven Búfalo guardó silencio. Su código de honor le impedía revelar la verdad.

—Tú sabes algo —exclamó Búfalo Bill—. Hablaste de Toro Potente y quisiste insinuar que el jefe de los sioux tenía algo que ver en este asunto. Dime la verdad y quedarás libre... Si tú no disparaste, ¿quién fue el hechor?

—Voy a probarle que yo no fui quién disparó —dijo nuestro héroe después de un momento de reflexión—. Mida la distancia entre el sitio donde me hallaron sin conocimiento y coloque un objeto cualquiera en el lugar donde usted se encontraba, gran jefe. Déme en seguida un fusil y balas. Si yo no doy en el blanco, o, mejor dicho, si la bala no alcanza a llegar al objeto colocado allí, el gran jefe se dará cuenta de que esos tres tiros traicioneros no fueron disparados en contra suya únicamente.

—¿Tú quieres probar que desde ese sitio podrían haberme herido de muerte? —preguntó Búfalo Bill.

—Quiero decir, gran jefe —respondió Joven Búfalo— que si yo hubiera disparado no habría errado el tiro...

—Tienes ideas muy extrañas, Joven Búfalo —murmuró el coronel Cody—. Estoy convencido de que tú no disparaste, sino que, al contrario, evitaste que los conspiradores me asesinaran... No te interrogaré más... Estás libre... Más tarde se descubrirá la verdad. Yo continuaré investigando sin tu ayuda. Tú me intrigas, hijo mío...

De súbito Joven Búfalo dio un golpe en el pecho a Búfalo Bill y le arrojó de espaldas al suelo...

Búfalo Bill escuchó a los dos falsos testigos, pero no creyó en la culpabilidad de Joven Búfalo.

(CONTINUARA)





EL TEMPLO DE

CAPITULO I.—LA AMENAZA



1. El explorador Lince Blanco y su ayudante malayo Gori se unieron a la expedición de Guillermo Chambers, para buscar el templo de Rawang Djar, situado al norte de Birmania. Juan Felton, otro de los expedicionarios, le advirtió: “—Creo que una maldición persigue a los que se acercan a ese templo”.



2. El alegre periodista Jaime Redan dijo: “—Lince, no creas en cuentos de fantasmas. Esta aventura promete ser formidable. No se trata sólo de explorar un templo hindú. Rescataremos al profesor Wayn, que fue el primero en ir a ese lugar peligroso y desapareció. Emocionante, ¿verdad?”

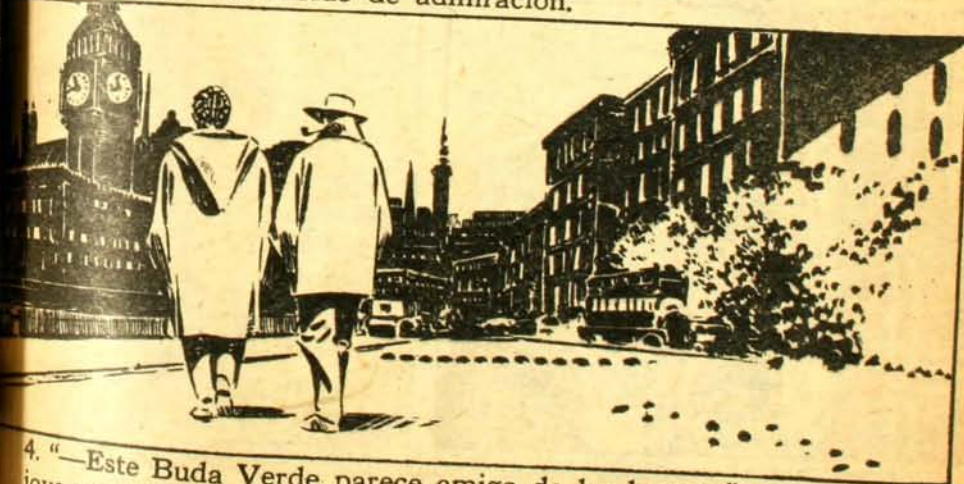


RAWANG-DJAR

DEL BUDA VERDE



3. Lince Blanco y Gori se dirigieron a su hotel. Un mensajero les entregó más tarde un sobre lacrado. Al abrirlo, el explorador leyó: “No vayan en la expedición de Chambers, si aprecian sus vidas. Es un consejo que no les repetiré. El Buda Verde”. Lince Blanco lanzó un silbido de admiración.



4. “—Este Buda Verde parece amigo de las bromas”, comentó el joven sonriendo. Gori repuso, con el ceño contraído: “No me parece una broma”. Lince Blanco sugirió entonces: “—No comuniquemos esto a nadie. Es inútil inquietar a nuestros compañeros. Abandonemos Londres sin decir una palabra..., y muy alertos”.



EL TEMPLO DE

La expedición completa

GORI, su fiel
compañero
malayo.



CHAMBERS,
sabio inglés

LINCE BLANCO,
célebre explorador



REDAN,
periodista



DORIS, hija del
profesor Wayn

FELTON, único
sobreviviente de
la expedición
anterior



MABAR, médico
hindú.

5. La expedición inició el viaje hacia un país oriental que guardaba celosamente sus misterios milenarios. En algún desconocido lugar de la selva birmana los aguardaba el templo de Rawang Djar, rodeado de peligros y de acechanzas.

RAWANG-DJAR



6. Después de una travesía sin dificultades, hicieron escala en Rangún, donde Mabarai se unió a ellos. Continuaron viaje, hasta llegar a Taungi, última ciudad situada antes de la jungla. Lince Blanco hablaba con Doris, quien decía: "—Espero hallar con vida a mi padre. Sólo Felton regresó de Rawang Djar".



7. De súbito, un disparo estremeció el aire. El periodista Redan cayó herido. Lince Blanco se lanzó en persecución del desconocido que huía por las estrechas callejas, pero no pudo alcanzarlo. Al regresar, Doris, que sostenía a Redan, murmuró: "—Parece una herida grave. Llame al doctor Mabarai".

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE

CAPITULO XVII. *Rastro peligroso.*



La nativa Lani se sumergió en el lagón para ubicar el barco encallado. Lo distinguió a través del agua, entre algas y corales. Lani buscaba una caja de herramientas, que necesitaban en la isla para construir una vivienda.

Penetró en el barco por una brecha abierta por los arrecifes. No tardó en hallar el cofre, que ató sólidamente con una liana, para que Julia pudiera izarlo.

Tan absorta estaba en aquella tarea, que no advirtió el peligro que la amenazaba. Una enorme

almeja se cerró bruscamente, aprisionándole un pie. En vano la jovencita luchó por libertarse. Desfallecida de dolor, casi asfixiada, se debatía en vano.

En el arrecife de coral, Julia Blair esperaba con ansiedad a su amiga. Advirtió que al final de la soga se suspendía un objeto pesado. Pero no había señales de Lani.

—Algo le ha sucedido —murmuró alarmada—. Es una experta nadadora, pero lleva demasiado tiempo debajo del agua.

Atando la liana a una de las rojizas rocas, se sumergió. Instantes después veía a Lani que intentaba abrir la poderosa valva de la almeja. Usaba como palanca un madero desprendido del barco. Pero sus esfuerzos eran inútiles.

La almeja gigante se había cerrado como un cepo de hierro. Julia, con las energías de la desesperación, logró separar las vaivas y alcanzó a sostener a Lani antes que cayera desfallecida sobre la arena. En seguida, ascendió a la superficie con ella, vislumbrando como en un sueño los corales y los peces que refulgían

en la azul penumbra.
Por fin alcanzó el banco de coral.

—Lunes querida, ya estás a salvo —murmuró, procurando que Lani se deslizara con suavidad. Cuando estuvo reclinada sobre el arrecife, la examinó ansiosamente. Respiraba con fatiga, pero no estaba herida. Sólo tenía una magulladura en el pie.

Cuando la morena niña recuperó el conocimiento, balbuceó:

—Amita Julia... , salvaste la vida a la pobre Lani. Eres valiente y buena.

—La valiente eres tú, Lunes —replicó Julia—. Desafiaste un grave peligro al sumergirte en el lagón.

—La caja de herramientas... está al extremo de la soga. ¿Se ha perdido?

—No, Lunes. La até a una roca. La izaré inmediatamente.

—Cuando recobre el aliento, bajaré otra vez, a buscar algunos víveres —propuso Lani.

—Jamás, Lunes. No te permitiré que te arriesgues de nuevo. Regresemos a la isla.

Subieron a la balsa y Julia remó, en tanto Lani descansaba. Surcaron en breves minutos las rutilantes aguas del lagón.

—Con el martillo, los clavos y los otros útiles de carpintería, haremos muebles para nuestra caverna submarina

—dijo la niña rubia—. Tendremos un hogar confortable, mientras esperamos que aparezca un barco en el horizonte.

Julia se sintió alarmada porque Lani no reaparecía.



Entre ambas lograron separar las valvas de la almeja gigante.





Julia sostuvo a la
desfallecida Lani.

—¿Otro barco? —protestó Lani, estremeciéndose—. Quizás traiga también a bordo un dios maléfico. Y de él no podríamos huir. Ma-Zara, al menos, duerme ahora en el fondo del lago.

—No temas. Si alguna embarcación ancla en nuestra isla, no será para causarnos daño, sino para llevarnos a mi patria, donde seremos felices las tres.

—Rosita no es huérfana —observó la nativa—. Su desesperada madre la busca.

Julia asintió en silencio. Efectivamente, sabían, por el libro de bitácora del capitán Jed, que la madre de Rosita le había pagado para que buscara a la niña, en las islas de los mares del Sur. Por cierto que el capitán jamás pensó cumplir su promesa.

—Es difícil que Lani sea feliz en el país de Julia Blair —añadió la isleña—. Tampoco el leopardo Katzi podría ambientarse en una ciudad. Polly tal vez tiene condiciones para convertirse en un papagayo civilizado.

Julia sonrió ante aquella observación. Tal vez ni siquiera Polly se sentiría a gusto en un lugar donde la selva sería reemplazada por edificios de cemento y donde el aullar de las fieras y el canto de las aves tendrían el eco de bocinas estridentes y de radios mal sintonizadas.

—Tienes razón, Lunes —murmuró—. Antes de abandonar las islas, tendríamos que meditar bastante.

Habían llegado a la playa y desembarcaron.

—Rosita debe estar impaciente.

—Quizás no. Katzi la entretiene y Polly no le permite aburrirse con su charla.

—Es un loro inteligente. Cuando naufragamos, sólo hablaba en términos marinos. Ahora, empleará palabras de cavernícola.

Julia rió con alegría. Su cristalina risa fue interrumpida por una exclamación de Lani.

—¡Huellas! —exclamó la nativa.



—¿Qué sucede? —inquirió al advertir la turbación y el temor en el semblante de su amiga.

—Mira, amita..., huellas...

Julia se apresuró a reunirse con la aterrorizada Lani. Sobre la arena se veían unas huellas de gran tamaño.

—Pies..., de hombres altos, casi gigantescos —exclamó Julia, con espanto.

Siguieron aquel rastro, y el terror que las dominaba aumentó al descubrir que las pisadas se dirigían a la caverna donde quedó Rosita, acompañada sólo de Katzi y del papagayo Polly.

—Rosita está en peligro —gimió Lani.

—Indígenas —repitió Julia—. La han raptado tal vez. ¡Oh Lunes, qué terrible! Espero que Katzi la haya defendido. Pero los isleños poseen lanzas y flechas envenenadas.

(CONTINUARA)

En efecto, sobre la arena, se veía un rastro inquietante.



El fantasma

EN UNA POSADA, LOS TRES MOSQUETEROS Y TARTAGNAN SE BATEN CON LOS CÓMPlices DE POBRELEU.



TARTAGNAN, SI GUE TÚ SOLO, MIEN TRÁS NOSOTROS HACEMOS BAILAR A LOS GUARDIAS

VUELO A BUSCAR LAS ZAPATILLAS DE LA REINA



Y YO TRAERÉ UNAS HERRADURILLAS NUEVAS PARA MI RUCIA



NOS PERSIGUEN

DISPARA CONTRA ELLOS, TERRIBLIN

LES HARÉ VOLAR LAS PLUMAS



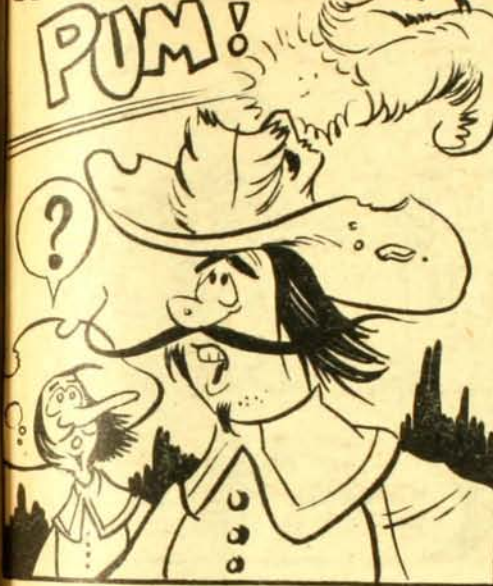
PUM

¡A MÍ NO, POR FAVORCITO!



LA PRIMERA PLUMA QUE VUELA ES LA DEL CAPI.

PUM!



YA NO TIENEN PLUMAS. LES HARÉ VOLAR LOS BIGOTES.



BUENA IDEA, ROY ROGERS



AHORA, NADIE NOS SIGUE.

¡GUAY!

SÓLO NOS FALTA ATRAVERAR EL CANAL

¿ESTE CREERÁ QUE SOY SUBMARINO?

(CONTINUAR)



LOS PIRATAS DEL CARIBE



CAPITULO IV.—LA MARCHA DE LOS TRAIADORES

1. El marqués de Pointis, gobernador de Santo Domingo, había traicionado a los corsarios de la isla Tortuga. Los conquistó con promesas para que formaran una flota invencible, que asaltó la fortaleza española de Cartagena. Nadie pudo contener a los piratas, que realizaron prodigios de valor y audacia.



2. Vencida la ciudadela, Pointis huyó con las riquezas. Había logrado su propósito: destruir Cartagena y apoderarse del botín. Después no sólo se negó a reconocer los derechos de sus aliados, sino que los persiguió con implacable crueldad, jurando ahorcarlos a todos. Ahora un emisario se presentaba ante él.



3. El Cormorán no era un enviado que hablara con humildad. Su mirada arrogante, la sonrisa burlona y su mano ágil, habituada a buscar la empuñadura de la espada, intimidaron a Pointis. Reprimiendo su cólera, hizo sonar una campanilla de oro. Al acudir su guardia, le ordenó: "—¡Arrestad a este hombre!"



LOS PIRATAS DEL CARIBE



Permitidme, capitán.



Aún tengo algunas palabras que decir.

4. El corsario estaba desarmado, pero su diestra buscó la espada del capitán de la guardia y la desenvainó velozmente. "—Sin prisa, amigos —dijo con irónica expresión—. No ha nacido el hombre que pueda arrestar al Cormorán. Les seguí antes voluntariamente. Ahora tal vez les obligue a correr delante de mí."



Buen acero, a fe mía.



Calma, truhanes.

5. El Cormorán dominaba a sus adversarios con su alta estatura. Con un movimiento rápido dobló la hoja de la espada y probó su temple. La sonrisa que apareció en sus labios pareció endurecer sus facciones. La guardia y los soldados cerraban lentamente un círculo en torno a él, con la esperanza de acorralarlo.



Un recuerdo... por Cartagena.



¡Ay!

6. Pero aquel cerco no alcanzó a cerrarse. El Cormorán saltó hábitamente, quedando a tres pasos del gobernador. Esquivó con su bravo izquierdo una estocada y extendió su diestra armada. "—La marca de los traidores, gobernador", dijo. Pointis llevó la mano a su oreja y la sangre se escurrió por sus dedos.



Ahora estoy a vuestra disposición, señores.



¡Auxilia pronto al gobernador, imbécil!

7. El lóbulo de la oreja había sido cortado. Así marcaban los corsarios a los felones. Mientras Pointis aullaba, el Cormorán se vio rodeado por sus atacantes. Un barbero acudió a auxiliar a Su Excelencia. Apenas podía sostener la jofaina de agua y parecía próximo a desmayarse junto al desorejado gobernador.

(CONTINUARA)

El RAJÁ de NARIMBAY



CAPITULO VIII.—Jazmín descubre a la prisionera Odilia.

El príncipe de Narimbay se paseaba de un lado a otro en la estrecha habitación que servía de cárcel a Odilia Davranche. Un extraordinario silencio había seguido a las múltiples interrogaciones del príncipe.

—Sí —repitió Narimbay—. Usted nada sabe. Le ofrezco la libertad.

—La libertad —exclamó Odilia, incapaz de contener su alegría.

—Le remitiré el dinero que se le debe y, además, el precio del pasaje de regreso a su país —expresó el rajá—. Un hombre de mi confianza la escoltará hasta el aeródromo de Jaipur; pero, en

RESUMEN: Odilia Davranche se contrata como institutriz de la princesa Jazmín, sobrina del rajá de Narimbay. Al llegar a ese lejano país comprueba la desaparición de su protector, el doctor Juan de Lupe, y descubre que el rajá tiene prisionero a ese médico en su palacio. Odilia refiere a un aviador inglés, Eduardo Worck, los misteriosos sucesos que ocurren y le pide ayuda. Chakal, el confidente de Narimbay, sorprende a Odilia en la parte prohibida del palacio y la aprisiona. Interrogada la prisionera por Narimbay, ésta le confiesa que el doctor De Lupe le pidió que saliera del palacio porque su vida corría peligro...

cambio de su libertad, le exija una promesa.

—¿Cuál?

—Que usted debe prometerme que olvidará al doctor Juan de Lupe y no dará parte a nadie de la prisión de este médico. De Lupe quedará encerrado para siempre en mi palacio.

Una terrible tentación se apoderó de Odilia Davranche. Ella debía al doctor De Lupe gratitud por haber sido amigo de su padre y por haberle procurado una ocupación lucrativa, pero casi no le conocía y apenas recordaba su fisonomía.

Además, Narimbay olvidaba sin duda que la joven institutriz había visitado al piloto herido Edmundo Worck y que posiblemente ella le habría hecho confidencias.

Por lo tanto, resultaba evidente que Edmundo Worck, al abandonar el palacio de Narimbay, informaría a la policía del secuestro del doctor De Lupe.

Estas cavilaciones hicieron estremecerse a Odilia Davranche. El príncipe hindú nada olvidaba y era muy astuto e inteligente. Por lo tanto, el piloto inglés estaba en la misma situación que ella. Antes de conceder su libertad al piloto, seguramente Narimbay le exigiría la misma promesa y Edmundo Worck también la rechazaría. Odilia se encontraba presa en



—O accede a lo que le pido, o quedará prisionera para siempre —dijo Narimbay a Odilia.

tre dos decisiones: o abandonar a su hermanita Silvia o cumplir su deber defendiendo la libertad del doctor De Lupe.

El rajá de Narimbay, sonriente y cortés, aguardaba la decisión de su prisionera.

Odilia había perdido su altiva actitud y con lágrimas en los ojos respondió por fin a su verdugo:

—No puedo hacer esa promesa.

—¿Rehusa usted obtener su libertad? —gritó furioso Narimbay.

—No —afirmó Odilia—; rehuso simplemente dejar en sus manos al amigo de mi padre que es también mío.

—Puedo asegurarle que el doctor Juan de Lupe goza de toda comodidad —afirmó Narimbay— y que su vida no está en peligro.

—Está prisionero —replicó Odilia—, y yo me había propuesto devolverle su libertad. Si prometiera guardar secreto sobre este cautiverio, tendría remordimientos y no podría vivir tranquila un momento.

—¿Ha pensado usted en su hermanita? —preguntó Narimbay, con cruel dulzura—. ¿No trabaja usted para darle sustento y educación?

Odilia llevaba una semana en su prisión solitaria.



—Usted me tortura —exclamó Odilia, llevando sus dos manos a la cabeza—. Sí; pienso en Silvia y me siento morir de pena, pero por nada en el mundo aceptaré el abominable negocio que usted me propone. Por mi culpa el doctor De Lupe quedaría en prisión perpetua. Si lo hiciera me despreciaría, la vergüenza me mataría. Muy preciosa es la libertad, pero yo no la compro con infamias —terminó diciendo altivamente la torturada joven.



La princesa Jazmín escuchó la voz de su institutriz y comprendió que estaba prisionera de su tío.

—Yo no trato de persuadirla —insinuó el rajá de Narimbay—, sino de hacerle comprender su deber.

—¿Y usted, príncipe, cómo comprende su deber? —replicó Odilia—. Yo vine aquí confiando que recibiría el trato que se debe a todo huésped y usted atenta contra mi libertad. Yo sé que el doctor Juan de Lupe es un hombre respetable y bueno y que no ha podido cometer una mala acción. Sin embargo, usted lo tiene prisionero. ¿Y así se atreve a hablarme de deberes?

El príncipe palideció bajo el insulto, y con un gesto instintivo llevó su mano al puñal que pendía de su cintura.

En seguida Narimbay reflexionó y más sereno murmuró:

—¡Qué valiente es usted, señorita! La admiro, pero lamento no poder darle libertad si no accede a lo que le ordeno.

—Jamás —declaró Odilia—. Nuestro código del honor es diferente.

Narimbay caminó hasta la puerta y la cerró con doble llave.

Entretanto, Jazmín recorría el palacio preguntando por su institutriz.

Chakal le respondió que la señorita Odilia había partido en avión llamada por su familia.

Al piloto inglés Edmundo Worck, que aún yacía inválido por sus heridas en las piernas, Chakal dio la misma información.

“No puede ser —pensó el aviador—. Aquí hay otro misterio. Odilia entró al grupo de los desaparecidos, pero yo la encontraré.” Edmundo Worck comprendió que cualquiera imprudencia de su parte le sería fatal, y cuando le visitó el príncipe Narimbay, no preguntó por la institutriz y fingió estar más enfermo de lo que estaba.

Jazmín vagaba por los jardines más triste y desconsolada que nunca.

Al día siguiente, subió al departamento de Odilia y vio que estaban allí todos sus efectos. No faltaba ni el gran retrato de su hermanita Silvia.

—Mi *darling* no podía partir sin despedirse de mí —gemía la princesita—. Ella me dijo que me quería.

Transcurrió una semana, y Odilia permanecía aún prisionera. Pasaba las horas acodada en la ventana y muchas veces divisó a Jazmín en los jardines. Parecía que la niña buscaba algo, pues subía y bajaba las terrazas y miraba hacia las torres.

En ese momento a Odilia se le ocurrió cantar, lo más fuerte que pudo, una canción que le estaba enseñando a su pupila:

Frère Jacques, dormez vous?

La princesa Jazmín puso atento oído y miró hacia la torre, pero no efectuó señal alguna. Como buena oriental sabía disimular sus impresiones y obrar con suma prudencia.

Con paso lento caminó por los jardines, y después de cerciorarse de que nadie la espiaba, se acercó por la ventana exterior al aposento que ocupaba el piloto Edmundo Worck. Muchas veces la princesita le había saludado al pasar, pero nunca se detuvo por cortedad o porque no era habitual en ella dirigir la palabra a un extranjero.

Esta vez, Jazmín sonrió al aviador que yacía aún en su silla de reposo y le dijo:

—La señorita Odilia no se ha ido. Está encerrada en un cuarto de la torre. Búsquela usted.

En seguida, temerosa de su atrevimiento, corrió hasta los surtidores de agua y se dedicó a jugar con sus palomas favoritas. Edmundo Worck, también inquieto por la ausencia de Odilia

Davranché, había interrogado a Chakal, quien le informó de la súbita partida de la institutriz a su país.

—Lo sospechaba —murmuró Edmundo al oír las palabras de la valiente princesita—, pero me costaba creer que el rajá de Narimbay fuera tan infame. ¿Qué motiva estos extraños cautiverios? El doctor Juan de Lupe y ahora Odilia.

Cuando, por la tarde le visitó el príncipe de Narimbay, Edmundo le habló de su regreso a Jaipur, expresándole que sus piernas ya estaban en estado de poder caminar.

—He comunicado a su base que su mejoría se acentúa —le respondió el rajá— y creo que en una semana más yo mismo podré conducirle en mi avión hasta Jaipur. Entretanto...

—Entretanto esta inmovilidad me agobia —murmuró Worck.

—Si se siente son fuerzas, amigo —dijo cortésmente el príncipe—, vamos a dar un corto paseo por el lago. Chakal, dale el brazo al señor aviador. Quiero mostrarle mis jardines.

Edmundo Worck fingió estar más inválido de lo que en realidad estaba, pero caminó hasta los jardines y observó detenidamente las torres del palacio.

(CONTINUARA)



“Era lo que yo suponía”, pensó Edmundo Worck, al oír las palabras de la princesa Jazmín.



ROXANE, en el momento que sortea el número 18710, premiado con una **BICICLETA**.

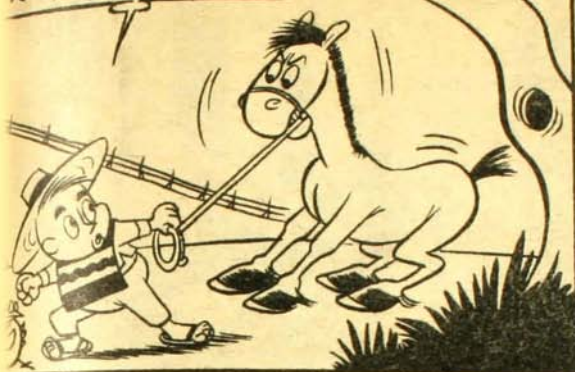
Lista de premios del sorteo de mayo

(CONTINUACION)

4362	1 LAPICERO FUENTE	6463	1 lápiz fuente
4374	1 pull-over niña	6472	1 subscripción trimestral a "Simbad"
4391	1 PORTADOCUMENTO	6476	1 PREMIO \$ 1.000
4490	1 PELOTA FUTBOL	6488	1 chauchera
4494	1 juego de té madera	6496	1 juego dominó
4559	2 pañuelos niña	8201	1 blue-jean
4561	1 LAPIZ FUENTE		
4720	2 pañuelos niño	8204	1 CORTE GENERO
4743	1 chauchera	8211	1 acuarela
4771	1 pelota de goma	8212	1 delantal
4790	1 pelota de goma	8214	1 PORTADOCUMENTO
6130	1 PORTADOCUMENTO	8216	1 bolsa de bolitas
6135	1 LAPIZ FUENTE	8240	1 pull-over niña
6138	1 LAPIZ FUENTE	8264	1 PORTADOCUMENTO
6161	1 sweater niño	8268	1 LAPICERO FUENTE
6177	1 pull-over niña	8287	1 RECEPTOR DE RADIO
6183	1 LAPIZ FUENTE	8288	1 chauchera
6184	1 CORTE GENERO	8299	1 juego de dominó
6230	1 PORTADOCUMENTO	8300	1 PORTADOCUMENTO
6234	2 pañuelos niña	8480	1 LAPICERO FUENTE
6238	1 servilletero	8540	1 blue-jean
6275	1 PORTADOCUMENTO	8564	1 LAPIZ FUENTE
6284	1 caja lápices de color	8565	1 juego lotería
6403	2 pañuelos niña	8567	1 blue-jean
6452	1 blue-jean		

(CONTINUARA)

¡EPA, EPA! ¿QUE PASA?
NO QUIERES ANDAR?



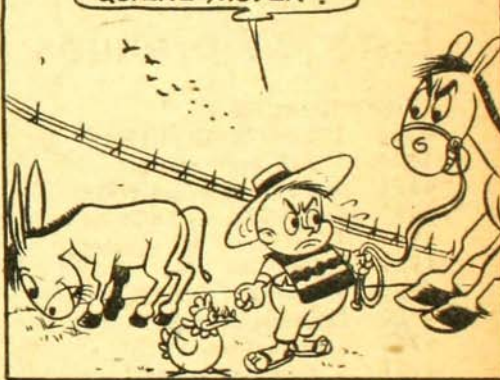
¡ESTE CABALLO ESTÁ
CADA DÍA MÁS FLOJO!



¡VAMOS, NO TE HAGAS DE
ROGAR!



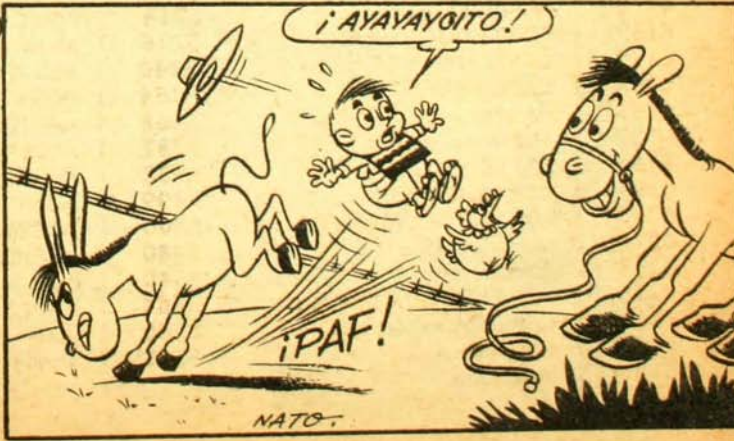
¡ES INÚTIL, NO SE
QUIERE MÓVER!



¡ERES MÁS POR-
CADO QUE UN
BURRO!



¡AYAYAYOITO!



El Príncipe Valiente

CAPITULO XIV.—Huyendo de la muerte.

El príncipe Valiente estaba en una difícil situación. Suspendido a gran altura sobre el patio de la fortaleza, vio que uno de sus perseguidores cortaba la soga de la cual se sostenía. Volver a la ventana era imposible, pues allí le aguardaba otro guerrero espada en mano. El doncel dio un envión para colocarse debajo del alero y consiguió asirse de uno de los refuerzos. Se hallaba ahora a menos de dos metros del borde del techo, donde el primer guerrero, enfurecido porque su víctima continuaba con vida, se había asomado más de medio cuerpo e intentaba desplazarlo de su precario refugio. ¿Cómo librarse del soldado de arriba? Formó un lazo con el cual

Disparó una lluvia de flechas contra Val.



capturó al guerrero por el cuello. Rápidamente lo desalojó de su posición. Aullando aterrorizado, el rufián estuvo pendiente durante un momento. Luego se deslizó el nudo y el cautivo se precipitó a tierra.

Todavía quedaba el otro enemigo, quien había acudido al patio. Desde allí disparaba una lluvia de flechas contra Val.

—¡Así es cómo cazamos ardillas en el bosque de Sinstar! —gritó.
—¡Pobres ardillas! —murmuró

Val, preguntándose cuánto tiempo más podría seguir esquivando a los vibrantes mensajeros de la muerte. De pronto se le ocurrió una idea. Desvestiéndose, hizo con las ropas un atado y las empleó como escudo.

El guerrero probó entonces otra maniobra. Primero retiró todas las armas del piso superior y después bajó del techo un brasero llameante que aproximó lo más posible al príncipe. El se apartó cuanto pudo, pero las llamas lo siguieron. Entonces abandonó su posición detrás de la viga. Poco más abajo había una ventana hasta la cual descendió. Posando los pies sobre el alféizar, se detuvo un momento antes de entrar.

Sin duda el adversario se hallaba próximo, quizás le acechaba detrás de la puerta. Y un segundo más tarde vio que la salida estaba bloqueada. El guerrero se presentó con un ha-

Con sus ropas, el acor-
sado príncipe formó
un escudo.





El fuego lo obligó a abandonar su posición.

cha en la mano y comenzó a avanzar hacia él con lentitud. Una sonrisa feroz crispaba sus labios.

Val esquivó el primer hachazo con un movimiento agilísimo.

Antes de que su oponente pudiera levantar de nuevo el arma, llegó hasta la puerta, comprobando que estaba cerrada con llave. La terrible persecución

continuó por el corredor, desde una puerta cerrada hasta otra igualmente imposible de franquear. El guerrero avanzaba lentamente, sabedor de que al fin a su víctima no le quedaría otro recurso que el techo.

Val retrocedió ante el bestial enemigo hasta llegar a la última vía de escape que le quedaba: un estrecho caminito de piedra que se extendía sobre el patio a lo largo del muro.

Comprendió que había llegado al final de su huida y quizás también al fin de su vida. Sólo podía retroceder dos o tres metros. El hombre de Sinstar continuaba avanzando lentamente, replegado contra la pared, con su hacha en alto. El príncipe decidió que si debía morir se llevaría consigo a su enemigo, aunque no vio grandes posibilidades de lograrlo.

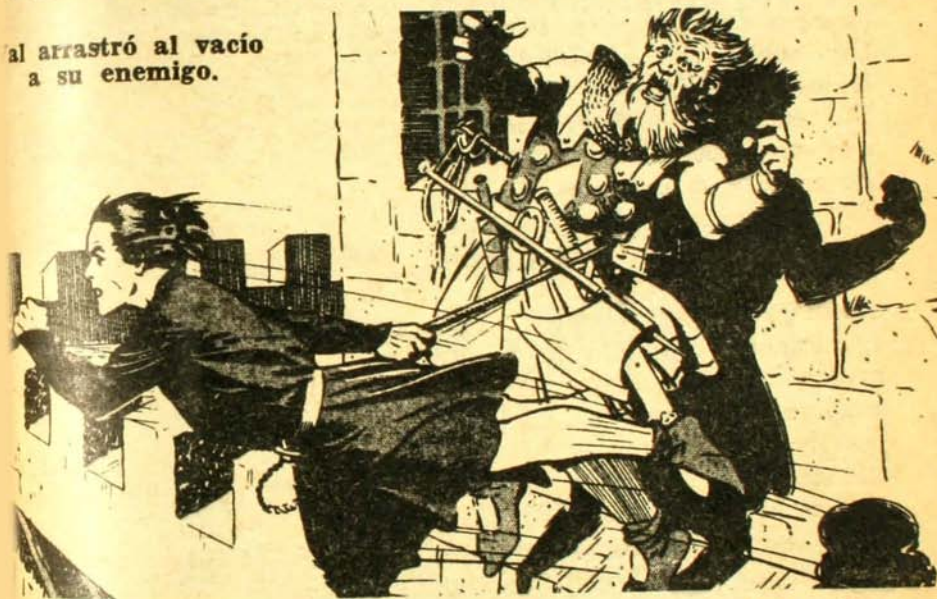
Y de pronto pareció que aún esos últimos instantes de libertad le eran negados. La sog a asegurada a su cinto se había enredado en las rejas de una ventana pequeña. El forajido lanzó una exclamación de júbilo ante su inesperada suerte.

Pero no era obra de la suerte. Val mismo había enredado la cuerda, recurriendo así a un ardid que atraería a su perseguidor a una muerte segura. Mientras tanto fingió debatirse desesperadamente

para recuperar su libertad. Tiró de la soga y trató de desatar los nudos, pero tuvo buen cuidado de no deshacerlos. Con gran calma, pues disponía de tiempo de sobra, el guerrero pasó junto a la ventana. A su espalda se extendía la cuerda. El asustado la probó, cerciorándose de que estaba bien sujeta. Su presa se hallaba en la trampa y no podía escapar. Ni él mismo habría logrado tender mejor una celada. Y enarboló el hacha para abatir al doncel.

En ese instante saltó Val al vacío. De la garganta del guerrero surgió un gruñido de triunfo, que después se convirtió en alarido de terror. En efecto, al saltar el príncipe, la soga que se hallaba

al arrastró al vacío a su enemigo.



ensa tras la espalda del rufián, arrastró a éste con fuerza irresistible.

Aullando como un demonio, pasó junto a Val con la velocidad de una flecha. Luego, súbitamente, se oyó el ruido de su cuerpo al estrellarse contra las piedras del patio.

A pesar de haberse librado de su último enemigo, nuestro héroe no alcanzó a ver qué sucedía, pues cuando el guerrero caía hacia una muerte segura, el príncipe se golpeó la cabeza contra el muro, con fuerza terrible, y allí quedó suspendido, semiinconsciente, sin saber siquiera dónde estaba.

(CONTINUARA)

¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿CUAL ES EL CONTINENTE MAS POBLADO?
¿Europa, Asia o Africa?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 352: El 31 de mayo se celebra Corpus Cristi. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes. **CON CINCUENTA PESOS:** Teresa Arroyo, Linares; María Rivas, Cauquenes; Tomás Ovalle, Talcahuano; Cristina Pérez, Santiago; María Teresa Silva, Quilpué; Carlos Echeverría, Santiago; Laura Méndez, Temuco; Jaime Araya, Santiago; Mona Bravo, Collipulli; Baudilio Concha, Santiago. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Cristián Vicuña, Santiago; Guillermo Gacitúa, San Fernando; Eugenia Maldonado, San Carlos; Patricio

Abusleme Curicó; María Avalos, Collipulli; Jaime Castillo, San Fernando. **CON UN LIBRO:** Virginia Vizcaino, Valparaíso; Gabriela Morales, Lota; Olivia de Mendoza, Nipas; Hugo Yáñez, Linares; Mercedes Ugarte, Santiago; Rosemarie Mery Ricci, Santiago; Patricia Valenzuela, Angol; Silvia Arriagada, Santiago; Guillermo Mardones, Santiago; Chela Ferrari, Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

"SIMBAD" N.º 354

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★★★★★★ \$ 500.000.- ★★★★★★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTE, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.

Empieza a juntar los cupones que desde hoy publicamos. Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar alguno de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 1 — SERIE N.º 2
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 1 — SERIE N.º 2
13 de junio de 1956.



El misterio del molino



3. “—Tienes razón, muchacho —repuso el oficial—. Tu padre no era un traidor. Nunca pretendió guardar para sí el tesoro. Aquí está la prueba, en esta página, escrita por él. Nombra a un espía: Morley.” El malvado intentó huir, pero Paul, saltando ágilmente a la barca de su enemigo, lo detuvo.



4. El misterio del molino quedaba descifrado. En la pequeña miniatura de bronce, hallada en una isla desierta por Nelly Ray, el padre de Paul señaló el sitio donde yacía el tesoro. Paul Kamp se lo regaló a Nelly, como recuerdo de la aventura, en un picnic que ambos realizaron alegremente en el ruinoso molino.

FIN

PELUSITA

POR NATO



Simbad

\$ 20.-

N.º 355

EL TEMPLO DE RAWANG-DJAR



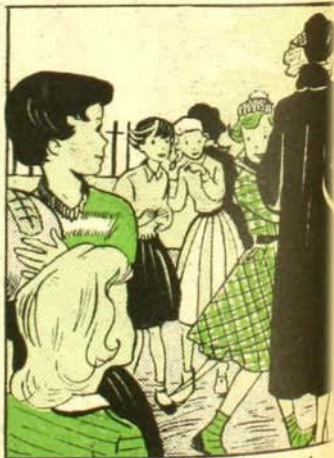


Betty en el colegio



CAPITULO I.—LA NUEVA ALUMNA.

1. Las alumnas del Internado de Santa Teresa quedaron abismadas de admiración al ver el deslumbrante automóvil que se detenía ante la verja. “—¿Qué princesa vendrá a matricularse?”, preguntó Martina. “—Miren, tiene chófer —añadió Sofía—. Y una gobernanta vestida de negro y muy estirada.”



2. La dama bajó primero, y después, abriendo con ímpetu la puerta, saltó a tierra una niña. “—Betty, por favor, más compostura”, rogó la señora. Penetraron en seguida en el colegio, mientras las alumnas se agrupaban para observar el paso de Betty. “—No es orgullosa —murmuró Sofía—. Nos sonríe.”

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO

XXVI.—Noble actitud de Búfalo Bill.

Dijimos que mientras Búfalo Bill y el hijo del Gran Espíritu cambiaban ideas en el campamento de los blancos, súbitamente Joven Búfalo dio un golpe en el pecho al coronel Cody y lo arrojó al suelo, de espaldas.

Los soldados corrieron en auxilio de su jefe, con intención de ultimar con sus puñales a Joven Búfalo. Pero se detuvieron cuando vieron que el acusado recogía una flecha.

Con la rapidez con que obró Joven Búfalo, el coronel Cody habría fallecido.

Búfalo Bill se levantó y, con imperturbable calma, sacudió su raje. En seguida estrechó la mano de Joven Búfalo.

—Advierto que el descontento de los indios es mayor de lo que yo suponía —declaró Búfalo Bill—. Me propongo visitar los campamentos e interrogar a todos los jefes de tribu. Así me im-



Nube Roja heria su pecho con un puñal, por la muerte de su hijo.

Año VII - 20-VI-1956 - N.º 355

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

pondré personalmente de lo que ocurre. Iré solo, a no ser que tú quieras acompañarme...

—Acepto —dijo Joven Búfalo—, si no debo actuar como espía. Le serviré de intérprete, gran jefe.

—Bien —indicó Búfalo Bill—. Capitán Mackensie, usted quedará al mando de este reducto, y recuerde que no debe adoptar medidas extremas sino en caso que yo no regrese aquí...

Búfalo Bill y el hijo del Gran Espíritu se alejaron hacia el norte del reducto indígena.

Los centinelas indios detuvieron a los dos jinetes, pero el coronel Cody hizo la señal de paz y declaró que deseaba hablar con el jefe de la tribu.

Frente a la ruca del jefe Nube Roja se presentó a los viajeros un trágico espectáculo.

El cadáver de un muchacho yacía sobre pieles de búfalo; le rodeaban algunas indias, que se lamentaban y lloraban.

En el centro de la ruca, y en señal de duelo, Nube Roja hería su cuerpo con un puñal y la sangre corría a raudales por su pecho y sus brazos.

El jefe indio tenía en su mano derecha un revólver.

—He venido, Nube Roja —dijo Búfalo Bill—, a tratar contigo y a estudiar tus derechos y tus necesidades.

—No puedo hacer tratos con usted —dijo el jefe Nube Roja, mostrando el cadáver de su hijo—. El Gran Espíritu se ha llevado a mi hijo y pide la vida de un hombre blanco en desagravio. Y lentamente, Nube Roja alzó su revólver.

—PAHASKA —exclamó en seguida Nube Roja, usando el nombre que los indios daban al coronel Cody—. Tu vida pagará la de mi hijo...

—Pero yo vengo como amigo —replicó Búfalo Bill—. No hay guerra entre nosotros; no deben existir enemistades... Yo...

—No me importa —gritó Nube Roja, disparando.

En ese mismo instante sonó otro tiro, y el revólver cayó de manos de Nube Roja.

Joven Búfalo había salvado nuevamente la vida de Búfalo Bill. Fuera de la ruca se escuchaba un clamor amenazante.

—Diles que tú disparaste al aire —ordenó el coronel Cody a Nube Roja—. Diles que todavía soy tu amigo.

Nube Roja vio el revólver todavía humeante en manos de Joven Búfalo.

—¿Por qué disparaste contra mi revólver en vez de herirme en el corazón? —dijo Nube Roja a Joven Búfalo—. ¿Y tú, PAHAS-KA, por qué no me matas?

—Porque comprendo tu dolor, Nube Roja —murmuró el coronel Cody.

Las indias lloraban
ante el cadáver del
hijo de Nube Roja.





El jefe indio pidió agua para lavar la sangre de sus heridas.

—Tú no puedes comprenderme —sollozó el indio—. Mi hijo yace rígido y frío.

—Lo sé —respondió Búfalo Bill—. Mi corazón también ha sufrido. Mi hijo único fue muerto por los pieles rojas... Y sin embargo, yo no les odio... Tú no has sufrido más que yo, Nube Roja. Nuestros corazones se igualan en la pena. Mi hijo yace en la tumba y fue a unirse con el Gran Espíritu de los hombres blancos. El es

píritu de tu hijo también se ha ido al lugar de donde vino. Es el mismo Gran Espíritu quien vela por las dos razas, Nube Roja. Por la tuya y por la mía.

—Tus ojos están llenos de lágrimas, PAHASKA —balbuceó Nube Roja—. Tú también has sufrido... Tú comprendes... Búfalo Bill y Nube Roja se estrecharon la mano, y en esa actitud se mantuvieron varios instantes.

De pronto Nube Roja recobró su altivez y llamó a una de sus mujeres.

—Trae agua —le ordenó el jefe indio.

Cuando hubo lavado su cuerpo de la sangre producida por sus heridas, Nube Roja dijo a Búfalo Bill:

—He lavado mis manos para quitar de ellas la sangre con que las habían manchado los hombres blancos. Ahora mi cuerpo está limpio. Mientras viva, juro que no le quitaré la vida a un rostro pálido... Te lo prometo, PAHASKA, por el cadáver de mi hijo.

—Y cumplirás tu palabra, Nube Roja —respondió Búfalo Bill—. Y ahora dime qué puedo hacer para que tu tribu sea feliz.

—Primeramente debes alejar a Toro Potente —declaró Nube Roja—. El está aquí, y nos exalta a la lucha...

—¡Ah! —exclamó Búfalo Bill, fijando su mirada en Joven Bú

falo—. ¿Y dices que ese individuo está amotinando otra vez a los indios? Muy bien, Nube Roja; yo alejaré a **TORO POTENTE**. Vamos en busca de ese renegado. No se firma una paz para quebrantarla.

Por todas partes los indios lanzaban miradas hostiles a los viajeros. Búfalo Bill divisó un grupo de guerreros *sioux* que le miraban con desconfianza, y les indicó que se acercaran a él.

—Bravos guerreros —les dijo el coronel Cody—, necesito hablar con uno de ustedes. Pero ése no quiere hablar de hombre a hombre, ni arreglar las dificultades sin derramar sangre. Les pido que le den un mensaje: Diganle a **TORO POTENTE** que se dirija a mi campamento al atardecer y que allí tendremos un Gran Consejo. Diganle que olvidaremos el pasado y que **PAHASKA** le da su palabra de honor de que todos los pieles rojas serán escuchados amistosamente. Eso es todo.

Ninguno de los pieles rojas respondió a la arenga de Búfalo Bill. Joven Búfalo sintió indignación por la manera cómo trataban al magnánimo coronel.

(CONTINUARA)

Búfalo Bill y Nube Roja se estrecharon la mano en señal de amistad.





EL TEMPLO DE

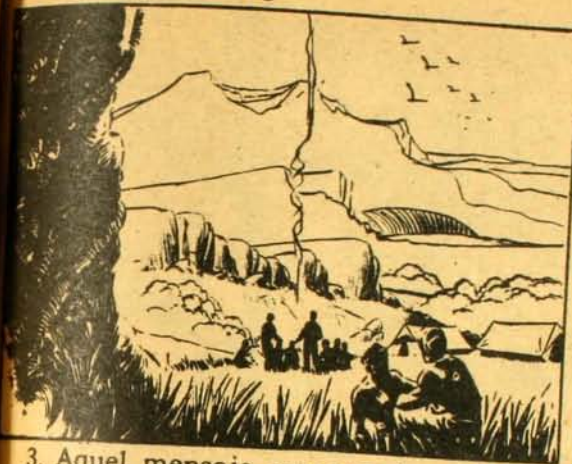
CAPITULO II.—EL

RAWANG-DJAR

PUNAL BIRMANO



1. Lince Blanco viajaba con la expedición de Chambers. Un desconocido atacó al periodista Redan y esa misma noche los expedicionarios oyeron varios disparos. Acudieron alarmados al sitio de donde provenían, encontrando a Juan Felton, con una pistola aún humeante en su diestra. En la otra sostenía su puñal.



3. Aquel mensaje amenazador estaba firmado "El Buda Verde". Sin embargo, los aventureros y sabios que buscaban el templo de Rawang Djar no renunciaron a su empresa. Días más tarde se internaban en la jungla birmana, dispuestos a afrontar peligros y acechanzas. Aquella noche, Gori montó la primera guardia.



2. "—Alguien intentó asesinarme —dijo—. Mi atacante, al huir, dejó caer este puñal". Gori lo examinó. La empuñadura representaba un buda verde. El joven malayo y Lince Blanco se miraron asombrados, recordando la amenaza que recibieron en Londres, antes que la expedición emprendiera el viaje hacia Birmania.



4. Las hogueras empezaban a consumirse cuando una furtiva sombra se deslizó hacia el campamento. El malayo se irguió, con la mirada alerta. Estaba habituado a los rumores de la selva. Al presentir una cercanía extraña, se ocultó entre el espeso follaje. Cuando el hombre pasó junto a él, lo detuvo.



EL TEMPLO DE



5. "—¿Quieres visitar el campamento? —preguntó áspidamente—. Yo te guiaré." Chambers, Lince Blanco y Redan observaron extrañados al prisionero. "—Es un chino —indicó el periodista—. Quizás éste me hirió en Taungy. ¿Ves, hijo del Celeste Imperio? Tengo un recuerdo tuyo". Y Redan señaló su hombro vendado.



6. Chambers, que conocía varias lenguas orientales, interrogó al asiático. Este mantuvo un absoluto mutismo. De pronto sus amarillentos labios se entreabrieron y en ese mismo instante un puñal cruzó el aire, clavándose en su espalda. El prisionero cayó sin exhalar un gemido. "—Está muerto", anunció Felton.

RAWANG-DJAR



7. Se había aproximado silenciosamente al grupo y examinaba con pensativa mirada el cuerpo inmóvil. Horas más tarde la caravana reanudó su camino. Doris, hija del profesor Wayn, sabio extraviado en una expedición anterior, se desvió de sus compañeros. De súbito, un estridente grito vibró en el silencio.



8. Redan y Lince Blanco se precipitaron a través de la selva y vieron que Doris se replegaba aterrorizada contra un árbol. Ante ella, un soberbio tigre se aprestaba a saltar. El cazador de fieras disparó casi sin apuntar. El felino, detenido en pleno salto, rodó por tierra. Redan suspiró: "—Excelente tiro".

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE



CAPITULO XVIII.—*El viejito bueno.*

Julia Blair y Lani miraban aterrorizadas las huellas estampadas sobre la arena. Se dirigían hacia la caverna de coral, donde quedó Rosita Crusoe, acompañada del leopardo Katzy y del papagayo Polly.

Temblando de ansiedad, ambas jóvenes siguieron el rastro.

—Nosotras dejamos la entrada cubierta con ramas —susurró Lani, con una débil esperanza.

Julia, sin responder, apresuraba el paso. Finalmente llegaron al lugar en que se hallaba la gruta submarina. Las ramas que habían colocado para ocultar la entrada, veíanse dispersas y quebradas.

Una intensa palidez cubrió el semblante de Julia.

—Alguien... alguien entró a la caverna.

Las lágrimas inundaron los ojos de Lani.

—Oigo a Katzy caminar allá abajo —murmuró.

Julia se dispuso a bajar. Lani la siguió. En la gruta encontraron al leopardo y a Polly, pero no había señales de Rosita.

—No comprendo —balbució Julia—. Oh, Katzy, si pudieras hablar.

—¡Ohé, a la selva! —
chilló Polly—. Plátanos
para el viejo.

La joven rubia lo miró
pensativa. ¿Qué quería
decir el parlanchín pa-
pagayo? ¿A quién ha-
bía visto?

—Esta noche hay baile,
a la luz de la luna, con
el tambor de la selva
—continuaba Polly, agi-
tando sus alas—. Dan-
za con el dum-dum.

—Son indígenas los que
han venido y raptaron a la niña —musitó Julia.

Examinaron el suelo en busca de vestigios de los raptores. Pero
sólo vieron las huellas de los pequeños pies de Rosita y las mar-
cadas por las garras del leopardo.

—No hay rastro de pisadas —observó Lani, con asombro.

—Pero han estado aquí y se llevaron a Rosita. Y no hay indicios
de lucha. ¿Por qué no la defendió Katzi?

La nativa añadió, pensativamente:

—Y ahí está la corona de oro. Si Rosita se hubiera ido volunta-
riamente, la habría llevado. Jamás se separaba de ella.

En efecto, la guirnalda
yacía sobre uno de los
mullidos lechos de coral
y musgo.

Sin comprender aquel
misterio, ambas amigas
se prepararon para bus-
car a Rosita. Formando
un lazo con sólidas lia-
nas, izaron a Katzi. El
las guiaría a través de
la selva, husmeando
con su fino olfato el
rastro de Rosita.

Sin vacilar, el leopardo

Sin vacilar, el leo-
pardo se internó en
la jungla.



El felino y las dos ni-
ñas cruzaron la sel-
va.



se internó en la jungla. Las dos jovencitas lo siguieron, manteniéndose alertas, a fin de evitar cualquiera emboscada.

Con los nervios tensos y el corazón ansioso, cruzaron la selva. Aves de brillantes colores surcaban el aire, lanzando notas extrañas. Un vago rumor de insectos las rodeaba. A veces crujía la hojarasca bajo el paso de algún animal que huía furtivamente o que se dirigía al manantial a abreviar la sed.

De súbito, Katzi se detuvo, olfateando con inquietud el aire.

—Ha perdido el rastro —susurró Julia, con desaliento.

El leopardo no reanudó su marcha. Se mantenía en el mismo sitio, alzando su mirada hacia los árboles. Entre el ramaje, los monos formaban una aguda algarabía.

—Hemos perdido a Rosita —dijo Lani.

En ese instante se oyó una voz, apagada por la distancia.

—¡Lani! ¡Julia!

Un potente rugido surgió de la garganta de Katzi. Julia y Lani se miraron incrédulas, temerosas. Creían ser víctimas de una ilusión. Pero la voz repitió sus nombres.

—¡Es Rosita! ¡Es ella!

¿Desde qué distancia las llamaba? Pero no estaba lejos, sino separada de ellas por el tupido follaje de un árbol. Vieron que las hojas se agitaban y la pequeña figura se deslizó hacia una rama inferior. El sol que iluminaba las verdes frondas destelló sobre

Julia y Lani creían
ser víctimas de una
ilusión.

los rubios cabellos de Rosita. Balanceando alegremente sus piernas, gritó:

—¡Aquí estoy!

—Rosita, no te muevas

—suplicó Julia—. Espérame. Iré a bajarte de allí.

Era imposible que la niña hubiera trepado sola a aquel enorme árbol. Aquel era otro misterio que se agregaba al enigma del rapto de Rosita.



Julia escaló el macizo tronco. Su vida en la isla del Paraíso la había convertido en una ágil gimnasta. Fácilmente podía balancearse en las lianas y pasar de un árbol a otro, en un camino aéreo. Llevaba consigo el lazo que les sirvió para sacar al leopardo de la caverna submarina.

Cuando estuvo junto a Rosita, la abrazó con

ternura, mientras formulaba nerviosas preguntas.

Rosita contestó con expresión de felicidad:

—El viejito bueno me llevó de paseo. Me subió a este árbol, y después desapareció. Ha ido tal vez a buscar frutas para Rosita.

—¿El viejito bueno? ¿Quién es? —exclamó Julia, atónita—. ¿Y cómo es posible que un anciano suba a este árbol tan elevado? Rosita, explícame. ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo viste?

—Es viejito, con muchas arrugas en la cara. Y es amable con Rosita.

—Katzi. . . , ¿no le gruñó?

—No. Katzi sabe que es amigo de Rosita.

Y Julia no pudo conseguir otras informaciones sobre aquel visitante extraño que conquistó no sólo a Rosita, sino al desconfiado Katzi y quizás también al charlatán Polly.

(CONTINUARA)

—¡Aquí estoy! —gritó Rosita alegremente.



—¿El viejito bueno? ¿Quién es? —interrogó Julia, atónita.



El fantasmita

TARTAGNAN Y EL FANTASMITA LLEGAN POR FIN A LA COSTA, DEJANDO ATRÁS A SUS PERSEGUIDORES

DESEO ATRAVE-
SAR EL CANAL



¡AT-AT

IMPOSIBLE. NO HAY
VIENTO Y NO TENGO
REMOS

OIGO UN RUIDO
EXTRANO

¿Y ESA VENTOLERA?

ES UN MARINERO
RESFRIADO

¡CHIS!

BUEN MARINERO, TENGO
UNA IDEA GENIAL

Y YO TENGO ROMA...
¡AT-AT!... DIZO ¡CHIS!

ESO ES, MARINERO,
SOPLA LA VELA

PERO NO LA SOPLES
MUCHO, PORQUE LA
PUEDES APAGAR

¡AT-CHIS! ¡AT-CHIS! ¡AT-CHIS!

¡QUÉ CHISTE
MÁS MALO!

¡YO LO ENCUENTRO
GRACIOSÍSIMO!
¡JE, JE!

LOS ESTORNUDOS DEL
MARINERO LLEVAN LA
EMBARCACIÓN A TRAVÉS
DEL MAR

EN ESTA ESQUINA
NOS BAJAMOS,
AMIGO.

¡CHIS!

¡A TIERRA,
TERRIBLIN!
¡RÁPIDO, AL
PALACIO DEL
DUQUE BUCKY!

BIENVENIDO, TARTAGNAN.
¿QUÉ BUEN VIENTO OS TRAE
POR AQUÍ?

DECID MEJOR
"QUE BUENOS
ESTORNUDOS"

(CONTINUARÁ)



LOS PIRATAS DEL CARIBE



CAPITULO V.—BARBERO VALIENTE



1. El Cormorán había cumplido la misión que le dieron los filibusteros de la Tortuga. El mensaje se reducía a tres palabras: "¡Acuérdate de Cartagena!" y evocaba la traición de Pointis, gobernador de Santo Domingo. El marqués creyó que podía traicionar de nuevo a los corsarios, pero se halló de pronto sin oreja.



2. El Cormorán se la había cortado con su espada. Así castigaban los corsarios a los felones. Entre un caos de muebles volcados, pergaminos dispersos y soldados heridos, yacía Pointis, gimiente y aterrorizado. Aquel emisario diabólico no le traía una propuesta, que él podía burlar, sino un insolente desafío.



3. Con un golpe de talón, el Cormorán quebró los vidrios de un ventanal que daba al jardín. "—Vamos, rufianes, ¿quién viene primero?", interrogó burlescamente. El tímido barbero, que había acudido a socorrer al gobernador y que rodó en el vendaval causado por el corsario, empuñó una pistola.



4. Oculto detrás de un sillón, no temblaba ya. Con el pulso firme, apuntó al pecho del Cormorán y gatilló con fuerza. La detonación resonó con estrépito y el humo obscureció por un instante la sala. "—¡Te vencí, perro pirata! —chilló el hombrecillo, saltando de su escondite—. Ya no puedes huir."



LOS PIRATAS

DEL CARIBE



Contaré esta hazaña a mis nietos.

5. Se formó un gran tumulto. Entre el desorden, los guardias se daban vueltas, mientras el barbero seguía brincando de alborozo y con cada salto y cada grito de triunfo aumentaba la confusión reinante. En su aturdimiento, el gobernador pensó: "Por fin podré ahorcar a ese truhán maldito. No ha escapado".



No comprendo a este hombrequito. ¿Qué se traerá entre manos?

6. El Cormorán se mantenía aún erguido y sin un solo rasguño. El pequeño barbero chilló: "—¿Dónde te metí el plomo, carroña de mar? Estás en mi poder". El rubio y alto capitán miraba desconcertado a su bullicioso enemigo. Creyó distinguir que le guiñaba un ojo, antes de lanzarle otra terrible amenaza.



¡Más acción y menos gritos!



Tengo que irme.

7. Mientras tanto el tumulto crecía. Gritaba el gobernador, gritaban los soldados y, más que todos reunidos, gritaba el barbero. El Cormorán estaba dispuesto a batallar, pero comprendió que la desventaja era demasiado grande. Se le brindaba la ocasión de huir y retrocedió con una sonrisa que sólo el barbero comprendía.



¡Ha huido!



¿Habíais visto soldados más estúpidos, señor gobernador?

8. Con la espada en alto, saltó al vacío. Cuando los soldados se asomaron al balcón, sólo alcanzaron a ver su silueta que desaparecía entre los árboles. "—Vosotros los dejasteis escapar, pillastres", chillaba el barbero. "—Señor gobernador, sois testigo, yo lo había capturado y ellos lo dejaron huir".

(CONTINUARA)

El Rajá de Narimbay



CAPITULO IX.—Fuga de los tres prisioneros.

Tres semanas más tarde, un leve ruido sacó de su sueño a la prisionera Odilia Davranche. Con el corazón anhelante, se incorporó en el lecho. Alguien daba vuelta a la llave de la puerta. ¿Sería el infame Chakal? ¿Vendrían por fin a darle el golpe de muerte?

La puerta se abrió lentamente, y Odilia retuvo un grito de ale-

RESUMEN: Odilia Davranche se contrata como institutriz de la princesa Jazmín, sobrina del rajá de Narimbay. Al llegar a ese lejano país, comprueba la desaparición de su protector, el doctor Juan de Lupe, y descubre que el rajá tiene prisionero a ese médico en su palacio. Odilia refiere a un aviador inglés, Eduardo Worck, los misteriosos sucesos que ocurren y le pide ayuda. Chakal, el confidente de Narimbay, sorprende a Odilia en la parte prohibida del palacio y la aprisiona. Interrogada la prisionera por Narimbay, ésta le confiesa que el doctor De Lupe le pidió que saliera del palacio, porque su vida corría peligro. El príncipe ofrece su libertad a Odilia, si le jura que a nadie dirá dónde se encuentra el doctor De Lupe. La joven se niega a ello. Una semana después la princesa Jazmín oye la voz de Odilia desde la torre y comunica su descubrimiento al piloto aviador Edmundo Worck.

ría al reconocer a Edmundo Worck, quien colocaba un dedo en sus labios para recomendarle silencio.

El doctor Juan de Lupe acompañaba al aviador.

—¿Usted, doctor? —exclamó Odilia, lanzándose a los brazos que se extendía su viejo amigo.

—Mi pobre hijita —murmuró Juan de Lupe—, nunca me perdonaré el haberte traído a este maldito palacio.

—¿Cómo pudo obtener su libertad, doctor? —preguntó Odilia.

—Eduardo Worck me libertó hace unos instantes.

—¿Cómo pudo hacerlo? —interrogó Odilia al piloto aviador.

—La princesa Jazmín me comunicó su cautiverio, y desde entonces comencé a seguir a Chakal. Pude sorprenderle cuando iba a la prisión del doctor. Soy buen boxeador y Chakal no resistió

en directo al mentón. Le tengo amordazado y atado para que medite los inconvenientes de entrar en conflicto con un inglés avezado en todos los deportes —dijo sonriendo Edmundo Worck.

—Es usted maravilloso —expresó Odilia.

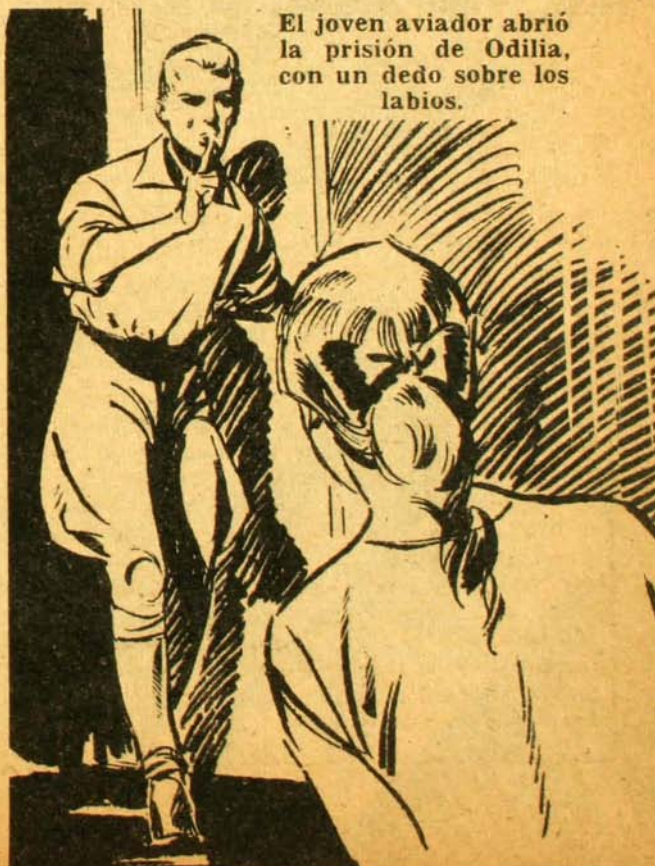
—Ahora queda algo bastante difícil que realizar —prosiguió el aviador—. Ahora tenemos que salir de este palacio cuyas puertas están cerradas y custodiadas como una fortaleza.

—¿Qué intenta hacer? —preguntó Odilia.

—Me he provisto de un cordel largo y anudado —explicó Edmundo—. Saldremos por la terraza norte y nos desazaremos hasta el jardín. Espero que usted no sufra de vértigos, señorita Odilia.

—No —dijo Odilia—; soy buena gimnasta.

El joven aviador abrió la prisión de Odilia, con un dedo sobre los labios.



—Espléndido —indicó el aviador—. Después de trasponer el muro, correremos hasta el río que atraviesa la propiedad. Es nuestra única esperanza, porque mis piernas son incapaces de correr. Además la floresta está infestada de serpientes y fieras, y no podríamos dar tres pasos sin encontrar un tigre o una pantera. Vístase pronto, señorita; tenemos que estar lejos antes que despunte el día.

—Estoy lista —dijo poco después Odilia.

El joven aviador guió a los fugitivos a través de galerías y terrazas. Iban silenciosos y atentos a evitar todo ruido.

El doctor De Lupe sentíase medio aturdido al contacto con el

aire libre después de tres años de encierro, y Odilia también sentía malestar con el perfume de los jardines. Edmundo Worck, enérgico y viril, se detuvo al pie de un alto muro y dijo a sus compañeros:

—Voy a lanzar el cordel para atarlo sólidamente a la balaustrada. Doctor De Lupe, usted bajará primero, le seguirá Odilia y yo me reuniré con ustedes. En caso de peligro, imitaré dos veces el chillido de la lechuza, y si no alcanzo a seguirles, ustedes correrán hasta el río sin aguardarme.

—No partiremos sin usted —dijeron al mismo tiempo De Lupe y Odilia.

El aviador consiguió



Los fugitivos debían escalar un altísimo muro para huir de Narimbay.

atar fuertemente la cuerda y ordenó al doctor De Lupe que trepara por ella. Odilia le siguió con valentía. El muro estaba a la altura de un cuarto piso y la caída de los fugitivos sería mortal.

Después de un tiempo que para el médico y Odilia parecieron eternos, apareció en la cima Edmundo Worck, con su habitual y simpática sonrisa.

—Primer triunfo —suspiró el doctor De Lupe.

—Respiro —murmuró Odilia—; creí que nunca llegaría al suelo. Ha sido horrible esta subida y bajada de más de treinta metros.

Edmundo dejó descansar a sus compañeros un momento, y luego dijo:

—Ahora, doctor, tendrá que permitirme apoyar mi mano sobre su hombro para caminar hasta el río. Felizmente ya se escucha el rumor de sus aguas y la distancia es corta.

La luna iluminaba los floridos jardines. Era una espléndida noche.



La piragua chocó con una peña y arrojó al río a los fugitivos.

—Es allí en esa ensenada de malezas —señaló el aviador—. Tengo ocultas dos piraguas atadas al tronco de una palmera. Doctor, ayúdeme en este trabajo, y usted, señorita Odilia, recoja los cuatro remos.

Juan de Lupe ayudó a Odilia y al herido aviador a subir a la piragua.

—Lo más difícil ya está hecho —declaró Edmundo— y creo que podremos escapar de este maldito Narimbay.

En el preciso instante en que el aviador, manejando con vigor, lanzaba la piragua al medio del río, una de las ventanas del palacio se iluminó, y en seguida otras y otras.

—Chakal ha dado la alarma —dijo el doctor De Lupe—. Alguien le encontró atado o el mismo desligó sus ataduras. Ahora todo depende de nuestros esfuerzos. Rememos con vigor. Si llegamos a la curva del río, estaremos a salvo.

Ahora las luces del palacio de Narimbay corrían por el jardín, como fuegos fatuos o inmensas luciérnagas.

Odilia estaba mareada por la velocidad de la piragua. Era una carrera loca donde la frágil embarcación se lanzaba como una flecha.

Esa corrida desenfrenada en la noche, los gritos de los que buscaban a los fugitivos, las luces cegadoras, formaban como un conjunto de pesadillas.

—Un esfuerzo más y llegaremos a la curva del río —murmuró el aviador.

—Creo que hemos perdido la batalla —murmuró el doctor De Lupe—; han arrojado otra embarcación al agua y nos siguen. El médico no se engañaba. Era evidente que una piragua, mucho más sólida que la de los fugitivos, y tripulada por doce hombres experimentados, daría alcance a los que huían.

—Atraquemos a la ribera —insinuó Edmundo Worck— y ocultémonos en la floresta.

Sus compañeros no tuvieron tiempo para responderle. La piragua chocó contra una peña y precipitó a sus ocupantes en el río.

Odilia no sabía nadar, pero Edmundo la cogió por la espalda y la mantuvo a flote mientras él luchaba contra la impetuosidad de la corriente. El doctor Juan de Lupe tampoco era buen nadador, y en vez de alejarse, se aferró a la piragua volcada.

En esas condiciones, era evidente que los náufragos iban a caer de nuevo en manos de sus perseguidores.

En efecto, la piragua lanzada en persecución de los evadidos se acercaba rápidamente.

De pie en la proa, y alumbrado por la luna, se erguía Chakal, con una expresión de odio y de crueldad en su feo rostro.

La fuga había tenido un efecto desastroso para los tres prisioneros del rajá de Narimbay.

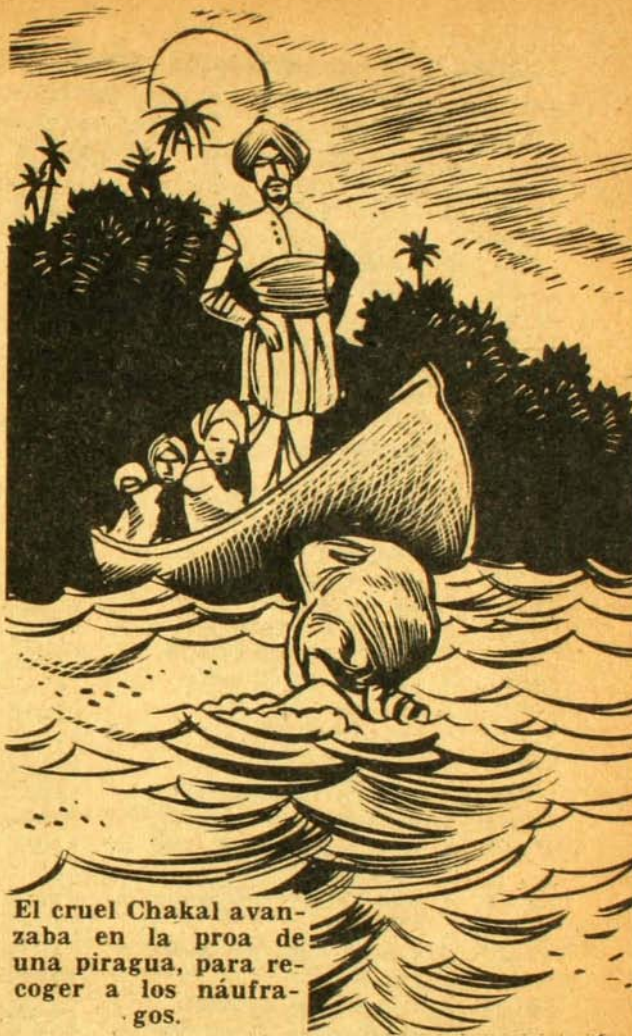
Hasta ese momento, el príncipe había guardado cierto decoro y dignidad en sus procedimientos, pero en adelante sería cruel y vengativo.

—Maldición —murmuró el aviador inglés Edmundo Worck—; yo he destrozado el destino de estas dos personas. Que no tuviera yo una bomba atómica para lanzársela a ese diabólico Chakal.

En verdad, el porvenir de Odilia, Edmundo y Juan de Lupe se tornaba trágico.

Los fugitivos fueron recogidos sin brutalidad por los criados del rajá de Narimbay, y Chakal les ordenó con un gesto que condujeran sobre literas a los náufragos.

Odilia dominaba con gran esfuerzo su pena y desesperación. Si antes estuvo encerrada en un cuarto de la torre con relativa comodidad, ahora la sepultarían en una oscura mazmorra o la arrojarían a las fieras.



El cruel Chakal avanzaba en la proa de una piragua, para recoger a los náufragos.

(CONTINUARA)

Lista de premios del sorteo de mayo

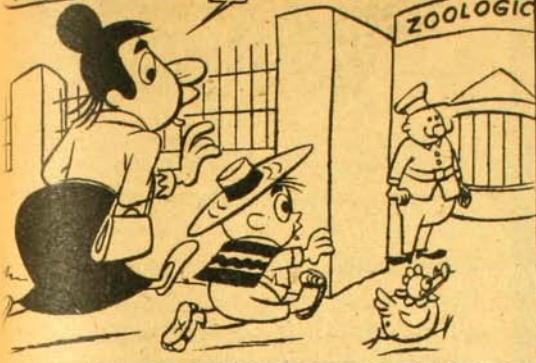
(CONTINUACION)					
8611	1	LAPICERO FUENTE	11204	1	caja lápices de color
8624	2	pañuelos niño	11254	1	juego ludo
8699	1	cartón herramientas	11287	2	pañuelos niña
8710	1	pull-over niñita	11525	1	premio \$ 200
8733	2	pañuelos niña	11585	1	subscripción trimestral "Simbad"
8748	1	sweater niño	11594	1	bolsa con bolitas
8759	1	blue-jean	11637	1	pull-over niñita
8792	1	servilletero	11650	1	juego té madera
8812	1	premio \$ 500.	11664	1	blue-jean
8845	2	pañuelos niño	11681	1	chauchera
8857	1	PORTADOCUMENTOS	11690	2	pañuelos niño
9704	1	muñeca chica	11776	1	sweater niño
9705	1	servilletero	11796	1	billettera
9726	1	LAPICERO FUENTE	11825	1	cartón herramientas
9728	1	servilletero	11826	1	par de calcetines
9734	1	blue-jean	11870	1	chauchera
9739	1	caja lápices de color	11881	1	premio \$ 200
9758	1	par de calcetines	11885	1	PELOTA FUTBOL
9760	1	PLANCHA ELECTRICA	11897	1	cartón herramientas
9762	1	PORTADOCUMENTOS	13005	1	sweater niño
9770	1	caja lápices de color	13008	1	bolsa con bolitas
9780	1	delantal	13023	1	muñeca chica
9791	1	PELOTA FUTBOL	13031	1	LAPICERO FUENTE
9800	1	LAPICERO FUENTE	13034	1	juego loteria
9821	1	pull-over niñita	13050	1	delantal
9898	2	pañuelos niño	13054	1	billettera
10103	1	subscripción trimestral a "Simbad"	13068	1	juego té madera
10113	1	subscripción trimestral a "Simbad"	13071	1	pull-over niñita
10120	1	subscripción trimestral a "Simbad"	13080	1	blue-jean
10127	1	caja lápices de color	13814	1	delantal
10137	1	subscripción trimestral a "Simbad"	13866	1	PORTADOCUMENTOS
10301	1	juego loteria	13884	1	pull-over niñita
10333	1	caja lápices de color	13885	1	acuarela
10351	1	juego té madera	13900	1	LAPIZ FUENTE
10358	1	PORTADOCUMENTOS	13908	1	acuarela
10373	1	sweater niño	13912	1	pull-over niñita
10664	1	sweater niño	13929	1	PORTADOCUMENTOS
10930	1	CORTE DE GENERO	13946	1	sweater niño
10994	1	pull-over niño	13948	1	PORTADOCUMENTOS
11057	1	billettera	13964	1	juego dominó
11121	1	sweater niño	13965	1	acuarela
11195	2	pañuelos niño	13981	1	juego premio y castigo
			14316	1	muñeca chica
			14317	1	muñeca chica
			14329	1	blue-jean

(CONTINUARA)

Ponchito

Por nato

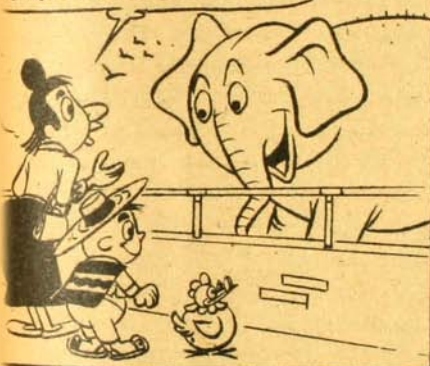
ESTA ES LA PRIMERA VEZ QUE
TE TRAIGO AL ZOOLOGICO !



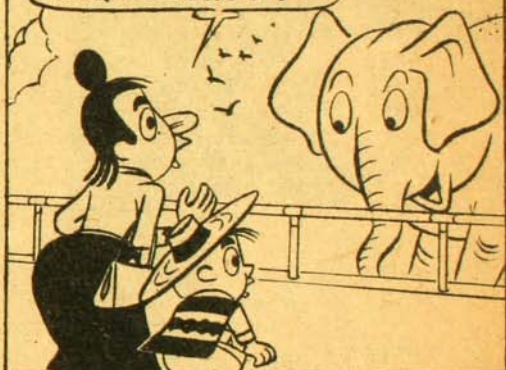
¡VEREMOS ALGUNOS ANIMA-
LES QUE TU NO CONOCES!



¡MIRA PONCHITO!
¿QUE TE PARECE ?..



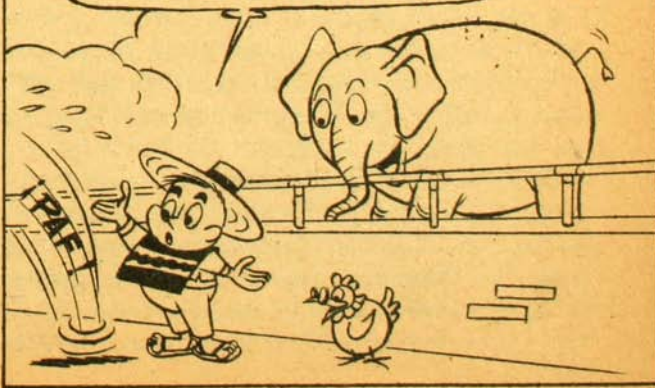
... ESTOS SON LOS
PAQUIDERMOS !

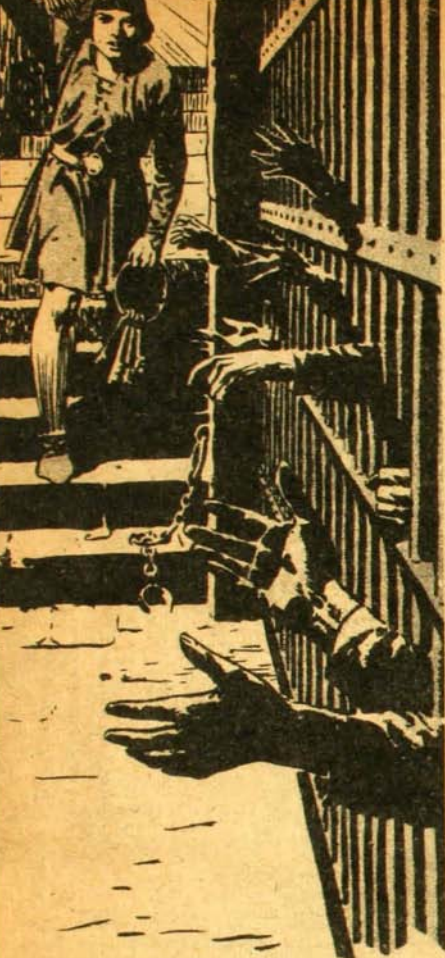


¿COMO ?..
¡BAH !..



... YO CREIA QUE ESTOS
ERAN ELEFANTES !





El Príncipe Valiente

CAPITULO XV.—El juramento de Val.

El príncipe Valiente venció con astucia a los dos soldados del castillo de Sinstar que lo perseguían para matarlo. Por un instante permaneció inconsciente al extremo de la soga que lo suspendía sobre el patio. Luego, con un esfuerzo sobrehumano, logró ascender hasta el techo.

Se mantuvo inmóvil sobre las losas de piedra, a fin de recobrar las fuerzas. Más tarde bajó al piso superior, destrozó la cerradura de las puertas y ganó el acceso a todo el castillo. Libre ya de sus enemigos, se encaminó hacia las celdas. Un sólido portón de hierro le obstruía el paso. Gritó entonces, diciendo que venía a socorrer a los padres y servidores de

la doncella Ilene. Desde el oscuro sótano le respondieron voces vibrantes de júbilo.

Al fin encontró las llaves y abrió las puertas de la prisión, conduciendo a los cautivos hacia la luz del día. El padre de Ilene, gentilhomme de Branvin, expresó su gratitud a Val con lágrimas en los ojos.

—Pero ¿dónde están vuestros hombres, caballero Valiente? —preguntó después, mirando con extrañeza a su alrededor.

—No soy caballero todavía —contestó Val—. Y no tengo hombres. Sir Gauvain, que aceptó esta proeza, yace gravemente herido en la vivienda de un ermitaño, no lejos de aquí.

Un veloz mensajero partió de inmediato en busca de Ilene. Cuan-

do ella escuchó el relato de las heroicas hazañas de Val, murmuró:
—¡El príncipe Valiente ha triunfado!

En seguida se despidió de Gauvain y del ermitaño para emprender el regreso a su castillo.

Mientras tanto, el príncipe refería al gentilhombre la manera cómo había engañado al ogro con una simple máscara confeccionada con la piel de un ganso.

—Vuestro ingenio es notable —le felicitó el señor del castillo. Y cuando el doncel describió su última lucha con los dos guerreros, agregó: —Y además de vuestro ágil ingenio, tenéis un corazón valeroso. Quiera el cielo que siempre seáis feliz, príncipe Valiente.

Valiente libertó a los
padres de la donce-
lla Ilene.



Los señores de Bran-
vin abrazaron emo-
cionados a su hija.



Al día siguiente, la única ocupación de Val fue la de instalarse en una de las terrazas del castillo para observar el camino por el cual vendría la hermosa Ilene.

Al atardecer, el viejo gentilhombre y su esposa abrazaron a la hija que habían creído no volver a ver jamás.

—En algún tiempo más, sir Gauvain estará lo bastante repuesto como para ser trasladado aquí —dijo Ilene a Val, cuando ambos se alejaron para pasear por el bosque.

Branvin y su esposa les vieron alejarse, con expresión de tristeza. Comprendían que la belleza de Ilene había cautivado el corazón de Valiente. Dirigiéndose a su aposento, examinaron un pergamino firmado que causaría la infelicidad de Val.

Transcurrieron los días, apacibles y radiantes. Una tarde, cuando el príncipe y la doncella de Branvin recorrían el lago cubierto de lirios, un servidor del castillo se presentó a anunciar a Val que le esperaban en la cámara del gentilhomme. El príncipe acudió en seguida al llamado. Al entrar en el salón principal, vio al anciano, a su esposa y al primer ministro aguardándole con expresión solemne. Branvin pronunció:

—Os debemos un gran servicio, príncipe Valiente. Pedidme lo que deseéis, aunque sea una parte de mis dominios.

—Pido una recompensa mucho más valiosa que todas vuestras tierras, noble señor. Os solicito la mano de vuestra hija Ilene. La mirada del gentilhomme se ensombreció al responder:

Una partida de servidores y soldados salió en busca del herido Gauvain.



—Queréis lo único que no puedo concederos. El rey de Ord solicitó que fuera la esposa de su hijo el príncipe Arn. El contrato matrimonial fue firmado hace meses.

El anciano desplegó el pergamino, pero Val no intentó siquiera leerlo. En su semblante se advertían el sufrimiento y la ira.

—Querido muchacho —expresó Branvin—, Ilene será la esposa de un príncipe rico, y algún día llegará a ser reina. En el esplendor de la corte, olvidará su amor juvenil por un doncel pobre. Igual os ocurrirá a vos.

—Jamás.

Aquella noche, Val contempló fijamente la ventana de la doncella y juró:



Val e Ilene paseaban
por el lago, cuando...

“El que pretenda arrebatarme a Ilene, tendrá que luchar mucho”. A llegar el alba, percibió el galope de un caballo que se aproximaba. Un mensajero descabalgó en el patio del castillo. Días antes había partido con los servidores que traerían al herido Gauvain. —Traigo un mensajero del santo ermitaño —exclamó con voz jadeante—. Sir Gauvain... —¿Muerto? —interrumpió Val, dominado por un presentimiento fatal.

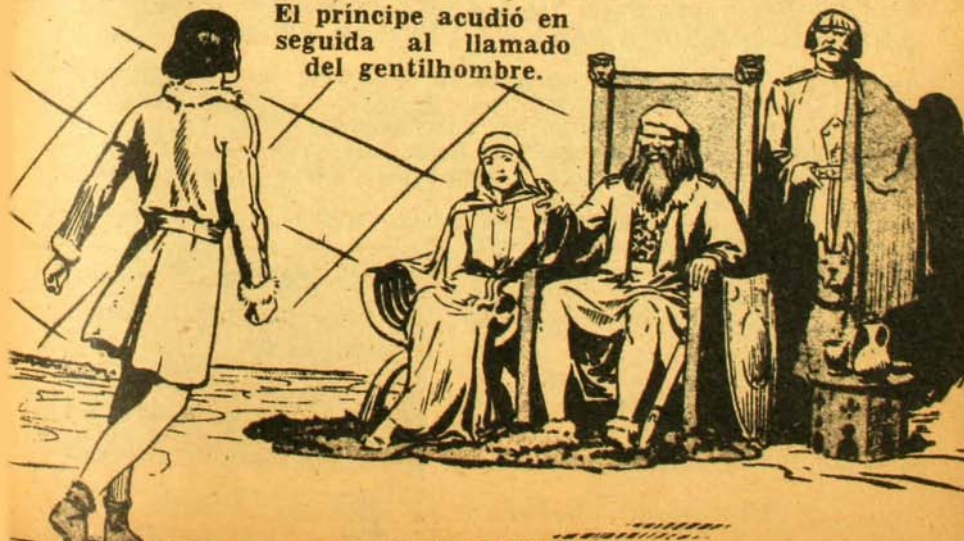
—Quizás. Lo raptó una hechicera.

Valiente palideció. Vacilaba entre el amor y el deber. ¿Debía correr en auxilio del caballero o quedarse y luchar por la bella Ilene? ¿Su propia felicidad o la vida de su amigo?

Su mirada se dirigió hacia la ventana a la cual había estado preñida en las largas horas de la noche.

(CONTINUARA)

El príncipe acudió en
seguida al llamado
del gentilhomme.



¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿DE QUE PAIS ES ORIGINARIO EL ARBOL LLAMADO ARAUCARIA?
¿Argentina, Chile o el Perú?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 353: El río más importante de Sudamerica es el Amazonas. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes, **CON CINCUENTA PESOS:** Alejandro Franchino, Quillota; Patricio Pardo, Chimbarongo; María Araya, Stgo.; Julia León, Rancagua; Ramón Frederick, Stgo.; Inés Biggs, Stgo.; Luis Banderas, Viña del Mar; Arnoldo Fuentes, Lanco; Sara Moore, Stgo.; Guillermina Silva, Quillota; **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Ramona Suárez, Chillán; Manuel Fuentes, Curicó; Juan Guzmán, Temuco; Amador Sanchez, Stgo.; Juan Carlos García, Stgo.; Blanca Alvarez, Viña del Mar. **UN ALBUM PARA COLOREAR:** Florángel Miranda, Talca; Eugenia Zamudio, Stgo.; Elsa Riveros, San Fernando; Silvia Baeza, Talcahuano; Helmut Schotte, Stgo.; David López, Los Andes; Enrique Pérez, Rancagua; Patricia Sanchez, Osorno; Luis Muñoz, Stgo.; Hugo Cortés, Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

"SIMBAD" N.º 355

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★★★★★★ \$ 500.000.- ★★★★★★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTE, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.

Empieza a juntar los cupones que desde hoy publicamos. Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar alguno de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 2 — SERIE N.º 2
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 2 — SERIE N.º 2
20 de junio de 1956



Betty en el colegio



3. —Betty es una niña un poco difícil —explicaba minutos después la señora Valeria a la directora del internado—. Su padre cree que aquí podrá educarse bien.” Madame Chardin repuso: —Sin duda. Se la devolveremos convertida en una cumplida señorita. ¿Dónde está? Veremos qué impresión me causa”.

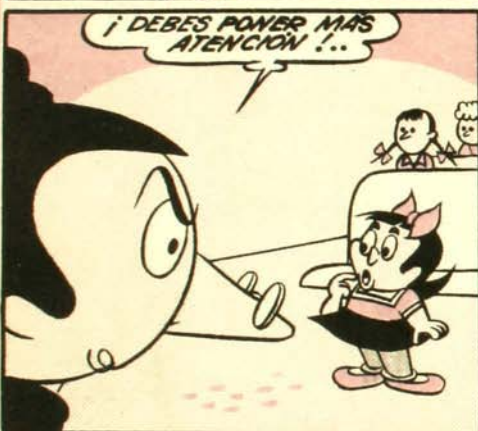


4. Pero Betty no se hallaba en el hall. —¡Válgame Dios! ¿Y dónde está esa diablilla?” Valeria, madame Chardin y la inspectora se miraban perplejas, sin sospechar que Betty se deslizaba como un bólido por la baranda. La “impresión” esperada por la directora sería bastante brusca.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

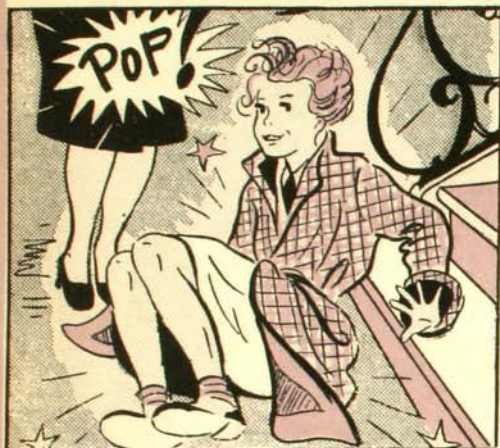
EL PRINCIPE VALIENTE

N.º 356



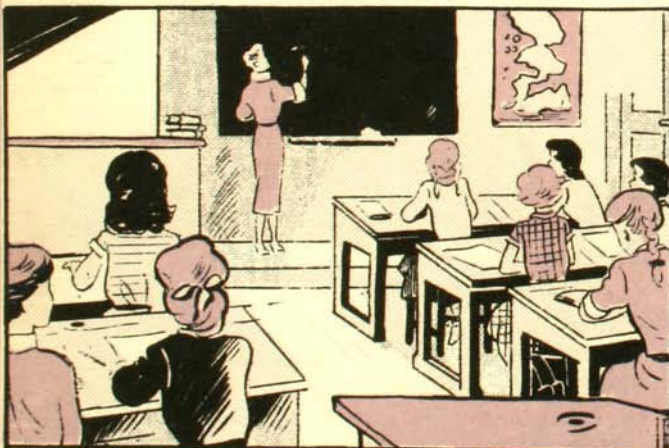
\$ 20.-

Betty en el colegio



CAPITULO II.—LECCION DE MAULLIDOS

1. Betty, que desesperaba a su gobernanta, porque era una niña indomable, fue matriculada en el Internado de Santa Teresa. Su presentación fue estruendosa. Deslizándose por la baranda de la escalera, aterrizó con brusquedad, lo cual no le impidió dirigir un sonriente saludo a la atónita directora.



2. Pronto empezaron las clases. Mientras la señorita Clara dibujaba en la pizarra, la morena Martina bostezaba de aburrimiento. Betty susurró: "—No te duermas, o te perderás algo interesante. El fastidio de Martina se evaporó como por encanto. Sus ojos se abrieron, alertos.

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO XVII. — Gracia olvida a Joven Bú- falo.

Joven Búfalo saltó
por encima de los
muertos, decidido a
triunfar.

Toro Potente, oculto en el campamento indígena, seguía los pasos de Búfalo Bill mientras éste, en compañía de Joven Búfalo, visitaba las tribus en misión de paz. Reuniendo a un grupo de guerreros, Toro Potente trataba de convencerlos de que la muerte del gran jefe blanco les devolvería el territorio perdido.

Con tal objeto, apenas vio Toro Potente que Búfalo Bill y el hijo del Gran Espíritu se alejaban de la tribu de Nube Roja, lanzó el grito de guerra y corrió a dar alcance a los dos jinetes.

—Huyamos, gran jefe —suplicó Joven Búfalo—, los guerreros vienen armados hasta los dientes. Toro Potente los guía.

—Bien —replicó Búfalo Bill—, el número de nuestros atacantes



Año VII - 27-VI-1956 - N.º 356

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.

es aplastante. Será la primera vez que mis enemigos vean la cola de mi caballo. Galoparemos hasta las cercanías del campamento y allí nos detendremos para tratar con ellos. . .

Pero por más que corrían velozmente, los guerreros, enardecidos por los gritos de rabia y odio de Toro Potente, iban ganando distancia.

Felizmente los soldados blancos alcanzaron a divisar la horda salvaje que perseguía a su jefe, y, cuando Toro Potente sólo se encontraba a cien metros de distancia, un grupo de soldados acudió en auxilio de Búfalo Bill.

Algunos guerreros indios quisieron retroceder, pero Toro Potente les ordenaba avanzar.

La embestida de las caballerías enemigas fue tan violenta que Búfalo Bill y Joven Búfalo cayeron al suelo. . .

La batalla se desarrollaba sangrienta y mortífera; Búfalo Bill y su amigo agotaron los tiros de sus fusiles y continuaron luchando cuerpo a cuerpo. . . El hijo del Gran Espíritu valía por seis hombres. Su fusil desarmado le servía para abatir a los feroces indios. De pronto Toro Potente divisó a Joven Búfalo y le apuntó con su fusil, pero el arma fue desviada por un soldado.

Joven Búfalo saltó por entre los cadáveres de los combatientes y se acercó al jefe de los sioux. Arrojando su fusil con certera puntería, el hijo del Gran Espíritu derribó del caballo a su enemigo.

En seguida Joven Búfalo lanzó el grito de guerra de los pies ligeros y cayó sobre el más terrible de los pieles rojas de esa época. Aquella lucha entre los dos colosos, de fuerza y nombradía, impresionó a tal punto a blancos y rojos que, de común acuerdo, hicieron una tregua en el combate.

Joven Búfalo y Toro Potente, en un feroz abrazo, formaban un solo cuerpo.

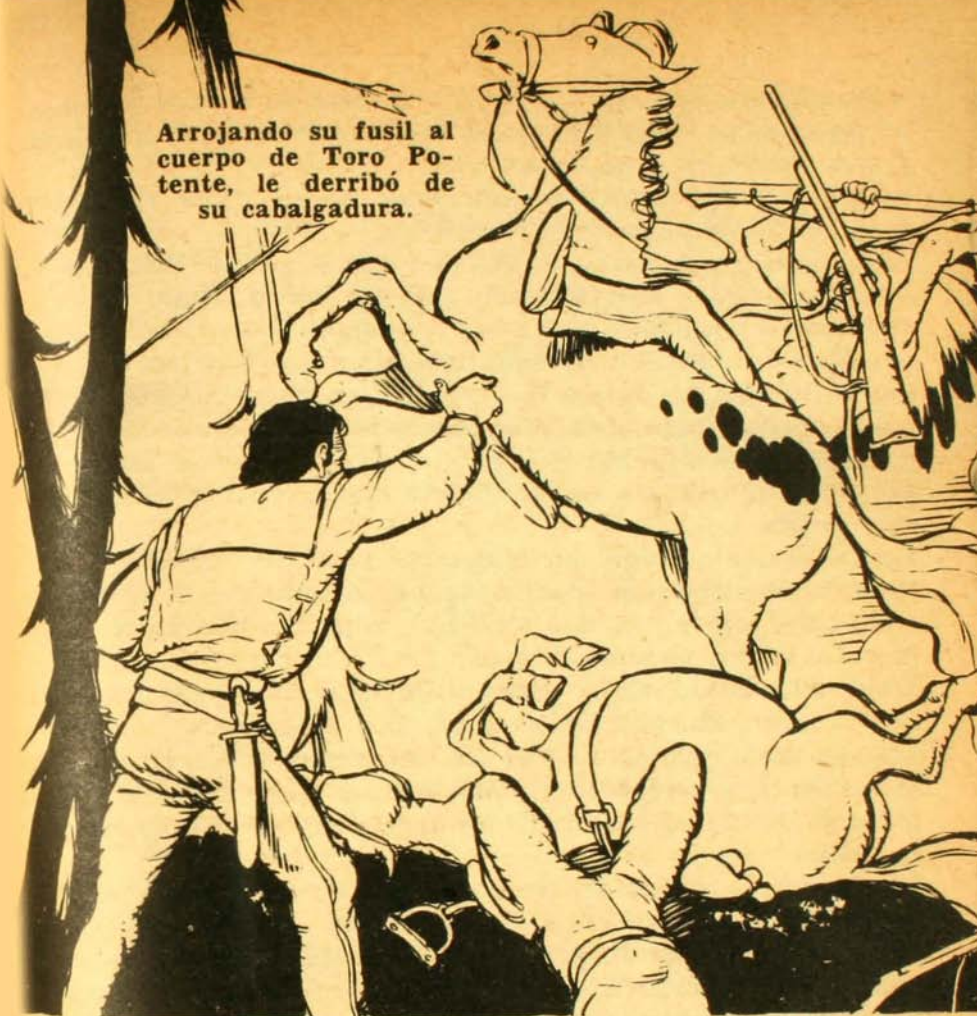
Por fin Joven Búfalo, cegado por la sangre y con la cabeza herida, perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí vio a sus pies el cadáver del gran jefe Toro Potente. El hijo del Gran Espíritu, en su trágico abrazo, le había dislocado todos los huesos.

La muerte de Toro Potente puso término a la sangrienta guerra. Las heridas de Joven Búfalo, aunque no graves, lo obligaron a descansar varios días en el campamento de Búfalo Bill.

Por fin, ya repuesto nuestro héroe, Búfalo Bill decidió que el joven le acompañara al cuartel de los rostros pálidos.

Todos los colonos le felicitaron.

Arrojando su fusil al
cuerpo de Toro Po-
tente, le derribó de
su cabalgadura.



—No busco aplausos ni recompensas —dijo el hijo del Gran Espíritu a Búfalo Bill—. Toro Potente deseaba mi muerte tanto como la de usted, *Pahaska*.

—Si hubieras encontrado las pruebas de tu nacimiento —expresó el coronel Cody—, yo te habría enrolado en mi ejército y habría sido fácil darte el grado que mereces. Ahora te pido que mientras no obtengas esas pruebas te quedes de jefe supremo de las tribus reunidas en el reducto indígena. Quiero que tú gobiernes aquí y hagas comprender a los pieles rojas que los blancos no somos sus enemigos y que en este vastísimo territorio hay sitio para todos. Joven Búfalo se sintió herido con esta decisión de Búfalo Bill, pero respondió serenamente:

—Estoy a sus órdenes, *Pahaska*, y si usted lo ordena, obedeceré. Al ofrecerle el comando de las tribus era evidente que Búfalo Bill le consideraba de origen indio.

Búfalo Bill adivinó los pensamientos de su joven amigo y se apresuró a desvanecer sus recelos.

—No pretendo que seas un jefe piel roja —insinuó Búfalo Bill—, sino un delegado del Gobierno ante los indios. Estoy seguro de que tú eres tan blanco como yo; pero como tú conoces su idioma y sus ideas, eres el más capacitado para gobernarles. Nadie podrá civilizarles mejor que tú. Además, ¿no crees que viviendo entre los pieles rojas algún día descubrirás el secreto de tu nacimiento? ¿Dónde podrás descubrirlo mejor que entre los sobrevivientes de la tribu de los pies ligeros que por tantos años te reconoció como jefe?

Este argumento animó poderosamente a Joven Búfalo.

Realmente mientras no pudiera probar a la faz del mundo que no era un piel roja, no le sería fácil vivir entre los blancos, ni pretender el amor de Gracia Matheus.

Joven Búfalo aceptó la jefatura del reducto indígena. La tarea no era fácil. Muchos indios le odiaban creyéndole traidor a su raza, en tanto que los blancos también desconfiaban de él. A más de esos contratiempos, Joven Búfalo tenía que luchar con los bandidos y hombres fuera de la ley que atacaban continuamente a los pieles rojas.

Muchas veces el hijo del Gran Espíritu estuvo a punto de abandonar su puesto.

Por ese tiempo fue a visitarle el cowboy Shorty, el buen amigo que tanto le había defendido cuando trabajaba en una granja. Durante la conversación, Joven Búfalo pidió al vaquero noticias de la familia de Zeke Matheus.

—Los Matheus viven otra vez al pie de la montaña —refirió Shorty—. Les pasé a ver cuando venía para acá. El viejo Zeke, tan activo como siempre, ha construido una linda casa. Los muchachos trabajan bien. Gracia está más linda que antes. Escucha, Joven Búfalo: si yo fuera un joven con algún porvenir, me atrevería a cortejarla... Pero para qué hablar de eso... Ella no miraría a un vaquero tan insignificante como yo...

—¿Te habló alguna vez de mí? —preguntó anhelante Joven Búfalo.

—No me acuerdo —respondió Shorty—. Estaba muy afeitado arreglando su nueva casa.

—¿No me envió algún mensaje? —insistió Joven Búfalo.

—¿A ti? No... ¿Por qué iba a mandarte un mensaje?

El cowboy Shorty fijó sus miradas en Joven Búfalo y advirtió su emoción.

—Ya comprendo —murmuró Shorty, tras breve silencio—. Ignoraba que tú le tuvieras afición. Ella no te mandó mensaje porque no sabía que yo venía a visitarte.

Y en seguida, el cowboy, no queriendo alentar a su amigo en lo que él consideraba una loca pretensión, exclamó:

—Yo que tú olvidaría a esa muchacha... No creas que porque tú eres rojo y ella blanca... Eso no; porque yo estoy seguro de que tú eres blanco y además bueno, valiente y fornido. Pero yo creo que Gracia Matheus está de novia con otro. Le oí a un ranchero que un tal Wilson se casaría con Gracia Matheus. Si hubo algo entre ustedes dos, ella parece haberlo olvidado. Joven Búfalo dominó su dolor.

—Nada hubo entre esa mujer blanca y un piel roja —dijo por fin—. Nuestras razas serán siempre enemigas, Shorty. Los amigos se separaron.

Joven Búfalo se dirigió al sitio más solitario de la montaña y cuando entre matorrales sintió tal amargura que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué me sucede? —balbuceó el hijo del Gran Espíritu—. Jams habían brotado lágrimas de mis ojos y ahora me ahoga el llanto. Quise coger una estrella y no pude alcanzarla.

Desde ese momento Joven Búfalo volvió a vestir su traje de jefe tribu, con todas las insignias de su rango.



**Joven Búfalo y Toro
Potente lucharon
cuerpo a cuerpo.**

(CONTINUARA)



EL TEMPLO DE

CAPITULO III.—LOS



1. La expedición Chambers cruzó la jungla birmana y se detuvo en un templo budista. Los monjes, al saber el destino que llevaba, murmuraron: “—Los que se acercan a Rawang Djar quedan malditos para toda la eternidad”. Al oír aquella lúgubre profecía, los nativos se negaron a proseguir el viaje.



2. “—¿Podemos continuar sin ellos?”, preguntó Lince Blanco examinando con pensativa expresión el equipaje abandonado. El alegre periodista Redan propuso: “—Yo estoy dispuesto a convertirme en un robusto portador. La herida del hombro ya no me molesta”. Los exploradores reanudaron la marcha.



RAWANG-DJAR

CONSTRUOS DEL RIO



3. En la ribera del río fletaron dos largas canoas. Varios remeros aceptaron llevarlos hasta la otra margen. El calor era sofocante y parecía surgir del agua recalentada por el sol. Los expedicionarios meditaban. En aquella travesía no sólo acechaban peligros naturales, sino una mano asesina y despiadada.



4. Se aproximaban a un lugar en el cual los remolinos amenazaban succionar a las barcas hacia un abismo de lodo. “—Atención, remeros”, indicó Lince con voz alerta. Los nativos, parecían no haber oído la advertencia. Doris lanzó una inquieta mirada a Redan, que ocupaba la otra canoa.



EL TEMPLO DE

RAWANG-DJAR



6. Sin vacilar, Lince Blanco y Gori se lanzaron al río, para acudir en auxilio de sus amigos. En el mismo instante, tres enormes cocodrilos acudieron. La aparición de aquellos cuerpos escamosos, las mandíbulas dentadas y los ojos fijos y fríos, era aterradora. Redan, de pie en su barca, hizo fuego contra ellos.



5. El sonrió, para tranquilizarla. En ese instante, una violenta vorágine cogió a la embarcación, volcándola. Exploradores y remeros cayeron a las turbulentas aguas.



7. El disparo abatió a uno de los saurios. Mabari, el médico birmano, estaba en peligro. Un cocodrilo se acercaba a él, con sus horribles fauces abiertas. Mabari no lograría huir.



8. Nadie alcanzó a llegar a tiempo para salvarlo. Con el rostro crispado, Lince Blanco intentó acudir, pero el joven médico desapareció ya. El tercer cocodrilo se dispuso a atacar a Chambers. Lince Blanco, al comprender que era inútil auxiliar a Mabari, se volvió para hacer frente al saurio que perseguía a Chambers.

(CONTINUARA)



ROSITA CRUSOE



CAPITULO XIX.—La columna de humo.

Julia Blair estaba intrigada. Un desconocido secuestró a Rosita Crusoe, desapareciendo luego misteriosamente. La niña lo llamaba “el viejito bueno”, y aunque Julia se esforzó por reproducir la imagen del raptor, no pudo lograrlo.

—¿Por qué te dejó arriba de ese árbol? —interrogaba—. ¿Cómo es posible que sea tan ágil, si es viejo?

—Tiene fuerzas. Levanta a Rosita como una pluma —dijo la pequeña, riendo alegremente.

—¿Te habló? ¿Qué decía? —preguntó Lani.

—El viejito bueno hablaba mucho, hablaba todo el tiempo, pero Rosita no entendía ni una palabra.

Renunciando a comprender aquel enigma, se dirigieron a la caverna. Allí las aguardaba otra sorpresa. Junto a la entrada se veía una gran cantidad de frutas escogidas.

—¿Quién las dejó aquí? —exclamó Julia.

—Yo creo que fue el viejito bueno —contestó Rosita, convencida.

—Mira, amita Julia, otra vez aparecieron las huellas.

En efecto, sobre la arena se distinguían nítidamente. El misterioso visitante había traído las frutas, desapareciendo en seguida.

Julia y Lani suponían que estaban en la isla de la Reina Blanca. No sabían si sus habitantes eran hostiles o amistosos. Por lo tanto, decidieron ser muy prudentes. Aquel desconocido parecía ser

inofensivo y servicial, pero no convenía fiarse. Nunca más dejarían sola a Rosita.

Ambas jóvenes se dedicaron a trabajar, utilizando la caja de herramientas que Lani rescató del barco. Hicieron una escala para entrar y salir fácilmente de la gruta. Lani fabricó una percha para el papagaño Polly.

—Me la prestarás para colgar también mi corona, ¿quieres, Polly? —preguntó Rosita al ave, que ladeó pensativamente su cabeza, como si meditara una respuesta.

Julia encontró un viejo libro en la caja de herramientas y empezó a escribir de nuevo su diario. Con gran perplejidad, se refería al misterioso visitante.

—Esta noche haremos guardia —señaló Julia—. El puede venir otra vez.

—Lani estaba pensando lo mismo —declaró la nativa.

Se alternaron cada dos horas y el último turno, casi al alba, lo realizaron juntas. De súbito, a la incierta luz, vieron una silueta que se acercaba. Tal vez a causa de la difusa claridad, veíase gigantesca.

Ambas niñas temblaban de espanto.



Ambas guardianas temblaron de espanto. Permanecieron inmóviles, mientras aquella sombra se movía cautamente entre la densa vegetación. Finalmente optó por alejarse. —No lo dejemos huir —susurró Julia y, aunque estaba pálida de terror, avanzó para perseguir al desconocido. Lani la siguió.

No se atrevieron, sin embargo, a distanciarse demasiado de la caverna. Cuando volvieron sobre sus pasos, vieron a Rosita que había



El leopardo Katzi persiguió al orangután, obligándole a huir.



dilatadas de asombro, vieron al compañero de la niña: un orangután.

—Les presento al viejito. bueno —anunció Rosita con orgullo—. Ha traído cocos para nuestro desayuno.

En efecto, el gran simio sostenía en sus manos media docena de cocos.

Julia suspiró, con alivio. El misterio del “viejito bueno” quedaba explicado. No había dejado huellas en la caverna, porque, asomándose a la entrada, sin bajar, cogió con su largo brazo a Rosita y la llevó de paseo. No había duda de que le profesaba una tierna adoración. Eligió para ella las mejores frutas silvestres y ahora se presentaba con una buena provisión de cocos.

El leopardo Katzi reaccionó de pronto en forma violenta. Recordó tal vez la inquietud que habían sufrido sus amas por la ausencia de Rosita y se abalanzó gruñendo sobre el orangután. Este trepó a un árbol.

—¿Ves que es muy ágil a pesar de ser viejo? —dijo Rosita, aplaudiendo con alegría. Después regañó a Katzi—: ¿Por qué eres tan malo? Hiciste huir al viejito.

Efectivamente, el orangután había desaparecido rápidamente.

—Volverá —sonrió Julia, tranquilizada—. Es un amigo fiel. Rosita lo llama viejo porque tiene la cara llena de arrugas. Y por cierto que no comprendía una palabra cuando él hablaba en su jerga.

salido de su refugio y corría hacia la selva.

—¡Rosita! —gritó Julia, aterrada.

Pero la niña no alcanzó a oírlo y se perdió entre los altos arbustos por donde había desaparecido el merodeador. Julia y Lani, olvidando el temor que les había infundido aquella sombra, se precipitaron en busca de la imprudente Rosita... Minutos después, con las pupilas

Por un instante permaneció pensativa.

—Lunes —dijo a la joven isleña—, esta aventura del orangután nos ha probado que la entrada a nuestra caverna está muy descubierta. Cualquiera puede penetrar en ella, durante nuestro sueño o cuando estemos ausentes. Debemos evitar este peligro. No basta cubrir el foso con ramas y hojas.

Lani asintió. Ella recordaba también aquella columna de humo que divisaron en la distancia. Demostraba que la isla estaba habitada. La tribu podía ser agresiva, incluso caníbal. Todas las precauciones eran necesarias.

La mirada de Julia se detuvo en un tronco hueco. Tal vez aquel

Julia observaba pensativamente un tronco hueco.



ño disimularía bien la entrada a la gruta submarina que servía de vivienda a las náufragas. Estaba observándolo, cuando Lani la llamó. Un acento de alarma vibraba en su voz.

—¿Qué sucede? —inquirió la joven rubia.

Se hallaban sobre una colina y, desde allí, podía abarcarse con una mirada la extensa selva. Sobre ella se elevaba la columna de humo.

—Se ha acercado. Los que la producen, avanzan hacia acá —indicó Lani—. Tenemos que huir, amita Julia.

(CONTINUARA)

El fantasmita

TARTAGNAN PIDE AL DUQUE BUCKY LAS ZAPATILLAS QUE LE REGALÓ LA REINA



COMPRENDO. LAS NECESITA PARA EL BAILE REAL. SI NO SE LAS PONE, EL REY LUCHO SOSPECHARÁ QUE ESTÁ A "PATA PELÁ".

LLEVÁOSLAS. PERO... HAY UNA SOLA. ALGUIEN SE ROBÓ LA OTRA.



AQUÍ EL QUE PESTAÑEA PIERDE. SEGURAMENTE LADY PAMALA SE NOS ADELANTÓ.

MIENTRAS TANTO, TARTAGNAN Y TERRIBLÍN SE ACERCAN A PARÍS.



ESTE CABALLO ME TIENE BIEN TOSTADO. ME HA ENSUCIADO MI SÁBANA DOMINGUERA.

¡VUELA, MI FIEL CUADRÚPEDO!

¡A SUS ORDENES, NOBLE SEÑOR.

TODOS CORREN ENTONCES A CASA DE UN ZAPATERO

ESTE PARECE SER EL VIEJITO SIMÓN, ZAPATERO REMENDÓN

¿ESTARÁ LISTA PARA MAÑANA?



CHUAR, CHUAR MISTER

BIEN. TARTAGNAN PARTIÓ CON EL PAR. ME CONSUELO PENSANDO QUE LAS ZAPATILLAS ME HACÍAN ESTORNUDAR DURO Y PAREJO



¡SEÑOR MINISTRO! AQUÍ ESTÁ LA ZAPATILLA QUE ROBÉ.



¡ESPLÉNDIDO, LADY PAMALA!

¡JE, JE! MI VENGANZA SE ACERCA, LA REINA. SIN ZAPATILLAS. ENTONCES DIRE AL REY QUE LAS HABÍA REGALADO AL DUQUE. ¡JI, JI, QUÉ MALULO SOY!



(CONTINUARÁ)



LOS PIRATAS

CAPITULO VI

DEL CARIBE

EL PALOMAR



Hasta otro día, señores guardias.



Después hablaremos, valentón.

1. Aprovechando la confusión causada por el barbero de Su Excelencia, el Cormorán huyó, lanzándose audazmente por la ventana. Los guardias, atónitos, le vieron desaparecer.



Traedme al fugitivo.

2. El barbero lanzaba denuestos y maldiciones contra los guardias, que dejaron huir al pirata. Pontis lo observaba desconcertado y dijo: "—No creía que tuvieras ni un ápice de valentía. Y esa ferocidad tuya me da que pensar. Pero más tarde hablaremos. Ahora, señor capitán, es preciso capturar al Cormorán".



Es inútil. Jamás lo atraparemos.

3. El jefe de la guardia, ansioso de retirarse antes que la cólera del gobernador estallara, se apresuró a obedecer. Una patrulla registró el parque. A su paso crujían los bambúes quebrados. El Cormorán percibió aquel ruido. Más tarde, los soldados se detuvieron en un bosquecillo de rododendros salvajes.



Allá diviso un buen refugio.

4. "—Es inútil continuar la búsqueda —indicó el capitán—. Ese condenado pirata ya debe estar lejos". Cuando la patrulla se distanció, el Cormorán abandonó su escondite para desandar tranquilamente su camino. No tardó en avistar las antiguas casas que flanqueaban el palacio del gobernador.



LOS PIRATAS DEL CARIBE



Ya tengo un plan trazado.

5. Afirmando sus pies en las asperezas de las piedras, sobrepasó el techo de las cuadras para penetrar a una especie de palomar, de desvencijadas ventanas. Oculto en aquel sitio, el bucanero esperó pacientemente la llegada de la noche. Sin duda, a nadie se le ocurriría buscarlo allí, a dos pasos del palacio.



Ese maldito cerdo no ha dejado huellas.



6. Las rondas de guardias armados pasaron una y otra vez por el patio, sin conceder ni una simple mirada a la ruinosa torre. En su refugio, el Cormorán sonrió y sus blancos dientes destellaron en la penumbra. La noche cayó súbitamente. Y una lluvia torrencial inundó la tierra.



Estos centinelas son bastante distraídos.



7. El denso olor de las plantaciones ascendía en el aire. Una a una, las luces se apagaron. El corsario abandonó entonces el palomar, avanzando a lo largo del muro. Esquivó el encuentro con los centinelas. Sabía hacia dónde se dirigía y lo que buscaba. En ese instante Pontis, desvelado, leía un mensaje.



El cormorán está en la selva.



Buenas noches, gobernador.

8. Procedía del fuerte ubicado en la ribera del Artibonito. Inquieto, se dirigió al balcón, extendiendo su mirada por la selva. Allí, en algún punto, se ocultaba el Cormorán. "—Buenas noches, gobernador". La puerta no rechinó al abrirse y los pasos de aquel aventurero no producían el menor rumor.

(CONTINUARA)

El RAJÁ de NARIMBAY



CAPITULO .X.—Un ciclón devasta el palacio.

Vergonzoso fue el regreso de los tres fugitivos capturados en el río por el infame Chakal.

Odilia, toda desgredada, con la ropa mojada y fangosa, tenía el semblante desencajado por el miedo a la venganza del rajá. Edmundo Worck cojeaba de las dos piernas, pues sus heridas se

RESUMEN: Odilia Davranche se contrata como institutriz de la princesa Jazmín, sobrina del rajá de Narimbay. Al llegar a ese lejano país, comprueba la desaparición de su protector, el doctor Juan de Lupe, y descubre que el rajá tiene prisionero a ese médico en su palacio. Odilia refiere a un aviador inglés, Eduardo Worck, los misteriosos sucesos que ocurren y le pide ayuda. Chakal, el confidente de Narimbay, sorprende a Odilia en la parte prohibida del palacio y la aprisiona. Interrogada la prisionera por Narimbay, ésta le confiesa que el doctor De Lupe le pidió que saliera del palacio, porque su vida corría peligro. El príncipe ofrece su libertad a Odilia, si le jura que a nadie dirá dónde se encuentra el doctor De Lupe. La joven se niega a ello. Una semana después la princesa Jazmín oye la voz de Odilia desde la torre y comunica su descubrimiento al piloto aviador Edmundo Worck. Una noche el aviador ataca al carcelero Chakal, liberta al doctor De Lupe y a Odilia y huyen todos hasta el río, pero son otra vez capturados por Chakal.

abrieron con sus esfuerzos en la fuga. El doctor De Lupe, pálido por sus tres años de encierro y sufrimiento, parecía un faquir en derrota.

El príncipe de Narimbay esperaba a los fugitivos en la sala del trono y bajo palio. Ya no mostraba la cortesía de los días anteriores. El hombre moderno y refinado había desaparecido. Bajo el barniz de la civilización, aparecía el cruel tirano oriental.

—Señor Edmundo Worck —declaró el rajá con acento glacial—, su conducta es incalificable. Yo le salvé, le atendí y prodigué toda clase de atenciones y usted demuestra su gratitud arrastrando en una peligrosa aventura al doctor De Lupe y a la señorita Odilia Davranche.

Narimbay condenó a muerte a Edmundo Worck y a Odilia.

—Traté de libertar a dos cautivos —dijo el joven aviador—. Su conducta para ellos me parece más incalificable que la mía.

El príncipe hizo caso omiso de aquella respuesta y continuó fríamente:

—Doctor De Lupe, usted conoce mi estimación y la amistad que le profeso. Mis servidores van a conducirlo al departamento que nunca debió abandonar. En cuanto a usted, señorita Davranche, y a usted, señor Worck, mañana al alba seréis ejecutados. Odilia Davranche conservó su entereza y no traicionó su emoción. El aviador permaneció erguido y rígido.



En verdad, Odilia esperaba ese fatal desenlace y le consolaba saber que el doctor De Lupe no sería ajusticiado.

Y fue precisamente Juan de Lupe quien, juntando sus manos en actitud suplicante, dijo a Narimbay:

—Príncipe, tenga piedad de mis compañeros; tenga piedad de su juventud. Se lo ruego.

Narimbay hizo un gesto violento. Chakal cogió al médico y le arrastró fuera de la sala del trono a pesar de sus protestas.

El príncipe se dirigió entonces a Edmundo y Odilia y les dijo:

—Les quedan aún algunas horas de vida. Por simpatía les dejaré juntos para que se sostengan moralmente en esta prueba... Créanme que estoy desolado, pero todo lo ocurrido ha sido provocado por ustedes... Señorita Davranche, yo le había propuesto su libertad. No lo olvide.

—No lo olvido —declaró Odilia—, y no lamento haberla rechazado, porque cumplía con los dictámenes de mi conciencia.

El príncipe pareció suavizarse y vacilar un momento, pero en seguida levantó su mano y ordenó a sus servidores que se llevaran a los dos prisioneros.

Cuando se cerró la puerta de la estrecha celda carcelaria, Odilia

—Perdóneme, Odilia
—murmuró el aviador—, yo tengo la culpa por haber sido tan temerario.



—Tengo miedo —
murmuró Odilia al
sentir el ciclón.

se dejó caer sobre un diván completamente extendida.

—Señorita Odilia —dijo tristemente el aviador, cogiéndole la mano—, quise salvarla y seré el culpable de su muerte. Fui temerario. No puedo perdonarme. Ya es tarde para arrepentirme. La costumbre de arriesgar mi vida me impulsó a jugar con la de ustedes.

—No lo lamente —respondió Odilia—. Prefiero lo que va a ocurrir antes que un interminable cautiverio. La suerte del doctor Juan de Lupe me parece más terrible.

—Pienso también en mi pobre madre —suspiró Edmundo Worck, con voz estremecida por el dolor.

—Amigo mío —balbuceó Odilia—, usted todo lo sacrificó por salvarme y yo se lo agradezco infinitamente. Nos quedan sólo algunas horas de vida. No las gastemos en vanas lamentaciones. Edmundo, muéstrese usted digno de su pasado de glorioso aviador. Estas palabras produjeron en el joven inglés el efecto que Odilia deseaba.

—Tiene razón, Odilia —dijo Edmundo—. Mi misión de aviador me exponía a todos los peligros y mi madre lo sabía. Tanto da una muerte u otra. Yo sé que usted se mostrará valiente, mi querida Odilia, y estoy orgulloso de mi compañera de infortunio. Su ejemplo me dará valor.

—Usted lo posee en grado sumo —murmuró sonriendo Odilia—. Recuerde que yo le vi aterrizar en los jardines de este palacio.

—Venga, Odilia —suplicó Edmundo Worck—, acerquémonos a la ventana y miremos el cielo. Yo adoro el firmamento y quiero contemplarlo hasta la aurora... Usted sabe que un piloto aviador es siempre un poco poeta.

Ambos jóvenes miraron juntos el cielo estrellado.



—Pronto —musitó el aviador—, por el este el cielo tendrá color ceniza; mis amigas las estrellas irán destiñendo...

—Parece que sus estrellas van desapareciendo antes del alba —insinuó de pronto Odilia—. El cielo parece enrojecer y no es anuncio de la aurora. El aire es sofocante...

Edmundo Worck, examinando el cielo, frunció el ceño.

—Yo creo que vamos a tener un ciclón —dijo por fin el aviador—, y en estas regiones es de excesiva violencia. Mire, Odilia, ya se levanta el viento, ya se doblegan las palmeras...

A medida que pasaban las horas, el viento aumentaba y se escuchaban los aullidos de las fieras atemorizadas. El alba no trajo claridad, sino nubes espesas con olor a azufre.

—Tengo miedo —murmuró Odilia, apretando el brazo de su compañero.

—Nada tema —respondió el piloto—. Yo soy amigo del cielo. Tal vez se ha enfurecido para protegernos, niñita querida.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Odilia al ver desfigurado el semblante del aviador.

—Nada de preciso —dijo Edmundo, sin querer revelar sus temores.

De súbito estalló el ciclón. El viento rugía con furor, el cielo se oscureció y se escucharon gritos despavoridos en el palacio de Narimbay.

Los árboles se desarraigaban como arrancados por invisibles manos y las aguas del río se levantaban como globos espumantes.

—No se asuste —repetía Edmundo.

Pero, ¿cómo no asustarse si la estrecha celda se movía como un barco en tempestad?

De pronto se escuchó un formidable estruendo. El palacio se derrumbaba...

—¿Qué ocurre? —preguntó Odilia al aviador que asomaba medio cuerpo por la ventana.

—La torre sur se ha derrumbado —comunicó Edmundo—. No tiemble así, mi pequeña Odilia. Observe cómo el cielo se aclara.

¡ATENCIÓN, GRATA NOTICIA!

Si te subscribes a "SIMBAD" por un año, te obsequiaremos un maravilloso LIBRO DE AVENTURAS.

Escribe a Sección Suscripciones, casilla 84-D, Stgo., o llama para mayores datos al fono 391101.

—El doctor De Lupe puede haber perecido en el derrumbe —murmuró Odilia.

Entretanto, Juan de Lupe también había observado el cataclismo desde su ventana, pero menos conocedor de los fenómenos celestes que el aviador, creía que se trataba de una tempestad sin consecuencias. El también vio derribarse la torre sur y pensó que tal vez habrían heridos allí.

—Si el príncipe no me tuviera prisionero podría acudir a socorrerles —se dijo el médico.

En ese preciso instante se abrió la puerta de su prisión y un hindú despavorido y aterrado le dijo con voz entrecortada:

—Doctor, el príncipe lo llama. Lo necesita con urgencia. —¿Qué ocurre? —preguntó Juan de Lupe.


—Muertos, heridos —balbuceó el hindú.

El doctor De Lupe siguió al criado que le condujo por entre escombros hasta la gran sala del palacio.

Narimbay corrió a recibir al médico y con acento angustiado le dijo:

—Sálvela, doctor, se lo suplico... Sólo usted puede hacer el milagro.

(CONTINUARA)

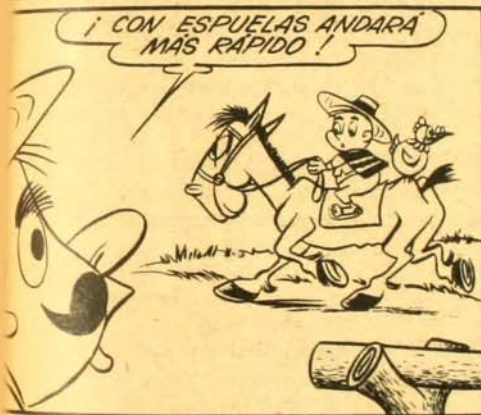


—El príncipe le llama, doctor —dijo un criado—. Hay varios heridos.

Lista de premios del sorteo de mayo

(CONTINUACION)

14335	1	caja soldados	18567	1	PORTADOCUMENTOS
14340	1	blue-jean	18585	1	sweater niño
14341	2	pañuelos niña	18589	2	pañuelos niña
14351	1	chauchera	18598	1	pull-over niñita
14365	1	muñeca chica	18615	1	caja lápices de color
14377	1	pull-over niñita	18635	1	blue-jean
14508	1	caja lápices de color	18643	1	PORTADOCUMENTOS
14617	2	pañuelos niña	18648	2	pañuelos niña
14618	1	premio \$ 200	18669	1	juego té madera
14637	1	blue-jean	18670	1	pull-over niñita
14641	1	premio \$ 200	18678	1	sweater niño
14645	1	CINTURON PECOS BILL	18688	1	PORTADOCUMENTOS
14810	2	pañuelos niño	18689	1	PORTADOCUMENTOS
14819	1	premio \$ 200	18701	1	chauchera
14825	1	LAPIZ FUENTE	18710	1	BICICLETA
14851	1	bolsa con bolitas	18745	1	sweater niño
14852	1	PORTADOCUMENTOS	18755	1	LAPIZ FUENTE
14868	2	pañuelos niño	18759	1	juego té madera
16007	2	pañuelos niña	18839	1	sweater niño
16212	1	sweater niño	18841	1	PORTADOCUMENTOS
16259	2	pañuelos niño	18861	1	subscripción trimestral a "Simbad"
16289	1	premio \$ 200	18873	1	caja soldados
16294	1	pull-over niñita	18887	2	pañuelos niño
16339	1	pull-over niñita	18927	1	pull-over niñita
16363	1	blue-jean	18964	1	sweater niño
16386	1	premio \$ 200	18965	1	sweater niño
16407	2	pañuelos niño	18968	1	cartón herramientas
16418	1	par de calcetines	18972	1	blue-jean
16433	2	pañuelos niña	19012	2	pañuelos niño
16440	1	pull-over niñita	19062	1	tablero chino
16448	1	par de calcetines	19553	1	PORTADOCUMENTOS
16458	1	sweater niño	19200	1	pato Donald
16459	1	PORTADOCUMENTOS	19203	1	juego ludo
16460	1	blue-jean	19239	1	billettera
16463	1	acuarela	19371	1	muñeca chica
16464	1	subscripción trimestral a "Simbad"	23243	1	subscripción trimestral a "Simbad"
16465	1	subscripción trimestral a "Simbad"	23246	1	premio \$ 200
16475	1	CORTE GENERO	23305	1	cartón herramientas
16494	1	MUÑECA GRANDE	23381	1	billettera
18510	1	premio \$ 500	23406	1	PORTADOCUMENTOS
18521	1	LAPIZ FUENTE	23440	1	servilletero
18540	1	sweater niño	23476	1	par de calcetines
18556	1	PORTADOCUMENTOS	23487	1	pelota goma
18560	1	chauchera			



DOS HORAS DESPUÉS





El Príncipe Valiente

CAPITULO XVI. — El castillo embrujado.

El príncipe Valiente, fascinado por la belleza de Ilene, pidió al señor De Branvin que le concediera a la doncella por esposa. El gentilhombre, con expresión entristecida, le seña-

ló un pergamino, según el cual Ilene estaba prometida ya al príncipe Arn.

Con la desesperación en el alma, Valiente pasó aquella larga noche contemplando la ventana de su adorada. Al amanecer se presentó un jinete para anunciar que el caballero Gauvain había sido raptado por un hechicera.

Val, atormentado, vacilaba entre el deseo de quedarse en el castillo para combatir por Ilene o correr en auxilio de su amigo en peligro.

Finalmente venció la lealtad a Gauvain.

—Regresaré —gritó mirando hacia la ventana de la doncella—. A pesar de la profecía de la bruja del pantano, conquistaré la felicidad. A pesar de que estás prometida al príncipe Arn, ganaré tu mano.

Instantes más tarde partía, al galope, del castillo.

Tan velozmente cabalgó, que antes de que el sol desapareciera en el horizonte estaba el príncipe en la ermita.

El ermitaño le relató en seguida lo ocurrido.

—Pasó una gran dama y al ver a sir Gauvain durmiendo al aire libre, le impuso un encantamiento y se lo llevó consigo.

—¿Quién era la dama?

—Nada menos que Morgan Le Fay, la hermosa hechicera. El caballero quedó hechizado y creo que será muy difícil arrebatarlo a los embrujos de Morgan Le Fay. Es poderosa y tiene un corazón malvado.

Sin detenerse a descansar, Val montó el corcel de guerra de Gauvain y se dirigió hacia el castillo Dolorous Garde.

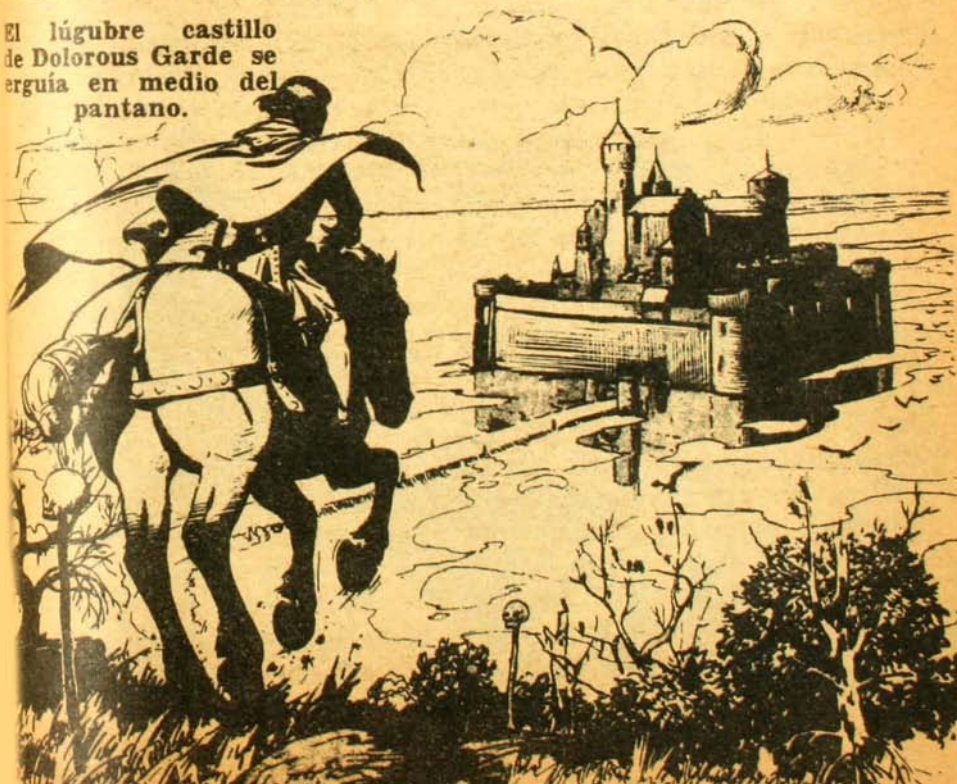
Ese castillo aislado en medio de un pantano presentaba un aspecto macabro. Val se estremeció al contemplarlo, pues nadie iba allí por su propia voluntad y decíase que eran pocos los que regresaban de tan siniestro lugar. Un estrecho camino elevado por sobre las aguas cenagosas conducía a la fortaleza. A la luz grisácea del alba galopó el joven hacia las puertas y ante ellas se detuvo.

El portón estaba adornado con estatuas y relieves de demonios, duendes y monstruos sobrenaturales.

El temor de Val se acrecentó al reflexionar en el destino que amenazaba a Gauvain. No obstante, hizo resonar el cuerno que pendía de una cadena. Se abrió la puerta y entró el héroe, siendo escoltado silenciosamente por un grupo de servidores de aspecto muy poco atractivo y entre los cuales había algunos que lucían cascos en forma de calaveras.

De inmediato recibió la hechicera al visitante. Val descubrió que

El lúgubre castillo de Dolorous Garde se erguía en medio del pantano.



era muy bella. Sin embargo, no se sintió conmovido, pues la expresión de los ojos verdes era cruel.

Cuando Val le exigió la libertad del caballero, Morgan Le Fay le escuchó con gran cordialidad.

—Tus sospechas me ofenden, hermoso doncel. Hace muchos años que amo a sir Gauvain, y sólo le hice traer aquí para atender a sus heridas. ¿Por qué habría de hacer daño a quien quiero?

Luego rogó al príncipe que le relatará las aventuras emprendidas junto al caballero del rey Arturo y, mientras Val obedecía, un silencioso criado les sirvió vino.

Aquel vino contenía una droga sutil y, en el momento mismo en que lo bebió, las fuerzas abandonaron a Val. Como algo proveniente de otro mundo, oyó una carcajada burlona y musical.

—Los pequeños no deben mezclarse en los asuntos de Morgan Le Fay —dijo la hechicera. Después se encaminó hacia la torre del castillo, ordenando a uno de sus servidores que arrastrara tras ella al indefenso Val. Se detuvo frente a la puerta enrejada de una cámara.

Gauvain contempló a su escudero y Le Fay se echó a reír de manera burlona.

Morgan Le Fay recibió de inmediato al visitante.





La bella hechicera se echó a reír de manera burlona.



—Cuando vuestro amiguito se despierte a la noche con sus alaridos, quizás decidáis no continuar declinando el honor de ser mi esposo.

Hizo luego un gesto y Val fue llevado al sótano y lanzado al interior de un celda húmeda y sombría.

Aquella noche comenzaron las torturas de Val. Sola en su cámara, Morgan Le Fay puso en práctica sus brujerías y resonaron, cada vez más cercanos, gritos y rugidos. Después, los demonios poblaron la celda del prisionero.

El príncipe los vio, contuvo el aliento y se cubrió la boca para no gritar. Retrocedió contra la pared y los demonios se agruparon tan cerca de él que vio sus colmillos agudos y sus ojos fosforescentes. Algunos tenían garras como las de aves de rapiña. Horribles hombres vampiros volaban por la prisión y le rozaban con sus alas fantasmales. Algunos no eran más que rostros que flotaban o cuerpos deformes.

Era imposible resistir tanto horror y Val comprendió, angustiado, que perdería el dominio de sus nervios. Con una voluntad gigantesca reprimía su deseo de gritar. Evocaba la amenaza de Morgan Le Fay. Si Gauvain le oía, tal vez aceptaría convertirse en el esposo de la pérfida hechicera. Y Val deseaba reprimirse para no obligar a su amigo a ceder.

Y los demonios continuaban agitándose y chillando, mientras el príncipe cerraba los ojos y contenía el apresurado latir de su corazón.

(CONTINUARA)

¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿A QUE PAIS PERTENECE ALASKA?

¿Canadá. Estados Unidos o Francia?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD". Casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 354: El continente más poblado es Asia. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** Alberto Molina, Coquimbo; Yolanda Miqueles, Coronel; Patricio Anass, Quillota; Francisco Ramírez, Santiago; Cecilia Godoy, Los Andes; Enrique Castillo, Santiago; Marta Elena Meza, Viña del Mar; Hans Cortés, Santiago; Carlos García, Santiago; Isaura Sandoval, Valparaíso. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Julio Barrerenechea, Pitrufrquén; Manuel Fuentes, Curicó; Celestina Ferrero, Santiago; Patricia Valenzuela, Angol; Pedro Ramírez, Contulmo; Oscar Martínez, Cafete.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

"SIMBAD" N.º 356

UN LIBRO: Nilda Navarro, Parral; Marlis Díaz, Angol; Claudio Roa, Angol; Alfonso San Martín, Pailahueque; Luis Muñoz, Santiago; Mercedes Ugarte, Santiago; María Pablos, Quillota; Sergio Verdugo, Los Angeles; Sonia Villagrán, Santiago; Camilo Peña, Casablanca.

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★★★★★★ \$ 500.000.- ★★★★★★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTE, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.

Empleza a juntar los cupones que desde hoy publicamos. Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar alguno de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

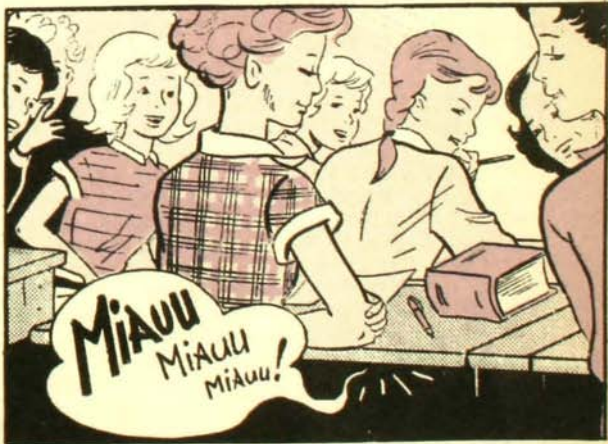
CUPON N.º 3 - SERIE N.º 2
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 3 - SERIE N.º 2
27 de junio de 1956.



Betty en el colegio



3. Ignorando que se avecinaba un desorden, la maestra explicaba la lección de biología: “—La laringe es la parte superior de la tráquea, y produce la voz”. Un sonoro maullido repercutió en la sala. “—La laringe de ese gato funciona bien”, dijo Betty con expresión de inocencia.



4. “—¿Qué significa esto? —exclamó la profesora—. No es preciso que la lección sea ilustrada con sonidos. Guarden silencio.” Pensaba que alguna de las alumnas había imitado el gatuno maular. Sofia murmuró: “—Betty escondió en su banco el gato de la mayordoma. Y el tonto maúlla cada vez más fuerte”.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

ROSITA CRUSOE

N.º 357

\$ 20.-





Betty en el colegio



CAPITULO III.—LA AVENTURA DE SERAFIN.

1. La señorita Clara, profesora del Internado de Santa Teresa, estaba furiosa. “—He dicho que no permito a nadie que maúlle en clases. Levántese la culpable de este desorden.” Betty permaneció perpleja. No era ella quien maullaba, pero era quien tenía escondido al gato de la mayordoma.



2. La maestra aguardó un instante y luego dijo: “—Bien, ya que nadie se denuncia, todas serán castigadas. Escriban cien líneas. Preparen sus lápices”. Dorotea, a quien llamaban la “llorona Dotty”, empezó a gimotear: “—¡Hi, hi, no he sido yo! Si cumplo el castigo, me dolerá la mano”.

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPÍTULO XXVIII. — La fle- cha envenenada.

Joven Búfalo, con sus arreos, casco de plumas y demás indumentaria de jefe supremo de las tribus indígenas, volvió a reunirse separadamente en diversos campamentos y a vivir como antes de la invasión de los hombres blancos. Los sobrevivientes de la gran tribu de los sioux eran pocos. La mayoría de sus componentes había sucumbido junto a Toro Potente. Quedaban las mujeres y los niños menores de edad. Alejados en el último confín del territorio indígena, obedecían a un viejo guerrero que ser-

ría de tutor a Pluma de Aguila, el hijo de Toro Potente. Este muchacho, de quince años de edad, había conquistado su pluma en las batallas y seguido a su padre en el fragor de la lucha. Por lo tanto, era lógico que Pluma de Aguila odiara a Joven Búfalo y deseara vengarse del enemigo de su padre.



Pluma de Aguila fabricaba veneno para untar con él sus flechas.

Año VII - 4-VII-1956 - N.º 357

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.



Pluma de Aguila iba a lanzar sus dardos desde la copa de un roble.

Sin participar a nadie sus proyectos, Pluma de Aguila comenzó a ejercitarse en el manejo del arco y de la flecha. Para que su ataque fuera mortal, Pluma de Aguila fabricó un veneno con zumo de hierbas ponzoñosas y untó con él sus flechas.

Durante varias horas el muchacho se ejercitaba en el manejo del arco, trepaba a la copa de los árboles sin hacer ruido y buscaba un blanco donde lanzar sus dardos.

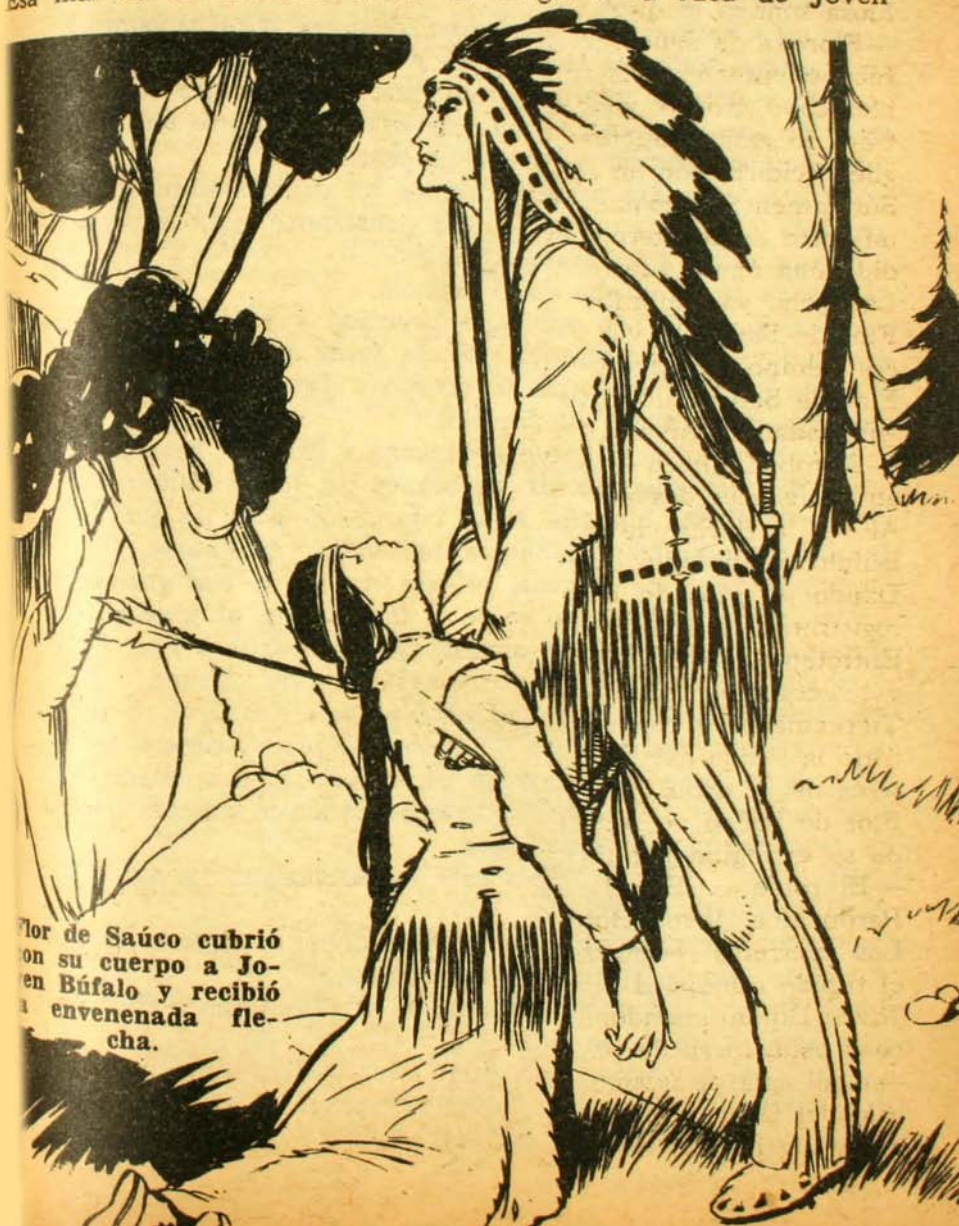
Cuando creyó que ya podía ejecutar su venganza, se ocultó en las selvas próximas al campamento de Joven Búfalo, y desde la espesura acechó el momento propicio para realizar su siniestro plan.

¿Fue coincidencia o designio de la Providencia que Pluma de Aguila escogiera el mismo árbol, bajo cuyo tronco había ocultado Flor de Saúco las pruebas que le entregara al morir el hechicero Chor-Na-Gock? El hecho fue que Pluma de Aguila, oculto entre la empinada copa del roble, esperaba el instante de ejecutar su venganza, sin sospechar que ese árbol fatídico contenía el secreto que daría la felicidad a Joven Búfalo; secreto que la enamorada doncella Flor de Saúco había guardado, a fin de que su amado Joven Búfalo se decidiera por fin a casarse con ella. Pero transcurría el tiempo, y Joven Búfalo, cada vez más triste, apenas si fijaba su vista en la enamorada Flor de Saúco. Sólo le dirigía la palabra para interrogarla una y otra vez sobre

esas pruebas de su nacimiento que debió entregarle Chor-Na-Gock antes de morir.

Flor de Saúco, a pesar de sus remordimientos por haber ocultado la verdad, persistía en su negativa.

Esa mañana la doncella india se dirigía a la ruca de Joven



Flor de Saúco cubrió
con su cuerpo a Jo-
ven Búfalo y recibió
la envenenada fle-
cha.

Búfalo a llevarle un nuevo traje que le había confeccionado. Temía que el gran jefe volviera a interrogarla sobre Chor-Na Gock y las pruebas de su nacimiento.

Joven Búfalo salió a recibirla fuera de su ruca y con una afectuosa sonrisa le dijo:

—Florcita de Saúco, te veo triste. ¿Sufres? ¿Qué te ocurre?

Inconscientemente la mirada de Flor de Saúco se fijó en el roble, cuyo tronco guardaba los preciosos papeles. La doncella trató de sonreír, mientras sus ojos volvían a fijarse en el roble... ¿Se decidiría por fin a revelar su secreto?

Súbitamente la expresión sonriente de su fisonomía se trocó en un gesto de consternación... Su penetrante vista había sorprendido una mano que tendía un arco...

La flecha ya cimbraba en el espacio.

Flor de Saúco la vió venir en dirección a Joven Búfalo. Ya no era tiempo de advertírselo; ya era tarde para salvarle...

Flor de Saúco cubrió con su cuerpo a Joven Búfalo y la flecha envenenada atravesó su hombro.

—El roble, allí en el roble —alcanzó a decir la heroica doncella antes de caer desvanecida en brazos de Joven Búfalo.

Al ver la flecha clavada en el cuerpo de Flor de Saúco, Joven Búfalo comprendió que habían pretendido asesinarle.

Dando el grito de alarma, el jefe ordenó a sus guerreros que registraran el corpulento roble y le trajeran al alevoso asesino. Entretanto, Joven Búfalo alzaba en sus brazos a Flor de Saúco y la recostaba en su propio lecho dentro de la ruca.

Tiernamente y con gran cuidado, el hijo del Gran Espíritu extrajo la flecha del hombro de Flor de Saúco y ordenó a las mujeres de la tribu que trajeran en el acto hierbas medicinales. Flor de Saúco no recobraba el conocimiento; parecía que su vida se extinguía por momentos.

—El roble... En el roble está —balbuceaba la moribunda— Perdóname, Joven Búfalo.

Los guerreros registraron el copudo roble y descubrieron entre el tupido ramaje al hijo de Toro Potente.

Joven Búfalo abandonó un instante su sitio junto a Flor de Saúco y salió fuera de la ruca.

—Aquí está el asesino, ¡oh gran jefe! —dijeron los guerreros al hijo del Gran Espíritu—. Lo encontramos en la copa del roble. Tenía un haz de flechas envenenadas. No hay esperanza de sal

vár a Flor de Saúco. Ordena, gran jefe, la muerte de Pluma de Aguila. Ordena, ¡oh gran jefe!, que le saquemos ese corazón de hiena.

Joven Búfalo, enfurecido, cogió al muchacho del cuello y con su mano izquierda alzó un puñal. Vengaría la muerte de Flor de Saúco al momento. Pero en seguida, Joven Búfalo arrojó el puñal, y, sacudiendo las espaldas de Pluma de Aguila, le dijo:

—Pluma de Aguila, te has convertido en asesino de mujeres. Eres un reptil venenoso que lanzas tus dardos en emboscadas. Tú, hijo del gran jefe Toro Potente, del hombre más valiente de esta comarca, dedicas tu vida a matar inocentes doncellas... El muchacho clavó su mirada en Joven Búfalo y en sus ojos brillaba la valentía que Joven Búfalo había admirado en las pupilas de Toro Potente.

—La doncella Flor de Saúco ha dado su vida por ti —declaró Pluma de Aguila—. La flecha iba destinada a ti, asesino de mi padre. Su sangre clama venganza. Si hoy no he cumplido mi voto, otros lo cumplirán.

—Toro Potente se enfrentaba con el enemigo y no usaba flechas envenenadas —respondió Joven Búfalo—. ¡Llévense lejos a este villano. Si Flor de Saúco muere, su asesino le acompañará a las regiones del Gran Espiritu.

(CONTINUARA)

La doncella yacía moribunda sobre el lecho de Joven Búfalo.





EL TEMPLO DE

CAPITULO IV.—AGUA



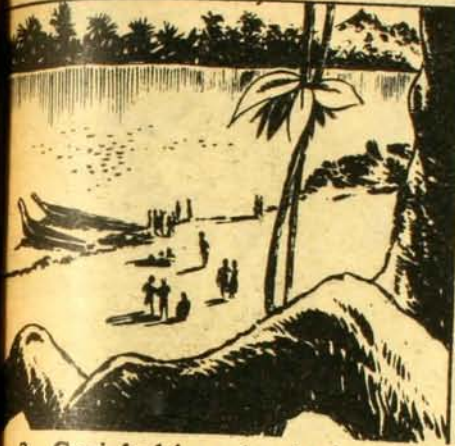
1. La maldición que perseguía a los que buscaban el templo de Rawang Djar no era sólo una leyenda. La expedición de Chambers había afrontado ya varias veces la muerte. El doctor Mabari fue devorado por un cocodrilo. Otro saurio amenazaba a Chambers y Lince Blanco acudió en su auxilio.



2. Sumergiéndose rápidamente, logró hundir su puñal en el cuerpo escamoso. Pero el cocodrilo sólo estaba herido y abrió su hocico enorme que destilaba lodo. En ese instante resonó una detonación. El monstruo del río se retorció con furia y desapareció luego en el agua pantanosa.

RAWANG-DJAR

ENVENENADA



3. Gori había salvado la vida de su amo. Por fin la expedición desembarcó en la ribera opuesta. Un sombrío silencio reinaba en el campamento. El recuerdo del doctor Mabari atormentaba a los exploradores. Lince Blanco llamó a Bani, ayudante del médico desaparecido. Este le informó que Chambers veíase enfermo.



4. "—Le hice una sangría —declaró Bani—. Lo ha atacado una fiebre que no conozco." Con expresión pensativa, Lince Blanco dijo: "—Creo que no estamos lejos del templo. Veamos el mapa. ¿Quién lo dibujó?" Bani repuso: "—El profesor Wayn, que desapareció en la expedición anterior".



EL TEMPLO DE



5. "—No me fío mucho de este plano", insistió Lince Blanco. El calor era sofocante. Estridentes rumores provenían de la selva, causando inquietud a los viajeros. Incluso Lince Blanco, explorador y cazador avezado, sentíase nervioso. Con gesto ausente alzó la cantimplora hasta sus labios.



6. Bani lo detuvo con un grito: "—¡No beba, señor! Después de haber bebido en su cantimplora, el señor Chambers cayó víctima del extraño mal. Démela, para examinar el agua". Cuando el birmano se alejaba, Lince Blanco masculló: "—Este joven doctor está completamente loco". Felton se acercó a él, intrigado.

RAWANG-DJAR



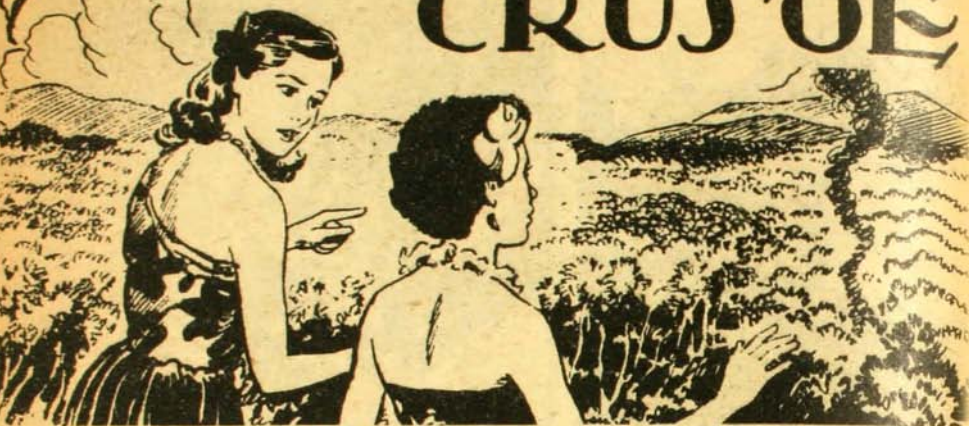
7. Cuando Lince Blanco le repitió las palabras de Bani, Felton dijo secamente: "—Bani ve visiones". Pero las presunciones del birmano eran exactas. Al examinar el agua comprobó que estaba mezclada a un activo veneno. Lince Blanco se sintió inquieto por la salud de Chambers, a quien Bani dio un contraveneno.



8. "—Ese veneno estaba destinado a mí", cavilaba Lince Blanco. Bani asintió en silencio. Repentinamente vibró un grito de espanto. El explorador se levantó para ver qué sucedía y vio a Juan Felton atacado por una pantera. Los verdosos ojos de la fiera destellaban con un salvaje resplandor.

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE



CAPITULO XX.—El altar de Ma-Zara.

Julia Blair y Lani miraban aterradas la columna de humo que se alzaba sobre la selva isleña.

—Tenemos que investigar la causa de esa humareda —indicó la joven rubia, venciendo su temor.

La nativa asintió, sin pronunciar palabra. Su terror era más intenso que el de Julia. Se estremecía al recordar al dios Ma-Zara, cuya figura de arcilla viajó con ellas en el barco misterioso. Ahora yacía en el fondo del lagón, destrozado por una tempestad, pero su poder no había disminuido.

A pesar de sus temores, Lani siguió a Julia a través de la selva. De súbito, abriéndose paso entre la espesa vegetación, apareció ante ellas una silueta pequeña, de dorados cabellos y ojos azules como el cielo de la isla.

—¡Rosita! —exclamaron abismadas.

Observaron que la niña traía en sus manos una especie de fuente sobre la cual se elevaba una brillante llama.

—¿Qué es eso? ¿De dónde vienes?

—Rosita encontró tacitas con fuego —declaró ella, orgullosa de su aventura—. Hay muchas, a los pies de un hombre grande. La fuente contenía líquido. Lani balbuceó:

—Fuego sobre el agua... Gran magia.

—No es agua, Lunes, sino petróleo —explicó Julia—. La taza es de oro y tiene grabadas las mismas flores de la guirnalda.

Rosita condujo a sus amigas hasta un claro de la selva. Allí, sobre una especie de altar, se erguía una estatua de barro. Ante ella ardían numerosas fuentes y cántaros de petróleo.

—De aquí provenía el humo.

—Sí —dijo Lani, pensativa—. Pero la otra columna que divisamos ayer estaba más lejos.

Julia observó:

—Ahora es más necesario que nunca disimular la entrada de nuestro refugio. Los nativos que encendieron estos fuegos no tardarán en descubrirnos. He pensado colocar ese tronco sobre el foso.

—Buena idea —aprobó Lani.

Entre las tres y usando una liana como soga y como grúa, lograron situar el tronco sobre la entrada

Julia se ingenió para mover el pesado tronco.



—Encontré tacitas con fuego —dijo Rosita.



a la gruta submarina. El leopardo Katzi también ayudó, halando la soga con sus dientes. Polly, el papagayo, cooperaba con gritos de animación.

Por fin terminaron la ruda tarea. El pesado tronco disimuló por completo el paso hacia la caverna. Instantes más tarde se hallaban todos en la gruta, preparándose para almorzar.

—Si alguien se acerca, el leopardo nos dará el alerta.

La entrada a la gruta quedó bien disimulada.



ba una multitud, a paso acompasado. Podía oírse el eco de pies desnudos sobre la tierra, el crujir de las ramas secas, el roce de las hojas que se apartaban.

Katzi, con la piel erizada, oía también. Julia acarició su cabeza, para que no rugiera. Polly abrió un ojo y se balanceó inquieto en su percha. También guardaba silencio.

Rosita continuaba durmiendo.

—Indígenas —susurró Julia—. Desfilan por la isla, acercándose. Polly aleteó, haciendo tintinear la corona de oro que pendía del otro extremo de la percha.

Rosita se agitó, como si aquella vibración del oro hubiese penetrado a través de su sueño. Pero después permaneció tranquila.

—No la despertemos —susurró Julia—. Esta noche no nos descubrirán. Al amanecer, partiremos, alejándonos de este lugar peligroso. Ese que marcha en la selva es el pueblo de la Reina Blanca. Los adoradores de Ma-Zara que maldijeron al capitán Jed. No sé si serán pacíficos o feroces. Apenas aclare el día, Lunes, haremos una litera para llevar a Rosita.

Lani inclinó su morena cabeza, en un gesto de afirmación. No se atrevía a hablar.

Hasta muy tarde vibraron aquellos pasos rítmicos, que se apagaban a veces y que luego resonaban con más potencia.

Cerca del alba se restableció el silencio. Julia fue la primera en abandonar la gruta, cautelosamente.

—Yo quiero plátanos de postre. El viejito, bueno trajo bastantes —dijo Rosita.

Se refería al gran orangután, que había conocido el día anterior.

Esa noche dormían apaciblemente cuando Lani despertó alarmada. En el primer instante no supo qué rumor había interrumpido su sueño. Después lo percibió, primero débil y después más profundo.

Julia también despertó. A través de la selva camina-

—Puedes salir, Lunes —
indicó minutos después.

—¿Yo también? —gritó
Rosita—. ¿Nos serviremos

desayuno allá arriba?

—Sí —dijo Lani—. Frutas
y un poco de pan que
amase ayer.

Mientras Rosita saboreaba
su desayuno, Julia y Lani
construyeron una litera.

—¿Es para pasear por el
bosque? —indagó Rosita,
interesada.

—No. Es para irnos. Con-
struiremos nuestra casa en
otro sitio.

—La gruta era bonita.

—Sí, pero no tenía bastante luz, ni aire. Quizás hagamos una ca-
baña sobre un árbol, igual que en la isla del Paraíso.

Esta idea encantó a la rubia niñita. Una hora más tarde cruza-
ban la selva. Julia y Lani llevaban la litera sobre sus hombros.
Rosita, como una princesa selvática, viajaba sobre el palanquín.
De súbito el orangután se unió al grupo. Katzi le dirigió una mi-
rada de aprobación.

Lani despertó alar-
mada.



(CONTINUARA)

El orangután se re-
unió con las viajeras.



El fantasmita



(CONTINUARÁ)



LOS PIRATAS DEL CARIBE



CAPITULO VII ENOS ALIADOS



Esta vez nadie nos interrumpirá, señor marqués.

1. A medianoche, el gobernador de Santo Domingo vio aparecer al Cormorán. El audaz bucanero, rozándolo con su daga, indicó: "—Hasta ahora hemos hablado en términos muy vagos, marqués. Pagadme los cien mil escudos de oro que debéis a los corsarios de la Tortuga... y tal vez acceda a dejaros tranquilo".



Mi daga puede cortaros la otra oreja, gobernador.



¡Quedó quieto!

2. Pointis barbotó: "—¡Es el colmo de la insolencia!" El Cormorán sugirió con una fría sonrisa: "—Nada de gritos. No os mováis ni llaméis. Lo que sucede esta noche es un asunto que quedará entre los dos. Si no pagáis de buen grado, vaciaremos los cofres de vuestra Excelencia con nuestras propias manos..."

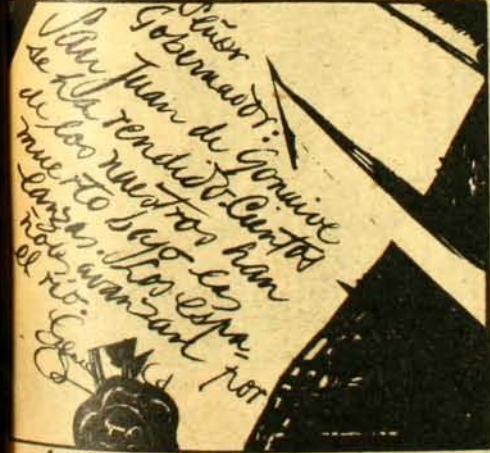


No comprendéis... Estoy arruinado.

3. "—Y sabéis que los corsarios no tienen manos tímidas. Sus garras pueden coger mucho oro y no soltarlo más...", añadió burlescamente. Con un gemido, Pointis balbuceó: "—No puedo pagar. Los españoles están saqueando las villas del Artibonito. Estoy arruinado". El bucanero dijo: "—No tratéis de engañarme".



Leed este mensaje.



Querido Gobernador:
Juan de Gomiove
de la rendición. Cuantos
de los nuestros han
muerto hoy. Los espa-
ñoles están saqueando
el río. ¡Quedó quieto!



4. "—No pretendo engañaros, capitán —repuso el gobernador—. Leed este mensaje." El Cormorán alzó el pergamino con la punta de su daga. Luego de leerlo, su mirada se cruzó con la de Pointis. Este sintió alentar en su corazón una leve esperanza. ¿Lograría que los piratas se convirtieran otra vez en sus aliados?



LOS PIRATAS



Esto retrasa mis planes, pero después volveremos a hablar.



Rindo homenaje a un verdadero gentilhombre.

5. El Cormorán dobló pensativamente el mensaje. Después murmuró: "—No olvido que somos del mismo país y que vuestros soldados no tienen demasiado coraje. Tendré que rechazar a los españoles". Pointis, levantándose, declamó con voz ampulosa: "—Yo sabía que un gentilhombre no se negaría a auxiliarme".



No digáis tonterías!



Ni yo ni mis hombres aceptamos intrusos a bordo.

6. El bucanero interrumpió: "—No soy gentilhombre. Es sólo que el corazón bajo una burda tela vale más que el que tiembla bajo un brillante satén. Mañana reuniré a mis hombres". Pointis propuso: "—Uno de mis oficiales tomará el comando". Pero el Cormorán dijo: "No, marqués. Yo gobierno a mi tripulación".

DEL CARIBE



7. Pointis aceptó con un gesto. En seguida se instaló cómodamente en su asiento y minutos después roncaba sonoramente. El Cormorán descansaba en un sillón. No dormía. Al día siguiente, el señor de Saint Prix, oficial de la guardia, llamó a la puerta y se estremeció al oír una voz extraña que le invitaba a entrar.



Silencio. El gobernador duerme.



8. El Cormorán lo acogió con una cortés sonrisa, mientras decía: "—Monsieur, envainad la espada. ¿No veis que velo el sueño del ilustre gobernador de Santo Domingo?" Detrás de una gran puerta, un hombrecillo alargaba la oreja para escuchar y una silenciosa risa lo sacudía. Era Jacobus, el barbero.

(CONTINUARA)

El Rajá de Narimbay



CAPITULO XI.—La princesa Bengalia.

El doctor, que había acudido al llamado del príncipe de Narimbay, divisó en un rincón de la sala del trono a una dama de extraordinaria belleza tendida en un diván.

El rajá parecía enloquecido de dolor.

—Sálvela, doctor —suplicó el príncipe a Juan de Lupe.

Sin decir una palabra, el médico examinó a la mujer herida e inconsciente. En seguida De Lupe fijó su mirada en Narimbay y le dijo:

—Si la salvo, ¿devolverá usted la libertad a los dos condenados a muerte?

—Sí, sí —respondió el príncipe—, le doy mi palabra. Restañe la sangre por favor o ella se muere.

—Que traigan mi botiquín, gasas y agua hervida —ordenó el médico.

Inmediatamente fue obedecido.

Entonces y sin preocuparse del ciolón que hacía estremecer el palacio, el doctor Juan de Lupe no fue más que un hombre decidido a salvar una vida. Después de colocar varias inyecciones a la paciente, curó las heridas que la bella dama tenía en la espalda y en el pecho.

Tras de una hora, el doctor lanzó un suspiro de satisfacción y dijo al rajá:

—Vivirá.

—Gracias, doctor —murmuró el príncipe, añadiendo con desesperado acento—, no poder besar su frente, sus mejillas, no poder coger su mano . . . Estoy castigado como lo merezco . . . Doctor, vaya a libertar a sus amigos. Adiós, mi buen amigo, usted me encontrará en el sitio donde debo estar, allí donde usted me aconsejó que me encerrara . . .

Un inexplicable dolor torturaba a Narimbay. Estaba vencido y el médico sintió piedad por ese hombre anonadado.

Dejando a Narimbay tumbado en un sillón junto a la bella dama, el doctor dijo al hindú que le había conducido a la sala:

—Diga a Chakal que vaya a libertar a los condenados a muerte.

—Chakal no existe —expresó el hindú—. Fue aplastado por los escombros.

—Entonces vaya usted mismo —ordenó De Lupe.

El criado vaciló hasta que el príncipe de Narimbay, alzando una mano, confirmó esa orden.

Mientras tanto, Odilia y Edmundo aguardaban con valor el momento de su ejecución.

RESUMEN: *Odilia Davranche se contrata como institutriz de la princesa Jazmín, sobrina del rajá de Narimbay. Al llegar a ese lejano país, comprueba la desaparición de su protector, el doctor Juan de Lupe, y descubre que el rajá tiene prisionero a ese médico en su palacio. Odilia refiere a un aviador inglés, Eduardo Worck, los misteriosos sucesos que ocurren y le pide ayuda. Chakal, el confidente de Narimbay, sorprende a Odilia en la parte prohibida del palacio y la aprisiona. Interrogada la prisionera por Narimbay, ésta le confiesa que el doctor De Lupe le pidió que saliera del palacio, porque su vida corría peligro. El príncipe ofrece su libertad a Odilia, si le jura que a nadie dirá dónde se encuentra el doctor De Lupe. La joven se niega a ello. Una semana después la princesa Jazmín oye la voz de Odilia desde la torre y comunica su descubrimiento al piloto aviador Eduardo Worck. Una noche el aviador ataca al carcelero Chakal, liberta al doctor De Lupe y a Odilia y huyen todos hasta el río, pero son otra vez capturados por Chakal. Narimbay condena a muerte a Odilia y al aviador, y encierra de nuevo al doctor De Lupe. De súbito, sobreviene un ciclón que devasta el palacio.*

El ciclón había apagado sus furias y en el palacio la vida parecía recomenzar. Los muros de la celda carcelaria resistieron a los embates del viento y ya no podían pensar en una evasión milagrosa. Seguramente Narimbay recordaría a sus prisioneros y el verdugo no tardaría en llegar.

Bruscamente Odilia se estremeció y murmuró:

—Ya vienen, Edmundo. Ha llegado nuestra hora.

El aviador también escuchó los pasos y cogiendo las manos de su amiga balbuceó:

—Seamos valientes, querida Odilia.

Cuando la puerta se abrió, ambos retrocedieron instintivamente, pero fue el doctor De Lupe quien franqueó el umbral de la habitación.

—Están libres, hijos míos —anunció el doctor.

—¿Por qué milagro? —preguntó Edmundo Worck enjugando el frío sudor que mojaba su frente—. ¿Narimbay nos ha perdonado

**Una bellísima dama
yacía inerte sobre un
diván.**

por su voluntad o la debemos a su intervención, doctor?

—El ciclón los ha salvado...

Odilia ya no tenía necesidad de ser valiente... Perdió sus fuerzas y cayó desvanecida en brazos de su viejo amigo.



Dos días después, nuestros amigos estaban reunidos junto al lecho de la bellísima dama, que ya había recobrado sus sentidos.

La princesita Jazmín se abrazaba a su madre decidida a que nadie la separara de ella.

—Ya que usted me lo permite, doctor —dijo la enferma—, voy a narrarles mi historia. Soy la princesa Bengalia, la madre de Jazmín. Hace siete años, cuando murió mi marido el rajá, me encontré incapaz de gobernar estas tierras y la inmensa fortuna que poseíamos. Tuve entonces la idea de llamar a mi cuñado, el príncipe Narimbay, para que viniera a regentar nuestro reino y ocuparse de nuestra fortuna.

"Conocía muy poco al hermano menor de mi marido. El vivía en Inglaterra y había dilapidado todo su peculio personal.



La princesa Jazmín abrazaba a su madre, la princesa Bengalia.

"Narimbay vino a este palacio y pronto me di cuenta del error que había cometido. Era un individuo egoísta, perezoso, tiránico y violento.

"Cuando exigió que me casara con él, lo rechacé, pero nunca creí que se vengaría tan cruelmente de mí.

"Un día, mientras me paseaba junto al río, Chakal se arrojó sobre mí y me golpeó hasta dejarme sin conocimiento. Cuando recobré los sentidos me hallaba encerrada en un aposento de la torre sur. Narimbay me visitó para decirme que todos en el palacio creían

que yo me había ahogado en el río y declaró que nunca más vería a mi hijita Jazmín.

—Mamacita linda —murmuró la princesita besando a su madre con amor.

—A veces, desde la torre divisaba a mi hija jugando con sus palomas —prosiguió Bengalia—, pero desde la torre ella no podía oír mi voz. El ciclón me libertó de este largo cautiverio... Dicen que Chakal murió aplastado por los escombros y yo casi sucumbí...

—No hable más —insinuó el doctor De Lupe—. Princesa, está usted exhausta.

—Quiero saber quiénes son estos dos jóvenes y también qué hace usted aquí —suplicó la princesa Bengalia.

—Conocí a Narimbay en Jaipur, donde llevaba una vida licenciosa y de placer —explicó De Lupe—. Un día me rogó que visitara a la princesita, que se encontraba enferma, y me pidió que le buscara una institutriz para Jazmín.

—Mamita —interrumpió Jazmín, señalando a Odilia—, ésa es mi *darling*...

—Todo pasó muy bien durante tres años —continuó el doctor De Lupe—, hasta que pocos días antes de la llegada de Odilia Davranche, el príncipe Narimbay me llamó para que le hiciera un examen clínico. Estaba alarmado por unas manchas negras que tenía en el tórax. Mi diagnóstico fue: *LEPRA* y de la más contagiosa.

"Tuve la ingenuidad de decirle que debía internarse en una leprosería —prosiguió Juan de Lupe— y que era mi deber denunciar el caso a las autoridades inglesas.

"—¿Yo internarme en una leprosería? —protestó el príncipe—. De ahí nunca se sale.

"—Se sale cuando se sana —repliqué yo—, pero usted no puede esparcir el contagio en este palacio.

"—Le daré a usted toda mi fortuna si guarda silencio —expresó Narimbay.

"Mi respuesta fue negativa —prosiguió De Lupe—. Dos días antes que llegara Odilia Davranche a Narimbay, el pérfido Chakal, que era el único confidente del príncipe, me asaltó traidoramente por la espalda y me derribó golpeándome en la cabeza. Cuando recobré el conocimiento, me hallaba prisionero en una habitación del lado norte del palacio. Ignoro lo que Narimbay declaró a la policía de Jaipur. Probablemente efectuaron pesquisas que no die-

ron resultado. Chakal era un individuo perverso y cruel y el único que conocía la terrible enfermedad de su amo.

Imagínense ustedes mi desesperación al verme cautivo. Sabía que Narimbay podía transmitir la lepra a los habitantes del palacio, y Odilia, la hija de mi amigo Davranche, estaría expuesta a ese peligro. Por eso cuando Odilia pasó frente a mi ventana, le envié un mensaje aconsejándole que se alejara, porque su vida corría peligro.

—¿Y ese joven, quién es? —preguntó la princesa Bengalia.

—Un aviador inglés —respondió E d m u n d o W o r c k—, obligado a efectuar aquí un aterrizaje forzoso y un condenado a muerte, salvado por el ciclón, según dijo el doctor De Lupe, pero yo creo que hubo otra causa superior.

—En efecto —expresó el doctor—, yo dije a Narimbay que no atendería a la princesa si no nos concedía la libertad.

(CONCLUIRA)



Chakal atacó traicioneramente al doctor Juan de Lupe.

Correspondencia

PATO MARABOLI.—No se desanime si no sale sorteado en los concursos. Alguna vez le llegará la suerte. Son tantas las soluciones que recibimos, que no todos pueden ser premiados. Continúe concursando en su querida revista.

CARMEN YANEZ ARRIAGADA, de Curicó.—Agradecemos sus felicitaciones por el creciente éxito de esta pequeña gran revista "Simbad", que es el ídolo de los niños.

CONSUELO ARRIETA, LUIS PAVEZ, FRESIA TORO, ANA MARIA JAMET.—Lectores santiaguinos que suspiran por "Simbad" y felicitan por la interesante lectura que les ofrecemos. Agradecemos sus entusiastas elogios.

SILVIA BAHAMONDES, de Curicó.—Nos complace que haya recibido su premio. Sea usted una buena propagandista de nuestra revista, como todos los simpáticos curicanos.



MARGARITA STUARDO, de Concepción.—Dice que está aprendiendo a leer y a escribir en la revista "Simbad". Su letra es muy clara y no como otras que recibimos y nos es imposible descifrar las firmas.

HUGO ROSAS, de Tegalua, en la provincia de Llanquihue.—Lamentamos que hasta esa localidad no llegue el "Simbad" con regularidad. Le vendría subscribirse y así aseguraría su revista y no sufriría tanto. **NERI CONTRERAS,** de Tocopilla.—Nos felicita por la revista y por los dibujos del gran dibujante Coré, que damos en el "Hijo del Gran Espíritu". Sus seriales preferidas son "El Hijo del Gran Espíritu" y "Príncipe Valiente".

RAUL GONZALEZ CASTILLO, de Temuco.—Le felicitamos, porque a los diez años es un fiel lector de "Simbad", su maestro y amigo.

LILIA STRANGE, de Puerto Montt.—Es usted una heroína por tener que caminar tanto hasta el correo de Piwonka a buscar esta pequeña gran revista "Simbad". La felicitamos por los honores que recibe en su colegio, los cuales seguramente son muy merecidos.

MARY DE MELEDANDRI, de Traiguén.—Agradecemos sus felicitaciones por esta pequeña gran revista "Simbad", y por los elogiosos recuerdos que nos envía en memoria de otras épocas. Continuamos deleitando a los niños chilenos con lindas seriales.

IRMA ALARCON, FRANCISCO RAMIREZ, ANA MARIA JIMENEZ.—No contestamos antes sus simpáticas cartas, porque el espacio para correspondencia lo ocupaba el resultado del sorteo. Esperamos que hayan obtenido premios.

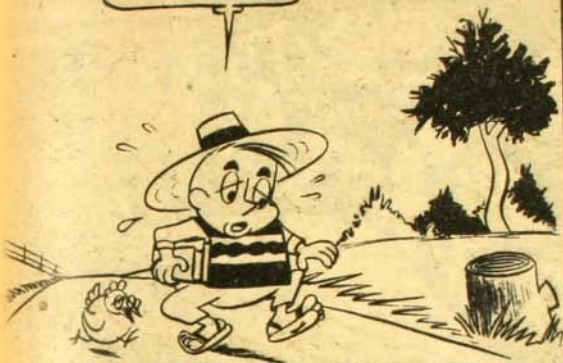
ROXANE.

El lector de "SIMBAD" Juan Arancibia poseía el N.º 18710, que salió premiado con una bicicleta para niño.

Ponchito

Por nato

¡UF! QUE CANSADO ESTOY!



Y PENSAR QUE ME FALTA TANTO PARA LLEGAR A LA ESCUELA TODAVÍA!



¡YA NO PUEDO DAR UN PASO MÁS!



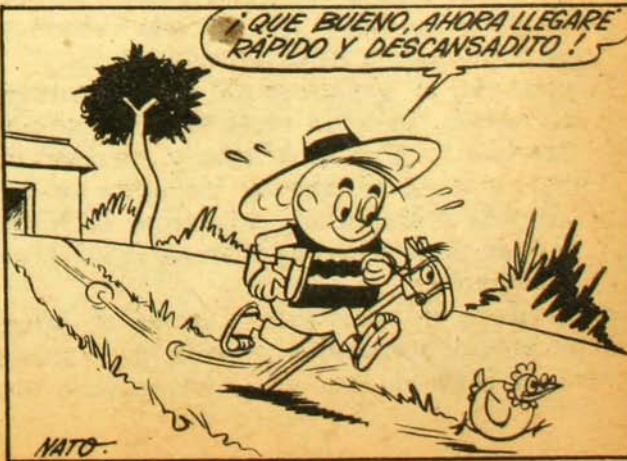
¡AH! ESTOY FRENTE A LA CASA DE MI AMIGO PATOCO!



¡VAYASE A PEDIRLE PRESTADO UN CABALLO!



¡QUE BUENO, AHORA LLEGARE RAPIDO Y DESCANSADITO!



NATO.



CAPITULO XVII.— El
mago Merlín.

El Príncipe Valiente

La bella y perversa hechicera Morgan Le Fey mantenía cautivo a Gauvain, el alegre y andariego caballero del rey Arturo. El príncipe Valiente, que intentó obtener la libertad de Gauvain, cayó también en poder de la maga y desfallecía en una celda, acosado por demonios que la bruja invocó.

Las horrendas criaturas lanzaban alaridos, gritos y risotadas que estremecían de espanto al prisionero. Val se esforzó por dominar su terror, pero finalmente cedió y empezó a gritar cada vez más agudamente, hasta que su voz resonó por todos los corredores como el aullido de la muerte misma.

Gauvain, al oír los gritos de su escudero, tendió la mano hacia la espada. Pero no tenía armas que empuñar. Y en su cámara, Morgan Le Fey escuchaba y sonreía complacida.

Sólo cuando se filtraron los primeros rayos de luz por la ventanilla de la celda, los monstruos se fueron disipando lentamente. Y Val, desprovisto de fuerzas, cayó sobre su camastro y allí quedó temblando.

A pesar de saber que la droga de la bruja estaba mezclada en el escaso alimento y la poca agua que le daban, el príncipe se vería obligado a comer y beber, para no morir de hambre y sed.

Se devanó los sesos para encontrar una escapatoria y al fin concibió un plan.

Atando un zapato a un cordón de lana que logró extraer de su blusa, lo lanzó por la ventana y lo oyó chapotear en el exterior. Sí, su celda estaba casi al nivel de la superficie del pantano. Ahora tenía agua para beber. Con gran disimulo vertía diariamente su vino narcotizado, aunque continuaba fingiéndose muy débil. Su única herramienta era la hebilla metálica de su cinturón. Con ella logró desprender la argamasa que sostenía los barrotes, y una noche tormentosa huyó por la ventana y se dejó caer a las aguas del pantano.

Partió luego al trote largo en dirección a Camelot, que se hallaba a cincuenta y cinco kilómetros de distancia.

Había logrado escapar de la poderosa Morgan Le Fey. No bebió más su filtro mágico, pero simulaba estar bajo su embrujo. Y nadie sospechó que el prisionero pálido que gemía o gritaba atormentado por falsos demonios era en realidad un mancebo astuto que observaba a sus guardianes y que silenciosamente se abría paso hacia la libertad.

Luego de mucho caminar, el fugitivo divisó a la distancia la torre de Merlín.

—Ya que se puede vencer el fuego con el fuego, ¿por qué no combatir la magia con la magia? —reflexionó Val, y se encaminó hacia el castillo del mago.

El sabio Merlín le recibió de inmediato.

Val sabía que la droga de la bruja estaba mezclada al alimento y al agua.





Huyó por la ventana, dejándose caer al pantano.



El fugitivo divisó, a la distancia, la torre de Merlín.

—Puedo ayudarte —expresó el anciano—. Morgan Le Fey es un ser maligno. Si hubieras ido a Camelot y vuelto con fuerzas armadas, ella habría hecho asesinar a Gauvain y lanzado su cadáver al pantano... O tal vez habría convertido el ejército de caballeros en piedras del camino.

El mago consultó en seguida sus antiguos libros.

—Para hacer un encantamiento, debes traerme algo que pertenezca a Le Fey —dijo finalmente.

Examinó con penetrante mirada al joven. Sus ojos, bajo las cejas blancas y pobladas, parecían traspasar a Val.

—¿Te atreverías a regresar al siniestro castillo de Dolorous Garde?

Val sonrió.

—Si es preciso, no vacilaré, mago Merlín. Necesito armas y un caballo fresco.

—Tendrás la armadura y el corcel. Pero también necesitas valor y audacia. Y esas virtudes sólo puedes hallarlas en tu corazón. ¿Estás dispuesto?

Val asintió. El mago le condujo entonces a la sala de armas y de allí a las cuadras, donde un silencioso palafrenero preparó un caballo de piel oscura y ojos llameantes.

Bién armado y jinete en el brioso corcel, Val partió a cumplir su peligrosa misión.

Arribó a Dolorous Garde precisamente cuando salía del castillo una partida de caza. Val siguió al grupo desde lejos, cuidándose de que no le vieran.

Entre los cazadores cabalgaba, altiva y hermosa, la castellana mágica. Sus verdes ojos observaban con frialdad el bos-

que, alzándose por instantes hacia el cielo, en busca de una presa para su halcón. Val se estremeció involuntariamente. Esa mirada gélida se había fijado una vez en él. Para Morgan Le Fey todas las criaturas, fuesen hombres o tímidas aves, eran víctimas.

De súbito Le Fey soltó a su halcón favorito. Por fortuna para Val, tanto el halcón como su presa volaron con rapidez hacia donde se hallaba él.

Considerando que el ave rapaz era la posesión personal de la hechicera más apropiada para que Merlín llevara a cabo sus encantamientos, Val decidió apresarlo antes que pudiera regresar junto a su ama. Dejó entonces de ocultarse y partió al galope por la pradera. A la vista de Le Fey y de sus hombres, asió al ave, envolvió su cabeza con la capa, torció bridas y escapó a galope tendido.

Profiriendo gritos de rabia, los cazadores de la hechicera se lanzaron en su persecución, mientras Morgan Le Fey se preguntaba intrigada cuál sería el significado de tan extraño robo.

Cabalgando con la velocidad del viento, Val llegó a la torre de Merlín y llamó a la puerta con furiosos golpes, pues los cazadores le alcanzaban ya.

Pero Merlín no abrió en seguida. Val gritó entonces a grandes voces. ¿Por qué le dejaba afuera?

(CONTINUARA)



—¿Te atreverías a regresar al siniestro castillo de Dolorous Garde?



¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿EN QUE BATALLA MURIO PEDRO DE VALDIVIA? ¿En la de Tucapel, Curepto o Purén?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. SOLUCION A "SIMBAD" N.º 355. El árbol llamado Araucaria es originario de Chile. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUENTA PESOS: Carmen Arias, Pitrufquén; Marta Yáñez, Rancagua; Roberto Henríquez, Temuco; Manuel Ríos, Casablanca; Pablo Claveric, Temuco; María Morales, Victoria; Berta Ramírez, Contulmo; Fernando Lobos, Santiago; Marta Wiesenfeld, Temuco; Ernesto Díaz, Santiago. SUBSCRIPCION TRIMESTRAL: Amalia Gil, Santiago; Arnoldo Fuentes, Lanco; Sergio Riquelme, Curicó; Luis Ovalle, Talcahuano; Carmen Miranda, Talca; Matilde Aliaga, Chillán. UN ALBUM PARA COLOREAR: Víctor Ramírez, Marruecos; Judith Aguilera, Santiago; Víctor Molina, Viña del Mar; Lucy Lillo, Valparaíso; Eduardo Münzenmayer, Talcahuano; Oscar Torrealba, Cauquenes; Juan Cortés, Santiago; Germán Ruddoff, Loncoche; Germán Rocco, Santiago; Marcos Fluente, Lautaro.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

"SIMBAD" N.º 357

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★ \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-
TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-
MEROSOS LECTORES PARA LA
NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICE-
RAS FUENTE, SUBSCRIPCIONES
A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-
TOS, LAPICES AUTOMATICOS,
PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS
EN DINERO, etc.

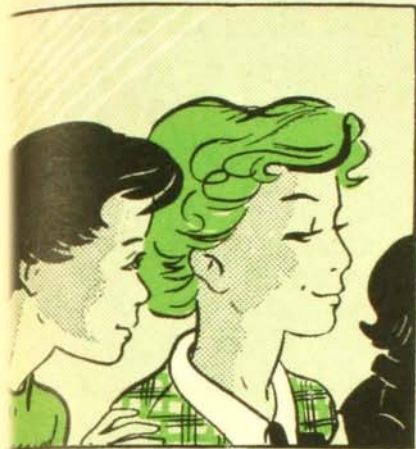


Por cada serie numerada del 1 al
5 recibirás 1 boleto para optar a los
premios que repartirá "SIMBAD"
en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más
boletos obtengas, más probabilidades
tendrás de ganar algunos de estos
magníficos obsequios que te ofrece
"SIMBAD".

CUPON N.º 4 - SERIE N.º 2
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 4 - SERIE N.º 2
4 de julio de 1956.

Betty en el colegio



3. Martina susurró al oído de su compañera de banco: “—Es mejor que dejes ir a “Serafín”. Dotty es capaz de acusarte”. Betty comprendió que su amiga tenía razón. Levantó suavemente la tapa del pupitre y Martina cogió al gato negro, que había cesado de lanzar maullidos.



4. La profesora que, a pesar de usar gruesos anteojos, no veía bien, observó cierto movimiento, y preguntó, sospechosa: “—¿Qué haces, Betty?” Ella repuso: “—Nada, señorita. Busco mi cuaderno”. Mientras tanto el gato pasaba de mano en mano, para que la maestra no lo descubriera.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

N.º 358

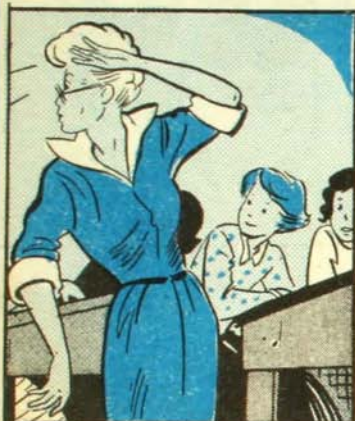
ELENA
FOURER

BETTY EN EL COLEGIO

\$ 20-



Betty en el colegio



CAPITULO IV.—MANCHAS DE TINTA

1. Durante la clase de biología, la señorita Clara había sido interrumpida por un sonoro maullido. Ante el peligro de que la profesora descubriera al gato Serafín, oculto en el escritorio de Betty, las alumnas lo cogían a escondidas, pasando al animalito de mano en mano. Una niña nerviosa lo lanzó lejos.



2. Serafín cayó sobre el escritorio de Dorotea, la "llorona Dotty". El tintero saltó, manchando el cuaderno de Dotty. Ella permaneció aturdida por un instante y luego lloró a gritos. "—¡Oh, mi cuaderno, que estaba sin un borrón! Me muero de pena", gemía desconsolada. Los nervios de Serafín se alteraron con esos chillidos.

(Continúa en la penúltima página.)

EL HIJO DEL GRAN ESPIRITU

CAPITULO XXIX y FINAL.—Joven Búfalo encuentra las pruebas de su nacimiento.

Joven Búfalo, después de mandar a prisión a Pluma de Aguila, volvió al lado de la moribunda Flor de Saúco.

—El Gran Espíritu la reclama —murmuró el médico hechicero—;

Flor de Saúco murió sin revelar su secreto.

antes del atardecer Flor de Saúco estará en las regiones superiores.

Joven Búfalo se hincó cerca del lecho de Flor de Saúco y, mientras la contemplaba, sus ojos se llenaron de lágrimas. Durante dos horas permaneció en esa posición, teniendo entre sus manos las de la agonizante.

Una sola vez abrió los ojos Flor de Saúco y sonrió a su amado jefe. Se advertía que quería hablarle, pero no pudo hacerlo.

—No temas, Flor de Saúco —murmuraba Joven Búfalo, acariciando a la moribunda—. Descansa en paz, no te abandonaré...



Año VII - 11-VII-1956 - N.º 358

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

El hacha filuda se
hundió en el tron-
co del roble.



Al final del día Flor de Saúco murió sin revelar su secreto. Consternado por la pérdida de su buena amiga, Joven Búfalo salió de la ruca y vagó por las selvas durante toda la noche. Dos veces decidió vengar la muerte de la doncella india; pero al

llegar junto a la ruca donde se hallaba prisionero Pluma de Aguila, el joven retrocedió.

Las leyes de los blancos le ordenaban someter a un tribunal de justicia todo asunto criminal.

Pluma de Aguila sería juzgado en el cuartel militar del coronel Cody. Tomada esta decisión, Joven Búfalo envió a Pluma de Aguila al campamento de los blancos y se dedicó a preparar la ceremonia fúnebre de Flor de Saúco. La doncella india fue sepultada con el ritual de los pieles rojas y sobre su tumba cayeron las lágrimas de la tribu que lamentaba dolorosamente su muerte.

El hijo del Gran Espíritu decidió en seguida derribar el corpulento roble que había cobijado en su ramaje al asesino Pluma de Aguila. Lo derribaría él solo, sin la ayuda de nadie.

Cuando llegó al pie del roble con el hacha y cordeles para sujetar los ganchos, los guerreros le ofrecieron ayuda.

—No —dijo Joven Búfalo—, yo lo arrasaré de raíz. Su sombra no volverá a cobijar traidores.

El hacha filuda se hundía en el tronco centenario. Joven Búfalo no cesó en su tarea hasta que el roble cayó derribado. Sólo entonces descansó el vigoroso jefe.

Su deseo de exterminar el árbol hasta sus raíces le hizo remover con sus manos la tierra que las cubría.

De pronto descubrió una bolsita de cuero oculta bajo el tronco.

—Ha descubierto algo —murmuraron los guerreros que presenciaban

Joven Búfalo encontró una bolsa de cuero en la raíz del roble.



el trabajo de su jefe—. Tal vez es un arma sepultada allí por nuestros antepasados.

—Es una bolsa de cuero de venado, de ésas que nuestras mujeres llevan al cuello —indicó otro de los guerreros—. Nuestro jefe la abre y saca algunos objetos de esa bolsa.

En efecto, Joven Búfalo, después de examinar la bolsita de cuero, la reconoció... Era la que llevaba siempre sobre su pecho Flor de Saúco.

Lentamente, como quien examina una reliquia, el joven jefe desató la correa y extrajo de la bolsa tres papeles amarillentos, un medallón de oro y un delgado cuero semejante a los pergaminos antiguos. Este cuero estaba lleno de símbolos, o sea, de la escritura de los pieles rojas.

Atónito ante aquel hallazgo, Joven Búfalo examinó el medallón de oro, que contenía el retrato de una mujer blanca, y en seguida descifró los símbolos del pergamino.

En un instante comprendió que esa bolsa contenía las anheladas pruebas de su nacimiento.

Chor-Na-Gock, el médico hechicero, refería todos los sucesos de la vida de Joven Búfalo desde el momento en que Rayo de Luna le encontró entre los despojos humeantes de una caravana de rostros pálidos; daba cuenta de su consagración como hijo del Gran Espíritu y de su elección como jefe de la tribu de los Pies Ligeros, cuando llegó a su mayor edad. Las tres cartas amarillentas eran del marido de la infeliz mujer que halló su muerte en la caravana incendiada. Aquel individuo era uno de los primeros exploradores de Arizona.

Joven Búfalo creyó que su corazón iba a estallar de alegría. Su vigoroso cuerpo temblaba de emoción. Sus miradas se dirigieron al valle donde Gracia Matheus le aguardaba. Ya podía ir hacia ella; ya podía ocupar su sitio entre los hombres de raza blanca. Esa misma tarde Joven Búfalo se despidió de los pieles rojas. Cuando comenzaba el atardecer, el gallardo mozo descendía la montaña sagrada y corría hacia el rancho de la familia Matheus. Al verle alejarse, las mujeres de la tribu notaron que una paloma blanca seguía desde la altura a Joven Búfalo.

—Esa paloma blanca —dijo una vieja hechicera— es el espíritu de Flor de Saúco que le seguirá siempre.

Pero Joven Búfalo no vio la paloma fiel que le seguía. Sus miradas estaban fijadas en las luces del rancho que cobijaba a su adorada Gracia.

El feliz muchacho entró como un torbellino en el hogar de Zeke Matheus y, mostrando las pruebas de su nacimiento, tendió los brazos a la rubia Gracia, diciéndole:

—Soy de tu misma raza, amada mía. Si me quieres, podremos casarnos...

—Te he querido siempre, amor mío —murmuró la linda joven, rodeando con sus brazos el cuello de Joven Búfalo.

La noticia corrió pronto por todo el campamento de los colonos. Búfalo Bill se ofreció para ser padrino en la boda, a la cual concurrieron no sólo los hombres blancos, sino también todos los guerreros de la antigua tribu de los Pies Ligeros.

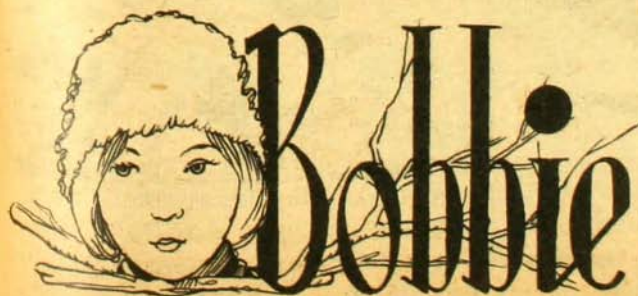
Joven Búfalo quiso conservar ese nombre indígena y construyó una linda casa al pie de la Montaña Sagrada.

Gracia era la más feliz de las esposas. Al cabo de un año tuvieron una preciosa hijita que era el vivo retrato del hijo del Gran Espíritu.

Todo parecía sonreírles, pero, desgraciadamente, aún quedaban aliados de Toro Potente y de Pluma de Aguila, que habían jurado eterna venganza.

FIN

En el próximo número la segunda parte del "Hijo del Gran Espíritu", titulada



Gracia Matheus y Joven Búfalo se casaron y fueron felices.



EL TEMPLO DE

CAPITULO V.—EL



1. Los rugidos de una pantera anunciaron a Lince Blanco que alguien estaba en peligro. Acudió rápidamente y vio a Felton bajo las garras de la fiera. Esta huyó al primer disparo. Felton murmuraba: "—Quiero hablar con Chambers... Yo soy un...". No pudo continuar porque la muerte selló sus labios.



2. Otro integrante de la expedición Chambers desaparecía trágicamente. Al día siguiente fue enterrado con una sencilla ceremonia. Felton participó también de la anterior expedición al templo de Rawang Djar. Sólo él regresó de ese peligroso viaje, pero ahora sucumbía.

RAWANG-DJAR

SECUESTRO DE DORIS



3. La maldición de Rawang Djar se había cumplido una vez más. Pero los exploradores no renunciaron a sus propósitos. En una litera transportaron a Chambers que sufría de una intensa fiebre desde que bebió agua envenenada. "—Se salvará —dijo Bani, médico nativo—. Sólo necesita reposo."



4. Por lo tanto, no podía marchar a través de la jungla birmana. Luego de atravesar una zona pantanosa, los exploradores descubrieron una gigantesca estatua, casi cubierta por la densa vegetación. Lince Blanco indicó: "—Ese ídolo aparece en el mapa. No estamos muy lejos del templo budista. Acamparemos aquí".



EL TEMPLO DE



6. "—Felton nos dio este mapa, afirmando que lo había trazado el profesor Wayn —masculló entre dientes—. Sospecho que contiene señales falsas." El periodista Redan observó: "—Antes de morir, Felton parecía dispuesto a confesar algo. Si era él quien sabotaba la expedición, ya estamos libres de peligro".



5. Cuando las tiendas estuvieron instaladas, el explorador y Jaime Redan decidieron reconocer el terreno, a fin de orientarse. Lince Blanco parecía contrariado.



RAWANG-DJAR



7. Pero cuando regresaron al campamento les aguardaba una grave noticia. Doris Wayn había desaparecido. Al saberlo, Redan palideció. Lince Blanco propuso: "—Gori y yo la buscaremos. Comprendo que deseas ir con nosotros, Redan, pero debes quedarte en el campamento, con el señor Chambers y Bani".



8. Lince Blanco y el malayo Gori eran hábiles rastreadores. No tardaron en descubrir las huellas de varios hombres. Más tarde hallaron enredado entre la maleza un pañuelo que pertenecía a Doris. "—La han secuestrado —caviló el explorador—. Gori, aquí desaparece el rastro. Nos separaremos para buscarla."

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE



CAPITULO XXI. *A través del río.*

Julia Blair, Lani y Rosita, cruzando la tupida selva, llegaron a las riberas de un correntoso río.

—No podremos atravesarlo —murmuró Julia—. Es demasiado profundo y turbulento. No hay tiempo de improvisar una balsa o una embarcación. Lanzarse a nado es una temeridad.

—Nos ahogaríamos —asintió la niña nativa. El leopardo Katzi olfa-

teaba con desconfianza el agua. Polly, el papagayo, chilló:

—¡Peligro de naufragio! ¡Los marineros a tierra!

El orangután emitió unos sonidos guturales.

—El viejito bueno dice algo —advirtió Rosita, interesada por descifrar aquella jerga incomprensible.

La rubia Julia asintió con un gesto distraído.

—Viejito puede cruzar. ¿Sabes cómo? —exclamó Lani—. Por sobre los árboles. Saltando a una rama de la otra ribera.

En efecto, el orangután había solucionado el problema. Julia musitó:

—Está bien para él, que está acostumbrado a viajar por la selva en esa forma aérea. Nosotras quizás lograríamos llegar a la margen opuesta. Pero, ¿y Rosita?

La joven nativa declaró:

—Lani tiene una idea.

Ató en seguida una liana a una flexible palmera. Llevando el otro extremo sobre sus hombros, trepó al árbol. Imprimiéndole un movimiento de balanceo se lanzó al espacio. Con ansiosa mirada, Julia la vio surcar el aire... y cogerse de las ramas de un árbol que crecía en la ribera contraria. Lani había triunfado en su in-

tento. Amarró la liana al tronco, formando un puente. Julia aplaudió:

—¡Espléndido, Lunes!

Viejito actuó con rapidez, cogiendo a Rosita con su largo brazo. Julia, alarmada, intentó detenerlo. Rosita dijo:

—No tengas miedo. El viejito bueno me llevará por el río.

Efectivamente, el orangután la trasportó, cogiéndose de la soga con sus manos libres. Lani recibió con alegría a la niñita. Luego gritó:

—Rápido, amita Julia. Ahora tú y Katzi. Los enemigos se acercan cada vez más.

Se oían más nítidos los cantos de la tribu guerrera que marchaba a través de la isla. De ellos huían las jóvenes, pues ignoraban si el clan era hostil o pacífico.

Julia miró a Katzi, pensativa. ¿Cómo cruzaría el río? La soga no le servía y era arriesgado atravesar los rápidos. Inclínandose, acarició la cabeza de piel manchada y brillante. Katzi confiaba en ella. No podía abandonarlo.

El canto nativo repercutía como un eco fantasmal y bronco. El pueblo de la Reina Blanca estaba muy próximo. De un instante a otro aparecerían los indígenas armados. Julia temblaba de ansiedad. Era preciso que descubriera pronto un método para que Katzi llegara a la otra orilla.

—Julia, ven, antes que sea



Lani recibió con alegría a Rosita.

Katzi confiaba en ella. No podía abandonarlo.



—¡Ven, Julia!
¡Ven, Katzi! —
gritaba Rosita.



tarde —gritó Lani, angustiada.

—Ven, Julia. Ven, Katzi —
añadió Rosita.

Julia desató la liana, anudándola a un tronco que yacía en la ribera. Puso la caja de herramientas en aquella balsa inesperada y llamó a Katzi.

—Sube, Katzi. Pronto.

Al leopardo, como a todos los felinos, le disgustaba el agua. Permaneció indeciso, lanzando un quejoso rugido. El rumor de los rápidos y el

canto nativo resonaban en los oídos de Julia.

—¡Katzi! —repitió—. Ven, gatito.

La tierna palabra, que Julia pronunciaba sólo en algunas ocasiones, encendió un fulgor de agradecimiento en las verdes pupilas del leopardo. Pero continuaba inmóvil.

Y el peligro que venía de la jungla se acercaba cada vez más.

—Gatito, aquí —repitió Julia, suavemente.

Y Katzi se decidió de repente. Con gran agilidad saltó al madero flotante.

—Bien, Katzi. Ahora nos iremos.

Al leopardo, como
a todos los felinos,
le disgustaba el
agua.



Usando una rama como pértiga, Julia impulsó la balsa.

—¿Está bien atada la liana en tu lado, Lunes? —preguntó la rubia joven.

—Sí, amita Julia. Pero ten cuidado. El río es muy caudaloso.

Cuando la sogla quedó tensa, por la fuerza con que el agua arrastraba al madero, Julia la cogió con ambas manos, acortando la distancia. Desde la ribera, Lunes,

Rosita y Viejito la ayudaban. Centímetro a centímetro, la balsa fue aproando hacia tierra.

Por fin, Julia y Katzi pudieron desembarcar. Rosita se abrazó al leopardo, murmurando:

—Valiente Katzi. No tuviste miedo al agua.

Continuaron la huida por la selva, bordeando el río.

—¿Encontraremos una casa? —preguntó Rosita.

—Sí —contestó Julia—. Hallaremos un buen lugar para construir nuestro refugio.

Sonrió a la rubia pequeña, pensando con nostalgia en la isla del Paraíso. Allí vivían sin inquietudes. En ese paraíso isleño formaban una familia feliz. Julia dio a la niña el nombre de Rosita Crusoe. Y ahora reflexionó que el mismo Crusoe se habría admirado de las aventuras que le ocurrían a su heredera.

Y el peligro que venía de la jungla, se acercaba cada vez más.



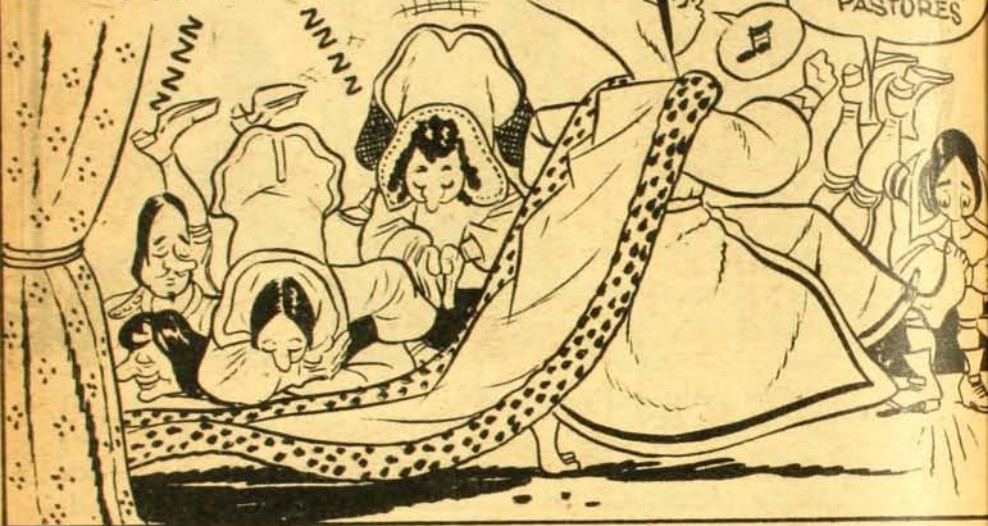
(CONTINUARA)

Por fin Katzi se decidió a saltar.



El fantasmita

COMO NO HA RECIBIDO SUS ZAPATILLAS, LA REINA DECIDE PRESENTARSE A "PATA PELÁ". LOS CORTESANOS SE INCLINAN A SU PASO Y ALGUNOS CAEN DORMIDOS.



CUÉNTAME TUS PENAS PARA REIRME UN POCO



MIENTRAS TANTO, VIENEN CABALGANDO LOS 3 MOSQUETEROS, TARTAGNAN Y EL FANTASMITA





LOS PIRATAS DEL CARIBE



CAPITULO VIII.—EL AL SEÑOR DE SAINT PRIX



¡AHHH! ¡Qué buen descanso!



Ahora iré al puerto



Que el diablo me lleve si entiendo esto!



1. Pointis, gobernador de Santo Domingo, había dormido apaciblemente mientras el corsario Cormorán velaba su sueño. El aristócrata oficial Saint Prix quedó atónito al contemplar tan extraña escena. Pointis explicó: “—He firmado un pacto con el Cormorán, capitán de valientes y audaces. No os asombréis tanto”.

3. Contra ellos lucharían los corsarios. El Cormorán franqueó la salida de la fortaleza, mostrando su salvoconducto, que el oficial de servicio miró estupefacto. Fuera del recinto de palacio, el aventurero se encaminó hacia el muelle. El tiempo apremiaba, pero el paso del Cormorán era tranquilo y despreocupado.



Con esto, nadie os cerrará el paso.



2. El bucanero indicó: “—Ahora bajaré al puerto. Debo preparar a mis hombres”. El gobernador, con una sonrisa complaciente, aunque su corazón destilaba hiel, firmó un salvoconducto. Mientras tanto, en un amarillento desierto, los piqueros españoles observaban los primeros rayos del sol.



Alguien me sigue.



Ha desaparecido.

4. De súbito, con un rápido movimiento, desapareció en una esquina. Entonces otra silueta se delineó en la calle, una figura marcial, cuya actitud cada vez más indecisa provocó una burlona sonrisa del Cormorán. El señor de Saint Prix, oficial del rey, parecía buscar a alguien. Una voz sarcástica lo estremeció.



LOS PIRATAS

DEL CARIBE



¿Me buscáis, Excelencia?



Yo... no os seguía...

5. "—¿Es a mí a quien buscáis, noble señor?" Saint Prix enrojeció al verse sorprendido y su diestra se dirigió a la empuñadura de la espada. La sonrisa del bucanero acentuó su turbación. "—Es la segunda vez que intentáis desenvainar al verme. Si soy vuestro contendor, ésta es la primera noticia que tengo de ello."



6. "—Por cierto que no somos enemigos", protestó Saint Prix, con una débil sonrisa. La risa del Cormorán resonó estruendosa. Saint Prix, pálido, desenvainó por completo. "—Calma —dijo el corsario—. No es ésta ocasión para querellas. Más tarde tal vez tendré el honor de cruzar mi espada con la vuestra."



¡No tolero insolencias!



Pensemos primero en el señor marqués de Pointis.

¡Hum! Tendremos dificultades con estos pisa-verdes.



7. "—El marqués de Pointis necesita ahora nuestros aceros", continuó el Cormorán. Saint Prix, sin responder, se alejó. El bucanero lo contempló. Aquel incidente le demostraba que debía actuar con cautela. Los nobles de Santo Domingo no veían con buenos ojos la alianza del gobernador con los corsarios.



Hay faena, condenadamente difícil.



8. En la nave corsaria, la tripulación esperaba ansiosa a su capitán. Auxiliados por los bucaneros que había en Santo Domingo, recobraron el ánimo y eran de nuevo aventureros ansiosos de correrías. "—Necesito voluntarios", anunció el Cormorán. "—¡Todos nosotros!", gritaron los piratas.

(CONTINUARA)

El RAJÁ de NARIMBAY



CAPITULO XII y FINAL. — La boda de Odilia y Edmundo.

Edmundo Worck y Odilia Davranche, salvados tan milagrosamente de la muerte, escuchaban, sobrecogidos de espanto, la larga narración del doctor Juan de Lupe.

—Como les decía —prosiguió el doctor De Lupe—, yo declaré al príncipe Narimbay que no salvaría a la princesa Bengalia si no les concedía a ustedes la libertad.

—¿Y si Narimbay hubiera rechazado su petición? —preguntó la linda princesa Bengalia.

—Nunca la habría dejado morir, princesa —respondió sonriendo el médico—. Mi profesión me lo prohibía, y, además, ¿cómo abandonar a tan bella dama? Pero Narimbay, cruel y sin piedad como es, pudo pensar que yo era semejante a él. Sin duda, princesa Bengalia, su cuñado tiene por usted un cariño muy profundo, pues por salvarla aceptó internarse en una leprosería.

—Cariño mal entendido —murmuró Bengalia con rencor—. Me tuvo separada de mi hija durante tres años.

—Ahora comprendo la extraña actitud del príncipe Narimbay —expresó Odilia—, en el curso de la visita que me hizo cuando yo estaba prisionera.

—¿Cuál visita? —interrogó el médico.

—El príncipe quiso asegurarse de que usted, doctor, no me había revelado el secreto de su enfermedad —respondió Odilia—. Para obtener tal certeza se acercó a mí con la mano extendida casi me tocó el brazo. Al ver que yo no experimentaba temor, el príncipe murmuró: “Usted nada sabe”, y en seguida me ofreció la libertad.

—¿Por qué no aceptó la libertad? —preguntó Edmundo Worck. Porque el príncipe Narimbay puso por condición que a nadie fuera parte del cautiverio del doctor De Lupe —indicó Odilia.

—Hija mía, cuánta nobleza de tu parte —balbuceó emocionado el doctor Juan de Lupe.

Edmundo Worck también parecía emocionado.

—Odilia —murmuró el aviador—, yo quería..., lo deseo... No sé cómo decirle...

El joven piloto, que había mostrado tanto arrojo y sangre fría en los momentos más trágicos, perdía esta vez todo valor.

La princesa Bengalia comprendió esta cortejada y sonriendo, llena de gracia, declaró:

—Yo creo que el señor aviador desea conversar sin testigos con la señorita Odilia. Diríanse ambos a pasear por las terrazas.

Edmundo y Odilia no se lo hicieron repetir y juntos caminaron hasta la terraza con vista al jardín. El panorama había cambiado totalmente. Los jardines devastados por el ciclón,

—Odilia, ¿quieres casarte conmigo?
—preguntó Edmundo a la joven Davranche.



El doctor De Lupe
decidió que los no-
vios esperaran tres
años más para la
boda.



los árboles tronchados. ofrecían un desolador espectáculo.

—Odilia, eres muy joven —comenzó a decir Edmundo—, apenas sales de la adolescencia, pero yo no puedo callar... Me había propuesto permanecer soltero; la ternura de mi madre me bastaba y sobre todo mi carrera de aviador. Hasta hoy día nunca me atrajo un rostro femenino. Pero todo ha cambiado, mi pequeña Odilia... Deseo casarme contigo, mi amor... Tengo 23 años, pero ser un poco viejo para ti...

Un delicioso rubor sonrojó las mejillas de Odilia.

—No me parecés viejo —dijo sonriendo Odilia—, pero yo soy demasiado joven para pensar en el matrimonio. Tengo por ti mucha estimación y ternura; solamente se trata de una decisión tan seria... Además, querría pedirle consejo al doctor Juan de Lupe.

—Tienes razón —expresó Edmundo—. Me basta con que me des esperanza.



El avión de Edmundo Worck planeaba en el espacio.

—Mi porvenir inmediato es ya un problema —prosiguió Odilia— Tú, Edmundo, regresarás a tu base; Juan de Lupe volverá a ejercer su profesión en Jaipur, y yo ignoro lo que será de mí. ¿Tendré que buscar un nuevo empleo? Tengo a mi cargo a Silvia, mi hermanita menor.

—Eso estaría solucionado en el acto —dijo el impulsivo muchacho—. Silvita viviría con nosotros; pero tienes razón; consulta al doctor De Lupe, que es como tu padre. Vamos a conversar con él. Tal como la princesa Bengalia, el doctor De Lupe había adivinado las intenciones de Edmundo Worck; por lo tanto, no le sorprendió la consulta de los presuntos novios.

—Te agradezco que me consideres como tu padre, hija mía —dijo Juan de Lupe a la joven institutriz—. Me parece que una niña de diecisiete años no está aún calificada para comprometer su porvenir. La vida es larga y fértil en acontecimientos inesperados. Cuando Odilia cumpla veinte años y, si sus sentimientos son los mismos de hoy, entonces pueden casarse.

—¿Tendré que pasar tres años sin ver a Odilia? —preguntó Edmundo.

El aviador decía esto con tal desolación que la princesa Bengalia estalló en risa.

—No, no —dijo De Lupe—, usted, Edmundo, volverá a su base y Odilia...

—Mi querida *miss* se queda aquí —declaró la princesita Jazmín, abrazando a su institutriz—, y usted, señor, se va volando...

—Mi hija ha adivinado mi pensamiento —expresó la princesa Bengalia—. Jazmín debe continuar sus estudios, aprender inglés, francés y modales europeos, y el doctor De Lupe vendrá a visitarnos con frecuencia.

—Bien, princesa —asintió el médico—. Yo procuraré que el príncipe Narimbay sane de su enfermedad y le atenderé con todo cariño. Y usted, mi querido Edmundo, regrese a su base y vuelva con muchos galones y muchos honores a buscar a su prometida.

* * *

Tres años después, bajo un radiante sol, una linda joven, acompañada de la heredera de Narimbay, se situaba en la terraza del palacio.

Esta linda joven era Odilia Davranche, y su acompañante, la princesita Jazmín.

Una blanca barquilla condujo a Odilia y a Edmundo hacia un mundo de amor y de felicidad.



Los destrozos del ciclón habían desaparecido. Un arquitecto famoso construyó la parte derrumbada del palacio. Los jardines esparcían su tropical perfume.

Edmundo Worck y Odilia se amaban cada día más.

—Ya llega el avión —exclamó Odilia, alzando su pañuelo para saludar al aviador que planeaba ya sobre el palacio de Narimbay.

—*Darling*, me vas a dejar sola —murmuró tristemente Jazmín.

—Por poco tiempo —expresó Odilia—. La princesa Bengalia dice que te llevará pronto a mi país para que termines tu educación. Recuerda que hace tantos años que yo no veo a mi hermana Silvia.

El avión descendía rápidamente. Acompañaba a Edmundo Worck el doctor Juan de Lupe, que venía para ser padrino en la boda. Pocos días después, Odilia y Edmundo partían en una blanca barquilla hacia otros mundos, llevando como bagaje su amor y su felicidad.



Correspondencia

GLADYS LAGOS, de Concepción.—Una fiel lectora de "Simbad", que desea sean interminables las seriales que publicamos. Después de su novela favorita "El Rajá de Narimbay", daremos "Rina, la Hija del Gondolero", que es muy interesante.

HELY MUÑOZ, de Palquibudis.—Gran protagonista de "Simbad", en sus extensas propiedades agrícolas, le agradecemos su interés por esta pequeña gran revista "Simbad".

M. EUGENIA PEREZ.—Felicita a Elena Poirier y a Nato por sus dibujos y se queja de no haberse sacado premios. Esperamos que en el futuro tenga mejor suerte.

JOSE ANTONIO ARBEA CELSI.—Entusiasta lector del precioso "Simbad", para él la revista de su predilección, que nunca deja de leer, siendo sus seriales favoritas "Rosita Cruise" "El Príncipe Valiente", "El Hijo del Gran Espíritu" y "El Rajá de Narimbay".

PATRICIA GARCIA.—Lamentamos no poder complacerla, porque el cupón de los sorteos no puede ir fuera de la revista. Trataremos de ver manera de agradaarla en otra forma.

JESUS NAVARRO, de Palquibudis.—Otra admiradora de nuestra revista, que considera la lectura favorita de todos los niños chilenos.

PATRICIO WEBER ESPINOZA, de Valparaíso.—Lamenta no haber enviado cupones para los sorteos, porque no quiere deteriorar su revista. Vamos a tratar de subsanar este asunto.

LUIS RAUL, de San Fernando, y **ALICIA BARAHONA**, de Curicó.—Agradecemos sus felicitaciones por el éxito creciente de esta pequeña gran revista, que algún día agradeceremos.

INES PARDO y **EMA PARDO**, de Puerto Montt.—Le pediremos a Nato que haga una linda tapa, con el retrato de Pelusita y Ponchito.

VICTOR GASTON TEJADA, de Ancud.—Asegura que no puede dar un juicio sobre tal o cual serial de "Simbad", porque todas las encuentra óptimas y educativas. Gracias por sus elogiosos conceptos.

MARINA y **NANCY REYES**, de Chillán.—Entusiastas lectoras de esta pequeña gran revista "Simbad", son grandes propagandistas de ella.

TEOLINDA LLANQUILEO, de Osorno.—Agradecemos sus felicitaciones y nos complace saber que en Osorno se lee mucho el "Simbad". Señal de buen gusto, en esa ciudad tan progresista.

MARIA A. ESTROZA, de Temuco.—Muy buena su idea para charada ilustrada. La publicaremos.

ROXANE

El señor García, padre de la lectora Patricia García Catalán, cobró el N.º 8287, consistente en un hermoso **RADIO**, regalo de nuestro **MAGNO SORTEO DE MAYO**.



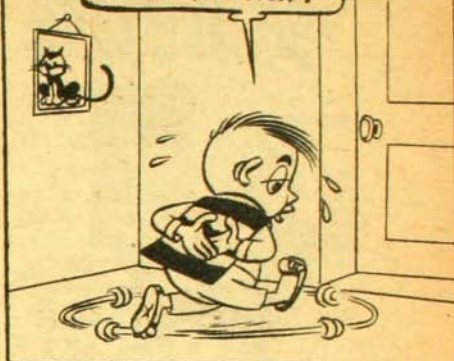
Ponchito

Por nato

¡ESTOY EMBROMADO, ME ESTÁ FALLANDO LA MEMORIA!



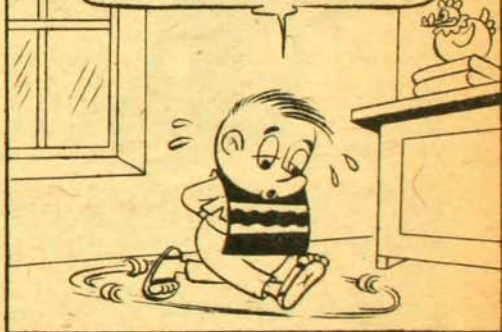
¡OLVIDE HACER MIS TAREAS DE ARITMETICA!



¡PERO EN LA ESCUELA NO ME VAN A CREER Y DIRAN QUE SOY UN FLOJO!



TENGO QUE INVENTAR UNA DISCULPA PARA QUE EL PROFESOR NO ME CASTIGUE!

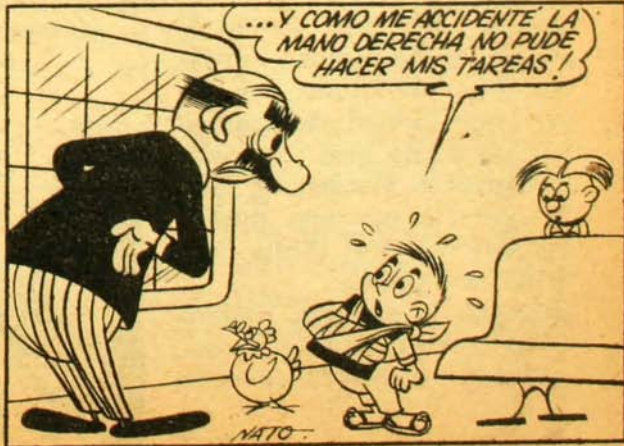


¡AH! ¡YA SE COMO LO HARE!



¡ZAZA! ¡LOCA DUEÑECITA!

...Y COMO ME ACCIDENTE LA MANO DERECHA NO PUDE HACER MIS TAREAS!



El Príncipe Valiente



CAPITULO XVIII.—El encantamiento de Merlín.

El príncipe Valiente se apoderó con increíble audacia de un halcón que pertenecía a la hechicera Morgan Le Fey. Los servidores de la maga lo persiguieron con furia hasta el castillo de Merlín. En vano llamó Val a la sólida puerta. Esta no se abrió y nadie respondía a los gritos de premura del doncel.

Los perseguidores de Val estaban casi sobre él cuando la puerta se abrió bruscamente con resultados asombrosos. No era un portal común, sino una serie de cuatro puertas que estaban situadas como las paletas de una rueda de molino. Al caer hacia atrás la hoja de ma-

dera se levantó el umbral, lanzando a los cazadores de Le Fey hacia el interior y luego a las profundidades de las prisiones del mago.

Val había alcanzado a desenvainar su espada e intercambió con sus agresores una lluvia de rápidas estocadas. Pero de súbito, los adversarios habían desaparecido. Merlín no hizo funcionar el ingenioso mecanismo hasta que vio por una mirilla especial que Val estaba fuera de la trampa.

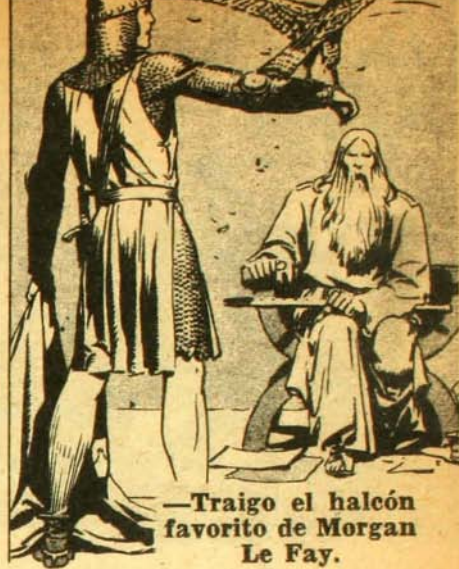
Libre ya la entrada, Valiente se presentó ante el mago. —Traigo el halcón favorito

Val había alcanzado a desenvainar su espada.





Los asaltantes desaparecieron en la puerta giratoria.



—Traigo el halcón favorito de Morgan Le Fay.

de Morgan Le Fey —anunció, ofreciendo el ave a Merlín. Este observó al halcón que se equilibraba sobre el brazo del príncipe.

—Bien —aprobó—. Es apropiado para mi magia.

Mientras el hechicero preparaba sus encantamientos contra Morgan Le Fey, Valiente recorrió los jardines del castillo. Su pensamiento no se apartaba de la bella Ilene, hija del gentilhomme de Branvin. Se separó de ella al acudir en auxilio del caballero Gauvain, cautivo de la pérfida Le Fey. Cuando libertara a Gauvain cabalgaría ansiosamente de regreso al castillo de Branvin, para luchar por Ilene, prometida al príncipe Arn.

—Arn, jamás te he visto, no conozco las líneas de tu rostro, ni el temple de tu corazón ni la fuerza de tu mano, pero eres mi enemigo y te venceré —murmuró con voz apagada—. Jamás renunciaré a Ilene, aunque haya un pergamino firmado que la promete a ti como esposa.

Val caminaba tan absorto en sus ideas, que no le distrajeran ni siquiera el dragón domesticado, las hadas del jardín ni las flores de singular belleza que había por doquier.

Cuando Morgan Le Fey supo a quién había entregado Val el halcón que le robara, se sintió dominada por el temor, pues su magia no podía compararse con la de Merlín.

—Maldito escudero —decía, con los ojos encendidos de furia—. Si logro tenerle otra vez en mis manos...



Los fantasmas aterrizaban a la hechicera.

Pero era difícil que Val cayera nuevamente en su poder. Por otra parte, Merlín lo protegía.

Se inició entonces para Morgan Le Fey un período de terror. A medianoche se introducían en su aposento los fantasmas conjurados por Merlín desde las regiones de la noche y la muerte eternas.

Su hechicería no fue lo bastante intensa como para alejar los demonios que se agrupaban a su alrededor y no la dejaban dormir ni descansar. Así torturó ella antes a Valiente, cuando el joven yacía prisionero en una celda. Ahora sufría igual tormento. En vano intentaba cerrar los ojos para no ver las visiones horribles, o cubrirse los oídos para no percibir el agudo aullar, las risas y los chillidos.

Merlín llamó entonces a Val y le dijo:

—Preséntate ahora ante Morgan Le Fey y dile que no volverá a tener un momento de paz hasta que tú y Sir Gauvain regresen sanos y salvos a este castillo.

Así el príncipe se dirigió de nuevo hacia Dolorous Garde. Al llegar a la puerta fue detenido y llevado a presencia de la encolezada hechicera. Y aunque ella hubiera deseado condenarle a una muerte lenta y cruel, no se atrevió a seguir desafiando a Merlín. Por lo tanto, devolvió la libertad a Gauvain.

—Noble dama —le dijo él, con una profunda reverencia mientras relampagueaba en sus labios una burlona sonrisa—, habéis perdido un posible marido, pero yo he ganado una vida: la mía.

¿Y no os parece —agregó riendo abiertamente— que mi escudero es incomparable? Ya veis que me salvó de la prisión. También me salvó de la muerte. Y ahora, ¡que Dios le bendiga!, acaba de salvarme del matrimonio.

Morgan Le Fey temblaba de furor. No respondió una sola palabra. Sus ojos verdes y fríos miraron por última vez la faz alegre e insolente de Gauvain, y cuando él se alejó con andar galano, aspirando el aire de la libertad, la hechicera crispó sus manos blancas y finas. Gauvain se iba para siempre. Ningún embrujo de Morgan Le Fey lograría atraerlo de nuevo al siniestro castillo de Dolorous Garde.

Cuando los dos amigos salieron del pantano, en el cual se alzaba la fortaleza de la maga, Val dejó un talismán en el camino, para impedir que le siguieran los silenciosos servidores de Morgan Le Fey.

Mientras se encaminaban hacia la torre de Merlín, Gauvain fue cantando alegremente para celebrar el fin de su cautiverio. Val se encerró en un sombrío mutismo.

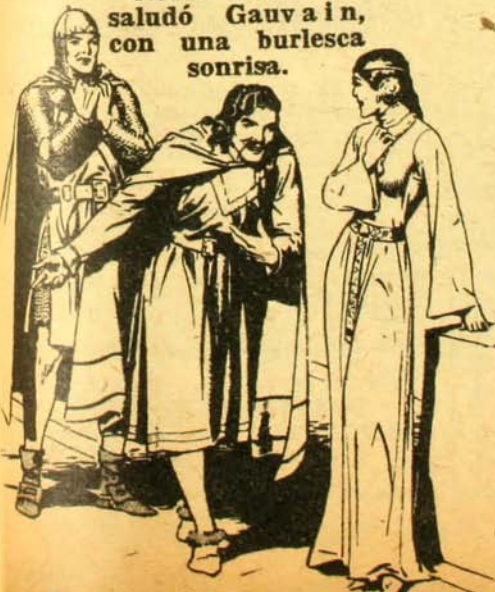
Advirtiendo aquel silencio, Gauvain preguntó:

—Dime, Val, ¿tienes alguna pena?

El príncipe asintió, con un profundo suspiro. Gauvain le miró extrañado. ¿Qué significaba tal desaliento en un doncel esforzado y audaz? Penas del corazón, sin duda.

(CONTINUARA) Val dejó un talismán en el camino.

—Noble dama —
saludó Gauvain,
con una burlesca
sonrisa.



¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿EN QUE ISLA SE CREE QUE VIVIO ROBINSON CRUSOE?

¿En la isla de Rapa-Nui, Juan Fernández o en la isla de Tahití?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 356: Alaska pertenece a Estados Unidos. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** Luis Ovalle, Talcahuano; Gladys Fernández, Carahue; Maristella Hirsch, Stgo.; Arturo Corrión, Stgo.; David López, Los Andes; Sylvia Troncoso, Linares; María Pablos, Quillota; Claudio Gómez, Cauquenes; Rosa Ruiz, Villá Alegre de Loncomilla; Oscar Martínez, Cañete. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Víctor Toledo, La Unión; Dinko Arneric, Viña del Mar; Víctor Molina, Viña del Mar; Maris Díaz, Angol; Claudio Roa, Angol; Marcia González, Talca. **UN LIBRO:** Mercedes Ugarte, Stgo.; Guillermo Ahumada, Stgo.; Carmen Pérez, Stgo.; Patricia Anáns, Quillota; Mauricio Cereceda, Recreo; Eugenio Zamudio, Stgo.; Cecilia Díaz, Limaché; Laura Díaz, Stgo.; Ester Parodi, Stgo., y Luis Jaque, Constitución.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

"SIMBAD" N.º 358

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★ \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 5 - SERIE N.º 2
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 5 - SERIE N.º 2
11 de julio de 1956



Betty en el colegio



3. Lanzó un maullido furioso, como si protestara: "¿Qué es un vulgar cuaderno al lado de mi piel manchada de tinta?" Brincó de un escritorio a otro, rociando tinta, hasta que Betty logró cogerlo de la cola. "—Cálmate, gato revoltoso. Regresa junto a tu ama y arrepiéntete de tu mal genio".



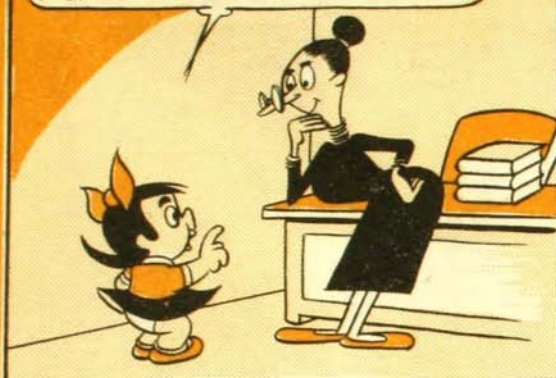
4. Lo lanzó hacia la puerta justo en el instante en que aparecía madame Chardin, directora del internado Santa Teresa. La señorita Clara estaba próxima a sufrir un desmayo. La directora vio un gato volador que se dirigía hacia ella y alcanzó a retirarse. Muy ofendido, Serafín huyó por el pasillo.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO

¡OIGA SEÑORITA PALILLO !..



...¿ PUEDO HACERLE UNA PREGUNTA ?



¡ COMO NO, PELUSITA !
¿ DE QUE SE TRATA ?



¿ EN EL POLO HAY MUCHAS ESCUELAS ?



¡ NO ! ¿ DE DONDE SACASTE ESO ?



¡ COMO DICEN QUE HAY MUCHOS BANCOS DE HIELO !



Simbad

\$ 20.-

N.º 359

BOBBIE





Betty en el colegio



CAPITULO V.—BOMBARDEO EN EL DORMITORIO

1. Después del desorden que hubo en la sala de clases porque Betty había escondido en su escritorio al gato Serafín, la inspectora Gérard dijo a la directora del internado: “—Esa niña es incorregible”. Madame Chardin repuso: “—Es natural que el primer día esté nerviosa. Una noche de descanso la calmará”.



2. Esperar que Betty estuviera durmiendo como un ángel era demasiado optimismo. La pícara niña había organizado una batalla en el dormitorio, y los almohadones volaban por el aire, mientras la pequeña Dotty, la llorona del colegio, gimoteaba: “—Yo pido que se firme la paz. Quiero dormir”.

(Continúa en la penúltima página.)

Bobbie

CAPITULO I — *La hija de Joven Búfalo.*

Daniel Dracke bus-
caba su camino por
la montaña nevada.

Daniel Dracke buscaba con dificultad su camino por la falda de la montaña enteramente nevada.

Había salido el día anterior a explorar una mina de oro y un temporal de nieve le obligó a pernoctar en una cueva cercana al campamento de los sioux.

Con precaución y temiendo resbalar a cada momento hacia un precipicio, Daniel Dracke buscaba el camino al rancho solitario que había construido a inmediaciones del territorio indígena.



Año VII - 18-VII-1956 - N.º 359

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

—¿Qué hacen esos indios corriendo como manadas de lobos hambrientos? —murmuró el explorador—. A la cabeza de esa columna divisó a Aguila Negra.

Intrigado por aquella incursión de los pieles rojas fuera de su territorio, Daniel Drake se deslizó por entre las selvas nevadas. Otro grupo de pieles rojas salía al encuentro del jefe de los sioux. —¿Qué llevará en sus brazos el terrible Aguila Negra? —se dijo más y más intrigado el explorador.

Acostumbrado a cruzar sin hacer ruido las selvas indígenas, Daniel Drake fue acercándose al grupo de pieles rojas, que parecían tener un gran consejo en medio de los bosques.

—Juraría que los indios han asaltado algún rancho de colonos europeos y traen un botín importante... Pero, ¿qué puede ser? El llanto de un niño llegó a los oídos de Drake.

—Un niño, un bebé —murmuró Daniel Drake—. Seguramente Aguila Negra lo ha raptado en algún rancho...

Intrigado por aquel suceso, el explorador decidió seguir las huellas de los indios hasta el campamento.



**El jefe Aguila Negra
alzaba en sus brazos
a la hija de Joven
Búfalo.**

En un semicírculo, rodeado de rucas, se hallaba el jefe de los sioux con una criatura de pocos meses en sus brazos...

—Guerreros —exclamó el sanguinario Aguila Negra—, he aquí a la hija de Joven Búfalo y de Gracia Matheus; el falso Hijo del Gran Espíritu, el asesino de Toro Potente, el que ha entregado a los rostros pálidos al joven Pluma de Aguila. Joven Búfalo odiaba y despreciaba a nuestra raza... Esta será nuestra venganza. Su hija olvidará a sus padres, crecerá como una doncella in-



Cuando todos dormían, Daniel Dracke se arrastró hasta la ruca.

dia y aprenderá a odiar y a despreciar a los blancos. A su tiempo se casará con mi hijo Pies de Venado.

—¡Aguila Negra! —gritó el segundo jefe de los sioux—, has obrado bien.

Un grito de triunfo brotó de las gargantas de todos los guerreros. La niña prisionera, como protestando de su suerte, lanzó un lastimero gemido que conmovió el corazón de Daniel Dracke.

Aguila Negra entregó la niña a una india y ésta se introdujo con ella en una ruca.

Los guerreros se dispersaron, entrando algunos a sus rucas y otros se agruparon en torno a las fogatas.

Daniel Dracke esperó que llegara la noche y, cuando todos dormían, se arrastró como una sombra hasta la ruca donde se encontraba la hija de Joven Búfalo y de Gracia Matheus. Reposaba

la niña en un pequeño lecho de pieles de búfalo, cubierta aún con las mantillas rosadas y la gorrita de encaje que su madre le había confeccionado.

El explorador la cogió suavemente en sus brazos y huyó con ella hacia los bosques... Desgraciadamente, la niña despertó sobresaltada y rompió a llorar.

El llanto de la niña fue escuchado por los pieles rojas, quienes, dando la voz de alarma, se lanzaron en persecución de Daniel Dracke. Aguila Negra vociferaba como un loco animando a los perseguidores del fugitivo.

Flechas vibraban en el aire y gritos de guerra turbaban el silencio de las selvas. La obscuridad permitió a Daniel Dracke burlar a sus enemigos y al amanecer llegó a la pequeña ciudad de Cedar. Entrando en una de las casas de esa aldea, recién fundada por los rancheros europeos, Daniel Dracke llamó a su hermana.

—Catalina —dijo el explorador a una mujer joven aún y de simpática fisonomía—, te traigo un regalo.

—Un bebé —exclamó Catalina, cogiendo en sus brazos a la linda chiquitina—. ¿Quién es? ¿Qué significa este regalo?

Daniel refirió a su hermana el rapto de la hija de Joven Búfalo.

—Conocí a ese joven, cuya historia novelesca se publicó en todos los diarios de Manhattan y de San Antonio —expresó Daniel Dracke—, pero ignoraba que Joven Búfalo, o, mejor dicho, el cow-boy Toro, tuviera una hija. Supe que se casó con la rubia Gracia Matheus el año pasado. Pero ellos vivían en el territorio de Arizona y me asombra que Aguila Negra haya podido raptar a esta niña y traerla hasta aquí. Estamos a más de doscientos kilómetros de distancia.

Mientras conversaban los dos hermanos, la niña dormía plácidamente en el regazo de Catalina.

—¿Quieres servirle de madre, hermana mía? —preguntó Daniel Dracke.

—Sí, Daniel —replicó la buena mujer—. ¿Cómo la llamaremos? En el babero hay bordado un nombre... Roberta...

—No la llamaremos Roberta, sino BOBBIE —dijo Daniel.

—Pero Bobbie es nombre de muchacho —insinuó Catalina.

—Y como muchacho debe crecer —dijo Daniel—. Escucha, Catalina, yo conozco a los indios. Aguila Negra continuará buscando a la hija de Joven Búfalo. Son muy porfiados en sus venganzas... Para despistarlos es preciso que la vistamos como hom-

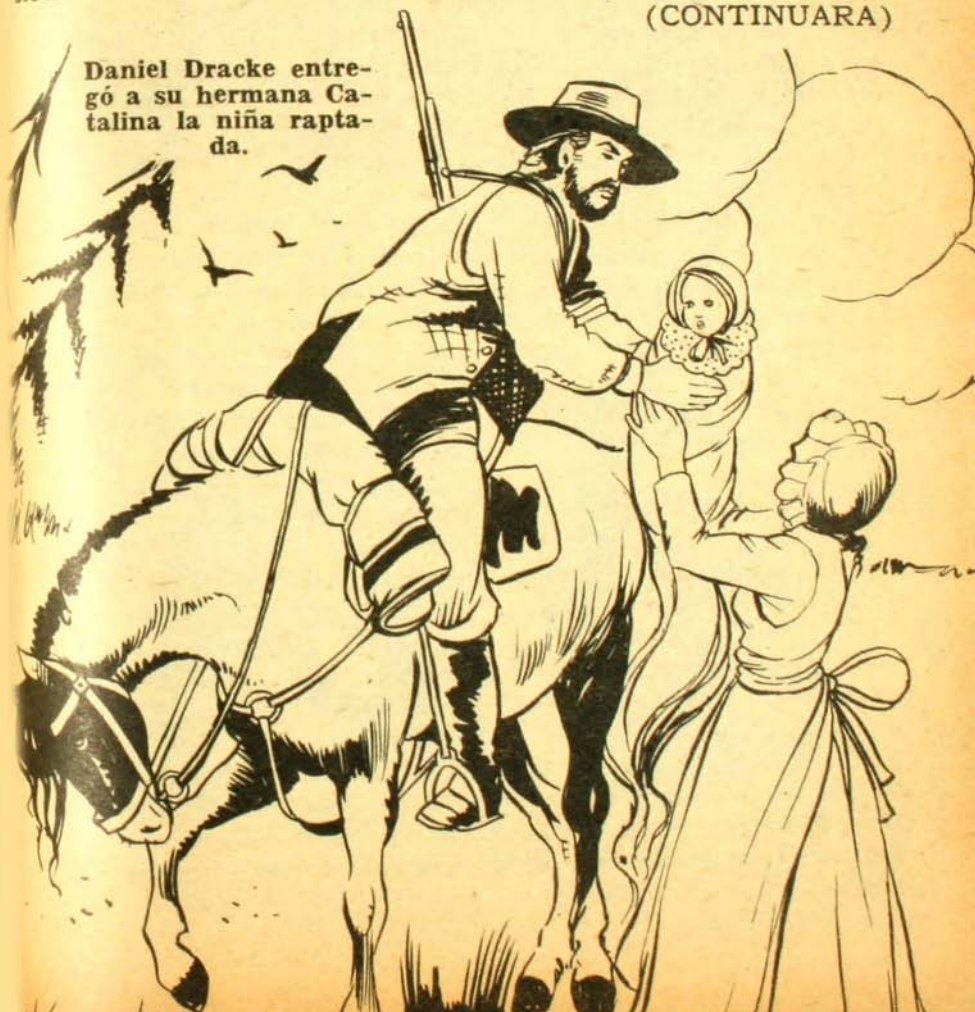
brecito. Es la única salvación para ella. También tendremos que adiestrarla en los ejercicios físicos, en el manejo de las armas. En fin, debe ser vigorosa y alerta como su padre y gentil como su madre, la encantadora Gracia Matheus.

Y así creció la hermosa hija de Joven Búfalo, convertida en un precioso niño de ojos azules, cabellos negros y robusta contextura.

Nadie en el mundo, salvo Daniel Dracke y Catalina, conocía el origen de Bobbie. Como vivían a larga distancia del territorio de Arizona, no pudieron conocer la trágica suerte de Joven Búfalo y Gracia Matheus, pero calculaban que los indios de la tribu sioux les habrían asesinado sin duda cuando les raptaron la hija.

(CONTINUARA)

Daniel Dracke entregó a su hermana Catalina la niña raptada.





EL TEMPLO DE

CAPITULO VI.—HAB



1. El cazador Lince Blanco y Gori, su ayudante malayo, rastrea-
ban la jungla birmana en busca de Doris Wayn. Sospechaban
que había sido raptada por los misteriosos guardianes de Rawang
Djar. En un lugar en que las huellas desaparecían, ambos caza-
dores se separaron. De súbito, Lince cayó a un foso.



2. Gori exploró la selva sin encontrar nuevos indicios. Entonces
decidió regresar sobre sus pasos. Al no hallar a su amo, se sintió
inquieto. Después de una inútil búsqueda, llamó a voces al caza-
dor. Sólo el chillido de algún ave le respondió, como un eco dis-
tante y burlón.

RAWANG-DJAR



ANTES DEL TEMPLO



3. No había rastros sobre la tierra cubierta de hojas, lianas y re-
torcidas raíces. Gori pasó cerca del foso donde yacía Lince Blan-
co, sin verlo. Finalmente, regresó al campamento. Jaime Redan
se precipitó a su encuentro. "—¿Dónde está Lince Blanco?", in-
terrogó, pálido de ansiedad.



4. "—No sé", repuso Gori con desaliento. Bani atendía al sabio
Chambers, que deliraba poseído de intensa fiebre. Redan lo ob-
servó con sombría expresión. Recordaba la profecía de los mon-
jes budistas: "Una terrible maldición persigue a los que se acer-
can al templo de Rawang Djar..."



EL TEMPLO DE



5. Tal vez era verdad. La expedición Chambers estaba reducida ahora a sólo tres personas: Chambers, Bani y él. Los demás habían muerto o desaparecido. Gori, como si leyera sus pensamientos, murmuró: "—No pierda la fe, señor Redan. Lince Blanco volverá". Veamos ahora qué sucedió al cazador.



6. Al recobrar el conocimiento, se encontró en una sala de paredes húmedas. Un dolor intenso latía en sus sienes. De súbito una puerta se abrió, rechinando, y un desconocido lo saludó: "—Buenos días, Lince Blanco. Me llamo Zeldar. Hay alguien que desea hablarle en seguida".

RAWANG-DJAR



7. Otro hombre se presentó, y Lince Blanco apenas pudo contener un gesto de asombro. Era Welles, el plantador que les dio hospedaje, cuando la expedición se detuvo en Taungy. Con una sarcástica sonrisa, Welles dijo: "—Su estada en el templo de Rawang Djar será menos placentera que en mi casa de Taungy".



8. Sacudiendo la ceniza de su cigarro, continuó: "—Apenas me recordaba, ¿eh? A veces bajo un personaje sencillo o de apariencia bondadosa se oculta un hombre temible... Digamos el jefe de una secta poderosa, la secta del Buda Verde, que se dedica al espionaje y al contrabando de armas. Interesante, ¿verdad?"

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE

CAPITULO XXII.—*El casti- llo de bambú.*

Rosita y Lani atraían con todas sus fuerzas al flotante madero sobre el cual surcaban el río Julia Blair y el leopardo Katzi. Por fin, la improvisada balsa varó sobre la arena.

Rosita Crusoe se lanzó a los brazos de la rubia Julia y después acarició la cabeza de Katzi, diciendo: —Eres muy valiente. Rosita te admira.

Polly, el papagayo, chilló:

—¡Hemos llegado a buen puerto! ¡Pasó la tormenta!

Lani y Julia se estrecharon las manos con silenciosa alegría. En seguida, reanudaron su marcha por la ribera. Huían de unos nativos que cruzaban la isla, entonando sus cantos sagrados y extraños.

De pronto llegaron a un lugar donde el río se dividía en dos brazos. Julia exclamó:

—¡Oh, miren! Allí tenemos un refugio perfecto.

Señalaba un islote, cubierto de vegetación.

Lani observó, pensativa:

—El río es muy correntoso. Tendríamos que nadar hasta el islote.

Rosita preguntaba a su leopardo:

—¿Te gusta esa isleta, Katzi?

—Haremos un puente —decidió Julia.

—Pero, amita, si el pueblo de la Reina Blanca pasa por aquí, lo verá.

—Haremos un puente levadizo —sonrió la joven rubia—. Y nadie podrá atacar nuestro castillo medieval. Es maravilloso que hayamos traído la caja de herramientas. Pronto, Lani, a trabajar. Con gran rapidez, construyeron el puente con sólidas cañas, mien-



tras Rosita y Katzi desprendían lianas y enredaderas. Con ellas cubrirían el puente, a fin de disimularlo. Cuando estuvo terminado, sosteniéndolo con una sogá, lo dejaron caer sobre la ribera del islote. Antes de cruzarlo, recogieron frutas y bayas, para desayunar en su nueva tierra.

—Polly llegó primero que nosotros —dijo Rosita al ver que el papagayo sobrevolaba el islote.

Dejando a Rosita y a sus amigos en un claro de la pequeña selva, Julia y Lani se dedicaron a alzar el puente, usando lianas y, como soporte, la rama de un árbol. Las enredaderas evitaban que el puente fuera visto desde la ribera opuesta.

Minutos después, saboreaban las frutas.

—¿Cómo se llamará nuestra casa? —preguntó Rosita.

—El Castillo de Bambú —repuso Julia.

De pronto Rosita, mirando a través del follaje, anunció:

—Vienen unos hombres muy extraños. ¿Quiénes son?

Julia y Lani sintieron que su corazón cesaba de latir.

—Silencio, Rosita —murmuraron—. Tenemos que permanecer ocultas para que no nos vean.

Rosita y el leopardo
Katzi ayudaron a
cortar enredaderas.

Construiremos un
puente levadizo —de-
cidió Julia.



—¿Son hombres malvados? —insistió la niña mientras una expresión de temor aparecía en sus azules ojos.

—No, Rosita. Pero es mejor que no nos descubran.

Los nativos aparecieron finalmente. Sostenían lanzas y espadas. El que marchaba a la vanguardia enarbolaba una especie de insignia, formada por una corona de oro y, sobre ella, un ave con las alas desplegadas.

Advirtiendo que las lágrimas asomaban a los ojos de Rosita, Julia agregó:

—No te asustes. Estamos jugando a las escondidas con esos negritos. ¿Ves? Si ellos pasan, sin descubrirnos, ganaremos el juego.

—Y si divisan el puente y llegan hasta acá, los asustaremos con

Cruzando aquel
puente, llegarían al
isloté.



un chillido —rió la niña, olvidando su temor—. A Katzi le agrada-
rá hacerlos correr.

—Sí —murmuró Julia, cruzando su mirada con la de Laní. Vio
que la joven isleña temblaba de espanto.

El ejército se acercaba cada vez más. Julia estudió los semblantes
oscuros, a fin de saber si esos hombres eran feroces o pacíficos.
Pero los rostros veíanse impenetrables, como una máscara negra.
La mirada no expresaba ni emociones ni recelo. El canto conti-
nuaba elevándose, monótono y bronco. Julia temió que aquellas
voces alarmaran a Rosita, pero la niña permanecía ahora tran-
quila.

—Todavía no nos ven —susurró, con un gesto de picardía.

Lani temblaba. Los nativos eran adoradores del dios Ma-Zara. Ese enigmático dios que viajó con ellas en el barco del capitán Jed. Pensó que Jed y su tripulación yacían en el mar, o tal vez murieron en un altar de Ma-Zara. El pueblo de la Reina Blanca anunció Rosita.

se había vengado de ellos, porque profanaron a su ídolo.

—Amita, ¿crees que nos buscan? —dijo Lani en voz baja para que Rosita no la oyera.

—No sé, Lani. Es posible que hayan visto nuestras huellas. Pero por su actitud no parece que persiguieran a alguien. No se inclinan en busca de rastros, ni observan a su alrededor. Sin embargo, han venido marchando detrás de nosotras. ¿Hacia dónde se dirigen? ¿Qué buscan?

Respiraron aliviadas al ver que el ejército pasaba sin detenerse.

—Se han ido. Gracias a Dios —suspiró Julia.

Lani susurró:

—Llevaban una corona como la de Rosita.

—Es verdad —asintió Julia, pensativa—. Esa corona fue robada por el capitán Jed. Si la sorprenden en nuestro poder, creerán que somos cómplices del robo. La esconderemos.

Cuando quiso cogerla, protestó llorosa:

—Rosita estará triste sin su corona.

(CONTINUARA)



—Vienen unos hombres muy extraños —anunció Rosita.

Se han ido. Gracias a Dios.



El fantasmita

TARTAGNIAN LLEGÓ MUY A TIEMPO CON LAS ZAPATILLAS DE LA REINA.



¡PASO A MI MAJESTAD!

AQUÍ ESTÁ LA REINA CON SUS LINDAS CHALUPAS. ¿QUÉ ME DECÍAIS, MINISTRO SOBRE UNA SORPRESA?



¡NO! ¡NO PUEDE SER!

EN ESTA FORMA LA INTRIGA DE POBRELIU, FRACASÓ.



NO SÉ POR QUÉ POBRELIU PENSABA QUE NO TENÍAIS LAS ZAPATILLAS. ME ASUSTÉ. CREÍ QUE TENDRÍA QUE COMPRAR OTRAS.

¡TRAICIÓN!



¡QUÉ GRACIOSO PAJE DE LA REINA! PEDID UNA MERCED



COMO NO, PUES LUCHO

LE PEDÍ AL REY QUE OS HICIERA MOSQUETERO, TARTAGNIAN



AHORA ME VOY A MI VIEJO CASTILLO. ¡ADIOS MUCHACHOS... Y BUENA SUERTE!



¡ADIOS, TERRIBLÍN!



¡OH! Y YO QUE NO CREÍA EN LOS FANTASMAS

(CONTINUARÁ)



LOS PIRATAS DEL CARIBE



CAPITULO IX.—UN GR SEÑOR ENTRE PIRATAS



Que me cuelguen de una verga si acepto esta aventura.



No seguiremos a un perro traidor.

1. El navío del Cormorán estaba en condiciones de hacerse a la mar. Sus tripulantes acogieron con verdaderos aullidos de alegría la noticia de que había batalla y botín en perspectiva. Pero cuando supieron que navegarían para servir al gobernador de Santo Domingo, su entusiasmo decayó.



¡Silencio, ratas desconfiadas!



No protegemos al gobernador, sino al oro que nos debe.

2. "—Por salvar su vida, el Cormorán nos ha traicionado", bramó un pirata. El alto bucanero, palideciendo ante el insulto, repuso con voz fría: "—No he navegado tantos años con vosotros para recibir esta infame acusación. Venceremos a los españoles, a fin de proteger el oro que el marqués de Pointis nos debe".



¿Y tendremos que hacer reverencias a un perfumado barbilindo?

3. "—Si los españoles saquean las ciudades que están bajo el dominio francés, ¿qué botín recogeremos?" Este argumento convenció por completo a los corsarios. Pero el Tuerto gruñó: "—¿Y tendremos reglas a bordo? ¿Nos mandarán los pisaverdes del rey?" El murmullo de descontento se alzó de nuevo.



¡Todos a sus puestos!



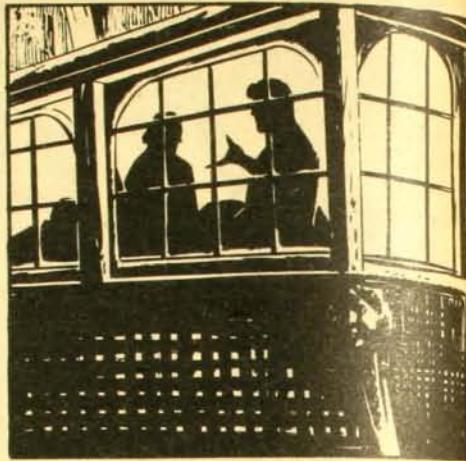
Mi plan es sencillo.

4. "—¡No! —gritó el Cormorán—. Exigí al gobernador completa libertad. Ninguno de sus oficiales dará órdenes en la cubierta de este barco." Instantes más tarde, el Cormorán reunía en su cámara al estado mayor, a fin de marcar la ruta que seguiría la nave corsaria.



LOS PIRATAS

DEL CARIBE



5. "—Según los informes recibidos por el marqués —dijo el Cormorán—, los españoles desembocaron por el río Artibonito. Mi plan es el siguiente..." Los corsarios de la Tortuga lo oían con atención. Ellos, como el propio Cormorán, desconfiaban de Pointis, que ya les había traicionado una vez.

Nuestros movimientos deben ser secretos.



6. "—Atacaremos por el valle", indicó finalmente el Cormorán. Había expuesto su plan y todos lo aceptaron sin protesta. Confían en el rubio y alto bucanero, el más audaz y astuto del Caribe. "—Cuando rechacemos a los españoles, habrá llegado la hora de ajustar cuentas con el marqués de Pointis."

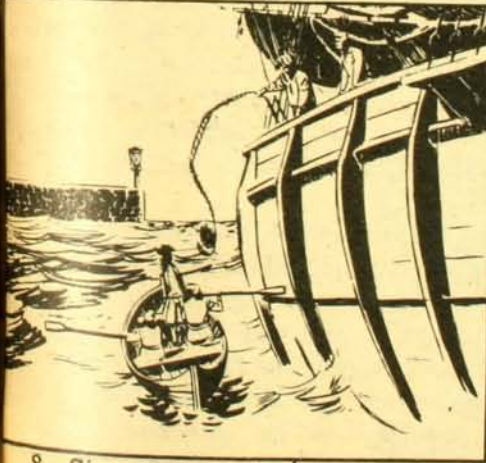


¡Embarcación a babor!



Ya llegamos al barquichuelo.

7. Un filibustero abrió bruscamente la puerta, para anunciar: "—¡Embarcación a babor!" En efecto, una chalupa atracaba en ese instante. De pie en el centro de ella se erguía la ostentosa figura del señor de Saint Prix, oficial del rey. Al reconocerlo, las claras cejas del Cormorán se contrajeron con disgusto.



8. Sin comprender a qué se debía la presencia de aquel personaje, el Cormorán dio orden de izarlo a bordo. Saint Prix subió con elegante calma y, ya en cubierta, dirigió una desdeñosa mirada a la tripulación. Después sus ojos recorrieron la nave, considerando que no estaba tan desmantelada como él supuso.

(CONTINUARA)

RINA LA HIJA del GONDOLERO



CAPITULO I.—El bebé perdido en una góndola.

Era el día de carnaval en Venecia, y todos los habitantes de esa linda y acuática ciudad salían a pasear en góndolas por los canales que forman las calles. Porque han de saber ustedes que Venecia es una gran laguna, y que en sus pequeñas islas se construyen las casas. Para ir de una calle a otra, sus habitantes ocupan botes, que en Venecia se llaman góndolas. No existen allí carruajes ni bicicletas. La única explanada es la que enfrenta al mar Adriático, donde se sitúan la plaza de San Marcos, la catedral y antiguos hoteles.

En aquel hermoso día de carnaval, una nidada de chicos contemplaba los juegos de artificio y el desfile enmascarado de miles de venecianos. Eran siete niños, todos morenos, de grandes ojos negros y pobremente vestidos. Los mayores se trepaban en el parapeto del Rialto, y formaban bulliciosa algarabía cuando pasaban las góndolas con pasajeros disfrazados que cantaban al son de guitarras y mandolinas. Estos siete niños, hijos del gondolero Zani Zanizolo, se llamaban: Beppo, Tonio, Magdalena, Ana, Filippo, Laura y Rosana. Quedaban otros dos en la casa: la mayor de todos, María, y la más pequeña, Rina, que estaba muy enferma. Eran, pues, nueve los hijos del gondolero Zani Zanizolo. Muchas

pocas que alimentar, muchos cuerpecitos que vestir... Zapatos, nunca habían usado, porque el oficio de gondolero no daba para tanto.

De pronto, en la oscuridad de la noche, los niños sintieron un ruido como de truenos y vieron una iluminación feérica.

—No tengan miedo —dijo Beppo a sus hermanos—. Son fuegos de artificio y esos truenos son cohetes que estallan como lluvia de estrellas.

Los chicos Zanizolo gritaban de placer al ver la prodigiosa y feérica iluminación.

De pronto Tonio murmuró:

—Miren allá... Yo creo que ése es un verdadero fuego. Suben al cielo las llamas y hay una negra humareda. Creo que es un incendio muy cerca de nuestra casa.

—Tal vez es una pieza de artificio que se *achaplinó* —insinuó Magdalena—. Mamá dijo que esos fuegos eran peligrosos. Por eso ella no quiere que compremos cohetes en la casa.

—Mamá siempre da pretextos cuando se trata de comprar algo —declaró Beppo—. Cuando le pedimos plata para caramelos, responde: “los caramelos son dañinos para el estómago” o “el azúcar caría los dientes”, o “los cohetes son peligrosos”.

—Tú siempre criticando, Beppo —protestó Tonio—; pero yo te aseguro que hay un incendio... Miren, es el palacio que está frente a nuestra casa.

Allá van los bomberos...

—Han salido las canoas con sus escalas y sus bombas —agregó Filippo.

—Yo lo vi primero —exclamó Tonio con orgullo—. Es *mi incendio*... Ustedes no pueden opinar porque yo lo vi antes...

—Tienes suerte —dijo burlándose Beppo—, porque es un bello incendio. Observen, el techo se ha desplomado.

Los hijos del gondolero observaban el carnaval veneciano.



Llegaron tarde los bomberos para apagar el fuego a pesar de que el agua no falta. Dios quiera que no haya víctimas.

El muchacho ya no bromeaba. Con la autoridad de hermano mayor reunió el pequeño grupo y ordenó:

—A casa todos. Mamá puede inquietarse por nosotros y ya tiene bastante zozobra a causa de la *bambina* enferma.

Magdalena cogió de la mano a los menores y preguntó a Beppo:

—¿Tú crees que Rina se va a morir?

—Si han llamado al médico es porque Rina está muy mal —respondió Beppo—. Regresemos. Para nosotros el carnaval ha terminado.

Mientras los siete hijos del gondolero Zani Zanizolo contemplaban el carnaval desde el puente Rialto, éste maniobraba su barca

Un gran incendio destruyó un palacio.

tal como lo habían hecho su padre y sus abuelos.

Las fiestas carnales atraían muchos turistas a Venecia, y había que aprovechar la ocasión de ganar dinero.

“Nueve bocas que alimentar, pensaba Zani mientras bogaba en su góndola, y ahora la enfermedad de la pequeña Rina nos ha llevado todos los ahorros.”

—Gondolero, oiga, gondolero —gritaba un lacayo de lujosa librea. Zani Zanizolo estaba fatigado ya y pensaba en su *bambina* enferma, pero obedeció al llamado y aproximó su barquilla a la exigua vereda.





Una comparsa de enmascarados contrató la góndola de Zani Zanizolo.

Eran cuatro mascaritas; dos vestidas de princesas orientales y dos pierrots y arlequines. Se instalaron en la góndola, ayudados por Zani.

—Al hotel Danieli —ordenó un pasajero.

La góndola se deslizó por entre otras embarcaciones llenas de flores.

—Cante —ordenó una de las damas a Zani Zanizolo—. Tiene que cantar... Todos los gondoleros cantan esta noche.

Zani se puso pálido y sus robustos músculos se contrajeron.

—No puedo cantar —dijo el gondolero—. Yo no podría...

—Te pagaremos más —insistió la dama vestida de princesa—. Canta, te lo ordeno.

Zani pensaba en su hijita moribunda y tenía más deseos de llorar que de cantar. Con un profundo suspiro entonó una canción veneciana que había aprendido en su infancia. Y el pobre gondolero siguió cantando y cantando hasta llegar al hotel Danieli.

Zani ayudó a desembarcar a los pasajeros y la dama, abriendo su bolso, exclamó:

—No tengo dinero. Gondolero, sígame hasta la caja del hotel. Allí le pagaremos.

Zani la siguió hasta el lujoso vestíbulo del palacio y vio que los



—Canta, canta —ordenaba la dama al triste gondolero.

empleados hacían grandes reverencias a la dama llamándola “Alteza”.

Sin embargo, el pago no fue principesco, y Zani volvió a su góndola. De súbito, al relampaguear de un foco, Zani divisó un gran paquete en el fondo de la barquilla. Era como una caja envuelta en lienzos.

—La “Alteza” olvidó esto —gruñó Zani—. No advertí que traía bultos. En realidad ando perdido...

Suavemente, el gondolero cogió el pesado paquete, entró de nuevo al hotel y comunicó a un mozo que los pasajeros habían olvidado ese bulto en su góndola.

—La princesa Zuleyma aún no ha subido a sus habitaciones —dijo el mozo—. Aquí está hablando con sus amigos.

La princesa y su hija miraron con sorpresa al gondolero cuando éste les entregó la caja.

—Yo no he dejado ningún paquete en su góndola —respondió la princesa—. Qué voy a hacer yo con ese envoltorio de trapos. Ven Faridia, ya es hora de dormir.

Pero la joven Faridia exclamó:

—Mamá, yo quiero saber lo que contiene ese paquete.

—¿Qué importa lo que contenga si no es mío? —replicó su “Alteza”.

—Ni mío tampoco —declaró Zani exasperado—. Yo querría saber quién lo colocó en mi góndola.

Súbitamente ocurrió algo extraordinario. El paquete comenzó a

moverse y a gemir. Desatando los lienzos, apareció un bebé medio dormido.

—Un bebé —dijeron los circunstantes—. ¿De dónde viene? ¿A quién pertenece?

—Yo no lo he colocado allí —murmuró Zani Zanizolo.



El gondolero encontró una caja en su góndola, la cual contenía un bebé.

—¿Qué hacemos con este bebé? —preguntó un empleado del hotel—. Tendrá usted que llevárselo, Zani.

Y en el silencio que siguió a esta escena, la pequeña Faridia gritó autoritariamente:

—No. No se llevará al bebé...

(CONTINUARA)

Correspondencia

GLORIA DE LA BARRA.—Declara que experimenta gran emoción cuando lee el "Simbad", y que se apasiona por los "Piratas del Caribe", "El Hijo del Gran Espíritu" y "Príncipe Valiente".

ANDRES AGUIRRE.—Nuevo lector de "Simbad", ya no quiere leer otro semanario infantil y se constituye gran propagandista de nuestra revista.

FERNANDO CASTRO, de Las Floridas.—Felicit a los dibujantes Poirier y Nato y aplaude todo el material de lectura de esta pequeña gran revista "Simbad".

ORIANA CERONI y TERESA ROJAS, de Los Angeles.—Están felices por los premios que obtuvieron en el sorteo de mayo.

JULIA GRACIA GONZALEZ.—No tema que al terminarse sus seriales favoritas demos otras de menor interés. Nuestro lema es superarnos cada día más.

CARMEN LARRONDO, de San Felipe.—Declara que en ninguna revista se ven dibujos tan lindos como en "Simbad". Felicit a los dibujantes Nato y Poirier.

CHARADA ILUSTRADA

Charada enviada por María Astroza.

MI PRIMERA es el rey de la selva.
MI SEGUNDA es un artefacto sanitario.

MI TODO es un nombre femenino.



CECILIA LETELIER.—Ahora que ya lee en cualquier libro, nos complace que siempre prefiera el "Simbad" a toda otra lectura. Agradecemos sus felicitaciones.

MARTA UNDURRAGA PEREZ.—Entusiasta lectora y gran propagandista de la revista "Simbad". Adora a "Rosita Crusoe" y a sus compañeras de aventuras.

ALFONSO CORREA.—Si sus padres no le permiten leer revistas, porque pierde el tiempo que debe dedicar a sus tareas, trate de aplicarse bien en sus clases y ser buen alumno, y entonces no le privarán de lecturas entretenidas, que son, a la vez, instructivas.

MARIA ANTONIETA y JOSEFINA MELENDEZ, de Quillota.—Mucho nos complace que tanto les gusten las seriales "Betty en el Colegio" y "Pelusita y Ponchito". Para el VIII aniversario de "Simbad", Nato les obsequiará con una linda portada de "Ponchito y Pelusita".

MARIA SEPULVEDA, de Purén.—Nos agrada saber que su lectura favorita es la pequeña gran revista "Simbad" y sus seriales "Rosita Crusoe" y "El Hijo del Gran Espíritu", cuya segunda parte damos actualmente con "BOBBIE", la hija de Joven Búfalo.

HEDDY MUÑOZ DE LA RIVERA.—Entusiasta lectora de "Simbad" y de sus seriales "Rosita Crusoe" y "Príncipe Valiente". Pronto verá otras novelitas que también la seducirán.

ROSALBA MEDRANO, de Victoria.—Hemos respondido a todas las cartas de nuestros lectores y nos agrada mucho esta correspondencia, que les une con su directora. Sea usted una buena propagandista de la pequeña gran revista "Simbad", y préstela a sus amistades si ellas no consiguen comprarla.

ROXANE

Ponchito

Por nato

¿QUE LE PASA A TU PRIMO,
PONCHITO?



¿LE PEGASTE QUE ESTÁ
LLORANDO?



¡NO ABUELITA, YO NO LO
HE TOCADO!



¡LLORA PORQUE ME COMO MI
DULCE Y NO LE CONVIDO!

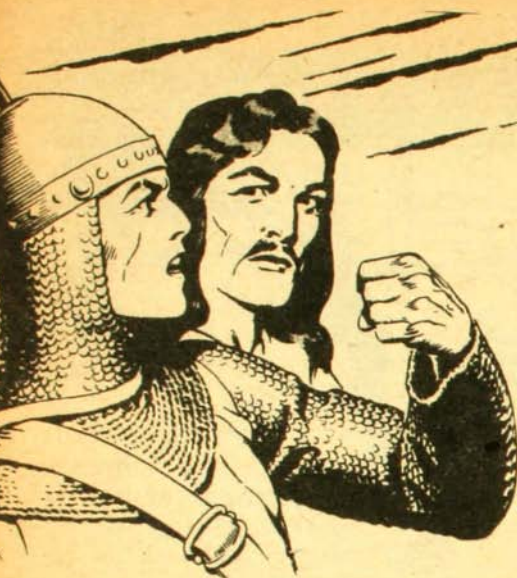


¿Y DÓNDE ESTÁ
EL DULCE
DE ÉL?



¡EL TAMBIEN LLORABA MIENTRAS
YO ME LO COMÍA!





El Príncipe Valiente

CAPITULO XIX. — El prometido de Ilene.

Gauvain, libre de los hechizos de Morgan Le Fey, cabalgaba alegremente. Para festejar su libertad, cantaba a toda voz haciendo retumbar el bosque. Junto a él, su escudero, el príncipe Valiente, guardaba silencio. Al

fin advirtió Gauvain la tristeza de Val.

—¿Cuál es tu pena? —interrogó, deteniendo su corcel—. Algo me dice que son penas de amor.

Val reveló entonces la causa de su dolor: la doncella Ilene había sido prometida al príncipe Arn.

—Pero ella me ama a mí —terminó diciendo el joven—. Y será mi esposa a pesar de su padre, a pesar de su prometido y a pesar del mismísimo diablo.

Sonrió Sir Gauvain.

—No dudo del resultado —observó enigmáticamente.

Al fin llegaron a la torre de Merlin, a quien agradecieron su ayuda.

—Guarda las armas que te he prestado —indicó el mago a Val—. Así las usarás al servicio del buen rey Arturo.

Se despidieron ambos del poderoso anciano, dirigiéndose en seguida hacia Camelot. Cuando avistaban el castillo, se encontraron en el camino con un caballero que, sin que ellos lo supieran, llevaba un mensaje que habría de cambiar por completo la vida de Val. Pero el príncipe nada sospechó y los tres juntos transpusieron las puertas de la ciudad real.

Los caballeros de la Mesa Redonda recibieron con gran cordialidad al alegre Gauvain y a su ingenioso escudero. Para honrarlos,

se sirvió un festín en el amplio salón de banquetes. Los cortesanos aun no terminaban de ocupar sus sitios, cuando el rey Arturo alzó la mano pidiendo silencio. Luego anunció:

—Tenemos entre nosotros a un mensajero que ha traído una venturosa nueva.

Indicó entonces al caballero desconocido, quien se puso de pie y leyó el contenido de un pergamino.

Sus palabras disiparon las últimas esperanzas de Valiente y abrumaron de pena su corazón.

—El rey de Ord —proclamó el emisario— os invita al gran torneo que se realizará para celebrar las bodas de su hijo Arn con Ilene de Bravin.

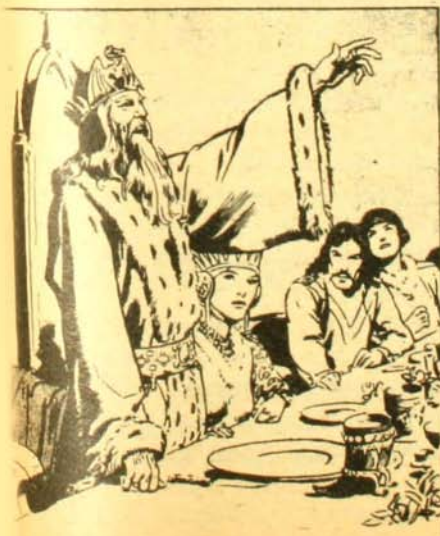
El dolor y la ira no eran apropiados para un banquete de honor. Con excepción de Gauvain, nadie sospechó el esfuerzo sobrehumano con que el príncipe ocultó sus verdaderos sentimientos, y se mostró el más alegre de todos los presentes.

Pero al apagarse las luces y reinar de nuevo el silencio en el palacio, fue un doncel desdichado el que sollozó de dolor entre las sombras de la terraza. Y fue el alegre Gauvain, entristecido ahora, quien cubrió al doncel dormido con su capa escarlata.

A la mañana siguiente, Val había desaparecido.

El rey Arturo alzó la mano pidiendo silencio.

—El rey de Ord os invita a las bodas de su hijo Arn.



Por todas partes le buscó Gauvain, pero nadie supo decirle dónde se encontraba su escudero.

En ese momento Val estaba muy lejos de Camelot, pues con el primer rayo de luz de la mañana había adoptado una decisión. Buscaría a su rival y le desafiaría a luchar por la mano de Ilene. No disponía de mucho tiempo para cumplir sus planes. Galopaba por un estrecho sendero cuando refrenó con impaciencia a su cabalgadura. A pocos metros de él un caballero andante le retaba imperiosamente a duelo. El príncipe Valiente aprestó su escudo, enristró la lanza y, furioso ante la demora, lanzó su corcel al galope.

Un momento más tarde continuaba su viaje por el camino libre, sin detenerse siquiera a inquirir el nombre del caballero que, aturdido y contuso, se preguntaba si lo habría derribado un rayo.

Orientándose hacia el reino de Ord, Val cruzó aldeas antes prósperas que ahora yacían en ruinas y cuyos pobladores habían muerto en sus hogares destruidos. Por estas pruebas supo que los viquingos asolaban de nuevo las costas de Inglaterra. Pero el héroe no concedió importancia a la posible cercanía de los terribles piratas del norte y prosiguió su camino.

Al llegar a un puente de madera vio que por el extremo opuesto venía duelo al príncipe Valiente. un jinete ricamente ataviado. Tanto Val como el desconocido se detuvieron para mirarse.

—Abrid paso —ordenó el desconocido con voz autoritaria.

—El príncipe Valiente no retrocede ante ningún hombre —repuso el joven con vehemencia.

—Tampoco retrocede el príncipe Arn de Ord. Vuestro será el riesgo si avanzáis, príncipe Valiente.

Una sonrisa agresiva apareció en los labios de Val.

—El príncipe Arn, ¿eh? Pues el príncipe Valiente os saluda por primera y última vez. Preparaos para luchar, pues sólo uno de los dos ha de cruzar este puente.



—Así sea —gritó Arn—. Ya estoy preparado.

Enrizando sus lanzas, atacaron con tanta violencia que cedió la baranda de un costado y Arn cayó a las rugientes aguas del torrente. Impedido por su pesada armadura, fue arrastrado hasta un profundo pozo en el cual se sumergió. Dejando de lado su espada, escudo y yelmo, Val se lanzó de inmediato a socorrer a su infortunado contendor.

En las verdosas profundidades de la cisterna, encontró al príncipe Arn. Con gran esfuerzo logró llevarlo a la costa, y en pocos minutos consiguió revivirlo.

—¿Por qué me salvasteis, cuando la fortuna parecía tan dispuesta a favorecer vuestra causa? —inquirió el agotado Arn.

—Si habéis de morir hoy —replicó Val—, será por mi mano, y en lucha leal, porque pretendo a la doncella Ilene. Pienso ganarla o perecer en la empresa.

—Tal es mi intención —manifestó Arn—. Continuemos entonces nuestro duelo.

(CONTINUARA)



Ambos se embistieron con furia en el angosto puente.



Arn cayó a las rugientes aguas.

¡MEDIO MILLON DE PESOS!

¡A prepararse, niños, para el GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD! "SIMBAD" repartirá entre sus lectores muchos y valiosísimos regalos que harán la felicidad de todos los niños de Chile: Bicicletas, radios, planchas eléctricas, pelotas de fútbol, juguetes, etc. Son algunos de los premios que repartiremos gratuitamente para la próxima Navidad. ¡Junta los cupones y canjéalos cuando llegue el momento oportuno!

¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta:

¿Quién fue el creador de Los Tres Mosqueteros?
¿Pierre Benoit, Paul Feval o Alejandro Dumas?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 357: Pedro de Valdivia murió en la batalla de Tucapel. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** Patricia Saint, Santiago; María Guerra Leiva, Santiago; Catalina Mancilla, Viña del Mar; Julia Venegas, San Fernando; Cecilia Molina, Tomé; Carmen Larrondo, San Felipe; Wilma Díaz, Limache; Carmen Dettoni, Santiago; Silvia Arriagada, Santiago; Patricia Cornejo, Molina.

SUBSCRIPCION TRIMESTRAL: Oscar Bascuñán, Victoria; Andrés Gutiérrez Santiago; María Luz Carrasco, Sewell; Jorge Echaurren, Buin; Cecilia Muñoz, Collipulli; Luz María Aravena, Santiago. **UN ALBUM PARA COLOREAR:** Horst Jungjohan, Chillán; Manuel Quijada, Purén; Norma Barra, Concepción; Sonia López, Santiago; María Elena Salas, Quilpué; Mónica Osorey, Talcahuano; Genoveva Ramírez, Viña del Mar; Elsa Díaz, Los Andes; Sonia Berrios, Los Andes; Lucía Gutiérrez, Viña del Mar.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

"SIMBAD" N.º 359

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★ \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



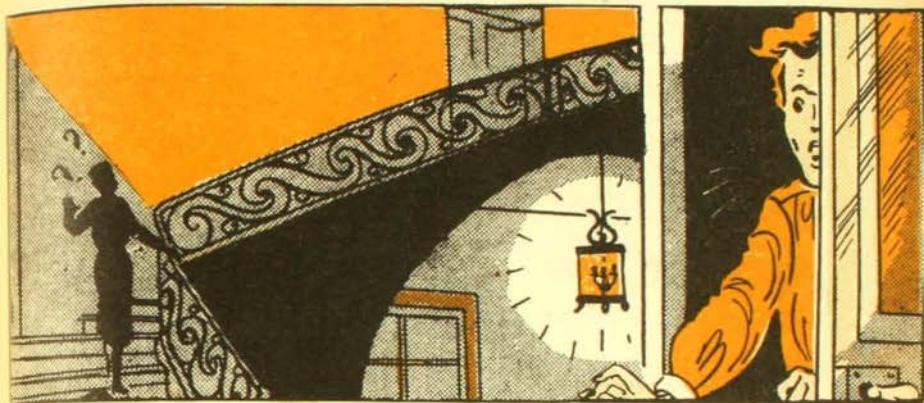
Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 1 - SERIE N.º 3
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 1 - SERIE N.º 3
18 de julio de 1956.



Betty en el colegio



3. La inspectora oyó apagado rumor de golpes y gritos. Sin comprender qué sucedía, subió la escalera. Al entreabrir la puerta, vio ágiles siluetas que saltaban sobre las camas, esquivando y lanzando almohadones. Entró en el dormitorio, aún desorientada, y recibió en pleno rostro un proyectil.



4. Cuando logró reponerse, miró con severidad a las alumnas, que en formación de prisioneros de guerra esperaban la sentencia. —Señoritas —dijo la inspectora—, esto es intolerable. Exijo que en dos minutos estén todas acostadas y con la luz apagada”. Betty suspiró: —Apagón general”.

(CONTINUARA)

PELUSITA

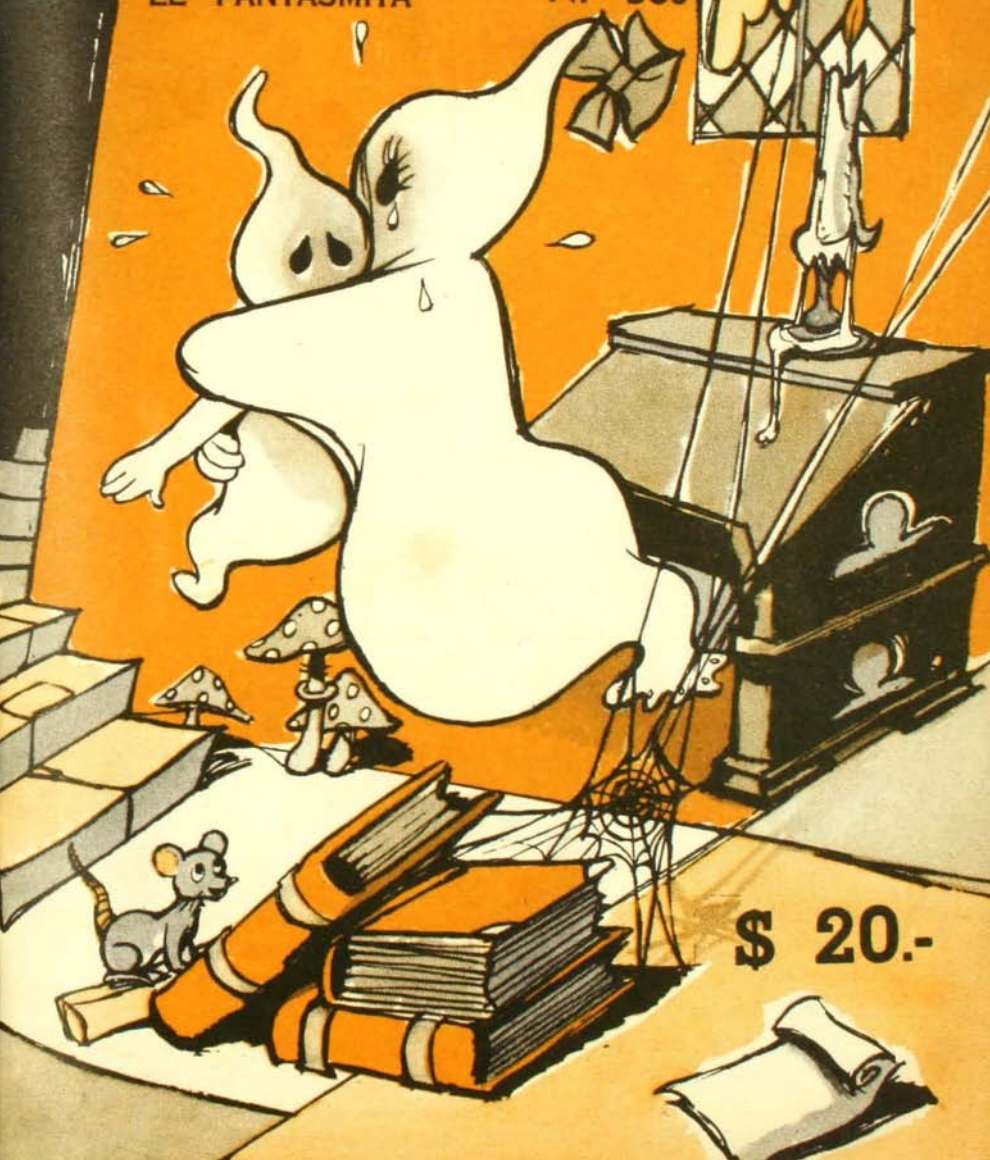
POR NATO



Simbad

EL FANTASMITA

N.º 360



\$ 20.-



Betty en el colegio



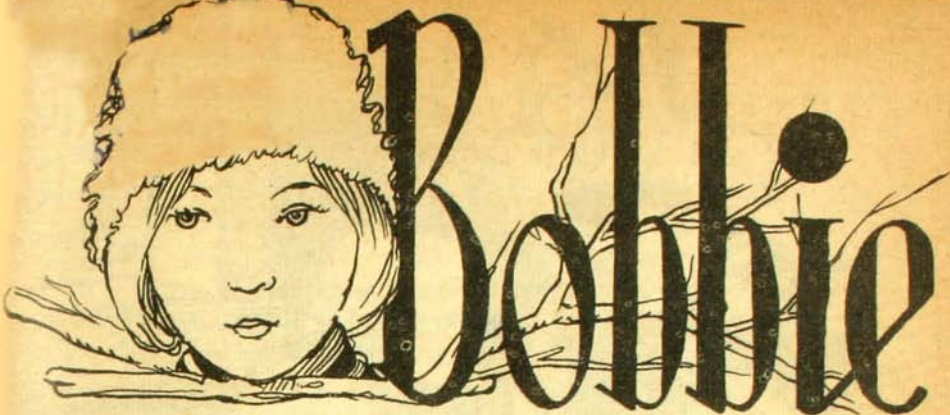
CAPITULO VI.—LA SONAMBULA

1. La inspectora del internado Santa Teresa ordenó a las alumnas que se recogieran en sus lechos y apagaran todas las luces. Minutos después, el dormitorio estaba a oscuras. . . , sin contar una lucecilla que brillaba en el velador de Betty. La señorita Gerard, al verla, se acercó furiosa.



2. —¿No has oído la orden, Betty? —exclamó—. Ah, y estás leyendo”. Le arrebató el libro, leyendo el título: “Colección de la revista infantil “Simbad”. —Señorita —añadió la inspectora—. Guardaré este tomo y no lo recobraré hasta fines de año”. Por cierto que Betty no se resignaría a aquella pérdida.

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO II.—*La infancia de Bobbie.*

Un gallardo muchacho estaba sentado sobre un barril.



Transcurrieron varios años y Bobbie se había transformado en un gallardo muchacho. Nadie diría que era una niña que vestía pantalones de felpa café, un jersey de gruesa lana y botas de cuero. Cubría su cabecita, de cortos cabellos, un gorro de piel.

Daniel Dracke, al llegar a la colina, que enfrentaba su cabaña, divisó a Bobbie sentada sobre un barril cerca de la puerta del rancho.

—Allá está mi Bobbie, la luz de mis ojos —murmuró Dracke—. ¡Qué linda se ha puesto! Nadie descubrirá su origen. Ni el zorro astuto de Aguila Negra sospecharía quién es mi Bobbie. Bobbie hacía muy bien su pa-

Año VII - 25-VII-1956 - N.º 360

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.



—Tengo un almuerzo riquísimo —dijo Bobbie al tío Dan.

pel de muchacho, y esto no era extraño, pues desde pequeña hasta los catorce años se había acostumbrado a ello.

—¡Bobbie! —gritó desde lejos el explorador.

—Tío Dan —replicó la niña—; al fin llegas... Creí que volverías antes del mediodía.

—¿Te sentías muy sola? —preguntó Daniel besando a su protegida—. Los caminos estaban intransitables con la lluvia caída anoche.

—¿Y por qué vas tan lejos? —murmuró tristemente Bobbie. Daniel Dracke evadió una respuesta directa.

—Lamento dejarte sola —dijo el trapero—, pero no será por mucho tiempo más. Algún día te llevaré allá lejos y sabrás por qué trabajo tanto. Quiero asegurar tu porvenir.

—Qué distraída soy —exclamó Bobbie—, estoy charlando contigo sin pensar que has de tener apetito. Tengo un almuerzo riquísimo. Truchas y un costillar de venado.

—Supongo que no te habrás alejado mucho del rancho para pescar esas truchas —dijo ansiosamente Daniel Dracke.

—Sólo a la ribera del río —declaró Bobbie, sirviendo el almuerzo.

—¿Y te vieron los indios? —preguntó Dracke.

—Yo los divisé en la colina, pero ellos no me vieron, tío Dan —replicó la encantadora niña—, porque todo el tiempo estuve tendida en el césped. ¿Por qué te preocupas tanto de que los pieles rojas no me vean? Ya no estamos en guerra con ellos.

—Tengo motivos especiales para desconfiar de los pieles rojas —murmuró Daniel.

Bobbie y Daniel vivían, desde poco tiempo atrás, en la cabaña, cerca del río. A la muerte de Catalina Dracke, acaecida dos meses atrás, el trapero se vio obligado a llevar a Bobbie a su vivienda, por no dejarla abandonada en la ciudad.

La niña ignoraba su pasado, y creía que la idea de vestirla de hombre era sólo un capricho de su tío Daniel.



—¿Tío Dan, qué tal me veo de señorita? —preguntó Bobbie.

Apenas terminó sus quehaceres domésticos, Bobbie se retiró a su dormitorio y salió de allí vestida con un traje de lana escocesa y un sombrero de terciopelo café.

—Tío Dan —exclamó la chica, traspasando el umbral del comedor—. ¿Qué tal me veo de señorita?

—¡Bobbie! —gritó espantado Dracke—, ¿de dónde has sacado esos vestidos femeninos? ¡Qué locura!...

—Tía Catalina me los compró y a veces me dejaba salir así por la ciudad. Los traje porque me gustan tanto. ¿Siempre tendré que llevar pantalones, tío?

—No siempre —replicó Daniel—; pero mientras estemos en este territorio toda precaución es poca. Voy a referirte lo que sé de tu triste historia... Tu padre, Joven Búfalo, era el jefe de la tribu de los Pies Ligeros... Todos le creían de raza india y le llamaban el Hijo del Gran Espíritu. Llegó al campamento de los pieles rojas una caravana de colonos blancos y tu padre se enamoró de Gracia Matheus, tu madre. Joven Búfalo, conocido después con el nombre de Ranchero Toro, descubrió que no era indio, sino blanco, a quien un hechicero de la tribu de los Pies Ligeros había consagrado como hijo del Gran Espíritu... Los indios consideraron a Joven Búfalo como renegado. El jefe de la tribu de los sioux le persiguió a muerte y tu padre le mató en una batalla. El hijo de Toro Potente también intentó matar a Joven Búfalo, y los blancos le encerraron en un reformatorio. Dos años después Aguila Negra, sucesor de Toro Potente, saqueó el rancho de Joven Búfalo, durante la ausencia de tu padre. Dicen que Aguila Negra raptó a tu madre y algunos aseguran que la mataron a flechazos. Joven Búfalo salió en busca de Gracia Matheus y nunca más volvió. Yo descubrí a Aguila Negra en el momento que te traía al campamento. Eras un bebé de pocos meses. Entré en la ruca donde te habían dejado y huí contigo. Lo demás ya tú lo sabes. Aguila Negra había robado a la hija del Joven Búfalo. Al vestirme de hombre evitamos el peligro de que te reconozca...

—Comprendo —balbuceó, emocionada, Bobbie—. ¿Pero no sería mejor que nos alejáramos de este territorio, tío Dan?

—Todavía no —respondió Dracke—. Después, cuando yo realice algo que no puedo revelarte, nos iremos a un pueblo donde no pueda alcanzarte la venganza de Aguila Negra.

—Cuando tú quieras, tío —dijo Bobbie, abrazando a Daniel—. Te prometo que nunca más saldré de la cabaña vestida de mu-



Daniel y Bobbie se
asomaron por la ven-
tana y divisaron al
indio Aguila Negra.

jer... Pero, ¿no es verdad que me veo muy bien con este vestido? Déjame un rato así... Me gustan tanto las faldas. ¿No es verdad que me veo bonita?

—¿Y si te sorprende Aguila Negra? —sonrió Daniel Dracke, besando a su regalona.

En seguida su expresión cambió. Ambos se asomaron a la ventana y miraron por entre el cortinaje.

—El miserable indio Aguila Negra —murmuró aterrado Daniel—. Bobbie, corre a tu dormitorio y cambia de traje.

La niña no había necesitado esa orden, pues, ya salía del comedor cerrando con llave la puerta de su dormitorio.

Momentos después se escuchaban golpes discretos en el madero de la cabaña.

—¿Quién llama? —gritó Daniel Dracke, sacando su revólver.

—Aguila Negra, el amigo de los rostros pálidos —dijo el indio vengativo.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Dracke al piel roja.

—Aguila Negra ha perdido su caballo favorito —indicó el indio—.

¿Lo ha visto por aquí?

—No —respondió secamente Dracke.

—¿Tú vives aquí con tu hija? —preguntó el porfiado Aguila Negra—. Divisé a una doncella por la ventana.

(CONTINUARA)

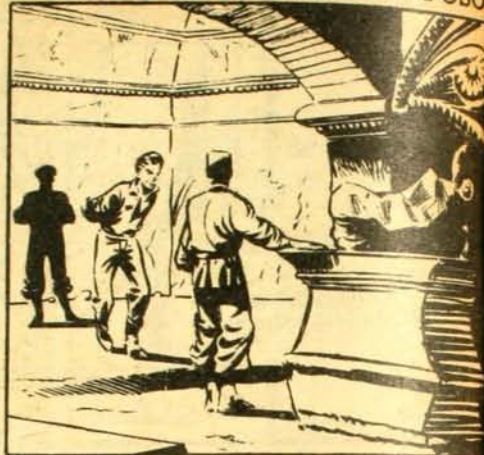


EL TEMPLO DE

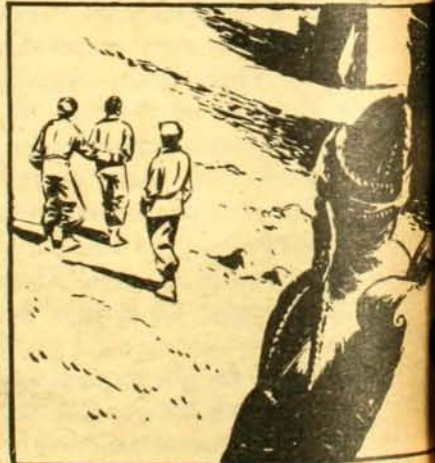
CAPITULO VII.—EL FOSO

RAWANG-DJAR

DE LAS SERPIENTES



1. Welles, el plantador que había hospedado a la expedición de Chambers en Taungi, explicaba cínicamente a Lince Blanco: “No permito que nadie se acerque al templo de Rawang Djar, porque aquí tengo mi almacén de armas y mi cuartel de espionaje. Desde que su expedición partió estuve informado”.



2. “—Felton era mi cómplice y él le envió en Londres el mensaje del Buda Verde, advirtiéndole que no emprendiera este viaje a Birmania. Usted no oyó el consejo y ahora está frente a la muerte. No tiene escapatoria, Lince Blanco. Venga con nosotros. En este templo, entre estatuas extrañas y misteriosas, morirá.”



3. “—En cuanto a la señorita Doris, no tema por ella. Está aquí —añadió el pérfido Welles—. No creo que se sienta muy desesperada... Encontró a su padre, el profesor Wayn, mi prisionero desde hace años. Usted sabe que fue el primero en explorar Rawang Djar.” Lince Blanco no pudo contener su indignación.



4. Aunque estaba maniatado, intentó golpear a Welles, pero el nativo Zeldar acudió para contenerlo. Welles continuó: “—Mire ese foso, Lince Blanco. Está lleno de cobras. Esa será su primera prueba. Por supuesto que le dejaré las manos libres para que se defienda. No soy tan malvado como usted piensa”.



EL TEMPLO DE

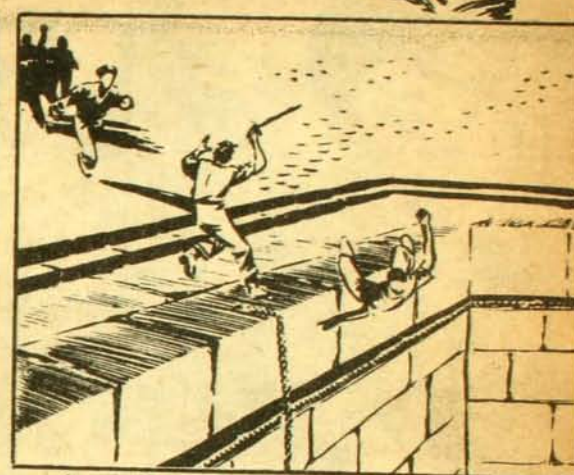


5. El cazador, replegado contra el muro, vio que los terribles reptiles se aproximaban a él. Welles gritó: "—Ahí va un kris (puñal). Defiéndose. Es usted un tipo valiente y merece algunas ventajas". Lince Blanco alcanzó la daga, cuya empuñadura de jade representaba un buda. "—Calma", aconsejó Welles.



6. "—La maldición de Rawang Djar perseguía a la expedición, ¿eh, Lince? —comentó Welles—. Por supuesto que ayudé bastante. Sólo la muerte de Felton no fue intencional. Es una lástima que haya desaparecido. Y ahora, le dejo solo con esos amables animalitos." Mientras tanto, el cazador luchaba por su vida.

RAWANG-DJAR



7. Con el kris eliminó a varias cobras. La soga que le sirvió para bajar no había sido retirada. Rápidamente subió por ella, pero los secuaces de Welles le vieron salir del foso. Lince Blanco se libró de ellos ágilmente. "—¿Dónde estarán Doris y su padre?", se preguntaba perplejo.



8. Por supuesto que no huiría sin haber hallado a los prisioneros de Welles. Corrió de una sala a otra, en el templo budista, cuya quietud milenaria era turbada por gritos y maldiciones. Los hombres de Welles buscaban en vano al fugitivo y decían con supersticioso temor: "—Ha desaparecido. Los dioses lo protegen".

(CONTINUARA)



ROSITA CRUSOE

CAPITULO XXIII.— El puente mágico.

Julia y Lani observaban perplejas el lloroso rostro de Rosita. La niña se resistía a entregar su corona de oro.

—Pero es necesario esconderla —murmuró Julia—. Si los nativos la descubren, creerán que somos cómplices del capitán Jed. El huyó con una estatua del dios Ma-

Zara. Nos acusarán de profanas y quizás nos ofrezcan en sacrificio a su ídolo.

—Sí, existe ese peligro —asintió Lani—. Espera, amita Julia. Tengo una idea para convencer a Rosita.

Formando una guirnalda con las flores que crecían en la islilla y que eran idénticas a la de la corona, la joven isleña dijo a Rosita:

—Julia ha guardado la corona entre las rocas, para que nadie la encuentre. Ahora Rosita usará esta guirnalda en el tobillo. Es mucho más divertido.

La pequeña aplaudió con alegría. Minutos después caminaba con orgullo, luciendo su nuevo adorno. Mientras ella jugaba encantada con Katzy y Polly, Julia observaba pensativamente el puente levadizo.

—Cuando vayamos a la ribera en busca de frutas y otros alimentos, el puente quedará tendido. Rosita no tiene fuerzas para levantarlo. Y mientras nosotras andemos lejos, el pueblo de la Reina Blanca puede ver el puente. ¿Cómo solucionaremos este problema, Lunes?

Lani movió su rizada cabeza en gesto de duda.

—¡Ah, ya sé! —exclamó Julia de pronto—. Lunes, ayúdame a buscar una piedra grande.

—¿Una piedra grande?
¿Para qué?
—Ya verás, querida Lu-
nes.

Encontraron una piedra
horadada al centro. Julia
exclamó:

—Esta servirá espléndida-
mente. Sobre todo porque
tiene una perforación.

—¿Es una piedra mágica,
amita Julia?

La joven rubia sonrió.

—Sí, con una magia lla-
mada física.

Ataron a la piedra la soga
amarrada al extremo supe-
rior del puente. En seguida Julia dibujó en su cuaderno un cro-
quis sobre el trabajo realizado, para que Lani comprendiera. En
el primer diseño, el peso de la piedra sostiene al puente en su
posición vertical. En el segundo, las amigas presionan el puente
para que baje. En el tercero, cruzan el puente. En el último, al

abandonar el puente, el
peso de la piedra lo le-
vanta de nuevo.

—¿Y cuando regresemos?
—interrogó Lani—. ¿La
piedra mágica lo hará ba-
jar?

—No. Rosita desatará la
soga.

—Entonces el puente cae-
rá con mucha fuerza.

—Ataré una piedra más
pequeña a cierta distancia
de la cuerda, para que sir-
va de equilibrio y retenga
un poco la caída del puen-
te. Lunes, tenemos todo el
problema despejado.

—Lunes, ayúdame a
buscar una piedra
grande —exclamó Ju-
lia.



—¿Es una piedra
mágica —preguntó
Lani.





Julia señaló a Lani un croquis del trabajo realizado.

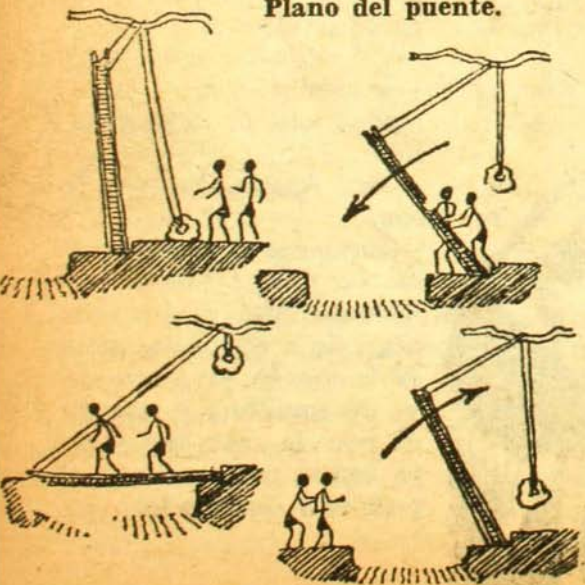
práctica necesaria. Katzy y Polly miraban intrigados aquellas maniobras. El papagayo chilló:

—¡Abajo el puente! ¡Vienen visitas!

—No lo digas, Polly —dijo Lani—. No queremos visitantes en nuestro Castillo de Bambú.

—¿No quieres a los negritos que jugaron con nosotros a las es-

Plano del puente.



Lani estaba admirada del ingenio de su amiga. Al oír que la llamaban, Rosita acudió corriendo. Julia le explicó:

—A veces, tendremos que ir a la ribera en busca de comida. Cuando nos veas regesar, desatarás esta liana para que el puente baje. ¿Comprendes?

—Sí, Julia. A Rosita le gustará mucho el juego del puente.

Ensayaron varias veces y por fin Julia declaró que Rosita había adquirido la

práctica necesaria. Katzy y Polly miraban intrigados aquellas maniobras. El papagayo chilló:

—¡Abajo el puente! ¡Vienen visitas!

—No lo digas, Polly —dijo Lani—. No queremos visitantes en nuestro Castillo de Bambú.

—¿No quieres a los negritos que jugaron con nosotros a las es-

condidas? —preguntó Rosita—. Fue muy entretenido escondernos mientras ellos pasaban. ¿Te aburrió ese juego?

Lani, desorientada, balbuceó:

—No, Rosita. Me gustó mucho.

La risa de Julia la turbó aún más. Después, rió ella también. Rosita no sabía jamás que ellas temían a los nativos. No deseaban que la pequeña se inquietara.

Lani se dedicó en seguida

a tejer una red de flexibles lianas. La extendería entre ambas riberas cuando atravesaran el puente.

—Quizás, mientras busquemos frutos, algunos peces caigan en la red —indicó la isleña. También tejó un gran bolso, en el cual recogerían las frutas y raíces comestibles.

Ya estaban preparadas para ir a tierra.

Antes de partir, Julia indicó a Rosita:

—No olvides desatar la soga cuando te avisemos. Regresa al castillo. No es necesario que te quedes en la orilla. Nosotras te llamaremos. Recuerda que los negritos no deben descubrirete. Si saben dónde está nuestro escondite, se burlarán de nosotras.

—Me quedaré bien escondida, con Katzy y Polly —prometió Rosita—. No te preocupes, Julia.

Cruzaron el puente y Lani tendió la red. Cuando vieron que el puente subía y Rosita se retiraba a su refugio, se internaron en la jungla.

—¿Crees que volverán los isleños? —preguntó Lani, mientras recogían una abundante cosecha.

—Es posible, Lunes. Tenemos que estar alertas.

—No comprendo esa marcha a través de la isla. ¿Irían a reunirse, tal vez, con su reina? Si pudiéramos salir al mar... Pero no tenemos una embarcación para huir. El capitán

Jed no pudo escapar en su barco. Es probable que esté aquí, prisionero...

—Sí, Lunes. Pero no sigas divagando. Es inútil desesperarse o hacer conjeturas. Ya llegará el momento en que abandonaremos esta isla. No pierdas la fe.



Lani tejó una red de lianas.

(CONTINUARA)

El fantasmita

DESPUES DE TANTAS AVENTURAS, TERRIBUN REGRESA A SU CASTILLO NATAL



HOGAR...
DULCE HOGAR.

Y AL ENTRAR AL VIEJO CASTILLO...

¡AY, MAMITA! NO ME PEGUE. SI YO PENSABA REGRESAR ANTES, PERO YO...



¡BAH! ERA UNA PIEDRA QUE CAYÓ EN MI COLITA



CHITAS QUE ESTÁ VIEJO MI CASTILLO. SE ESTÁ CAYENDO SOLO



BUSCARÉ A MI MAMITA Y A MI QUERIDO PAPI TERRIBLÓN



¡YUJU! ¡HOLA, MAMITA LINDA!

¡HIJO MÍO!



¿Y MI PAPITO?

SALIÓ A DAR UN SUSTO ESPECIAL, PERO VOLVERÁ PRONTO. ¡QUE ALEGRÍA TENDRÁ CUANDO TE ENCUENTRE AQUÍ!

FIN



LOS PIRATAS

CAPITULO X.—UN OBSERVADOR A BORDO

DEL CARIBE



Este mensaje me desagradaba, señor de Saint Prix.

Tengo mi tripulación completa.

1. Con ceñuda expresión, el Cormorán cogió el pergamino que le ofrecía Saint Prix. Era un mensaje del marqués de Pointis, gobernador de Santo Domingo. En él decía que Saint Prix viajaría con los corsarios, como simple "observador". El bucanero dijo fríamente: "—No puedo aceptaros a bordo, señor oficial del rey".



¿Quién llamó a este petimetre?

o nos ofusquemos, por favor.

2. "—En esta nave sólo viajan filibusteros", añadió el Cormorán. Saint Prix, con un lánguido gesto de su mano, repuso: "—Mi presencia en este barco da un carácter oficial a vuestra alianza con el gobernador. En ningún momento discutiré vuestro mando". Los piratas gruñían, inquietos.



Bien, la vida a bordo es dura y espero que no os quejéis.

3. "—Ved, a mis hombres no les agrada un observador... Además, no hallaréis a bordo las comodidades a que estáis habituado." Saint Prix no respondió. El gesto altivo de su semblante fue reemplazado por una expresión de recelo y contrariedad. A él tampoco le agradaba estar en esa cubierta.



Os haré una presentación formal de mis hombres

!OH!

4. El Cormorán prosiguió: "—Ya que navegaréis con nosotros, conviene que os presente a mis hombres. ¡Eh, malandrines!, el señor de Saint Prix quiere conocer vuestras costumbres y modales". Saint Prix, desorientado por aquella voz burlona, saludó a los piratas y, al hacerlo, volcó un cubo de alquitrán.



LOS PIRATAS DEL CARIBE



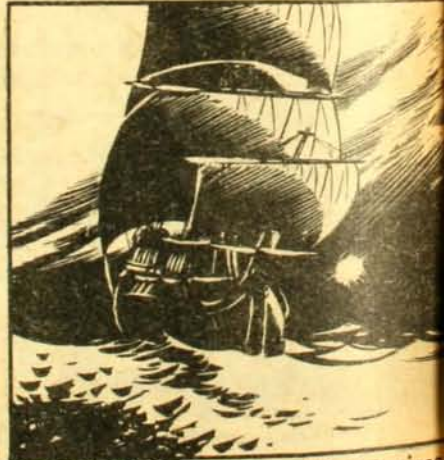
¡Ja, ja! Perfume de alquitrán para el señor.



5. Saint Prix perdió el equilibrio, rodando por el puente. Cuando se levantó, el elegante cortesano se había convertido en un sujeto de ropas grasientas y arrugadas. Al oír las estrepitosas risas de los corsarios, se estremeció de cólera, humillación y sed de venganza.



Aquí encontraréis ropa limpia.



6. Con un ademán, el capitán de los filibusteros acalló las risas y aullidos de burla. En seguida condujo a Saint Prix a su propia cabina. "—En ese cofre hallaréis vestidos", indicó, retirándose de inmediato para dar órdenes de aparejar. La brisa distendió las velas y el barco abandonó la rada.



Que os lleve el diablo, Cormorán!



Espero que se hundan todos esos rufianes.

7. Desde una ventana de su palacio, el gobernador observó la partida del Cormorán. Luego dijo a Rieus, capitán de su guardia: "—Espero que ese condenado pirata encuentre a los españoles y éstos lo sepulten en el mar para que sea pasto de los tiburones". Rieus no pudo ocultar su asombro.



Si, un pacto con los españoles no estaría mal.



¡Barcos a babor!

8. "—¿Los españoles, Excelencia?", balbuceó después. Pointis repuso: "—Por supuesto, capitán. Es fácil entenderse entre caballeros. Las alianzas con piratas nunca fueron de mi agrado". Al día siguiente, cuando el ardiente sol de las Antillas fulguró sobre el mar, el vigía de los corsarios gritó: "—¡Barcos a babor!"

(CONTINUARA)

IRINA LA HIJA de GONDOLERO



CAPITULO II.—*Caprichos de princesa.*

Cuando Faridia, hija de la princesa Zuleyma, declaró que ella se quedaría con el bebé encontrado en la góndola de Zani Zanizola todos se quedaron estupefactos.

—Faridia —dijo la princesa Zuleyma—, eso no es posible.

—¡Yo no quiero que se lleven al bebé! —gritó la caprichosa princesita—. Me encuentro muy sola. No tengo hermanos ni hermanas. Este niño será para mí una muñeca viva.

—¡Qué idea más disparatada! —protestó la princesa Zuleyma— ¿Quién se ocupará de esta muñeca Faridia? El bebé tiene que comer, dormir...

—Yo —dijo Faridia—. Yo lo acostaré, lo levantaré, le daré su mamadera y lo cuidaré.

La joven princesa Faridia estaba habituada a que nadie resistiera a sus caprichos y estalló en ira lanzando gritos histéricos.

—Quiero ese bebé... Lo quiero y lo quiero...

Al mismo tiempo destrozaba su ropa y rompía el hilo de su collar de finas perlas. Era un verdadero energúmeno.

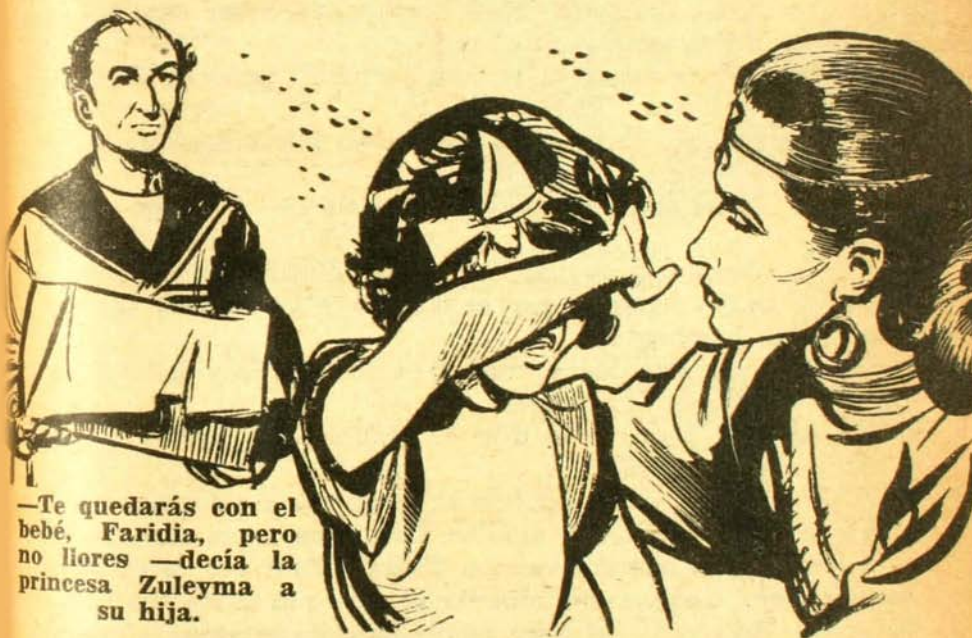
RESUMEN: Zani Zanizolo tenía nueve hijos y vivía pobremente. Un día de carnaval encontró en su embarcación una caja que contenía un bebé.

—Calma, hijita —suplicaba la princesa Zuleyma—. Te enfermarás de nuevo si te excitas tanto.

—Sí, sí; me enfermaré y moriré —gemía Faridia—, y ustedes tendrán la culpa.

—Vamos, Faridia —expresó la princesa Zuleyma—, tranquilízate. Nos quedaremos con el bebé, ya que tanto lo deseas. Venga, gondolero, la princesa quiere quedarse con el bebé. Desate esos lienzos y saque a la criatura de esa ridícula caja.

Aplacada como por encantamiento, Faridia cogió en sus brazos al bebé como si hubiera sido un osito de juguete. La muñeca viviente fijó en la princesa sus ojos adormilados y sonrió.



—Te quedarás con el bebé, Faridia, pero no llores —decía la princesa Zuleyma a su hija.

Mientras tanto, la princesa Zuleyma daba órdenes para que instalaran una cuna provisional en el dormitorio de su hija.

Cohibido y atónito por aquella escena, el gondolero Zani salió del hotel Danieli, subió a su barquilla llevando la caja y los trapos en que estuvo envuelto el bebé. Se aprestaba a lanzar esos objetos a la laguna cuando recordó que su esposa Luisa aprovechaba cuanto trapo o cartón llegaba a sus manos.

En seguida dobló cuidadosamente los lienzos y abrió la caja de cartón para colocarlos adentro.

En ese instante descubrió un sobre que había quedado en el fondo de la caja. Acercándose a un farol abrió el sobre y vio que contenía una suma de dinero bastante respetable. Zani alcanzó a contar más de 20.000 liras.

El gondolero se dejó caer en uno de los asientos de terciopelo destinados a los pasajeros de la góndola y caviloso no respondió a ningún llamado de sus clientes habituales.

Todos los sucesos acaecidos repentinamente, le movían a la reflexión. ¿Qué haría él con el dinero? Sin duda esa fortuna estaría destinada a quien recogiera al niño abandonado.

Ese bebé fue recogido por gente millonaria. ¿Entregaría ese dinero a la princesa Zuleyma? Rica como parecía ser esa dama, no necesitaba tal donación.

“En cambio, para nosotros es una fortuna”, pensaba Zani Zanizolo.

Pero su conciencia le indicaba que como hombre honrado debía dirigirse a la policía.

Con esta última decisión guió su góndola en dirección al Gran Canal.

De nuevo comenzó a cavilar. Su pobre hijita Rina estaba tan enferma, su mujer agotada por el trabajo y la miseria, sus nueve hijos tenían hambre...

Zani colocó el sobre con el dinero en su bolsillo y guió su barca hacia la callejuela donde vivía.

—Hablaré con Luisa —se dijo el gondolero—. Reflexionaremos y mañana ya se verá...

El modesto hogar del gondolero se componía de dos habitaciones donde se apiñaba toda la familia. Una daba a un estrecho canal y la otra, a una oscura calleja. Cuando Zani ató la góndola al embarcadero, comprendió inmediatamente que había ocurrido una desgracia. En efecto, los ocho niños Zanizolo estaban sollozando.

—Todo terminó, papá —dijo María, la hija mayor—. Fue preciso llevar a Rina al hospital, pero ya era tarde y la pobrecita murió.

Zani entró en la oscura vivienda y buscó a su esposa, que, con el rostro inundado de lágrimas, pero fuerte y enérgica, como siempre lo fuera, preparaba un guiso de tallarines.

Zani abrazó a su esposa en silencio y le cogió la mano.

—Es necesario que los otros niños coman, Zani —murmuró la dolorida madre—, y tú también. Tenemos que continuar viviendo

y esperar que no caiga otra desgracia sobre nosotros.

Fue una triste cena y una lúgubre velada. Ni Luisa ni Zani durmieron esa noche y varias veces escucharon el llanto de los niños mayores, ahogado por el temor de despertar a los pequeños. Llegó la mañana, y el gondolero tuvo que partir a su trabajo. Había olvidado completamente la aventura del niño abandonado y el sobre con dinero. Sólo recordó esos sucesos cuando llegó con clientes al hotel Danieli.



Zani encontró en el fondo de la caja un legajo de billetes.

Un empleado del hotel le llamó por su nombre:

—Zani, Zani, ven al instante; caes a tiempo, gondolero. Las princesas ya no quieren al bebé. Parece que lloró toda la noche y la caprichosa princesa Faridia ya no lo quiere. Su “Alteza” dice que desea devolverte el bebé. Entra, Zani. Te lo van a entregar y tú harás lo que quieras con él. En suma, tú lo encontraste y es tuyo. —¡Madona! —exclamó Zani—. Ya tengo nueve hijos. Es decir, ocho desde ayer, pero de todas maneras...

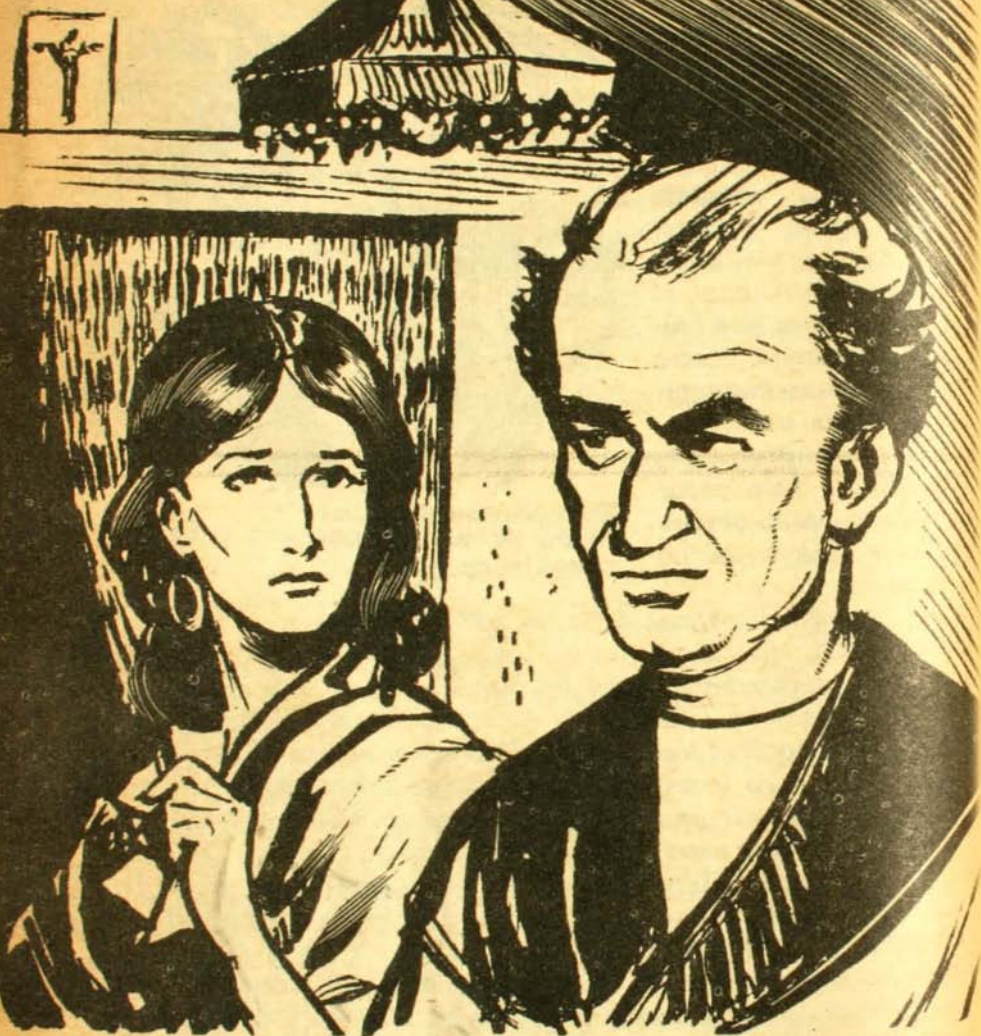
—Eso poco nos importa —declaró el empleado del hotel Danieli—. La princesa Zuleyma lo dejó en la oficina y partió de paseo. Ven, Zani, a recoger tu paquete.

Zani Zanizolo recibió al bebé, que por suerte dormía envuelto en un chal de lana, obsequio de las princesas, y subió a su góndola depositando a la criatura abandonada sobre los cojines de la cabina.

Al verle llegar a tan temprana hora, Luisa le dijo:

—¿Vienes a almorzar aquí, Zani? ¿En día de carnaval?... Es raro que no haya clientes hoy en Venecia. Espero que no faltarán tallarines... Yo te daré mi parte.

Al llegar a su casa,
Zani supo que había
muerto su hija Rina.



—No tengo apetito, Luisa —aseguró Zani—. ¿Quieres escuchar
me un momento? Tengo que hablarte en secreto.

—¿Una nueva desgracia? —preguntó Luisa, palideciendo.

—No, Luisa —respondió Zani—, tal vez una felicidad que llega...
Luisa, ¿cuántos hijos tuvieron tus padres?

—Lo sabes muy bien —contestó Luisa—. Fuimos doce y además dos sobrinos huérfanos que mi padre adoptó.

—¿Y fueron felices?

—Sí, Zani, muy felices.

—¿Y en mi casa cuántos éramos? —preguntó Zani.

—Ustedes eran seis y tus padres recogieron a tres niños abandonados —dijo Luisa—, y todos tuvieron un buen porvenir. ¿Por qué me haces tantas preguntas?

Por toda respuesta, Zani volvió a salir de la casa, trajo en sus brazos al bebé abandonado y lo depositó en el regazo de su esposa.

—Te interrogaba para saber si tú aceptarías a esta criatura que encontré en mi góndola —explicó Zani—. Es un regalo que me han hecho.

Luisa, con manos temblorosas, examinó al bebé y con una mirada le bastó para comprender qué clase de infante era el que tenía en sus brazos.

—Es una mujercita —murmuró Luisa— sana y bien cuidada. Debe tener más o menos la edad de nuestra Rina. Seguramente es de origen extranjero. Mira sus cabellos rubios como el oro. Bonita. con ojos azules, no; un ojo verde y el otro azul. Lleva lindo ajuar. Está frunciendo la nariz. Va a llorar. María, trae una taza de leche... Ya le han salido dos dientes. Pobre angelito... Apresúrate, María —repitió Luisa, llamando a su hija mayor que miraba estupefacta a la niñita rubia.

(CONTINUARA)

—Luisa, traigo un bebé para ti —dijo el gondolero a su esposa.



Rincón de entretenciones



i

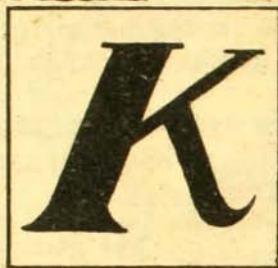


CHARADA

MI PRIMERA, "hay muchas en los jardines".
MI SEGUNDA, "soy una vocal".
MI TERCERA, "soy un lugar de reposo".
MI TODO, "soy un nombre masculino".

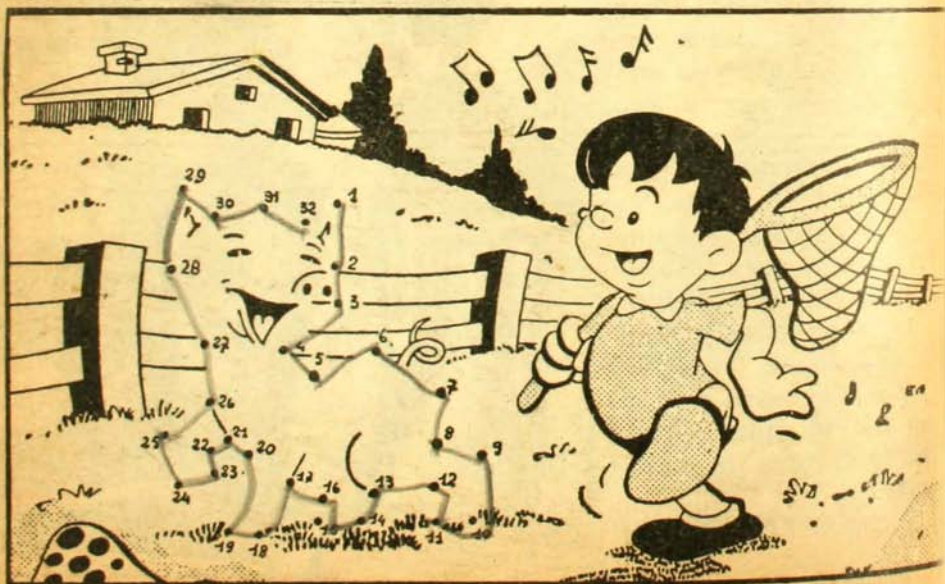
CHARADA

MI PRIMERA, "soy una letra del alfabeto".
MI SEGUNDA, "symbolizo la paz".
MI TODO, "soy lo contrario de incapaz".



*

Une con un lápiz los diversos puntos, según el orden indicado, y podrás conocer quién es el invisible acompañante de Juanito.



Ponchito

Por nato

¡ABUELITAAA! ¡ABUELITAAA!



¿QUE PASA, PONCHITO?



EL PERRO SE COMIO LA
MERMEJADA DE MORA!



¡ESO NO SE HACE, BATUQUE!
¡NUNCA DEBES SACAR UNA
COSA A ESCONDIDAS!



CUANDO QUIERAS ALGO
DEBES PEDIRSELO A
LA ABUELITA!



¡MIRE AL SINVERGUENZA!



NATO.



El Príncipe Valiente

CAPITULO XX. — ¡Por Britania y por Ilene.

Los príncipes Valiente, del reino de Tule, y Arn de Ord se apres-
taban a luchar por la doncella
Ilene. Pero descubrieron que Val
había perdido su espada y que el
escudo y la lanza de Arn desapa-

recieron en las turbulentas aguas del río. Por lo tanto, convinie-
ron en marchar hacia Branvin con la esperanza de hallar a otro
caballero que les facilitara armas.

No habían cabalgado mucho cuando vieron a un jinete y a su
escudero que avanzaban por el camino. El caballero vestía ropa-
jes negros y su expresión era huraña. Cuando los jóvenes le ex-
presaron sus deseos, contestó:

—Podéis serviros de todas mis armas —agregando en seguida—,
si cualquiera de los dos sois lo bastante hombres como para qui-
tármelas.

Vencido el caballero
negro, Val y Arn po-
dían enfrentarse.



Val y Arn exclamaron al mismo
tiempo:

—¡Yo soy ese hombre!

Como no podían luchar los dos,
lanzaron una moneda al aire. Arn,
que ganó, cogió la lanza y el es-
cudo de Val y se dispuso a en-
frentarse al desconocido.

Resonó el ruido atronador de los
cascos, se encontraron los dos gue-
rreros y el caballero negro midió
el suelo con su cuerpo. Val admi-
ró la habilidad de su rival y se
preparó para el inevitable duelo
con la certeza de que Arn era un
antagonista diestro y valiente.

Como se partiera en dos la lanza del vencido, Val se armó con su espada y Arn abrazó el escudo. El desconocido se dispuso a observar la lucha.

—¡Ilene o la muerte! —gritó Val.

—La muerte o Ilene —replicó Arn.

Se embistieron luego, con furia y valor, decididos a resolver de una vez por todas cuál de los dos habría de vivir para desposar a Ilene. El duelo se prolongó hasta que el sol fue descendiendo hacia el ocaso, sin que ninguno de los dos enamorados cesara. Súbitamente el caballero negro emitió un grito de alarma. Val y Arn se volvieron sorprendidos.

En el borde del claro veíase a un grupo de invasores vikings que regresaban a sus embarcaciones con botín y prisioneros.

—¡A caballo! —gritaba el caballero negro—. A caballo y al ataque.

Olvidando sus diferencias privadas para unirse contra los enemigos de Britania, montaron los tres a caballo y se abalanzaron sobre los piratas. Estos se defendieron salvajemente, hasta que, al ver que caían sus jefes, huyeron despavoridos, abandonando a sus prisioneros.

—¡Príncipe Valiente! —exclamó uno de los prisioneros—. Ayu-

Los tres embistieron con furia a los piratas nórdicos.





—Príncipe Valiente,
ayúdamos —suplicó
el prisionero.

dadnos, por favor. Somos guerreros del gentilhomme de Branvin. Ibamos escoltando a la doncella Ilene hacia el palacio del rey de Ord cuando nos atacaron los vikings. Capturaron a la dama y se la llevan hacia la costa.

Acercando el filo de una espada a la garganta de un pirata herido, Val y Arn lo obligaron a revelar la ruta que habían seguido los raptos de Ilene. Después partieron a todo galope por un camino que conocía Arn y por el cual llegarían al puente de la Cañada Dundord antes que los bárbaros invasores del norte.

Cabalaron el uno junto al otro. Todavía eran rivales, pero ahora eran también compañeros de armas que ofrendaban el poder de su amor y la furia de su odio a la causa de Ilene. Era de noche cuando llegaron al puente de Dundorn. Al no ver señales de que lo hubiera cruzado la banda de vikings, se apostaron en el paso, a fin de aguardar su llegada.

El sol de la mañana siguiente reveló la presencia de un grupo de invasores que avanzaban. Los piratas nórdicos habían descubierto ya a los donceles y lanzaron gritos de furor al tiempo que blandían sus armas y se preparaban a arrasarlos con la fuerza del número.

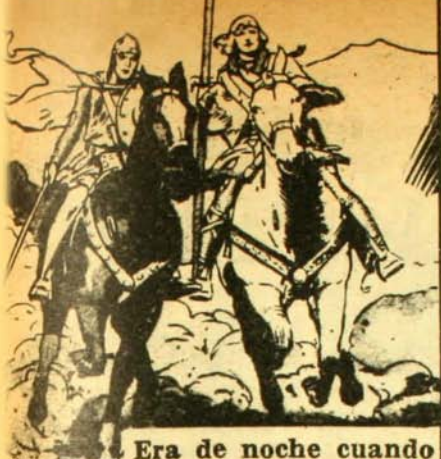
Val y Arn se aprestaron al combate, buscando con la mirada a la joven prisionera. De súbito Arn gritó:

—¡Val! Vienen también del otro lado.

En efecto, otro batallón de invasores se aproximaba a ellos por el extremo opuesto del puente. Estaban acorralados. Vieron también en ese momento que Ilene no se hallaba con ninguna de las dos bandas. Así, pues, ambos abrigaron de inmediato la esperanza de abrirse paso a viva fuerza y continuar la búsqueda.

—Nada tenemos que tratar con estos bárbaros —dijo Arn, antes de ajustar el yelmo a su rubia cabeza—. Nos iremos sin despedirnos, Val.

—Esperemos hasta que el segundo grupo entre en el puente —propuso Val—. Observo que algunos están montados. Una arre-



Era de noche cuando llegaron al puente de Dundorn.



—Nada tenemos que tratar con esos bárbaros —dijo Arn.

metida contra ellos causará confusión. Entonces será el momento de pasar.

—De acuerdo, valeroso enemigo —respondió Arn, aceptando el plan—. Ataquemos sin desmayo por Britania y la hermosa Ilene.

—¡Por Britania y por Ilene! —vibró su grito de batalla cuando galoparon por el puente para caer sobre la horda de piratas. Lucharon con denuedo, abriéndose paso a tajos y lanzazos entre el desorden de hombres y caballos.

Al fin lograron pasar y se alejaron velozmente de sus enemigos, hacia campo abierto. Recién acababan de salir del puente cuando el caballo de Val, que recibiera una herida mortal, tropezó y se desplomó a tierra. Mientras tanto los piratas se habían repuesto de la sorpresa y se aprestaban a reanudar el ataque.

Val rogó al príncipe de Ord:

—Ve, Arn. El destino de Ilene está ahora en tus manos. Yo contendré a estos rufianes mientras me quede un hálito de vida en el cuerpo.

(CONTINUARA)

¡MEDIO MILLON DE PESOS!

¡A prepararse, niños, para el GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD! "SIMBAD" repartirá entre sus lectores muchos y valiosísimos regalos que harán la felicidad de todos los niños de Chile: Bicicletas, radios, planchas eléctricas, pelotas de fútbol, juguetes, etc. Son algunos de los premios que repartiremos gratuitamente para la próxima Navidad. ¡Junta los cupones y canjéalos cuando llegue el momento oportuno!

¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿CUAL FUE EL NOMBRE PRIMITIVO DEL CERRO SANTA LUCIA? ¿Cerro Blanco, Huelén o Nielol?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 358. Se cree que Robinson Crusoe vivió en la isla de Juan Fernández. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** Sabino Astroza, Stgo.; Victoria Lobos, Illapel; Héctor González, Concepción; Edmundo Vicuña, Stgo.; G. Petit, La Serena; Paulina Muñoz, Angol; Cecilia Munita, Los Andes; María Araya, Stgo.; Mónica Menéndez, Valparaíso; Drago Paic, Stgo. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Luis Muñoz, Stgo.; Natalia Morales, Parral; Manuel González, Mininco; Carlos Basso, Bulnes; Patricio Salazar, Angol; Ester Parodi, Stgo. **UN ALBUM PARA COLOREAR:** Teresa Rosenblitt, Stgo.; Juan Cortez, Stgo.; Ricardo González, Rancagua; Yolanda Arroyo, Temuco; Gladys Fernández, Carahue; Angélica Urbán, Talca; Angélica Muñoz, Stgo.; Silvia Landeros, Curicó; Hugo Yáñez, Putagán; Silvia Troncoso, Linares.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

"SIMBAD" N.º 360

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★ \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPARA TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 a 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidad tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 2 - SERIE N.º 3
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 2 - SERIE N.º 3
25 de julio de 1956.



Betty en el colegio



3. "—Estaba en la parte más interesante —murmuró indignada—. Tengo que inventar una manera de recuperar mis "Sim-bades". Luego de reflexionar, decidió fingir que era sonámbula. Martina y Sofía la vieron pasar, con los brazos extendidos. "—¡Qué terrible! Es peligroso despertarla", murmuraron inquietas.



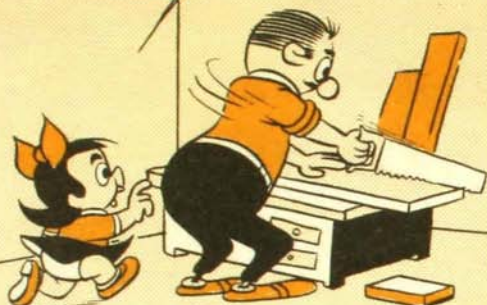
4. La voz se corrió de cama en cama y las alumnas se levantaron para ver pasar a Betty, que avanzaba con paso de autómatas. Su silueta se veía fantástica a la luz de la luna, que iluminaba débilmente el dormitorio. Dotty, la pequeña llorona, gimió: "—¡Ay, me muero de susto! Chiquillas, pidan auxilio, por favor".

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO

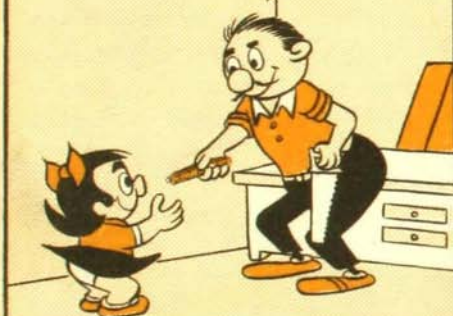
PAPA, ¿ME PRESTAS
EL METRO?



¡TENGO QUE TOMAR
UNA MEDIDA!



¡BUENO, PELUSITA!
¡AQUÍ TIENES!



¿QUE ESTARÁ MIDIENDO
ESTA CHIQUILLA?



¡IRE' A VERLA,
ENTRO AL BAÑO!



PAPA, ¿ADIVINA CUANTOS METROS DE
PASTA DENTÍFICA TIENE UN TUBO?



Simbad

N.º 361

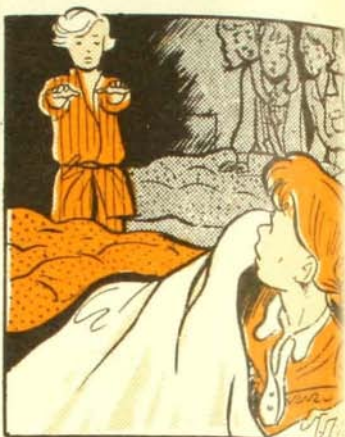
ROSITA CRUSOE



\$ 20.-



Betty en el colegio



CAPITULO VII.—PASEO A LA LUZ DE LA LUNA

1. La inspectora del internado Santa Teresa había sorprendido a Betty leyendo la revista "Simbad" en el dormitorio. Ordenándole que se durmiera, se llevó la colección. Betty, decidida a recuperarla, se fingió sonámbula y cruzó el dormitorio en dirección a la cama de la rubia y llorosa Dotty.



2. Al ver que se aproximaba a ella esa figura fantasmal, Dotty lanzó gritos de terror y sus trenzas parecieron erizarse de espanto. "—¡Auxilio! ¡Socorro!", gritaba. Sus compañeras murmuraban: "—No grites. No la despiertes". La señorita Gerard oyó los gritos y acudió apresuradamente.

(Continúa en la penúltima página.)



—Yo vi una doncella
asomada a esa ven-
tana —aseguraba
Aguila Negra.



CAPITULO III

Pies de Venado.

Aguila Negra, el jefe de los sioux que buscaba a la hija de Joven Búfalo, continuaba porfiándole a Daniel Dracke que él había visto una doncella en la ventana de la cabaña.

—¡Te digo que aquí no hay doncellas! —repitió Daniel Dracke—; yo vivo en compañía de mi sobrino Bobbie, que tú conoces. —Estaré con la vista extraviada —murmuró el jefe de los sioux, con burlesca sonrisa—. Bueno, vecino, seamos amigos y que de tu boca sólo salgan palabras de verdad.

Daniel Dracke vio oculta

Año VII - 1.º-VIII-1956 - N.º 361

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

una amenaza en las palabras del indio y su mano apretó el revólver que había dejado sobre la mesa.

Pero en ese momento de intensa tragedia, entró a la cabaña un muchacho vestido de pantalón café, jersey de gruesa lana y botas de cuero. Traía en sus brazos un haz de leña. Era Bobbie. Venía silbando alegremente y, fingiendo no advertir la presencia de Aguila Negra en la habitación, dejó caer un leño sobre el pie del infame indio.

—¡Ay! —exclamó Aguila Negra—; este muchacho es tan torpe como un oso montañés.

—Perdone —murmuró Bobbie—, ignoraba que el tío tenía un visitante.

Y al tratar de levantar el leño dejó caer todo el haz sobre el otro pie de Aguila Negra.

Con un rugido de rabia el piel roja saltó atrás y, sin decir una palabra, salió de la cabaña cojeando.

Daniel y Bobbie le siguieron con la vista, hasta que se perdió en el bosque.

—Magnífico, Bobbie —expresó Daniel—. ¿Cómo saliste del dormitorio?

—Cambié de traje muy ligero y salté fuera por la ventana —explicó Bobbie—, y en seguida traje esos leños de la cocina, y...

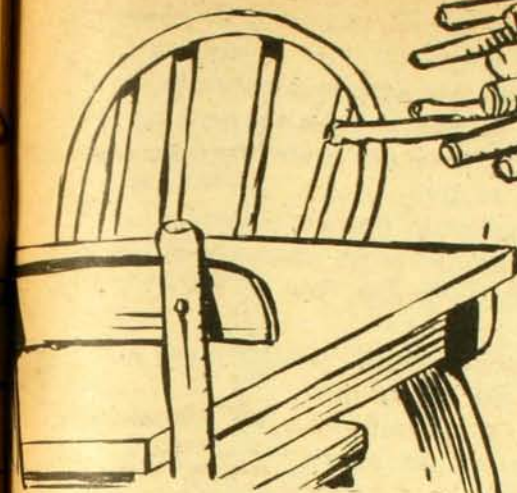
—Se los dejaste caer en los pies al indio, chiquilla mala —murmuró el trapero, riendo a carcajadas—. Dios quiera que ese hombre nunca sospeche...

—No tenga ideas tristes, tío Dan —insinuó Bobbie—. Soy valiente y ahora que me has contado la historia de mis padres, debo hacerle honor a Joven Búfalo, al Hijo del Gran Espíritu, como dices que le llamaban.

Y la jovencita, con el rostro encendido por el entusiasmo, se veía aún más bella.

Como de costumbre, al rayar el alba, Daniel Dracke salió de la cabaña y se internó en las montañas. Nunca decía hacia dónde se dirigía y Bobbie muy discretamente respetaba su secreto.

Por su parte, la hija de Joven Búfalo, apenas terminaba el aseo matinal de la cabaña, salía a cazar liebres o a pescar truchas al río. Esa mañana, Bobbie se dirigió a la montaña y al llegar al borde



de un precipicio, escuchó un aullido lastimero.

“Un perrito nuevo —pensó Bobbie—, y parece que está herido. Seguramente resbaló al precipicio.”

El animal herido, al ver a la niña, lanzó otro aullido, como pidiendo auxilio.

—Allá voy —le gritó la intrépida niña.

Era una peligrosa pendiente; pero Bobbie consiguió bajar hasta el precipicio, colgándose de las salientes de la roca y de los arbustos que allí crecían.

—Es un pequeño lobo —exclamó la niña, acercándose al animalito que pretendía arañarla—. No tengas miedo, lobito... Voy a curarte.

Y Bobbie alargó de nuevo su mano, pero esta vez el lobezno bajó la cabeza y dejó que le examinara la pata herida.

—Vamos a ser muy buenos amigos —decíale Bobbie—, pero tengo que llevarte a casa.



Bobbie entró al comedor portando un haz de leña.

El lobezno no puso resistencia alguna cuando la niña lo colocó en su maletín de caza.

Sin embargo, con el peso del animal, la subida a la montaña se dificultaba. Dos veces estuvo a punto de caer al abismo.

La hija de Joven Búfalo era valiente; estaba acostumbrada a correr por los bosques, a cazar y montar a caballo, pero de pronto quedó suspendida sólo de una mano, por haberse desmoronado la roca sobre la cual afirmaba el pie.

Bobbie lanzó un grito que fue coreado por el lobezno.

Al punto, una cabeza de indio asomó en la cima de la montaña.

—Yo salvo niño blanco —le gritó el piel roja —“Pies de Venado” es muy ligero. . .

En menos de un minuto el muchacho indio estuvo junto a Bobbie y le ayudó a subir, cogiéndola por la cintura.

—Gracias, “Pies de Venado” —dijo Bobbie—; me has salvado la vida. También el lobezno tiene que agradecerte. Mira, traigo este animalito herido.

—¿Para qué cuidar ese lobo? —preguntó “Pies de Venado”—. Los lobos son malos.

—Yo le enseñaré a ser bueno —replicó Bobbie—. Lo llevaré a mi casa para curarlo.

—Un lobo es siempre un lobo —sentenció el indiecillo—, y algún día morderá. Usted arriesgó la vida por salvar un lobo. . . ¡Qué locura!

—¿Y por qué no? —exclamó Bobbie—. ¿No habrías hecho tú lo mismo?

El indio la miró sorprendido. Nadie le había educado en tan buenos sentimientos. Bobbie examinó al muchacho piel roja.

El pequeño indio era muy hermoso y no tenía la expresión salvaje y cruel de los de su raza. Su tez no era más cobriza que la de cualquier niño blanco que trabaja en el campo. Sus ojos grandes y luminosos brillaban con suave sonrisa.

Bobbie se dio cuenta de que “Pies de Venado” también la examinaba con igual curiosidad.

—¿El niño blanco iba a cazar liebres? —preguntó el indiecito.

—Sí —respondió la niña—, pero ahora tengo que curar a “Lobito”. No me llames niño blanco, amigo. Mi nombre es Bobbie.

—Bobbie —repitió “Pies de Venado”—, ¿quiere que lo lleve a un sitio del río donde hay buenas truchas? “Pies de Venado” y Bobbie, buenos amigos.

—Sí, sí, buenos amigos —expresó Bobbie—; te invito a mi cabana. Es esa casa que se divisa en la colina.
Al llegar al domicilio del trapero Daniel Dracke, Bobbie sacó de su maletín al lobito y le examinó la pata herida.

Bobbie bajó a un precipicio a salvar un lobezno herido.



—“Pies de Venado” conoce una hierba que cura heridas —dijo el indio—. Espere; pronto vuelvo con esa hierba mágica.

(CONTINUARA)



EL TEMPLO DE

CAPITULO VIII.—EN LA

RAWANG-DJAR



OMBRA DEL TEMPLO



1. Lince Blanco había logrado huir del traidor Welles y de sus cómplices. Ocultándose detrás de un inmenso ídolo, vio pasar a sus enemigos. “—Tengo que buscar a Doris y a su padre”, murmuró.



3. Súbitamente, el joven periodista cayó en el mismo foso en el cual había desaparecido Lince Blanco. Gori lo siguió, indicando: “—Mi amo cayó aquí, sin duda. Avancemos con cautela”. Jaime Redan encendió su linterna eléctrica, comprobando que estaban en un túnel. “—Por aquí llegaremos al templo de Rawang Djar”.



2. Al apoyarse contra la estatua, advirtió un leve deslizamiento. Presionando con más fuerza, descubrió que a sus pies se abría una entrada. Bajó con rapidez las gradas y, luego de colocar la estatua en su primitivo lugar, avanzó entre las sombras. Mientras tanto, Gori y Redan buscaban en la jungla a Lince Blanco.

4. Caminaban alertos. Ningún rumor perturbaba el silencio. Los muros veíanse cubiertos de polvo y telarañas. Por fin los exploradores se detuvieron ante una gran losa. Al moverla, descubrieron que ocultaba una entrada subterránea. “—Tienes razón, Gori”, observó Redan—. “Estamos en los sótanos del templo.”



EL TEMPLO DE



5. Ascendiendo las gradas de piedra, se hallaron en los corredores del silencioso santuario. De súbito, el malayo Gori susurró: "—Apague la linterna, señor Redan". Dos hombres se acercaban.

6. El periodista y Redan cayeron sobre ellos en forma tan repentina, que los secuaces de Welles no pudieron defenderse. "—Les dejamos fuera de combate —dijo Gori con una fría sonrisa—. Busquemos ahora a mi amo." Lince Blanco recorría el sótano en tinieblas, cuando resonó una detonación.

RAWANG-DJAR



7. El cazador cayó al pie de otro ídolo. Un puñal malayo surcó el aire, abatiendo al hombre que había disparado contra Lince Blanco. Instantes más tarde, Gori y Redan se inclinaban sobre Lince Blanco. "—Por fin estamos reunidos —suspiró Redan—. Si halláramos pronto a Doris..."



8. "—Este templo está lleno de espías y asesinos —continuó el periodista—. Mientras menos tiempo dure nuestra visita, mejor para nosotros." Lince Blanco, recobrando la conciencia, dijo: "—La bala pasó rozando mi sien. Redan, Gori, tenemos que encontrar a Doris y a su padre. Welles los tiene prisioneros".

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE

CAPITULO XXIV.— *La planta maligna.*



El islote situado en el centro de un caudaloso río constituía para Julia Blair y sus amigas un refugio seguro. Era difícil que el pueblo de la Reina Blanca las descubriera. A fin de abastecerse de frutas y otros alimentos, Julia había ideado un puente levadizo. Lani tejó una red, en la cual quedaron prisioneros varios peces, grandes y apitosos.

En la primera salida, cosecharon gran cantidad de frutas. Al regreso, luego de levantar el puente y recoger la red, oyeron a la distancia un resonar de tambores. Atemorizadas, se ocultaron en el refugio que ellas denominaban "Castillo de Bambú". Rosita ignorando el peligro, sonreía alegremente.

—Los negritos han vuelto, para jugar a las escondidas —explicó al leopardo Katzi—. Debes estar muy callado, para que no nos descubran.

Mientras tanto, Lani indicaba a Polly que guardara silencio. El bullicioso papagayo, como si presintiera la amenaza que se cernía sobre ellos, contenía sus impulsos de hablar y silbar.

Los tambores acallaron de pronto sus sonos. Rosita, desilusionada, murmuró:

—No vinieron, Julia.

—No, Rosita.

Y en voz baja murmuró:

—Gracias a Dios.

Días más tarde, cuando regresaban de la selva, Julia y Lani se virtieron alarmadas que Rosita no respondía a sus llamados.

—¿Qué habrá sucedido? —balbuceó Lani, con espanto.

—El fiel Katzy la vigila. Es imposible que la hayan secuestrado.

lo, o... —musitó Julia, infundiéndose valor. En seguida, añadió:

—Cruzaré el río, sosteniéndome de la red.

El agua rugiente golpeaba el esbelto cuerpo de la joven. Por fin, Julia alcanzó la ribera opuesta.

—¡Rosita! ¿Dónde estás? —gritó.

No obtuvo respuesta. Deteniéndose sólo para

soltar la amarra del puente, a fin de que Lani cruzara el río, Julia se precipitó hacia el refugio. Allí, sobre el verde pasto, retorciéndose de dolor, vio a Rosita.

—¿Qué tienes, mi linda?

—¡Ay! Me duele mucho. La guatita.

Julia la cogió en brazos. La niña, con una sonrisa temblorosa y esforzándose por no llorar, dijo:

—El viejito bueno me trajo una planta. Rosita la comió. Era rica, pero le hizo mal.

Lani, que se había reunido con ellas, murmuró:

—Oh, puede ser una planta venenosa. El orangután no lo sabía.

Aquella era la primera vez que Rosita estaba enferma. Luchaba por ser valiente, pero las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro. Julia y

Lani se miraron desesperadas. ¿Qué podían hacer para aliviar a la niña?

—¿Cómo era la planta?

—interrogó Julia.

—Como un palo, blandito.

¡Ay!

Se quejaba dulcemente.

Lani sugirió:

—Quizás si bebe agua le irá bien. Voy a buscar.

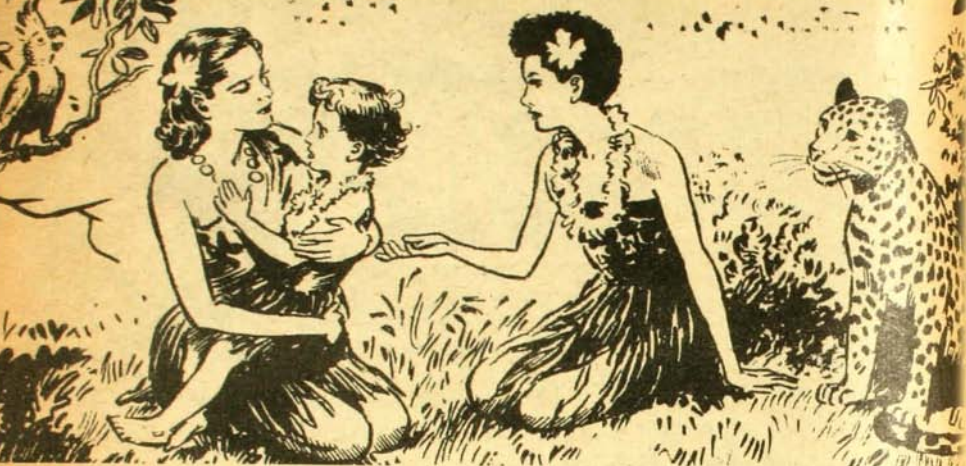


—Los negritos han vuelto para jugar a las escondidas —explicaba Rosita al leopardo.



El agua rugiente golpeaba el esbelto cuerpo.

Julia cogió en sus
brazos a la llorosa
niña.



—Lunes, por favor, trata de ver qué ha comido Rosita. Quizás encuentres algún resto de esa planta, o cualquier indicio de ella.

—Sí, amita Julia. Lani mirará con cuidado.

Exploró los alrededores, acompañada de Katzi. No había señales de alguna planta quebrada o con un gajo desprendido. Tampoco descubrió huellas del orangután. Quizás si encontrara al gran simio, podría interrogarlo. En alguna forma lograría que la guiara hacia el arbusto. El orangután era inteligente.

—Quizás si bebe agua
le hará bien —sugirió Lani.



—El no quiso dañar a Rosita —murmuró la joven isleña—. Pobre Rosita, está sufriendo. Si conociera alguna magia para sanarla.

Siempre que las amenazaba alguna desgracia, Lani recordaba al dios Ma-Za-ra. Era supersticiosa y temía que el ídolo las persiguiera.

En ese instante oyó un leve rugido de Katzi. El leopardo se había detenido

y olisqueaba con desconfianza una rama. Luego la cogió entre sus dientes y acercándose a Lani se la ofreció.

—¡Oh Katzy! Has encontrado la planta maligna. La observó con temor. Sin embargo, aquella caña no tenía un aspecto aterrador, ni colores sombríos, ni era pesada como una rama que debía estar cargada de magia dañina.

Katzy examinaba perplejo a Lani. ¿Por qué permanecía inmóvil e indecisa? El, con su fino oído, escuchaba aún los lamentos de Rosita. Había visto el llanto en sus azules ojos y deseaba que el dolor de su pequeña ama terminara.

“Si llevo esta planta, quizás el sufrimiento de Rosita aumente — pensaba Lani, torturada por las dudas—. Es una planta que el dios Ma-Zara ha tocado con su mano. Está maldita.”

Vacilaba mientras el leopardo, impaciente, rugía. Tan absorta estaba Lani en su indecisión, que no escuchaba el reclamo de Katzy. Finalmente, él cogió de nuevo la rama entre sus dientes, haciéndola crujir. Lani se la arrebató con un rápido movimiento.

—No, Katzy, tú no debes sufrir también con el veneno que Ma-Zara vertió en esta caña. Se la daremos a Julia y ella decidirá qué debemos hacer. Quizás en el pueblo de la Reina Blanca haya un brujo que con sus sortilegios pueda sanar a Rosita Cru-soe y aplacar la ira del dios Ma-Zara.

(CONTINUARA)

Lani exploró los alrededores, acompañada de Katzy.



El leopardo había encontrado la rama que buscaban.





LOS NIETOS

DEL TIO TOM

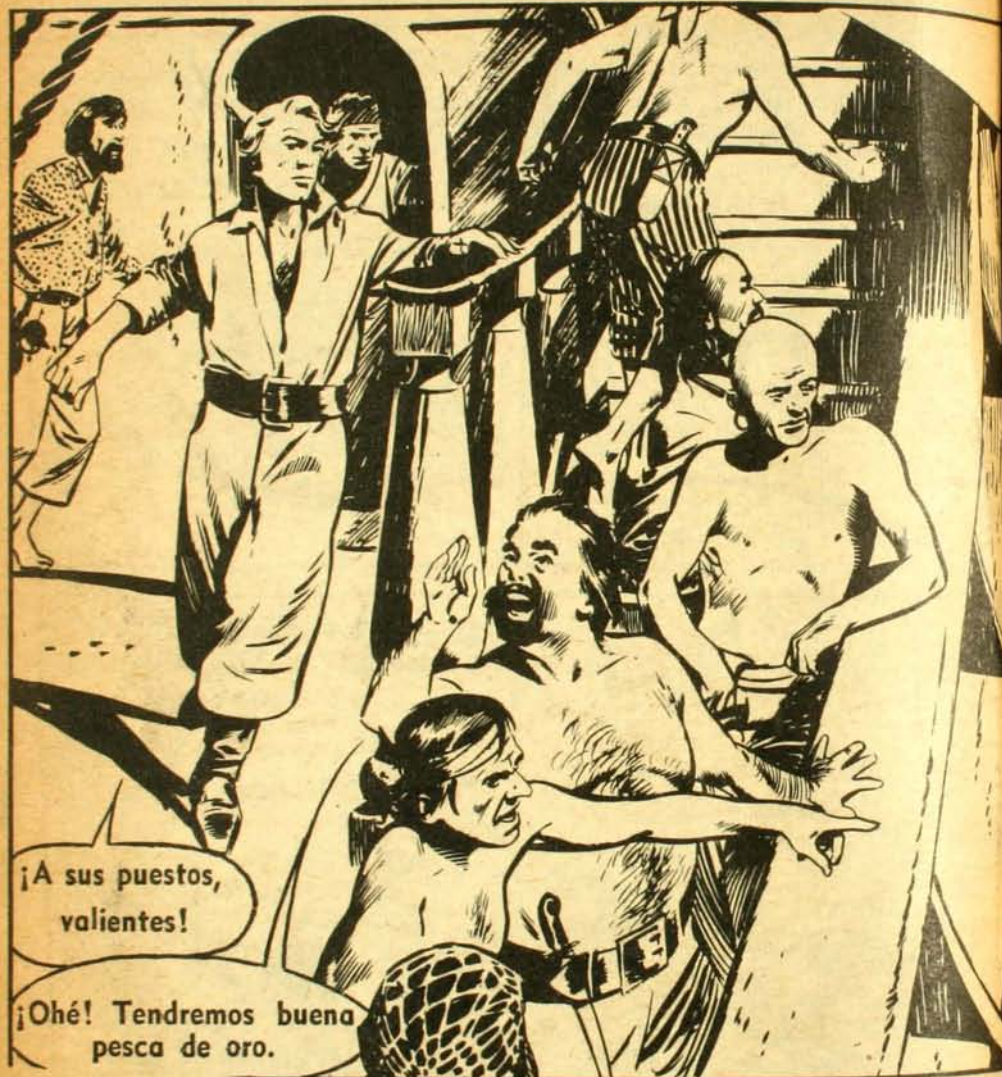




LOS PIRATAS DEL CARIBE



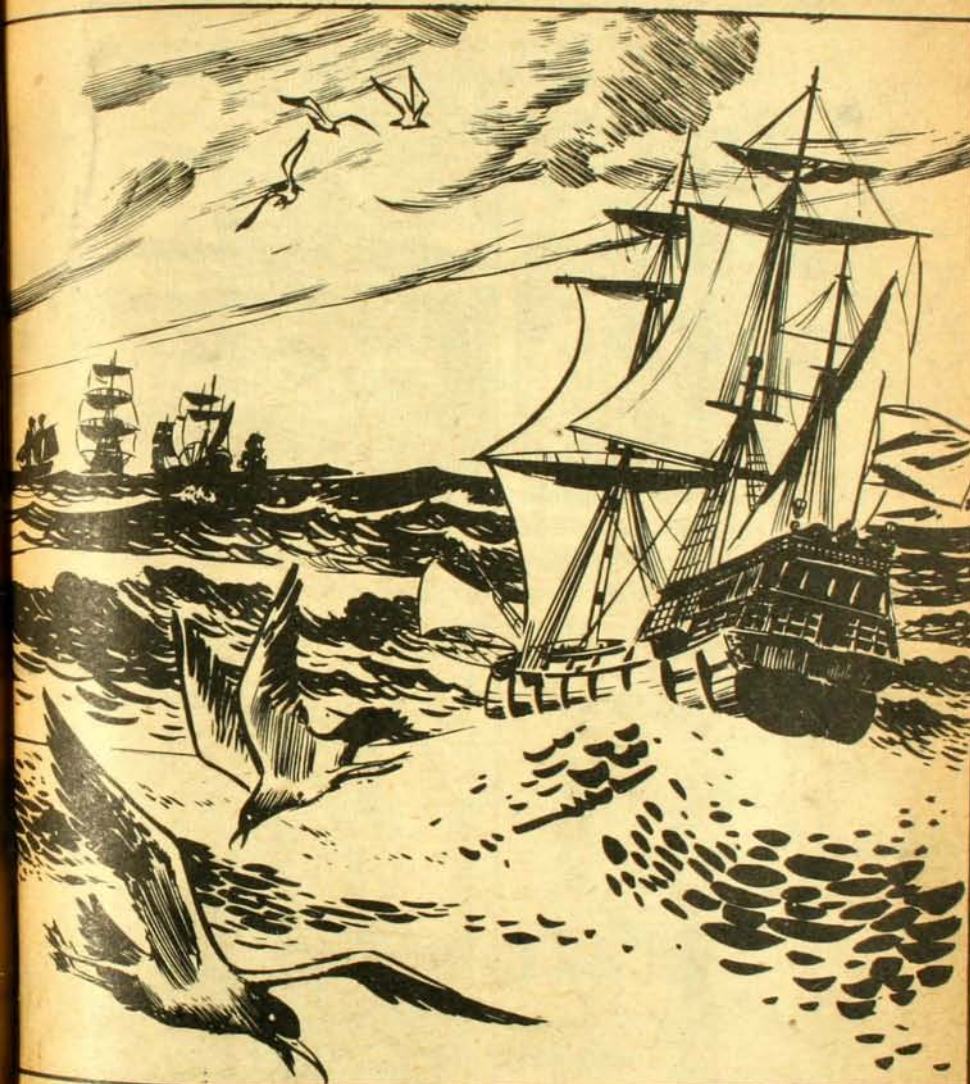
CAPITULO XI.—UNTO FAVORABLE



¡A sus puestos,
valientes!

¡Ohé! Tendremos buena
pesca de oro.

1. La nave comandada por el Cormoran había avistado a la flota española. Una ola de agitación conmovió a los corsarios, ávidos de combate. La bandera con la calavera ondeó en el mástil, con la siniestra sonrisa de la muerte. “—A sus puestos —rugió el Cormoran—. La danza empezará pronto y muy animada.”



2. En el horizonte se delineaban cada vez más próximos los barcos de la flota hispana. Naves soberbias y bien equipadas, con sus bocas de cañones dispuestas a arrasar a quien se interpusiera en su camino. Estaban siempre alertas, porque las naves armadas en corso y los piratas les acechaban en cada ruta.



LOS PIRATAS

DEL CARIBE



Habr  danza... y más agitada de lo que yo creía.

3. El Cormoran examinaba la escuadra enemiga. Con voz calma, enumer  los barcos: "—Dos goletas, dos galeras, dos barcos de tres puentes...  Pardiez!, tendremos faena." El Tuerto dijo con avaricia: "— Y oro, capitán! Llenaremos de cofres de oro la isla de la Tortuga, mientras Pointis se roe las uñas de rabia."



Un barco viejo contra una flota poderosa.  no es mucha osa día, capitán?



No me gustará despertar con una soga al cuello, señor de Saint Prix.

4. El señor de Saint Prix, oficial del rey, sugirió con timidez: "—Capitán, supongo que no pensar , ni en sueños, atacar esa flota." El Cormoran replicó: "—Si no lo sueño yo, lo sue ar n los españoles, y despertar  o prisionero o ahorcado." Los piratas celebraron aquellas palabras con estrepitosas carcajadas.



 Todos listos para el baile?



 Condenaci n! Es un barco pirata.

5. Saint Prix no volvió a abrir la boca. El viento era favorable al corsario. Rápidamente, el Cormoran impart  sus órdenes: "— Tim n a babor! Atacaremos por la derecha a la línea enemiga." Mientras tanto, la alarma fue dada a bordo de los navíos españoles y todos se prepararon para el desigual combate.



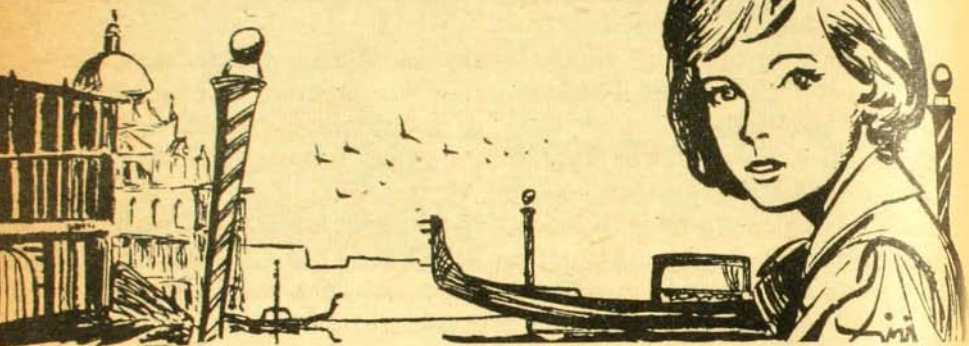
Un enemigo despreciable. Ser  fácil hundirlo.



6. El Duque de las Casas capitaneaba la flota de su Católica Majestad. Desde la toldilla del buque almirante observaba la maniobra del corsario. El viejo velero del Cormoran se aproximaba con la ligereza de una gaviota, mientras los barcos españoles, contra el viento, navegaban pesados y vacilantes.

(CONTINUARÁ)

RINA LA HIJA del GONDOLERO



CAPITULO III.—Ave sin nido.

Mamá Luisa, acariciando a la criatura que Zani le había traído la examinaba curiosamente.

—Hija de rico —repetía, al observar la ropa que cubría a la niña abandonada—. María, ¿calentaste la leche? Tráela. Mira cómo chupa el biberón... Igual que mi pobre Rina... ¿Quién diría que mi hija Rina murió ayer nada más y ahora tengo otra criatura en brazos?

María, la mayor de los nueve Zanizolos, no podía comprender que su padre hubiera traído otra criatura para reemplazar a su hermanita fallecida.

RESUMEN.— Zani Zanizolo tenía nueve hijos y vivía pobremente. Un día de carnaval encontró en su embarcación una caja que contenía un bebé. El gondolero creyó que la caja pertenecía a la princesa Zuleyma, y le entregó la criatura. La princesita Faridia quiso guardar al bebé como una muñeca, pero lo devolvió al día siguiente. Zani encontró en el fondo de la caja un legajo de billetes y cuando le devolvieron la niña, resolvió adoptarla...

Zani, con un pretexto cualquiera, envió fuera de casa a María y luego dijo a su esposa.

—Luisa, tengo que explicarte una cosa. Creo que no tenemos derecho a quedarnos con esta niñita. Seguramente me gustaría guardarla, pero si yo fuera a la policía...

—¿Estás loco? —protestó Luisa—. ¿Para que manden a un asilo a la pobrecita?

—Escucha —prosiguió Zani, sacando de su bolsillo el sobre con miles de billetes—. Esta chica puede ser víctima de un rapto o de un crimen y el dinero...

—Poco me importa el dinero —expresó Luisa con indignación—. Te prohíbo que vayas a contar una historia que no conoces y que a la policía nada le importará. Lo único claro es que ayer perdí a mi hijita Rina y que hoy el cielo me manda otra hija de la misma edad. Mi tesoro —añadió, besando a la rubia niña—, desde ahora te llamarás Catarina y te diremos Rina. Nadie podrá separarme de ti, mi amor.

La chiquitina, satisfecha con el alimento bebido, sonrió a Luisa y gorgoreó.

—Yo había pensado —objetó Zani.

—Tú habías pensado —interrumpió violentamente Luisa— en adoptar el bebé, pues comenzaste por recordar que en nuestras

familias la adopción de huérfanos nos trajo felicidad. No me hables de ir a la policía, Zani...

Si la inocente llega con dinero, tanto mejor...

Eso nos permitirá cuidarla en buenas condiciones. Es un asunto arreglado y no hay más que decir.

El gondolero inclinó la cabeza. En su góndola mandaba él, pero en la casa obedecía siempre. Entre tanto, Luisa desnudaba a la pequeña para mudarle los pañales. La buena mujer no sa-

Zani leyó un párrafo del diario que daba cuenta del incendio en el palacio Mozzini.



bía leer y mostró a Zani unas marcas en la ropa del bebé.
—¿Qué dice aquí? —preguntó Luisa.
—Que esa ropa fue comprada en París —dijo el gondolero—.
¿Será francesa la chiquitina?
—Gente de cualquier país puede comprar ropa en París —indicó Luisa—. Esto nada prueba.
—En efecto —asintió Zani.
Esa noche, Zani recorrió las páginas de un diario y no dio importancia a un artículo concebido en estos términos:

INCENDIO EN VENECIA.— Ayer, en pleno día de carnaval, se declaró un incendio en el primer piso del palacio Mozarini, propiedad de una francesa llamada Madame Galbert. La dama, que se había ausentado por algunas horas, dejó a su bebé de pocos meses, bajo la vigilancia de su nodriza. Pero la nodriza había salido del palacio para ver los fuegos de artificio del carnaval. Cuando regresó ya se había quemado todo el primer piso y entre los escombros no se encontró el cadáver del bebé. Tan atroz desgracia se atribuye a un corto circuito. Es preciso que las autoridades investiguen bien el origen del siniestro, a fin de que estos accidentes sean evitados en lo sucesivo.

Zani leía en voz alta esta reseña y su hijo Beppo dijo:
—Papá, nosotros vimos ese incendio anoche.
—Esto nos demuestra —observó Zani— que tanto en los palacios como en nuestras humildes viviendas nadie está exento de una desgracia. Esa pobre dama llora a su hijo como nosotros lloramos a nuestra Rina, pero ella no ha tenido la dicha de encontrar otra Rina en una góndola.
La vida de la familia Zani Zanizolo se organizó como antes de los trágicos sucesos ya narrados.
La pequeña Rina, a quien los niños llamaban “la bambina del carnaval”, y Zani, en el fondo de su corazón, “la francesita”, era una chiquitina muy tranquila. Nunca lloraba, reía mucho, gorjeaba en ese idioma común a todos los niños del mundo y parecía contenta en la vivienda de los Zanizolo. Todos la querían y pronto nadie recordaría su misteriosa llegada al hogar del gondolero.
De común acuerdo, Zani y Luisa decidieron que el dinero colocado dentro de la caja del bebé abandonado en la góndola sería

únicamente destinado a la pequeña desconocida. Pero en los días de carnaval el gondolero había hecho buenos negocios y así pudieron remediar algunas necesidades.

* * *

Dijimos que el palacio incendiado estaba situado en el mismo barrio de los Zanizolo, junto a una plaza dominada por una iglesia. Era, pues, una gran atracción para los muchachos del barrio ir a contemplar los vestigios del palacio Mozarini y hurgar entre los escombros, descubriendo variados objetos que servían para sus



juegos. Magdalena había recogido entre las cenizas una estatuita de mármol casi intacta y una muñeca que, aunque carecía de brazos, le parecía maravillosa.

—Apuesto —dijo un día Luisa Zanizolo— que esos perversos chiquillos, en vez de ir a su trabajo o a la escuela, se entretienen hurgando escombros. Zani, harías bien en pasar por allí y darles una buena tanda...

Como de costumbre, Zani obedeció a su enérgica esposa y, en efecto, descubrió que sus hijos estaban agrupados en el palacio incendiado.



La nodriza del niño quemado en el incendio lloraba y gritaba como loca.

Sin embargo, en vez de ejecutar las órdenes de Luisa, el gondolero se detuvo a presenciar una extraña escena. Una mujer joven todavía y modestamente vestida, con ojos de loca y el cabello suelto, lanzaba gritos y lamentaciones sin preocuparse de la curiosidad que despertaba. La mujer apretaba los puños, levantaba los brazos y parecía maldecir el palacio incendiado.

A través de sus gritos se escuchaban algunas frases:

—Fui yo, fui yo... Fue mi culpa. No debí salir esa noche y nadie se habría atrevido a incendiar el palacio... Todo se quema; hay llamas detrás de mi espalda, llamas me circundan. Las veo por todas partes... Las veré siempre. Deténganme... Llévenme a la cárcel... Les aseguro que yo tengo la culpa.

—Parece que es la nodriza —explicó María a su padre—. Viene todos los días a pararse ante las ruinas del palacio y a veces pasa la noche gritando y llorando. Dice que nunca se consolará de haber salido del palacio la noche del carnaval. Si hubiera

estado allí, no se habría quemado su crío... Algunas personas dicen que está ebria, pero yo creo que ha perdido la razón.

—Así creo yo también —expresó Zani—. No tiene aspecto de ebria, sino de mujer desesperada o loca.

—Los carabineros fueron en busca de la lancha de la policía y llevarán a esa pobre mujer a un manicomio —dijo la compasiva María.

En ese momento la muchedumbre se apartó para dar paso a una pareja extraña. La dama era bella, hermosa y vestía riguroso luto; el hombre, aunque ataviado como un europeo, cubría su cabe-

La dama enlutada venía con un individuo cuya cabeza cubría un turbante.



za con un turbante oriental. Parecía un disfrazado en carnaval. La dama se apoyaba en el brazo de su compañero.

—Es la señora francesa, dueña del palacio incendiado —murmuró María al oído de su padre—, y es la madre del niño que pereció en el incendio. ¿Qué va a ocurrir ahora entre ella y la nodriza? Mira, papá, la dama se acerca a la mujer loca. Seguramente la matará.

Pero las intenciones de la bella señora Galbert parecían muy diferentes. Lentamente se acercó a la loca y le habló con dulzura.

(CONTINUARA)

Ponchito



¡UÉ, QUE FRÍO
MÁS GRANDE!



¡...Y TENGO QUE SALIR
A SACARLE LA LECHE A
LA VACA!



¡POBRE ANIMAL
ESTÁ TIRITANDO!



¡DE PURO FRÍO NO
PUEDE SOLTAR
LA LECHE!



Por nato

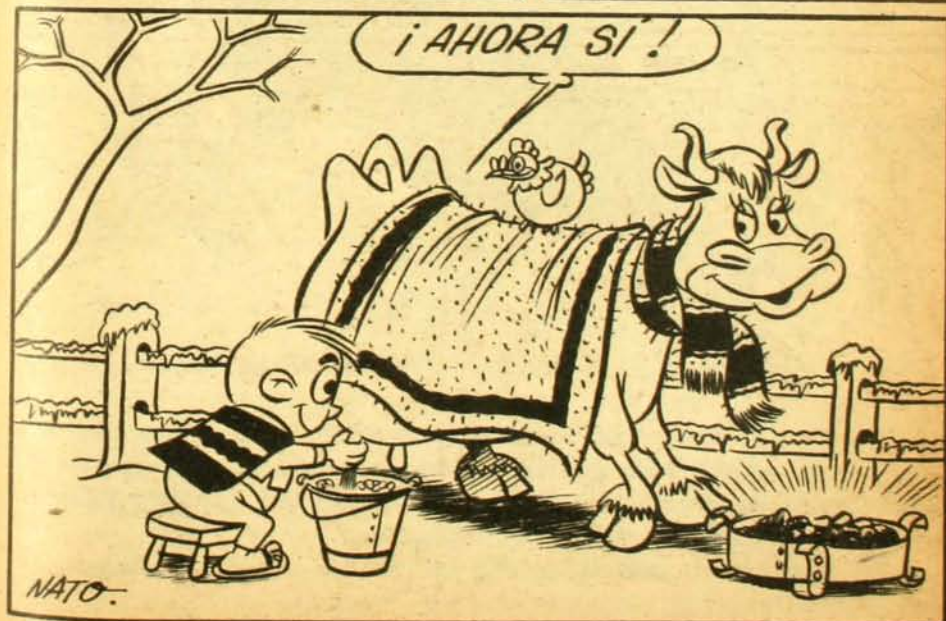
¡TENGO QUE HACER
ALGO!



¡YA TENGO LA
IDEA SALVADORA!



¡AHORA SÍ!



NATO.

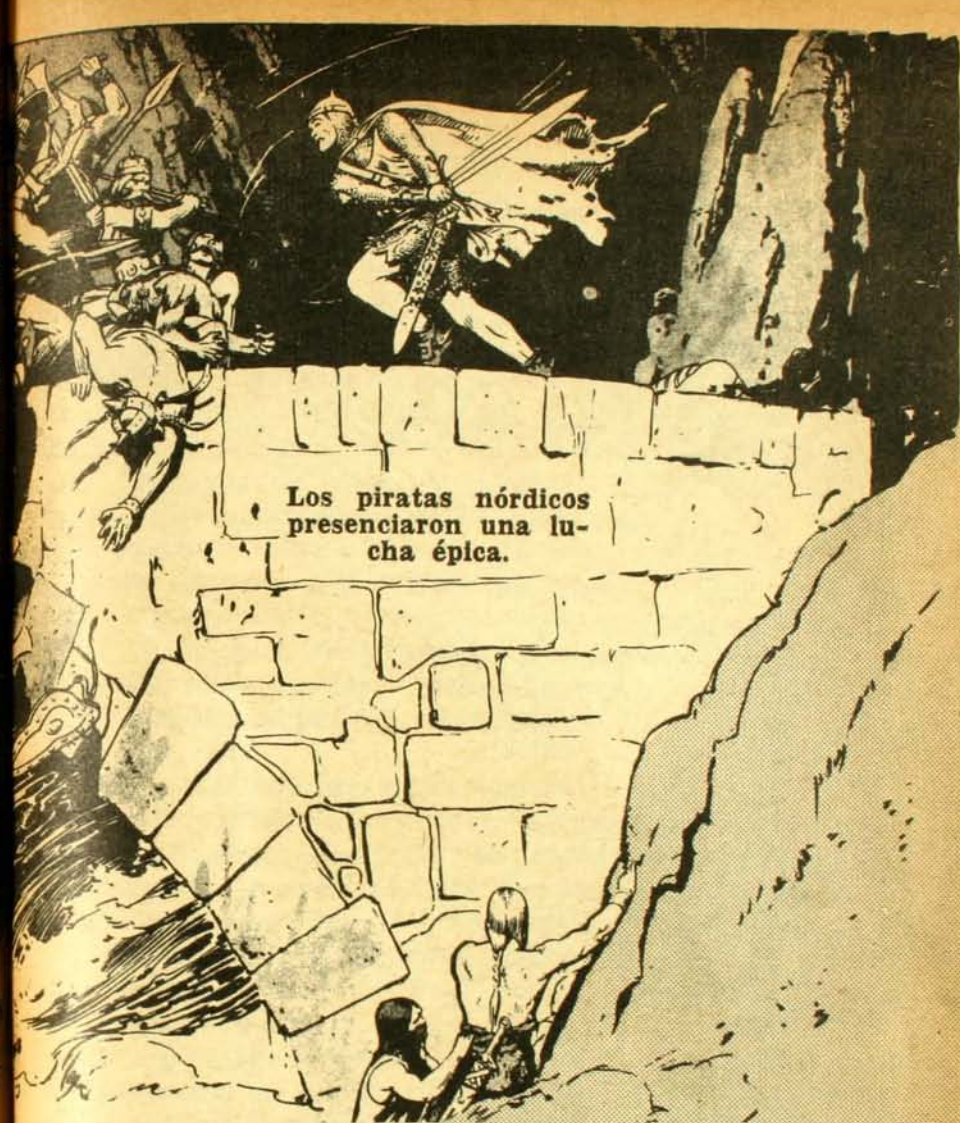
El Príncipe Valiente



CAPITULO XXI.—Frente al verdugo.

Los príncipes Arn y Val estaban decididos a rescatar a la doncella Ilene, secuestrada por los vikings. Luego de batallar contra una horda de piratas nórdicos, Val quedó sin caballo. Entonces indicó al príncipe de Ord:

—Tú puedes salvar a Ilene. Yo contendré a estos bárbaros. Arn desenfundó su espada.



Los piratas nórdicos presenciaron una lucha épica.

—Tómala, Val. Es la famosa "Cantadora" y tiene un encantamiento. Sólo por un milagro podrás vivir una hora más.

Val la aceptó con una sonrisa sañuda.

La enjoyada empuñadura de la Cantadora se ajustaba a la perfección a la mano de Valiente. Y el roce del viento sobre su doble filo la hacía vibrar musicalmente, produciendo el efecto de una alegre canción. Luego de despedirse de Arn, Val marchó hacia el puente para enfrentar a los enfurecidos vikings.

Arn se volvió para verle por última vez.

—¡Ojalá que los dioses hubieran dispuesto que ese valiente fuera mi amigo y no mi enemigo mortal! —murmuró al partir.

Al ver a un solo guerrero que se enfrentaba a ellos con tanta decisión, los piratas sospecharon que se trataba de una emboscada y se detuvieron.

Mas su vacilación fue breve. El primero en adelantarse fue un gigantesco capitán viking.

—Mi hacha de doble filo resolverá este enigma —dijo enarbolando el arma.

La espada de Val canturreaba suavemente, como si aguardara el instante de entrar en acción. Y antes que el hacha pudiera caer sobre el doncel, la Cantadora aulló al cruzar el aire y el terrible filo destrozó escudo y casco, y el alma del normando ascendió al reino del Valhala.

—¡Acercaos más! —insinuó Val a sus enemigos—. Mi hermosa espada sigue sedienta.

Los bárbaros avanzaron. Una y otra vez subió y bajó la poderosa hoja. Y por sobre el rugir de las aguas del río y el entrechocar de las armas, resonaba el grito de batalla del joven guerrero:

—¡Por Ilene!

Aquel día, con el corazón rebosante de ira y la terrible espada Cantadora en su diestra, el príncipe Valiente grabó para siempre su nombre en la memoria de los piratas del norte. Al fin, los que so-

Se abatió lentamente, debilitado por una veintena de heridas.

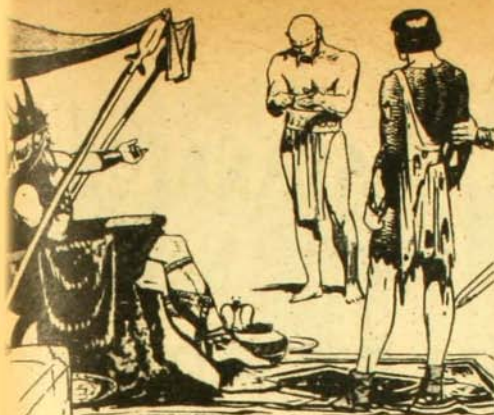
brevivían retrocedieron dominados por el asombro y el temor. Pero Val, en su momento de triunfo, se abatió lentamente, debilitado por una veintena de heridas.

Cuando volvió a abrir los ojos se encontró en la costa, frente a Tagnar, jefe de los invasores, quien se hallaba instalado bajo una tienda improvisada junto a sus dos barcos.

Tagnar observó a Val y rugió luego con voz colérica:

—Os dije que no me molestarais con prisioneros. ¡Matadlo!





—¡Matadlo! —rugió
Tagnar.



El verdugo, un gigante calvo, se aproximó con una filosa daga en la mano.

Pero Val sorprendió al jefe, hablándole en la lengua del norte: —Veo que el valiente Tagnar prefiere descansar a la sombra como las viejas. En cuanto a mí, será un placer hacer morder el polvo a un viking más... , especialmente a uno tan estúpido como tu verdugo, que será víctima fácil de cualquier ardid, por simple que sea.

Y el príncipe Val giró súbitamente sobre sus talones...

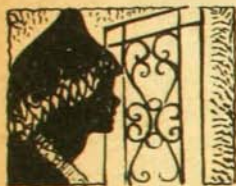
En seguida los nórdicos presenciaron una lucha épica. El enorme hombre de cabeza rapada se vio cogido por unos brazos de hierro. En vano esgrimió su puñal. Val se inclinó hacia atrás, de espaldas, levantó su pierna y, haciendo una zancadilla al gigante, lo lanzó de cabeza al suelo. En seguida, girando con la velocidad del rayo, lo cogió de un pie, que retorció hasta que el verdugo imploró piedad.

(CONTINUARA)

¡MEDIO MILLON DE PESOS!

¡A prepararse, niños, para el GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD! "SIMBAD" repartirá entre sus lectores muchos y valiosísimos regalos que harán la felicidad de todos los niños de Chile: Bicicletas, radios, planchas eléctricas, pelotas de fútbol, juguetes, etc. Son algunos de los premios que repartiremos gratuitamente para la próxima Navidad. ¡Junta los cupones y canjéalos cuando llegue el momento oportuno!

¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿QUE MUJER ESPAÑOLA FUE LA QUE ACOMPAÑÓ A PEDRO DE VALDIVIA EN CHILE?

¿Paula Jaraquemada, Catalina de los Ríos o Inés de Suárez?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 359: EL CREADOR DE "LOS TRES MOSQUETEROS" FUE ALEJANDRO DUMAS. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** Cecilia Molina, Tomé; Eliana Moreno, Santiago; María Elena Echeñique, Viña del Mar; Hugo Medel, Chillán; Aída Suárez, Santiago; Patricio Weber, Valparaíso; María Inés Castro, Santiago; Rafael Riddell, Santiago; Hugo Ruiz, Villa Alegre; Ana Luisa Frez, Quilpué. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Ignacio Miranda, Santiago; Manuel Fuentes, Cañete; Patricio Pardo, Chimbarongo; Santiago Rojas, Santiago; Marta Gómez, Rancagua; Estela Candes, Viña del Mar. **UN LIBRO:** Patricia Matzen, Santiago; Elsa Díaz, Los Andes. **María, Eugenia Zamudio, Santiago; Carmen Luz Morales, Santiago; Enrique Herrera, Chillán; Leonidas Quintana, Santiago; Elba Zerené, Quillota; Patricia Pascual, Santiago.**

CUPON DEL CONCURSO Semanal

"SIMBAD" N.º 361

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★ \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

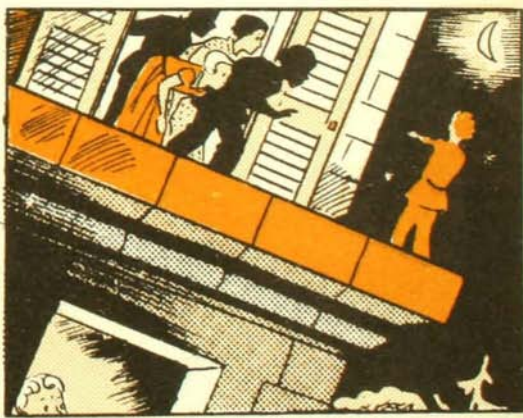
CUPON N.º 3 — SERIE N.º 3
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 3 — SERIE N.º 3
1.º de agosto de 1956.



Betty en el colegio!



3. Betty pasó junto a la cama de Dotty, dirigiéndose al gran ventanal, que abrió con gesto decidido. “—Va a salir... Se caerá...”, susurraban las alumnas. En ese instante apareció la inspectora Gerard y al ver que Betty salía, gritó: “—¡Misericordia! ¡Esa niña se matará!”



4. Betty avanzaba por la cornisa, sin perder el equilibrio. Petrificada de espanto, la señorita Gerard no se atrevía a llamarla ni a seguirla. Ella y las internas de Santa Teresa miraban fascinadas la silueta de Betty. Mientras tanto, en el piso bajo, la directora despertaba al oír el rumor de voces.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 362

EL PRINCIPE VALIENTE



\$ 20.-

ELENA
POIRIER



Betty en el colegio



CAPITULO VIII.—EL RESCATE DE LOS "SIMBADES"

1. Al oír voces y susurros de alarma, la directora del internado abandonó su dormitorio para ver qué ocurría. Betty, fingiéndose dormida, caminaba por una cornisa. "—¡Oh, qué horror! —murmuró madame Chardin—. Traigan una sábana para recibirla si cae. Y no griten, porque es peligroso despertar a una sonámbula."



2. "—Mis amigas se divierten jugando a los bomberos —sonrió Betty al divisar la sábana, extendida como una lona de salvamento—. Ni tonta para caerme." Siguió su camino, mientras la directora, profesoras y alumnas contenían el aliento. Betty se detuvo ante una ventana y giró, con gesto maquinal y rígido.

(Continúa en la penúltima página.)

Bobbie

CAPITULO III.—El lobezno de Bobbie.

Al llegar a la cabaña, Bobbie sacó de su maletín a Lobito y le examinó la pata herida. —Pies de Venado conoce una hierba que cura heridas —dijo el indio—. Espere; pronto vuelvo con la planta mágica.

—Dios quiera que vuelva —murmuró Bobbie—, me ha gustado mucho el indiecito. Mientras tanto, Bobbie arregló a Lobito sobre un lecho de hojas secas y, con una esponja, comenzó a lavarle la pata.

—Aquí traigo la hierba que cura —dijo Pies de Venado, entrando en la cabaña.

—¿Cómo se emplea? —preguntó Bobbie.



Bobbie examinó la pata herida de Lobito.

Año VII - 8-VIII-1956 - N.º 362

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

—Aprételas bien en su mano hasta que den jugo y después se las aplica en la patita herida. Si quiere yo le ayudo.

Ambos niños se sentaron sobre la estera y comenzaron a curar al manso animalito.

—Si quiere yo le enseñaré muchos secretos de mi tribu y le llevaré a los bosques... Cazaremos juntos...

Una sombra cubrió el umbral de la puerta. Daniel Dracke venía llegando alegremente, pero al ver al pequeño piel roja su rostro se demudó y en su frente se marcó un ceño duro.

—¿Qué haces aquí, perro indio? —dijo Daniel—. Afuera... antes que mis manos caigan sobre ti.

—Tío Dan —exclamó Bobbie, mientras Pies de Venado se ponía de pie ante el insulto—. Es Pies de Venado, un amigo que me salvó la vida...

—Gracias, indio —replicó Daniel Dracke a regañadientes—, pero ahora vete de aquí y no vuelvas a cruzar esta puerta.

—Pies de Venado no volverá —declaró el indio, con altivez.

Y dando una última mirada a Bobbie, en la cual puso todo su cariño, salió rápidamente de la cabaña.

—¿Qué significa esto? —preguntó furibundo el trapero.

Bobbie le explicó la reciente aventura.

—Ese muchacho es de la tribu de los sioux, tus mortales enemigos —dijo Daniel—. Desconfía de ellos. Ese muchacho puede traicionarte, Bobbie, como te traicionará también ese lobezno que dejas reposar en tus rodillas.

Lobito pareció comprender las palabras de Daniel y, por toda respuesta, lamió las blancas manos que le acariciaban.

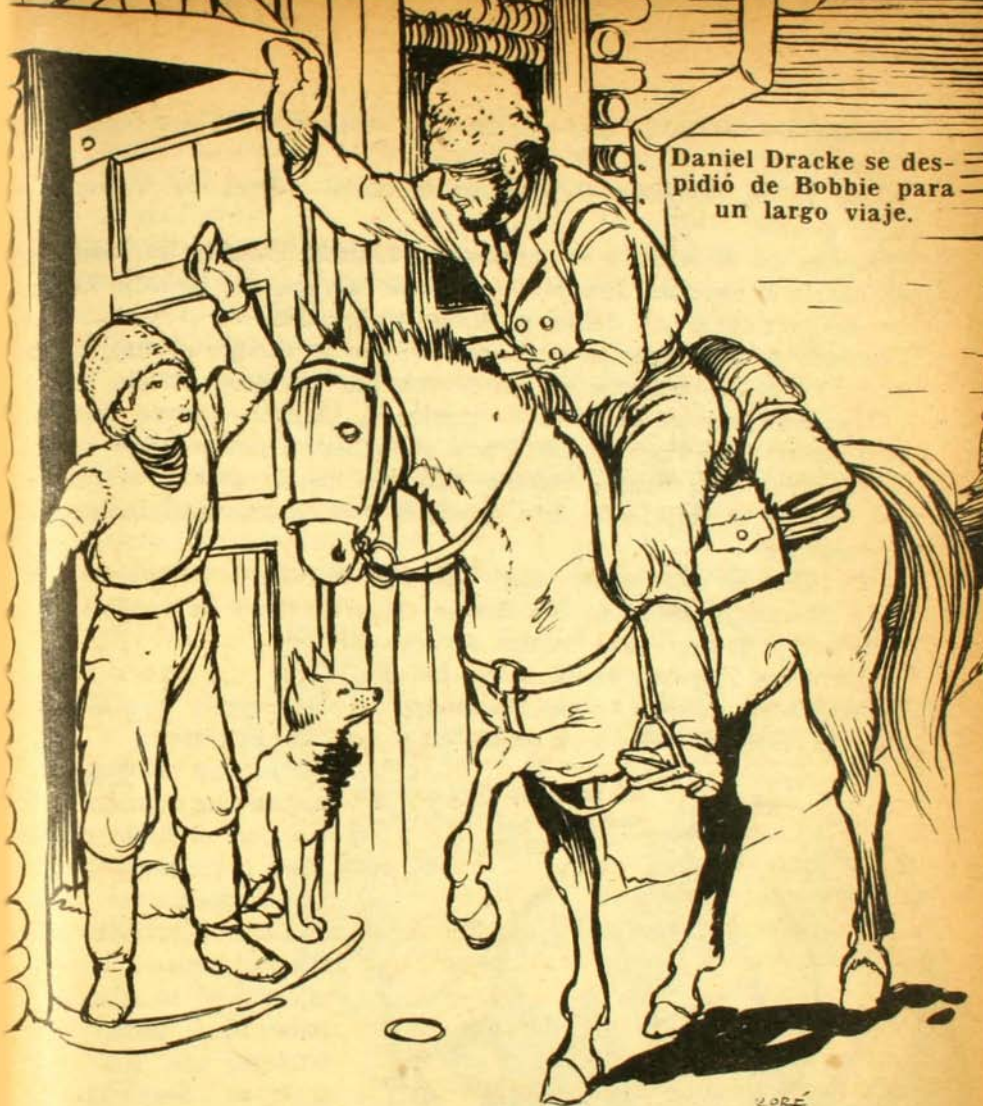
Dos días después, Daniel Dracke se despedía de Bobbie en la puerta de su cabaña.

—Cuídate mucho, hijita —recomendaba el trapero—, y no te acerques al reducto indígena. Estaré ausente una semana. ¿Tienes miedo de quedarte sola?

—Miedo no —replicó la valiente hija de Joven Búfalo—, pero no me gusta estar separada de ti.

—Será por poco tiempo más —indicó Daniel Dracke—. Déjame trabajar y después nos iremos a la ciudad y podremos vivir sin inquietudes ni peligros.

Cada mes, Daniel Dracke efectuaba esos misteriosos viajes y volvía con un saco muy pesado. Nunca supo Bobbie qué traía



Daniel Dracke se despidió de Bobbie para un largo viaje.

el trapero. Dracke, por su parte, ocultaba el saco donde nadie lo descubriera.

—Ahora, tío Dan —prosiguió Bobbie—, no estaré sola, porque tengo a Lobito por compañero.

El lobezno ya estaba repuesto de su herida, y, aunque cojeaba, se veía muy sano y hermoso.

—¿No es verdad que fue una suerte encontrar a Lobito en el precipicio? —decía Bobbie—. Es tan mansito.

—Lobito será un buen guardián —asintió Dracke—; es mejor

confiar en un lobo que en un piel roja. Todos son desleales, rencorosos...

—No todos, tío Dan —protestó Bobbie—, Pies de Venado es muy gentil.

Después de abrazar a su protegida, Daniel Dracke se alejó con su saco a la espalda. Iba pensando que la vida que llevaba Bobbie en ese territorio no debía prolongarse mucho.

Después de atravesar la pradera, Dracke se dirigió al tupido bosque y de allí al río, que en esa temporada invernal estaba helado.

—Ya comienza el deshielo —murmuró Daniel—; creo que éste será mi último viaje a pie. Para el siguiente tendré que ocupar la piragua. Entretanto, Bobbie también había salido al bosque. De pronto vio huellas sobre la nieve y su curiosidad la impulsó a seguir las.

—Tío Dan es muy misterioso —se dijo Bobbie—. Voy a seguirlo para descubrir algo... No deseo espiarle, pero la tentación es inmensa y le daré una buena sorpresa.

Las huellas llegaban hasta el río helado.

Bobbie pensó que si su tío Dan, mucho más pesado que ella, pudo atravesar el hielo, bien podía ella intentar el paso.

El trapero llevaba un
saco muy pesado a la
espalda.



Ya estaba en medio del ancho río, cuando advirtió que el hielo comenzaba a partirse y crujir por todas partes.

Bobbie aterrada, saltó de un bloque a otro más grande y se quedó sin saber qué hacer. El estruendo de los hielos que se despedazaban, dejando ver la superficie líquida, era espantoso.

Bobbie, permaneció inmóvil en el bloque más grande que parecía una islita y comenzó a gritar. ¿Quién podría oírle en esas soledades?

De súbito, escuchó su nombre. El tío Daniel la había divisado y venía hacia ella saltando de un bloque de hielo a otro.

—Sujétate con todas tus fuerzas, Bobbie —gritó el trapero—, mientras yo llego.

El resbaladizo hielo hacía caer al agua al tío Daniel, pero era tal su desesperación por el peligro que corría Bobbie, que continuaba corriendo después de cada zambullida.

Por fin logró llegar junto a Bobbie.

—Tío, ¿qué podemos hacer? —preguntó la niña abrazándose a Daniel.

—Hay todavía una esperanza —respondió Dracke, cogiendo en brazos a Bobbie—. A toda costa tenemos que acercarnos a la ribera. Estamos a cien metros de la cascada y este bloque nos lleva vertiginosamente hacia ella.

Desgraciadamente, todos los esfuerzos que hacía Daniel Dracke por llegar a la orilla del río resultaban infructuosos.

(CONTINUARA)

Daniel y Bobbie estaban en medio del río, que comenzaba a deshielarse.

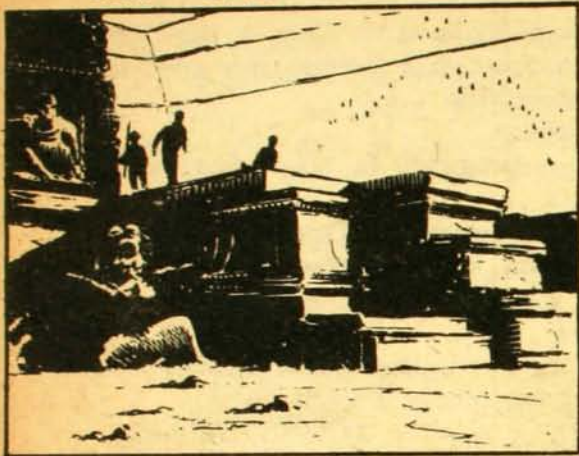




EL TEMPLO DE RAWANG-DJAR

CAPITULO IX.

VISION SECRETA.



1. Lince Blanco, Gori y Jaime Redan exploraban los sótanos del templo de Rawang Djar, en busca del profesor Wayn y de su hija Doris. Mientras tanto, en la selva, el sabio Chambers recibía los cuidados del doctor Bani. "—Ya no tengo fiebre —declaró Chambers—. Vamos a reunirnos con Lince Blanco y los demás."

3. "—Abandonemos este lugar, señor Chambers" —decidió Bani. El sabio inglés sonrió: "—Estamos de acuerdo, Bani. Ya verá que no estoy tan débil y que puedo perfectamente sostener un fusil. ¿Qué hay, Bani? ¿Caza menor?" El birmano susurró: "—Hombres... , enemigos, sin duda."



2. Bani repuso: "—Aún está débil, señor Chambers." En ese instante, el joven birmano creyó percibir un rumor de pisadas. Cogiendo su fusil, abandonó la tienda y su penetrante mirada se extendió por la jungla. Furtivas siluetas se deslizaban entre los árboles.

4. "—Es tarde para huir —añadió luego sombríamente—. Tentaremos que resguardarnos detrás del ídolo de piedra. Desde allí lanzaremos fuego contra ellos." Varios nativos se adelantaron. "—No les matemos —señaló uno—. El patrón se alegrará si los llevamos vivos al templo. Será fácil dominarlos, porque son pocos."



EL TEMPLO DE



5. Una granizada de balas perforó la parte superior de las tiendas. En esta forma, los atacantes pensaban atemorizar a los exploradores. Ninguna voz se alzó pidiendo clemencia. Bani murmuró: "—Pronto descubrirán que no estamos en el campamento. Prepare su fusil, señor Chambers."



6. Mientras tanto, luego de una búsqueda inútil en los sótanos, Lince Blanco y sus amigos decidieron subir de nuevo al templo. El cazador, luego de dirigir una mirada al foso de las cobras, avanzó por los pasillos desiertos. ¿Dónde estarían Welles y sus cómplices? Redan, nervioso, contenía sus ansias de llamar a Doris.

RAWANG-DJAR



7. Al penetrar en otra sala vieron una gran cantidad de fardos y cajones. Eran, sin duda, las armas de contrabando con las cuales negociaba Welles. "—Nadie diría que el bondadoso plantador de Taungi es un traficante de armas y jefe de espías", observó Lince Blanco. En ese instante, Redan murmuró: "—Alguien viene."



8. Dos hombres avanzaban por el corredor. Sus voces se oían vagamente. Redan comprendía su lenguaje y percibió estas palabras: "—El patrón quiere ver al viejo y a la muchacha. Tendremos que llevarlos." El periodista dijo entonces a sus compañeros: "—Esos dos nos conducirán a la prisión de Doris y Wayn."

(CONTINUARA)



ROSITA CRUSOE

CAPITULO XXV. — *Fuego prohibido.*

El leopardo Katzi había encontrado el vegetal que causó Rosita Crusoe un gran dolor. Con supersticioso temor, Lani cogió la rama para llevársela a Julia Blair. La rubia joven so-

rió al examinarla.

—¿No es una planta maligna? —interrogó Lani.

—No, Lunes —repuso Julia—. Es caña de azúcar. Rosita se sintió mal porque comió demasiado.

—¿Cómo se puede comer un palo? —indagó Lani, atónita.

—No es duro, puede masticarse y entonces brota el jugo dulce. El malestar de Rosita pasará pronto. Si encontráramos el lugar donde crecen estas cañas, agregaríamos un excelente alimento a nuestras provisiones.

Con las herramientas salvadas del naufragio y madera que habían en el islote, las jóvenes habían construido un refugio. Rosita dormió en su hamaca y al día siguiente amaneció bien. Julia y Lani estaban ocupadas terminando la rudimentaria cabaña, cuando Rosita anunció:

—El viejito bueno está en la otra orilla.

—¡El orangután! —exclamó Julia—. Vamos, Lunes. Tratemos de hacerle comprender que queremos ir a la plantación de azúcar. Apresuradamente, bajaron el puente. Con la caña de azúcar en su mano, Lani decía con suavidad, mientras avanzaba hacia el simio:

—Viejito, ¿dónde hay más cañas de éstas? Guíanos hacia allá. El orangután miraba perplejo a las niñas. Sólo con Rosita no era tímido. En ese instante, Katzi cruzó el puente y avanzó rugiendo.

—¡Katz! —llamó Julia, alarmada—. No lo espantes. Viejito es un amigo.

—El viejito bueno está en la otra orilla.
—anunció Rosita.



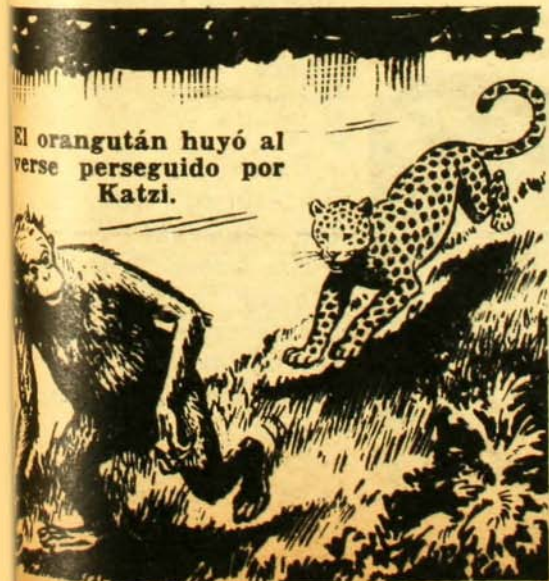
Pero el leopardo jamás había sentido simpatía por el orangután. Estaba celoso porque Rosita hablaba con él y recibía sus regalos. Chillando de terror, el mono corría por la ribera. De pronto advirtió que la tierra cedía bajo él y saltó con agilidad, asándose de una rama. En cambio, Katzi cayó al agua.

Horrorizadas, Julia, Rosita y Lani vieron que el río arrastraba al felino.

—¡Oh, se ahogará en el torrente! ¡Katz! ¡Katz! —gritaban desesperadas.

El orangután oyó tal vez el llanto de Rosita o su buen corazón lo impulsó a ayudar al enemigo en peligro.

El orangután huyó al verse perseguido por Katzi.



Suspendido de la rama, extendió sus largos brazos y cuando Katzi pasaba llevado por las turbulentas aguas lo retuvo. En seguida, trasportándolo como si fuera un liviano gatito, lo depositó en la ribera.

Lani, con los ojos relucientes de admiración, exclamó:

—Tiene la fuerza de un gigante.



El leopardo cayó al río, mientras el mono se sostenía de una rama.

—Y el corazón de oro —completó Julia, emocionada.

Katzi comprendió también la nobleza del orangután y se acercó a él en gesto amistoso. El simio lo abrazó fraternalmente y en esta forma quedó sellada la amistad de ambos animales.

—Katzi ya no lo perseguirá más —dijo Lani. El leopardo regresó jun-

to a Rosita, mientras Julia, Lani y Viejito emprendían el camino hacia la plantación de cañas. Minutos después, el orangután les mostraba con orgullo el alto y extenso cañaveral, como un agricultor que exhibe sus sembrados favoritos.

—Bravo, Viejito —aplaudió Julia—. Gracias a ti nos aprovisionaremos de azúcar.

Había traído consigo un hacha y se dedicó a cortar las cañas, mientras Lani las reunía en haces.

—Llevaremos bastantes, porque no saldremos con mucha frecuencia del islote. Es peligroso. Los nativos pueden volver en cualquier instante, obligándonos a permanecer ocultas. Si tenemos

—¡Oh, se ahogará en el torrente!

viveres, no importa que el pueblo de la Reina Blanca se establezca por un tiempo en la ribera.

—Para alimentarnos con azúcar, ¿tendremos que mascar las cañas?

—No, Lunes. Procuraré fabricar azúcar. Para eso necesito fuego.

Por un instante, permaneció pensativa. Luego sugirió:

—En varios lugares de la selva hay altares de



Ma-Zara. Cerca de aquí está el que descubrió Rosita. Una de esas fuentes que contienen fuego me serviría. Iré a buscarla.

—¿No temes la ira del dios, amita Julia? — preguntó Lani, estremeciéndose.

La joven rubia contestó:

—No, Lunes. Ma-Zara es un ídolo falso.

El terror de Lani aumentó al oír esas palabras.

—Iré yo —dijo, cerrando instintivamente los ojos, como si hubiera decidido lanzarse a un volcán en llamas—. No quiero que la maldición de Ma-Zara caiga sobre ti. Lani prefiere que la cólera del dios estalle sobre su cabeza.

—Querida Lunes, Ma-Zara es sólo un fetiche. No debes temerlo. Lani permaneció en silencio. De espíritu sencillo y primitivo, creía en los dioses de las islas. Y estaba decidida a evitar que ellos se vengaran de su rubia hermana, de su amita adorada. Por lo tanto, se dirigió hacia el altar de Ma-Zara. Su corazón temblaba de espanto, pero sus pasos no vacilaban. Ascendió las gradas de piedra y, como en un sueño, vio la estatua de Ma-Zara, con su espada de arcilla, erguido entre las negras columnas de humo que brotaban del petróleo encendido. En cinco fuentes ardía el fuego del holocausto. Lani alzaría una para entregársela a Julia Blair, desafiando a los dioses isleños.

(CONTINUARA)



Viejito rescató a Katzi.

Lani avanzó hasta el altar de Ma-Zara.



LOS NIETOS



1. El inspector dio una paliza a Tim y Tam, diciendo: "—Esto es por si se les ocurre hacer una maldad." Cuando los pobres angelitos lograron escapar, el rucio Tim dijo: "—No llores, hermano. Tengo una idea para vengarnos."



2. Luego de hacer unos misteriosos preparativos en un barril, Tim buscó al inspector, que, en la proa del barco, gritaba: "—¡Nada a la vista!" Le ató suavemente la barba, mientras a Tam se le alegraba el alma.



DEL TIO TOM



3. "—Creo que comprendo tu idea", aplaudió Tam a su ingenioso hermano. Tim, llevando de la barba al inspector, decía: "—Le tengo una sorpresa. Venga." El capitán dijo riendo: "—¿Qué veo? Llevan un chivo al matadero."



4. Los mellizos ataron la soga a un palo, dejando al inspector con la barba dentro del barril. El capitán dijo: "—¿Tienes las barbas en remojo?" Tim y Tam reían, seguros de no ser castigados, porque la paliza ya la habían recibido.





LOS PIRATAS DEL CARIBE



CAPITULO XII. EL TUERTO CORSARIO.



¡Enviadles un saludo, mis cañoneros!



¡Santa María!



Tengo una carta de triunfo... en el cielo.

1. Con estupenda audacia, la nave corsaria del Cormoran presentó batalla a los barcos de la flota española. Rugieron los cinco cañones piratas y el puente de una galera fue barrido por la metralla. Una densa columna de humo se elevó hacia el cielo, mientras sobre cubierta resonaban gritos y maldiciones.

3. El viento restalló en las lonas extendidas. Las banderas multicolores se agitaron en los mástiles. Majestuosamente avanzó la flota para cercar a los corsarios. Una sarcástica sonrisa crispó los labios del Cormoran. Luego dijo: "—El almirante es hábil..., pero no sabe leer en el cielo. Habrá tormenta."



¡Dimos en el blanco!



Daremos una severa lección a esos renegados.



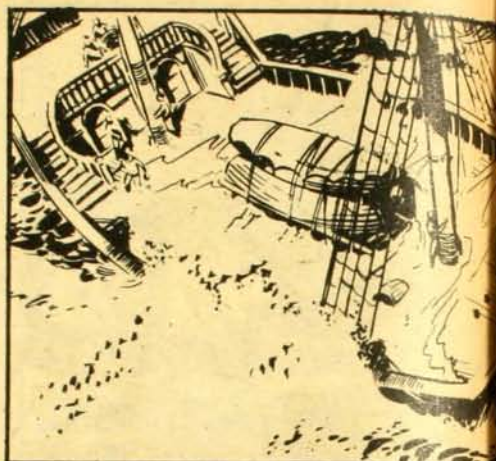
Nadie como el Cormoran para oler las tormentas.

2. Desde el puente del "Guadalajara" el duque De las Casas observaba el desastre. Con ceñudo gesto, indicó: "—Teniente, dad orden a la flota de cortar la retirada a esos malditos renegados." Vibró la voz de mando: "—¡Naves a barlovento!" Los barcos desplegaron sus velas, virando de bordo.

4. El horizonte se había obscurecido, mientras el aire se enfriaba. Heladas ráfagas soplaron sobre el mar. Obedeciendo a una orden de su capitán, los filibusteros arriaron las velas. "—El viento es corsario —dijo el Tuerto, subrayando sus palabras con una estrepitosa carcajada—. Nos ayudará a hundir a los españoles."



LOS PIRATAS DEL CARIBE



5. Los barcos españoles, con todas sus velas desplegadas, eran sacudidos por el oleaje como simples cáscaras de nueces. A bordo de la nave corsaria, la situación no era menos trágica. Enormes aluviones caían sobre el viejo velero. Los piratas achicaban el agua usando hasta sus sombreros.



¡De ésta no nos salvaremos!



6. "—Estamos perdidos, capitán", exclamó el señor de Saint Prix, oficial del rey. El Cormoran replicó: "—Tal vez no, señor. La tormenta es nuestra aliada. Si no hubiera estallado cuando los españoles izaron sus velas, estaríamos ahora entre nubes de pólvora. Como veis, el huracán ha dispersado a la flota."



Pasó la tormenta.



¡Cormoran! ¡Nos ahogaremos como ratas!

7. En efecto, el velero navegaba solo, entre barquinazos, bandean-do peligrosamente. Por fin, la tempestad amainó. Las encrespadas olas se aquietaron. Las gaviotas sobrevolaban un mar en calma. De súbito, un grito alertó al capitán de los bucaneros: "—¡Cormoran, el agua entra en la cala. Nos hundiremos!"



Una vela en el horizonte!



Nos espera otro barco.

8. La situación era crítica. El agua penetraba a torrentes por la enorme brecha. "—¡Barco a la vista!" El grito del vigía estremeció a los tripulantes. Una galera española se delineaba en el horizonte. Con un resplandor de alegría y astucia en sus azules ojos, el Cormoran dijo: "—Preparaos para el trasbordo, valientes."

(CONTINUARA)

RINA LA HIJA del GONDOLERO



CAPITULO IV.—El hombre del turbante.

En vez de increpar su conducta a la nodriza que había abandonado al bebé en la noche de Carnaval, la señora Galbert se acercó a la infeliz mujer y le dijo:

—Mi pobre Margarita..., nada consigues con ponerte en ese estado. Fuiste imprudente y descuidada, pero estoy persuadida de que obraste con inocencia. Mucho he sufrido y ahora he llegado a perdonarte. Cálmate, mi pobre Margarita. Nunca sufri-

RESUMEN: Zani Zanizolo tenía nueve hijos y vivía pobremente. Un día de carnaval encontró en su embarcación una caja que contenía un bebé. El gondolero creyó que la caja pertenecía a la princesa Zuleyma y le entregó la criatura. La princesita Faridia quiso guardar al bebé como un muñeca, pero lo devolvió al día siguiente. Zani encontró en el fondo de la caja un legajo de billetes, y cuando le devolvieron la niña resolvió adoptarla. Le dieron el nombre de Rina, y destinaron el dinero para el sustento de ella. Los Zanizolos visitaron el palacio incendiado. La nodriza del niño que pereció en el incendio, parecía una loca. Llegó a ese lugar la señora Galbert, dueña del palacio, acompañada de un hombre con turbante...

rás lo que yo he sufrido y, sin embargo, lloro en silencio.

—Señora, señora, máteme —gritó la nodriza—. Máteme. Lo merezco.

El hombre del turbante se aproximó a la dama, diciéndole:

—Retirémonos, mi querida amiga. Margarita está loca, no sabe lo que dice. Mire, allí vienen los carabineros que la conducirán a un asilo de alienados. Allí lograrán tranquilizarla.

En efecto, en ese instante los agentes de policía se apoderaban de la desdichada nodriza y se la llevaban sin que ella opusiera resistencia.

La multitud comenzó a dispersarse.

—Esta escena dramática la ha impresionado, amiga mía —expresó el hombre del turbante, con una voz extremadamente dulce, musical y persuasiva—. Alejémonos de estos lugares que le traen recuerdos, tan dolorosos. ¿Desea usted que la conduzca a su hotel?

—No —respondió la señora Galbert—, no puedo soportar esa habitación donde todo lo que me rodea es indiferente para mí. Quería entrar al palacio, ver lo que resta de mi vida feliz y llorar en medio de mis recuerdos.

—Ese es un error, Elena —insistió el hombre del turbante—. Tiene que cuidar su pena como una enfermedad. Yo seré su médico.

Además, es peligroso caminar por entre los escombros. ¿No sería más conveniente que fuéramos a dar un paseo hasta el Lido?

—No tengo corazón para salir de paseo —protestó la enlutada mujer.

—Usted es todavía tan joven, Elena —insistió el compañero de la señora Galbert—. Debe vivir y tratar de rehacer su existencia.

Y al decir esto, el hombre del turbante fija-

—Cálmate, Margarita.
—dijo la dama enlutada a la infeliz nodriza.



ba en Elena sus miradas como si quisiera hipnotizarla.

—Como usted quiera —dijo por fin Elena—. Todo para mí es igual ahora.

—Vamos a contratar una góndola y a dar un paseo por el gran canal —declaró el hombre del turbante, evidentemente satisfecho de su poder sobre ella—. Es preciso que respire aire puro...

El gondolero Zani Zanizolo despidió a sus hijos, exceptuando al mayor Beppo, y ofreció su góndola a la extraña pareja.

Momentos después, la joven dama y su compañero se instalaban en la cabina de la góndola. Zani y Beppo se situaron detrás de los pasajeros.

—Vamos a la isla de Murano —ordenó el hombre del turbante. En la isla de Murano existe una fábrica de vidrio, conocida en el mundo entero, donde se fabrican los cristales de Venecia, que son verdaderas maravillas de arte y finura. Era una excursión muy larga y sería bien pagada.

Beppo tenía puesto el oído en la conversación de la extraña pareja.

—Elena, mi adorada amiga —decía el hombre del turbante, con melodiosa voz—, tus proyectos han cambiado desde ayer.

—No —dijo Elena—, siempre tengo resuelto partir de Venecia.

—Tú me decías que habías sido muy feliz aquí —insinuó el hombre.

—He pasado en Venecia los años más felices de mi vida —murmuró la triste dama—, pero mi felicidad terminó. Perdí a mi marido y al bebé. ¿Cómo podría olvidarles, Alyacasar?

—Alyacasar —murmuró Beppo, al oído de su padre—. ¿De qué país saldrá ese pájaro raro? He visto en Venecia turistas de las cinco partes del mundo, pero como este mostrenco, ninguno.

—¿Entonces piensa usted volver a su país, Elena? —preguntó el hombre llamado Alyacasar.

—Sí, amigo —respondió Elena—, pero no tan pronto. Mis padres murieron y de toda mi familia sólo me queda un hermano y su esposa. Ellos andan viajando en el Oriente y cuando regresen me iré a reunir con ellos en mi casa paterna. Necesito ese afecto familiar.

El personaje de nombre oriental se llevó las manos a la cabeza, como poseído de gran preocupación y después de largos minutos dijo con tono sentencioso:

—Señor, si desea una góndola, aquí tengo la mía —dijo Zani al hombre del turbante.



—Tu destino está aquí, Elena. Yo veo claro en tu porvenir. Siempre te he dicho la verdad...

—Desgraciadamente, sí —suspiró Elena—. Después de la muerte de mi marido, cuando apenas te conocía, me dijiste que leías en mi vida como en un libro abierto y que veías llamas y lágrimas. Tu predicción nefasta se realizó...

—Y si yo te afirmo ahora que no debes volver a tu país y que sólo recuperarás la felicidad en un país extranjero —dijo Alyacasar, fijando sus pupilas negras en el semblante de la bella Elena—. Los astros que he consultado anoche me han dicho que serás feliz, amada mía. Te juro que digo la verdad.

Una débil sonrisa se dibujó en los labios de Elena, quien respondió así:

—Yo también deseo consultar a mi hermano.

El resto de la travesía por los canales de Venecia se efectuó en perfecto silencio. Al llegar a Murano, Zani se precipitó a dar la mano a la señora Galbert, y Beppo alcanzó a oír la maldición que brotó de los labios del hombre del turbante:

—Al diablo con la familia y el hermano —decía Alyacasar, entre dientes.

El oriental cogió del brazo a Elena Galbert y ambos entraron



—Yo leo su porvenir como en un libro abierto —dijo Alyacasar a Elena.

en la famosa fábrica de cristales.

—¿Qué te parece ese individuo, padre? —preguntó Beppo—. Le creo un farsante o un embaucador. Está disfrazado de hindú o de palestino, pero habla el italiano sin acento extranjero; consulta a las estrellas, ve el porvenir y quiere dominar a la señora. No me inspira confianza ese malandrín.

—Pero ella no desconfía —aseguró Zani—. La pobre dama está sugestionada por el adivino, que juega con ella como el gato con el ratón. En fin, eso poco nos importa, Beppo. Son clientes que pagan.

—Ya vuelven —dijo Beppo—. Parece que el tal Alyacasar viene enfadado.

El regreso fue lúgubre. La pareja guardaba un mutismo trágico.

Zani y su hijo Beppo regresaron tarde al hogar. La buena Luisa, con su afable sonrisa, disipó las preocupaciones que invadían el espíritu de los gondoleros.

—Mira a la niña, Zani —dijo la madre de los nueve Zanizolos—. Está gorjeando como un pajarito. María y Magdalena están en adoración con la "bambina".

María cogía una mano de Rina y le decía:

—A ver, monona, abre el ojito verde. Ese ojito es mío...

—Ricura, abre el ojito azul. Ese es el mío —decía Magdalena.

Y la chica rubia parecía comprender el juego de sus hermanas. Como ya dijimos, la niña salvada del incendio tenía una pupila verde y otra azul, cosa, por cierto, que intrigaba a toda la familia Zanizolo.

—Qué felices somos —suspiró Luisa—. Con la llegada de Rina entró la alegría en nuestra casa.

—Y también el bienestar —agregó Zani—, porque con los billetes que traía en la caja hemos podido arreglar la casa, vestir decentemente a los niños y enviarles al colegio. Dios ha tenido piedad de nosotros...



María y Magdalena
Zanizolo acariciaban
a la pequeña Rina.

—Ya te lo decía yo —murmuró Luisa—. Recibimos a esta ave-cilla sin nido, le dimos cariño y hogar, sin pensar en recompensas.

—Sin embargo, la madre que perdió a su hija debe ser muy desgraciada —murmuró Zanizolo.

(CONTINUARA)

Ponchito



¡TENGO QUE IR A LA
ESCUELA, SEA COMO
SEA !...



Por nato



El Príncipe Valiente

CAPITULO XXII. Persecución en el mar.



El príncipe Valiente venció al gigantesco verdugo de los vikings. Cuando su oponente quedó gritando en el suelo, Val levantó la vista.

—Basta —indicó Tagnar, el jefe de los piratas nórdicos—. Has ganado tu libertad. Puedes irte.

—No deseo la libertad para mí, sino para otra persona. Aquella doncella.



Mientras Val distraía con su canto a los vikings, la nave de Arn se acercaba a velas desplegadas.

Val había divisado al fin a una banda de guerreros que regresaba en ese momento con su adorada Ilene.
—¿Qué? —rugió el viking—. ¿Fue por esa moza flaca que arriesgaste la vida, asesinaste a mis hombres y casi dejás lisiado a mi verdugo?

Val, sin oírlo, se había reunido con Ilene.

—Ten valor. Arn está libre. Ya ideará una manera de rescatarnos... Y estás más hermosa que nunca.

La sonrisa de Ilene y el calor de su mano recompensaron a Val de los riesgos sufridos.

Tagnar ordenó que se aprestaran los barcos para la partida. Luego dijo:

—Quiero llevarme conmigo a ese doncel. Algún día llegará a ser un gran marino.

No ocultó que regresarían a sus tierras del noreste, información que el príncipe Valiente grabó en una roca con la esperanza de que tarde o temprano Arn la hallaría. Y Arn la encontró al fin, pero ya los barcos piratas desaparecían en el horizonte.

Arn no perdió el tiempo y marchando rápidamente al castillo de su padre, le pidió un barco y guerreros suficientes para perseguir al pirata viking. Al principio, el viejo rey se negó a acceder, opinando que tal expedición no tendría otro resultado que la muerte de Arn, sin que éste pudiera rescatar a los dos cautivos. Pero al

oír que su hijo juraba reclutar un grupo de amigos entre los propios nobles de la corte para hacerse a la mar sin permiso de nadie, el soberano terminó por ceder. Unas horas más tarde, el navío de Arn, bien provisto y con una tripulación de hombres aguerridos, navegaba hacia el noreste.

Mientras tanto, con la intención de ganarse la lealtad de Val, Tagnar trataba a sus prisioneros como huéspedes de honor, dándoles plena libertad en la embarcación, aunque retuvo en su poder la mortífera espada Cantadora. Así transcurrieron un día y una noche, durante los cuales Val mantuvo el ojo



avizor por si descubría algún barco que los siguiera. Y al fin susurró a Ilene:

—No demuestres sorpresa. Ya viene Arn. Acabo de ver su nave. Ni Tagnar ni sus hombres habían descubierto aún al enemigo que se aproximaba a toda vela. A fin de dar a Arn tiempo suficiente para colocar su nave en posición de ataque, Val se esforzó por mantener distraída la atención del jefe pirata.

El barco de Arn se agrandaba en el horizonte. Ahora más que nunca era necesario distraer a los vikings. Entre el botín acumulado en la barca de Tagnar había visto Val una lira. En ese instante, como si la descubriera por primera vez, la cogió y corrió hacia proa, instalándose sobre la amura.

Ilene, que comprendió de inmediato por qué cantaba el joven, temió que Tagnar mirase hacia atrás. Pero el pirata, sin sospechar al ardid, mantenía sus ojos fijos en el príncipe Valiente. Val entonó una antigua canción, en la cual hablaba de su hogar solitario en los marjales, donde el viento del mar susurraba eternamente al mecer con suavidad los cañaverales. Tagnar y sus hombres escucharon al príncipe y soñaron con sus lejanos hogares junto al mar.

Y así, mientras ellos navegaban lentamente, el barco de Arn volaba sobre las olas, hasta que de pronto los vikings despertaron de su sueño con un sobresalto. La nave enemiga les alcanzaba ya.

**Ambas embarcaciones
se estrellaron con vio-
lencia.**



Pálido de furia, Tagnar gritó una orden al capitán de su otro barco, situado más atrás.

Instantáneamente acortó sus velas la otra galera pirata y viró para bloquear el paso de los audaces perseguidores. Al advertir esta maniobra, también se desvió Arn, aunque sólo momentáneamente, pues, un instante más tarde, viraba con rapidez y embestía a los vikings antes que éstos pudieran esquivar el ataque.

Con terrible estrépito se estrellaron las dos embarcaciones pero aunque el barco pirata su-

frió más averías que la de los bretones, ambas se mantuvieron a flote. Y ahora, los vikings, para quienes una batalla en el mar era asunto baladí, abordaron la nave de Arn armados con espadas y lanzas.

Tagnar sonrió. Sus hombres no tendrían mucho trabajo. El enemigo estaba en buenas manos. Además, todo el botín procedente de la invasión se hallaba en su propio puente. No importaba que mataran a todos sus hombres.

Val decidió actuar, impulsado por la desesperación. Saltando sobre Tagnar, le derribó de un formidable golpe y arrebatándole la Cantadora corrió con ella hacia el mástil. De un solo tajo hizo caer la vela principal sobre los asombrados vikings inclinados sobre los remos. Varios de los tripulantes se libraron de la lona que los envolvía y se abalanzaron sobre el príncipe, con sus aceros desenvainados. Antes que pudieran alcanzarle, Val corrió ágilmente por la amura de babor hasta llegar a la popa, donde dio buena cuenta del timonel. Después destrozó el timón a golpes, dejando el barco a la deriva.

Con Ilene a su lado y la espada Cantadora en su diestra, esperó a sus enemigos. Los vikings avanzaron hacia él, ciegos de furia. Era una locura suponer que Val, sin escudo ni armadura, pudiera resistir mucho tiempo a ese ataque, aunque tuviera su espada maravillosa y un valor a toda prueba.

—Vete, Val —susurró Ilene—. Si mueres aquí, todo será inútil. Nada hasta el barco de Arn. Ayúdale primero a él. Después los dos vendrán a buscarme.



De un solo tajo, Val hizo caer la vela principal.

¡MEDIO MILLON DE PESOS!

¡A prepararse, niños, para el GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD! "SIMBAD" repartirá entre sus lectores muchos y valiosísimos regalos que harán la felicidad de todos los niños de Chile: Bicicletas, radios, planchas eléctricas, pelotas de fútbol, juguetes, etc. Son algunos de los premios que repartiremos gratuitamente para la próxima Navidad. ¡Junta los cupones y canjéalos cuando llegue el momento oportuno!

¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿DE QUE CONTINENTE ES ORIGINARIO EL CANGURO?

¿Africa, Asia u Oceanía?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 360: EL NOMBRE PRIMITIVO DEL CERRO SANTA LUCIA FUE HUELLEN. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUENTA PESOS: Rina Gárnico, Santiago; Oscar Ferreira, Los Andes; Rosa Núñez, Santiago; Patricia Eissmann, Lontué; María Cristina Cádiz, Santiago; Blandina Matús, Parral; Carmen Calderón, La Serena; María Cristina Pardo, Chimbarongo; Ana Angélica Folli, San Javier; Juan Vallet, La Cisterna. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL** María Ester Carrasco, Los Andes; Blanca Vidal, Molina; Silvia Lagos, Santiago; Albertina Contreiras, Lota Alto; Silvia Villegas, San Fernando; Edgardo Flores, Concepción. **UN ALBUM PARA COLOREAR:** Víctor Velastín, San Miguel; Olga Letelier, Santiago; Ernesto Veas, San Javier; Rosa González, San Fernando; Amada Muñoz, Palquibudis; Teobaldo Leiva, Santiago; Clara Sagredo, Santiago; Rafael Riveros, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

"SIMBAD" N.º 362.

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★ \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

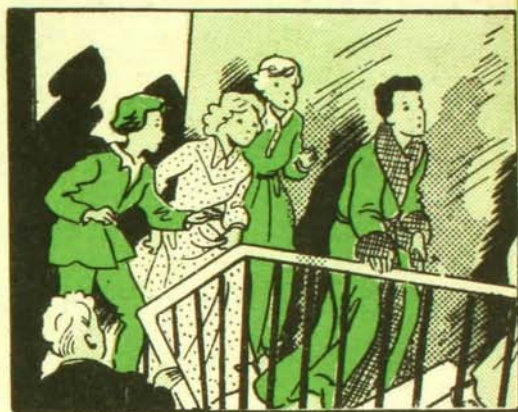
NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 4 — SERIE N.º 3
SORTEO DE NAVIDAD

CUPON N.º 4 — SERIE N.º 3
8 de agosto de 1956.



Betty en el colegio



3. En seguida la pícara niña entró por la ventana. “—Es la de mi habitación”, exclamó la inspectora Gérard, intrigada. En silencioso tropel, se dirigieron todas al segundo piso. “—¡Chit! —repetía la señora Chardin—. No despierten a la pobre niña. ¡Oh, si pudiéramos conducirla suavemente a su cama!”



4. Mientras tanto, la “pobre niña sonámbula”, con los ojos muy abiertos, encontró su libro: una colección de revistas “Simbad”. La inspectora Gérard se lo había confiscado minutos antes, por haberla sorprendido leyendo en el dormitorio. “—Vengan otra vez conmigo, “Simbaditos”, murmuró Betty.

(CONTINUARA)

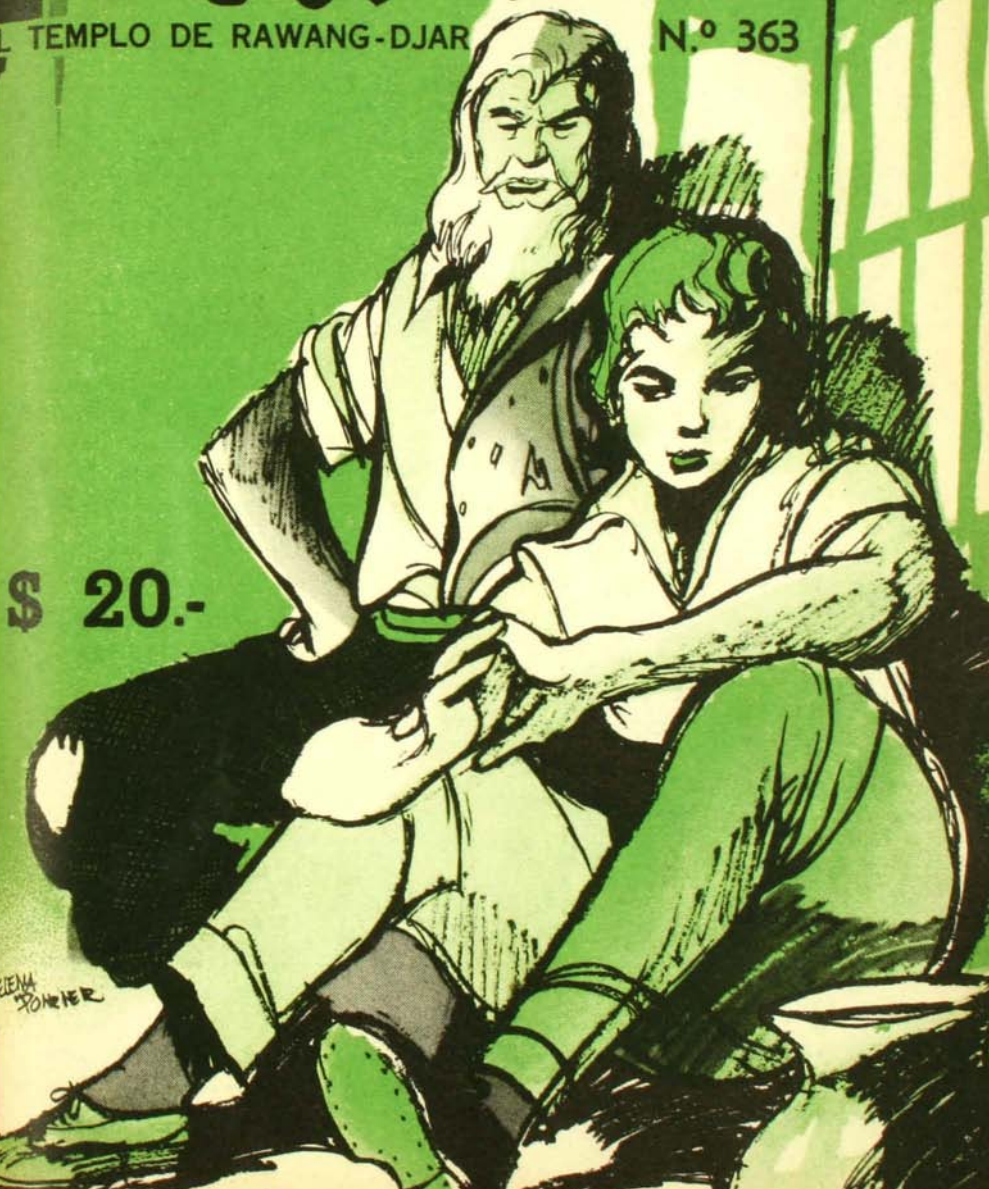


Simbad

TEMPLO DE RAWANG-DJAR

N.º 363

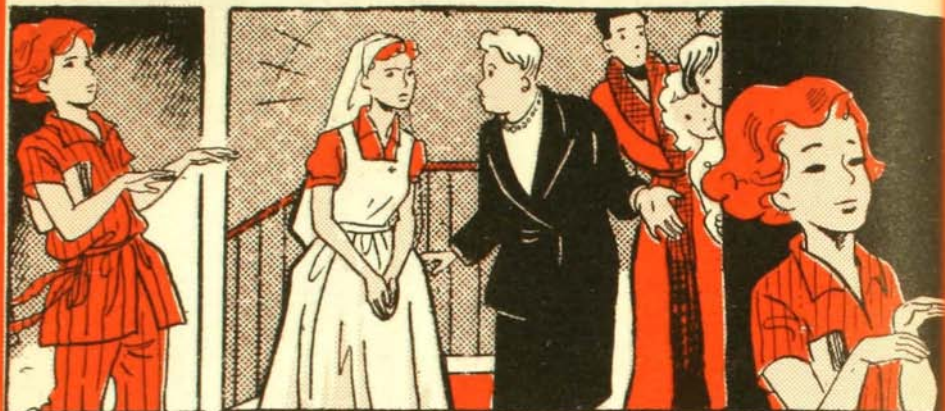
\$ 20.-



GIENNA
FORNER



Betty en el colegio



CAPITULO IX.—EL ASALTO A LAS MERMELADAS

1. Betty, fingiendo que era sonámbula, recuperó la colección de revistas "Simbad" que la inspectora Gérard le había quitado. Al ver que la alumna pasaba triunfalmente ante ella, con el libro debajo del brazo, la inspectora protestó: "—¡Esa niña desobedece mis órdenes!" En eso apareció la enfermera del internado.



2. Comprendiendo rápidamente lo que sucedía, indicó a la inspectora: "—Reprima su indignación, señorita Gérard. Es muy peligroso despertar a una sonámbula. Por el contrario, es preciso dejarla que en el sueño libere sus impulsos y complejos. Por favor, silencio." La directora repitió como un eco: "—Silencio".

(Continúa en la penúltima página.)

Bobbie

CAPITULO IV.—La caza del oso.

El trapero Daniel Dracke, con Bobbie asida a su brazo, luchaba contra la corriente del río deshielado que les llevaba a la cascada.

Cuando ya desesperaban de salvarse, resonó en sus oídos el grito gutural de los pieles rojas.

—Pies de Venado —exclamó la valiente hija de Joven Búfalo—.

Allá lo veo arriba de un árbol lanzándonos una soga.

En efecto, Pies de Venado, el hijo de Aguila Negra, colgado de una rama, lanzaba un largo cordel al río. Daniel Dracke logró coger la punta de la soga y ordenó a Bobbie que se col-



El oso arrojó de espaldas a Daniel Dracke.

Año VII - 15-VIII-1956 - N.º 363

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

gara de ella. Con la ayuda de Pies de Venado, la niña pudo subir a la ribera del río.

Poco después Daniel Dracke trepaba también por el cordel y se reunía con ellos.

—Pies de Venado, eres un valiente —dijo Dracke al piel roja— Sin tu auxilio habríamos perecido en la cascada. Te debemos la vida. El trapero Dracke nunca olvidará este favor.

—Pies de Venado venía en su caballo —explicó el indio— y le vio en el río. Sólo tuvo que tirarles la soga. Guarde su gratitud hombre blanco.

—Presta tu caballo a Bobbie —dijo Daniel a Pies de Venado— El niño está cansado.

—No, tío —protestó Bobbie—; yo puedo ir a pie.

El indiecito cogió en sus brazos a Bobbie y la colocó sobre su montura.

Al llegar a la cabaña, Daniel Dracke invitó al indio a entrar en su casa.

—No —respondió altivamente Pies de Venado—. Una vez un hombre pálido me arrojó de su cabaña. Pies de Venado nunca entrará allí.

Y, diciendo esto, montó a su caballo y se internó en los bosques. Bobbie suspiró al ver alejarse al indiecito, pero no se atrevió a comentar el hecho, porque sabía que su tío odiaba a los piel rojas.

La hija de Joven Búfalo encendió fuego en la chimenea para secar su ropa y la de Daniel Dracke.

A la mañana siguiente, Bobbie, cantando y risueña, corrió en busca de su tío, y éste le dijo:

—He visto un oso gris rondando por el bosque. Tengo intención de cazarlo. . . Por esa piel me darán más de quinientos dólares.

—Yo te acompaño, tío Dan —expresó Bobbie—. Tengo buena puntería. Llévame, no me dejes sola.

—Bien, hija mía —replicó Dracke—. Eres la digna hija de Joven Búfalo. . . Lástima que no seas muchacho de verdad.

Bobbie colgó a su espalda el fusil y siguió al trapero a través de los bosques.

Era difícil encontrar huellas en la nieve, pero Dracke, hábil rastreador, no tardó en descubrirlas.

—Parecen recientes —dijo Bobbie.

—Sin duda —replicó Dracke—. Y, ahora, muy alerta, Bobbie.

Los osos atacan más ligero de lo que uno puede calcular.



Bobbie disparó a las fauces del oso gris.

Iban tan abstraídos siguiendo las huellas del oso gris, que no advirtieron la presencia de Aguila Negra.

—Yo me apoderaré del oso —se dijo el astuto indio—, y me burlaré del trapero y de su muchacho”...

Y, sigilosamente, siguió a los cazadores por la montaña.

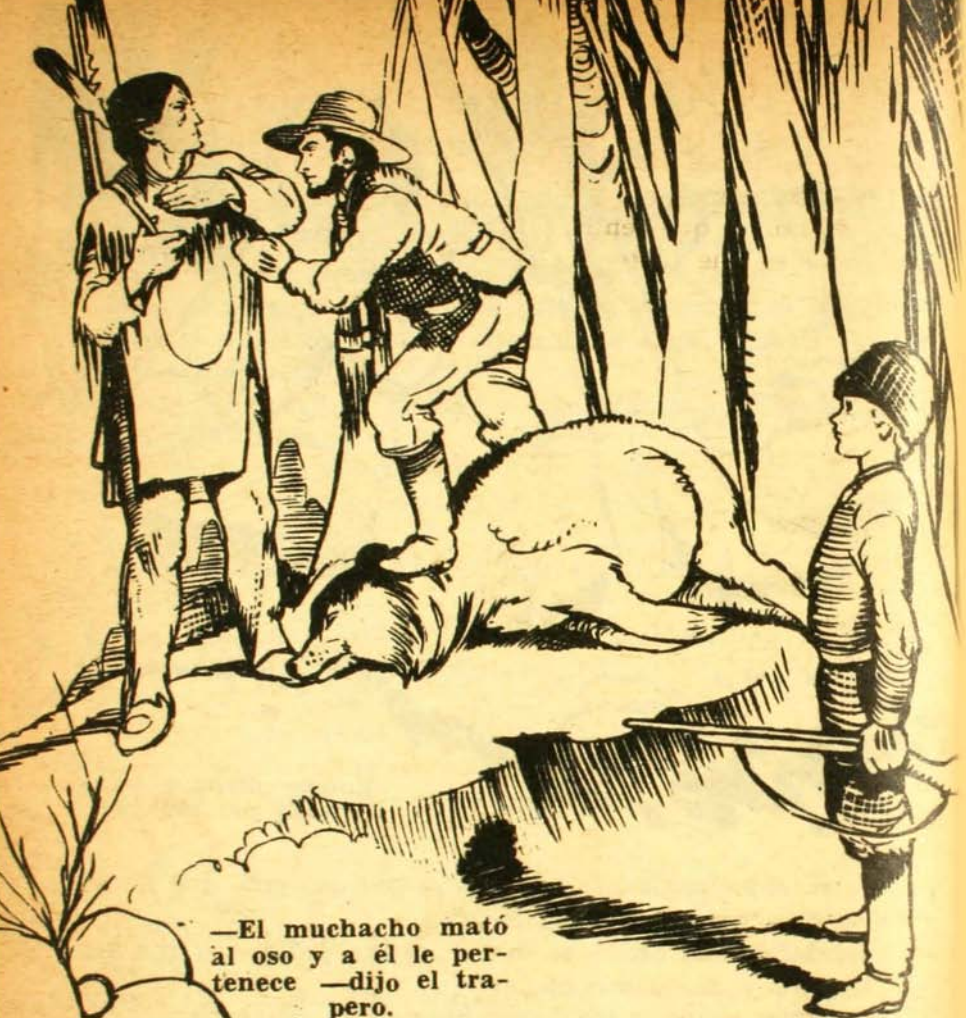
—Creo que el oso se ha ocultado entre las rocas —dijo Dracke a Bobbie—. Quédate tú aquí, pero mantente lista por si el animal ataca por otro lado.

Daniel Dracke trepó a las rocas, y Bobbie le perdió de vista. De pronto escuchó el rugido de la fiera. Un enorme oso gris saltaba sobre el trapero y le tendía de espaldas. El fusil resbaló cerro abajo.

Bobbie dobló una rodilla y apuntó al oso, que estaba a un metro de distancia del trapero.

Otro tiro sonó un momento después del tiro de Bobbie.

El oso cayó fulminado y rodó por entre las breñas.



—El muchacho mató
al oso y a él le per-
tenece —dijo el tra-
pero.

—Bravo —gritó Daniel Dracke—; Bobbie, eres un excelente trapper.

En ese instante saltó sobre el oso con ademán de apoderarse de él el piel roja Aguila Negra.

—¿Qué haces aquí, AGUILA NEGRA? —preguntó, furibundo el trapper.

—Reclamo mi presa —respondió el jefe de la tribu sioux.

—Otra vez te pregunto, qué haces aquí —repitió Daniel Dracke.

—Aguila Negra mató al oso —dijo el astuto indio—. Mi bala lo derribó.

—¿Tu bala? —exclamó Daniel—. Anda a ver dónde cayó tu bala.

la. Está clavada en esa roca... Pasó a dos centímetros de mi cabeza... Si eres tan buen cazador, parece que tu puntería fue dirigida a mí y no al animal.

—El hombre blanco habla con lengua mentirosa— replicó el piel roja—. Mejor es que tenga cuidado...

—Y mejor es que tú tengas cuidado cuando disparas —vociferó el trapero—. El muchacho fue quien mató al oso, y a él pertenece el animal.

Por un momento pareció que ambos individuos iban a pelear ferozmente. Bobbie se mantenía con el arma lista para defender a Daniel Drake.

—Que sea como dice el hombre blanco —murmuró Aguila Negra—. No quiero tener guerra, pero otra vez que Aguila Negra ande cazando por estos montes, no cederá.

Y, diciendo esto, el jefe de los sioux se alejó rápidamente.

—Tío —balbuceó Bobbie—, el piel roja se vengará de nosotros. Mejor hubiera sido dejarle el oso...

—Tienes razón —asintió Daniel Drake—, pero toda mi sangre se rebeló... Tu bala lo mató. Fue un tiro estupendo... Además me salvaste la vida... Estoy orgulloso de ti. En vez de vender esa piel, la vas a colocar en tu lecho. Yo mismo la curtiré.

El regreso de los cazadores fue turbado por la idea de la venganza de Aguila Negra, el piel roja que había jurado apoderarse de la hija de Joven Búfalo. Si Aguila Negra llegaba algún día a sospechar que ese muchacho valiente y buen tirador, era la hija de Gracia Matheus y de Joven Búfalo, no cesaría en su persecución.

Daniel y Bobbie se llevaron al oso muerto.

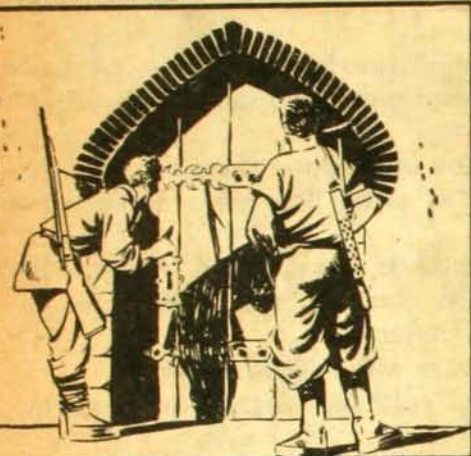


(CONTINUARA)



EL TEMPLO DE

CAPITULO X.—EL RESCATE



1. Lince Blanco, Redan y Gori buscaban al profesor Wayn y a su hija, prisioneros del contrabandista Welles. Al ver a dos guardianes, decidieron seguirlos.



2. El cazador y Gori atacaron a los secuaces de Welles, mientras Redan abría la puerta de la prisión. Distinguió en la penumbra la esbelta figura de Doris y la sombra de un hombre de cabellos canosos. “—¿Profesor Wayn?”, preguntó a media voz. Doris, al reconocerlo, exclamó: “—¡Jaime! Ha venido a rescatarnos”.



RAWANG-DJAR

DE DORIS Y WAYN



3. “—No sólo yo —repuso el joven, reprimiendo su emoción—. Vienen también Lince Blanco y Gori. Salgamos pronto.” Los guardianes yacían inconscientes. Lince Blanco los arrastró hasta la celda, para dejarlos encerrados. “—Y ahora, vamos a hablar con Welles” —murmuró, mientras su expresión se endurecía.



4. Cuando pasaban ante la sala donde se almacenaban las armas de contrabando, un cómplice de Welles los sorprendió. Dando la voz de alarma, intentó huir. Con un golpe con su rifle Redan lo derribó, en tanto Lince Blanco indicaba: “—Prepárense para la defensa. Estamos en una ratonera y será difícil salir”.





EL TEMPLO DE



5. Rechazaron tan impetuosamente al enemigo, que éste huyó. Mientras tanto, en la jungla birmana, Chambers y el doctor Bani se defendían contra una banda de atacantes dirigidos por Zeldar. “—Señor Chambers —murmuró Bani—, procure alejarse sin que lo vean. Las cañas son bastante altas y lo ocultarán.”



6. “—Yo contendré a estos bárbaros”, concluyó con decisión. Pero el sabio inglés se negó a abandonarlo. Bani retrocedió, amparándose en las altas hierbas. Chambers lo seguía en silencio. Registrando los alrededores de la estatua de piedra, los cómplices de Welles buscaban a sus víctimas.

RAWANG-DJAR



7. “—Aún podemos escapar —dijo Bani—. Atravesemos el pantano.” Chambers, muy debilitado por su reciente fiebre, contestó: “—Es inútil, Bani. Ya no puedo dar un paso más. Huya usted solo”. Por cierto que el noble birmano sostuvo a Chambers, llevándolos cuidadosamente a través del pantano.



8. Al descubrir que los exploradores se habían evadido de sus garras, Zeldar aulló: “—No regresaremos al templo sin haberlos capturado”. Chambers y Bani alcanzaron la ribera opuesta de la ciénaga y vagaban al azar. “—El templo de Rawang-Djar —pronunció Chambers con dificultad—. Su maldición nos persigue.”

(CONTINUARA)

ROSITA CRUSOE

XXVI. — *El barco maldito.*

Con gran valentía, Lani se apoderó de una de las tazas de petróleo que ardían en el altar del dios Ma-Zara. La entregó en seguida a Julia Blair, que necesitaba fuego para refinar azúcar.



—Volvamos ahora al castillo de bambú —decidió Julia, que señalaba con ese nombre su refugio en el islote.

Lani lanzaba frecuentes miradas al camino, como si temiera ser seguida por la sombra del ídolo.

Rosita Crusoe las acogió con gran alegría. Al ver las cañas, preguntó con desconfianza:

—¿Quieren que Rosita se enferme otra vez?

La primera caña de azúcar la había traído el orangután Viejito, y Rosita, por hartarse del dulce y exquisito jugo, había experimentado intensos dolores.

Julia repuso:

—El azúcar te hizo mal porque comiste demasiado.

Luego, al observar la pensativa expresión de Lani, prometió:

—Cuando hayamos encendido nuestra hoguera, devolveremos a Ma-Zara la fuente que le pertenece. No te preocupes más, Lunes. Ma-Zara no está ofendido.

En ese mismo instante, no lejos de allí, los nativos de la isla observaban con terror un extraño fenómeno que se producía en el lago. Vieron que el agua se arremolinaba y que desde las profundidades surgía un sonido gutural, como el de un monstruo sumergido que respira con fuerza.

Algunos isleños cayeron de rodillas implorando piedad a sus dioses. Los más valientes permanecieron de pie, mientras oprimían sus lanzas con mano convulsionada. Súbitamente, surgió ante sus ojos un barco, por cuyo maderamen se escurrían el agua y las verdes algas. —¡El barco! ¡El barco maldito! —gimieron los aterrorizados nativos.

—El barco del malvado hombre blanco —añadió un isleño con voz vibrante de odio—, el extranjero que robó la estatua de Ma-Zara.

Entre los nativos se alzó un murmullo de amenaza.

—Otros hombres de la raza odiada han desembarcado. Se ocultan en la isla y tenemos que encontrarlos. Exploraremos todos los lugares, hasta descubrir dónde se esconden.

Sin sospechar que el pueblo de la Reina Blanca iniciaba una batida por toda la isla, Julia y Lani extraían azúcar de las cañas. Dos piedras lavadas sirvieron para escurrir el jugo. Lani cruzó

—¡El barco maldito!
—decían los nativos.

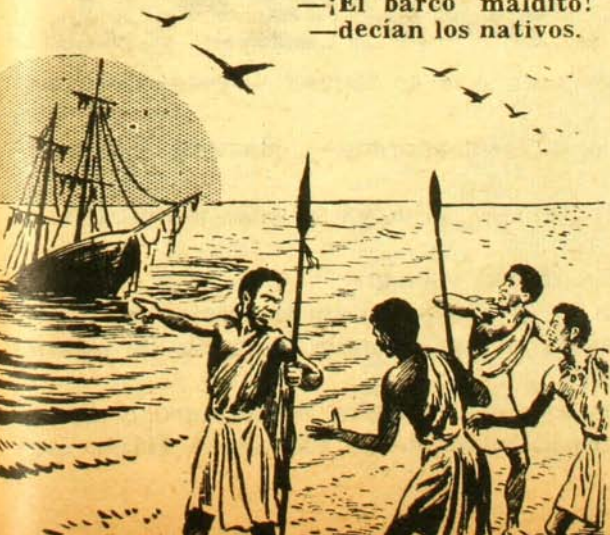
tres palos sobre una hoguera a fin de sostener una marmita, en la cual el azúcar sería sometida al fuego.

Mientras las jóvenes trabajaban, Rosita aconsejaba a Katzi:

—Cuando esté listo el azúcar, no comas demasiado o te dolerá la panza, como a mí. El azúcar es muy bueno, pero en cantidad moderada.

La olla de barro, fabri-

—No te preocupes,
Lunes, —murmuró
Julia—. Ma-Zara no
está ofendido.



cada por la diligente Lani, era bastante grande. Julia la llenó con el dulce líquido, y mientras observaba su ebullición, indicó:

—Las impurezas quedarán en el fondo. Tendremos que enfriar después el jugo puro. Necesitaremos más fuentes, Lunes.

Los isleños, con hosca expresión, portando sus lanzas y arcos, incursionaban por la selva. De pronto, desde lo alto de una colina, avistaron una clara columna de humo que se elevaba hacia el cielo. Esa humareda no provenía del petróleo que se encendía en los altares de Ma-Zara. No era negra y espesa, sino leve y grácil y se diluía en el aire como nubecilla tenue.

—Los blancos han encendido una fogata. Están allí.

Esa columna de humo ascendía de la hoguera en la cual Julia y Lani purificaban el azúcar.

Rosita aconsejaba a Katzi que no fuera goloso.



—¿Dónde lo vaciaremos para que se enfríe? —preguntó Julia, perpleja.

—Lani sabe —respondió la joven morena—. Ha visto calabazas en el bosque.

—Estupendo —exclamó Julia—. ¿Puedes ir sola a buscarlas?

—Por supuesto.

Cruzó el puente con paso rápido y alegre.

El árbol no estaba cerca de la ribera, y Lani se internó en la selva. Minutos después llegaba al lugar donde las guías de calabazas trepaban por un árbol.

—Lani hará dos fuentes de cada calabaza —murmuró la isleña, feliz. De pronto la sonrisa desapareció de sus labios. Había oído

rumor de voces. Aterrada, se deslizó hacia el sitio de donde provenía el inquietante sonido y vio a varios guerreros armados de lanzas. Hablaban con acento de furia y odio, señalando hacia la lejanía. Siguiendo con sus ojos aquella dirección Lani vio el humo que se alzaba grácilmente y comprendió que esa columna las delataría. Escondiendo el bolsón lleno de calabazas, Lani huyó



Lani preparó la hoguera.

hacia la ribera para dar la voz de alarma. Julia la vio venir y cruzar velozmente el puente. Levantó en seguida la pasarela, mientras Lani, temblorosa, decía:

—Vienen los isleños, amita. Aún están lejos, pero han visto el humo y nos descubrirán.

—¿El humo del petróleo, Lunes?

—No, el de la fogata. Probablemente la columna negra no hubiera atraído su atención. Tienen altares de Ma-Zara en la selva y no les extraña ver la humareda oscura. Pero ahora han distinguido la señal de nuestro fuego.

—Sin embargo, quizás logremos engañarlos —caviló Julia—. Si llevo la fuente de Ma-Zara a la ribera y la dejo allí...

—Apenas hay tiempo.

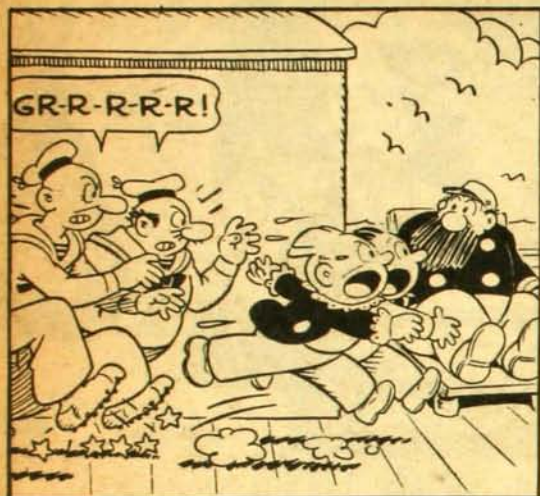
—Baja el puente, Lunes. Es nuestra única esperanza de salvación.

Lani comprendió, aterrada, que el humo de la fogata las delataría.

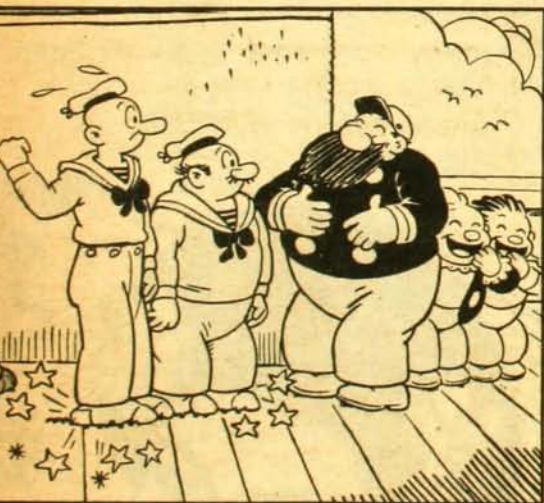


(CONTINUARA)

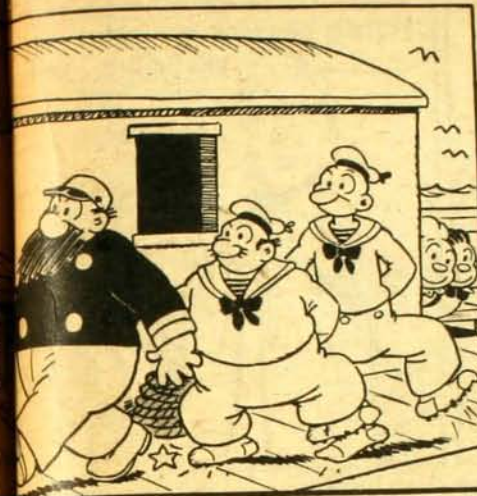
LOS NIETOS DEL TIO TOM



1. "—¡Socorro! Nos persiguen dos monstruos", gritaban Tim y Tam, huyendo de dos marineros. El capitán Escotilla preguntó: "—¿Qué sucede aquí?". Los marineros lo saludaron, diciendo: "—Tim y Tam nos han humillado, capitán."



2. "—Sin duda sólo se trata de alguna broma inocente", dijo Escotilla. Los marinos protestaron: "—Exigimos que sean castigados. Si usted se niega a hacerlo, nos vamos inmediatamente del barco... ¡Al agua, patito, zambúlete, pues!"



3. Temiendo que su tripulación se lanzara al agua, abandonándolo, el capitán dijo: "—Vamos a ver qué ha ocurrido. —Al avanzar por la cubierta, advirtió de pronto que sus zapatos quedaban pegados—. ¡La maldita cola!", rugió.



4. Al sacar sus pies, pisó sobre algo que le hizo lanzar alaridos de dolor. "—¡Municiones!", tronó. "—¿Comprende ahora cuál era la broma?", dijeron los marineros, y sonrieron al ver que el capitán decidía por fin castigar a los culpables.



(CONTINUARA)



LOS PIRATAS DEL CARIBE



CAPITULO XIII.—CITA EL RIO ARTIBONITO



Los que os quedáis en este cascarón que se hunde, esperad con paciencia.



¿Habéis pensado que esta maniobra es muy peligrosa?

1. El Cormorán dio rápidas órdenes para evacuar su navío: "—La mitad de la tripulación abordará el barco español. Los que se quedan, aguardad con paciencia". Volviéndose a Saint Prix, preguntó: "—¿Qué preferís? ¿Ahogaros en un cuarto de hora o recibir en un minuto una bala de mosquete?"

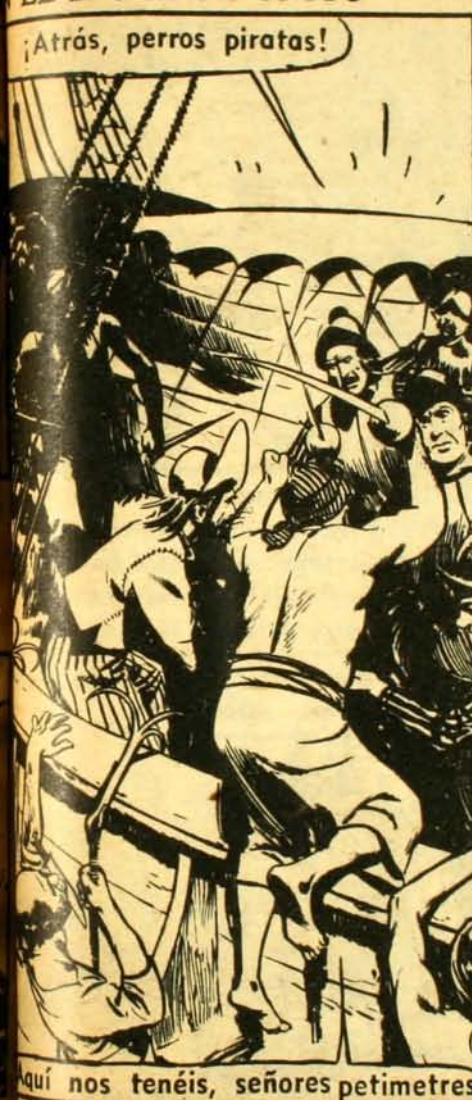


El galeón "Doña Sol". Pronto será nuestro.



¡Hum! Nos dan la bienvenida.

2. Saint Prix, pálido, repuso: "—Iré con vos, Cormorán". Instantes más tarde la chalupa bogaba hacia el galeón. Los españoles comprendieron la maniobra, pero la nave estaba muy averiada para huir. Por lo tanto, decidieron esperar a pie firme el ataque del corsario. "—¡Condenados piratas!", mascullaban con furia.



¡Atrás, perros piratas!

¿qui nos tenéis, señores petimetres



Rendíos, señor alférez

3. El Cormorán, con una agilidad increíble, alcanzó la cubierta y, reconociendo al comandante, se dirigió hacia él. Como dos rayos se cruzaron sus espadas.



No temáis por vuestra vida ni por la de vuestros hombres.

4. Volaron los fierros curvos, clavándose en la borda. Los corsarios se lanzaron al asalto con la energía de la desesperación. El señor de Saint Prix, que no sabía nadar, se apresuró a poner pie en el barco enemigo. Mientras tanto, el Cormorán acorralaba al alférez, hasta obligarle a entregar su espada.



LOS PIRATAS

DEL CARIBE



Más firme esa verga, señor barbilindo.

5. El bucanero tomó posesión de la nave y la chalupa surcó las aguas para traer al resto de la tripulación. Minutos después, el velero desaparecía en el mar.



Bienvenidos a mi mesa, caballeros.

6. Bajo la vigilancia de los filibusteros, la tripulación prisionera se dedicó a reparar los estragos causados por la tempestad y el combate. El Cormorán, instalado en la cabina del alférez, invitó a éste y al señor de Saint Prix a la cena. Era ahora el amo del navío y brindaba a sus huéspedes una fina acogida.



Vuestra victoria es casual.



Creéis haber vencido España con esta es ramuza.

7. El comandante del galeón era un noble hidalgo, el conde de Castelar. Su mal humor desapareció ante la cordialidad del Cormorán. Con la sombra de una sonrisa en los labios, dijo: “—De todos modos, capitán, su victoria es sólo un golpe de fortuna. Al final será España quien venza a Francia en esta guerra”.



Tenemos muchas cartas de triunfo.



En el río Artibonito pueden ocultarse peces muy raros.

8. Castelar hablaba con voz segura. Hábilmente, el Cormorán lo indujo a declarar: “—La flota que habéis encontrado desembarcará una compañía que irá a reunirse con los lanceros del capitán Vandermolt”. El Cormorán dijo riendo: “—A esa cita acudirán muchos más de los que espera el capitán de lanceros”.

(CONTINUARA)

RINA LA HIJA del GONDOLERO



CAPITULO V.—*Rina quería ser gondolera.*

Al día siguiente, el gondolero Zani se dirigió a la plaza donde se situaba el palacio incendiado a fin de ver si sus hijos, en vez de ir a la escuela, continuaban recogiendo objetos entre los escombros.

—Y si los ves allí —díjole su esposa Luisa—, castígalos, Zani. Están llenando la casa con toda clase de objetos inservibles.

Zani se dirigió a la plazoleta, y, en efecto, allí estaban sus ocho hijos, remolineando como moscas en torno a los obreros que demolían el palacio. En medio de ellos se destacaba la fina silueta de la dama enlutada.

Siguiendo las instrucciones de la señora Galbert, extraían del palacio muebles y alfombras que el fuego había dejado intactos.

RESUMEN: El gondolero de Venecia, Zani Zanizolo, encuentra en su embarcación una caja que contiene un bebé y un atado de billetes. Como ese mismo día ha muerto su hija menor, Rina, Zani decide adoptarla con el mismo nombre. Poco después los niños Zanizolo visitan un palacio incendiado, y se encuentran con una dama enlutada que ha perdido a su bebé en el incendio. La acompaña un individuo de turbante, que trata de consolar a la infortunada madre...

Con una osadía, que Zani consideró impertinente, sus hijos corrieron entre las piernas de los demoledores, recogiendo al azar una cantidad de objetos y, en seguida, se aproximaban a la señora Galbert, preguntándole:

—¿Y esto, señora? ¿Podemos guardarlo también?

La señora Galbert parecía más tranquila que el día anterior, aunque siempre triste. Lejos de sentirse importunada por los pequeños Zanizolo, la dama les sonreía con benevolencia.

Zani penetró al jardín del palacio, saludó profundamente a la dama, y le dijo:

—Excúselos, señora. Son mis hijos, y creo que la están importunando. Le ruego que los haga salir.

Y, volviéndose a la banda de pilluelos, murmuró:

—¿Carecen ustedes de vergüenza, zánganos, perezosos? ¿Se han convertido ustedes en bandoleros? Dejen ahí todo lo que han cogido y váyanse a la escuela. Ya les arreglaré cuentas más tarde. Sólo María y Beppo, los mayores, se retiraron avergonzados, en cambio, Tonio, Magdalena, Ana, Filipo, Laura y Rosana continuaban recogiendo vidrios quebrados, tazas sin orejas, etc.

La dama avanzó hacia el furibundo gondolero, y le dijo con voz suplicante:

La señora Galbert obsequió a los hijos del gondolero valiosos objetos.



—Por favor no les castigue; porque no han obrado mal. Al contrario, son chicos muy honrados. Sólo recogen objetos sin importancia, y cada vez me preguntan si pueden guardarlos. Halagado por las palabras bondadosas de la señora Galbert, Zani, que cambiaba fácilmente de opinión, respondió con otra reverencia:

—En verdad son buenos niños, señora, y tanto su madre como nosotros estamos orgullosos de ellos, lo cual es una suerte, porque con una familia tan numerosa...

—¿Todos son hijos suyos? —preguntó la dama enlutada.

—Sí, señora, y hartos cuesta mantenerles y vestirles...

—Me lo imagino —observó la señora Galbert—. Entonces voy a esperar que ellos me pidan. Les daré una cantidad de cosas servibles.

La dama llamó al jefe de los obreros y le ordenó traer un gacero, colocando en él lo que no pensaba guardar. El gondolero vio extasiado cómo se iba llenando el cesto con vestidos, lencerías útiles de cocina y comestibles.

Los chicos saltaban de gusto, y Zani no sabía cómo agradecer

Luisa Zanizolo lanzó un grito de alegría al ver los regalos que traían los niños.



tanta generosidad.

—Díganme dónde ven ustedes —dijo la señora Galbert— y les enviaré algo más.

—Que buena es usted, señora —murmuró el gondolero—. Mi mujer estará feliz.

—Amo a los niños —suspiró la dama—, y sobre todo a los más pequeños.

—Justamente —interrumpió Magdalena— nosotros tenemos en casa una “bambina” menor de un año y se llama Rina...

—Es decir —interrumpió Ana—, que así la llamamos, pero verdaderamente...

María Fulminó con una mirada a la indiscreta Ana, y le impidió que terminara la frase. Sus padres les habían prohibido contar la historia del bebé desconocido. Además nunca refirió Zani a sus hijos cómo había encontrado al bebé perdido. Para todos, la segunda Rina les había caído del cielo en reemplazo de la primera.

—¿Qué es lo que no es verdaderamente? —preguntó una voz de hombre, que Zani reconoció al punto.

Beppo había reemplazado a su padre en el manejo de la góndola.



Nada —respondió Ana con temor—. No recuerdo lo que iba decir.

El individuo que interrogaba era Alyacasar, el hombre del tur-
ante, que surgía de pronto, sin que nadie le viera llegar.

Alyacasar saludó respetuosamente a la señora Galbert y la re-
ndió con voz suave y almibarada:

—Mi querida Elena, ¿por qué insiste usted en visitar este pala-
o? ¿Por qué tortura su corazón, amiga mía? Felizmente pronto
artiremos de Venecia, y usted podrá olvidar sus penas.

—Hay dolores que nadie puede mitigar —murmuró la señora Galbert—. Por favor, Alyacasas, déjeme sola. Quiero repartir entre estos niños todo lo que les pueda ser útil. Ahora que sé que tienen un chico en casa voy a obsequiarles toda la ropa de mi pobre bebé.

Y así fue que el gondolero Zani partió con sus ocho hijos con un cargamento de ropa, muebles y útiles para el hogar.

Al verles llegar cargados de objetos, para ella maravillosos, Luisa lanzaba gritos de alegría y bendecía una y mil veces a la generosa dama que se los había obsequiado.

Habían transcurrido ocho años desde el día en que el gondolero Zani Zanizolo encontró en su góndola una caja envuelta en trapos que contenía una linda "bambina". La criatura abandonada pasó a ser la novena hija de los Zanizolo, bajo el nombre de Rina, y la niña mimada de toda la familia.

Beppo, el hijo mayor, vistió la blusa blanca marinera con cuello azul y el sombrero de paja con la cinta roja flotante, que constituye desde siglos atrás, el uniforme de los gondoleros de Venecia. Hermoso y arrogante, el mocetón se deslizaba por las lagunas venecianas cantando las viejas tonadas de sus abuelos. A Beppo le habría gustado más ir a la escuela, y, sobre todo, estudiar música, pero obedecía ciegamente a sus mayores. Tonio, el segundo hijo, lustraba zapatos frente a los grandes hoteles; María vendía flores en las terrazas de los grandes restaurantes y en la Plaza de San Marcos. Allí conoció a un obrero de la cristalería de Murano y pronto se casaría. Magdalena ayudaba a su madre en los menesteres de la casa. Los demás niños iban a la escuela. Rina, a la que los niños llamaban *Reinita*, crecía y embellecía con los años. En el colegio aprendía con mayor facilidad que sus compañeros y en el hogar era alegre y complaciente.

—Buena, pero demasiado intrépida —solía decir Luisa Zanizolo—. Nada teme y cualquier día le ocurre una desgracia.

Rina sonreía. Ella tenía una obsesión. Quería ser gondolera y varias veces le había suplicado a su gran amigo Beppo que la dejara manejar su góndola.

Y aconteció que un día que nadie la observaba, desató las ama

tras de la embarcación y partió sola por el canal, gritando en cada esquina peligrosa: ¡Ohé, ohé!, como los gondoleros. Zani Zanizolo logró alcanzarla cuando llegaba al gran canal donde hay corrientes peligrosas.

—Rina, eres terriblemente desobediente —díjole Zani—. Prométeme que nunca más saldrás a navegar sola.

—Gocé tanto, papá —dijo Rina—, que no te lo voy a prometer.

—Picarilla —díjole Zani entre enojado y sonriente—, cualquier día te va a llevar el diablo.



—Yo quiero ser gondolera —decía la linda y gentil Rina.

—¡Ay, papito! —dijo la revoltosa niña—, a mí me gustaría ser la mujer del diablo. Así nadie me amenazaría que me van a quemar viva u otra macana.

—Brava la chica —dijo un señor que había escuchado el diálogo del gondolero con Rina—. Y cuán hermosa. Me gustaría hacer su retrato. Yo soy pintor.

(CONTINUARA)

Ponchito



Por nato

¡VOY AL BOSQUE ABUELITA,
DICEN QUE HAY UNA COLMENA!



¡SI LA ENCUENTRO
LE SACARE LA MIEL!



¿QUE LE PASARÁ A
PONCHITO?



¡LA ENCONTRE!
¡LA ENCONTRE!



¡QUE TE VAYA BIEN,
PONCHITO!



RATO DESPUES

¡ABUELITAAAA!
¡ABUELITAAA!



... ¡ ENCONTRE LA
COLMENA !

NATO.



El Príncipe Valiente



CAPITULO XXIII.—Tierra viking.

Escudando a Ilene con su cuerpo y sosteniendo en su diestra la espada Cantadora, el príncipe Valiente se dispuso a rechazar a los enfurecidos vikings. Ilene, comprendiendo que el héroe no lograría contener aquella horda arrolladora, murmuró:

—Val, ve a reunirte con el príncipe Arn. Cuando hayan vencido a los piratas, vendréis los dos a buscarme.

Val reconoció que la doncella tenía razón, la abrazó rápidamente y le dijo que no perdiera la esperanza.

—El que haga daño a esta doncella, morirá por mi mano, ya sea capitán, rey o esclavo —advirtió a los nórdicos.



Antes de saltar al agua se apoderó de un cubo de cuero.



Val subió al barco de Arn.

Antes de saltar al agua se apoderó de un cubo de cuero. Después desapareció bajo la superficie del mar. El balde le sirvió para proteger su cabeza de las lanzas de los vikings, y además le ayudaría a mantenerse a flote, a pesar del peso de su espada.

Un momento más tarde, no se vio más que el cubo que flotaba sobre las olas. De esa manera el joven rodeó la popa del barco de Arn, pasando junto a los exánimes cuerpos de amigos y enemigos. Un gran vocerío y el entrechocar de las armas le indicaron que la batalla decisiva se libraba en la proa de la nave.

Dejó entonces el improvisado casco marino y ascendió por el timón. Al llegar a la cubierta observó a su alrededor. Sólo estaba armado con la Cantadora y su preocupación principal era equi-



Uno al lado de otro,
lucharon sin cesar
contra los piratas
nórdicos.

parse lo más pronto posible con un escudo y una cota de malla antes de entrar en combate.

Cogió cuánto necesitaba del cadáver de uno de los caídos. No tardó en agregarse al griterío reinante una nueva voz que aullaba el ya conocido grito de batalla:

—¡Por Ilene!

—¡Príncipe Val! —exclamó Arn, sonriendo al tirar un tajo.

Luego, el uno al lado del otro, lucharon sin cesar hasta que el último de los piratas del norte cayó al agua. La victoria estaba conquistada.

En efecto, habían ganado la batalla, pero a un precio muy alto, pues con ella dieron a Tagnar el tiempo que necesitaba para reparar su nave. Val y Arn divisaron la vela del barco pirata que

se perdía en el horizonte. Arn ordenó que se izaran todas las lornas, y de inmediato se inició la persecución.

Al atardecer, la brisa se convirtió en un huracán que aullaba entre el cordaje. Las olas azotaban sin piedad a la embarcación. Pero Arn se negó a ordenar que arriaran el velamen. La nave volaba, impulsada por el viento. En algunos instantes se hallaba casi sumergida, mientras que en otros saltaba por sobre la cresta de una montaña de agua. El príncipe Val y los caballeros trabajaron con desesperación para evitar que el barco se inundara. En las primeras horas de la noche, cuando la tormenta no daba señales de amainar, Arn ordenó al fin que se arriaran las velas y se bajara el ancla a fin de pasar la noche sin zozobrar.

Al rayar el alba, la tempestad amainó. Pero no se veía señal del barco de Tagnar en toda la inmensidad del mar. Al orientarse, los navegantes comprobaron que no se hallaban muy lejos de la tierra de los vikings.

Enrumbaron entonces hacia el este, avistando los altos acantilados del norte. Comenzó entonces la larga y penosa búsqueda por entre las rocallosas costas.

Cuando escaseaban ya las provisiones y los hombres se demostraban abatidos y débiles a causa de las penurias sufridas, Arn les dirigió la palabra:

—Valerosos caballeros, la búsqueda por mar resulta inútil. Val y yo continuaremos solos, y por tierra.

Así, pues, la nave partió hacia el sur, en dirección a Britania, dejando a los dos donceles en un continente extraño. Ambos marcharon millas y millas por la arena y se detuvieron en todas las chozas para preguntar dónde estaba la aldea de Tagnar. Pero

Las olas azotaban sin piedad a la embarcación.



nadie supo darles indicaciones... hasta que al fin se encontraron con algunos pescadores, que les aconsejaron pedir informes al soberano de Tagnar.

—¿Quién es? —preguntaron los príncipes.

—El rey Sligon de Tule.

Valiente palideció. Aquél era el traidor que había usurpado el trono de su padre. Al saberlo, relampaguearon los ojos azules de Arn. Val dijo simplemente:

—Vamos, Arn. Tenemos que pedir la libertad de Ilene.

Al fin llegaron al castillo de Sligon y fueron conducidos a presencia del tirano. Este los contempló sin la menor cordialidad, aunque sólo sabía de ellos que eran bretones y enemigos. Mucho se sorprendió el rey al ver que Val dominaba la lengua viking. De pronto un astuto chambelán, que había observado al doncel con gran atención, se inclinó hacia el rey para susurrar a su oído:

—El rey Águar, vuestro antiguo enemigo, huyó a Britania. Tenía un hijo...

Sligon no necesitó oír más.

—¡Rayos y truenos! No hay duda de que se trata del hijo de Águar. Mi corona peligra mientras esté vivo un miembro de esa familia. Ahorcad a este atrevido mancebo que se presenta ante mi trono, tal vez con negras intenciones.

Los soldados, apoderándose de Val, se disponían a llevárselo. Pero el príncipe Arn se enfrentó al viejo rey y le dijo con voz mesurada:

—¡Oh rey impío! ¿Para qué mancharte las manos cometiendo un crimen innecesario? Buscamos a Ilene y no a tu reino. Su corona de cabellos dorados es mucho más preciosa que esa fruslería que tan pesadamente descansa sobre tu cabeza.

¿Qué respondería el tirano a esa tranquila insolencia?

—Val y yo continuaremos solos la búsqueda de Ilene, —dijo Arn.



(CONTINUARA)

Correspondencia

ALBERTINA CONTRERAS, de Lota Alto.— Conmovera su cartita por el amor que demuestra a esta pequeña gran revista "SIMBAD", la cual considera usted lo más importante de su vida. Le agradecemos sus buenos deseos.

TERESITA PIZARRO, de Valparaíso.— La felicitamos, porque a los cinco años ya lee "SIMBAD", y tiene muy buenas notas.

LUIS A. MUÑOZ, Rosa A. Lincaján, de Los Angeles.— Nos complace que tanto les gusten "Príncipe Valiente" y otras seriales que están comenzando con gran entusiasmo de nuestros lectores. ROXANE.

¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿Quién abolió la esclavitud en Estados Unidos?

¿Teodoro Roosevelt, Thomas Jefferson o Abra-

ham Lincoln?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 361.
LA MUJER ESPAÑOLA QUE ACOMPAÑA A PEDRO DE VALDIVIA EN CHILE FUE INES DE SUAREZ.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** María Quezada, Stgo.; Luis Retamal, Stgo.; Luis Torres, Coelemu; Ivo Lingua, Copiapó; Sergio Piraino, La Calera; Ignacia Silva, Concepción; Ricardo Coceis, Stgo.; Aída Suárez, Stgo.; Mireya Parodi, Stgo.; Idelina Cortés, Lebu. **SUBSCRIPCIÓN TRIMESTRAL:** Virginia Navarro, Lontué; Luis Ayala, Cauquenes; Juan Silva, Quilpué; Florencio Alarcón, Lebu; Paulina Muñoz, Angol; Leslie Yates, Stgo. **UN LIBRO:** Rolando Vásquez, Victoria; Patricia Dávila, Stgo.; Gemma del Canto, Los Andes; Gustavo Hurtado, Stgo.; María Teresa Morán, Stgo.; Patricia Correa, Viña del Mar; Fernando Toro, Stgo.; Juan Antonio Fuentes, La Unión; María Verónica Arritola, Los Andes; Chela Ferrari, Stgo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

"SIMBAD N.º 363"

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★ \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO. etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 5 - SERIE N.º 3
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 5 - SERIE N.º 3
15 de agosto de 1956



Betty en el colegio



3. Betty continuó su paseo, mientras desfilaban detrás de ella alumnas y profesoras. "—¿Hacia dónde irá ahora?", se preguntaban, intrigadas, siguiéndola por los pasillos. La sonámbula entró en la despensa del colegio. "—Aquí podré liberar a gusto mis complejos", se dijo Betty, riendo interiormente.



4. Pasó ante una mesa cubierta de frascos de mermelada y, subiéndose a un piso, alcanzó los dulces que se encontraban sobre un armario. "—¡Oh, ésas son mis mermeladas!", gimió la directora, intentando acercarse a Betty. Pero la enfermera la detuvo: "—No la despierte, madame. Es peligroso".

(CONTINUARA)



Simbad

PIRATAS DEL CARIBE

\$ 20.-



ELENA
ROIRIBEL

N.º 364



Betty en el colegio



CAPITULO X.—UN ANIMAL PREHISTORICO

1. Betty, a quien todos en el internado creían sonámbula, entró en la despensa y se dedicó a saborear las conservas de la directora. Esta, aunque sentíase morir al ver que disminuían sus mermeladas, no se atrevió a despertar a la golosa dormida. La enfermera repetía a media voz: “—Es peligroso despertarla”. De pronto, cuando Betty se preparaba a destapar otro frasco, saltaron dos ratones.

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO V. — Bobbie salva a Flecha Veloz.

—Lobito, tú tienes que quedarte cuidando la casa —dijo Bobbie.

Transcurrieron algunos días de calma después de la cacería del oso gris. Daniel Dracke emprendió su viaje con destino desconocido y Bobbie, sintiéndose muy solitaria, decidió ir a pescar truchas a la orilla del río.

Como Lobito quisiera acompañarla, la niña, acariciándole la cabeza, le dijo:

—No, Lobito; tú tienes que quedarte cuidando la casa. Tío Dan está ausente y no podemos dejarla sola. Sé obediente... Volveré pronto. Lobito pareció comprender las razones de su ama y quedó al cuidado de la cabaña.

Bobbie caminaba silbando alegremente, cuando sintió el llanto de



Año VII - 22-VIII-1956 - N.º 364

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

un niño. Era un indiecito de cuatro años, quien lloraba desconsolado —Pobrecito —le preguntó Bobbie—. ¿Por qué lloras? —Flecha Veloz no encuentra su ruca —sollozó el pequeño—. Flecha Veloz perdido... Tiene miedo...

—No llores, pobrecito —díjole Bobbie—. Yo te llevaré. Estamos lejos... Súbete a mi espalda, Flecha Veloz, y galoparemos. El indiecito sonrió y rodeó con sus brazos el cuello de la valiente niña.

No había caminado más de cien metros cuando Bobbie escuchó el aullido de lobos hambrientos.

¿Hacia dónde huir?

El río estaba cerca, pero resultaba imposible correr hasta la ribera llevando a cuestas a Flecha Veloz.

La manada de lobos se acercaba amenazante.

Bobbie trepó a un árbol, no sin que uno de los feroces lobos le hubiera cogido una bota. Bobbie le dio un puntapié y siguió trepando a la copa del roble.

A fin de tener las dos manos libres, la intrépida niña desató su cinturón de cuero y ató con él a su cuerpo al indiecito.

Así fue deslizándose de la copa de un árbol, a otro, con la agilidad de una ardilla.

Los lobos la seguían aullando y tratando de trepar también a los árboles. Por fin llegaron hasta la orilla del río.

—Flecha Veloz —dijo la niña—, vamos a saltar al río. No tengas miedo. No te ahogará.

—Flecha Veloz no tiene miedo contigo —murmuró el chico.

Bobbie se dejó deslizar por una rama y cayó al río. Las aguas estaban muy heladas y el niño comenzó a gritar de nuevo.

—Ya estamos salvados —dijo la heroica niña al poner el pie en la ribera opuesta—. Ahora, Flecha Veloz, corre a tu ruca. Está ahí cerca.

En ese instante, un grupo de indios aparecía entre las breñas. Uno de los pieles rojas increpó duramente a Bobbie y, furioso, le dijo:

—Niño blanco, vas a morir.

—¡Atrás! —protestó Bobbie—. ¿Por qué me atacas?

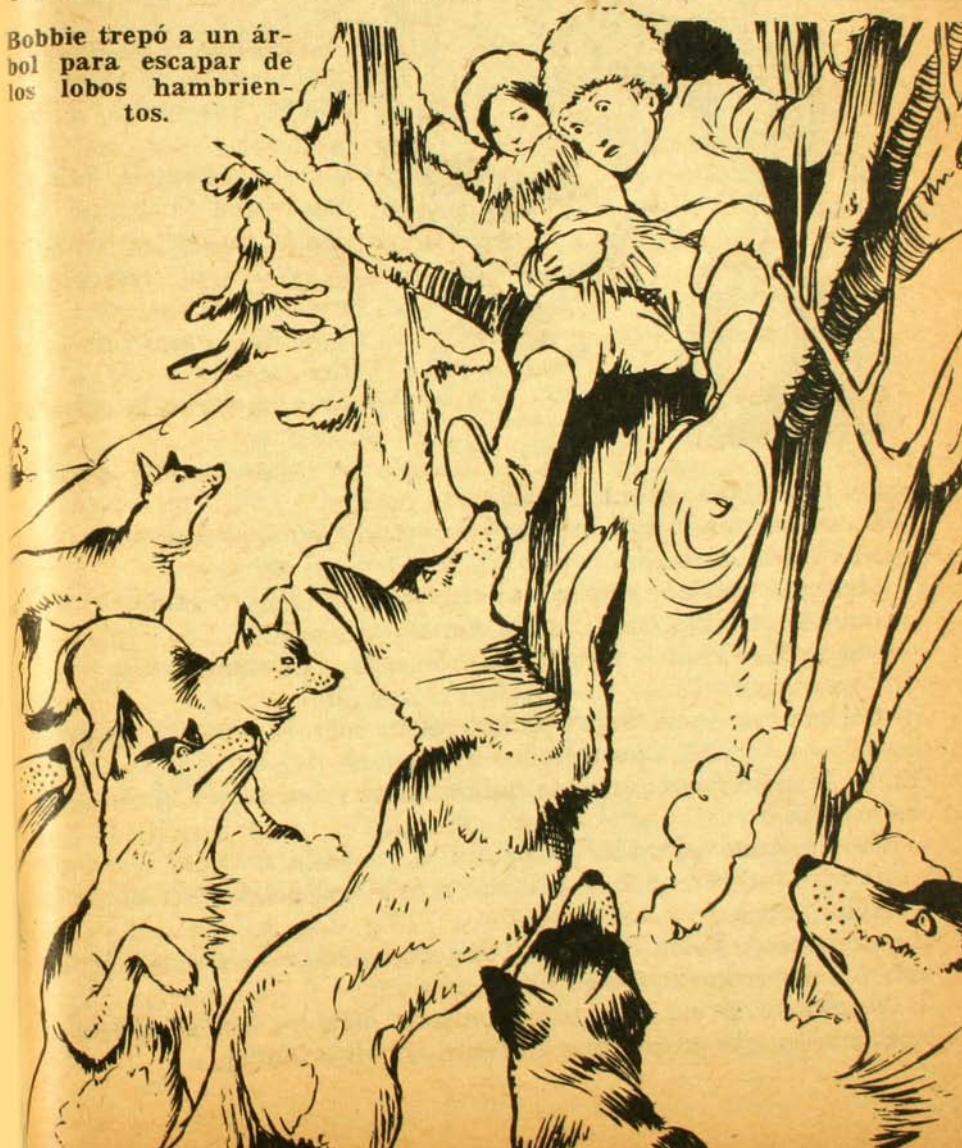
—Niño blanco quería robar a Flecha Veloz —gritó otro indio alzando su arma—. Hace tres horas que buscamos a este chico. El muchacho blanco se lo había robado. ¡Que muera, que muera!...

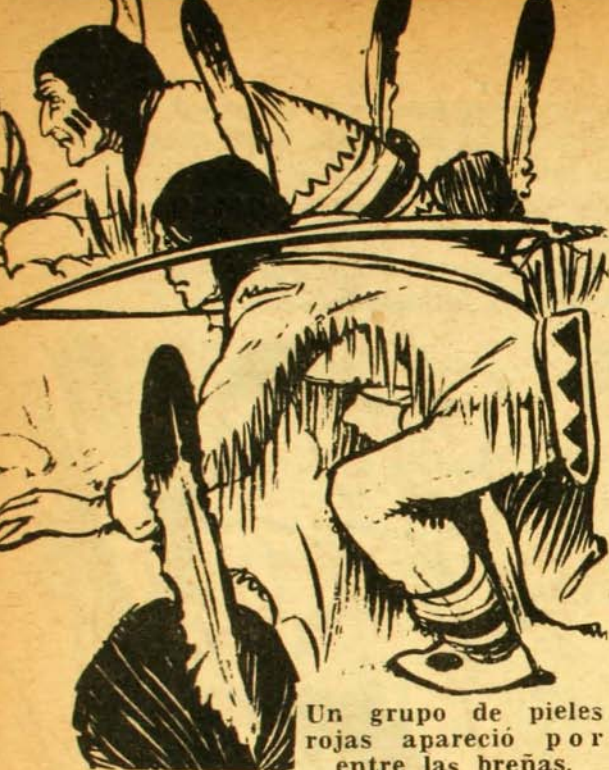
Bobbie trató de explicarles lo sucedido, pero los indios no la escucharon y la arrastraron hasta el campamento indígena.

Entretanto, Daniel Dracke, había regresado a su cabaña y al no divisar en el corredor a la hija de Joven Búfalo, tuvo un siniestro presentimiento.

—Nunca deja de esperarme y de salir a mi encuentro —se dijo Daniel—. Más todavía cuando le dije que regresaría temprano. El trapero quiso abrir la puerta de la cabaña y la encontró cerrada con llave. Tras ella Lobito lanzaba furiosos aullidos.

Bobbie trepó a un árbol para escapar de los lobos hambrientos.





Un grupo de pieles rojas apareció por entre las breñas.

—Calla, Lobito, soy yo —exclamó Daniel Dracke, abriendo la puerta. El animalito salió corriendo al patio. Parecía que su instinto le avisaba que Bobbie estaba en peligro.

—¡Bobbie! —gritó Daniel—. ¿Dónde estás? Nadie respondió a su llamado.

Lobito, mientras tanto, husmeaba la tierra como buscando un rastro. Por fin el inteligente animal cogió con sus dientes la casaca de piel del trapero y le indicó que corrieran hacia los bosques.

—¿Quieres que te siga?

—dijo Daniel al lobezno—. Vamos... Voy a coger mi revólver. La buscaremos hasta en el mismo campamento de los sioux y ¡ay! del que haya tocado un cabello de su preciosa cabeza.

El lobezno echó a correr por los bosques, y de súbito se detuvo en el sitio donde la niña blanca había trepado a un roble.

—¿Perdiste el rastro? —murmuró Dracke—. Busquémola ahora con nuestra mirada.

El lobezno iba de un lado a otro desesperado. Por último alzó sus orejas y se engrifó. Cuatro lobos avanzaban por entre la espesura. Daniel Dracke disparó contra uno de ellos y los demás emprendieron la fuga.

—¿Habrás caído en poder de los lobos mi linda Bobbie? —se preguntó inquieto el trapero—. No, no puede ser; habríamos encontrado algún indicio.

Internándose más en el bosque, llegaron a la orilla del río. Lobito volvió a encontrar el rastro de su ama.

—Gracias a Dios no la han devorado los lobos —suspiró Daniel—. Entonces son los pieles rojas quienes la han raptado.

siguieron hasta la ribera opuesta y allí se veían las huellas de las botas de Bobbie junto a las de varios indios.

—Busca, busca, Lobito, —urgía el trapero desesperado—. Vamos al campamento de los sioux y, por el demonio, si Aguila Negra ha descubierto el secreto de la hija de Joven Búfalo, le dispararé todas las balas de mi revólver.

Daniel corría anhelante hacia el campamento indígena.

Un ladrido de Lobito obligó a detenerse al trapero.

En medio del redondel de las pieles rojas, Daniel Dracke divisó a Bobbie atada a un árbol, mientras los indios, en semicírculo, tenían sus arcos como para lanzar sus flechas al cuerpo de la prisionera.

Lobito arrastró a Dracke, indicándole que siguiera las huellas de Bobbie.

(CONTINUARA)



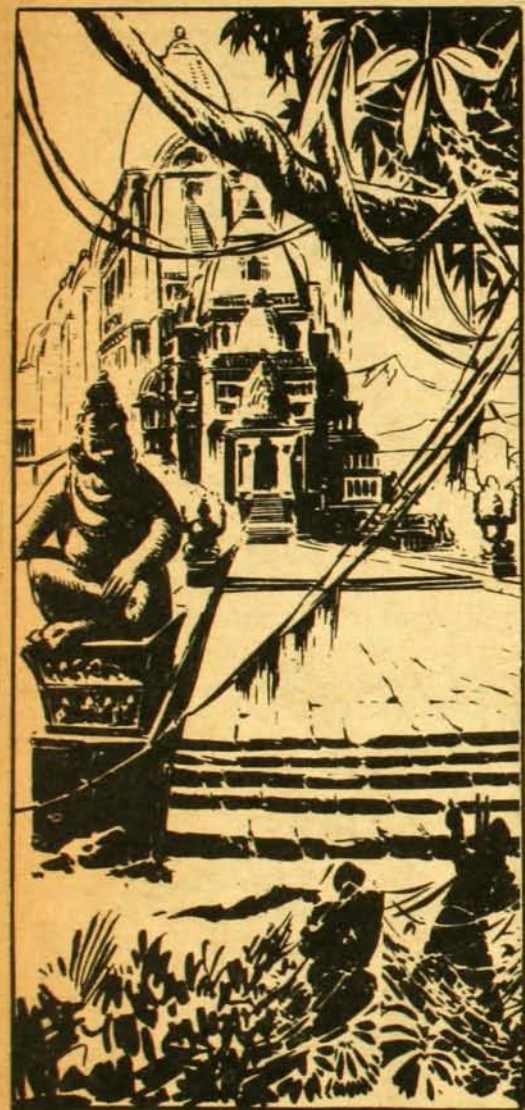


EL TEMPLO DE

CAPITULO XI.—BATALLA

RAWANG-DJAR

EN EL TEMPLO



1. Chambers y el doctor Bani huían de Zeldar y sus hombres, secuaces del contrabandista Welles. Cruzaban la jungla birmana y de pronto surgió ante ellos el antiguo templo de Rawang Djar.



2. Los ojos de Chambers se dilataron, ávidos y maravillados, como si quisieran retener para siempre la visión del templo budista. Después, el sabio inglés se abatió, sin conocimiento. Mientras tanto, en el interior del santuario, se libraba una violenta lucha entre Lince Blanco y sus amigos contra la banda criminal.



3. Welles, con el semblante contraído de furia, observaba la derrota de sus cómplices. Por fin decidió huir. Pero Lince Blanco lo había descubierto ya. “—¡No escaparás, miserable! —gritó el cazador, lanzándose en persecución del malhechor—. Te arrebataré tu falsa máscara de bondad y todos sabrán que eres un traidor.”

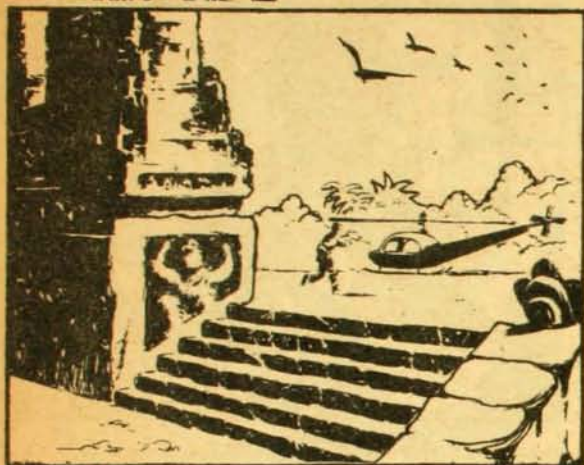


4. Protegiéndose detrás de una columna, Welles hizo fuego. “—Ha sonado tu última hora, Lince Blanco”, masculló el plantador de Taungi. Herido en un brazo, el explorador dejó caer su arma. Welles gatilló de nuevo, pero las balas de su rifle se habían terminado. Por lo tanto, huyó mientras Lince Blanco lo perseguía.



EL TEMPLO DE

RAWANG-DJAR



5. A pesar de su herida, el cazador avanzaba a gran velocidad. Welles logró huir del templo, dirigiéndose hacia el lugar donde tenía su helicóptero. Cuando Lince Blanco salió al aire libre, Welles había decollado y se elevaba rápidamente. "—Nadie me desmascarará, Lince —murmuró con una agria sonrisa—. Nadie."



6. "—Seguiré siendo el bonachón plantador de Taungi", añadió burlonamente. Pero Lince Blanco descubrió una ametralladora emplazada en una terraza y, con un solo brazo, logró hacerla funcionar. Welles palideció al oír el rugiente tableteo. "—La ametralladora —balbuceó—. ¡Maldición! Olvidé que estaba allí."

7. Alcanzado por los disparos, el helicóptero estalló en pleno vuelo. Welles había pagado sus crímenes. Lince Blanco se irguió. En ese instante vio al doctor Bani, que se aproximaba sosteniendo al desfallecido Chambers. "—Nos persiguen —anunció Bani—. Zeldar y sus hombres, que atacaron el campamento."



8. "—Interesantes visitas —dijo Lince Blanco—. Las recibiremos calurosamente." Situándose de nuevo junto a la ametralladora, esperó que los últimos secuaces de Welles aparecieran. Y cuando éstos avanzaron hacia el templo, una granizada de balas esparció el terror entre sus filas. Zeldar bramaba de furor.

(CONCLUIRA)

ROSITA CRUSOE

CAPITULO XXVII — *Barquito a la vela.*

Al comprender que el humo de la fogata había delatado su presencia en la isla, Julia y Lani se miraron aterrorizadas. El pueblo de la Reina Blanca se acercaba, inexorable y vengativo.

De la fuentecilla de petróleo encendido se elevaba una columna densa y oscura.

—Tenemos que llevarla otra vez a la selva y despistar a los nativos —murmuró Julia.

Siempre cuidadosas de no alarmar a Rosita, Lani dijo a la niña:

—El azúcar no precisa tanto fuego.

—Además, podemos pedirlo prestado otra vez, en cualquier momento —añadió Julia.

—¿Quién nos presta el fuego? —inquirió Rosita—. ¿Los negritos buenos?

—Sí. . . , ellos, —balbuceó Julia, desorientada.

En seguida, con la fuente en sus manos, atravesó corriendo el puente. Debía dejarla lo más lejos posible del islote.

Los nativos, ocupados de abrirse paso en la jungla, no mantenían su mirada fija en la señal de humo; por lo tanto, no advirtieron que ésta cambiaba de posición.

Julia tuvo el tiempo justo de colocar la fuente sobre unas rocas y trepar después a un árbol, pues ya se oía la marcha de los isleños. Estos, desembocando en el claro de la selva, se detuvieron al ver la taza.

—Una de las ofrendas de Ma-Zara . . . arrebatada de su altar por la mano impía de los blancos.

—Sí, de aquí provenía el humo . . . , pero los forasteros no están. Julia respiró. Su estratagema daba resultado. Pero de súbito palideció. El papagayo Polly la había seguido y chillaba:





—Es una de las
ofrendas de Ma-Zara
—dijo el isleño.

—¡Peligro en la costa!

Los nativos alzaron la cabeza.

—Silencio, Polly —suplicaba Julia, pero él seguía vociferando:

—¡Arriba ese foque, marineros bobalicones! Sujeten el botalón.
¡Ahoy!

—Hay alguien en ese árbol —murmuró uno de los isleños—. Sube
y búscalos, Ugani.

El isleño obedeció. Al verlo trepar ágilmente, la rubia niña susurró:

—Quédate aquí, Polly. Quédate, lorito lindo.

En seguida, asiéndose de una resistente liana, abandonó el árbol.
Como una silueta alada surcó el espacio y desapareció entre el fo-
llaje de un árbol próxi-
mo.

Polly batió sus alas, con
profunda satisfacción,
y gritó:

—¡Lorito lindo! ¡Lorito
real!

Ugani había alcanzado
ya las ramas superiores
y estuvo a punto de
caer cuando descubrió
aquel pájaro que habla-
ba.

—¡Magia! Gran magia,

—¡Silencio, Polly! —
suplicaba Julia.





Julia se dispuso a abandonar el árbol.

—murmuró con terror.
—Lorito sabio que habla —confirmó Polly, inclinando su cabeza coronada de vistosas plumas. Fijó en Uganda su ojo escrutador, aterrorizándole en tal forma, que el nativo se soltó de la rama, cayendo con estrépito entre sus compañeros. Tan confusas fueron sus explicaciones, que los is-

leños huyeron en desbandada, gimiendo:

—¡El árbol habla! Gran magia...

Mientras tanto, Polly se reunía con Julia.

—Muy bien —aprobó ella—. Lorito sabio.

Regresaron al islote, donde Lani esperaba con impaciencia. Al saber que los isleños se habían alejado, exclamó:

—¡Qué alegría! Lani temió que capturaran a su amita Julia.

Transcurrieron dos días. Julia y Lani habían terminado la construcción del refugio, con un alero que las protegía del sol y las lluvias. En la caja de herramientas hallaron un par de tijeras.

—El cabello de Rosita ha crecido mucho. Se lo cortaré, —decidió Julia. La niña estaba jugando con un botecito a la vela que le fabricó

la ingeniosa Lani.

Esa era la primera vez que Rosita se cortaba el pelo y se demostró encantada. Permaneció quieta mientras los rubios rizos caían. El leopardo Katzi observaba con seriedad la extraña operación.

Lani ocupó después la silla de la improvisada peluquería y sus ensortijados cabellos cayeron también.

Rosita recogió uno de sus ricitos dorados y lo colocó en el bote.



La niña cruzó el espacio cogida de una liana.



—Katzi, lo haremos
navegar en el río —
decidió Rosita.

—¡Katzi! —llamó—, lo haremos navegar en el río.

Seguida por el fiel leopardo, se encaminó hacia la ribera.

—¿Crees que mi barquito llegará a la isla del Paraíso? —preguntó pensativa.

Katzi la miraba indeciso. Rosita depositó el bote en el agua. Si Julia y Lani la hubieran visto, habrían impedido que la niña soltara su pequeña nave.

—Mira, qué bien navega, —aplaudió Rosita mientras el barquito, flotando airosamente, era cogido por la corriente del río y se distanciaba rápidamente con su cargamento de oro.

(CONTINUARA)



La rubia niñita se
mantuvo quieta
mientras Julia ejercía
de peluquera.

LOS NIETOS DEL TIO TOM



1. "—¿Nos da una rosca, mamá?", preguntaron Tim y Tam. "—No —contestó la señora Tomasa—. Si sacan una, se armará la rosca." El inspector, que siempre anda vigilando, ofreció: "—Yo las cuidaré. Soy inspector de roscas".



3. "—No. Está muy ocupado en su selva. Pero sospecho que estas roscas son para la reina." Mientras Tam hablaba sobre los soberanos de la cercana isla, Tim usaba todos sus dedos para sacar roscas. Y el inspector seguía en la luna.



2. "—Cuando mamá se vaya, engañaremos al guardián", susurró Tim. "—Largo de aquí", dijo el inspector, al ver que los mellizos se acercaban a él. "—No sea malito —dijo Tam—. Sólo venimos a conversar. Dígame, ¿ha visto al rey Tole-Tole?"



4. "—¿Soy o no soy buen inspector?", preguntó éste cuando apareció la señora Tomasa. Ella, al descubrir que sólo quedaban dos roscas, decidió castigar al culpable. El inspector trepó al palo mayor, para escapar de una paliza aún mayor.



LOS PIRATAS DEL CARIBE



CAPITULO XV.—LA TRADICION DE SAINT PRIX

Debo cambiar mis planes.



1. Cuando sus huéspedes se retiraron, el Cormorán se sumió en profundas meditaciones. Si el alférez del galeón no había mentido, los españoles se aprestaban a desembarcar en el mismo lugar que el bucanero eligió. Esto variaba sus planes. Una expresión de astucia se deslizó de pronto por sus facciones tensas.

La noche es buena consejera.



2. Actuaría con rapidez, a fin de brindar a los marinos de Su Católica Majestad una recepción que no soñaban. Tranquilizado por esta idea, el Cormorán subió al puente. Sobre el "Doña Sol", la noche antillana brillaba con sus miles de estrellas. Una vaga nostalgia dominó al corsario, acodado sobre el empalmetado.



Saint Prix es un traidor.



3. Sus divagaciones fueron interrumpidas por la ruda voz del Tuer-to. "—Cormorán, hay un condenado asunto que me molesta". El capitán corsario observó a su subordinado. Pirata en cuerpo y alma, sólo era leal a la bandera negra. "—¿Qué sucede, Tuer-to?", interrogó con voz casi indolente.

Hazlo caminar por el tablón y que muera ahogado como rata.



No estaría mal ahogar también al alférez.

4. "—Sorprendí una conversación entre ese fantoche de Saint Prix y el alférez. Hablaban en secreto. Están complotando contra nosotros. La isla de la Tortuga les impide dormir tranquilos y desean destruirla." Ante esta noticia, la indiferencia del Cormorán desapareció, mientras su mirada se endurecía.



LOS PIRATAS

DEL CARIBE



Desde este instante sois mi prisionero.

¡Protesto! Se trata de un lamentable error.

5. De inmediato ordenó comparecer ante él a Saint Prix para anunciarle: “—Estáis arrestado. Como agente del marqués de Pointis, habéis propuesto a Castelar una alianza contra los corsarios. Podéis meditar en vuestra traición, en la soledad de la cala”. En vano Saint Prix intentó protestar.

Pasad a la ratonera, señor de Saint Prix.



6. “—¿Conduzco al prisionero a su lujosa celda?”, preguntó el Tuerto. A una señal afirmativa, el pirata se retiró con el señor De Saint Prix. Deteniéndose ante una puerta, lo invitó a trasponer el umbral, adjuntando a su invitación un vigoroso puntapié. Dos días más tarde, se avistaba la bahía de San Marcos.



7. Cuando el “Doña Sol” entró en la rada, se advirtió gran agitación en la fortaleza. El comandante de la milicia y su guardia se dispusieron a presentarse a bordo. El barco recién anclado pertenecía sin duda a la flota española que esperaban y llegaba de avanzada, precediendo a las demás naves.

A vuestras órdenes.



Me gustaría hablar con el señor de Saint Prix.

8. Saludando al capitán, el coronel Montero dijo: “—Tengo orden de ponerme a vuestra disposición”. El Cormorán repuso: “—Dentro de pocas horas, aparecerá una escuadra enemiga que es preciso destruir”. Montero parecía desorientado. Por fin se atrevió a decir: “—No veo al señor de Saint Prix. ¿Dónde está?”

(CONTINUARA)

RINA LA HIJA del GONDOLERO



CAPITULO VI. —Rina va a París.

El pintor francés que había admirado tanto a la pequeña Rina pidió a Zani que lo condujera en su góndola a través de los canales.

—Deseo pintar un retrato de esta bella niña —dijo el pintor—, y necesito observar sus rasgos y sus expresiones.

—Pinte también a mi hermano Beppo, que es tan hermoso —suplicó la vivaracha Rina.

Durante una semana, el pintor hizo varios bosquejos de su pequeña modelo y también del apuesto Beppo.

Un día, mientras su lápiz corría sobre la cartulina, el pintor Voisin dijo a Zani:

RESUMEN: El gondolero de Venecia, Zani Zanizolo, encuentra en su embarcación una caja que contiene un bebé y un atado de billetes. Como ese mismo día ha muerto su hija menor, Rina, Zani decide adoptarla con el mismo nombre. Poco después, los niños Zanizolo visitan un palacio incendiado y se encuentran con una dama enlutada, que ha perdido a su bebé en el incendio. La acompaña un individuo de turbante, que trata de consolar a la infortunada madre. Han transcurrido ocho años y Rina es una linda rubia, muy inteligente y voluntariosa. Sus padres adoptivos la miman demasiado...

—Esta niñita es encantadora, pero nadie diría que es su hija. Sus cabellos son rubios como el oro. He conocido venecianas rubias, pero con procedimientos químicos. El tipo veneciano es moreno, como procede casi en su totalidad de razas orientales.

Al oír esto Zani alzó la cabeza y enrojeció. Las palabras del pintor despertaban en su alma terribles remordimientos. Remordimientos que el gondolero guardaba para sí mismo. Si trataba de explayarse con Luisa, su esposa, ésta lanzaba gritos despavoridos y le acusaba de querer asesinarla.

—Mala peste, bandido, miserable —decíale Luisa—. Si tratas de buscar a los padres de mi Rina, me mataré. . .



El gran pintor francés bosquejaba a la linda Rina.

Sin embargo, los razonamientos de Zani eran muy simples: "Un hombre verdaderamente honrado no habría procedido como yo. Habría comunicado el suceso a la policía, habría removido cielo y tierra para descubrir a los padres de la criatura".

—Porque —añadía Zani— seguramente no fueron los progenitores de la criatura los que la dejaron en mi góndola. Hay gente desgraciada que abandona a sus hijos por carecer de medios para alimentarlos. Pero éste no era el caso. La niña venía bien vestida y con dinero. Se trataba, pues, de un rapto. . .

—Calla, Zani —murmuraba Luisa.

Entonces el gondolero se iba a su trabajo y continuaba rumiando sus pesares.

—Rina no debería sufrir pobreza —decíase Zani—. Rina es diferente a los hijos míos.

Por eso cuando el pintor Voisin expresó su extrañeza con respecto al origen de la niña que retrataba, Zanizolo se ruborizó y muy turbado murmuró:

—Tuvimos una abuela rubia... Tal vez la niña lo hereda de ella. Pero ya el pintor no se preocupaba del gondolero y prometía a Rina volver todos los días en busca de ella para hacer nuevos bosquejos.

—Y mientras me retrata me contará historias de otros países y me enseñará el francés —decía la vivaracha Rina—. A mí me gusta estudiar y saber de todo... ¿Y le digo otra cosa, señor pintor? Me gustan los vestidos bonitos y las joyas y los palacios...

Zani escuchaba las palabras de Rina y murmuraba:

—Sin duda, la niña iba a ser una princesa...

En aquel año el carnaval en Venecia tendría mayor repercusión artística y deportiva, por los grandes concursos que se desarrollarían en esta ciudad acuática, tan bien llamada la Perla del Adriático. Entre estos torneos mundiales había dos que interesaban directamente a Zani y a su hijo mayor Beppo.

—Beppo —dijo Zani a su hijo—; debo decirte que Rina no es tu hermana.



Primero: un concurso de velocidad en góndolas por el Gran Canal, y segundo: un concurso de canto, reservado nada más que para los gondoleros, en el Casino del Lido, la célebre playa de Venecia.

Zani y Beppo se habían inscrito en el de canto, pero Zani no pudo concurrir al de regatas por reumatismo en una pierna.

Los premios en ambos concursos consistían en

un viaje a París, con todos los gastos pagados, una comida de gala en el Bosque de Boulogne, seguida de una fiesta veneciana, con grandes artistas parisienses.

A Zani Zanizolo no le entusiasmaba mucho el viaje, porque nunca había salido de sus lagunas, pero Beppo soñaba con salir a tierras extrañas y se ejercitaba noche y día en el manejo de su góndola.

Rina le envalentonaba con la vivacidad de su impetuoso carácter.

—Bravo, bravo, Beppo —decíale la niña mientras corrían en la em-

Rina animaba la carrera de gondoleros y aplaudía a Beppo.



barcación—. Tienes que ganar en las regatas y papá en las canciones. Los tres iremos a París. Mi pintor dice que no hay nada más bello en el mundo que París. . . Yo quiero ir también. Mi pintor dice que ya puedo hablar bien francés y también sé algunas canciones. Dice también mi pintor, que yo soy bonita y que va a presentar mi retrato en un salón.

—Qué coqueta eres —dijo sonriendo Beppo.

—Mi pintor dice que no importa que tenga un ojo azul y otro ver-

de —prosiguió Rina—. Eso es muy interesante. Dìce también que me parezco a las niñas de Francia.

—Pero tú no eres francesa —indicó Beppo.

Zani Zanizolo al oír esta frase miró a su hijo de manera extraña.

—Ya es tiempo que informe a Beppo de la verdad —se dijo el viejo gondolero.

Por la tarde, Zani llamó a su hijo a solas y le refirió la historia de Rina.

—Si algún día me muero. —decía Zani—, es preciso que tú sepas que Rina no es tu hermana, Beppo, y que cometimos un gran error.

—Tú actuaste por bondad y no por interés, padre mío —respondió Beppo—. Ustedes querían consolarse de la pérdida de nuestra “bambina”. Pero has hecho bien en referirme esa historia, padre, porque no sabemos qué nos reserva el porvenir. . .

—Guarda el secreto, Beppo, y protege a Rina —murmuró Zani con doloroso acento—. Luisa no debe sospechar que te he hecho esta confidencia.

Llegó el día de los grandes concursos, y toda la familia Zanizolo se dirigió a la explanada del Gran Canal a presenciar las carreras de góndolas y los certámenes de canciones venecianas.

Luisa y todos sus hijos habían vestido sus mejores galas y como siempre, Rina, la REINITA, como la llamaban todos, era la más elegante.

Al paso de los gondoleros todo el mundo gritaba animando a los concursantes. La voz aguda de Rina se escuchaba entre la multitud, gritando a Beppo, que iba de los primeros en la carrera.

Por fin, al llegar a la meta fijada, Beppo se desprendió del grupo de góndolas que le seguían y las aventajó a todas por más de un metro de distancia.

El viaje de Beppo a París estaba asegurado.

Tocó entonces el turno a los cantantes que acudieron al Casino del Lido. Zani Zanizolo obtuvo el primer premio y Beppo el tercero.

Este concurso había sido emocionante. Los gondoleros subían uno a uno al estrado y dejaban oír sus plañideras o armoniosas canciones, tal como las dejaban oír cuando circulaban en sus góndolas en noches de luna o en días de sol.

Cuando Rina oyó que proclamaban vencedor a su padre gritó desde su sitio:

—Papá, papá, llévame también a mí a París.

En ese momento, se levantó de su asiento un individuo que subió a la tarima de los organizadores del concurso y habló con ellos en secreto.

Inmediatamente un locutor anunció por el micrófono:

—Tenemos el placer de anunciarles que el famoso pintor Emilio Voisin ofrece un viaje a París a la señorita Rina Zanizolo, hija y hermana de los triunfadores, en reconocimiento por haberle servido de modelo. Señoras, señores, tenemos el agrado de presentarles



a la señorita Rina, quien tendrá la bondad de subir al estrado. De dos saltos, la graciosa niña trepó al entarimado, con un desplante de artista consumada.

Ya en medio del proscenio, la linda rubia hizo una reverencia de corte al numeroso público que la aclamaba.

Luisa Zanizolo, desde su rincón, lloraba.

(CONTINUARA)

Ponchito



¡ VOY A REPARTIR
LAS NOTAS !



¡ TU LIBRETA,
PONCHITO !



... CONDUCTA CERO,
CASTELLANO UNO...



... HISTORIA UNO,
GEOGRAFIA CERO...



Por nato



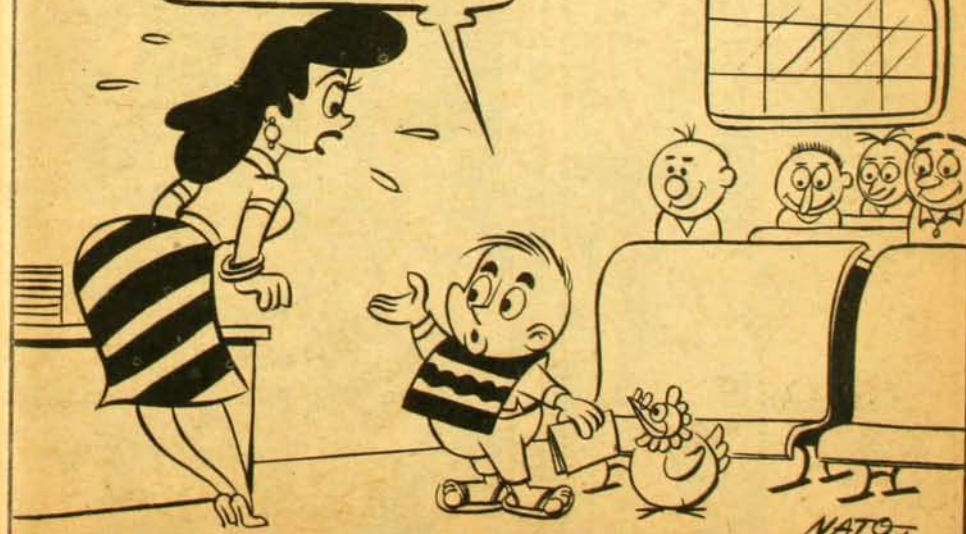
... ¡SEÑORITA PROFESORA,
NO ES POR ASUSTARLA
PERO...



... EN MI CASA ME
ADVIRTIERON QUE SI
LLEVABA MALAS NOTAS...



... ALGUIEN IBA A PASARLO
MUY MAL !



NATO

El Príncipe Valiente

CAPITULO XXIV —El último rastro.

Las burlonas palabras del príncipe Arn y la alegre insolencia que destellaba en sus azules

ojos, no enfurecieron al rey Sligon.

—Idos los dos antes de que me matéis con vuestra charla... ¡Locos! —dijo el solitario tirano cuando Val y Arn se retiraron—. ¡Locos gloriosos y valientes!

Los dos amigos trasponían ya las puertas para continuar la búsqueda de la doncella Ilene; un mensajero de Sligon les alcanzó.

—Tomad aquella embarcación y dirigíos a la desembocadura del río. Allí encontraréis la aldea de Tagnar.

Rápidamente se deslizaron corriente abajo. Al llegar a la población, los aldeanos declararon:

—Tagnar no regresó de su incursión a las costas británicas.

Esta noticia abatió por completo a los donceles, quienes, sin embargo, continuaron buscando por la costa en dirección al sur. Al fin hallaron un día los restos de un barco. Por el mascarón de proa reconocieron el de Tagnar. Después de explorar entre los maderos astillados, encontraron como prueba concluyente el casco adornado de cuernos que perteneciera al pirata nórdico.

Luego descubrieron lo que más temían encontrar: un prendedor enjoyado. Era de Ilene.

Desde ese momento comprendieron los dos desdichados príncipes que no quedaban esperanzas. La tempestad que amenazó a su propia nave, había vencido la destreza marina de los piratas, e Ilene pereció con todos ellos. Su cabello rubio y sus ojos sonrientes no existían ya en este mundo. Val se culpó a sí mismo por haberla dejado con Tagnar cuando bien pudo haberse quedado a morir con ella. Nítidamente recordó una vez más le desventura que le predijera la

bruja de los pantanos.

El príncipe Arn también estaba dominado por la tristeza. Juntos reunieron gran cantidad de rocas y sobre una elevación del terreno que se hallaba próxima a los restos de la nave, construyeron un monumento a la memoria de la hermosa doncella que ambos amaron. Después, con el corazón sangrante y el cerebro turbado por la pena, marcharon por la costa en dirección al oeste.

Un día tormentoso llegaron a las márgenes de un río. Estaban recogiendo maderos para construir una balsa cuando Val gritó de pronto:

—¡Mira! El viento y las olas precipitan aquella nave hacia los arrecifes. No ven la boca del río, por donde podrían entrar sin peligro.



El príncipe Arn habló con arrogancia al temible tirano Sligon.

Después de indicar a Arn que encendiera una fogata para atraer la atención de los navegantes, Val se desciñó la cota de mallas y nadó hasta la orilla opuesta.

El fuego ardía ya. Val y Arn, en ambas riberas, agitaron sus capas y gritaron a toda voz.

Quiso la suerte que los marineros vieran a tiempo sus señales y los dos amigos pudieron guiar la nave hacia la desembocadura del río. —Mira, Arn, son los Caballeros de la Mesa Redonda, Sir Kay, Percival, Negart, Tristán y Héctor.

El navío, ya flotando en aguas más calmadas, soltó anclas y poco después arribó a la costa una barca. Al subir a cubierta, los príncipes fueron acogidos con grandes señales de alegría. Más tarde, el otro alegre Val relató los detalles de su desesperada búsqueda, su doloroso final y el penoso regreso. Cuando terminó su narración, todos expresaron su dolor por el triste destino de Ilene y la desesperación de Arn y Val. Sir Héctor dijo:

—Quizás alivie un poco vuestra pena saber que el rey Arturo ha expulsado a los anglos hacia la costa. Ahora vamos a Britania, en busca de Sir Lancelote, para que asista al torneo más grande de la historia.

Cuando al fin la tempestad amainó, la nave, que tanto se alejara de su ruta, levó anclas. Impulsada por el viento, navegó por la costa de Galia y Britania y entró al fin en el puerto que se hallaba a la sombra del vetusto castillo del rey Bors, padre de Lancelote.

Pero Arn y Val no deseaban compartir la alegría que reinó aquella noche en el castillo. Lancelote los encontró paseando solitarios por los jardines y les dijo con acento de comprensión y simpatía:

Por el mascarón de proa, Arn y Val reconocieron la nave de Tagnar.



Hallaron lo que más temían: un prendedor enojado que perteneció a Ilene.





La nave se dirigía hacia los peligrosos arrecifes.

—No lloréis por Ilene. El destino le ahorró mucha desdicha, pues de haberla hallado cualquiera de vosotros, tendríais que haber luchado a muerte por su mano. El vencedor habría vivido sabiendo que su esposa la ganó a costa de la vida de su amigo y la gentil Ilene sería la mujer de un asesino y por siempre se habría considerado responsable de tal desgracia.

Las sabias palabras de Lancelote surtieron efecto.

—El caballero tiene razón, Arn —expresó Val—: nuestra aventura estaba destinada a terminar en tragedia para Ilene y para nosotros. Al amanecer partió el majestuoso navío adornado con el águila real. Después de atravesar el estrecho de Solent, los viajeros desembarcaron para iniciar la marcha hacia Camelot, entre risas y canciones. Al llegar a una encrucijada, Arn descabalgó. Lo mismo hizo Val. El primero dijo:

—Aquí debo desviarme para ir al reino de mi padre. A tu cuidado queda la espada Cantadora para que la uses defendiendo la causa del buen rey Arturo.

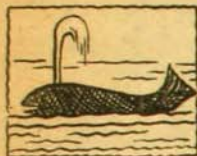
Los dos amigos se estrecharon la mano en silencio para separarse luego.

(CONTINUARA)

¡MEDIÓ MILLON DE PESOS!

¡A prepararse, niños, para el GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD! "SIMBAD" repartirá entre sus lectores muchos y valiosísimos regalos que harán la felicidad de todos los niños de Chile: bicicletas, radios, planchas eléctricas, pelotas de fútbol, juguetes, etc. Son algunos de los premios que repartiremos gratuitamente para la próxima Navidad. ¡Junta los cupones y canjéalos cuando llegue el momento oportuno!

¿Cuál es la respuesta?



Contesta esta pregunta: ¿APROXIMADAMENTE CUANTO TIEMPO PUEDEN ESTAR SUMERGIDAS LAS BALLENAS?

¿1 hora, 10 horas ó 20 minutos?

Entre estas soluciones, se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 362: EL CANGURO ES ORIGINARIO DE OCEANIA.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: **CON CINCUENTA PESOS:** Sonia Cerezo, San Fernando; Hugo Cañete Garrido, Rengo; Alejandro Bascur, Valparaíso; Emma Tamayo, Santiago; Clara Szczaranski, Santiago; Sergio Mella, Temuco; Mercedes Figueroa, Angol; Luis Muñoz, Santiago; Sonia Puga, Santiago; María Pablos, Quillota; **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:** Eliana Ochoa, Temuco; Florisa Díaz, Limache; José Danico, San Miguel; Alberto Moraga, Santiago; Carlos Castilla, Chillán; Delfa Sanhueza, Loreto; **UN ALBUM PARA COLOREAR:** Carlos Sagredo, Santiago; Myriam Uriarte, Rencre; Patricio Aguilera, Santiago; Ruth Ramírez, Concepción; Cecilia Pellegrini, Valparaíso; Manuel Benavides, Santiago; Gustavo Roa, Los Angeles; Ruth Rousseau, Rengo; Héctor Paz, Lebu; Ida Zeballos, Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

"SIMBAD" N.º 364.

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★ \$ 500.000.- ★

**EN VALIOSOS REGALOS REPARA-
TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-
MEROSOS LECTORES PARA LA
NAVIDAD PROXIMA.**

**BICICLETAS, RADIOS, LAPICE-
RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES
A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-
TOS, LAPICES AUTOMATICOS,
PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS
EN DINERO, etc.**



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

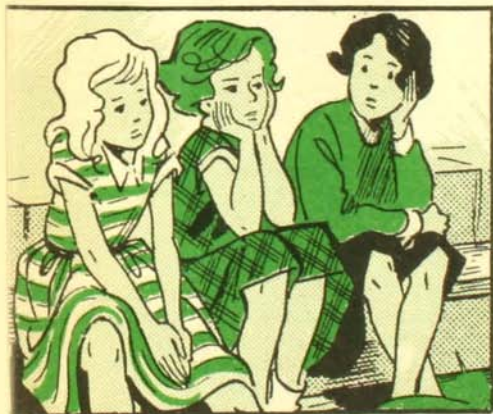
**CUPON N.º 1 — SERIE N.º 4
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 1 — SERIE N.º 4
22 de agosto de 1956.**



Betty en el colegio



2. Betty cayó estrepitosamente al suelo, mientras sus observadoras huían aterrorizadas por la aparición de los roedores. En esta forma terminó el sonambulismo de Betty. Al día siguiente la profesora de geografía reunió a sus alumnas: “Iremos a la gruta de Galibar para estudiar las capas terrestres”.



3. “—¡Qué aburrido! —se quejaban después las niñas—. Ir a una caverna para que nos enseñen cosas difíciles sobre la época cuaternaria. Si encontráramos siquiera un mastodonte o un mamut.” Betty se levantó de un salto, diciendo: “—Tengo una idea. En el museo del colegio hay unos huesos prehistóricos. Oigan mi plan”.

(CONTINUARA)

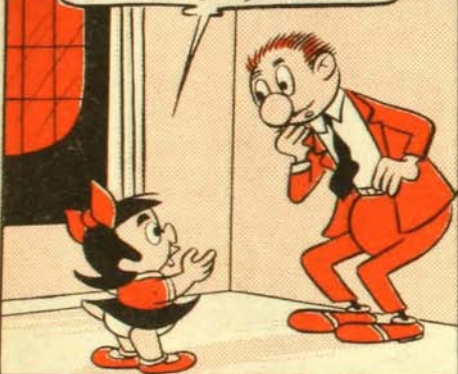
¡PELUSITA, RECUERDA SIEMPRE
LO QUE TE ESTOY DICIENDO!



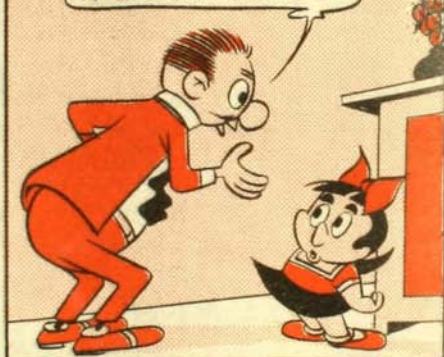
¡NUNCA LE CONTESTES A
UNA PERSONA MAYOR!



¿POR QUÉ, PAPI?



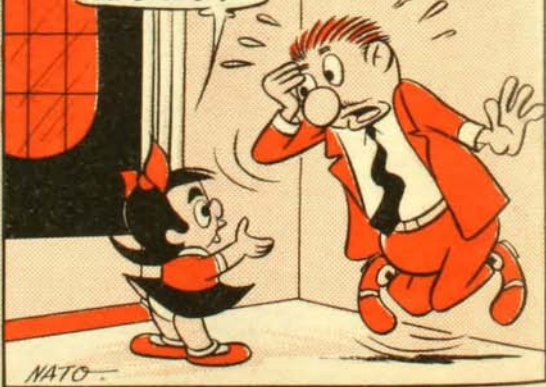
¡PORQUE HAY QUE RESPETAR
A LOS MAYORES!



¿Y COMO MAMA QUE TIENE
DIEZ AÑOS MENOS QUE TÚ...



...TE CONTESTA TODO LO QUE
LE DICES?

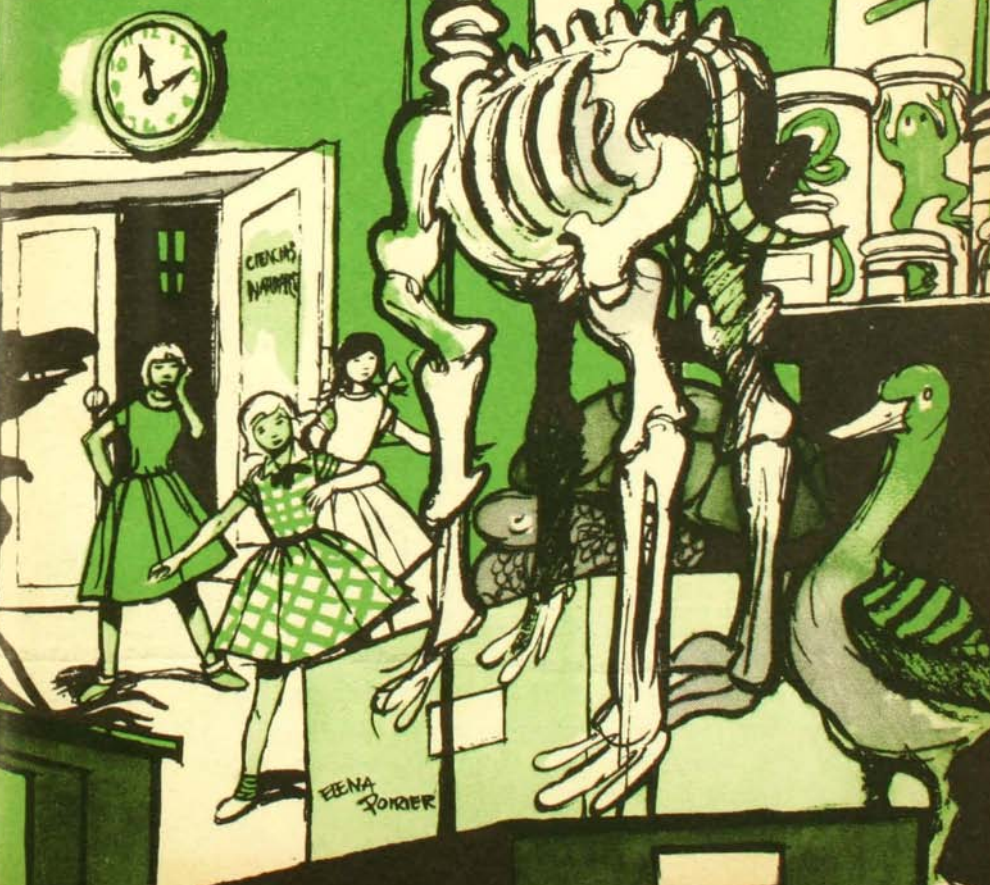


Simbad

N.º 365

BETTY EN EL COLEGIO

\$ 20.-





Betty en el colegio



CAPÍTULO XI.—REVIVE LA EDAD DE PIEDRA

1. Las alumnas del internado Santa Teresa irían a la gruta de Galibar a estudiar geología. Esta idea las aburría soberanamente, pero Betty propuso un plan: "—En el museo del colegio he visto unos huesos grandes. Nos servirán para fabricar un animal prehistórico que asombrará a los científicos".



2. Se dirigieron en seguida a la biblioteca para saber qué forma tenían los animales antediluvianos. "—Mira, éste es un estegosaurio, y éste, un iguanodonte. ¿Cuál prefieres?" Luego de contemplar con inmensos ojos aquellos reptiles, Betty invitó a sus amigas Martina y Sofia: "—Vengan conmigo".

(Continúa en la penúltima página.)

Bobbie

CAPITULO VI.— *Pies de Venado salva a Bobbie del suplicio*

El espanto de Daniel Drake al ver a Bobbie atado a un árbol no tuvo límites.

Aguila Negra, rodeado de sus guerreros, se preparaba a ultimar a flechazos a la hija de Joven Búfalo.

Entretanto, Lobito, al divisar a su ama, corrió a su lado, ladrando de alegría.

Los indios vieron aparecer al mismo tiempo a Daniel Drake.

—Bandido —gritó el



Aguila Negra había atado a un árbol a la hija de Joven Búfalo.

Año VII - 29-VIII-1956 - N.º 365

Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).

Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.

Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.

Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

trapero, encarándose con Aguila Negra—; te doy cinco minutos para que pongas en libertad al muchacho.

—El niño blanco ha cometido una ofensa contra los sioux —replicó Aguila Negra—, y tendrá que ser castigado.

—Atrévete a poner las manos sobre Bobbie —vociferó el trapero—, y responderás con tu cabeza.

Daniel Dracke levantó el revólver.

—¡Cuidado, tío! —le gritó Bobbie.

Un indio que estaba a su espalda le botó el arma con un golpe de mazo.

Media docena de pieles rojas cayeron sobre Daniel Dracke y le arrojaron por tierra. Pero el protector de Bobbie se defendía y daba furiosos golpes a sus agresores.

—Estoy en el primer round —dijo el trapero, arrojando lejos a un piel roja, cuya mandíbula sangraba por el fuerte bofetón que le propinó Dracke.

Desgraciadamente el trapero carecía de armas.

—Aguila Negra —dijo entonces Daniel al jefe de los sioux—, luchemos de hombre a hombre. Quiero pisotear tus plumas y arrastrarte como a una serpiente.

Los ojos de Aguila Negra chispearon con una mirada de odio. Se había dado cuenta de la destreza del trapero y no deseaba entrar en una lucha cuerpo a cuerpo. Daniel le acometió dándole una feroz bofetada en el pecho. El astuto indio cogió a Dracke de una pierna, pero antes de colocar su espalda en el suelo, Dracke le abrazó fuertemente con un apretón que le hizo crujir los huesos. Continuó el combate hasta que un indio dio al trapero un golpe de mazo a traición.

—Ahora morirá el hombre blanco y el chiquillo también —dijo triunfante Aguila Negra.

—Paz, paz —gritó una voz juvenil.

La silueta fina y esbelta de Pies de Venado se destacaba a la entrada del campamento.

—¡Paz, oh gran jefe! —repitió Pies de Venado, acercándose a su padre—. El gran jefe de los sioux debe estar en paz con el trapero...

—¿Cómo te atreves a intervenir en los designios de tu jefe? —gritó Aguila Negra—. Yo debo ejecutar mi venganza.

—No es venganza la que debes ejecutar, ¡oh jefe! —declaró Pies de Venado—. Debes más bien agradecer a ese muchacho blanco.

—Habla, Pies de Venado —concedió Aguila Negra—, y si no es buena la causa que defiendes, te castigaré duramente.

—El niño blanco es inocente de todo mal —declaró Pies de Venado.

—Se robó a Flecha Veloz —exclamó Aguila Negra.

—No, padre —dijo el indiecito—. Bobbie salvó a Flecha Veloz de los lobos. Estaba perdido en el bosque y el indio blanco lo traía a este reducto, cuando lo perseguían los lobos. Para salvarse, Bobbie trepó a los árboles y después atravesó el río con Flecha Veloz.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —preguntó Aguila Negra a su hijo.

—Los lobos me persiguieron a mí también y como andaba sin armas no pude volver al campamento. Pies de Venado ha dicho la verdad.

—Pies de Venado —murmuró Daniel Drake—, aunque indio, eres bueno. Y ahora, ¿qué dices tú, Aguila Negra?

—Es una suerte que Pies de Venado haya llegado a tiempo —respondió Aguila Negra—. Guerreros, desaten al muchacho blanco.

Un indio golpeó con
un mazo al trapero
Aguila Negra.



Pero ya se había avanzado el trapero Dracke y con su navaja cortaba las ligaduras que ataban a Bobbie.

—Tío, Pies de Venado me ha salvado la vida —balbuceó la hija de Joven Búfalo.

—Salgamos pronto de este nido de víboras —refunfuñó Daniel Dracke—. Nada bueno puede esperarse de estos salvajes.

Y recogiendo sus armas, el trapero se alejó con Bobbie.

Tres días después, Dracke volvió a reanudar sus misteriosos viajes, dejando a Bobbie sin más compañía que el Lobito. La niña se entretenía pescando en el río o cazando conejos.

Una tarde regresaba a su cabaña y grande fue su sorpresa al ver que la puerta estaba abierta.

Bobbie atravesó corriendo la salita y vio también entornada la puerta del dormitorio.

Inclinado sobre el baúl, estaba el piel roja Aguila Negra.

—¿Qué hace en casa ajena el jefe Aguila Negra? —preguntó muy enfadada.

La niña dio una mirada al baúl donde guardaba sus vestidos de mujer y una terrible inquietud turbó su espíritu.

—Aguila Negra venía a visitar al niño blanco a quien juzgó mal el otro día —replicó el piel roja.

—Vuelva cuando mi tío Daniel esté en casa —dijo Bobbie.

—El niño blanco es inocente —gritó Pies de Venado.



—En mi tribu, cuando se ejecuta algún acto bueno —expresó Aguila Negra—, se ofrece una recompensa.

—Si se refiere a mí, Aguila Negra, no la necesito —indicó altivamente, Bobbie.

—La recompensa que yo le traigo —dijo Aguila Negra— es de gran valor. Es una pluma roja que sólo se concede a los guerreros. Recíbala el niño blanco para que todos conozcan su valentía.

Bobbie no se atrevió a rechazar el obsequio de Aguila Negra y colocó la pluma roja en su gorrito de piel.

El jefe de los sioux, sin agregar una palabra más, salió de la cabaña.

“¿Habrá sospechado algo? —se dijo Bobbie con angustia—. El indio estaba registrando mi baúl... Es preciso que yo oculte estos vestidos de mujer donde no los pueda descubrir mi mortal enemigo. ¿Dónde los llevaré? Hay muchas cuevas a la orilla del río.”

(CONTINUARA)

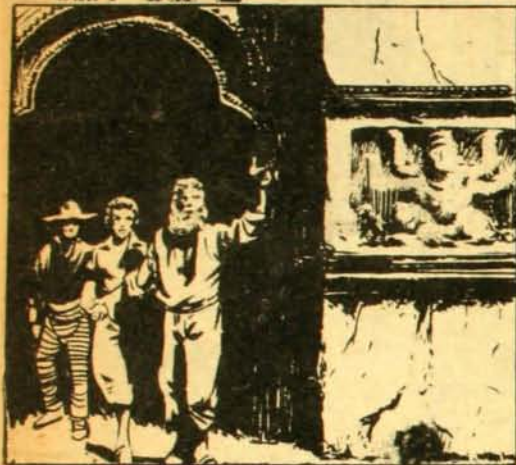


Bobbie descubrió a Aguila Negra registrando su baúl.



EL TEMPLO DE

CAPITULO XII Y FINAL.—LA DERROTA



1. El cazador Lince Blanco había vencido al contrabandista Welles. El templo de Rawang Djar, nido de malhechores, veíase ahora desierto. Pero Zeldar, lugarteniente de Welles, no estaba vencido y decidió vengarse de Lince Blanco antes de huir. Un puñal en cuya empuñadura veíase un Buda verde, relampagueó en su mano.



2. El malvado se ocultaba entre las ruinas y creyó que nadie lo vería. Pero Doris Wayn gritó aterrada: “—¡Cuidado, Lince Blanco!” El cazador saltó ágilmente hacia un costado. Por desgracia, el sabio Wayn no alcanzó a desviarse y el arma se clavó en su corazón. “—¡Doris! —musitó—. Mi hija... Señor Redan, vele por ella...”

RAWANG-DJAR

DEL BUDA VERDE.



3. Gori había hecho fuego contra Zeldar y éste se abatió para siempre. De su mano crispada se deslizó el puñal con la figura del Buda verde, último signo de la peligrosa banda. Con suave gesto, Redan levantó a Doris, que estaba arrodillada junto al cuerpo inerte de su padre y murmuró: “—No estás sola, Doris.”



4. Wayn había adivinado el secreto del joven periodista. El amaba a Doris. La mantuvo abrazada hasta que la niña cesó de llorar. Chambers dijo a Lince Blanco: “—Ahora sólo nos resta enviar un aviso a las autoridades birmanas para que envíen un destacamento.” Horas más tarde aparecía un helicóptero en el cielo.



EL TEMPLO DE



5. Bajo vigilancia militar, las armas de contrabando fueron sacadas del templo. Chambers murmuró: "—Ahora el santuario volverá a su quietud milenaria. En el silencio y la soledad, estudiaremos sus ruinas y sus ídolos. Más tarde vendrán monjes budistas a habitarlo y se olvidará a los malvados hombres que lo ocupaban."



6. En el helicóptero, no sólo se transportó armamento, sino también prisioneros. Los secuaces de Welles, ocultos en la jungla, fueron descubiertos y llevados a prisión. Antes de retirarse, el capitán de las fuerzas birmanas agradeció a Lince Blanco la captura de la banda y el rescate de las armas.

RAWANG-DJAR



7. Los días siguientes fueron apacibles y venturosos. Chambers se extasiaba con el estudio de las ruinas. Lince Blanco y Gori perseguían la caza en la selva. Jaime Redan y Doris soñaban con su futura felicidad. El templo recobró su paz, mientras la negra leyenda de la maldición de Rawang Djar desaparecía.



8. Por fin, los sobrevivientes de la expedición Chambers abandonaron el templo. Habían cumplido su misión y cada cual retornaba a su vida habitual. Lince Blanco y Gori buscarían nuevas aventuras. Gori suspiró: "—Volvamos al Africa. Prefiero la caza de tigres a la persecución de contrabandistas."

ROSITA CRUSOE

CAPITULO XXVIII.—*Ugani descubre otra huella.*

Rosita Crusoe depositó en el río el pequeño velero que le fabricó Lani. A bordo colocó uno de sus rizos de oro. El barquito navegaba airosamente y se alejó por las rápidas ondas. A cierta distancia, río abajo, el nativo Ugani vio el barco y sintió que su corazón latía con fuerza.

—Magia... Gran magia —susurró.

No se explicaba la existencia de un barco tan diminuto. Dominando su temor, entró al río para coger el velero. Entonces vio el cabello rubio esparcido en cubierta, como un cargamento de oro, y comprendió que ese barco no venía del mundo de la magia, sino que pertenecía a la odiada raza blanca.

—Sólo los extranjeros tienen el cabello de este color —dijo con un fulgor de odio en su mirada.

En seguida, emprendió veloz carrera a través de la jungla.

—Avisaré al hechicero Klio que los forasteros han desembarcado en la isla.

En su primera búsqueda, los isleños perdieron el rastro, gracias a un ardid de Julia Blair. La niña consiguió despistarlos, ayudada por el papagayo Polly. En aquella ocasión, el pueblo de la Reina Blanca se dispersó, creyendo que un árbol hablaba. En realidad, era Polly el que gritaba con voz chillona y aguda.

Pero ahora los isleños tenían otra prueba de la presencia de extraños y reanudarían la búsqueda.

Sin sospechar el peligro que las amenazaba, Julia y Lani se ocupaban de mejorar su vivienda del islote y de buscar distracciones para Rosita. Julia le construyó un columpio. Lani cavó para ella una laguna que se llenaba con el agua del río y tenía una barrera de lianas, a fin de que Rosita pudiera bañarse sin riesgos.

—Temo, sin embargo, que pueda sentirse aburrida. El islote es demasiado pequeño —reflexionó Julia—. Si pudiéramos llevarla a la



costa alguna vez. Pero ¿quién bajaría el puente si nadie queda aquí?

Julia era muy ingeniosa. Un día, cerca de la hoguera, vio quemarse lentamente una liana. Esto le dio una idea. Ató una liana a la sogá que sostenía la piedra que servía de lastre al puente. Encendió el extremo opuesto y aguardó, mientras Lani observaba intriga-

da sus movimientos. El fuego recorrió con gran lentitud el verde tallo y, al llegar a la sogá, la cortó. El puente, libre, cayó, quedando cruzado sobre el río.

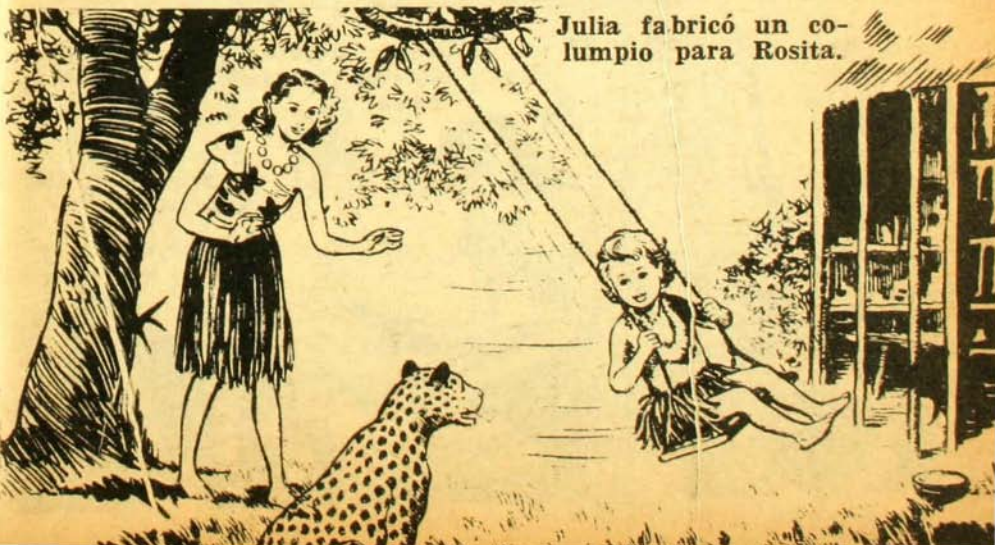
Lani, atónita, no pronunció palabra. Julia le explicó:

—No es magia, Lunes. Al abandonar el islote, dejaremos encendida la liana. Calculando el tiempo que se demora en alcanzar el soporte, regresaremos luego de vagar por la selva. Como ves, no tendremos que preocuparnos del puente. Bajaré solo, para las tres princesas del castillo. Lástima que no tengamos un reloj.

—Lani puede hacer uno —ofreció la joven morena.

—¿Cómo? —exclamó Julia, asombrada—. Esta vez eres tú quien me sorprende. No me digas que lo harás por medios mágicos.

Ugani miraba con supersticioso temor el pequeño velero.



Julia fabricó un colupio para Rosita.



Rosita se bañaba feliz en su laguna.

En media hora se consumió la verde sogá. Las amigas buscaron entonces una cáscara más grande, que marcara ese tiempo.

Llevando el reloj de arena, los habitantes del islote salieron todos juntos por primera vez desde que se habían refugiado allí. Rosita cantaba de alegría. Katzi gruñía satisfecho. Polly, revoloteando sobre las cabezas de sus dueñas, gritaba:

—¡Todos a los botes!

Rosita dijo:

—Quizás encontremos a los negritos. Juguemos con ellos, ¿verdad? Julia y Lani habían ocultado siempre a Rosita que estaban en una

Lani, riendo, le mostró una cáscara de coco. Había practicado en el centro un pequeño orificio. Llenó de arena la corteza y la arena se escurrió lentamente.

—Marca el tiempo de cocer un huevo duro —explicó Lani con sencillez.

—Cinco minutos —declaró Julia—. Querida Lunes, has inventado el reloj de arena. Veamos cuánto tarda en quemarse la liana.



lia ató la liana a la sogá.



En seguida, acercó una antorcha a la liana.

tierra hostil, rodeadas de enemigos. No querían turbar su inocente alegría. Si encontraban a los nativos, de seguro que ellos no estarían dispuestos a jugar con Rosita, ni con Katzi, ni con el parlanchín Polly. Eran, sin duda, un pueblo huraño, quizás cruel. Además, recordaban con odio al capitán Jed, que les robó la estatua de Ma-Zara, con la corona de oro y piedras preciosas.



No. Los isleños no tenían motivos para ser amistosos.

—¿Los encontraremos o se esconden? —insistió Rosita, advirtiendo que nadie le había contestado.

—Tal vez se esconden —murmuró Julia—. Tenemos que dejarlos tranquilos, Rosita. Y, si los ves, guarda silencio. No les agrada que los descubramos, cuando ellos no han logrado encontrarnos.

—Es verdad —asintió la rubia niña, con un gesto comprensivo—. No les gustará que nosotros seamos más inteligentes.

(CONTINUARA)



Todos los habitantes del islote se dispusieron a salir.

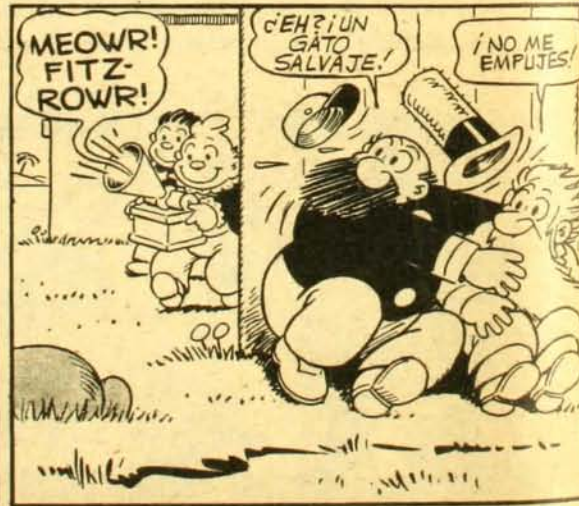


LOS NIETOS

DEL TIO TOM



1. El capitán Escotilla y el inspector se escondieron cuando la señora Tomasa los llamó para que fregaran el piso de la cocina. “—Esta señora es muy fregada —refunfuñaban—. Preferimos jugar a las escondidas.”



2. Tim y Tam descubrieron aquel juego y no les gustó. “—Nuestro deber de buenos hijos y de angelitos es ayudar a mamá”, decidieron ambos y partieron en busca de una victrola, colocando en ella un disco de un gato cantor.



3. Al oír aquellos rugidos, el capitán y el inspector huyeron, creyendo sentir ya en sus pantalones las garras del animal. “—El capitán Escotilla, barbas de escobilla, último —dijo Tam—. El inspector va primero y llega al árbol.”



4. Dejando la victrola entre unas matas para que siguiera asustando a los fugitivos, Tim y Tam volvieron a la casa y dijeron a la señora Tomasa: “—Mamy, ¿nos premias si te decimos dónde están el inspector y el capitán?”



LOS PIRATAS DEL CARIBE



CAPITULO XVI LA EMBOSCADA.



¿El señor de Saint Prix arrestado? ¡Qué osadía!



Es un traidor. Olvidadle.

1. El coronel Montero, que acudió a recibir al Cormorán, observó con extrañeza la ausencia del señor Saint Prix. “—¿Dónde está?”, indagó. “—Prisionero, en la cala de mi barco”, repuso el bucanero. “—¿Es posible? ¿Bajo arresto? Es un pariente del rey”, exclamó el coronel, con los ojos casi desorbitados de asombro.



¿Quién demonios comanda ese galeón? El barco es español, pero sus tripulantes no lo son.

2. Como en todos los puertos del Caribe, aventureros y piratas sin barco se agruparon en el muelle para ver la nave anclada. Entre esa multitud, el Cormorán distinguió a Jacobus, el barbero de Pointis. Gracias a su torpeza, el corsario había logrado huir cuando estaba atrapado en el palacio del gobernador.



¿Dónde se escondería ese endiablado barbero?



¿Quién vive?

3. Olvidando al abismado coronel, el Cormorán saltó al muelle. Pero el hombrecillo que afeitaba barbas y sabía crear un desorden de los mil demonios, había desaparecido entre el gentío. Montero, aún perplejo, regresó a la villa. Esa noche, el Cormorán montaba guardia, cuando percibió un leve silbido.



¡Chit!... Cormoran. Por favor, no alborotéis.

4. Un hombre avanzó cautelosamente en la penumbra. El Cormorán empuñaba su arma. Al reconocer al extraño, exclamó: “—Señor Jacobus, ¿qué hacéis aquí, por Belcebú?” El barbero susurró: “—Tengo que hablaros... a solas. Vamos a vuestra cabina. Es preciso huir de los oídos indiscretos. Mis noticias son graves.”



LOS PIRATAS



Si no andáis con pies de plomo...



...os hallaréis de pronto con una incómoda soga al cuello.

5. Cuando se hallaron en la cámara del capitán, Jacobus declaró: —Estáis en peligro, Cormorán. El marqués de Pointis envió un mensaje secreto a San Marcos. Se aliará con los españoles para "limpiar de corsarios el mar". Si no os retiráis a tiempo, quedaréis prisionero en una ratonera."



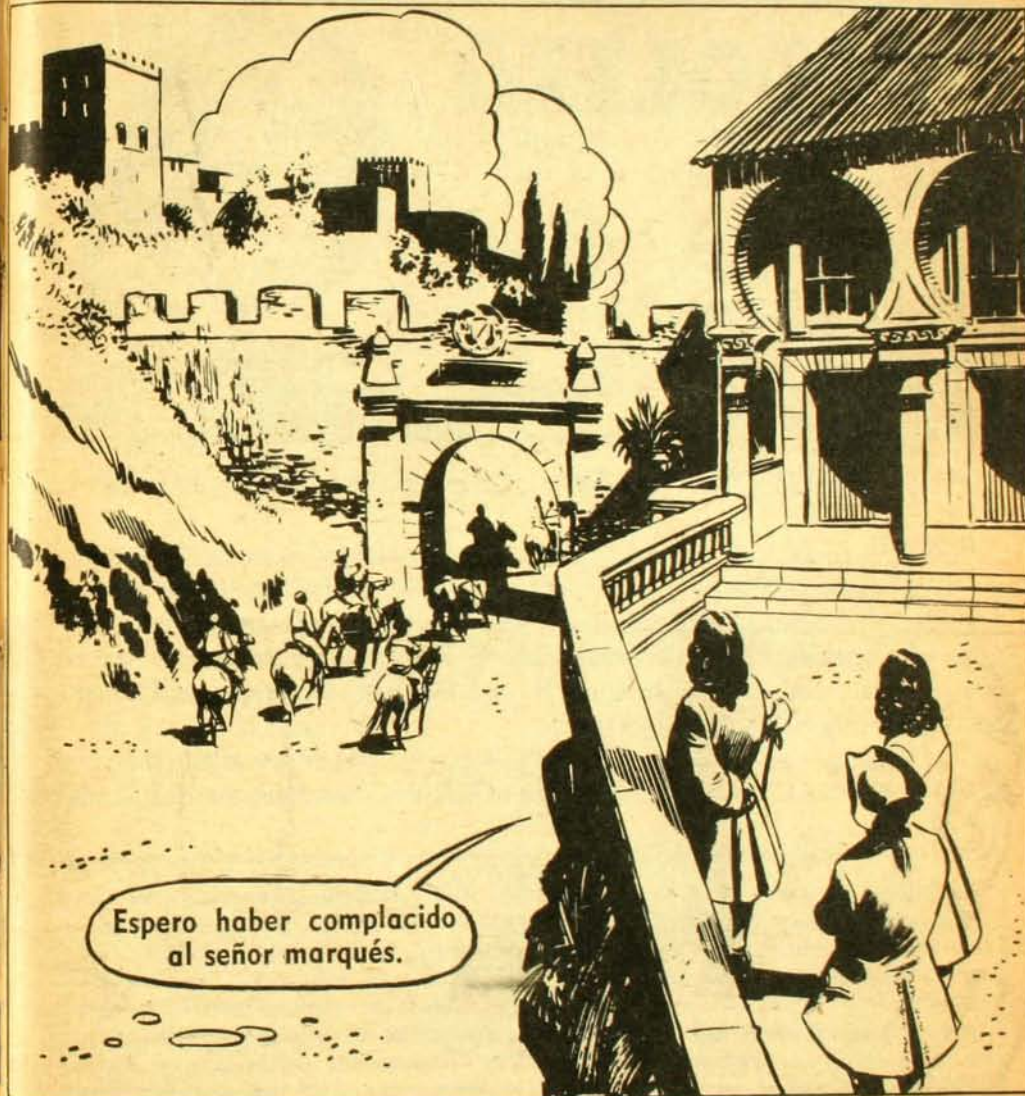
Nunca me he fiado del marqués, Jacobus.



No vayáis en la expedición que partirá hacia el Artibonito.

6. "—Pointis es un traidor. Olvida su propia raza para pactar con el enemigo... y salvar el oro que os ha robado —añadió Jacobus—. En el río Artibonito se ha preparado para vos una trampa mortal." El Cormorán sonrió fríamente: "—Quizás, Jacobus. Pero es posible que no sea yo quien caiga en ella."

DEL CARIBE

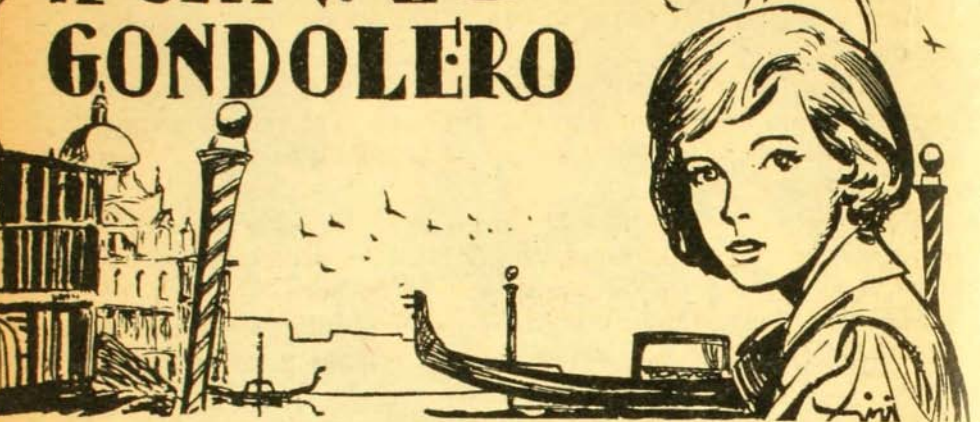


Espero haber complacido al señor marqués.

7. Al día siguiente, el Cormorán y los tripulantes del galeón "Doña Sol" se pusieron en camino hacia las riberas del río Artibonito. Desde la terraza, Montero les vio alejarse. Un gesto de satisfacción plegaba sus labios. Cumplía las órdenes del marqués de Pointis. Pero aún no se explicaba el arresto de Saint Prix.

(CONTINUARA)

RINA LA HIJA del GONDOLERO



CAPITULO VII.—*Rina triunfa por su belleza en París.*

Es de imaginarse la felicidad de Rina al efectuar sus preparativos para el viaje a París. Todos estaban alborozados en casa, menos Luisa, que lloraba incesantemente y declaraba que no podría dormir mientras la niña estuviera ausente. Fue preciso llamar al pintor Voisin para que la convenciera de que París no era una guarida de lobos ni un peligroso desierto.

—Mamina —murmuraba Rina—, Beppo y papá me cuidarán. No me hagas sufrir; yo quiero ir a París. Quiero ver bailarinas y artistas de cine.

RESUMEN: Un gondolero de Venecia, Zani Zanisoló, encuentra en su embarcación una caja que contiene un bebé y un legajo de billetes. Como ese mismo día ha muerto su hija menor, Rina, Zani decide adoptarla con el mismo nombre. Poco después los niños Zanizolo visitan un palacio incendiado y se encuentran con una dama enlutada que ha perdido a su bebé en el incendio. La acompaña un individuo de turbante, que trata de consolar a la infortunada madre. Han transcurrido ocho años, y Rina es una linda rubia, muy inteligente y voluntariosa. Sus padres adoptivos la miman demasiado. Un pintor francés escoge de modelo a Rina. Zani y Beppo han ganado en dos concursos de carnaval, y reciben por premio un viaje a París. El pintor Voisin ofrece pagar los gastos de viaje a su modelo Rina.

durante el largo viaje, la entusiasta Rina apenas durmió. Con su nariz pegada al vidrio del compartimiento del ferrocarril, observaba el bello panorama de las montañas alpinas y de los villorrios pintorescos. Sus reflexiones hacían reír a los viajeros y llenaban de orgullo a Zani y Beppo. Por todas partes la belleza de Rina causaba admiración.

Zani, sin declararlo, compartía los temores de Luisa. Si la niña era de origen francés, alguien podía reconocerla... Tal vez su propia madre se encontraría cara a cara con la rubia niña que tenía un ojo verde y el otro azul.

Pero nada de esto ocurrió a la llegada a París. Un agregado cultural de la embajada de Italia acudió a recibir a los premiados en los concursos venecianos, y les llevó a un excelente hotel.

Al día siguiente, Zani, Beppo y Rina fueron conducidos a un gran cabaret, donde almorzaron en compañía de artistas y les tomaron fotografías como a huéspedes ilustres.

Rina habló por radio en una audición infantil y cantó en francés: "AU CLAIR DE LA LUNE MON AMI PIERROT", con gran éxito.

Un fabricante de confites la retrató sentada sobre una pila de cajas de bombones y el dueño de una tienda de juguetes filmó una cinta con la linda rubia jugando a las muñecas. Los regalos se amontonaban en su habitación y ella se creía ya una heroína de cuentos de hadas.

En fin, el último día de esas felices jornadas parisienses, Rina concurrió a la fiesta veneciana en el bosque de Boulogne. El lago estaba engalanado con barquillas iluminadas, linternas y flores. Allí, Rina se encontraba en su elemento. Beppo y Zani, vestidos



Rina posó ante los
fotógrafos en una
fábrica de confites.

con sus trajes de gondoleros, debían cantar en esa fiesta, pero su timidez era grande y esquivaban las luces de los fotógrafos y las entrevistas de la prensa. En cambio, Rina iba de un lado a otro como una reinita.

De súbito, Zani y Beppo vieron acercarse a ellos a una señora vestida de negro que les tendía la mano, sonriendo.

Zani tuvo la impresión de haber visto antes a esa joven dama y trató de recordar.

—He venido a este festival —dijo la dama, en italiano—, porque siempre me ha gustado Venecia. Viví allí muchos años y para mí los gondoleros son mis amigos. Me acerqué a ustedes para que no se sientan solos en país extraño.

Entonces Zani la recordó.

—Señora, usted es... —balbuceó el gondolero.

—Soy Elena Galbert...

—Sí, sí —dijo Zanizolo—; la dueña del palacio que se incendió hace nueve años. Yo la paseé en mi góndola... Usted fue muy generosa con nosotros. Nos obsequió objetos que nos fueron muy útiles. Mi mujer la recuerda siempre por la cocina que le envió... La dama recordó también aquel suceso y su semblante palideció.

—Lo recuerdo —suspiró la señora Galbert—. Usted tenía muchos niños, todos muy hermosos. Yo quise ir a visitarles, pero...

—Pero ese hombre del turbante se lo impidió —expresó aturdidamente Beppo.

Elena Galbert sonrió con ironía.

—¡El hombre del turbante! —dijo Elena—. Cuán lejos está todo eso... Si alguna vez divisan a ese miserable individuo en Venecia no vacilen en entregarle a la policía. Es un peligroso aventurero. El codiciaba mi fortuna, quería separarme de mi familia e impedir que yo regresara a Francia al lado de mi hermano Jorge. Por suerte mi hermano fue a buscarme a Venecia, y me abrió los ojos. Cuando quiso hablar con el hombre del turbante, que decía llamarse Alyacasas, el bandido desapareció.

—¿Nunca lo encontraron? —preguntó Zanizolo.

—No perdimos el tiempo en buscarlo —respondió Elena Galbert—. Mi hermano y yo regresamos a París y nunca más volví a Venecia. Vivo aquí con mi hermano y mi cuñada, y me dedico a obras de beneficencia.

—Su palacio fue demolido —explicó Beppo—, y han construido ahí habitaciones modernas.

—De todas maneras —murmuró Elena, con lágrimas en los ojos—, yo no habría vivido en ese palacio... Ustedes están aquí como ganadores de grandes concursos y he visto sus fotografías en los diarios acompañados por una chiquita muy linda. ¿Dónde está ella? Zani y Beppo miraron a todos lados buscando a Rina para presentársela a la señora Galbert. Extrañados, inquietos y luego enloquecidos de angustia, comenzaron a gritar:

—Rina, Rina.

Zani y Beppo se encontraron en un festival con Elena Galbert.



En medio del lago, sobre un escenario improvisado, un grupo de bailarinas atraían a la multitud. La ruidosa orquesta apagaba los angustiosos llamados de los gondoleros de Venecia.

—Rina, Rina —gemían Zani y Beppo.

Ignorando de qué se trataba, los espectadores les hacían callar. Zani y Beppo corrían cada uno por su lado y alertaban a los guardianes del orden. Desgraciadamente, los agentes no comprendían el italiano...



Al evocar tristes recuerdos, Elena Galbert derramó lágrimas.

Elena Galbert intentó seguirles, pero no pudo atravesar la multitud y optó por volver junto a su hermano Jorge.

Entretanto, Beppo había llegado a orillas del lago. Su corazón latía con fuerza, pensando en que Rina hubiera desaparecido para siempre.

Cuánto sufriría su madre si regresaban sin la idolatrada hija. No, no era posible tan horrible desgracia.

Beppo recordaba haber leído novelas y periódicos que narraban los raptos de niños.

“Ya una vez fue raptada y colocada en la góndola de mi padre — pensaba Beppo—. Rina es demasiado linda... La han robado... Pobre de nosotros. Mamá nos matará si regresamos sin ella.”

Beppo temblaba de espanto y su rostro estaba pálido.

Después pensó que Rina se habría caído al lago... La niña era imprudente, nunca tenía miedo. Beppo extendió su vista hacia las barquillas iluminadas e inmóviles. Sólo una de esas embarcaciones se deslizaba por el agua.

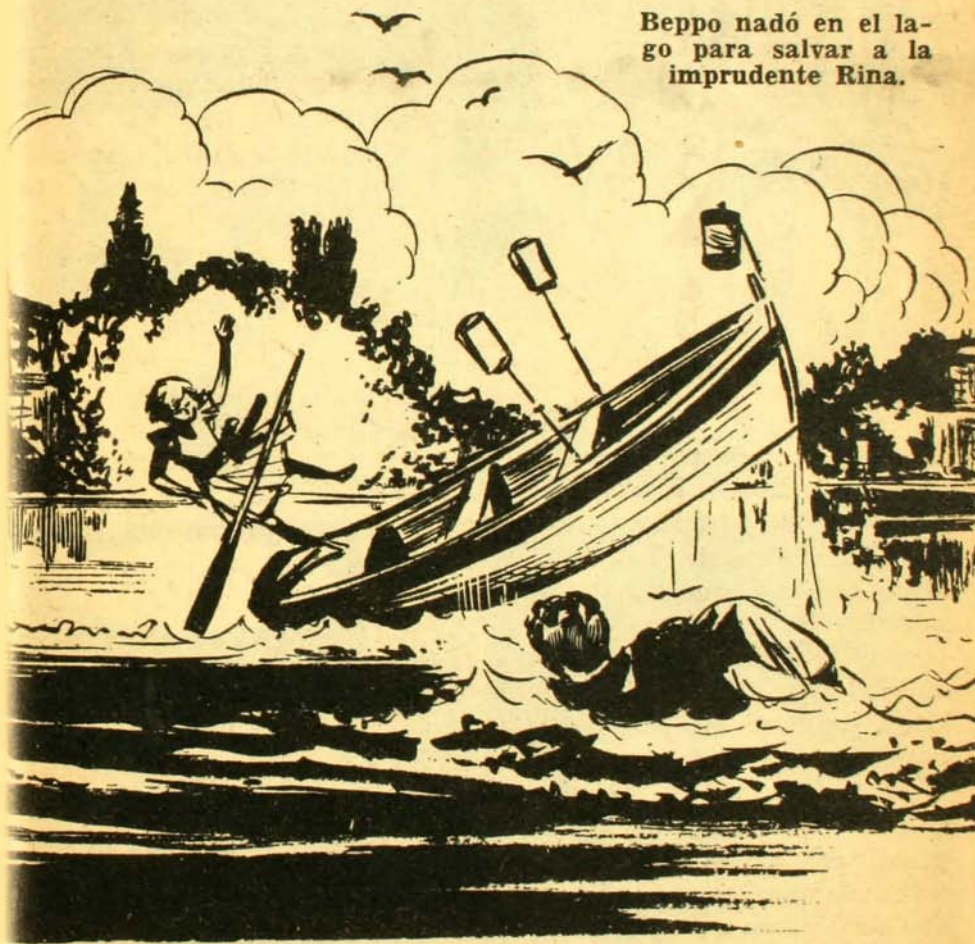
La barquilla no avanzaba maniobrada con dos remos, sino a la manera de las góndolas venecianas, con un remo vertical y desde la popa.

Beppo siguió avanzando hasta la ribera del lago, y cuál sería su sorpresa y en seguida su alegría y su angustia, al ver que el improvisado gondolero era su querida Rina. El muchacho comprendió que de un momento a otro, la niña perdería el equilibrio y caería al lago. El hijo mayor de Zani Zanizolo no vaciló más, ni pensó en trepar a una embarcación. Nadó hasta la barquilla, iluminada con linternas, justo en el instante en que Rina hacía un peligroso movimiento que la arrojaría al agua.

Los espectadores lanzaron un grito de estupor, pero ya estaba Beppo junto a la imprudente niña y la cogía en sus brazos. Chorreando de agua y medio aturdida por la caída al lago, Rina se cogió de su hermano.

—Qué loca eres, Rina —murmuró Beppo—, me has hecho pasar un susto horrible.

Beppo nadó en el lago para salvar a la imprudente Rina.



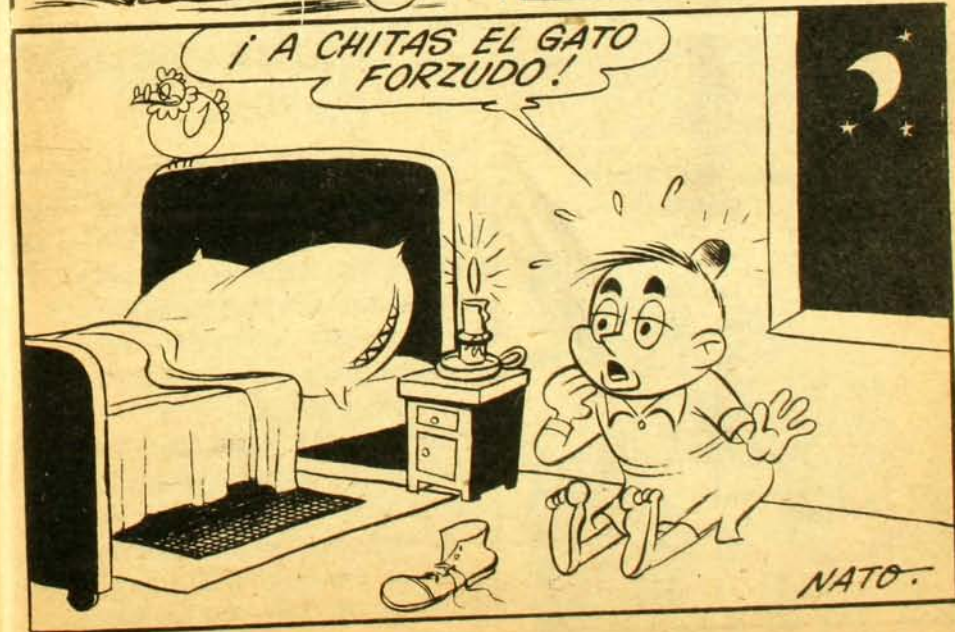
—¿Por qué tanto? —respondió Rina con inocencia—. Había tanta gente y quería respirar. Estaba tan feliz navegando por el lago. Ya te he dicho, Beppo, que cuando sea grande, quiero ser gondolera.

(CONTINUARA)

Ponchito



Por nato



El Príncipe Valiente



CAPITULO XXV.—El caballero blanco.

Mientras el príncipe Arn se dirigía al reino de su padre, Valiente continuó su camino hacia Camelot. Allí, tan alegre como siempre, Gauvain aguardaba a su escudero. Luego de estrechar al doncel contra su corazón, declaró:

—El rey Arturo, la reina y el mago Merlin desean verte —y de inmediato condujo a Val a presencia de los tres personajes.

—Y ahora, sire —imploró Val, después de relatar su aventura y su trágico final—, confiadme alguna otra empresa que me haga digno de ser caballero, pues ansío pertenecer a la hermandad de la Mesa Redonda.

El soberano sacudió la cabeza.

Esperó arrodillado a que comenzara la justa.



—Todavía sois muy joven, príncipe Valiente. Cuando hayáis llegado a ser lo bastante fuerte como para enfrentaros en igualdad de condiciones con mis caballeros... quizás acceda a vuestro deseo. Minutos después, al encontrarse a solas, Val meditó:

“Si durante la justa derribo a algunos de los mejores caballeros, es posible que el rey se fije en mí.” Y se preparó secretamente para ganar el derecho a ser nombrado caballero. Si triunfaba, serían su-

yos para siempre el honor y la gloria de la Mesa Redonda. Si fracasaba, caerían sobre su cabeza las burlas de todo Camelot. El rey, los grandes caballeros, los escuderos menos importantes... todos le considerarían un loco orgulloso. Pero estaba resuelto a desafiar el riesgo. "Por Ilene", murmuró, aunque la doncella no era ahora más que un dulce recuerdo.

A altas horas de la noche, cuando se hallaba solo, marchó a la desierta armería y reunió todas las piezas de las armaduras abolladas que desechaban los caballeros. Las reforzó y reparó sin descanso, hasta completar una armadura que, si no tenía nada de magnífica, servía, en cambio, a sus propósitos.

Después pintó de blanco su abigarrada colección de armas ofensivas y defensivas, pues tal era el color de los caballeros principiantes.



El caballero blanco avanzó, luciendo su armadura de retazos y a lomos de un corcel prestado.

Por fortuna, no le vio nadie, o las risas y burlas se hubieran iniciado allí mismo. Los escuderos jóvenes no intervenían en las justas, ni siquiera para ganar sus espuelas de oro.

Cuando la resplandeciente multitud de caballeros, damas y servidores partió hacia Camelot, el silencioso y desconocido caballero blanco cabalgó con ellos, luciendo su armadura de retazos y a lomos de un corcel prestado. Aunque muchos se interesaron por él, ninguno vio su rostro, pues el joven tuvo buen cuidado de mantener baja la visera del casco.

Al llegar a la llanura de Carleon el caballero blanco se ubicó a un costado y esperó arrodillado a que comenzara la justa. Le rodeaban por doquier numerosos caballeros de todas partes del reino. Muchos

de ellos tenían los nombres más antiguos y orgullosos de Britania. Se presentaban ricamente vestidos y sus caballos de brillantes arneses eran cuidados por tres o cuatro escuderos. El príncipe Valiente continuó ocultando su faz para que los escuderos no le descubrieran y le alejara del campo con sus risas burlonas.

Al fin, resonaron las trompetas. Doscientos caballeros se instalaron en la montura y, cabalgando hacia el centro del campo, se alinearon en dos filas que se enfrentaban. Todos los ojos se clavaron en el pabellón real. De ahí partiría la señal que daría comienzo a la justa. El rey Arturo, que mantenía en alto su espada, la bajó súbitamente. Retembló entonces la tierra, cuando se encontraron las dos líneas de adversarios. Al disiparse el polvo, muchos de ellos yacían en tierra y los escuderos se apresuraban a retirarlos de la lid.

Los que seguían montados después del primer encuentro, volvieron a formar filas y atacaron de nuevo. Era aquél un deporte rudo y peligroso. Pero el vencedor ganaría el privilegio de fijar su pabellón en la Avenida de los Campeones, junto a héroes, tales como Lanceote, Gauvain y Tristán.

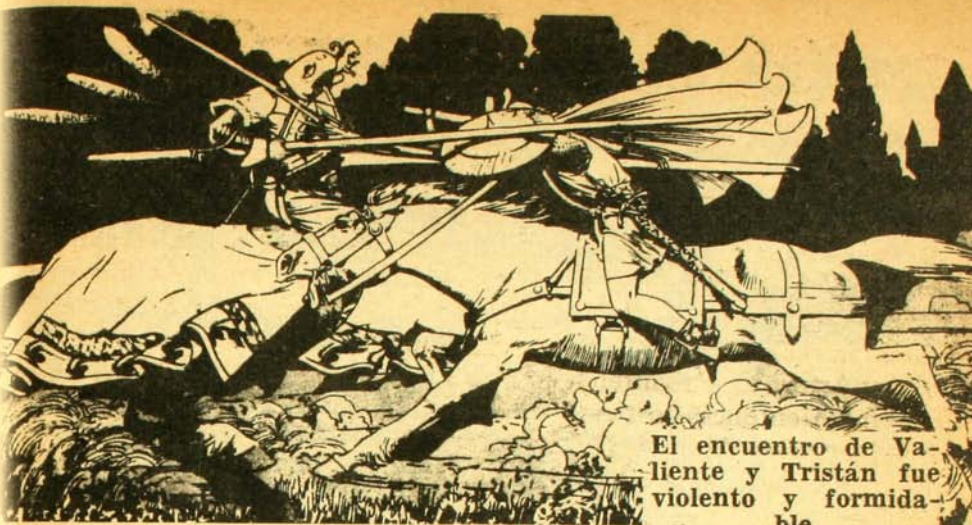
Al final de la tercera embestida, no quedaban más que diez concurrentes, entre los que se contaba el príncipe Valiente.

Cada uno de estos diez tenía el derecho de desafiar a quien quisiera. Lo usual era que formasen dos bandos para continuar entre ellos el combate hasta que sólo quedara uno como dueño del campo. Este sería entonces el campeón de la justa. Pero lo usual no era para nuestro héroe. Ya que tenía el derecho de retar a quien se le ocurriese, ¿por qué malgastar su destreza contra caballeros poco menos que desconocidos? ¿Por qué no elegir a alguien realmente digno de su valor?

Todos los presentes, y entre ellos el rey, se sorprendieron al ver al caballero blanco que se apartaba del campo de la justa, para cabalgar lentamente hacia la Avenida de los Campeones. Allí se detuvo y osadamente golpeó con su lanza el escudo que pendía frente al pabellón de Tristán.

Tan asombrado como los demás, Tristán se aprestó de inmediato para luchar. Al verse ante el formidable antagonista, Val tuvo un instante de duda. . . Pero entonces llegó la señal de entrar en combate. El invencible Tristán avanzaba ya contra él. Valiente atacó a su vez.

Los espectadores contuvieron un grito de asombro. . . y la humillación y el aturdimiento dominaron a Tristán, pues el caballero



El encuentro de Valiente y Tristán fue violento y formidable.

blanco torció el escudo en el momento del impacto, logrando así que la lanza de Tristán se desviara hacia arriba sin causarle daño. La lanza de Val, que había golpeado de lleno a su oponente, quedó convertida en astillas. Se apartaron los combatientes para atacarse de nuevo. Val empuñaba su arma rota.

Sobrevino un momento de vacilación.

Luego resonaron risas entre los asistentes, cuando se vio que el caballero desconocido tenía una sola lanza. Al advertir esto, Gauvain, que ya para entonces había adivinado la identidad del misterioso paladín, se adelantó hacia él con una amable sonrisa en los labios.

—Honradme usando mi lanza —dijo en voz alta y agregó en un susurro—: ¡idiota valeroso!

(CONTINUARA)

Correspondencia

FRANCISCO RAMIREZ, VICTOR WALESTEIN.—Traten de conseguir la revista "SIMBAD" los días miércoles en sus comunas, ya que dicen que no la encuentran en los quioscos, porque se agota al instante.

MARIA SEPULVEDA, de Purén.—Les convendría más subscribirse, si les resulta difícil obtenerla en esa ciudad. Agradecemos sus felicitaciones por "Rosita Crusoe" y "Rina la Hija del Gondolero".

MARIANNE HORNUNG, de Collipulli.—Nos complace que el "SIM-

BAD" sea la lectura favorita de todos los niños de esa localidad. Trataremos de ofrecerles algo cada vez mejor.

ELIANA GOMEZ, de Parral.—Sus premios le fueron enviados oportunamente. Esperamos que ya los haya recibido.

LUZ RIQUELME, de Los Andes.—Ahora ya pueden cortar los cupones sin deteriorar la revista, tal como lo deseaban ustedes. Gracias por sus felicitaciones.

DAVID LOPEZ, de Los Andes.—Daremos sus felicitaciones a Nato y Elena Poirier por sus lindos dibujos.

ROXANE.

¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿DONDE ESTUVO EL ULTIMO REDUCTO DE LA DOMINACION ESPANOLA EN CHILE?

¿En Concepción, Chiloé o en La Serena?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 363. ABRAHAM LINCOLN FUE EL QUE ABOLIO LA ESCLAVITUD EN ESTADOS UNIDOS.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUENTA PESOS: Marta Riveros, Santiago; Gloria Ramírez, Rancagua; Ramón Silva, Quillota; Fernando Toro, Santiago; Uberlinda Díaz, Santiago; Hernán Baer, Santiago; Isabel Lizana, Santiago; Rosa Berteiro, Limache; José Ramírez, Rengo; Jorge Torres, Viña del Mar. **SUBSCRIPCION TRIMESTRAL:**

Eliana Godoy, Los Andes; Rosa Moraleda, Santiago; Lidia Hernández, La Ligua; María Acevedo, San Fernando; María Gómez, Rancagua; José Donoso, Santiago. **UN LIBRO:** Carmen Jarpa, Santiago; Odilita Rodríguez, Talca; Edmundo Morales, Traiguén; Adriana Ibáñez, La Calera; Juan Caviades, Valparaíso; Ana Tapia, Santiago; Amalia Redondo, Santiago; Rebeca Ortiz, Purén; Irma Espinoza, Parral; Rosa del Valle, Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

"SIMBAD" N.º 365.

GRANDIOSO SORTEO de NAVIDAD

★ \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICERAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMENTOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 2 — SERIE N.º 4
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 2 — SERIE N.º 4
5 de septiembre de 1956.



Betty en el colegio



3. Penetraron en la sala de ciencias naturales, donde se guardaban animales embalsamados, esqueletos, minerales, etc. “—Elijamos los huesos —indicó Betty—, y esta noche los llevaremos a la gruta. Mañana, la señorita encontrará un fósil estupendo”, Martina exclamó: “—Será muy divertido”.



4. Escogieron los huesos más grandes y diversos. En aquel animal de la prehistoria se mezclarían vértebras y huesos de elefante, perro, ganso, avestruz y cuanto ejemplar tenía allí parte de su esqueleto. “—Haremos un espléndido hostigosaurio”, rió Martina. Betty la corrigió: “—Se dice estegosaurio, Martina”.

(CONTINUARA)

